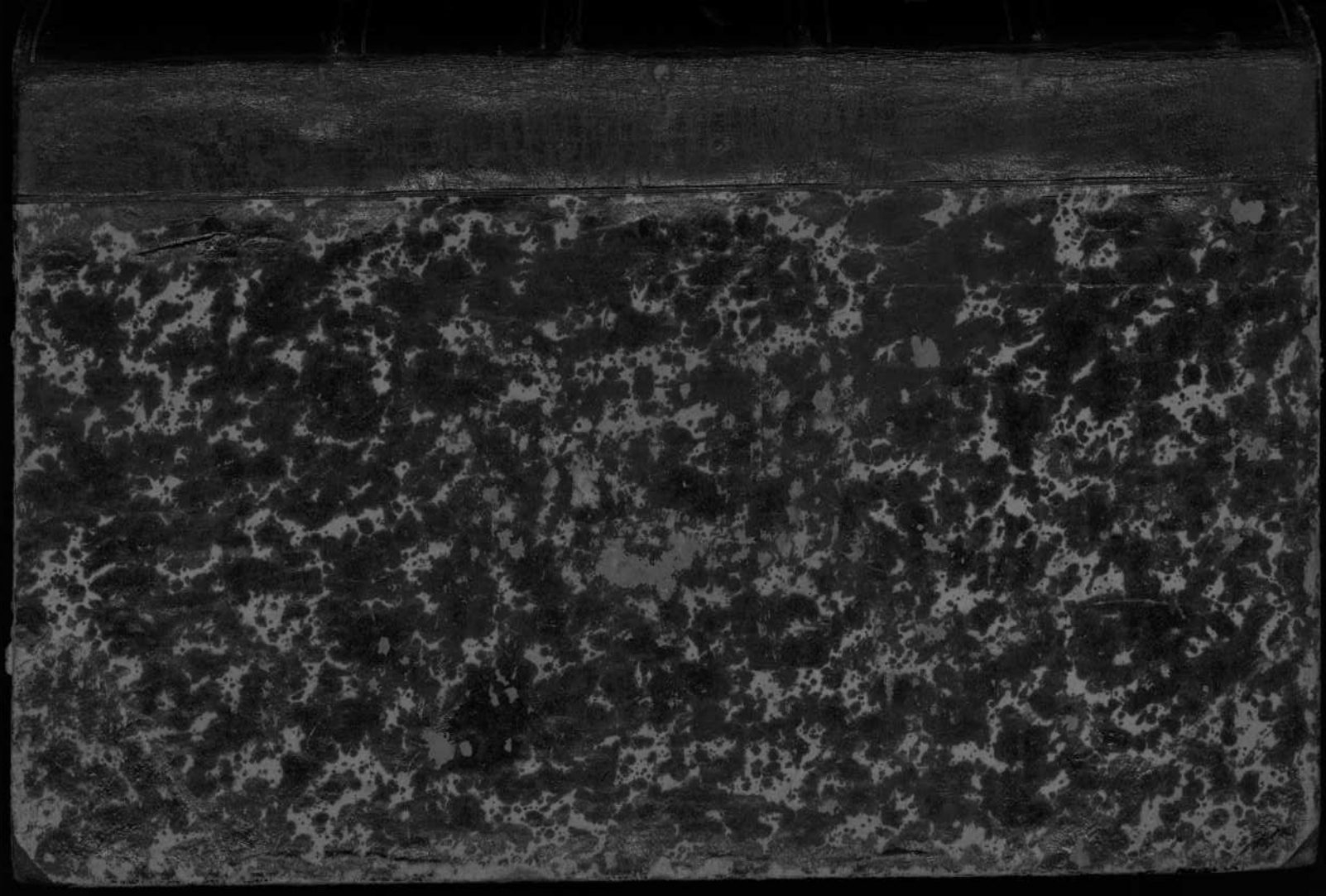


MARQUÉS DE SAN JUAN
DE PIEDRAS ALBAS
EX LIBRIS

VIDA Y OBRAS DE SANTA TERESA DE JESUS.

Sta TERESA DE JESUS

MANUEL RODRIGUEZ, EDITOR.

OBRAS Y ESCRITOS

DE

SANTA TERESA DE JESUS,

FUNDADORA DE LA REFORMA

DE LA ÓRDEN DE NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN

DE LA PRIMITIVA OBSERVANCIA.

PUBLÍCASE BAJO LA DIRECCION

DEL PRESBÍTERO

D. PEDRO GARCÍA SAN JUAN,

Director y autor de la Biblioteca moral para todos, y de otras obras científico-religiosas.

Con aprobacion de la censura eclesiástica.

MADRID: 1871.

—

OFICINAS Y ADMINISTRACION:
Plazuela del Biombo, núm. 2.

PRÓLOGO.

Dice San Pablo, que no es de mujeres enseñar, sino ser enseñadas; sin embargo, maravilla fué que una débil mujer, con sus obras sábias, supiera arrebatar los corazones hácia Dios. Este privilegio le fué concedido á nuestra preclara *Santa Teresa de Jesus*, hermosa y fragante flor del siglo XVI, que vino á embellecer su esterilidad, como testimonio de los repetidos favores que por intercesion de la Reina del cielo, nuestra Patrona, viene Dios concediendo á la católica España.

Si acudimos á la Santa Biblia para admirar la historia de las célebres mujeres, tan sábiamente referidas en los dos Testamentos, bien luégo nos convencemos de la gran importancia que ha tenido en el mundo esa preciosa mitad del género humano. En la biografía de Sara, Rebeca, Raquel, la esforzada Judith, la bellísima Esther, y otras de elevada jerarquía, como en la de Thamar y la moabita Ruth, todo, absolutamente todo aparece pequeño, quedando el orgullo de los hombres confundido con tan dignos modelos. Nuestra Santa Compatriota supo imitar el heroismo y la grandeza de alma de unas, y las virtudes de todas á tan prodigiosa altura, que bien puede asegurarse no hubo una tan favorecida.

Al publicar la *Vida de Santa Teresa de Jesus*, escrita por ella misma, y á continuacion sus obras, nada nuevo vamos á decir: numerosas ediciones han visto la luz pública, que han bastado para satisfacer los deseos de las clases acomodadas, pero que las humildes y con pocos recursos no han podido tener esa fortuna. Hé aquí nuestro principal objeto: ofrecer á un precio el más económico todos los escritos de la inspirada reformadora, para que hasta el más menesteroso pueda recrearse en tan inimitable leyenda.

Como nos dirijimos á la clase ménos ilustrada, nos ha parecido conveniente suprimir las brillantes notas de los sabios comentadores de las obras de la renombrada Doctora de la Iglesia, por creerlas innecesarias para el objeto propuesto. Hemos tenido especial cuidado de trasladar al castellano de hoy muchas voces anticuadas, pues si en el tiempo de la Santa estaban en uso, y dignas de continuar en sus obras, segun la mayor parte de nuestros eruditos, no tendrian seguramente efecto, y hasta se dificultaria la inteligencia de muchos períodos, puesto que escribimos para el vulgo piadoso y cristiano.

Los escritores inspirados por Dios, cual sucedió siempre á la Santa Madre, tienen un estilo que revela la ilustracion relativa de cada uno: Habacub, por ejemplo, en su profecía, revela que era un sencillo y rústico campesino, miéntras que la entonacion y elegante lenguaje de Isaías da á conocer al cortesano instruido. La mística Doctora fué más afortunada: sin

el conocimiento de los clásicos latinos; sin motivos para estar versada en las sagradas letras; sin el estudio profundo de las cuestiones teológicas tan necesario para las obras ascéticas, tuvo el privilegio de poner al alcance de todas las inteligencias, hasta con sentimiento del Santo Oficio, el de la Teología mística, escondida allá en las cátedras de los claustros monásticos.

Por demas está, al publicar las obras de nuestra Santa escritora, pretender valernos de exordios y preámbulos enfáticos, cuando la sencillez y elegancia fueron las cualidades características de su inimitable lenguaje. Sería,—como dice un autor su contemporáneo, entusiasta admirador de su fecundidad,—pretender bordar de oro la túnica de sayal que ella vestia. La sencillez, gracia y compostura de su palabra es tal, que no hay seguramente en nuestro idioma quien se le iguale: su mano fué guiada, segun expresion de nuestro esclarecido Maestro Fr. Luis de Leon, por el Espíritu Santo, encendiendo el corazon de quien la saborea. ¡Tal era el ardor santo que en aquel pecho virginal habia! Buen testigo de esta verdad son las versiones que de sus obras se han hecho en todos los idiomas del mundo católico; y si es orgullo nuestro que se venere en el Vaticano su magnífica estatua de mármol, mayor lo es que Urbano VIII, y despues las Córtes de Cádiz, la declararan nuestra Compatrona.

A LAS MADRES

PRIORA ANA DE JESUS

Y RELIGIOSAS CARMELITAS DESCALZAS

DEL MONASTERIO DE MADRID,

EL MAESTRO FRAY LUIS DE LEON,

SALUD EN JESUCRISTO (1).

Yo no conocí, ni vi, á la Santa Madre *Teresa de Jesus* (2) miéntras estuvo en la tierra; más ahora, que vive en el cielo, la conozco y veo casi siempre en dos imágenes vivas que nos dejó de sí, que son sus hijas, y sus libros, que, á mi juicio, son tambien testigos fieles y mejores de toda excepcion de su grande virtud. Porque las figuras de su rostro si las viera, mostráranme su cuerpo: y sus palabras, si las oyera me declararan algo de la virtud de su alma: y lo primero era comun, y lo segundo sujeto á engaño, de que carecen estas dos cosas en que la veo ahora. Que, como el Sabio dice, el hombre en sus hijos se conoce. Porque los frutos que cada uno deja de sí cuando falta, esos son el verda-

(1) El epígrafe de esta carta y el contenido de ella, son los mismos que puso Fray Luis de Leon en la edicion de Salamanca en casa de Guillermo Foquel, año 1858.

(2) Las ediciones de Foppens y de Doblado y todas las posteriores á esta, siempre que nombra Fray Luis de Leon á SANTA TERESA pusieron la *Santa Madre;* pero Fray Luis solo alguna que otra vez la llamó *santa*, por lo cual tanto en este, como en los demas pasajes en que los editores añadieron aquella calificacion, se suprime, para dejar la carta tal cual la escribió é imprimió Fray Luis de Leon.

dero testigo de su vida: y por tal le tiene Cristo, cuando en el Evangelio, para diferenciar al malo del bueno, nos remite solamente á sus frutos. De sus frutos, dice, los conocereis. Así que la virtud y santidad de la Madre *Teresa* que viéndola á ella me pudiera ser dudosa é incierta, esa misma ahora no viéndola, y viendo sus libros, y las obras de sus manos que son sus hijas, tengo por cierta y muy clara. Porque por la virtud que en todas resplandece se conoce sin engaño la mucha gracia que puso Dios en la que hizo para Madre de este nuevo milagro, que por tal debe ser tenido, lo que en ellas Dios ahora hace, y por ellas. Que si es milagro lo que viene fuera de lo que por órden natural acontece, hay en este hecho tantas cosas extraordinarias y nuevas que llamarle milagro es poco, porque es un conjunto de muchos milagros. Que un milagro es que una mujer, y sola haya reducido á perfeccion una órden en mujeres y en hombres. Y otro la grande perfeccion á que los redujo: y otro y tercero el grandísimo crecimiento á que ha venido en tan pocos años y de tan pequeños principios, que cada una por sí son cosas muy dignas de considerar. Porque no siendo de las mujeres el enseñar, sino el ser enseñadas, como lo escribe San Pablo, luégo se ve que es maravilla nueva una flaca mujer tan animosa que emprendiese una cosa tan grande, y tan sábia y eficaz que saliese con ella, y robase los corazones que trataba para hacerlos de Dios, y llevase las gentes en pos de sí á todo lo que aborrece el sentido. En que á lo que yo puedo juzgar, quiso Dios en este tiempo, cuando parece triunfa el demonio en la muchedumbre de los infieles que le siguen, y en la porfía de tantos pueblos herejes que hacen sus partes, y en los muchos vicios de los fieles que son de su bando, para envilecerle, y para hacer burla de él, ponerle delante, no un hombre valiente rodeado de letras, sino una pobre mujer (1) que le

(1) Una mujer pobre y sola. *(Br. Fop.—M. Dob.)*

desafiase y levantase bandera contra él, y hiciese públicamente gente que le venza y huelle, y acocee, y quiso sin duda para demostracion de lo mucho que puede, en esta edad adonde tantos millares de hombres, unos con sus errados ingenios, y otros con sus perdidas costumbres aportillan su reino, que una mujer alumbrase los entendimientos, y ordenase las costumbres de muchos que cada dia crecen para reparar estas quiebras. Y en esta vejez de la iglesia tuvo por bien de mostrarnos que no se envejece su gracia, ni es ahora ménos la virtud de su espíritu que fué en los primeros y felices tiempos de ella, pues con medios más flacos en linaje que entónces hace lo mismo, ó casi lo mismo que entónces (1). Porque (y este es el segundo milagro) la vida en que vuestras reverencias viven y la perfeccion en que las puso su Madre, ¿qué es sino un retrato de la santidad de la iglesia primera? Que ciertamente lo que leemos en las historias de aquellos tiempos, eso mismo vemos ahora con los ojos en sus costumbres: y su vida nos demuestra en las obras, lo que ya por el poco uso parecia estar en solos los papeles y las palabras: y lo que leido admira, y apénas la carne lo cree, ahora lo ve hecho en vuestra reverencia y en sus compañeras. Que desasidas de todo lo que no es Dios, y ofrecidas en solos los brazos de su esposo divino, y abrazadas con él, con ánimos de varones fuertes en miembros de mujeres tiernos y flacos, ponen en ejecucion la más alta y más generosa filosofía que jamás los hombres imaginaron; y llegan con las obras adonde en razon de perfecta vida y de heróica virtud apénas llegaron con la imaginacion los ingenios. Porque huellan la riqueza: y tienen en odio la libertad: y desprecian la honra: y aman la humildad y el trabajo: y todo su estudio es con una

(1) Todas las ediciones posteriores á la de Foppens suprimen aquí cuatro planas completas de la carta de Fray Luis de Leon, hasta donde dice «y no es ménos clara ni ménos milagrosa.»

santa competencia procurar adelantarse en la virtud de contino: á que su esposo les responde con una fuerza de gozo, que les infunde en el alma, tan grande, que en el desamparo y desnudez de todo lo que dé contento en la vida, poseen un tesoro de verdadera alegría, y huellan generosamente sobre la naturaleza toda como exentas de sus leyes, ó verdaderamente como superiores á ellas. Que ni el trabajo las cansa: ni el encerramiento las fatiga: ni la enfermedad las descae: ni la muerte las atemoriza ó espanta, ántes las alegra y anima. Y lo que entre todo esto hace maravilla grandísima es el sabor, si lo habemos de decir así, la facilidad con que hacen, lo que es extremadamente dificultoso de hacer. Porque la mortificacion les es regocijo: y la resignacion juego, y pasatiempo la aspereza de la penitencia: y como si se anduviesen solazando y holgando, van poniendo por obra lo que pone á la naturaleza en espanto, y el ejercicio de virtudes heróicas le han convertido en un entretenimiento gustoso, en que muestran bien por la obra la verdad de la palabra de Cristo, que su yugo es suave, y su carga ligera. Porque ninguna seglar se alegra tanto en sus aderezos, cuanto á vuestras reverencias les es sabroso el vivir como ángeles. Que tales son sin duda, no sólo en la perfeccion de la vida, sino tambien en la semejanza y unidad que entre sí tienen en ella. Que no hay dos cosas tan semejantes, cuanto lo son todas entre sí y cada una á la otra. En la habla, en la modestia, en la humildad, en la discreccion, en la blandura de espíritu, y finalmente en todo el trato y estilo. Que como las anima una misma virtud, así las figura á todas de una misma manera, y como en espejos puros resplandece en todos un rostro, que es el de la Madre santa que se traspasa en las hijas. Por donde, como decia al principio, sin haberla visto en la vida, la veo ahora con más evidencia, porque sus hijas, no sólo son retratos de sus semblantes, sino testimonios ciertos de sus perfecciones, que se les comunican á todas, y van de unas

en otras con tanta presteza cundiendo, que (y es la maravilla tercera) en espacio de veinte años que puede haber desde que la Madre fundó el primer monasterio hasta esto que ahora se escribe, tiene ya llena á España de monasterios en que sirven á Dios más de mil religiosos, entre los cuales vuestras reverencias las religiosas relucen como los luceros entre las estrellas menores. Que como dió principio á la reforma con una bienaventurada mujer, así las mujeres de ella parece que en todo llevan ventaja, y no solamente en su órden son luces de guia, sino tambien son ahora de nuestra nacion, y gloria de aquesta edad, y flores hermosas que embellecen la esterilidad de estos siglos, y ciertamente partes de la iglesia de las más escogidas, y vivos testimonios de la eficacia de Cristo, y pruebas manifiestas de su soberana virtud, y expresos dechados en que hacemos casi experiencia de lo que la fe nos promete. Y esto cuanto á las hijas, que es la primera de las dos imágenes. Y no es ménos clara ni ménos milagrosa la segunda que dice, que son las escrituras y libros: en los cuales sin ninguna duda quiso el Espíritu Santo que la Santa Madre *Teresa* fuese un ejemplo rarísimo: porque en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza y claridad con que las trata, excede á muchos ingenios: y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada, que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos iguale. Y así, siempre que los leo me admiro de nuevo: y en muchas partes de ellos me parece que no es ingenio de hombre el que oigo: y no dudo sino que hablaba el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que le regía la pluma y la mano, que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras, y el fuego que enciende con sus palabras en el corazon que las lee. Que dejados aparte otros muchos y grandes provechos, que hallan los que leen estos libros, dos son, á mi parecer, los que con más eficacia hacen.

Uno facilitar en el ánimo de los lectores el camino de la virtud. Y otro encenderlos en el amor de ella y de Dios. Porque en lo uno es cosa maravillosa ver cómo ponen á Dios delante los ojos del alma, y cómo le muestran tan fácil para ser hallado, y tan dulce y tan amigable para los que le hallan: y en lo otro, no solamente con todas, mas con cada una de sus palabras, pegan al alma fuego del cielo, que la abrasa y deshace. Y quitándole de los ojos y del sentido todas las dificultades que hay, no para que no las vea, sino para que no las estime ni precie, déjanla, no solamente desengañada de lo que la falsa imaginacion le ofrecia, sino descargada de su peso y tibieza, y tan alentada, y si se puede decir así, tan ansiosa del bien, que vuela luégo á él con el deseo que hierve. Que el ardor grande que en aquel pecho santo vivia, salió como pegado en sus palabras, de manera que levantan llama por donde quiera que pasan. De que vuestras reverencias, entiendo yo, son grandes testigos, porque son sus dechados muy semejantes. Porque ninguna vez me acuerdo leer en estos libros que no me parezca oigo hablar á vuestras reverencias, ni al revés nunca las oí hablar que no se me figurase que leia en la Madre, y los que hicieren experiencia de ello verán que es verdad. Porque verán la misma luz y grandeza de entendimiento en las cosas delicadas y dificultosas de espíritu, la misma facilidad y dulzura en decirlas, la misma destreza, la misma discreccion: sentirán el mismo fuego de Dios y concebirán los mismos deseos: verán la misma manera de santidad, no placera ni milagrosa, sino tan infundida por todo el trato en sustancia, que algunas veces, sin mentar á Dios, dejan enamoradas de él á las almas. Así que, tornando al principio, si no la vi miéntras estuvo en la tierra, ahora la veo en sus libros é hijas. Ó por decirlo mejor, en vuestras reverencias solas la veo ahora, que son sus hijas de las más parecidas á sus costumbres, y son retrato vivo de sus escrituras y libros. Los cuales libros que salen á luz, y el Consejo

Real me los cometió que los viese, puedo yo con derecho enderezarlos á ese santo convento, como de hecho lo hago, por el trabajo que he puesto en ellos, que no ha sido pequeño. Porque no solamente he trabajado en verlos y examinarlos, que es lo que el Consejo mandó, sino tambien en cotejarlos con los originales mismos que estuvieron en mi poder muchos dias, y en reducirlos á su propia pureza en la misma manera que los dejó escritos de su mano la Santa Madre, sin mudarlos ni en palabras, ni en cosas de que se habian apartado mucho los traslados que andaban, ó por descuido de los escribientes, ó por atrevimiento y error. Que, hacer mudanza en las cosas que escribió un pecho en quien Dios vivia, y que se presume le movia á escribirlas, fué atrevimiento grandísimo, y error muy feo querer enmendar las palabras; porque si entendieran bien castellano, vieran que el de la Santa Madre es la misma elegancia. Que aunque en algunas partes de lo que escribe ántes que acabe la razon que comienza la mezcla con otras razones, y rompe el hilo comenzando muchas veces con cosas que ingiere, mas ingiérelas tan diestramente, y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura, y es el lunar del refran. Así que yo los he restituido á su primera pureza. Mas porque no hay cosa tan buena, en que la mala condicion de los hombres no pueda levantar un achaque, será bien aquí (y hablando con vuestras reverencias) responder con brevedad á los pensamientos de algunos.

Cuéntanse en estos libros revelaciones, y trátanse en ellos cosas interiores que pasan en la oracion, apartadas del sentido ordinario, y habrá por ventura quien diga, en las revelaciones, que es caso dudoso, y que así no convenia que saliesen á luz: y en lo que toca al trato interior del alma con Dios, que es negocio muy espiritual y de pocos, y que ponerlo en público á todos podrá ser ocasion de peligro, en que verdaderamente no tienen razon, porque en lo primero de las revela-

ciones, así como es cierto que el demonio se trasfigura algunas veces en ángel de luz, y burla y engaña las almas con apariencias fingidas, así tambien es cosa sin duda y de fe, que el Espíritu Santo habla con los suyos y se les muestra por diferentes maneras, ó para su provecho ó para el ajeno. Y como las revelaciones primeras no se han de escribir ni curar, porque son ilusiones, así estas segundas merecen ser sabidas y escritas. Que como el ángel dijo á Tobías: *El secreto del Rey bueno es esconderlo*, mas las obras de Dios, cosa santa y debida es manifestarlas y descubrirlas. ¿Qué Santo hay que no haya tenido alguna revelacion? ¿ó qué vida de Santo se escribe, en que no se escriban las revelaciones que tuvo? Las historias de las órdenes de los Santos Domingo y Francisco andan en las manos y en los ojos de todos, y casi no hay hoja en ellas sin revelacion, ó de los fundadores ó de sus discípulos. Habla Dios con sus amigos sin duda ninguna, y no les habla para que nadie lo sepa, sino para que venga á luz lo que les dice, que como es luz, ámala en todas sus cosas, y como busca la salud de los hombres, nunca hace estas mercedes especiales á uno, sino para aprovechar por medio de él otros muchos. Miéntras se dudó de la virtud de la Santa Madre *Teresa*, y miéntras hubo gentes que pensaron al revés de lo que era, porque áun no se veia la manera en que Dios aprobaba sus obras, bien fué que estas historias no saliesen á luz, ni anduviesen en público, para escusar la temeridad de los juicios de algunos; mas ahora despues de su muerte, cuando las mismas cosas y el suceso de ellas hacen certidumbre que es Dios, y cuando el milagro de la incorrupcion de su cuerpo, y otros milagros, que cada dia hace, nos ponen fuera de toda duda su santidad, encubrir las mercedes que Dios le hizo viviendo, y no querer publicar los medios con que la perfeccionó para bien de tantas gentes, sería en cierta manera hacer injuria al Espíritu Santo, y oscurecer sus maravillas, y poner velo á su gloria. Y así, ninguno que bien

juzgue tendrá por bueno que estas revelaciones se encubran. Que lo que algunos dicen ser inconveniente que la Madre misma escriba sus revelaciones de sí, para lo que toca á ella y á su humildad y modestia, no lo es porque las escribió mandada y forzada; y para lo que toca á nosotros y á nuestro crédito, ántes es lo más conveniente. Porque de cualquier otro que las escribiera, se pudiera tener duda si se engañaba, ó si queria engañar, lo que no se puede presumir de la Madre, que escribia lo que pasaba por ella, y era tan santa, que no trocara la verdad en cosas tan graves. Lo que yo de algunos temo, es que disgustan de semejantes escrituras, no por el engaño que puede haber en ellas, sino por el que ellos tienen en sí, que no les deja creer que se humana Dios tanto con nadie, que no lo pensarian si considerasen eso mismo que creen. Porque si confiesan que Dios se hizo hombre, ¿qué dudan de que hable con el hombre? Y si creen que fué crucificado y azotado por ellos, ¿qué se espantan que se regale con ellos? ¿Es más aparecer á un siervo suyo y hablarle, ó hacerse él como siervo nuestro, y padecer muerte? Anímense los hombres á buscar á Dios por el camino que él nos enseña, que es la fe y la caridad y la verdadera guarda de su ley y consejos, que lo ménos será hacerles semejantes mercedes. Así que los que no juzgan bien de estas revelaciones, si es porque no creen que las hay, viven en grandísimo error; y si es porque algunas de las que hay son engañosas, obligados están á juzgar bien de las que la conocida santidad de sus autores aprueba por verdaderas, cuales son las que se escriben aquí, cuya historia, no sólo no es peligrosa en esta materia de revelaciones, mas es provechosa y necesaria para el conocimiento de las buenas en aquellos que las tuvieren. Porque no cuenta desnudamente las que Dios comunicó á la Madre *Teresa*, sino dice tambien las diligencias que ella hizo para examinarlas, y muestra las señales que dejan de sí las verdaderas, y el juicio que debemos hacer de ellas, y si se ha de apetecer ó rehusar el te-

nerlas. Porque lo primero esta escritura nos enseña, que las que son de Dios producen siempre en el alma muchas virtudes, así para el bien de quien las recibe, como para la salud de otros muchos. Y lo segundo nos avisa, que no habemos de gobernarnos por ellas, porque la regla de la vida es la doctrina de la Iglesia, y lo que tiene Dios revelado en sus libros, y lo que dicta la sana y verdadera razon. Lo otro nos dice, que no las apetezcamos ni pensemos que está en ellas la perfeccion del espíritu, ó que son señales ciertas de la gracia; porque el bien de las almas está propiamente en amar á Dios más, y en el padecer más por él, y en la mayor mortificacion de los afectos, y mayor desnudez y desasimiento de nosotros mismos, y de todas las cosas. Y lo mismo que nos enseña con las palabras aquesta escritura, nos lo demuestra luégo con el ejemplo de la misma Madre, de quien nos cuenta el recelo con que anduvo siempre en todas sus revelaciones, y el exámen que de ellas hizo, y cómo siempre se gobernó, no tanto por ellas cuanto por lo que le mandaban sus prelados y confesores, con ser ellas tan notoriamente buenas, cuanto mostraron los efectos de reformacion que en ella hicieron y en toda su órden. Así que las revelaciones que aquí se cuentan, ni son dudosas, ni abren puerta para las que lo son, ántes descubren luz para conocer las que lo fueren; y son para aqueste conocimiento como la piedra del toque estos libros. Resta ahora decir algo á los que hallan peligro en ellos, por la delicadeza de lo que tratan, que dicen no es para todos. Porque como haya tres maneras de gentes, unos que tratan de oracion, otros que si quisiesen, podrian tratar de ella, otros que no podrian por la condicion de su estado, pregunto yo: ¿cuáles son los que de éstos peligran? Los espirituales? no, sino es daño saber uno eso mismo que hace y profesa. ¿Los que tienen disposicion para serlo? mucho ménos. Porque tienen aquí, no sólo quien los guie cuando lo fueren; sino quien los anime y encienda á que lo sean, que es un grandísimo bien.

Pues los terceros, en qué tienen peligro? ¿En saber que es amoroso Dios con los hombres? ¿Que quien se desnuda de todo le halla? Los regalos que hace á las almas? ¿La diferencia de gustos que les da? La manera cómo los apura y afina? Qué hay aquí, que sabido no santifique á quien lo leyere? ¿Que no crie en él admiracion de Dios, y que no le encienda en su amor? Que si la consideracion de estas obras exteriores que hace Dios en la creacion y gobernacion de las cosas, es escuela de comun provecho para todos los hombres, el conocimiento de sus maravillas secretas, ¿cómo puede ser dañoso á ninguno? Y cuando alguno por su mala disposicion sacara daño, ¿era justo por eso cerrar la puerta á tanto provecho, y de tantos? No se publique el Evangelio, porque en quien no le recibe es ocasion de mayor perdicion, como San Pablo decia. ¿Qué escrituras hay, aunque entren las sagradas en ellas, de que un ánimo mal dispuesto no pueda concebir un error? En el juzgar de las cosas débese atender á si ellas son buenas en sí, y convenientes para sus fines, y no á lo que hará de ellas el mal uso de algunos; que si á esto se mira, ninguna hay tan santa que no se pueda vedar. ¿Qué más santos que los sacramentos? ¿Cuántos por el mal uso de ellos se hacen peores? El demonio como sagaz, y que vela en dañarnos, muda diferentes colores, y muéstrase en los entendimientos de algunos recatado y cuidadoso del bien de los prójimos, para por excusar un daño particular, quitar de los ojos de todos, lo que es bueno y provechoso en comun, bien sabe él que perderá más en los que se mejoraren é hicieren espirituales perfectos, ayudados con la leccion de estos libros, que ganará en la ignorancia ó malicia de cual, ó cual, que por su indisposicion se ofendiere. Y así por no perder aquellos, encarece y pone delante los ojos el daño de aquestos, que él por otros mil caminos tiene dañados. Aunque como decia, no sé ninguno tan mal dispuesto, que saque daño de saber que Dios es dulce con sus amigos, y de saber cuán dulce es, y de co-

nocer por qué caminos se le llegan las almas, á que se endereza toda aquella escritura. Solamente me recelo de unos que quieren guiar por sí á todos, y que aprueban mal lo que no ordenan ellos, y que procuran no tenga autoridad lo que no es su juicio: á los cuales no quiero satisfacer, porque nace su error de su voluntad, y así no querrán ser satisfechos; mas quiero rogar á los demas que no les den crédito, porque no le merecen. Sola una cosa advertiré aquí, que es necesario se advierta, y es. Que la Santa Madre, hablando de la oracion que llama quietud, y de otros grados más altos, y tratando de algunas particulares mercedes que Dios hace á las almas, en muchas partes destos libros acostumbra á decir, que está el alma junto á Dios, y que ambos se entienden, y que están las almas ciertas que Dios les habla, y otras cosas de esta manera. En lo cual no ha de entender ninguno que pone certidumbre en la gracia y justicia de los que se ocupan en estos ejercicios, ni de otros ningunos por santos que sean, de manera que ellos estén ciertos de sí que la tienen, sino son aquellos á quien Dios lo revela. Que la Madre misma, que gozó de todo lo que en estos libros dice, y de mucho más que no dice, escribe en uno de ellos estas palabras de sí: «Y lo que no se puede sufrir, Señor, es, no poder saber cierto si os amo, y si son aceptos mis deseos delante de vos (2).» Sólo quiere decir lo que es la verdad, que las almas en estos ejercicios sienten á Dios presente para los efectos que en ellas entónces hace, que son deleitarlas y alumbrarlas, dándoles avisos y gustos; que aunque son grandes mercedes de Dios, y que muchas veces, ó andan con la gracia que justifica, ó encami-

---

(1) En la edicion de Brusélas por Foppens se intercalan á continuacion de esta cita otras dos, refiriéndose al libro de las *Moradas;* pero como no se hallan en la edicion de Salamanca, se las suprime aquí. Tambien en la publicacion que hizo la Librería religiosa el 1851 pone algunas citas que creemos habrá tomado de otras ediciones que aquí suprimimos.

nan á ella, pero no por eso son aquella misma gracia, ni nacen ni se juntan siempre con ella. Como en la profecía se ve, que la puede haber en el que está en mal estado. El cual entónces está cierto de que Dios le habla, y no se sabe si le justifica: y de hecho no le justifica Dios entónces, aunque le habla y enseña. Y esto se ha de advertir cuanto á toda la doctrina en comun, que en lo que toca particularmente á la Madre, posible es que despues que escribió las palabras que ahora yo referia, tuviese alguna propia revelacion y certificacion de su gracia. Lo cual así como no es bien que se afirme por cierto, así no es justo que con pertinacia se niegue; porque fueron muy grandes los dones que Dios en ella puso, y las mercedes que le hizo en sus años postreros, á que aluden algunas cosas de las que en estos libros escribe. Más de lo que en ella por ventura pasó por merced siugular, nadie ha de hacer regla en comun. Y con este advertimiento queda libre de tropiezo toda aquella escritura. Que segun yo juzgo y espero será tan provechosa á las almas, cuanto en las de vuestras reverencias que se criaron, y se mantienen con ella, se ve. Á quien suplico se acuerden siempre en sus santas oraciones de mí.=En San Felipe de Madrid, á quince de Setiembre de 1587.

TABLA CRONOLÓGICA

DE LA VIDA DE SANTA TERESA.

1515.

Nace en Ávila Santa Teresa, dia 28 de Marzo.

1522.

Siendo de edad de siete años desea ya sufrir martirio: para ello sale de su casa en compañía de un hermano suyo.

1527.

Muere su madre y la deja de doce años de edad.

1529.

Escribe libros de caballería. Una prima suya la induce á pasatiempos frívolos y á las diversiones mundanas.

1531.

Entra en el convento de Agustinas de Santa María de Gracia, en Ávila, en donde estuvo hasta el otoño de 1532.

1533.

Entra monja en el convento de la Encarnacion en 2 de Noviembre.

1534.

El dia 3 de Noviembre hizo su profesion.

1535.

Va á Castellanos de la Cañada con su hermana para curarse. Permanece allí hasta la primavera de 1536, en que pasa á Becedas.

1537.

Vuelve á Ávila Domingo de Ramos; en el mes de Julio sufre una indisposicion de cuatro dias en casa de su padre; queda paralítica por más de dos años, hasta el de

1539,

en que, á mediados de año, sana milagrosamente.

1541.

Principia á languidecer su espíritu, á resfriarse su piedad, y deja la oracion.

1542.

Se le aparece Jesucristo en el locutorio con semblante airado, reprendiéndola su trato familiar con seglares. Permanece en estado de tibieza por espacio de muchos años.

1555.

Por este tiempo se mueve á dejar el trato de seglares á vista de una imágen de Jesucristo crucificado. En este año, habiendo ido á fundar en Ávila los Padres Alvarez y Padranos de la Compañía, confiesa la Santa con éste.

1556.

Principia á sentir grandes favores espirituales.

1557.

Viene á Ávila San Francisco de Borja hácia Marzo, aprueba su espíritu, y alaba su fervorosa devocion.

1558.

Primer rapto de Santa Teresa: tiene una vision: se le aparece el infierno.

1559.

Habiéndose ordenado de sacerdote el Padre Alvarez, le toma por confesor, y dirige su conciencia unos seis años.

Transverberacion del corazon: por espacio de dos años y medio recibe grandes favores celestiales. Vision de Jesus resucitado.

1560.

Hace voto de aspirar siempre á lo más perfecto.

San Pedro Alcántara aprueba su espíritu.

San Luis Beltran la anima á llevar adelante su proyecto de reforma de la Órden del Cármen.

1561.

Viene de rector al colegio de Jesuitas de Ávila el Padre Gaspar de Salazar, con grande satisfaccion de Santa Teresa.

Á fines de año recibe el socorro de dinero que le remitia su hermano desde el Perú, con lo cual se ayuda para continuar la proyectada fundacion del convento de San José (carta 3.ª de esta coleccion). Viene de Alba de Tórmes su hermana Doña Juana para ayudarle á la fundacion del convento de San José; resucita á su sobrino D. Gonzalo, hijo de Doña Juana.

El Padre Ibañez, dominicano, le manda escribir su vida.

1562.

Á principios de este año se dirige á Toledo y para en casa de Doña Luisa de la Cerela, y allí estuvo hasta Junio; concluye entónces de escribir su vida (carta al Padre Ibañez, que es la 4.ª de esta coleccion). En este año hace conocimiento con el Padre Bañezo, que fué despues su principal director, y con Fray García de Toledo, ambos frailes dominicos.

Bula para la ereccion del convento de San José, expedida por Pio IV en Febrero de este año.

Visita de María de Jesus, que tenía tambien en proyecto fundar un monasterio, coincidiendo su pensamiento con el de Santa Teresa.

Tiene una revelacion de la muerte repentina de su hermana Doña María de Cepeda, y trata de prepararla para ella.

Vuelve á la ciudad de Ávila; se recibe la bula para la ereccion del convento de San José, á solicitud de Doña Aldonza de Guzman y Doña Guiomar de Ulloa.

1563.

Ábrese el monasterio de San José á 24 de Agosto, dia de San Bartolomé; toman el hábito cuatro novicias; se ve obligada Santa Teresa á volver al convento de la Encarnacion aquel mismo dia.

1564.

Marcha de Salamanca á Alba; allí permanece hasta el 8 de Febrero; estuvo dos dias en casa de la duquesa de Alba.

A pesar de hallarse enferma y muy atribulada espiritualmente, sale para fundar en Segovia. Pasa por Medina del Campo y Ávila. Llega á Segovia dia 18 de Marzo, y queda hecha la fundacion al dia siguiente, que lo era de San José. Deshácese al mismo tiempo el convento de Pastrana, y hace venir las religiosas de allí á Segovia, donde llegan del 5 al 6 de Abril. Denúnciase á la Inquisicion el libro de su Vida, por primera vez.

Entra Casilda de Padilla en el monasterio de Valladolid; muere Isabel de los Ángeles.

Compra en Segovia la casa de Diego Porras, sobre lo cual se le originan muchos pleitos con el cabildo y conventos. Viene al nuevo convento á últimos de Setiembre, y á 1.° de Octubre se vuelve á Ávila.

El dia 6 de Octubre termina su priorato en la Encarnacion, y vuelve á su convento de San José.

Fray García de Toledo le manda continuar el libro de su Vida, escribiendo la fundacion de San José.

Por espacio de más de cuatro años vive en este convento con gran austeridad y tranquilidad, sin suceso alguno que de notar sea.

1565.

Fray García de Toledo le prescribe que pida al provincial permiso para modificar su voto. Comisiónase para ello al mismo Fray García por el Padre provincial, que lo era Fray Angel Salazar.

1566.

El padre Rossi, general del Cármen, viene á España á celebrar capítulo general.

1567.

Vuelve á prestar obediencia al general. Visita éste el convento de San José, y lo aprueba. Da permiso á Santa Teresa para fundar conventos de mujeres y dos de hombres (27 de Abril).

El padre Rossi habla á Felipe II con encomio acerca de Santa Teresa. El rey le encarga que pida por la prosperidad de sus reinos.

Fundacion en Medina del Campo de un convento de mujeres; llega allí víspera de la Asuncion, y al dia siguiente queda posesionada de aquel nuevo é improvisado convento.

Terminada esta fundacion, marcha en Noviembre á Madrid; está en casa de la Mascareñas y en las Descalzas Reales; de aquí á Alcalá, donde estuvo dos meses para arreglar el convento de Descalzas, llamado de la Imágen, fundado por su amiga la venerable María de Jesus, que habia coincidido en su pensamiento.

1568.

Va á Toledo á verse con Doña Luisa de la Cerda, que solicitaba esta fundacion, la cual se verificó el Domingo de Ra-

mos. Estuvo en Malagon unos dos meses, y salió de allí á 19 de Mayo para Toledo, adonde llega enferma. El 27 de aquel mes sale para Escalona á ver á la marquesa de Villena.

El dia 2 de Junio estaba ya en Avila.

D. Rafael Mejía Velazquez le ofrece su granja de Duruelo para fundar un convento de hombres.

Sale de Avila y llega á Valladolid dia 10 de Agosto; toma posesion de la finca ofrecida, y queda establecido aquel tercer convento el dia de la Asuncion.

Lee su Vida el maestro Avila, y le escribe en 12 de Setiembre aprobándola.

1569.

Continúa su correspondencia con Ortiz y Alonso Ramirez acerca de la proyectada fundacion de Toledo.

Sale de Valladolid el dia 21 de Febrero y va por Medina y Duruelo; llega á la ciudad de Avila. A primeros de Marzo sale de allí para Toledo con el presbítero Gonzalo de Aranda.

Llega á Madrid; estrecha sus relaciones con la hermana de Felipe II, fundadora de las Descalzas Reales: escribe al rey; desea éste verla, pero habia salido ya Santa Teresa para Toledo, donde llegó á 24 de Marzo. Carta á Doña María de Mendoza.

Entretanto las monjas de Valladolid habian logrado pasar á la ciudad, por ser malsano el sitio de la primera fundacion.

En Toledo experimenta muchas dificultades para la fundacion, la cual queda hecha á 13 de Mayo, dia de san Bonifacio. *(Cap.* 15 *de las Fundaciones.)*

Recibe carta del venerable maestro Avila, de pocos dias ántes de morir éste (12 de Abril), asegurándola en su espíritu.

El dia 28 de Mayo recibe mensaje de los príncipes de Éboli para fundar en Pastrana.

Sale de Toledo al otro dia de Pentecostés; se aloja con sus compañeras en las Descalzas Reales: habla por primera vez con el Padre Mariano de San Benito.

1570.

En 17 de Enero le escribe el Padre Gutierrez, rector de la Compañía en Salamanca, proponiéndole fundar allí. Escribe ella á su hermano D. Lorenzo desde Toledo.

Consigue pasar el convento al barrio de San Nicolas, mejorando de local.

En el mes de Julio ve milagrosamente el martirio del padre Acevedo y otros cuarenta jesuitas asesinados por el pirata protestante Jacques Soria, gran amigo de Coligni: entre los mártires iba un pariente de Santa Teresa.

En 10 del mismo mes asiste en Pastrana á la toma de hábito de Ambrosio Mariano y Fray Juan de la Miseria. Al dia siguiente se traslada el convento de Duruelo á Mancera.

Regresa á Toledo y de allí á Avila en el mes de Agosto; obtiene licencia del obispo de Salamanca para fundar.

Llega la Santa á Salamanca víspera de Todos Santos. En este mismo dia se funda en Alcalá el tercer convento de Descalzos, y en Salamanca el sétimo de Descalzas.

A fines de Diciembre le invitan á fundar en Alba de Tórmes.

1571.

A 25 de Enero queda fundado el octavo convento de mujeres en Alba.

Vuelve de allí á Salamanca, donde estaba á fines de Marzo; escribe á Ortíz en Toledo. Permanece algun tiempo en el palacio de los condes de Monterey.

De Salamanca pasa á Medina, y de allí á Avila, donde tiene que aceptar el priorato de su primer convento de la Encarnacion por mandado de su provincial. El priorato duró tres años.

1572.

Viene San Juan de la Cruz de vicario al convento de la Encarnacion.

Fúndanse varios conventos más de Descalzos: algunos en Andalucía; primeras semillas de discordia entre Calzados y Descalzos.

Fray Jerónimo Gracian toma el hábito en Pastrana á 25 de Marzo.

Recibe Santa Teresa muchos favores espirituales en el convento de la Encarnacion: desposorio místico con Jesucristo; éxtasis en el locutorio en ocasion de estar conversando con San Juan de la Cruz.

Desafío espiritual de los frailes de Pastrana á Santa Teresa y sus monjas.

1573.

Escribe á Felipe II sobre un asunto de la Órden.

A 27 de Julio el Padre Ordoñez, jesuita, le escribe sobre la fundacion de un colegio de niñas en Medina del Campo. Por aquellos mismos dias sale para Salamanca con objeto de arreglar el asunto de la casa de Pedro de la Banda. Cartas á este caballero y á su hermana Doña Juana de Ahumada.

Ligerezas de la princesa de Éboli á consecuencia de la muerte de su marido (29 de Julio). Disgustos de Santa Teresa con este motivo.

1574.

Marcha nuevamente á Valladolid para arreglar los asuntos de la Padilla.

1575.

A primeros de Enero vuelve á Avila por Medina, y deteniéndose poco allá, va á Veas por Toledo, Malagon y Almodóvar, donde profetiza las virtudes del Beato Juan Bautista de la Concepcion, reformador de los Trinitarios.

Marcha Santa Teresa á la fundacion de Sevilla estando enferma, y pasa grandes incomodidades en el viaje. Sufre tambien grandes contradicciones en Sevilla, cuya fundacion queda hecha el dia de la Santísima Trinidad, siendo el undécimo convento de Descalzas.

El Padre Salazar, provincial de Castilla, intima á Santa Teresa que no haga más fundaciones y que se retire á un convento sin salir de él. Trata de retirarse á Valladolid, dejando sin concluir la fundacion de Sevilla, pero se opone Gracian.

1576.

Dia de Año Nuevo queda hecha la fundacion del duodécimo convento en Caravaca, miéntras Santa Teresa estaba en Sevilla procurando adquirir casa, y que se aprobase la fundacion.

Escribe al padre general Rossi sincerando su conducta y la de Gracian y Mariano, informándole de las calumnias con que se les principiaba á perseguir, y tambien á ella. Delátalo á la Inquisicion una beata salida del convento.

Logra comprar casa, ayudada por su hermano D. Lorenzo de Cepeda, recien venido del Perú. Trasládase á la nueva casa á primeros de Mayo. Elige Santa Teresa para residencia el convento de Toledo. Sale de Sevilla para allá á 4 de Junio. Llega á Malagon el 11, en compañía de su hermano D. Lorenzo, y de allí á Toledo, donde ya estaba á principios del mes de Julio.

A 7 de Diciembre le ofrecen á Santa Teresa una fundacion en Aguilar de Campos.

En este año hubo de seguir Santa Teresa una correspondencia muy activa. Son cincuenta y cinco las cartas que se conservan de este año; veinte de ellas van dirigidas á la priora de Sevilla, la venerable Madre María de San José, con motivo de la terrible persecucion que en aquel año sufrió aquella comunidad. Otras tantas son para el Padre Gracian.

1577.

A principios de Enero escribe á su hermano D. Lorenzo unos versos muy curiosos: habla de su libro, que estaba en la Inquisicion de Toledo. Continúa entónces su correspondencia con su hermano y la priora de Sevilla: sus temores por la comision del Padre Tostado, enemigo capital de los Descalzos, y comisionado por el capítulo general de Plasencia contra ellos.

En 2 de Marzo escribe la curiosa carta llamada del Vejámen, sobre un asunto espiritual.

En 24 del mismo mes ingresa en los carmelitas Descalzos el célebre Padre Doria. Las monjas de Veas y Caravaca se ven envueltas en pleitos.

Muere el Nuncio Ormaneto en Junio de este año, cuya muerte fué muy sentida por Santa Teresa.

Durante el mes de Julio vuelve de Toledo á Ávila para someter á la Órden del Cármen el convento de San José, que hasta entónces estaba sujeto al ordinario.

1578.

El Padre Salazar, de la Compañía de Jesus, quiere hacerse carmelita descalzo; con este motivo sostiene Santa Teresa una polémica con el Padre Suarez, provincial de los Jesuitas, á fines de Febrero.

Á principios de Mayo marcha el Tostado á Portugal, con lo que se alivian algo los temores de Santa Teresa.

Á 9 de Agosto prohibe el Consejo que se obedezca al nuncio en lo que mande respecto á los regulares. Muere el Padre general Rossi á principios de Setiembre.

En 9 de Octubre se reune en Almodóvar segundo capítulo general por los carmelitas descalzos con dudosa legitimidad; tratan de formar provincia aparte. Es electo provincial Fray Antonio de Jesus.

Durante todo este año estuvo Santa Teresa en Ávila. Escribió cuarenta y tres cartas; diez y seis son para el Padre Gracian.

Este año fué en el que pasó Santa Teresa más amarguras y persecuciones; pues, como ella misma decia en una de sus cartas, *le hacian guerra todos los demonios*. Por este tiempo se hace tambien otra denuncia del libro de su *Vida*.

1579.

Desde primeros de año principia á calmar la tempestad contra las monjas de Sevilla y contra toda la Órden.

Á principios de Febrero, el conde de Tendilla, favorecedor de la reforma de Santa Teresa, se descompone con el nuncio, diciéndole algunas palabras ágrias. Quéjase monseñor Sega al Rey, y éste le dice gravemente que *mire de favorecer á la virtud*. El conde de Tendilla da satisfaccion al nuncio por mandado del rey; pero el arzobispo de Toledo, varios prelados y el embajador, por mandado del rey, se quejan al papa de la conducta del nuncio. Nómbransele á éste por auto del Consejo cuatro adjuntos, para entender en las cosas de los Descalzos.

Á 1.° de Abril se nombra por prelado y vicario general de los Descalzos á Fray Ángel de Salazar, carmelita calzado.

Salen desde Ávila los Padres Fray Juan de Jesus y Diego de la Trinidad disfrazados de seglares, á fin de conseguir la separacion de los Descalzos: en Mayo se embarcan en Alicante para Nápoles.

Sale Santa Teresa de Valladolid para Medina el dia 30 de Julio; está en Medina tres ó cuatro dias; pasa de allí á Alba de Tórmes, donde está unos ocho, y, hácia la fiesta de la Asuncion, llega á Salamanca, donde permanece unos dos meses y medio, procurando arreglar el asunto de comprar casa.

Fray Ángel de Salazar la releva del priorato de Malagon, para el cual habia sido elegida, pero le encarga que visite aquel convento.

Á 19 de Noviembre escribe desde allí á Doña Isabel de Ossorio. Llega á Malagon el dia 25 de Noviembre, y el dia de la Concepcion pasa á la nueva casa.

Decídese por mandato divino á que se admita la fundacion de Villanueva de la Jara, que repugnaba hacía mucho tiempo (desde mediados de 1576).

1580.

El Padre Salazar le envia las patentes para la fundacion de Villanueva de la Jara, dia 28 de Enero.

El dia 13 de Febrero sale de Malagon, y llega á Villanueva el domingo primero de Cuaresma; toman las beatas el hábito de Carmelitas el dia 25 de Febrero, y queda fundado el décimotercero convento de Descalzas.

Permanece en Toledo hasta 7 de Junio: por mandado del Padre Salazar sale para Valladolid: llega á Segovia el dia 13 de Junio; muere su hermano D. Lorenzo de Cepeda, con cuyo motivo tiene que pasar á Ávila para arreglar la testamentaría de su hermano y los asuntos de sus sobrinos. Falleció dia 28 de Junio.

Á 22 de Junio se expiden por Gregorio XIII las bulas apostólicas para la formacion de provincia aparte para los Descalzos.

Sale de Ávila, y de allí va á Medina á principios de Agosto, en compañía de su sobrino y del Padre Gracian; de Medina pasa á Valladolid, donde cae gravemente enferma y se cree que muere. Queda muy débil; á 4 de Octubre estaba convaleciendo y llevaba la correspondencia la venerable Ana de San Bartolomé; pero áun se esforzaba la Santa para escribir algunas cartas de su mano. Propónenle la fundacion de Palencia, la cual trata de excusar por su mucha flaqueza. Por exhortacion del Padre Ripalda, jesuita, la acepta y sale de Valladolid para Palencia, dia de Inocentes, y queda hecha la fundacion, dia del rey David, en una casa alquilada al efecto.

Estando en Valladolid obtiene del arzobispo de Búrgos el permiso para fundar allá.

1581.

Á principios de año trata de fundar junto á la capilla de Nuestra Señora de la Calle; pero muda de opinion, y á mediados de Febrero desea comprar la casa de Tamayo. Escribe várias cartas á Fray Juan de Jesus, Gracian, Doña Ana Enriquez y otros.

Decídese al fin por el primer pensamiento, y compra casa junto á la capilla de Nuestra Señora de la Calle.

En 4 de Mayo fundacion del convento de Descalzos en Valladolid: en 1.° de Junio se funda el de Salamanca.

Trasládanse las religiosas de Palencia con Santa Teresa á las casas contiguas á Nuestra Señora de la Calle, verificándose la traslacion en la octava del Corpus y con gran pompa.

1582.

Arregladas, al parecer, las cosas para la fundacion de Búrgos, sale de Ávila para allá el dia 2 de Enero.

Llega á Medina el 4; sale el 9 para Valladolid, donde está cuatro dias: de allí á Palencia. El 16 escribe desde allí á Catalina de Tolosa, y llega á Búrgos el 26, despues de grandes apuros y peligros en el camino, y estando ella enferma.

El 21 habia llegado á Granada la venerable Ana de Jesus, en compañía de San Juan de la Cruz, para fundar allá el décimosexto convento de Carmelitas, como lo hizo.

El 19 de Febrero se funda en Lisboa un convento de Descalzos. Entretanto pasa en Búrgos Santa Teresa muchos apuros y contradicciones por dificultar mucho el arzobispo la fundacion. El 23 de Febrero, víspera de San Matías, se traslada con sus monjas á un pequeño departamento del hospital de la Concepcion.

Inúndase el convento de Búrgos estando allí Santa Teresa, y están á pique de perecer las monjas. Escribe várias cartas.

Sale de Búrgos á fines de Julio: á 3 de Agosto escribe desde Palencia á la priora de Búrgos. Sale de Palencia para Valladolid al otro dia de San Alberto.

Á 26 de Agosto escribe desde Valladolid á la de Toledo. Insulta á Santa Teresa un abogado de Valladolid por cosas del testamento de su hermano. La priora de Valladolid se descompone tambien con ella y la echa del convento. Llega á Medina del Campo á 16 de Setiembre. La priora se insolenta tambien con ella y la desprecia. Sálese del convento sin probar bocado, desfallecida de enfermedad, cansancio y hambre: al dia siguiente, 17, está á pique de morir de necesidad en el camino con su compañera de viaje, por no haber hallado

que comer en Peñaranda. En vez de ir á Avila, el Padre Antonio de Jesus en Medina le habia mandado pasar á Alba de Tórmes para acompañar á la duquesa en su alumbramiento. Llega, por fin, á Alba el 20 de Setiembre, á las seis de la tarde, medio muerta; esfuérzase al dia siguiente para bajar á la iglesia á comulgar; vuelve á la cama para no levantarse más. Recibido el Viático, y confesada con Fray Antonio de Jesus, muere el dia 15 de Octubre, á la edad de sesenta y siete años y medio, en brazos de su inseparable compañera Ana de Jesus, que refiere los últimos dias de su vida desde la fundacion de Búrgos.

Su cuerpo es enterrado en Alba con grandes precauciones para evitar su robo.

1583.

El dia 4 de Octubre lo desentierra el Padre Gracian para ponerlo con más decoro. Por mandado del capítulo provincial de Pastrana se acuerda trasladar el cuerpo de Santa Teresa al convento de Ávila, segun lo pactado con el obispo de Palencia, al fundar la iglesia de San José, en que fué él enterrado aquel mismo año.

1585.

Exhúmase segunda vez el cuerpo de Santa Teresa el dia 25 de Noviembre, y dejando allí su brazo, se lleva el resto del cuerpo á Ávila, donde se colocó en la sala capitular.

1586.

Á 1.° de Enero se hace el reconocimiento público de la incorruptibilidad del cuerpo de la Santa.

1587.

Califica Fray Luis de Leon las obras de Santa Teresa, y las hace imprimir en Salamanca al año siguiente.

1589.

Manda Sixto V que el cuerpo continúe en Alba, á pesar de las gestiones de Ávila.

1591.

Visítalo el obispo de Salamanca.

1592.

Devuelve la Inquisicion el libro de la Vida al cabo de trece años desde la segunda delacion, por lo que dice el Padre Gracian que estuvo allá *más de diez años*. Llévase al Escorial, juntamente con los de las *Fundaciones* y *Modo de visitar los conventos*.

1595.

Hácense las informaciones de su vida, virtudes y milagros.

1598.

Elévase su sepulcro.

1604.

Ábrese su sepulcro, y despues se asegura más.

Hácese el proceso para su beatificacion con autoridad apostólica.

1614.

Á 24 de Abril, beatificacion de Santa Teresa.

1616.

Colócase su cuerpo en la capilla nueva.

1622.

Á 12 de Marzo, canonizacion de Santa Teresa.

1629.

Hácese una iglesia en su casa natal en Ávila (1).

1750.

Ábrese su tumba, y diez años despues se coloca el cuerpo, to davía incorrupto, en una caja de plata.

(1) Despues ha servido para teatro, con gran escándalo y sentimiento de todas las personas piadosas.

LA VIDA

DE LA

SANTA MADRE TERESA DE JESUS, (1)

Y ALGUNAS DE LAS MERCEDES QUE DIOS LE HIZO,

ESCRITAS

POR ELLA MISMA,

POR MANDADO DE SU CONFESOR, Á QUIEN LA ENVIA Y DIRIGE,

Y DICE ASÍ:

Quisiera yo que, como me han mandado y dado larga licencia para que escriba el modo de oracion y las mercedes que el Señor me ha hecho, me la dieran para que muy por menudo y con claridad dijera mis grandes pecados y ruin vida. Diérame gran consuelo, mas no han querido, ántes atádome mucho en este caso; y por esto pido, por amor del Señor, tenga delante de los ojos, quien este discurso de mi vida

---

(1) Sus apellidos en el siglo eran Teresa Sanchez Cepeda Dávila y Ahumada; pero el más usual era Teresa de Ahumada, hasta que principió la reforma, dejando aquel apellido por el de Jesus.

leyere, que ha sido tan ruin, que no he hallado santo, de los que se tornaron á Dios, con quien me consolar. Porque considero, que, despues que el Señor los llamaba, no le tornaban á ofender: yo no sólo tornaba á ser peor, sino que parece traia estudio á resistir las mercedes que su Majestad me hacía, como quien se veia obligar á servir más, y entendia de sí no podia pagar lo ménos de lo que debia. Sea bendito por siempre, que tanto me esperó, á quien con todo mi corazon suplico me dé gracia, para que con toda claridad y verdad yo haga esta relacion, que mis confesores me mandan (y áun el Señor, sé yo, lo quiere muchos dias há, sino que yo no me he atrevido) y que sea para gloria y alabanza suya, y para que de aquí adelante, conociéndome ellos mejor, ayuden á mi flaqueza, para que pueda servir algo de lo que debo al Señor, á quien siempre alaben todas las cosas. Amen.

CAPÍTULO PRIMERO.

En que trata cómo comenzó el Señor á despertar esta alma en su niñez á cosas virtuosas, y la ayuda que es para esto serlo los padres.

El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecia, para ser buena. Era mi padre (1) aficionado á leer buenos libros, y así los tenía de romance para que leyeren sus hijos. Estos (2), con el

(1) El padre de Santa Teresa se llamaba Alfonso Sanchez de Cepeda. Los padres de éste fueron Juan Sanchez de Toledo é Inés de Cepeda. Los padres de Juan Sanchez de Toledo fueron Alfonso Sanchez de Toledo y Teresa Sanchez. El padre de Inés de Cepeda fué D. Luis de Cepeda, caballero de Santiago, en Tordesillas; el de la madre se ignora.

Alfonso Sanchez de Cepeda, padre de Santa Teresa, tuvo cinco hermanos más: uno se llamaba Francisco Alvarez de Cepeda, el otro Pedro Sanchez de Cepeda. Santa Teresa habla de otro tio suyo llamado Ruy Sanchez.

(2) La ascendencia materna de Santa Teresa está algo complicada, por haber distintos árboles genealógicos; pero consta indudablemente su nobleza, y que estaba emparentada con muchas familias ilustres de Castilla. Los padres de Doña Beatriz fueron Juan Mateo Blazquez de Ahumada y Teresa de las Cuevas, abuelos maternos de Santa Teresa. Puede verse sobre este punto su árbol genealógico en la obra del padre Traggia titulada *La mujer grande*, tomo I.

cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar, y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora y de algunos Santos, comenzó á despertarme, de edad, á mi parecer, de seis ó siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenian muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y áun con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los habia gran piedad; y estando una vez en casa de un hermano suyo la regalaba como á sus hijos; decia, que de que no era libre, no lo podia sufrir de piedad. Era de gran verdad; jamás nadie le oyó jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi madre tambien tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad: con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasion á que ella hacía caso de ella; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió; murió muy cristianamente. Eramos tres hermanas y nueve hermanos; todos parecieron á sus padres, por la bondad de Dios, en ser virtuosos, sino fuí yo, aunque era la más querida de mi padre; y ántes que comenzase á ofender á Dios, parece tenía alguna razon, porque yo he lástima, cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que, el Señor me habia dado y cuán mal

me supe aprovechar de ellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban á servir á Dios.

Tenía uno casi de mi edad (1), juntábamonos entramos á leer vidas de santos, que era el que yo más queria, aunque á todos tenía gran amor y ellos á mí; como veia los martirios que por Dios los santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir á gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así, no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leia haber en el cielo, y juntábame con este mi hermano á tratar qué medio habria para esto. Concertábamos irnos á tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen, y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algun medio, sino que el tener padres nos parecia el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir, que pena y gloria era para siempre en lo que leíamos. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto; y gustábamos de decir muchas veces, para siempre, siempre, siempre. En pronunciar esto mucho rato, era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad. De que ví que era imposible ir adonde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que habia en casa, procurábamos, como

(1) Supónese que este era su hermano Rodrigo.

podíamos, hacer ermitas, poniendo unas pedrecillas, que luégo se nos caian, y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devocion ver cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa. Hacía limosna como podia, y podia poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.

Acuérdome que cuando murió mi madre, quedé yo de edad de doce años poco ménos (1): como yo comencé á entender lo que habia perdido, afligida, fuíme á una imágen de Nuestra Señora, y supliquéla fuese mi madre con muchas lágrimas. Paréceme que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado á esta Vírgen soberana en cuanto me he encomendado á ella, y en fin me ha tornado á sí. Fatígame ahora ver y pensar en qué estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé. Oh Señor mio! Pues parece teneis determinado que me salve, plega á vuestra Majestad

(1) Segun esto, debió morir su madre á fines del año 1526 ó principios del 27.

sea así; y de hacerme tantas mercedes como me habeis hecho, ¿no tuviérais por bien, no por mi ganancio, sino por vuestro acatamiento, que no se ensuciara tanta posada, adonde tan continuo habíais de morar? Fatígame, Señor, áun decir esto, porque sé que fué mia toda la culpa; porque no me parece os quedó á vos nada por hacer, para que desde esta edad no fuera toda vuestra. Cuando voy á quejarme de mis padres tampoco puedo, porque no via en ellos sino todo bien, y cuidado de mi bien. Pues pasando de esta edad, que comencé á entender las gracias de naturaleza, que el Señor me habia dado, que segun decian eran muchas, cuando por ellas le habia de dar gracias, de todas me comencé á ayudar para ofenderle, como ahora diré.

CAPÍTULO II.

Trata cómo fué perdiendo estas virtudes, y lo que importa en la niñez tratar con personas virtuosas.

Paréceme que comenzó á hacerme mucho daño lo que ahora diré. Considero algunas veces cuán mal lo hacen los padres, que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras; porque con serlo tanto mi madre, como he dicho, de lo bueno no tomé tanto, en llegando á uso de razon, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada á libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo, como yo le tomé para mí; porque no perdia su labor, sino desenvolvíanos para leer en ellos; y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía, y ocupar sus hijos, que no anduviesen en otras cosas perdidos. De esto le pesaba tanto á mi padre, que se habia de tener aviso á que no lo viese. Yo comencé á quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta, que en ella vi, me comenzó á enfriar los deseos, y comenzar á fal-

tar en lo demas; y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del dia y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebia, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento. Comencé á traer galas, y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello y olores, y todas las vanidades que en esto podia tener, que eran hartas, por ser muy curiosa. No tenía mala intencion, porque no quisiera yo que nadie ofendiera á Dios por mí. Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada y cosas que me parecian á mí no eran ningun pecado muchos años; ahora veo cuán malo debia ser. Tenía primos hermanos algunos, que en casa de mi padre no tenian otros cabida para entrar, que era muy recatado; y pluguiera á Dios que lo fuera de éstos tambien, porque ahora veo el peligro que es tratar en la edad que se han de comenzar á criar virtudes con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que ántes despiertan para meterse en él. Eran casi de mi edad, poco mayores que yo; andábamos siempre juntos; teníanme gran amor; y en todas las cosas que les daba contento, los sustentaba plática y oia sucesos de sus aficiones y niñerías, no nada buenas; y lo que peor fué mostrarse el alma á lo que fué causa de todo su mal. Si yo hubiera de aconsejar, dijera á los padres, que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus

hijos; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural ántes á lo peor, que á lo mejor.

Así me acaeció á mí, que tenía una hermana de mucho más edad que yo (1), de cuya honestidad y bondad, que tenía mucha, de ésta no tomaba nada, y tomé todo el daño de una parienta, que trataba mucho en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre la habia mucho procurado desviar que tratase en casa (parece adivinaba el mal que por ella me habia de venir), y era tanta la ocasion que habia para entrar, que no habia podido. Á ésta que digo me aficioné á tratar. Con ella era mi conversacion y pláticas, porque me ayudaba á todas las cosas de pasatiempo, que yo queria, y áun me ponia en ellas, y daba parte de sus conversaciones y vanidades. Hasta que traté con ella, que fué de edad de catorce años, y creo que más (para tener amistad conmigo, digo, y darme parte de sus cosas), no me parece habia dejado á Dios por culpa mortal, ni perdido el temor de Dios, aunque le tenía mayor de la honra: éste tuvo fuerza para no la perder del todo; ni me parece por ninguna cosa del mundo en esto me podia mudar, ni habia amor de persona de él, que á esto me hiciese rendir. Así tuviera fortaleza en no ir contra la honra de Dios, como me la daba mi natural, para no perder en lo que me parecia á mí está la honra del mundo; y no

(1) Doña María de Cepeda, hija del primer matrimonio.

miraba que la perdia por otras muchas vias. En querer ésta vanamente tenía extremo; los medios, que eran menester para guardarla, no ponia ninguno; sólo para no perderme del todo tenía gran miramiento. Mi padre y hermana sentian mucho esta amistad, reprendíanmela muchas veces: como no podian quitar la ocasion de entrar ella en casa, no les aprovechaban sus diligencias, porque mi sagacidad para cualquier cosa mala era mucha. Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía; y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer: en especial en tiempo de mocedad debe ser mayor el mal que hace: querria escarmentasen en mí los padres, para mirar mucho en esto. Y es así, que de tal manera me mudó esta conversacion, que de natural y alma virtuosos no me dejó casi ninguno; y me parece me imprimia sus condiciones ella, y otra que tenía la misma manera de pasatiempos. Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía; y tengo por cierto, que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud; porque si en esta edad tuviera quien me enseñara á temer á Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer. Despues, quitado este temor del todo, quedóme sólo el de la honra, que en todo lo que hacía me traia atormentada. Con pensar que no se habia de saber, me atrevia á muchas cosas bien contra ella y contra Dios.

Al principio dañáronme las cosas dichas, á lo que me parece, y no debia ser suya la culpa, sino mia; porque despues mi malicia para el mal bastaba, junto con tener criadas, que para todo mal hallaba en ellas buen aparejo: que si alguna fuera en aconsejarme bien, por ventura me aprovechara; mas el interes las cegaba como á mí la aficion. Y pues nunca era inclinada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecia, sino á pasatiempos de buena conversacion; mas puesta en la ocasion, estaba en la mano el peligro, y ponia en él á mi padre y hermanos: de los cuales me libró Dios, de manera que se parece bien procuraba contra mi voluntad que del todo no me perdiese; aunque no pudo ser tan secreto, que no hubiese harta quiebra de mi honra, y sospecha en mi padre (1). Porque no me parece habia tres meses que andaba en estas vanidades, cuando me llevaron á un monasterio que habia en este lugar, adonde se criaban personas semejantes, aunque no tan ruines en costumbres como yo; y esto con tan gran disimulacion, que sola yo y algun deudo lo supo, porque aguardaron á coyuntura, que no parecie-

(1) Algunos escritores, en especial franceses, propenden á exagerar las culpas de Santa Teresa en estos tres meses, tomando demasiado al pié de la letra las expresiones que á la Santa le arrancaba su humildad profunda, como generalmente sucede con todos los Santos.

se novedad; porque haberse mi hermana casado, y quedar sola sin madre, no era bien. Era tan demasiado el amor, que mi padre me tenía, y la mucha disimulacion mia, que no habia creer tanto mal de mí, y así no quedó en desgracia conmigo. Como fué breve el tiempo, aunque se entendiese algo, no debia ser dicho con certinidad; porque como yo temia tanto la honra, todas mis diligencias eran en que fuese secreto, y no miraba que no podia serlo á quien todo lo ve. ¡Oh Dios mio, qué daño hace en el mundo tener esto en poco, y pensar que ha de haber cosa secreta, que sea contra vos! Tengo por cierto, que se escusarian grandes males, si entendiésemos que no está el negocio en guardarnos de los hombres, sino en no nos guardar de descontentaros á vos.

Los primeros ocho dias sentí mucho, y más la sospecha que tuve se habia entendido la vanidad mia, que no de estar allí; porque ya yo andaba cansada, y no dejaba de tener gran temor de Dios cuando le ofendia, y procuraba confesarme con brevedad: traia un desasosiego, que en ocho dias, y áun creo en ménos, estaba muy más contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento adonde quiera que estuviese, y así era muy querida; y puesto que yo estaba entónces ya enemiguisima de ser monja, holgábame de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa, y de gran honestidad y

religion y recatamiento. Aun con todo esto no me dejaba el demonio de tentar, y buscar los de fuera cómo me desasosegar con recaudos. Como no habia lugar, presto se acabó, y comenzó mi alma á tornarse á acostumbrar en el bien de mi primera edad, y vi la gran merced que hace Dios á quien pone en compañía de buenos. Paréceme andaba su Majestad mirando y remirando, por dónde me podia tornar á sí. Bendito seais vos, Señor, que tanto me habeis sufrido, amen. Una cosa tenía, que parece me podia ser alguna disculpa, si no tuviera tantas culpas, y es, que era el trato con quien por via de casamiento me parecia podia acabar en bien: é informada de con quien me confesaba, y de otras personas, en muchas cosas me decian no iba contra Dios.

Dormia una monja con las que estábamos seglares, que por medio suyo parece quiso el Señor comenzar á darme luz, como ahora diré.

CAPÍTULO III.

En que trata cómo fué parte la buena compañía para tornar á despertar sus deseos, y por qué manera comenzó el Señor á darle alguna luz del engaño que habia traido.

Pues comenzando á gustar de la buena y santa conversacion de esta monja, holgábame de oirla cuán bien hablaba de Dios, porque era muy discreta y santa. Esto á mi parecer en ningun tiempo dejé de holgarme de oirlo. Comenzóme á contar cómo ella habia venido á ser monja por sólo leer lo que dice el Evangelio, muchos son los llamados y pocos los escogidos. Deciame el premio que daba el Señor á los que todo lo dejan por él. Comenzó esta buena compañía á desterrar las costumbres que habia hecho la mala, y á tornar á poner en mi pensamiento deseo de las cosas eternas, y á quitar algo la gran enemistad que tenía con ser monja, que se me habia puesto grandísima; y si veia alguna tener lágrimas cuando rezaba, ú otras virtudes, habíala mucha envidia, porque era tan recio mi corazon en este caso, que si leyera toda la pasion, no llorara una lágrima: esto me causaba pena. Estuve año y medio

en este monasterio harto mejorada; comencé á rezar muchas oraciones vocales, y á procurar con todas me encomendasen á Dios, que me diese el estado en que le habia de servir; mas todavía deseaba no fuese monja, que éste no fuese Dios servido de dármele, aunque tambien temia el casarme. Á cabo de este tiempo que estuve aquí, ya tenía más amistad de ser monja, aunque no en aquella casa, por las cosas más virtuosas, que despues entendí tenian, que me parecian extremos demasiados; y habia algunas de las más mozas que me ayudaban en esto, que si todas fueran de un parecer mucho me aprovechara. Tambien tenía yo una grande amiga en otro monasterio, y esto me era parte para no ser monja, si lo hubiese de ser, sino adonde ella estaba. Miraba más el gusto de mi sensualidad y vanidad, que lo bien que me estaba á mi alma. Estos buenos pensamientos de ser monja me venian algunas veces y luégo se quitaban, y no podia persuadirme á serlo.

En este tiempo, aunque yo no andaba descuidada de mi remedio, andaba más ganoso el Señor de disponerme para el estado que me estaba mejor. Dióme una gran enfermedad, que hube de tornar en casa de mi padre. En estando buena lleváronme en casa de mi hermana (1), que residia en una aldea,

(1) María de Cepeda: su marido se llamaba Martin de Guzman y Barrientos.

para verla, que era extremo el amor que me tenía, y á su querer no saliera yo de con ella; y su marido tambien me amaba mucho, al ménos mostrábame todo regalo, que áun esto debo más al Señor, que en todas partes siempre le he tenido, y todo se lo servia como la que soy. Estaba en el camino un hermano de mi padre (1), muy avisado y de grandes virtudes, viudo, á quien tambien andaba el Señor disponiendo para sí, que en su mayor edad dejó todo lo que tenía, y fué fraile y acabó de suerte, que creo goza de Dios: quiso que me estuviese con él unos dias. Su ejercicio era buenos libros de romance, y su hablar era lo más ordinario de Dios y de la vanidad del mundo: hacíame le leyese, y aunque no era amiga de ellos, mostraba que sí; porque en esto de dar contento á otros he tenido extremo, aunque á mí me hiciese pesar, tanto que en otras fuera virtud y en mí ha sido gran falta, porque iba muchas veces muy sin discrecion. ¡Oh, válame Dios, por qué términos me andaba su Majestad disponiendo para el estado en que se quiso servir de mí, que, sin quererlo yo, me forzó á que me hiciese fuerza! sea bendito por siempre, amen. Aunque fueron los dias que estuve pocos, con la fuerza que hacian en mi corazon las palabras de Dios, así leidas como oidas, y la bue-

(1) Don Pedro Sanchez de Cepeda, que vivia en Hortigosa, á cuatro leguas de Avila.

na compañía, vine á ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada y la vanidad del mundo, y como acababa en breve y á temer, si me hubiera muerto, como me iba al infierno; y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse á ser monja, vi era el mejor y más seguro estado; y así poco á poco me determiné á forzarme para tomarle.

En esta batalla estuve tres meses, forzándome á mí misma con esta razon, que los trabajos y pena de ser monja no podia ser mayor que la del purgatorio, y que yo habia bien merecido el infierno; que no era mucho estar lo que viviese como en purgatorio, y que despues me iria derecha al cielo, que este era mi deseo; y en este movimiento de tomar este estado, más me parece me movia un temor servil, que amor. Poníame el demonio, que no podria sufrir los trabajos de la religion, por ser tan regalada: á esto me defendia con los trabajos que pasó Cristo, porque no era mucho yo pasase algunos por él; que él me ayudaria á llevarlos debia pensar, que esto postrero no me acuerdo: pasé hartas tentaciones estos dias. Habíanme dado con unas calenturas unos grandes desmayos, que siempre tenía bien poca salud. Dióme la vida haber quedado ya amiga de buenos libros: leia en las Epístolas de San Jerónimo, que me animaban de suerte, que me determiné á decirlo á mi padre, que casi era como tomar el hábito; porque era

tan honrosa (1), que me parece no tornara atras de ninguna manera, habiéndolo dicho una vez. Era tanto lo que me queria, que en ninguna manera lo pude acabar con él, ni bastaron ruegos de personas, que procuré le hablasen. Lo que más se pudo acabar con él fué, que despues de sus dias haría lo que quisiese. Yo ya me temia á mí y á mi flaqueza no tornase atras, y así no me pareció me convenia esto, y procurélo por otra via, como ahora diré.

---

(1) Quiere decir *pundonorosa*, ó persona que todo lo hace punto de honra, sosteniendo tenazmente su opinion, una vez emitida.

CAPÍTULO IV.

Dice cómo la ayudó el Señor para forzarse á sí misma para tomar hábito, y las muchas enfermedades que su Majestad la comenzó á dar.

En estos dias que andaba con estas determinaciones, habian persuadido á un hermano mio á que se metiese fraile, diciéndole la vanidad del mundo; y concertamos entrambos de irnos un dia muy de mañana al monasterio adonde estaba aquella mi amiga (1), que era á la que yo tenía mucha afeccion puesto que ya en esta postrera determinacion yo estaba de suerte, que á cualquiera que pensara servir más á Dios, ó mi padre quisiera, fuera; que más miraba ya el remedio de mi alma, que del descanso ningun caso hacía de él. Acuérdaseme á todo mi parecer, y con verdad, que cuando salí de en casa de mi padre no creo será más el sentimiento cuando me muera, porque

(1) Sor Juana Suarez. La entrada en el monasterio de la Encarnacion fué en 1533, segun prueban los padres Bolandistas.

me parece cada hueso se me apartaba por sí, que como no habia amor de Dios, que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande, que, si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante: aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra. En tomando el hábito, luégo me dió el Señor á entender, cómo favorece á los que se hacen fuerza para servirle, la cual nadie no entendia de mí, sino grandísima voluntad. A la hora me dió un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca me faltó hasta hoy; y mudó Dios la sequedad, que tenía mi alma, en grandísima ternura: dábanme deleite todas las cosas de la religion; y es verdad, que andaba algunas veces barriendo en horas, que yo solia ocupar en mi regalo y gala; y acordándoseme que estaba libre de aquello, me daba un nuevo gozo, que yo me espantaba, y no podia entender por dónde venía. Cuando de esto me acuerdo, no hay cosa que delante se me pusiese, por grave que fuese, que dudase de acometerla. Porque ya tengo esperiencia en muchas, que si me ayudo al principio á determinarme á hacerlo que, siendo sólo por Dios, comenzarlo quiere, para que más merezcamos, que el alma sienta aquel espanto, y miéntras mayor, si sale con ello, mayor premio y más sabroso se hace despues: áun en esta vida lo paga su Majestad por unas vias, que sólo quien goza de ello lo entiende. Esto tengo por esperiencia,

como he dicho en muchas cosas harto graves; y así jamás aconsejaria, si fuera persona que hubiera de dar parecer, que, cuando una buena inspiracion acomete muchas veces, se deje por miedo de poner por obra; que si va desnudamente por sólo Dios, no hay que temer sucederá mal, que poderoso es para todo, sea bendito por siempre, amen.

Bastara ¡oh sumo bien y descanso mio! las mercedes que me habíais hecho hasta aquí, de traerme por tantos rodeos vuestra piedad y grandeza á estado tan seguro, y á casa adonde habia muchas siervas de Dios, de quien yo pudiera tomar para ir creciendo en su servicio. No sé cómo he de pasar de aquí, cuando me acuerdo la manera de mi profesion, y la gran determinacion y contento con que la hice, y el desposorio que hice con Vos: esto no lo puedo decir sin lágrimas, y habian de ser de sangre y quebrárseme el corazon, y no era mucho sentimiento, para lo que despues os ofendí. Paréceme ahora, que tenía razon de no querer tan gran dignidad, pues tan mal habia de usar de ella; mas Vos, Señor mio, quisistes ser casi veinte años, que usé mal de esta merced, ser el agraviado por que yo fuese mejorada. No parece, Dios mio, sino que prometí no guardar cosa de lo que os habia prometido, aunque entónces no era esa mi intencion: mas veo tales mis obras despues, que no sé qué intencion tenía, para que más se vea quien vos sois, esposo mio, y quien soy yo; que es verdad

cierto que muchas veces me templa el sentimiento de mis grandes culpas, el contento que me da, que se entienda la muchedumbre de vuestras misericordias. ¿En quién, Señor, puede así resplandecer como en mí, que tanto he oscurecido con mis malas obras las grandes mercedes, que me comenzastes á hacer? ¡Ay de mí, Criador mio, que si quiero dar disculpa, ninguna tengo, ni tiene nadie la culpa sino yo! Porque si os pagara algo del amor que me comenzastes á mostrar, no le pudiera yo emplear en nadie sino en Vos, y con esto se remediaba todo: pues no lo merecí, ni tuve tanta ventura, válgame ahora, Señor, vuestra misericordia.

La mudanza de la vida y de los manjares me hizo daño á la salud, que aunque el contento era mucho, no bastó. Comenzáronme á crecer los desmayos, y dióme un mal de corazon tan grandísimo, que ponia espanto á quien lo veia, y otros muchos males juntos; y así pasé el primer año con harto mala salud, aunque no me parece ofendí á Dios en él mucho. Y como era el mal tan grave, que casi me privaba el sentido siempre, y algunas veces del todo quedaba sin él, era grande la diligencia que traia mi padre para buscar remedio; y como no le dieron los médicos de aquí, procuró llevarme á un lugar adonde habia mucha fama de que sanaban allí otras enfermedades, y así dijeron haría la mia. Fué conmigo esta amiga que he dicho tenía en casa, que era antigua.

En la casa que era monja no se prometia clausura. Estuve casi un año por allá, y los tres meses de él padeciendo tan grandísimo tormento en las curas que me hicieron tan recias, que yo no sé cómo las pude sufrir; y en fin, aunque las sufrí, no las pudo sufrir mi sujeto, como diré. Habia de comenzarse la cura en el principio del verano, y yo fuí en el principio del invierno: todo este tiempo estuve en casa de la hermana que he dicho, que estaba en la aldea, esperando el mes de Abril, porque estaba cerca, y no andar yendo y viniendo. Cuando iba, me dió aquél tio mio (que tengo dicho que estaba en el camino) un libro: llámase *Tercer Abecedario* (1), que trata de enseñar oracion de recogimiento; y puesto que este primer año habia leido buenos libros, que no quise más usar de otros porque ya entendia el daño que me habian hecho, no sabia cómo proceder en oracion, ni cómo recogerme, y así holguéme mucho con él, y determinéme á seguir aquel camino con todas mis fuerzas; y como ya el Señor me habia dado dón de lágrimas, y gustaba de leer, comencé á tener ratos de soledad, y á confesarme á menudo, y comenzar aquel camino, teniendo aquel libro por maestro; porque yo no hallé maestro, digo, confesor, que me entendiese, aunque le busqué, en veinte años despues de esto que

(1) Es una obra mística, escrita por Fray Francisco de Osuna, franciscano: Búrgos, 1537.

digo, que me hizo harto daño para tornar muchas veces atrás; y áun para del todo perderme, porque todavía me ayudara á salir de las ocasiones que tuve para ofender á Dios.

Comenzóme su Majestad á hacer tantas mercedes en estos principios, que al fin deste tiempo, que estuve aquí, que eran casi nueve meses en esta soledad (aunque no tan libre de ofender á Dios, como el libro me decia, mas por esto pasaba yo; parecíame casi imposible tanta guarda, teníala de no hacer pecado mortal, y plugiera á Dios la tuviera siempre; de los veniales hacía poco caso, y esto fué lo que me destruyó) (1) comenzó el Señor á regalarme tanto por este camino, que me hacía merced de darme oracion de quietud, y alguna vez llegaba á union, aunque yo no entendia qué era lo uno ni lo otro, y lo mucho que era de preciar, que creo me fuera gran bien entenderlo. Verdad es que duraba tan poco esto de union, que no sé si era Ave María; mas quedaba con unos efectos tan grandes, que con no haber en este tiempo veinte años, me parece traia al mundo debajo de los piés, y así me acuerdo, que habia lástima á los que le seguian, aunque fuese en cosas lícitas. Procuraba lo más que podia traer á Jesucristo, nuestro

(1) Este es uno de los pasajes más confusos que contiene el libro, pues el largo paréntesis de cinco líneas que contiene, trunca el contexto de la narracion por largo tiempo.

bien y Señor, dentro de mí presente, y esta era mi manera de oracion. Si pensaba en algun paso, le representaba en lo interior, aunque lo más gastaba en leer buenos libros, que era toda mi recreacion; porque no me dió Dios talento de discurrir con el entendimiento ni de aprovecharme con la imaginacion, que la tengo tan torpe, que áun para pensar y representar en mí, como lo procuraba, traer la humanidad del Señor, nunca acababa. Y aunque por esta via de no poder obrar con el entendimiento, llegan más presto á la contemplacion, si perseveran, es muy trabajoso y penoso; porque si falta la ocupacion de la voluntad, y el haber en que se ocupe en cosa presente el amor, queda el alma como sin arrimo ni ejercicio, y da gran pena la soledad y sequedad, y grandísimo combate los pensamientos. A personas que tienen esta disposicion les conviene más pureza de conciencia, que á las que con el entendimiento pueden obrar; porque quien discurre en lo que es mundo y en lo que debe á Dios, y en lo mucho que sufrió, y lo poco que le sirve, y lo que le da á quien le ama, saca doctrina para defenderse de los pensamientos y de las ocasiones y peligros; pero quien no se puede aprovechar de esto, tiénele mayor y conviénele ocuparse mucho en leccion, pues por su parte no puede sacar ninguna. Es tan penosísima esta manera de proceder, que si el maestro que enseña, aprieta, en que sin leccion (que ayuda mucho para recoger á quien de

esta manera procede y le es necesario, aunque sea poco lo que lea, sino en lugar de la oracion mental que no puede tener) digo que si sin esta ayuda le hacen estar mucho rato en la oracion, que será imposible durar mucho en ella, y le hará daño á la salud si porfía, porque es muy penosa cosa.

Ahora me parece que proveyó el Señor que yo no hallase quien me enseñase, porque fuera imposible, me parece, perseverar diez y ocho años que pasé este trabajo y estas grandes sequedades, por no poder, como digo, discurrir. En todos estos, si no era acabando de comulgar, jamás osaba comenzar á tener oracion sin un libro; que tanto temia mi alma estar sin él en oracion, como si con mucha gente fuera á pelear. Con este remedio, que era como una compañía, y escudo en que habia de recibir los golpes de los muchos pensamientos, andaba consolada; porque la sequedad no era lo ordinario; mas era siempre cuando me faltaba libro, que era luégo desbaratada el alma y los pensamientos perdidos: con esto los comenzaba á recoger, y como por halago llevaba el alma; y muchas veces en abriendo el libro, no era menester más: otras leia poco, otras mucho, conforme á la merced que el Señor me hacía. Parecíame á mí en este principio, que digo, que teniendo yo libros, y como tener soledad, que no habria peligro que me sacase de tanto bien; y creo con el favor de Dios fuera así, si tuviera maestro ó persona

que me avisara de huir las ocasionos en los principios y me hiciera salir de ellas, si entrara con brevedad. Y si el demonio me acometiera entónces descubiertamente, parecíame en ninguna manera tornara gravemente á pecar. Mas fué tan sutil y yo tan ruin, que todas mis determinaciones me aprovecharon poco, aunque muy mucho los dias que serví á Dios, para poder sufrir las terribles enfermedades que tuve, con tan gran paciencia como su Majestad me dió. Muchas veces he pensado, espantada de la gran bondad de Dios, y regaládose mi alma de ver su gran magnificencia y misericordia: sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, áun en esta vida, ningun deseo bueno. Por ruines é imperfectas que fuesen mis obras, este Señor mio las iba mejorando y perfeccionando y dando valor, y los males y pecados luégo los escondia. Áun en los ojos de quien los ha visto permite su Majestad se cieguen, y los quita de su memoria. Dora las culpas, hace que resplandezca una virtud, que el mismo Señor pone en mí, casi haciéndome fuerza para que la tenga. Quiero tornar á lo que me han mandado. Digo, que si hubiera de decir por menudo de la manera que el Señor se habia conmigo en estos principios, que fuera menester otro entendimiento que el mio, para saber encarecer lo que en este caso le debo, y mi gran ingratitud y maldad, pues todo esto olvidé. Sea por siempre bendito, que tanto me ha sufrido, amen.

CAPÍTULO V.

Prosigue en las grandes enfermedades que tuvo, y la paciencia que el Señor le dió en ellas, y cómo saca de los males bienes, segun se verá en una cosa que le acaeció en este lugar que se fué á curar.

Olvidé de decir cómo el año del noviciado pasé grandes desasosiegos con cosas que en sí tenian poco tomo, mas culpábanme sin tener culpa hartas veces; yo lo llevaba con harta pena é imperfeccion, aunque con el gran contento que tenía de ser monja todo lo pasaba. Como me veian procurar soledad y me veian llorar por mis pecados algunas veces, pensaban era descontento, y así lo decian. Era aficionada á todas las cosas de religion, mas no á sufrir ninguna que pareciese menosprecio. Holgábame de ser estimada; era curiosa en cuanto hacía, todo me parecia virtud; aunque esto no me será disculpa, porque para todo sabía lo que era procurar mi contento, y así la ignorancia no quita la culpa. Alguna tiene no estar fundado el monasterio en mucha perfeccion: yo como ruin, íbame á lo que veia falto y dejaba lo bueno. Estaba una monja entónces enferma de grandísima enfermedad y muy penosa, porque eran unas bocas en el vientre,

que se le habian hecho de opilaciones, por donde echaba lo que comia: murió presto de ello. Yo veia á todas temer aquel mal; á mí hacíame gran envidia su paciencia. Pedia á Dios que, dándomela así á mí, me diese las enfermedades que fuese servido. Ninguna me parece temia, porque estaba tan puesta en ganar bienes eternos, que por cualquier medio me determinaba á ganarlos. Y espantóme, porque áun no tenía, á mi parecer, amor á Dios, como despues que comencé á tener oracion me parecia á mí le he tenido; sino una luz de parecerme todo de poca estima lo que se acaba, y de mucho precio los bienes que se pueden ganar con ello, pues son eternos. Tambien me oyó en esto su Majestad, que ántes de dos años estaba tal, que aunque no el mal de aquella suerte, creo no fué ménos penoso y trabajoso el que tres años tuve, como ahora diré.

Venido el tiempo, que estaba aguardando en el lugar que digo, que estaba con mi hermana para curarme, lleváronme, con harto cuidado de mi regalo, mi padre y hermana y aquella monja mi amiga, que habia salido conmigo, que era muy mucho lo que me queria. Aquí comenzó el demonio á descomponer mi alma, aunque Dios sacó de ello harto bien. Estaba una persona de la Iglesia, que residia en aquel lugar adonde me fuí á curar, de harto buena calidad y entendimiento: tenía letras, aunque no muchas. Yo comencéme á confesar con él, que siempre fuí amiga

de letras, aunque gran daño hicieron á mi alma confesores medio letrados, porque no los tenía de tan buenas letras como quisiera. He visto por esperiencia que es mejor siendo virtuosos y de santas costumbres, no tener ningunas, que tener pocas; porque ni ellos se fian de sí, sin preguntar á quien las tenga buenas, ni yo me fiara; y buen letrado nunca me engañó. Estotros tampoco me debian de querer engañar, sino no sabian más: yo pensaba que sí, y que no era obligada á más de creerlos, como era cosa ancha lo que me decian, y de más libertad; que si fuera apretada, yo soy tan ruin que buscara otros. Lo que era pecado venial, decíanme que no era ninguno. Lo que era gravísimo mortal, que era venial. Esto me hizo tanto daño, que no es mucho lo diga aquí, para aviso de otras de tan gran mal, que para delante de Dios bien veo no me es disculpa, que bastaban ser las cosas de su natural no buenas, para que yo me guardara de ellas. Creo permitió Dios por mis pecados ellos se engañasen, y me engañasen á mí: yo engañé á otras hartas, con decirles lo mismo, que á mí me habian dicho. Duré en esta ceguedad creo más de diez y siete, hasta que *un padre dominico* gran letrado me desengañó en cosas, y los de la Compañía de Jesus del todo me hicieron tanto temer, agraviándome tan malos principios, como despues diré. Pues comenzándome á confesar *con este que digo*, él se aficionó en extremo á mí, porque entónces tenía poco

que confesar, para lo que despues tuve, ni lo habia tenido despues de monja. No fué la afeccion de éste mala, mas de demasiada afeccion venía á no ser buena. Tenía entendido de mí que no me determinaria á hacer cosa contra Dios, que fuese grave, por ninguna cosa, y él tambien me aseguraba lo mismo, y así era mucha la conversacion. Mas mis tratos entónces, con el embebecimiento de Dios que traia, lo que más gusto me daba era tratar cosas de El; y como era tan niña, hacíale confusion ver esto, y con la gran voluntad que me tenía, comenzó á declararme su perdicion; y no era poca, porque habia casi siete años que estaba en muy peligroso estado, con afeccion y trato con una mujer del mismo lugar, y con esto decia misa. Era cosa tan pública, que tenía perdida la honra y la fama, y nadie le osaba hablar contra esto. A mí hízoseme gran lástima, porque le queria mucho, que esto tenía yo de gran liviandad y ceguedad, que me parecia virtud ser agradecida, y tener ley á quien me queria. Maldita sea tal ley, que se extiende hasta ser contra la de Dios. Es un desatino que se usa en el mundo, que me desatina; que debemos todo el bien que nos hacen á Dios, y tenemos por virtud, aunque sea ir contra él, no quebrantar esta amistad. Oh ceguedad de mundo! Fuérades vos servido, Señor, que yo fuera ingratísima contra todo él, y contra vos no lo fuera un punto; mas ha sido todo al revés por mis pecados. Procuré saber é infor-

marme más de personas de su casa; supe más la perdicion, y vi que el pobre no tenía tanta culpa; porque la desventurada de la mujer le tenía puestos hechizos en un idolillo de cobre, que le habia rogado le trajese por amor de ella al cuello, y éste nadie habia sido poderoso de podérsele quitar. Yo no creo es verdad esto de hechizos determinadamente; mas diré esto que yo vi, para aviso de que se guarden los hombres de mujeres, que este trato quieren tener; y crean, que pues pierden la vergüenza á Dios (que ellas más que los hombres son obligadas á tener honestidad) que ninguna cosa de ellas pueden confiar; y que, á trueque de llevar adelante su voluntad y aquella afeccion, que el demonio les pone, no miran nada. Aunque yo he sido tan ruin, en ninguna de esta suerte yo no caí, ni jamás pretendí hacer mal, ni, aunque pudiera, quisiera forzar la voluntad para que me la tuvieran, porque me guardó el Señor de esto; mas si me dejara, hiciera el mal que hacía en lo demas, que de mí ninguna cosa hay que fiar. Pues como supe esto, comencé á mostrarle más amor; mi intencion buena era, la obra mala; pues por hacer bien, por grande que sea, no habia de hacer un pequeño mal. Tratábale muy ordinario de Dios; esto debia aprovecharle, aunque más creo le hizo al caso el quererme mucho; porque, por hacerme placer, me vino á dar el idolillo, el cual hice echar luégo en un rio. Quitado esto, comenzó, como quien despierta de

un gran sueño, á irse acordando de todo lo que había hecho aquellos años, y espantándose de sí, doliéndose de su perdicion, vino á comenzar á aborrecerla. Nuestra Señora le debia ayudar mucho, que era muy devoto de su Concepcion, y en aquel dia hacía gran fiesta. En fin, dejó del todo de verla, y no se hartaba de dar gracias á Dios, por haberle dado luz. A cabo de un año en punto, desde el primer dia que yo le vi, murió: ya habia estado muy en servicio de Dios, porque aquella aficion grande que me tenía, nunca entendí ser mala, aunque pudiera ser con más puridad; mas tambien hubo ocasiones para que, si no se tuviera muy delante á Dios, hubiera ofensas suyas más graves. Como he dicho, cosa que yo entendiera era pecado mortal, no la hiciera entónces; y paréceme que le ayudaba á tenerme amor, ver esto en mí. Que creo todos los hombres deben ser más amigos de mujeres que ven inclinadas á virtud; y áun para lo que acá pretenden, deben de ganar con ellos más por aquí, segun despues diré. Tengo por cierto está en carrera de salvacion. Murió muy bien, y muy quitado de aquella ocasion; parece quiso el Señor que por estos medios se salvase.

Estuve en aquel lugar tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fué más recia que pedia mi complexion: á los dos meses, á poder de medicinas, me tenía casi acabada la vida; y el rigor del mal de corazon, de que me fuí á curar, era mucho más re-

cio, que algunas veces me parecia con dientes agudos me asian de él, tanto que se temió era rabia. Con la falta grande de virtud (porque ninguna cosa podia comer, sino era bebida de gran hastío, calentura muy continua y tan gastada, porque casi un mes me habian dadó una purga cada dia) estaba tan abrasada, que se me comenzaron á encoger los nervios con dolores tan incomportables, que dia ni noche ningun sosiego podia tener, y una tristeza muy profunda. Con esta ganancia me tornó á traer mi padre, adonde tornaron á verme médicos: todos me desahuciaron, que decian, sobre todo este mal, estaba ética. De esto se me daba á mí poco; los dolores eran los que me fatigaban, porque eran en un ser desde los piés hasta la cabeza; porque de nervios son intolerables, segun decian los médicos, y como todos se encogian, cierto si yo no lo hubiera por mi culpa perdido, era recio tormento. En esta reciedumbre no estaria más de tres meses, que parecia imposible poderse sufrir tantos males juntos. Ahora me espanto, y tengo por gran merced del Señor la paciencia que su Majestad me dió, que se veia claro venir de él. Mucho me aprovechó para tenerla haber leido la historia de Job en los Morales de San Gregorio, que parece previno el Señor con esto, y con haber comenzado á tener oracion, para que yo lo pudiese llevar con tanta conformidad. Todas mis pláticas eran con El. Traia muy ordinario estas palabras de Job en el pensamiento, y decíalas:

Pues recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no sufriremos los males? Esto parece me ponia esfuerzo.

Vino la fiesta de Nuestra Señora de Agosto, que hasta entónces desde Abril habia sido el tormento, aunque los tres postreros meses mayor. Di prisa á confesarme, que siempre era muy amiga de confesarme á menudo. Pensaron que era miedo de morirme; y por no me dar pena, mi padre no me dejó. ¡Oh amor de carne demasiado, que aunque sea de tan católico padre y tan avisado (que lo era harto, que no fué ignorancia) me pudiera hacer gran daño! Dióme aquella noche un parasismo, que me duró estar sin ningun sentido cuatro dias, poco ménos: en esto me dieron el sacramento de la Uncion, y cada hora y momento pensaban espiraba y no hacían sino decirme el Credo, como si alguna cosa entendiera. Teníanme á veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé despues en los ojos. La pena de mi padre era grande de no me haber dejado confesar; clamores y oraciones á Dios muchas: bendito sea El, que quiso oirlas, que teniendo dia y medio abierta la sepultura en mi monasterio, esperando el cuerpo allá, y hechas las honras en uno de nuestros frailes, fuera de aquí, quiso el Señor tornase en mí: luégo me quise confesar. Comulgué con hartas lágrimas, mas á mi parecer, que no eran con el sentimiento y pena de sólo haber ofendido á Dios, que bastara para salvarme,

si el engaño que traia de los que me habian dicho no eran algunas cosas pecado mortal, que cierto he visto despues lo eran, no me aprovechara. Porque los dolores eran incomportables, con que quedé el sentido poco, aunque la confesion entera, á mi parecer, de todo lo que entendí habia ofendido á Dios; que esta merced me hizo su Majestad, entre otras, que nunca despues que comencé á comulgar, dejé cosa por confesar, que yo pensáse era pecado, aunque fuese venial, que le dejase de confesar; mas sin duda me parece que lo iba harto mi salvacion si entónces me muriera, por ser los confesores tan poco letrados por una parte, y por otra ser yo tan ruin, y por muchas. Es verdad, cierto, que me parece estoy con tan gran espanto llegando aquí, y viendo como parece me resucitó el Señor, que estoy casi temblando entre mí. Paréceme fuera bien, oh ánima mia! que miraras del peligro que el Señor te habia librado, y ya que por amor no le dejabas de ofender, lo dejaras por temor, que pudiera otras mil veces matarte en estado más peligroso. Creo, no añado muchas en decir otras mil, aunque me riña quien me mandó moderase el contar mis pecados, y harto hermoseados van. Por amor de Dios le pido de mis culpas no quite nada, pues se ve más aquí la magnificencia de Dios, y lo que sufre á un alma. Sea bendito para siempre: plegue á su Majestad que ántes me consuma que le deje yo más de querer.

CAPÍTULO VI.

Trata de lo mucho que debió al Señor en darle conformidad con tan grandes trabajos; y cómo tomó por medianero y abogado al glorioso San Josef, y lo mucho que le aprovechó.

Quedé de estos cuatro dias de parasismo de manera, que sólo el Señor puede saber los incomportables tormentos que sentia en mí. La lengua hecha pedazos de mordida; la garganta de no haber pasado nada y de la gran flaqueza, que me ahogaba, que áun el agua no podia pasar. Toda me parecia estaba descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza; toda encogida, hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos dias, sin poderme menear ni brazo, ni pié, ni mano, ni cabeza, mas que si estuviera muerta, si no me meneaban: sólo un dedo me parece podia menear de la mano derecha. Pues llegar á mí, no habia cómo; porque todo estaba tan lastimado, que no lo podia sufrir. En una sábana, una de un cabo y otro, me meneaban: esto fué hasta Pascua florida. Sólo tenía, que si no llegaban á mí,

los dolores me cesaban muchas veces; y á cuento de descansar un poco, me contaba por buena, que traia temor me habia de faltar la paciencia; y así quedé muy contenta de verme sin tan agudos y continuos dolores, aunque á los recios frios de cuartanas dobles, con que quedé, recísimas, los tenía incomportables: el hastío muy grande. Di luégo tan gran priesa de irme al monasterio, que me hice llevar así. Á la que esperaban muerta recibieron con alma; mas el cuerpo peor que muerto, para dar pena verle. El extremo de flaqueza no se puede decir, que sólo los huesos tenía: ya digo, que estar así me duró más de ocho meses; el estar tullida, aunque iba mejorando, casi tres años. Cuando comencé á andar á gatas, alababa á Dios. Todos los pasé con gran conformidad; y, si no fué estos principios, con gran alegría, porque todo se me hacía nonada, comparado con los dolores y tormentos del principio: estaba muy conforme con la voluntad de Dios, aunque me dejase así siempre. Paréceme era toda mi ansia de sanar, por estar á solas en oracion, como venía mostrada, porque en la enfermería no habia aparejo. Confesábame muy á menudo; trataba mucho de Dios, de manera que edificaba á todas, y se espantaban de la paciencia que el Señor me daba; porque á no venir de mano de su Majestad, parecia imposible poder sufrir tanto mal con tanto contento. Gran cosa fué haberme hecho la merced en la oracion, que me habia hecho; que ésta

me hacía entender, qué cosa era amarle; porque de aquel poco tiempo, vi nuevas en mí estas virtudes, aunque no fuertes, pues no bastaron á sustentarme en justicia. No tratar mal de nadie, por poco que fuese, sino lo ordinario era escusar toda murmuracion, porque traia muy delante como no habia de querer, ni decir, de otra persona lo que no queria dijesen de mí; tomaba esto en harto extremo para las ocasiones que habia, aunque no tan perfectamente que algunas veces, cuando me las daban grandes, en algo no quebrase: mas lo continuo era esto; y así á las que estaban conmigo, y me trataban, persuadia tanto á esto, que se quedaron en costumbre. Vínose á entender, que donde yo estaba tenian seguras las espaldas, y en esto estaban con las que yo tenía amistad y deudo, y enseñaba; aunque en otras cosas tengo bien que dar cuenta á Dios del mal ejemplo que les daba: plega á su Majestad me perdone: que de muchos males fuí causa, aunque no con tan dañada intencion, como despues sucedia la obra. Quedóme deseo de soledad, amiga de tratar y hablar en Dios; que si yo hallara con quién, más contento y recreacion me daba, que toda la policía (y grosería, por mejor decir), de la conversacion del mundo; comulgar y confesar muy más á menudo y desearlo, amiguísima de leer buenos libros, un grandísimo arrepentimiento en habiendo ofendido á Dios; que muchas veces me acuerdo, que no osaba tener oracion, porque temia la grandísima

pena, que habia de sentir de haberle ofendido, como un gran castigo. Esto me fué creciendo despues en tanto extremo, que no sé yo á qué compare este tormento. Y no era poco ni mucho por temor, jamás, sino como se me acordaba los regalos que el Señor me hacía en la oracion y lo mucho que le debia, y veia cuán mal se lo pagaba, no lo podia sufrir, y enojábame en extremo de las muchas lágrimas, que por la culpa lloraba, cuando veia mi poca enmienda, que ni bastaban determinaciones, ni fatiga en que me veia, para no tornar á caer, en poniéndome en la ocasion: parecíanme lágrimas engañosas, y parecíame ser despues mayor la culpa, porque veia la gran merced que me hacía el Señor en dármelas, y tan gran arrepentimiento. Procuraba confesarme con brevedad, y á mi parecer hacía de mi parte lo que podia para tornar en gracia. Estaba todo el daño en no quitar de raíz las ocasiones, y en los confesores, que me ayudaban poco; que, á decirme en el peligro que andaba, y que tenía obligacion á no traer aquellos tratos, sin duda creo se remediara, porque en ninguna veia sufriera andar en pecado mortal sólo un dia, si yo entendiera. Todas estas señales de temer á Dios me vinieron con la oracion, y la mayor era ir envuelto en amor, porque no se me ponia delante el castigo. Todo lo que estuve tan mala me duró mucha guarda de mi conciencia, cuanto á pecados mortales. ¡Oh, válame Dios, que deseaba yo la salud para más ser-

virle, y fué causa de todo mi daño! Pues como me vi tan tullida y en tan poca edad, y cual me habian parado los médicos de la tierra, determiné acudir á los del cielo para que me sanasen, que todavía deseaba la salud, aun ue con mucha alegría lo llevaba; y pensaba algunas veces, que si estando buena me habia de condenar, que mejor estaba así; mas todavía pensaba, que servia mucho más á Dios con la salud. Este es nuestro engaño, no nos dejar del todo á lo que el Señor hace, que sabe mejor lo que nos conviene.

Comencé á hacer devocion de misas, y cosas muy aprobadas de oraciones, que nunca fuí amiga de otras devociones, que hacen algunas personas, en especial mujeres, con ceremonias, que yo no podria sufrir, y á ellas les hacía devocion (despues se ha dado á entender no convenian, que eran supersticiosas), y tomé por abogado y señor á el glorioso San Josef, y encomendéme mucho á él: vi claro que así de esta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mio me sacó, con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa, que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes, que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que á otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad, á

este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas; y que quiere el Señor darnos á entender, que así como le fué sujeto en la tierra (que como tenía nombre de padre, siendo ayo, le podia mandar), así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, á quien yo decia se encomendasen á él, tambien por experiencia: ya hay muchas, que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad. Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podia, más llena de vanidad que de espíritu, queriendo se hiciese muy curiosamente y bien, aunque con buen intento; mas esto tenía malo, si algun bien el Señor me daba gracia que hiciese, que era lleno de imperfecciones y con muchas faltas: para el mal y curiosidad y vanidad, tenía gran maña y diligencia. El Señor me perdone. Querria yo persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona, que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan. Paréceme há algunos años, que cada año en su dia le pido una cosa, y siempre la veo cumplida; si va algo torcida la peticion, él la endereza para más bien mio. Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glo-

rioso santo á mí y á otras personas; mas por no hacer más de lo que me mandaron, en muchas cosas seré corta, más de lo que quisiera, en otras más larga que era menester; en fin, como quien en todo lo bueno tiene poca discrecion. Sólo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso Patriarca, y tenerle devocion: en especial personas de oracion siempre le habian de ser aficionadas; que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los Angeles, en el tiempo que tanto pasó con el niño Jesus, que no den gracias á San Josef lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oracion, tome este glorioso santo por maestro, y no errará en el camino. Plega al Señor no haya yo errado en atreverme hablar en él; porque aunque publico serle devota, en los servicios, y en imitarle, siempre he faltado. Pues él hizo, como quien es, en hacer de manera, que pudiese levantarme y andar, y no estar tullida; y yo, como quien soy, en usar mal de esta merced.

¡Quién dijera que habia tan presto de caer, despues de tantos regalos de Dios, despues de haber comenzado su Majestad á darme virtudes, que ellas mismas me despertaban á servirle; despues de haberme visto casi muerta, y en tan gran peligro de ir condenada; despues de haberme resucitado alma y cuerpo, que todos los que me vieron se espantaban de verme viva! ¡Qué

es esto, Señor mio; en tan peligrosa vida hemos de vivir! que, escribiendo esto estoy, y me parece que con vuestro favor y por vuestra misericordia podria decir lo que San Pablo, aunque no con esa perfeccion.—*Que no vivo yo ya, sino que Vos, Criador mio, vivis en mí*, segun há algunos años, que, á lo que puedo entender, me teneis de vuestra mano, y me veo con deseos y determinaciones (y en alguna manera probado por esperiencia en estos años en muchas cosas) de no hacer cosa contra vuestra voluntad, por pequeña que sea, aunque debo hacer hartas ofensas á vuestra Majestad sin entenderlo; y tambien me parece, que no se me ofrecerá cosa por vuestro amor, que con gran determinacion me deje de poner á ella, y en algunas me habeis vos ayudado para que salga con ellas; y no quiero mundo, ni cosa de él, ni me parece me da contento cosa que no salga de vos, y lo demas me parece pesada cruz. Bien me puedo engañar, y así será, que no tengo esto que he dicho; mas bien veis vos, mi Señor, que, á lo que puedo entender, no miento, y estoy temiendo, y con mucha razon, si me habeis de tornar á dejar; porque ya sé á lo que llega mi fortaleza y poca virtud, en no me la estando vos dando siempre, y ayudando para que no os deje; y plega á vuestra Majestad, que áun ahora no esté dejada de vos, pareciéndome todo esto de mí. ¡No sé cómo queremos vivir, pues es todo tan incierto! Parecíame á mí, Señor mio, ya impo-

sible dejaros tan del todo á vos; y como tantas veces os dejé, no puedo dejar de temer; porque en apartándoos un poco de mí, daba con todo en el suelo. Bendito seais por siempre, que aunque os dejaba yo á vos, no me dejastes vos á mí tan del todo, que no me tornase á levantar, con darme vos siempre la mano; muchas veces, Señor, no la queria, ni queria entender cómo muchas veces me llamábades de nuevo como ahora diré.

CAPÍTULO VII.

Trata por los términos que fué perdiendo las mercedes que el Señor le habia hecho, y cuan perdida vida comenzó á tener: dice los daños que hay en no ser muy encerrados los monasterios de monjas.

Pues así comencé de pasatiempo en pasatiempo y de vanidad en vanidad, de ocasion en ocasion, á meterme tanto en muy grandes ocasiones, y andar tan estragada mi alma en muchas vanidades, que ya yo tenía vergüenza de en tan particular amistad, como es tratar de oracion, tornarme á llegar á Dios, y ayudóme á esto, que como crecieron los pecados, comenzóme á faltar el gusto y regalo en las cosas de virtud. Veia yo muy claro, Señor mio, que me faltaba esto á mí, por faltaros yo á vos. Este fué el más terrible engaño que el demonio me podia hacer debajo de parecer humildad, que comencé á temer de tener oracion, de verme tan perdida; y parecíame era mejor andar como los muchos, pues en ser ruin era de los peores, y rezar lo que estaba obligada y vocalmente, que no tener oracion mental, y tanto trato con Dios, la que

merecia estar con los demonios, y que engañaba á la gente; porque en lo exterior tenía buenas apariencias; y así no es de culpar á la casa donde estaba, porque con mi maña procuraba me tuviesen en buena opinion, aunque no de advertencia, fingiendo cristianidad; porque en esto de hipocresía y vanagloria, gloria á Dios, jamás me acuerdo haberle ofendido, que yo entienda, que, en viéndome primer movimiento, me daba tanta pena, que el demonio iba con pérdida, y yo quedaba con ganancia, y así en esto muy poco me ha tentado jamás. Por ventura, si Dios permitiera me tentara en esto tan recio como en otras cosas, tambien cayera; mas su Majestad hasta ahora me ha guardado en esto, sea por siempre bendito; ántes me pesaba mucho de que me tuviesen en buena opinion, como yo sabía lo secreto de mí. Este no me tener por tan ruin venia de que como me veian tan moza, y en tantas ocasiones, y apartarme muchas veces á soledad, á rezar y leer mucho, hablar de Dios, amiga de hacer pintar su imágen en muchas partes, y de tener oratorio, y procurar en él cosas que hiciesen devocion, no decir mal, otras cosas desta suerte, que tenian apariencia de virtud; y yo, que de vana me sabía estimar en las cosas, que en el mundo se suelen tener por estima. Con esto me daban tanta y más libertad que á las muy antiguas, y tenian gran seguridad de mí; porque tomar yo libertad, ni hacer cosa sin licencia, digo por agujeros, ó

paredes, ó de noche, nunca me parece lo pudiera acabar conmigo en monasterio hablar desta suerte, ni lo hice, porque me tuvo el Señor de su mano. Parecíame á mí (que con advertencia, y de propósito miraba muchas cosas) que poner la honra de tantas en aventura, por ser yo ruin, siendo ellas buenas que era muy mal hecho; ¡como si fuera bien otras cosas que hacía! Á la verdad no iba el mal de tanto acuerdo, como esto fuera, aunque era mucho.

Por esto me parece á mí me hizo harto daño no estar en monasterio encerrado; porque la libertad, que las que eran buenas podian tener con bondad, porque no debian más, que no se prometia clausura, para mí, que soy ruin, hubiérame cierto llevado al infierno, si, con tantos remedios y medios, el Señor, con muy particulares mercedes suyas, no me hubiera sacado de este peligro; y así me parece lo es grandísimo, monasterio de mujeres con libertad; y que más me parece es paso para caminar al infierno las que quisieren ser ruines, que remedio para sus flaquezas. Esto no se tome por el mio, porque hay tantas, que sirven muy de veras y con mucha perfeccion al Señor, que no puede su Majestad dejar (segun es bueno) de favorecerlas, y no es de los muy abiertos, y en él se guarda toda religion, sino de otros, que yo sé y he visto. Digo que me hacen gran lástima, que há menester el Señor hacer particulares llamamientos; y no una vez, sino muchas, para que se salven, se-

gun están autorizadas las honras y recreaciones del mundo, y tan mal entendido á lo que están obligadas, que plega á Dios no tengan por virtud lo que es pecado, como muchas veces yo lo hacía; y hay tan gran dificultad en hacerlo entender, que es menester el Señor ponga muy de veras en ello su mano. Si los padres tomasen mi consejo, ya que no quieran mirar á poner sus hijas adonde vayan camino de salvacion, sino con más peligro que en el mundo, que lo miren por lo que toca á su honra; y quieran más casarlas muy bajamente, que meterlas en monasterios semejantes, si no son muy bien inclinadas; y plega á Dios aproveche, ó se las tengan en su casa: porque, si quieren ser ruines, no se podrá encubrir sino poco tiempo, y acá muy mucho, y en fin lo descubre el Señor; y no sólo dañan á sí, sino á todas; y á las veces las pobrecitas no tienen culpa, porque se van por lo que hallan; y es lástima de muchas, que se quieren apartar del mundo, y pensando que se van á servir al Señor, y apartar de los peligros del mundo, se hallan en diez mundos juntos, que ni saben cómo se valer ni remediar; que la mocedad y sensualidad y demonio las convida é inclina á seguir algunas cosas, que son del mismo mundo, ve allí que lo tienen por bueno, á manera de decir. Paréceme como los desventurados de los herejes en parte, que se quieren cegar, y hacer entender que es bueno aquello que siguen, y que lo creen así, sin creerlo, porque den-

tro de sí tienen quien les diga que es malo. ¡Oh grandísimo mal! grandísimo mal de religiosos! (no digo ahora más mujeres que hombres) adonde no se guarda religion; adonde en un monasterio hay dos caminos de virtud y religion, y falta de religion, y todos casi se andan por igual; ántes mal dije, no por igual, que por nuestros pecados camínase más el más imperfecto, y, como hay más de él, es más favorecido. Usase tan poco el de la verdadera religion, que más ha de temer el fraile y la monja, que ha de comenzar de veras á seguir del todo su llamamiento, á los mismos de su casa, que á todos los demonios; y más cautela y disimulacion ha de tener para hablar en la amistad, que desea de tener con Dios, que en otras amistades y voluntades, que el demonio ordena en los monasterios. Y no sé de qué nos espantamos haya tantos males en la Iglesia, pues los que habian de ser los dechados, para que todos sacasen virtudes, tienen tan borrada la labor, que el espíritu de los santos pasados dejaron en las religiones. Plega la divina Majestad, ponga remedio en ello, como va que es menester, amen.

Pues comenzando yo á tratar estas conversaciones, no me pareciendo, como veia que se usaban, que habia de venir á mi alma el daño y distraimiento, que despues entendí era semejantes tratos, parecióme que cosa tan general como es este visitar en muchos monasterios, que no me haría á mí más mal que á las

otras, que yo veia eran buenas; y no miraba que eran muy mejores, y que lo que en mí fué peligro, en otras no lo sería tanto; que alguno dudo yo le deja de haber, aunque no sea sino tiempo mal gastado. Estando con una persona, bien al principio de él conocerla, quiso el Señor darme á entender que no me convenian aquellas amistades, y avisarme, y darme luz en tan gran ceguedad. Representóseme Cristo delante con mucho rigor, dándome á entender lo que de aquello le pesaba: vile con los ojos del alma, más claramente que le pudiera ver con los del cuerpo, y quedóme tan imprimido, que há esto más de veinte y seis años, y me parece lo tengo presente. Yo quedé muy espantada y turbada; y no queria ver más con quien estaba. Hízome mucho daño no saber yo que era posible ver nada, sino era con los ojos del cuerpo; y el demonio, que me ayudó á que lo creyese así, y hacerme entender que era imposible, y que se me habia antojado, y que podia ser el demonio, y otras cosas de esta suerte; puesto, que siempre me quedaba un parecerme era Dios, y que no era antojo; mas como no era á mi gusto, yo me hacía á mí misma desmentir; y yo, como no lo usé tratar con nadie, y tornó despues á hacer gran importunacion, asegurándome que no era mal ver persona semejante, ni perdia honra, ántes que la ganaba, torné á la misma conversacion, y áun en otros tiempos á otras, porque fué muchos años los que tomaba esta recreacion pestilencial, que

no me parecia á mí, como estaba en ello, tan malo como era, aunque á veces claro veia no era bueno; mas ninguna me hizo el distraimiento que ésta que digo, porque la tuve mucha aficion.

Estando otra vez con la misma persona, vimos venir hácia nosotros (y otras personas, que estaban allí, tambien lo vieron), una cosa á manera de sapo grande, con mucha más ligereza que ellos suelen andar: de la parte que él vino, no puedo yo entender pudiese haber semejante sabandija en mitad del dia, mi nunca la ha habido, y la operacion que hizo en mí me parece no era sin misterio; y tampoco esto se me olvidó jamás. ¡Oh grandeza de Dios, y con cuánto cuidado y piedad me estábais avisando de todas maneras, y qué poco me aprovechó á mí!

Tenía allí una monja, que era mi parienta antigua, y gran sierva de Dios, y de mucha religion: ésta tambien me avisaba algunas veces, y no sólo no la creian, mas disgustábame con ella, y parecíame se escandalizaba sin tener por qué. He dicho esto, para que se entienda mi maldad y la gran bondad de Dios, y cuán merecido tenía el infierno, por tan gran ingratitud; y tambien, porque si el Señor ordenare y fuere servido, en algun tiempo lea esto alguna monja, escarmienten en mí; y les pido yo, por amor de nuestro Señor, huyan de semejantes recreaciones. Plega á su Majestad se desengañe alguna por mí, de cuantas he engañado, diciéndoles que no era mal, y asegurando

tan gran peligro con la ceguedad que yo tenía, que de propósito no las queria yo engañar; y por el mal ejemplo que las dí, como he dicho, fuí causa de hartos males, no pensando hacía tanto mal.

Estando yo mala en aquellos primeros dias, ántes que supiese valerme á mí, me daba grandísimo deseo de aprovechar á los otros; tentacion muy ordinaria de los que comienzan, aunque á mí me sucedió bien. Como queria tanto á mi padre, deseábale con el bien, que me parecia tenía con tener oracion, que me parecia que en esta vida no podia ser mayor que tener oracion; y así por rodeos, como pude, comencé á procurar con él la tuviese, díle libros para este propósito. Como era tan virtuoso, como he dicho, asentóse tambien en él este ejercicio, que en cinco ó seis años (me parece sería) estaba tan adelante, que yo alababa mucho al Señor, y dábame grandísimo consuelo. Eran grandísimos los trabajos que tuvo de muchas maneras: todos los pasaba con grandísima conformidad. Iba muchas veces á verme, que se consolaba en tratar cosas de Dios. Ya despues que yo andaba tan distraida, y sin tener oracion, como veia pensaba, que era la que solia, no lo pude sufrir sin desengañarle; porque estuve un año, y más, sin tener oracion, pareciéndome más humildad; y ésta, como despues diré, fué la mayor tentacion que tuve, que por ella me iba á acabar de perder; que, con la oracion, un dia ofendia á Dios, y tornaba otros á reco-

germe, y apartarme más de la ocasion. Como el bendito hombre venía con esto, hacíaseme recio verle tan engañado, en que pensase trataba con Dios, como solia, y díjele que ya yo no tenía oracion, aunque no la causa. Púsele mis enfermedades por inconveniente, que aunque sané de aquella tan grave, siempre hasta ahora las he tenido, y tengo bien grandes; aunque de poco acá no con tanta reciedumbre, mas no se quitan de muchas maneras. En especial, tuve veinte años vómitos por las mañanas, que, hasta más de medio dia, me acaecia no poder desayunarme; algunas veces más tarde: despues acá que frecuento más á menudo las comuniones, es á la noche, ántes que me acueste, con mucha más pena, que tengo yo de procurarle con plumas y otras cosas; porque si lo dejo, es mucho el mal que siento, y casi nunca estoy, á mi parecer, sin muchos dolores, y algunas veces bien graves, en especial en el corazon; aunque el mal que me tomaba muy continuo, es muy de tarde en tarde: perlesía recia, y otras enfermedades de calenturas, que solia tener muchas veces, me hallo buena ocho años há. De estos males se me da ya tan poco, que muchas veces me huelgo, pareciéndome en algo se sirve el Señor. Y mi padre me creyó, que era esta la causa, como él no decia mentira, y ya, conforme á lo que yo trataba con él, no la habia yo de decir. Díjele, porque mejor lo creyese (que bien veia yo que para esto no habia disculpa), que harto hacía en po-

der servir el coro. Aunque tampoco era causa bastante para dejar cosa, que no son menester fuerzas corporales para ella, sino sólo amar y costumbre; aunque el Señor da siempre oportunidad si queremos. Digo siempre, que, aunque con ocasiones y enfermedad algunos ratos impida, para muchos ratos de soledad no deja de haber otros que hay salud para esto; y en la misma enfermedad y ocasiones es la verdadera oracion, cuando es alma que ama, en ofrecer aquello, y acordarse por quien lo pasa, y conformarse con ello y mil cosas que se ofrecen; aquí ejercita el amor, que no es por fuerza que ha de haberla cuando hay tiempo de soledad, y lo demas no ser oracion.

Con un poco de cuidado grandes bienes se hallan en el tiempo, que con trabajos el Señor nos quita el tiempo de la oracion; y así los habia yo hallado cuando tenía buena conciencia. Mas él, con la opinion que tenía de mí, y el amor que me tenía, todo me lo creyó, ántes me hubo lástima; mas como él estaba ya en tan subido estado, no estaba despues tanto conmigo, sino, como me habia visto, íbase, que decia era tiempo perdido: como yo le gastaba en otras vanidades, dábaseme poco. No fué solo á él, sino á otras algunas personas, las que procuré tuviesen oracion, áun andando yo en estas vanidades: como las veia amigas de rezar, las decia cómo tendrian meditacion, y les aprovechaba, y dábales libros; porque este deseo, de que otras sirviesen á Dios, desde que comencé ora-

cion, como he dicho, le tenía. Parecíame á mí, que ya que yo servia al Señor, como lo entendia, que no se perdiese lo que me habia dado su Majestad á entender, y que les sirviesen otros por mí. Digo esto, para que se vea la gran ceguedad en que estaba, que me dejaba perder á mí y procuraba ganar á otros.

En este tiempo dió á mi padre la enfermedad de que murió, que duró algunos dias. Fuíle yo á curar, estando más enferma en el alma que él en el cuerpo, en muchas vanidades, aunque no de manera que, á cuanto entendia, estuviese en pecado mortal en todo este tiempo más perdido que digo; porque entendiéndolo yo, en ninguna manera lo estuviera. Pasé harto trabajo en su enfermedad; creo le serví algo de lo que él habia pasado en las mias. Con estar yo harto mala me esforzaba, y con que en faltarme él me faltaba todo el bien y regalo, porque en un sér me le hacía, tuve tan gran ánimo para no le mostrar pena, y estar hasta que murió, como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma cuando veia acabar su vida, porque le queria mucho. Fué cosa para alabar al Señor la muerte que murió, y la gana que tenía de morirse, los consejos que nos daba despues de haber recibido la Extrema Uncion, el encargarnos le encomendásemos á Dios y le pidiésemos misericordia para él, y que siempre le sirviésemos, que mirásemos se acababa todo; y con lágrimas nos decia la pena grande que tenía de no haberle servido,

que quisiera ser un fraile, digo, haber sido de los más estrechos que hubiera. Tengo por muy cierto, que quince dias ántes le dió el Señor á entender no habia de vivir; porque ántes de éstos, aunque estaba malo no lo pensaba. Despues, con tener mucha mejoría y decirlo los médicos, ningun caso hacía de ello, sino entendia en ordenar su alma. Fué su principal mal de un dolor grandísimo de espaldas, que jamás se le quitaba: algunas veces le apretaba tanto, que le congojaba mucho. Díjele yo, que pues era tan devoto de cuando el Señor llevaba la Cruz á cuestas, que pensase su Majestad le queria dar á sentir algo de lo que habia pasado con aquel dolor. Consolóse tanto, que me parece nunca más le oí quejar. Estuvo tres dias muy falto el sentido. El dia que murió se le tornó el Señor tan entero, que nos espantábamos; y le tuvo hasta que á la mitad del Credo, diciéndole él mismo, espiró. Quedó como un ángel; y así me parecia á mí lo era él, á manera de decir, en alma y disposicion, que la tenía muy buena. No sé para qué he dicho esto, sino es para culpar más mi ruin vida, despues de haber visto tal muerte y entender tal vida, que por parecerme en algo á tal padre, la habia yo de mejorar. Decia su confesor, que era dominico muy gran letrado, que no dudaba de que se iba derecho al cielo, porque habia algunos años que le confesaba, y loaba su limpieza de conciencia. Este padre dominico, que era muy bueno y temeroso de Dios,

me hizo harto provecho, porque me confesé con él y tomó á hacer bien mi alma con cuidado, y hacerme entender la perdicion que traia. Haciame comulgar de quince á quince dias, y poco á poco, comenzándole á tratar, tratéle de mi oracion. Díjome que no la dejase, que en ninguna manera me podia hacer sino provecho. Comencé á tornar á ella, aunque no á quitarme de las ocasiones, y nunca más la dejé. Pasaba una vida trabajosísima, porque en la oracion entendia más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios, por otra yo seguia á el mundo. Dábanme gran contento todas las cosas de Dios; teníanme atada las del mundo. Parece que queria concertar estos dos contrarios, tan enemigo uno de otro, como es vida espiritual, y contentos, y gustos y pasatiempos sensuales. En la oracion pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor, sino esclavo; y así no me podia encerrar dentro de mí, que era todo el modo de proceder que llevaba en la oracion, sin encerrar conmigo mil vanidades: pasé así muchos años, que ahora me espanto, que sujeto bastó á sufrir, que no dejase lo uno ó lo otro: bien sé que dejar la oracion no era ya en mi mano, porque me tenía con las suyas el que me queria para hacerme mayores mercedes.

¡Oh, válgame Dios, si hubiera de decir las ocasiones que en estos años Dios me quitaba, y cómo me tornaba yo á meter en ellas, y de los peligros de perder del todo el crédito que me libró! Yo á hacer

obras para descubrir lo que era, y el Señor encubrir los males y descubrir alguna pequeña virtud, si tenía, y hacerla grande en los ojos de todos, de manera que siempre me tenian en mucho; porque, aunque algunas veces se traslucian mis vanidades, como veian otras cosas que les parecian buenas, no lo creian; y era que habia ya visto el Sabedor de todas las cosas, que era menester así, para que en las que despues he hablado de su servicio, me diesen algun crédito; y miraba su soberana largueza, no los grandes pecados, sino los deseos que muchas veces tenía de servirle, y la pena por no tener fortaleza en mí para ponerlo por obra.

Oh Señor de mi alma! ¿Cómo podré encarecer las mercedes que en estos años me hicistes? ¡Y cómo en el tiempo què yo más os ofendia, en breve me disponíades con un grandísimo arrepentimiento, para que gustase de vuestros regalos y mercedes! Á la verdad tomábades, Rey mio, el más delicado y penoso castigo por medio, que para mí podia ser, como quien bien entendia lo que me habia de ser más penoso. Con regalos grandes castigábades mis delitos. Y no creo digo desatino, aunque sería bien que estuviese desatinada, tornando á la memoria ahora de nuevo mi ingratitud y maldad. Era tan más penoso para mi condicion recibir mercedes, cuando habia caido en graves culpas, que recibir castigos; que una de ellas me parece cierto me deshacia y confundia más y fa-

tigaba, que muchas enfermedades, con otros trabajos harto juntos; porque lo postrero veia lo merecia, y parecíame pagaba algo de mis pecados, aunque todo era poco, segun ellos eran muchos: mas verme recibir de nuevo mercedes, pagando tan mal las recibidas, es un género de tormento para mí terrible, y creo para todos los que tuvieren algun conocimiento ó amor de Dios; y esto por una condicion virtuosa lo podemos acá sacar. Aquí eran mis lágrimas y mi enojo de ver lo que sentia, viéndome de suerte, que estaba en víspera de tornar á caer; aunque mis determinaciones y deseos entónces, por aquel rato, digo, estaban firmes. Gran mal es un alma sola entre tantos peligros; paréceme á mí, que si yo tuviera con quien tratar todo esto, que me ayudara á no tornar á caer, siquiera por vergüenza, ya que no la tenía de Dios.

Por eso aconsejaria yo á los que tienen oracion, en especial al principio, procuren amistad y trato con otras personas, que traten de lo mismo: es cosa importantísima, aunque no sea sino ayudarse unos á otros con sus oraciones; cuanto más, que hay muchas más ganancias. Y no sé yo por qué (pues de conversaciones y voluntades humanas, aunque no sean muy buenas, se procuran amigos con quien descansar, y para más gozar de contar aquellos placeres vanos), se ha de permitir, que quien comenzare de veras á amar á Dios y á servirle, deje de tratar con algunas personas sus placeres y trabajos, que de todo tienen los

que tienen oracion. Porque si es de verdad la amistad, que quiere tener con su Majestad, no haya miedo de vanagloria; y cuando el primer movimiento le acometa, saldrá de ello con mérito; y creo, que el que tratando con esta intencion lo tratare, que aprovechara á sí y á los que le oyeren, y saldrá más enseñado, así en entender, como enseñar á sus amigos. El que de hablar en esto tenga vanagloria, tambien la tendrá en oir misa con devocion, si le ven, y en hacer otras cosas que, sopena de no ser cristiano, las ha de hacer, y no se han de dejar por miedo de vanagloria. Pues es tan importantísimo esto para almas, que no están fortalecidas en virtud (como tienen tantos contrarios y amigos para incitar al mal), que no sé cómo lo encarecer. Paréceme que el demonio ha usado de este ardid, como cosa que muy mucho le importa, que se escondan tanto de que se entienda, que de veras quieren procurar amar y contentar á Dios; como ha incitado se descubran otras voluntades mal honestas, con ser tan usadas, que ya parece se toma por gala y se publican las ofensas que en este caso se hacen á Dios.

No sé si digo desatinos; si lo son, vuestra merced los rompa; y si no lo son, le suplico ayude á mi simpleza, con añadir aquí mucho; porque andan ya las cosas del servicio de Dios tan flacas, que es menester hacerse espaldas unos á otros, los que le sirven, para ir adelante, segun se tiene por bueno andar en las vanidades y contentos del mundo: y para éstos hay po-

cos ojos; y si uno comienza á darse á Dios, hay tantos que murmuren, que es menester buscar compañía para defenderse, hasta que ya estén fuertes en no les pesar de padecer, y si no veránse en mucho aprieto. Paréceme, que por esto debian usar algunos santos irse á los desiertos; y es un género de humildad no fiar de sí, sino creer que para aquéllos con quien conversa le ayudará Dios; y crece la caridad con ser comunicada, y hay mil bienes que no los osaria decir, si no tuviese gran experiencia de lo mucho que va en esto. Verdad es que yo soy más flaca y ruin que todos los nacidos; mas creo no perderá quien humillándose, aunque sea fuerte, no lo crea de sí, y creyere en esto á quien tiene experiencia. De mí se decir, que si el Señor no me descubriera esta verdad, y diera medios para que yo muy ordinario tratara con personas que tienen oracion, que cayendo y levantando iba á dar de ojos en el infierno; porque para caer habia muchos amigos que me ayudasen; para levantarme hallábame tan sola, que ahora me espanto cómo no estaba siempre caida; y alabo la misericordia de Dios, que era sólo el que me daba la mano. Sea bendito para siempre jamás, amen.

CAPÍTULO VIII.

Trata del gran bien que le hizo no se apartar del todo de la oracion, para no perder el alma; y cuán excelente remedio es para ganar lo perdido. Persuade á que todos la tengan. Dice cómo es tan gran ganancia, y que aunque la tornen á dejar, es gran bien usar algun tiempo de tan gran bien.

No sin causa he ponderado tanto este tiempo de mi vida, que bien veo no dará á nadie gusto ver cosa tan ruin; que, cierto, querria me aborreciesen los que esto leyesen, de ver un alma tan pertinaz é ingrata, con quien tantas mercedes le ha hecho; y quisiera tener licencia para decir las muchas veces, que en este tiempo falté á Dios por no estar arrimada á esta fuerte columna de la oracion. Pasé este mar tempestuoso casi veinte años con estas caidas, y con levantarme y mal, pues tornaba á caer; y en vida tan baja de perfeccion, que ningun caso casi hacía de pecados veniales, y los mortales, aunque los temia, no como habia de ser, pues no me apartaba de los peligros. Sé decir que es una de las vidas penosas, que me parece se puede imaginar; porque, ni yo gozaba de Dios, ni traia contento en el mundo. Cuando es-

taba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debia á Dios era con pena; cuando estaba con Dios las aficiones del mundo me desasosegaban: ello es una guerra tan penosa, que no sé cómo un mes la pude sufrir, cuanto más tantos años. Con todo veo claro la gran misericordia, que el Señor hizo conmigo, ya que habia de tratar en el mundo, que tuviese ánimo para tener oracion; digo ánimo, porque no sé yo para qué cosa de cuantas hay en él es menester mayor, que tratar traicion al Rey, y saber que lo sabe, y nunca se le quitar de delante. Porque, puesto que siempre estamos delante de Dios, paréceme á mí es de otra manera los que tratan de oracion, porque están viendo que los mira; que los demas podrá ser estén algunos dias, que áun no se acuerden que los ve Dios. Verdad es, que en estos años hubo muchos meses, y creo alguna vez año, que me guardaba de ofender al Señor, y me daba mucho á la oracion, y hacía algunas y hartas diligencias para no le venir á ofender: porque va todo lo que escribo dicho con toda verdad, trato ahora esto. Mas acuérdaseme poco de estos dias buenos, y así debian ser pocos y muchos de los ruines: ratos grandes de oracion pocos dias se pasaban sin tenerlos, sino era estar muy mala, ó muy ocupada. Cuando estaba mala estaba mejor con Dios; procuraba que las personas, que trataban conmigo, lo estuviesen, y suplicábalo al Señor, hablaba muchas veces en El. Así que, si no fuese el

año que tengo dicho, en veintiocho años que há que comencé oracion, más de los diez y ocho pasé esta batalla y contienda de tratar con Dios y con el mundo. Los demas, que ahora me quedan por decir, mudóse la causa de la guerra, aunque no ha sido pequeña; mas con estar, á lo que pienso, en servicio de Dios y conocimiento de la vanidad que es el mundo, todo ha sido suave, como diré despues.

Pues para lo que he tanto contado esto, es (como he ya dicho) para que se vea la misericordia de Dios y mi ingratitud; y lo otro, para que se entienda el gran bien que hace Dios á un alma, que la dispone para tener oracion con voluntad, aunque no esté tan dispuesta como es menester; y como si en ella persevera, por pecados y tentaciones y caidas de mil maneras, que ponga el demonio, en fin, tengo por cierto la saca el Señor á puerto de salvacion, como (á lo que ahora parece) me ha sacado á mí: plega á su Majestad no me torne yo á perder. El bien que tiene quien se ejercita en oracion hay muchos santos y buenos, que lo han escrito, digo oracion mental, gloria sea á Dios por ello; y cuando no fuera esto, aunque soy poco humilde, no tan soberbia, que en esto osara hablar.

De lo que yo tengo experiencia puedo decir, y es, que por males que haga quien la ha comenzado, no la deje; pues es el medio por donde puede tornarse á remediar, y sin ella será muy más dificultoso: y no le

tiente el demonio por la manera que á mí, á dejarla por humildad; crea que no pueden faltar sus palabras, que en arrepintiéndonos de veras y determinándose á no le ofender, se torna á la amistad que estaba, y á hacer las mercedes que ántes hacía, y á las veces mucho más, si el arrepentimiento lo merece; y quien no la ha comenzado, por amor del Señor le ruego yo no carezca de tanto bien. No hay aquí que temer, sino que desear; porque cuando no fuere delante, y se esforzare á ser perfecto, que merezca los gustos y regalos, que á éstos da Dios, á poco ganar irá entendiendo el camino para el cielo; y si perseverа, espero yo en la misericordia de Dios, que nadie le tomó por amigo, que no se lo pagase; porque no es otra cosa oracion mental, á mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando á solas con quien sabemos nos ama. Y si vos áun no le amais, porque para ser verdadero el amor y que dure la amistad, hánse de encontrar las condiciones, y la del Señor ya se sabe que no puede tener falta; la nuestra es ser viciosa, sensual, ingrata, no podeis acabar con vos en amarle tanto, porque no es de vuestra condicion: mas viendo lo mucho que os va en tener su amistad, y lo mucho que os ama, pasad por esta pena de estar mucho con quien es tan diferente de vos.

¡Oh bondad infinita de mi Dios, que me parece os veo, y me veo de esta suerte! ¡Oh regalo de los án-

geles, que toda me querria, cuando esto veo, deshacer en amaros! ¡Cuán cierto es sufrir vos á quien no os sufre que esteis con él! ¡Oh qué buen amigo haceis, Señor mio, cómo le vais regalando y sufriendo, y esperais á que se haga á vuestra condicion, y tan de miéntras le sufrís vos la suya! Tomais en cuenta, mi Señor, los ratos que os quiere, y con un punto de arrepentimiento olvidais lo que os ha ofendido. He visto esto claro por mí, y no veo, Criador mio, por qué todo el mundo no se procure llegar á vos por esta particular amistad.

Los malos, que no son de vuestra condicion, se deben llegar para que nos hagais buenos, con que os sufran esteis con ellos siquiera dos horas cada dia, aunque ellos no estén con vos, sino con mil revueltas de cuidados y pensamientos del mundo, como yo hacía. Por esta fuerza, que se hacen á querer estar en tan buena compañía, mirais (que en esto á los principios no pueden más, ni despues algunas veces) forzais vos, Señor, á los demonios para que no los acometan, y que cada dia tenga ménos fuerza contra ellos, y dáiselas á ellos para vencer. Sí, que no matais á nadie, vida de todas las vidas de los que se fian de Vos, y de los que os quieren por amigo, sino sustentais la vida del cuerpo con más salud, y dáisla á el alma.

No entiendo esto que temen los que temen comenzar oracion mental, ni sé de qué hán miedo. Bien

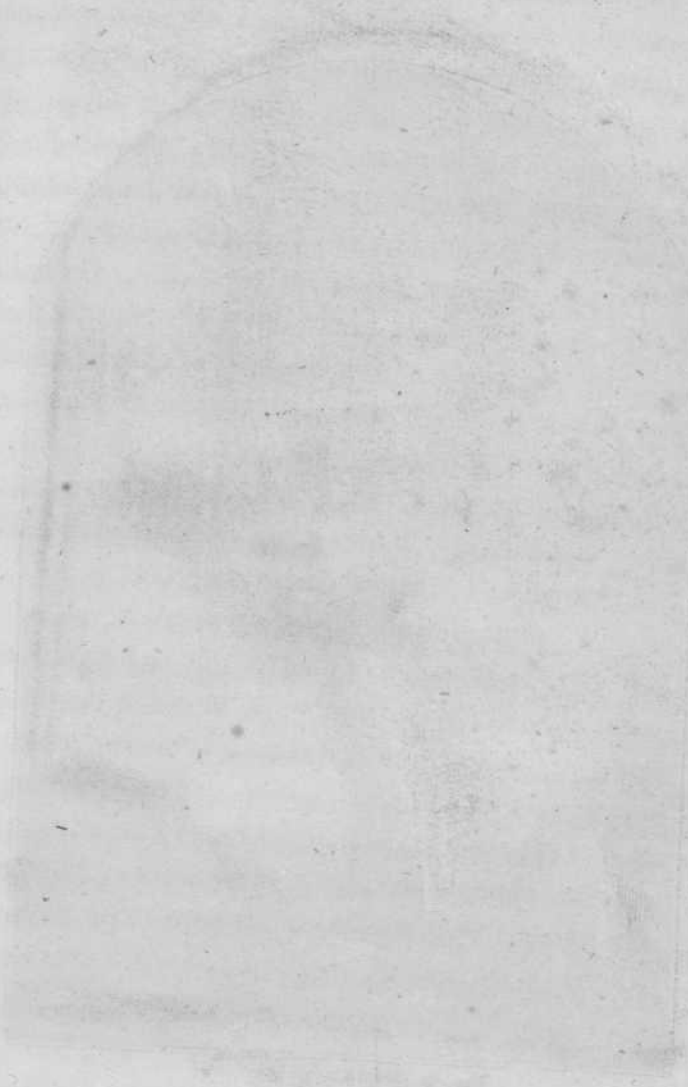
hace de ponerle el demonio, para hacernos él de verdad mal; si con miedos me hace, no piense en lo que he ofendido á Dios, y en lo mucho que le debo, y en que hay infierno y hay gloria, y en los grandes trabajos y dolores, que pasó por mí. Esta fué toda mi oracion, y ha sido, cuanto anduve en estos peligros; y aquí era mi pensar cuando podia, y muy muchas veces, algunos años, tenía más cuenta con desear se acabase la hora, que tenía por mí de estar, y escuchar cuando daba el reloj, que no en otras cosas buenas: y hartas veces no sé qué penitencia grave se me pusiera delante, que no la acometiera de mejor gana, que recogerme á tener oracion. Y es cierto que era tan incomportable la fuerza que el demonio me hacía, ó mi ruin costumbre, que no fuese á la oracion, y la tristeza que me daba en entrando en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo (que dicen no le tengo pequeño, y se ha visto me le dió Dios harto más que de mujer, sino que le he empleado mal) para forzarme, y en fin, me ayudaba el Señor. Y despues que me habia hecho esta fuerza, me hallaba con más quietud y regalo, que algunas veces que tenía deseo de rezar. Pues si á cosa tan ruin, como yo, tanto tiempo sufrió el Señor, y se ve claro, que por aquí se remediaron todos mis males, ¿qué persona, por mala que sea, podrá temer? Porque por mucho que lo sea, no lo será tantos años despues de haber recibido tantas mercedes del Señor. ¿Ni quién

podrá desconfiar, pues á mí tanto me sufrió, sólo porque deseaba y procuraba algun lugar y tiempo para que estuviese conmigo, y esto muchas veces sin voluntad, por gran fuerza que me hacía, ó me la hacía el mismo Señor? Pues si á los que no le sirven, si no le ofenden, les está bien la oracion, y les es tan necesaria, y no puede nadie hallar con verdad daño que pueda hacer, que no fuera mayor el no tenerla; los que sirven á Dios y le quieren servir, ¿por qué lo han de dejar? Por cierto, si no es por pasar con más trabajo los trabajos de la vida, yo no lo puedo entender, y por cerrar á Dios la puerta, para que en ella no les dé contento. ¡Cierto, los hé lástima, que á su costa sirven á Dios! Porque á los que tratan la oracion, el mismo Señor les hace la costa; pues, por un poco de trabajo, da gusto para que con él se pasen los trabajos. Porque de estos gustos, que el Señor da á los que perseveran en la oracion, se tratará mucho, no digo aquí nada. Sólo digo, que para estas mercedes tan grandes, que me ha hecho á mí, es la puerta la oracion: cerrada está, no sé cómo las hará; porque aunque quiera entrar á regalarse con un alma, y regalarla, no hay por dónde, que la quiere sola y limpia, y con gana de recibirlas. Si le ponemos muchos tropiezos y no ponemos nada en quitarlos, ¿cómo ha de venir á nosotros, y queremos nos haga Dios grandes mercedes?

Para que vean su misericordia, y el gran bien que

fué para mí no haber dejado la oracion y leccion, diré aquí (pues va tanto en entenderla) la batería que da el demonio á un alma para ganarla, y el artificio y misericordia con que el Señor procura tornarla á sí; y se guarden de los peligros que yo no me guardé. Y sobre todo, por amor de nuestro Señor, y por el gran amor con que anda granjeando tornarnos á sí, pido yo se guarden de las ocasiones; porque puestos en ellas, no hay que fiar, donde tantos enemigos nos combaten y tantas flaquezas hay en nosotros, para defendernos. Quisiera yo saber figurar la cautividad que en estos tiempos traia mi alma, porque bien entendia yo que lo estaba, y no acababa de entender en qué, ni podia creer del todo, que lo que los confesores no me agraviaban tanto, fuese tan malo, como yo lo sentia en mi alma. Díjome uno, yendo yo á él con escrúpulo, que aunque tuviese subida contemplacion, no me eran inconveniente semejantes ocasiones y tratos. Esto era ya á la postre, que yo iba con el favor de Dios apartándome más de los peligros grandes, mas no me quitaba del todo de la ocasion. Como me veian con buenos deseos y ocupacion de oracion, parecíales hacía mucho; mas entendia mi alma, que no era hacer lo que era obligada por quien debia tanto: lástima la tengo ahora de lo mucho que pasó, y el poco socorro que de ninguna parte tenía, sino de Dios, y la mucha salida que le daban para sus pasatiempos y contentos, con decir

eran lícitos. Pues el tormento en los sermones no era pequeño, y era aficionadísima á ellos, de manera que si veia alguno predicar con espíritu, y bien, un amor particular le cobraba, sin procurarlo yo, que no sé quién me lo ponia: casi nunca me parecia tan mal sermon, que no le oyese de buena gana; aunque, al dicho de los que le oian, no predicase bien. Si era bueno, érame muy particular recreacion. De hablar de Dios, ú oir de Él, casi nunca me cansaba; esto despues que comencé oracion. Por un cabo tenía gran consuelo en los sermones, por otro me atormentaba; porque allí entendia yo, que no era la que habia de ser con mucha parte. Suplicaba al Señor me ayudase; mas debia faltar, á lo que ahora me parece de no poner en todo la confianza en su Majestad, y perderla de todo punto de mí. Buscaba remedio, hacía diligencias; mas no debia entender, que todo aprovecha poco, si, quitada de todo punto la confianza de nosotros, no la ponemos en Dios. Deseaba vivir, que bien entendia que no vivia, sino que peleaba con una sombra de muerte, y no habia quien me diese vida: quien me la podia dar, tenía razon de no socorrerme, pues tantas veces me habia tornado á Sí, y yo dejádole.



Era de Cristo muy llagado.

CAPÍTULO IX.

Trata por qué términos comenzó el Señor á despertar su alma y darle luz en tan grandes tinieblas, y á fortalecer sus virtudes para no ofenderle.

Pues ya andaba mi alma cansada, y, aunque queria, no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaecióme, que entrando un dia en el oratorio, vi una imágen que habian traido allí á guardar, que se habia buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado, y tan devota, que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fué tanto lo que sentí de lo mal que habia agradecido aquellas llagas, que el corazon se me partia; y arrojéme cabe él con gran derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez, para no ofenderle.

Era yo muy devota de la gloriosa Magdalena, y muy muchas veces pensaba en su conversion, en especial cuando comulgaba; que, como sabía estaba

allí cierto el Señor dentro de mí, poníame á sus piés, pareciéndome no eran de desechar mis lágrimas; y no sabía lo que decia, que harto hacía quien por sí me las consentia derramar, pues tan presto se me olvidaba aquel sentimiento; y encomendábame á aquella gloriosa santa para que me alcanzase perdon.

Mas esta postrera vez, de esta imágen que digo, me parece me aprovechó más; porque estaba ya muy desconfiada de mí, y ponia toda mi confianza en Dios. Paréceme le dije entónces, que no me habia de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fuí mejorando mucho desde entónces. Tenía este modo de oracion, que como no podia discurrir con el entendimiento, procuraba representar á Cristo dentro de mí, y hallábame mejor, á mi parecer, de las partes adonde le veia más solo. Parecíame á mí, que estando solo y afligido, como persona necesitada, me habia de admitir á mí. Destas simplicidades tenía muchas; en especial me hallaba muy bien en la oracion del huerto, allí era mi acompañarle. Pensaba en aquel sudor y afliccion que allí habia tenido: si podia, deseaba limpiarle aquel tan penoso sudor; mas acuérdome, que jamás osaba determinarme á hacerlo, como se me representaban mis pecados tan graves. Estábame allí lo más que me dejaban mis pensamientos con él, porque eran muchos los que me atormentaban. Muchos años las más noches, ántes que me durmiese, cuando para dormir

me encomendaba á Dios, siempre pensaba un poco en èste paso de la oracion del huerto, áun desde que no era monja, porque me dijeron se ganaban muchos perdones: y tengo para mí, que por aquí ganó muy mucho mi alma, porque comencé á tener oracion, sin saber qué era; y ya la costumbre tan ordinaria me hacía no dejar esto, como el no dejar de santiguarme para dormir.

Pues tornando á lo que decia del tormento, que me daban los pensamientos, esto tiene este modo de proceder sin discurso de entendimiento, que el alma ha de estar muy ganada, ú perdida, digo perdida la consideracion; en aprovechando, aprovecha mucho, porque es en amar. Mas para llegar aquí es muy á su costa, salvo á personas que quiere el Señor muy en breve llegarlas á oracion de quietud, que yo conozco algunas: para las que van por aquí, es bueno un libro para presto recogerse. Aprovechábame á mí tambien ver campos, agua, flores: en estas cosas hallaba yo memoria del Criador, digo, que me despertaban y recogian, y servian de libro, y en mi ingratitud y pecados. En cosas del cielo, ni en cosas subidas, era mi entendimiento tan grosero, que jamás por jamás las pude imaginar, hasta que por otro modo el Señor me las representó.

Tenía tan poca habilidad para con el entendimiento representar cosas, que si no era lo que veia, no me aprovechaba nada de mi imaginacion; como ha-

cen otras personas, que pueden hacer representaciones adonde se recogen. Yo sólo podia pensar en Cristo como hombre; mas es así, que jamás le pude representar en mí, por más que leia su hermosura, y veia imágenes, sino como quien está ciego ú oscuras que aunque habla con alguna persona, y ve que está con ella, porque sabe cierto que está allí, digo que entiende y cree que está allí, mas no la ve. De esta manera me acaeció á mí, cuando pensaba en nuestro Señor. Á esta causa era tan amiga de imágenes. ¡Desventurados de los que por su culpa pierden este bien! Bien parece que no aman al Señor, porque si le amaran, holgáranse de ver su retrato, como acá áun da contento ver el de quien se quiere bien.

En este tiempo me dieron las *Confesiones de San Agustin*, que parece el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré, ni nunca las habia visto. Yo soy muy aficionada á San Agustin, porque el monasterio adonde estuve seglar era de su órden; y tambien por haber sido pecador, que de los santos, que despues de serlo el Señor tornó á sí, hallaba yo mucho consuelo, pareciéndome en ellos habia de hallar ayuda, y que, como los habia el Señor perdonado, podia hacer á mí; salvo que una cosa me desconsolaba, como he dicho, que á ellos sólo una vez los habia el Señor llamado, y no tornaban á caer, y á mí eran ya tantas, que esto me fatigaba; mas considerando en el amor que me tenía tornaba á animarme, que de su

misericordia jamás desconfié, de mí muchas veces. ¡Oh, válame Dios, cómo me espanta la reciedumbre que tuvo mi alma, con tener tantas ayudas de Dios! Háceme estar temerosa lo poco que podia conmigo, y cuán atada me veia, para no me determinar á darme del todo á Dios. Como comencé á leer las *Confesiones*, paréceme me veia yo allí: comencé á encomendarme mucho á este glorioso santo. Cuando llegué á su conversion, y leí cómo oyó aquella voz en el Huerto, no me parece sino que el Señor me la dió á mí, segun sintió mi corazon: estuve por gran rato que toda me deshacia en lágrimas, y entre mí misma con gran afliccion y fatiga. ¡Oh, qué sufre un alma, válame Dios, por perder la libertad, que habia de tener de ser señora, y qué de tormentos padece! Yo me admiro ahora, cómo podia vivir en tanto tormento; sea Dios alabado, que me dió vida para salir de muerte tan mortal: paréceme, que ganó grandes fuerzas mi alma de la divina Majestad, y que debia oir mis clamores y haber lástima de tantas lágrimas.

Comenzóme á crecer la aficion de estar más tiempo con El, y á quitarme de los ojos las ocasiones, porque quitadas, luégo me volvia á amar á su Majestad; que bien entendia yo, á mi parecer, amaba, mas no entendia en qué está el amar de veras á Dios, como lo habia de entender. No me parece acababa yo de disponerme á quererle servir, cuando su Majestad

me comenzaba á tornar á regalar. No parece, sino que lo que otros procuran con gran trabajo adquirir, granjeaba el Señor conmigo, que yo lo quisiese recibir, que era, ya en estos postreros años darme gustos y regalos. Suplicar yo me los diese, ni ternura de devocion, jamás á ello me atreví: solo le pedia me diese gracia para que no le ofendiese, y me perdonase mis grandes pecados. Como los veia tan grandes, áun desear regalos ni gusto, nunca de advertencia osaba: harto me parece hacía su piedad, y con verdad hacía mucha misericordia conmigo, en consentirme delante de sí y traerme á su presencia, que veia yo si tanto él no lo procurara, no viniera. Sólo una vez en mi vida me acuerdo pedirle gustos, estando con mucha sequedad; y como advertí lo que hacía, quedé tan confusa, que la misma fatiga de verme tan poco humilde me dió lo que me habia atrevido á pedir. Bien sabía yo era lícito pedirlo, mas parecíame á mí, que lo es á los que están dispuestos, con haber procurado lo que es verdadera devocion con todas sus fuerzas, que es no ofender á Dios, y estar dispuestos, y determinados para todo bien. Parecíame, que aquellas mis lágrimas eran mujeriles, y sin fuerza, pues no alcanzaba con ellas lo que deseaba. Pues, con todo, creo me valieron, porque como digo, en especial despues de estas dos veces de tan gran compuncion de ellas y fatiga de mi corazon, comencé más á darme á oracion, y á tratar ménos en cosas que me dañasen;

aunque áun no las dejaba del todo, sino como digo, fuéme ayudando Dios á desviarme: como no estaba su Majestad esperando sino algun aparejo en mí, fueron creciendo las mercedes espirituales de la manera que diré: cosa no usada darlas el Señor, sino á los que están en más limpieza de conciencia.

CAPÍTULO X.

Comienza á declarar las mercedes que el Señor la hacía en la oracion y en lo que nos podemos nosotros ayudar, y lo mucho que importa que entendamos las mercedes que el Señor nos hace. Pide á quien esto envia, que de aquí adelante sea secreto lo que escribiere, pues la mandan diga tan particularmente las mercedes que la hace el Señor.

Tenía yo algunas veces, como he dicho (aunque con mucha brevedad pasaba) comienzo de lo que ahora diré. Acaecíame en esta representacion que hacía, de ponerme cabe Cristo, que he dicho, y áun algunas veces leyendo, venirme á deshora un sentimiento de la presencia de Dios, qne en ninguna manera podia dudar que estaba dentro de mí, ó yo toda engolfada en El. Esto no era manera de vision, creo lo llaman mística teología: suspende el alma de suerte, que toda parecia estar fuera de sí. Ama la voluntad, la memoria me parece está casi perdida, el entendimiento no discurre, á mi parecer, mas no se pierde; mas, como digo, no obra, sino está como espantado de lo mucho que entiende; porque quiere Dios entienda,

que de aquello que su Majestad le representa ninguna cosa entiende.

Primero habia tenido muy continuo una ternura, que en parte algo de ella me parece se puede procurar; un regalo, que ni bien es todo sensual, ni bien espiritual, todo es dado de Dios. Mas parece para esto no podemos mucho ayudar con considerar nuestra bajeza y la ingratitud que tenemos con Dios, lo mucho que hizo por nosotros, su pasion con tan graves dolores, su vida tan afligida; en deleitarnos de ver sus obras, su grandeza, lo que nos ama, otras muchas cosas, que quien con cuidado quiere aprovechar, tropieza muchas veces en ellas, aunque no ande con mucha advertencia: si con esto hay algun amor regálase el alma, enternécese el corazon, vienen lágrimas; algunas veces parece las sacamos por fuerza, otras el Señor parece nos la hace, para no podernos resistir. Parece nos paga su Majestad aquel cuidadito con un dón tan grande, como es el consuelo que da á un alma ver que llora por tan gran Señor; y no me espanto, que le sobra la razon de consolarse. Regálase allí, huélgase allí.

Paréceme bien esta comparacion, que ahora se me ofrece, que son estos gozos de oracion, como deben ser los que están en el cielo, que como no han visto más de lo que el Señor conforme á lo que merecen, quiere que vean, y ven sus pocos méritos, cada uno está contento con el lugar en que está, con haber tan

grandísima diferencia de gozar á gozar en el cielo, mucho más que acá hay de unos gozos espirituales á otros, que es grandísima. Y verdaderamente un alma en sus principios, cuando Dios la hace esta merced, ya casi le parece no hay más que desear, y se da por bien pagada de todo cuanto ha servido: y sóbrale la razon, que una lágrima de estas que, como digo, casi nos las procuramos (aunque sin Dios no se hace cosa) no me parece á mí, que con todos los trabajos del mundo se puede comprar, porque se gana mucho con ellas; ¿y qué más ganancia que tener algun testimonio, que contentamos á Dios? Así, que quien aquí llegare, alábele mucho, conózcase por muy deudor; porque ya parece le quiere para su casa, y escogido para su reino, si no torna atras.

No cure de unas humildades que hay, de que pienso tratar, que les parece humildad, no entender que el Señor les va dando dónes. Entendamos bien, bien, como ello es, que nos lo da Dios sin ningun merecimiento nuestro, y agradezcámoslo á su Majestad; porque si no conocemos qué recibimos, no nos despertamos á amar; y es cosa muy cierta, que miéntras más vemos estamos ricos, sobre conocer somos pobres, más aprovechamiento nos viene y áun más verdadera humildad. Lo demas es acobardar el ánimo á parecer que no es capaz de grandes bienes, si en comenzando el Señor á dárselos comienza él á atemorizarse con miedo de vanagloria.

Creamos, que quien nos da los bienes, nos dará gracia para que, en comenzando el demonio á tentarle en este caso, lo entienda, y fortaleza para resistirle; digo, si andamos con llaneza delante de Dios, pretendiendo contentar sólo á Él y no á los hombres. Es cosa muy clara, que amamos más á una persona, cuando mucho se nos acuerda las buenas obras que nos hace. Pues, si es lícito y tan meritorio, que siempre tengamos memoria, que tenemos de Dios el sér, y que nos crió de no nada, y que nos sustenta, y todos los demas beneficios de su muerte y trabajos, que mucho ántes que nos criase los tenía hechos por cada uno de los que ahora viven; ¿por qué no será lícito, que entienda yo y vea y considere muchas veces, que solia hablar en vanidades, y que ahora me ha dado el Señor, que no queria hablar sino en Él? Hé aquí una joya, que acordándonos que es dada, y ya la poseemos, forzado convida amar, que es todo el bien de la oracion fundada sobre humildad. Pues ¿qué será cuando vean en su poder otras joyas más preciosas, como tienen ya recibidas algunos siervos de Dios, de menosprecio del mundo y áun de sí mismo? Está claro, que se han de tener por más deudores y más obligados á servir, y entender que no teníamos nada desto, y á conocer la largueza del Señor, que á un alma tan pobre y ruin, y de ningun merecimiento, como la mia, que bastaba la primer joya de éstas, y sobraba para mí, quiso hacerme con

más riquezas, que yo supiera desear. Es menester sacar fuerzas de nuevo para servir, y procurar no ser ingratos, porque con esa condicion las da el Señor, que si no usamos bien del tesoro y del gran estado en que nos pone, nos lo tornará á tomar, y quedarnos hemos muy más pobres, y dará su Majestad las joyas á quien luzca, y aproveche con ellas á sí y á los otros. Pues ¿como aprovechará y gastará con largueza, el que no entiende que está rico? Es imposible conforme á nuestra naturaleza, á mi parecer, tener ánimo para cosas grandes, quien no entiende está favorecido de Dios; porque somos tan miserables y tan inclinados á cosas de tierra, que mal podrá aborrecer todo lo de acá de hecho con gran desasimiento, quien no entiende tiene alguna prenda de lo de allá; porque con estos dones, es adonde el Señor nos da la fortaleza, que por nuestros pecados nosotros perdimos. Y mal deseará se descontenten todos de él y le aborrezcan, y todas las demas virtudes grandes que tienen los perfectos, si no tiene alguna prenda del amor, que Dios le tiene, y juntamente fe viva. Porque es tan muerto nuestro natural, que nos vamos á lo que presente vemos; y así estos mismos favores son los que despiertan la fe y la fortalecen. Ya puede ser que yo, como soy tan ruin, juzgo por mí, que otros habrá que no hayan menester más de la verdad de la fe, para hacer obras muy perfectas, que yo como miserable, todo lo he habido menester.

Esto ellos lo dirán; yo digo lo que ha pasado por mí, como me lo mandan; y si no fuere bien, rompe-rálo á quien lo envio, que sabrá mejor entender lo que va mal, que yo. A quien suplico por amor del Señor, lo que he dicho hasta aquí de mi ruin vida y pecados, lo publiquen, desde ahora doy licencia, y á todos mis confesores, que así lo es á quien esto va; y si quisieren luégo en mi vida; porque no engañe más al mundo, que piensan hay en mí algun bien; y cierto, cierto con verdad digo, á lo que ahora entiendo de mí, que me dará gran consuelo. Para lo que de aquí adelante dijere, no se la doy; ni quiero, si á alguien le mostraren, digan quien es, por quien pasó, ni quien lo escribió, que por esto no me nombro, ni á nadie, sino escribirlo he todo lo mejor que pueda por no ser conocida, y así lo pido por amor de Dios. Bastan personas tan letradas y graves para autorizar alguna cosa buena, si el Señor me diere gracia para decirla; que, si lo fuere, será suya y no mia, por ser yo sin letras y buena vida, ni ser informada de letrado ni de persona ninguna; porque solos los que me mandan escribir, saben que lo escribo, y al presente no están aquí, y casi hurtando el tiempo, y con pena, porque me estorbo de hilar, por estar en casa pobre y con hartas ocupaciones: así, que aunque el Señor me diera más habilidad y memoria (que áun con ésta pudiérame aprovechar de lo que he oido ó leido) mas es poquísima la que tengo: así,

que si algo bueno dijere, lo quiere el Señor para algun bien; lo que fuere malo, será de mí y vuesa merced lo quitará. Para lo uno ni para lo otro, ningun provecho tiene decir mi nombre: en vida está claro, que no se ha de decir de lo bueno, en muerte no hay para qué, sino para que pierda autoridad el bien y no le dar ningun crédito, por ser dicho de persona tan baja y tan ruin.

Y por pensar vuesa merced hará esto, que por amor del Señor le pido, y los demas que lo han de ver, escribo con libertad; de otra manera sería con gran escrúpulo, fuera de decir mis pecados, que para esto ninguno tengo: para lo demas, basta ser mujer para caérseme las alas, cuanto más mujer y ruin. Y así, lo que fuere más de decir simplemente el discurso de mi vida, tome vuesa merced para sí, pues tanto me ha importunado escriba alguna declaracion de las mercedes, que me hace Dios en la oracion, si fuere conforme á las verdades de nuestra santa fe católica; y si no, vuesa merced lo queme luégo, que yo á esto me sujeto: y diré lo que pasa por mí, para que, cuando sea conforme á esto, podrá hacer á vuesa merced algun provecho; y si no desengañará mi alma, para que no gane el demonio, adonde me parece gano yo; que ya sabe el Señor (como despues diré) que siempre he procurado buscar quien me dé luz.

Por claro que yo quiera decir estas cosas de oracion, será bien oscuro para quien no tuviere experien-

cia. Algunos impedimentos diré, que á mi entender lo son para ir adelante en este camino, y otras cosas en que hay peligro, de lo que el Señor me ha enseñado por experiencia, y despues tratádolo yo con grandes letrados y personas espirituales de muchos años, y ven, que en solos veintisiete años que há que tengo oracion, me ha dado su Majestad la experiencia, con andar en tantos tropiezos y tan mal este camino, que á otros en cuarenta y siete, y en treinta y siete, que con penitencia y siempre virtud han caminado por él. Sea bendito por todo y sírvase de mí, por quien su Majestad es, que bien sabe mi Señor, que no pretendo otra cosa en esto, sino que sea alabado y engrandecido un poquito, de ver, que en un muladar tan sucio y de mal olor, hiciese huerto de tan suaves flores. Plega á su Majestad, que por mi culpa no las torne yo á arrancar, y se torne á ser lo que era. Esto pido yo por amor del Señor, le pida vuesa merced, pues sabe la que soy con más claridad, que aquí me lo ha dejado decir.

CAPÍTULO IX.

Dice en qué está la falta de no amar á Dios con perfeccion en breve tiempo; comienza á declarar, por una comparacion que pone, cuatro grados de oracion: va tratando aquí del primero: es muy provechoso para los que comienzan, y para los que no tienen gustos en la oracion.

Pues hablando ahora de los que comienzan á ser siervos del amor (que no me parece otra cosa determinarnos á seguir por este camino de oracion al que tanto nos amó) es una dignidad tan grande, que me regalo extrañamente en pensar en ella; porque el temor servil luégo va fuera, si en este primer estado vamos como hemos de ir. ¡Oh Señor de mi alma y bien mio! ¿por qué no quisistes, que en determinándose un alma á amaros, con hacer lo que puede en dejarlo todo, para mejor se emplear en este amor de Dios, luégo gózase de subir á tener este amor perfecto? Mal he dicho; habia de decir y quejarme, porque no queremos nosotros (pues toda la falta nuestra es) en no gozar luégo de tan gran dignidad, pues en llegando á tener con perfeccion este verdadero amor de Dios, trae consigo todos los bienes. Somos tan caros

y tan tardíos de darnos del todo á Dios, que, como su Majestad no quiere gocemos de cosa tan preciosa sin gran precio, no acabamos de disponernos. Bien veo que no le hay, con que se pueda comprar tan gran bien en la tierra; mas, si hiciésemos lo que podemos en no nos asir á cosa de ella, sino que todo nuestro cuidado y trato fuese en el cielo, creo yo sin duda muy en breve se nos daria este bien, si en breve del todo nos dispusiésemos, como algunos santos lo hicieron. Mas parécenos que lo damos todo; y es que ofrecemos á Dios la renta ó los frutos, y quedámonos con la raíz y posesion. Determinámonos á ser pobres, y es de gran merecimiento; mas muchas veces tornamos á tener cuidado y diligencia para que no nos falte, no sólo lo necesario, sino lo superfluo, y áun granjear los amigos que nos lo dén, y ponernos en mayor cuidado y, por ventura, peligro, por que no nos falte, que ántes teníamos en poseer la hacienda. Parece tambien que dejamos la honra en ser religiosos, ó en haber ya comenzado á tener vida espiritual, y á seguir perfeccion, y no nos han tocado en un punto de honra, cuando no se nos acuerda la hemos ya dado á Dios, y nos queremos tornar á alzar con ella, y tomársela, como dicen, de las manos, despues de haberle de nuestra voluntad, al parecer, hecho Señor: así son todas las otras cosas.

Donosa manera de buscar amor de Dios! Y luégo le queremos á manos llenas, á manera de decir; te-

nernos nuestras aficiones, ya que no procuramos efectuar nuestros deseos, y no acabarlos de levantar de la tierra, y muchas consolaciones espirituales con esto. No viene bien, ni me parece se compadece esto con esto otro. Así, que porque no se acaba de dar junto, no se nos da por junto este tesoro: plega al Señor que gota á gota nos le dé su Majestad, aunque sea costándonos todos los trabajos del mundo. Harto gran misericordia hace á quien da gracia y ánimo para determinarse á procurar con todas sus fuerzas este bien, porque, si persevera, no se niega Dios á nadie, poco á poco va habilitando el ánimo, para que salga con esta victoria. Digo ánimo, porque son tantas las cosas, que el demonio pone delante á los principios, para que no comiencen este camino de hecho, como quien sabe el daño, que de aquí le viene, no sólo en perder aquel alma, sino á muchas. Si el que comienza se esfuerza con el favor de Dios á llegar á la cumbre de la perfeccion, creo jamás va solo al cielo; siempre lleva mucha gente tras sí: como á buen capitan le da Dios quien vaya en su compañía. Así, que póneles tantos peligros y dificultades delante, que no es menester poco ánimo para no tornar atras, sino muy mucho y mucho favor de Dios.

Pues hablando de los principios de los que ya van determinados á seguir este bien, y á salir con esta empresa (que de lo demas que comencé á decir de mística teología, que creo se llama así, diré más ade-

lante) (1) en estos principios está todo el mayor trabajo; porque son ellos los que trabajan, dando el Señor el caudal, que en los otros grados de oracion lo más es gozar, puesto que primeros y medianos y postreros, todos llevan sus cruces, aunque diferentes; que por este camino que fué Cristo han de ir los que le siguen, si no se quieren perder: y bienaventurados trabajos, que áun acá en la vida tan sobradamente se pagan. Habré de aprovecharme de alguna comparacion, que yo las quisiera excusar por ser mujer, y escribir simplemente lo que me mandan; mas este lenguaje de espíritu es tan malo de declarar á los que no saben letras, como yo, que habré de buscar algun modo, y podrá ser las ménos veces acierte á que venga bien la comparacion: servirá de dar recreacion á vuesa merced (2) de ver tanta torpeza. Paréceme ahora á mí, que he leido ú oido esta comparacion, que como tengo mala memoria, ni sé adónde, ni á qué propósito; mas para el mio ahora conténtame (3).

(1) En la edicion de Foppens solamente se ponen entre paréntesis las palabras *que creo se llama así*, y luégo termina la cláusula en la palabra *adelante*, con lo cual queda truncado el sentido. En la de Doblado se puso el paréntesis como en la de Foquel, que tambien se sigue en ésta.

(2) V. m. *(L. de L.)*

(3) En la edicion de Doblado se puso aquí cláusula aparte muy oportunamente, pues en las anteriores sólo ponian como.

Ha de hacer cuenta el que comienza, que comienza á hacer un huerto en tierra muy infructuosa, y que lleva muy malas yerbas, para que se deleite el Señor. Su Majestad arranca las malas yerbas, y ha de plantar las buenas. Pues hagamos cuenta que está ya hecho esto, cuando se determina á tener oracion una alma, y lo ha comenzado á usar; y con ayuda de Dios hemos de procurar como buenos hortelanos, que crezcan estas plantas, y tener cuidado de regarlas, para que no se pierdan, sino que vengan á echar flores, que dén de sí gran olor, para dar recreacion á este Señor nuestro; y así se venga á deleitar muchas veces á esta huerta, y á holgarse entre estas virtudes.

Pues veamos ahora de la manera que se puede regar para que entendamos lo que hemos de hacer, y el trabajo que nos ha de costar, si es mayor la ganancia, ó hasta qué tanto tiempo se ha de tener. Paréceme á mí que se puede regar de cuatro maneras; ó con sacar el agua de un pozo, que es á nuestro gran trabajo; ó con noria y arcaduces, que se saca con un torno (yo la he sacado algunas veces) es á ménos trabajo que estotro, y sácase más agua; ó de un rio ó arroyo, esto se riega mucho mejor, que queda más harta la tierra de agua, y no se há menester regar tan á menudo, y es á ménos trabajo mucho del hortelano: ó con llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro, y es muy sin compara-

cion mejor, que todo lo que queda dicho. Ahora pues, aplicadas estas cuatro maneras de agua, de que se ha de sustentar este huerto, porque sin ella perderse há, es lo que á mí me hace al caso, y ha parecido, que se podrá declarar algo de cuatro grados de oracion, en que el Señor, por su bondad, ha puesto algunas veces mi alma. Plega á su bondad atine á decirlo, de manera que aproveche á una de las personas, que esto me mandaron escribir, que la ha traido el Señor en cuatro meses, harto más adelante que yo estaba en diez y siete años: háse dispuesto mejor y así sin trabajo suyo riega este verjel con todas estas cuatro aguas; aunque la postrera áun no se le da sino á gotas, mas va de suerte, que presto se engolfará en ella, con ayuda del Señor; y gustaré que se ria, si le pareciere desatino la manera de el declarar.

De los que comienzan á tener oracion, podemos decir son los que sacan el agua del pozo, que es muy á su trabajo, como tengo dicho; que han de cansarse en recoger los sentidos, que como están acostumbrados á andar derramados, es harto trabajo. Han menester irse acostumbrando á no se les dar nada de ver ni oir, y áun ponerlo por obra las horas de la oracion, sino estar en soledad, y apartados pensar su vida pasada. Aunque esto primeros y postreros todos lo han de hacer muchas veces, hay más y ménos de pensar en esto, como despues diré. Al principio anda pena, que no acaban de entender, que se arrepienten

de los pecados; y si hacen, pues se determinan á servir á Dios tan de veras. Han de procurar tratar de la vida de Cristo, y cánsase el entendimiento en esto. Hasta aquí podemos adquirir nosotros, entiéndese con el favor de Dios; que sin éste, ya se sabe no podemos tener un buen pensamiento. Esto es comenzar á sacar agua del pozo; y áun plega á Dios lo quiera tener, mas al ménos no queda por nosotros, que ya vamos á sacarla, y hacemos lo que podemos para regar estas flores. Y es Dios tan bueno, que cuando por lo que su Majestad sabe (por ventura para gran provecho nuestro) quiere que esté seco el pozo, haciendo lo que es en nosotros, como buenos hortelanos, sin agua sustenta las flores, y hace crecer las virtudes: llamo agua aquí las lágrimas, y aunque no las haya, la ternura y sentimiento interior de devocion.

¿Pues qué hará aquí el que ve, que en muchos dias no hay sino sequedad y disgusto y desabor, y tan mala gana para venir á sacar el agua, que si no se le acordase que hace placer y servicio al Señor de la huerta, y mirase á no perder todo lo servido, y áun lo que espera ganar del gran trabajo, que es echar muchas veces el caldero en el pozo y sacarle sin agua, lo dejaria todo? Y muchas veces le acaecerá, áun para esto no se le alzar los brazos, ni podrá tener un buen pensamiento; que este obrar con el entendimiento, entendido va que es el sacar agua del

pozo. Pues como digo, qué hará aquí el hortelano? Alegrarse y consolarse, y tener por grandísima merced de trabajar en huerto de tan gran emperador, y pues sabe le contenta en aquello, y su intento no ha de ser contentarse á sí, sino á Él, alábele mucho, que hace de él confianza, pues ve, que sin pagarle nada, tiene tan gran cuidado de lo que le encomendó, y ayúdele á llevar la cruz, y piense que toda la vida vivió en ella, y no quiera acá su reino, ni deje jamás la oracion; y así se determine, aunque por toda la vida le dure esta sequedad, no dejar á Cristo caer con la cruz. Tiempo vendrá que se lo pague por junto; no haya miedo que se pierda el trabajo: á buen amo sirve, mirándolo está, no haga caso de malos pensamientos; mire que tambien los representaba el demonio á San Jerónimo en el desierto: su precio se tienen estos trabajos, que como quien los pasó muchos años, que cuando una gota de agua sacaba de este bendito pozo, pensaba me hacía Dios merced. Sé que son grandísimos, y me parece es menester más ánimo, que para otros muchos trabajos del mundo: mas he visto claro que no deja Dios sin gran premio, áun en esta vida; porque es así cierto, que con una hora de las que el Señor me ha dado de gusto de sí, despues acá, me parece quedan pagadas todas las congojas, que en sustentarme en la oracion mucho tiempo pasé. Tengo para mí, que quiere el Señor dar muchas veces á el principio, y otras á la postre, estos

tormentos y otras muchas tentaciones, que se ofrecen, para probar á sus amadores, y saber si podrán beber el cáliz, y ayudarle á llevar la cruz, ántes que ponga en ellos grandes tesoros. Y para bien nuestro creo, nos quiere su Majestad llevar por aquí, para que entendamos bien lo poco que somos; porque son de tan gran dignidad las mercedes de despues, que quiere por experiencia veamos ántes nuestra miseria, primero que nos las dé por que no nos acaezca lo que á Lucifer.

¿Qué haceis vos, Señor mio, que no sea para mayor bien del alma, que entendeis que es ya vuestra, y que se pone en vuestro poder, para seguiros por donde fuéredes hasta muerte de cruz, y que está determinada ayudárosla á llevar, y á no dejaros solo con ella? Quien viere en sí esta determinacion... no, no hay que temer gente espiritual; no hay por qué se afligir puesto ya en tan alto grado, como es querer tratar á solas con Dios, y dejar los pasatiempos del mundo, lo más está hecho: alabad por ello á su Majestad, y fiad en su bondad, que nunca faltó á sus amigos; atapaos los ojos de pensar, ¿por qué da aquél de tan pocos dias devocion, y á mí no de tantos años? Creamos, es todo para más bien nuestro; guie su Majestad por donde quisiere, ya no somos nuestros, sino suyos; harta merced nos hace en querer que queramos cavar en su huerto, y estarnos cabe el Señor de él, que cierto está con nosotros; si él

quiere que crezcan estas plantas y flores, á unos con dar agua, que saquen de este pozo, á otros sin ella, qué se me da á mí? Haced vos, Señor, lo que quisiéredes, no os ofenda yo, no se pierdan las virtudes, si alguna me habeis ya dado, por sola vuestra bondad; padecer quiero, Señor, pues vos padecistes (1); cúmplase en mí de todas maneras vuestra voluntad; y no plega á vuestra Majestad, que cosa de tanto precio como vuestro amor, se dé á gente que os sirva por gustos.

Hase de notar mucho, y dígolo, porque lo sé por experiencia, que el alma que en este camino de oracion mental comienza á caminar con determinacion, y puede acabar consigo de no hacer mucho caso, ni consolarse ni desconsolarse mucho, porque falten estos gustos y ternura, ó la dé el Señor, que tiene andado gran parte del camino; y no haya miedo de tornar atras, aunque más tropiece, porque va comenzado el edificio en firme fundamento. Sí, que no está el amor de Dios en tener lágrimas, ni estos gustos y ternura, que por la mayor parte los deseamos y consolámonos con ellos, sino en servir con justicia y fortaleza de ánimo y humildad. Recibir más me parece á mí eso, que no dar nosotras nada (2). Para mujer-

(1) Con las palabras *pues vos* concluye en el original el folio XLV: en seguida hay dos planas en blanco que están pegadas.

(2) Recibir más me parece á mí, eso, que no dar nos-

citas, como yo, flaca y con poca fortaleza, me parece á mí conviene (como ahora lo hace Dios) llevarme con regalos; por que pueda sufrir algunos trabajos, que ha querido su Majestad tenga. Mas para siervos de Dios, hombres de tomo, de letras y entendimiento, que veo hacer tanto caso de que Dios no les da devocion, que me hace disgusto oirlos. No digo yo que no la tomen, si Dios se la da, y la tengan en mucho, porque entónces verá su Majestad que conviene; mas que cuando no la tuvieren, que no se fatiguen; y que entiendan que no es menester, pues su Majestad no la da, y anden señores de sí mismos. Crean que es falta, yo lo he probado y visto. Crean que es imperfeccion y no andar con libertad de espíritu, sino flacos para acometer.

Esto no lo digo tanto por los que comienzan, aunque pongo tanto en ello, porque les importa mucho comenzar con esta libertad y determinacion, sino por otros; que habrá muchos, que lo há que comenzaron, y nunca acaban de acabar; y creo es gran parte este no abrazar la cruz desde el principio; que andarán afligidos, pareciéndoles no hacen nada. En dejando de obrar el entendimiento no lo pueden sufrir; y por ventura entónces engorda la voluntad y toma

---

otros nada. *(Br. Fop.—M. Dob.)* Con esta puntuacion ni áun se sabe lo que quiere decir Santa Teresa; por lo que se prefiere la de Fray Luis de Leon.

fuerzas, y no lo entienden ellos. Hemos de pensar que no mira el Señor en estas cosas, que, aunque á nosotros nos parecen faltas, no lo son: ya sabe su Majestad nuestra miseria, y bajo natural, mejor que nosotros mismos; y sabe que ya estas almas desean siempre pensar en él y amarle. Esta determinacion es la que quiere; estotro afligimiento, que nos damos, no sirve de más de inquietar el alma, y si habia de estar inhábil para aprovechar una hora, que lo esté cuatro. Porque muy muchas veces (yo tengo grandísima experiencia de ello, y sé que es verdad, porque lo he mirado con cuidado, y tratado despues á personas espirituales) que viene de indisposicion corporal; que somos tan miserables, que participa esta encarceladita de esta pobre alma de las miserias del cuerpo: y las mudanzas de los tiempos y las vueltas de los humores muchas veces hacen, que sin culpa suya, no pueda hacer lo que quiere, sino que padezca de todas maneras; y miéntras más la quieren forzar en estos tiempos, es peor, y dura más el mal; sino que haya discrecion para ver cuando es de esto, y no la ahoguen á la pobre: entiendan son enfermos; múdese la hora de la oracion, y hartas veces será algunos dias.

Pasen como pudieren este destierro, que harta mala ventura es de un alma, que ama á Dios, ver que vive en esta miseria, y que no puede lo que quiere, por tener tan mal huésped, como este cuerpo.

Dije con discrecion, porque alguna vez el demonio lo hará; y así es bien ni siempre dejar la oracion cuando hay gran distraimiento y turbacion en el entendimiento, ni siempre atormentar el alma á lo que no puede: otras cosas hay exteriores de obras de caridad y de leccion, aunque á veces áun no estará para esto: sirva entónces á el cuerpo por amor de Dios; porque otras veces muchas sirva él á el alma, y tome algunos pasatiempos santos de conversaciones, que lo sean, ó irse al campo, como aconsejare el confesor; y en todo es gran cosa la experiencia, que da á entender lo que nos conviene, y en todo se sirve Dios.

Suave es su yugo, y es gran negocio no traer el alma arrastrada, como dicen, sino llevarla con suavidad, para su mayor aprovechamiento. Así que torno á avisar, y aunque lo diga muchas veces no ve nada, que importa mucho que de sequedades, ni de inquietud y distraimiento en los pensamientos, nadie se apriete ni aflija: si quiere ganar libertad de espíritu, y no andar siempre atribulado, comience á no se espantar de la cruz, y verá cómo se la ayuda tambien á llevar el Señor, y con el contento que anda, y el provecho que saca de todo; porque ya se ve, que si el pozo no mana, que nosotros no podemos poner el agua. Verdad es que no hemos de estar descuidados para cuando la haya sacarla; porque entónces ya quiere Dios por este medio multiplicar las virtudes.

CAPÍTULO XII.

Prosigue en este primer estado; dice hasta dónde podemos llegar con el favor de Dios por nosotros mismos, y el daño que es querer, hasta que el Señor haga subir el espíritu á cosas sobrenaturales y extraordinarias.

Lo que he pretendido dar á entender en este capítulo pasado, aunque me he divertido mucho en otras cosas, por parecerme muy necesarias, es decir, hasta lo que podemos nosotros adquirir, y como en esta primera devocion podemos nosotros ayudarnos algo; porque en pensar y escudriñar lo que el Señor pasó por nosotros, muévenos á compasion, y es sabrosa esta pena y las lágrimas que proceden de aquí. Y de pensar la gloria que esperamos, y el amor que el Señor nos tuvo y su resurreccion, muévenos á gozo, que ni es del todo espiritual ni sensual, sino gozo virtuoso, y la pena muy meritoria. De esta manera son todas las cosas, que causan devocion adquirida con el entendimiento en parte, aunque no podida

merecer ni ganar, sino la de Dios. Estale muy bien á un alma, que no la ha subido de aquí, no procurar subir ella; y nótese esto mucho, porque no le aprovechará más de perder. Puede en este estado hacer muchos actos para determinarse á hacer mucho por Dios, y despertar el amor; otros para ayudar á crecer las virtudes, conforme á lo que dice un libro llamado *Arte de servir á Dios*, que es muy bueno y apropiado para los que están en este estado, porque obra el entendimiento. Puede representarse delante de Cristo, y acostumbrarse á enamorarse mucho de su sagrada humanidad, y traerle siempre consigo, y hablar con él, pedirle para sus necesidades, y quejársele de sus trabajos, alegrarse con él en sus contentos y no olvidarle por ellos, sin procurar oraciones compuestas, sino palabras conforme á sus deseos y necesidades. Es excelente manera de aprovechar y muy en breve, y quien trabajare á traer consigo esta preciosa compañía, y se aprovechare mucho de ella, y de veras cobrare amor á este Señor, á quien tanto debemos, yo le doy por aprovechado. Para esto no se nos ha de dar nada de no tener devocion, como tengo dicho, sino agradecer al Señor, que nos deja andar deseosos de contentarle, aunque sean flacas las obras. Este modo de traer á Cristo con nosotros aprovecha en todos estados, y es un medio segurísimo para ir aprovechando en el primero, y llegar en breve al segundo grado de oracion, y para los

postreros andar seguros de los peligros que el demonio puede poner.

Pues esto es lo que podemos; quien quisiere pasar de aquí y levantar el espíritu á sentir gustos, que no se los dan, es perder lo uno y lo otro, á mi parecer; porque es sobrenatural, y perdido el entendimiento, quédase el alma desierta y con mucha sequedad: y como este edificio todo va fundado en humildad, miéntras más llegamos á Dios, más adelante ha de ir esta virtud, y si no va todo perdido. Y parece algun género de soberbia querer nosotros subir á más, pues Dios hace demasiado, segun somos, en allegarnos cerca de sí. No se ha de entender qué digo esto por el subir con el pensamiento á pensar cosas altas del cielo, ó de Dios, y las grandezas que allá hay, y su gran sabiduría; porque aunque yo nunca lo hice (que no tenía habilidad, como he dicho, y me hallaba tan ruin, que, áun para pensar cosas de la tierra, me hacía Dios merced de que entendiese esta verdad, que no era poco atrevimiento, cuanto más para las del cielo) otras personas se aprovecharán, en especial si tienen letras, que es un grande tesoro para este ejercicio, á mi parecer, si son con humildad. De unos dias acá lo he visto por algunos letrados, que há poco que comenzaron, y han aprovechado muy mucho; y esto me hace tener grandes ánsias, porque muchos fuesen espirituales, como adelante diré.

Pues lo que digo, no se suban sin que Dios los

suba, es lenguaje de espíritu; entenderme há quien tuviere alguna experiencia, que yo no lo sé decir, si por aquí no se entiende. En la mística teología, que comencé á decir, pierde de obrar el entendimiento, porque le suspende Dios, como despues declararé más si supiere y él me diere para ello su favor. Presumir ni pensar de suspenderle nosotros, es lo que digo no se haga, ni se deje de obrar con él; porque nos quedaremos bobos y frios, y ni haremos lo uno ni lo otro. Que cuando el Señor le suspende y hace parar, dale de que se espante y se ocupe, y que sin discurrir entienda más en un credo, que nosotros podemos entender con todas nuestras diligencias de tierra en muchos años. Ocupar las potencias del ánima, y pensar hacerlas estar quedas, es desatino; y torno á decir que, aunque no se entiende, es de no gran humildad, aunque no con culpa, con pena sí, que será trabajo perdido, y queda el alma con un disgustillo, como quien va á saltar y le asen por detras, que ya parece ha empleado su fuerza y hállase sin efectuar lo que con ella queria hacer: y en la poca ganancia que queda, verá quien lo quisiere mirar, este poquillo de falta de humildad, que he dicho, porque esto tiene excelente virtud, que no hay obra, á quien ella acompañe, que deje el alma disgustada. Paréceme lo he dado á entender, y por ventura será solo para mí: abra el Señor los ojos de los que lo leyeren con experiencia, que por poca que sea, luégo lo entenderán.

Hartos años estuve yo que leia muchas cosas y no entendia nada de ellas; y mucho tiempo, que aunque me lo daba Dios, palabra no sabía decir, para darlo á entender, que no me ha costado esto poco trabajo. Cuando su Majestad quiere en un punto lo enseña todo, de manera que yo me espanto. Una cosa puedo decir con verdad, que aunque hablaba con muchas personas espirituales, que querian darme á entender lo que el Señor me daba, para que se lo supiese decir; y es cierto que era tanta mi torpeza, que poco ni mucho me aprovechaba: ó queria el Señor, como su Majestad fué siempre mi maestro (sea por todo bendito, que harta confusion es para mí poder decir esto con verdad), que no tuviese á nadie que agradecer; y sin querer ni pedirlo (que en esto no he sido nada curiosa, porque fuera virtud serlo, sino en otras vanidades) dármelo Dios en un punto á entender con toda claridad, y para saberlo decir; de manera que se espantaban, y yo más que mis confesores, porque entendia mejor mi torpeza. Esto há poco, y así lo que el Señor no me ha enseñado, no lo procuro, sino es lo que toca á mi conciencia.

Torno otra vez á avisar que va mucho en no subir el espíritu, si el Señor no le subiere: qué cosa es, se entiende luégo. En especial para mujeres es malo, que podrá el demonio causar alguna ilusion, aunque tengo por cierto no consiente el Señor dañe á quien con humildad se procura llegar á Él, ántes sacará más

proyecho y ganancia por donde el demonio le pensare hacer perder. Por ser este camino de los primeros más usado, y importar mucho los avisos que he dado, me he alargado tanto, y habránlos escrito en otras partes muy mejor, yo lo confieso, y que con harta confusion y vergüenza lo he escrito, aunque no tanta como habia de tener. Sea el Señor bendito por todo, que, á una como yo, quiere y consiente que hable en cosas suyas tales y tan subidas.

CAPÍTULO XIII.

Prosigue en este primer estado y pone avisos para algunas tentaciones que el demonio suele poner algunas veces, y da avisos para ellas; es muy provechoso.

Háme parecido decir algunas tentaciones, que he visto que se tienen á los principios (y algunas he tenido yo) y dar algunos avisos de cosas que me parecen necesarias. Pues procúrese á los principios andar con alegría y libertad; que hay algunas personas, que parece se les ha de ir la devocion, si se descuidan un poco. Bien es andar con temor de sí, para no se fiar poco ni mucho de ponerse en ocasion donde suele ofender á Dios, que esto es muy necesario, hasta estar ya muy entero en la virtud. Y no hay muchos que lo puedan estar tanto, que en ocasiones aparejadas á su natural se puedan descuidar. Que siempre, miéntras vivimos, áun por humildad, es bien conocer nuestra miserable naturaleza; mas hay muchas cosas adonde se sufre (como he dicho) tomar recreacion, áun para tornar á la oracion más fuertes. En todo es

menester discrecion. Tener gran confianza, porque conviene mucho no apocar los deseos, sino creer de Dios, que si nos esforzamos poco á poco, aunque no sea luégo, podremos llegar á lo que muchos santos con su favor; que si ellos nunca se determinaran á desearlo, y poco á poco á ponerlo por obra, no subieran á tan alto estado. Quiere su Majestad, y es amigo de ánimas animosas, como vayan con humildad y ninguna confianza de sí: y no he visto ninguna de éstas que quede baja en este camino y ningun alma cobarde, áun con amparo de humildad, que en muchos años ande lo que estos otros en muy pocos. Espántame lo mucho que hace en este camino animarse á grandes cosas; aunque luégo no tenga fuerzas el alma da un vuelo, y llega á mucho, aunque como avecita, que tiene pelo malo, cansa y queda.

Otro tiempo traia yo delante muchas veces lo que dice San Pablo, que todo se puede en Dios: en mi bien entendia no podia nada. Esto me aprovechó mucho, y lo que dice San Agustin: Dame, Señor, lo que me mandas y manda lo que quisieres. Pensaba muchas veces que no habia perdido nada San Pedro en arrojarse en la mar, aunque despues temió. Estas primeras determinaciones son gran cosa, aunque en este primer estado es menester irse más deteniendo, y atados á la discrecion y parecer de maestro: mas han de mirar que sea tal, que no los enseñe á ser sapos, ni que se contente con que se muestre el alma á sólo

cazar lagartijas. Siempre la humildad delante, para entender que no han de venir estas fuerzas de las nuestras.

Mas es menester entendamos cómo ha de ser esta humildad; porque creo el demonio hace mucho daño, para no ir muy adelante gente que tiene oracion, con hacerlos entender mal de la humildad, haciendo que nos parezca soberbia tener grandes deseos, y querer imitar á los santos y desear ser mártires. Luégo nos dice, ó hace entender que las cosas de los santos son para admirar, mas no para hacerlas los que somos pecadores. Esto tambien lo digo yo, mas hemos de mirar cuál es de espantar y cuál de imitar, porque no sería bien, si una persona flaca y enferma se pusiese en muchos ayunos y penitencias ásperas, yéndose á un desierto, adonde ni pudiera dormir, ni tuviese que comer, ó cosas semejantes.

Mas pensar que nos podemos esforzar, con el favor de Dios, á tener un gran desprecio de mundo, un no estimar honra, un no estar atado á la hacienda: que tenemos unos corazones tan apretados, que parece nos ha de faltar la tierra, en queriéndonos descuidar un poco del cuerpo, y dar al espíritu.

Luégo parece ayuda á el recogimiento, tener muy bien lo que es menester, porque los cuidados inquietan á la oracion. De esto me pasa á mí, que tengamos tan poca confianza de Dios y tanto amor propio, que nos inquiete ese cuidado. Y es así, que

donde está tan poco medrado el espíritu como esto, unas naderías nos dan tan gran trabajo, como á otros cosas grandes y de mucho tomo; y en nuestro sexo presumimos de espirituales. Paréceme ahora á mí esta manera de caminar un querer concertar cuerpo y alma, para no perder acá el descanso y gozar allá de Dios; y así será ello si se anda en justicia, y vamos asidos á virtud: mas es paso de gallina, nunca con él se llegará á libertad de espíritu. Manera de proceder muy buena me parece para estado de casados, que han de ir conforme á su llamamiento; mas para otro estado, en ninguna manera deseo tal manera de aprovechar, ni me harán creer es buena, porque la he probado. Y siempre me estuviera así, si el Señor por su bondad no me enseñara otro atajo.

Aunque en esto de deseos siempre los tuve grandes, mas procuraba esto, que he dicho, tener oracion, mas vivir á mi placer. Creo, si hubiera quien me sacara á volar más, me hubiera puesto en que estos deseos fueran con obra; mas hay por nuestros pecados, tan pocos, tan contados, que no tengan discrecion demasiada en este caso, que creo es harta causa, para que los que comienzan no vayan más presto á gran perfeccion; porque el Señor nunca falta ni queda por él: nosotros somos los faltos y miserables.

Tambien se pueden imitar los santos en procurar soledad y silencio y otras muchas virtudes, que no nos matarán estos negros cuerpos, que tan concerta-

damente se quieren llevar, para desconcertar el alma; y el demonio ayuda mucho á hacerlos inhábiles. Cuando ve un poco de temor, no quiere él más para hacernos entender, que todo nos ha de matar y quitar la salud: hasta en tener lágrimas nos hace temer de cegar. He pasado por esto, y por eso lo sé; y no sé yo qué mejor vista ni salud podemos desear, que perderla por tal causa. Como soy tan enferma, hasta que me determiné en no hacer caso del cuerpo ni de la salud, siempre estuve atada sin valer nada; y ahora hago bien poco. Mas como quiso Dios entendiese este ardid del demonio, y como me ponia delante el perder la salud, decia yo—poco va en que me muera: sí! el descanso! no hé ya menester descanso, sino cruz! así otras cosas. Vi claro, que en muy muchas, aunque yo de hecho soy harto enferma, que era tentacion del demonio ó flojedad mia; que despues que no estoy tan mirada y regalada, tengo mucha más salud. Así que va mucho á los principios de comenzar oracion, á no amilanar los pensamientos; y créanme esto, porque lo tengo por experiencia. Y para que escarmienten en mí, áun podria aprovechar decir estas mis faltas.

Otra tentacion es luégo muy ordinaria, que es desear, que todos sean muy espirituales, como comienzan á gustar del sosiego y ganancia que es. El desearlo no es malo, el procurarlo podria ser no bueno, si no hay mucha discrecion y disimulacion en hacerse

de manera, que no parezca enseñan, porque quien hubiere de hacer algun provecho en este caso, es menester que tenga las virtudes muy fuertes para que no dé tentacion á los otros. Acaecióme á mí, y por eso lo entiendo, cuando (como he dicho) procuraba que otras tuviesen oracion, que como por una parte me veian hablar grandes cosas del gran bien que era tener oracion, y por otra parte me veian con gran pobreza de virtudes tenerla yo, traíalas tentadas y desatinadas; y con harta razon, que despues me lo han venido á decir; porque no sabian cómo se podia compadecer lo uno con lo otro: y era causa de no tener por malo lo que de suyo lo era, por ver que lo hacía yo algunas veces, cuando les parecia algo bien de mí. Y esto hace el demonio, que parece se ayuda de las virtudes, que tenemos buenas, para autorizar en lo que puede el mal que pretende, que por poco que sea, cuando es en una comunidad debe ganar mucho; cuanto más, que lo que yo hacía malo, era muy mucho, y así en muchos años solas tres se aprovecharon de lo que les decia; y despues que el Señor me habia dado más fuerzas en la virtud, se aprovecharon en dos ó tres años muchas, como despues diré. Y sin esto hay otro gran inconveniente, que es perder el alma; porque lo más que hemos de procurar al principio es sólo tener cuidado de sí sola, y hacer cuenta que no hay en la tierra sino Dios y ella; y esto es lo que le conviene mucho.

Da otra tentacion, y todas van con celo de virtud (que es menester entenderse y andar con cuidado) de pena de los pecados y faltas que ven en los otros. Pone el demonio, que es sola pena de querer que no ofendan á Dios, y pasarle por su honra, y luégo querian remediarlo: inquieta esto tanto, que impide la oracion; y el mayor daño es pensar, que es virtud y perfeccion y gran celo de Dios. Dejo las penas que dan pecados públicos, si los hubiese en costumbre, de una congregacion, ó daños de la iglesia, de estas herejías, adonde vemos perder tantas almas; que ésta es muy buena, y como lo es buena, no inquieta. Pues lo seguro será del alma que tuviere oracion, descuidarse de todo y de todos, y tener cuenta consigo, y contentar á Dios. Esto conviene muy mucho, porque si hubiese de decir los yerros que he visto suceder, fiando en la buena intencion, nunca acabaria. Pues procuremos siempre mirar las virtudes y cosas buenas, que viéremos en los otros, y atapar sus defectos con nuestros grandes pecados. Es una manera de obrar, que aunque luégo no se haga con perfeccion, se viene á ganar una gran virtud, que es, tener á todos por mejores que nosotros, y comiénzase á ganar por aquí con el favor de Dios (que es menester en todo, y cuando falta, excusadas son las diligencias), y suplicarle nos dé esta virtud, que con que las hagamos, no falta á nadie. Miren tambien este aviso los que discurren mucho con el

entendimiento, sacando muchas cosas de una cosa, y muchos conceptos, que, de los que no pueden obrar con él, como yo hacía, no hay que avisar, sino que tengan paciencia hasta que el Señor les dé en que se ocupen y luz, pues ellos puéden tan poco por sí, que ántes los embaraza su entendimiento que los ayuda.

Pues tornando á los que discurren, digo que no se les vaya el tiempo en esto; porque aunque es muy meritorio, no les parece, como es oracion sabrosa, que ha de haber dia de domingo, ni rato que no sea trabajar. Luégo les parece es perdido el tiempo, y tengo yo por muy ganada esta pérdida; sino que, como he dicho, se representen delante de Cristo, y, sin cansancio del entendimiento, se estén hablando y regalando con Él, sin cansarse en componer razones, sino presentar necesidades, y la razon que tiene para no nos sufrir allí. Lo uno un tiempo y lo otro otro, porque no se canse el alma de comer siempre un manjar. Estos son muy gustosos y provechosos; si el gusto se usa á comer de ellos: traian consigo gran sustentamiento para dar vida á el alma, y muchas ganancias.

Quiérome declarar más, porque estas cosas de oracion todas son dificultosas, y, si no se halla maestro, muy malas de entender; y esto hace, que aunque quisiera abreviar, y bastaba para el entendimiento bueno de quien me mandó escribir estas cosas de

oracion sólo tocarlas, mi torpeza no da lugar á decir y á dar á entender en pocas palabras, cosa que tanto importa declararla bien. Que como yo pasé tanto, hé lástima á los que comienzan con solos libros, que es cosa extraña cuán diferentemente se entiende de lo que despues de experimentado se ve. Pues tornando á lo que decia, ponémonos á pensar un paso de la Pasion (digamos el de cuando estaba el Señor á la columna), anda el entendimiento buscando las causas que allí dan á entender los dolores grandes y pena que su Majestad tenia en aquella soledad y otras muchas cosas, que si el entendimiento es obrador, podrá sacar de aquí; ó que si es letrado, es el modo de oracion en que han de comenzar y de mediar y acabar todos, y muy excelente y seguro camino, hasta que el Señor los lleve á otras cosas sobrenaturales. Digo todos, porque hay muchas almas que aprovechan más en otras meditaciones que en la de la sagrada Pasion. Que así como hay muchas moradas en el cielo, hay muchos caminos. Algunas personas aprovechan considerándose en el infierno, y otras en el cielo, y se afligen en pensar en el infierno; otras en la muerte: algunas, si son tiernas de corazon, se fatigan mucho de pensar siempre en la Pasion, y se regalan y aprovechan en mirar el poder y grandeza de Dios en las criaturas, y el amor que nos tuvo, que en todas las cosas se representa; y es admirable manera de proceder, no dejando muchas veces la Pasion y

vida de Cristo, que es de donde nos ha venido y viene todo el bien.

Há menester aviso el que comienza para mirar en lo que aprovecha más. Para esto es muy necesario el maestro, si es experimentado; que sino, mucho puede errar, y traer un alma sin entenderla ni dejarla á sí misma entender; porque como sabe que es gran mérito estar sujeta á maestro, no osa salir de lo que se le manda. Yo he topado almas acorraladas y afligidas, por no tener experiencia quien las enseñaba, que me hacian lástima, y alguna que no sabía ya qué hacer de sí; porque no entendiendo el espíritu, afligen alma y cuerpo, y estorban el aprovechamiento. Una trató conmigo, que la tenía el maestro atada ocho años habia, á que no la dejaba salir de propio conocimiento, y teníala ya el Señor en oracion de quietud, y así pasaba mucho trabajo. Y aunque esto del conocimiento propio jamás se ha de dejar, ni hay alma en este camino tan gigante, que no haya menester muchas veces tornar á ser niño y á mamar (y esto jamás se olvide, que quizá lo diré más veces, porque importa mucho), porque no hay estado de oracion tan subido, que muchas veces no sea necesario tornar al principio. Y esto de los pecados y conocimiento propio es el pan con que todos los manjares se han de comer, por delicados que sean en este camino de oracion, y sin este pan no se podrian sustentar; mas háse de comer con tasa, que despues que un alma se

ve ya rendida y entiende claro no tiene cosa buena de sí, y se ve avergonzada delante de tan gran Rey, y ve lo poco que le paga para lo mucho que le debe, ¿qué necesidad hay de gastar el tiempo aquí? sino irnos á otras cosas, que el Señor pone delante, y no es razon las dejemos; que su Majestad sabe mejor que nosotros de lo que nos conviene comer.

Así que importa mucho ser el maestro avisado, digo de buen entendimiento, y que tenga experiencia: si con esto tiene letras, es de grandísimo negocio. Mas si no se puede hallar estas tres cosas juntas, las dos primeras importan más, porque los letrados pueden procurar para comunicarse con ellos cuando tuvieren necesidad. Digo que á los principios, si no tienen oracion, aprovechan poco letras. No digo que no traten con letrados, porque espíritu que no vaya comenzado en verdad, yo más le querria sin oracion: y es gran cosa letras, porque éstas nos enseñan á los que poco sabemos y nos dan luz; y llegados á verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos: de devociones á bobas nos libre Dios. Quiérome declarar más, que creo me meto en muchas cosas. Siempre tuve esta falta de no me saber dar á entender, como he dicho, sino á costa de muchas palabras. Comienza una monja á tener oracion, si un simple la gobierna, y se le antoja, harále entender que es mejor que le obedezca á él, que no á su superior, y sin malicia suya, sino pensando, acierta. Porque si no

es de religion, parecerle há, es así; y si es mujer casada, dirála, que es mejor cuando há de entender en su casa, estarse en oracion, aunque descontente á su marido: así que no sabe ordenar el tiempo ni las cosas para que vayan conforme á verdad; por faltarle á él la luz, no la da á los otros aunque quiera. Y aunque para esto no son menester letras, mi opinion ha sido siempre, y será, que cualquier cristiano procure tratar con quien las tenga buenas, si se puede, y miéntras más mejor; y los que van por camino de oracion, tienen de esto mayor necesidad, y miéntras más espirituales, más. Y no se engañen con decir que letrados sin oracion no son para quien la tiene: yo he tratado hartos, porque de unos años acá lo he más procurado con la mayor necesidad, y siempre fuí amiga de ellos, que aunque algunos no tienen experiencia, no aborrecen el espíritu ni le ignoran; porque en la Sagrada Escritura que tratan, siempre hallan la verdad del buen espíritu. Tengo para mí que persona de oracion, que trate con letrados, si ella no se quiere engañar, no la engañará el demonio con ilusiones, porque creo temen en gran manera las letras humildes y virtuosas, y saben serán descubiertos y saldrán con pérdida.

He dicho esto, porque hay opiniones de que no son letrados para gente de oracion, si no tienen espíritu. Ya dije es menester espiritual maestro; mas si éste no es letrado, gran inconveniente es. Y será mucha

ayuda tratar con ellos, como sean virtuosos; aunque no tengan espíritu, me aprovechará y Dios le dará á entender lo que ha de enseñar, y áun le hará espiritual, para que nos aproveche: y esto no lo digo sin haberlo probado, y acaecídome á mí con más de dos. Digo, que para rendirse un alma del todo á estar sujeta á sólo un maestro, que yerra mucho, en no procurar que sea tal, si es religioso, pues ha de estar sujeto á su prelado, que por ventura le faltarán todas tres cosas, que no será pequeña cruz, sin que él de su voluntad sujete su entendimiento, á quien no le tenga bueno: al ménos esto no lo he yo podido acabar conmigo ni me parece conviene. Pues si es seglar alabe á Dios, que puede escoger á quien ha de estar sujeto, y no pierda esta tan virtuosa libertad; ántes esté sin ninguno hasta hallarle: que el Señor se le dará, como vaya fundado todo en humildad y con deseo de acertar. Yo le alabo mucho, y las mujeres y los que no saben letras, le habíamos siempre de dar infinitas gracias; porque haya quien con tantos trabajos hayan alcanzado la verdad, que los ignorantes ignoramos. Espántame muchas veces letrados (religiosos en especial) con el trabajo que han ganado lo que sin ninguno, mas de preguntarlo, me aprovecha á mí. ¡Y que haya personas que no quieran aprovecharse de esto! No plega á Dios. Véolos sujetos á los trabajos de la religion, que son grandes con penitencias y mal comer, sujetos á la obediencia (que algunas veces me

es gran confusion, cierto); con esto mal dormir, todo trabajo, todo cruz: paréceme sería gran mal, que tanto bien ninguno por su culpa lo pierda. Y podrá ser que pensemos algunos que estamos libres de estos trabajos, y nos lo dan guisado (como dicen) y viviendo á nuestro placer; que por tener un poco más de oracion nos hemos de aventajar á tantos trabajos. Bendito seais vos, Señor, que tan inhábil y sin provecho me hicistes; mas aláboos muy mucho, porque despertais á tantos que nos despierten. Habia de ser muy continua nuestra oracion, por éstos que nos dan luz. ¿Qué seríamos sin ellos, entre tan grandes tempestades como ahora tiene la iglesia? Y si algunos ha habido ruines, más resplandecerán los buenos. Plega al Señór los tenga de su mano y los ayude, para que nos ayuden, amen.

Mucho he salido de propósito de lo que comencé á decir; mas todo es propósito para los que comienzan, que comiencen camino tan alto, de manera que vayan puestos en verdadero camino. Pues tornando á lo que decia, de pensar á Cristo á la columna, es bueno discurrir un rato, y pensar las penas que allí tuvo, y por qué las tuvo, y quién es el que las tuvo, y el amor con que las pasó; mas no se canse siempre en andar á buscar esto, sino que se esté allí con él, acallado el entendimiento. Si pudiere, ocuparle en que mire que le mira, y le acompañe, y pida; humíllese y regálese con él, y acuérdese que no merecia

estar allí. Cuando pudiere hacer esto, aunque sea al principio de comenzar la oracion, hallará grande provecho, y hace muchos provechos esta manera de oracion: al ménos hallóle mi alma. No sé si acierto á decirlo. Vuesa merced lo verá: plega al Señor acierte á contentarle siempre. Amen.

CAPÍTULO XIV.

Comienza á declarar el segundo grado de oracion, que es ya dar el Señor á el alma á sentir gustos más particulares: decláralo para dar á entender cómo son ya sobrenaturales. Es harto de notar.

Pues ya queda dicho con el trabajo que se riega este verjel, y cuán á fuerza de brazos, sacando el agua del pozo; digamos ahora el segundo modo de sacar el agua, que el Señor del huerto ordenó, para que con artificio de con un torno y arcaduces sacase el hortelano más agua, y á ménos trabajo, y pudiese descansar sin estar continuo trabajando. Pues este modo aplicado á la oracion, que llaman de quietud, es lo que yo ahora quiero tratar. Aquí se comienza á recoger el alma, toca ya aquí cosa sobrenatural, porque en ninguna manera ella puede ganar aquello, por diligencias que haga. Verdad es que parece que algun tiempo se ha cansado en andar el torno, y trabajar con el entendimiento, y henchídose los arcaduces; mas aquí está el agua más alta, y así se trabaja muy

ménos que en sacarla del pozo: digo que está más cerca el agua, porque la gracia dase más claramente á conocer á el alma. Esto es un recogerse las potencias dentro de sí para gozar de aquel contento con más gusto, mas no se pierden ni se duermen; sola la voluntad se ocupa de manera, que sin saber cómo se cautiva, sólo da consentimiento para que la encarcele Dios, como quien bien sabe ser cautivo de quien ama. ¡Oh Jesus y Señor mio, que nos vale aquí vuestro amor! porque éste tiene el nuestro tan atado, que no deja libertad para amar en aquel punto á otra cosa sino á Vos.

Las otras dos potencias ayudan á la voluntad para qué vaya haciéndose hábil para gozar de tanto bien; puesto que algunas veces, áun estando unida la voluntad, acaece desayudar harto; mas entónces no haga caso de ellas, sino estése en su gozo y quietud. Porque si las quiere recoger, ella y ellas se perderán, que son entónces como unas palomas, que no se contentan con el cebo que les da el dueño del palomar, sin trabajarlo ellas, y van á buscar de comer por otras partes, y hállanlo tan mal que se tornan; y así van y vienen, á ver si les da la voluntad de lo que goza. Si el Señor quiere echarles cebo, detiénense, y si no, tórnanle á buscar; y deben pensar, que hacen á la voluntad provecho, y á las veces en querer la memoria ó imaginación representarla lo que goza, la daña. Pues tenga aviso de haberse con ellas, como diré.

Pues todo esto que pasa aquí, es con grandísimo consuelo, y con tan poco trabajo, que no cansa la oracion aunque dure mucho rato; porque el entendimiento obra aquí muy paso á paso, y saca muy mucha más agua, que no sacaba del pozo: las lágrimas que Dios aquí da, ya van con gozo; aunque se sienten, no se procuran.

Este agua de grandes bienes y mercedes que el Señor da aquí, hace crecer las virtudes muy más sin comparacion que en la oracion pasada; porque se va ya esta alma subiendo de su miseria, y dásele ya un poco de noticia de los gustos de la gloria. Esto creo las hace más crecer, y tambien llegar más cerca de la verdadera virtud; de donde todas las virtudes vienen, que es Dios; porque comienza su Majestad á comunicarse á esta alma, y quiere que sienta ella cómo se le comunica. Comiénzase luégo en llegando aquí á perder la codicia de lo de acá, y pocas gracias, porque ve claro que un momento de aquel gusto no se puede haber acá, ni hay riquezas, ni señoríos, ni honras, ni deleites, que basten á dar un cierra ojo y abre deste contentamiento, porque es verdadero, y contento que se ve que nos contenta; porque los de acá, por maravilla me parece entendemos adonde está este contento, porque nunca falta un sí, no: aquí todo es sí en aquel tiempo; el no viene despues, por ver que se acabó, y que no los puede tornar á cobrar, ni sabe cómo; porque si se hace pedazos á pe-

nitencias y oracion, y todas las demas cosas, si el Señor no lo quiere dar, aprovecha poco. Quiere Dios por su grandeza que entienda esta alma, que está su Majestad tan cerca de ella, que ya no há menester enviarle mensajeros, sino hablar ella misma con El, y no á voces, porque está ya tan cerca, que en meneando los labios la entiende.

Parece impertinente decir esto, pues sabemos que siempre nos entiende Dios, y está con nosotros. En esto no hay que dudar que es así; mas quiere este Emperador y Señor nuestro que entendamos aquí que nos entiende, y lo que hace su presencia, y que quiere particularmente comenzar á obrar en el alma en la gran satisfaccion interior y exterior que le da, y en la diferencia, que, como he dicho, hay de este deleite, y contento á los de acá, que parece hinche el vacío que por nuestros pecados teníamos hecho en el alma. Es en lo muy íntimo de ella esta satisfaccion, y no sabe por dónde ni cómo le vino, ni muchas veces sabe qué hacer ni qué pedir. Todo parece lo halla junto, y no sabe lo que ha hallado, ni áun yo sé cómo darlo á entender; porque para hartas cosas eran menester letras; porque aquí viniera bien dar á entender qué es auxilio general ó particular, que hay muchos que lo ignoran: y como este particular, quiere el Señor aquí que casi le vea el alma por vista de ojos, como dicen, y tambien para muchas cosas, que irán erradas: más como lo han de ver personas que

entiendan si hay yerro, voy descuidada; porque así de letras como de espíritu sé que lo puedo estar, yendo á poder de quien va, que entenderán y quitarán lo que fuere mal. Pues querria dar á entender esto; porque son principios, y cuando el Señor comienza á hacer estas mercedes, la misma alma no las entiende, ni sabe qué hacer de sí. Porque si la lleva Dios por camino de temor, como hizo á mí, es gran trabajo, si no hay quien le entiende, y ésla gran gusto verse pintada, y entónces ve claro va por allí. Y es gran bien saber lo que ha de hacer, para ir aprovechando en cualquier estado de estos; porque hé yo pasado mucho, y perdido harto tiempo por no saber qué hacer; y hé gran lástima á almas que se ven solas cuando llegan aquí: porque, aunque he leido muchos libros espirituales, aunque tocan en lo que hace al caso, decláranse muy poco, y si no es alma muy ejercitada, áun declarándose mucho, tendria harto que hacer en entenderse.

Querria mucho el Señor me favoreciese para poner los efectos que obran en el alma estas cosas, que ya comienzan á ser sobrenaturales, para que se entienda por los efectos cuando es espíritu de Dios. Digo se entienda conforme á lo que acá se pueda entender, aunque siempre es bien andemos con temor y recato; que aunque sea de Dios, alguna vez podrá trasfigurarse el demonio en ángel de luz, y si no es alma muy ejercitada, no lo entenderá; y tan ejerci-

tada, que para entender esto es menester llegar muy en la cumbre de la oracion. Ayúdame poco el poco tiempo que tengo, y así há menester su Majestad hacerlo, porque he de andar con la comunidad, y con otras hartas ocupaciones, como estoy en casa que ahora se comienza, como despues se verá, y así es muy sin tener asiento lo que escribo, sino á pocos á pocos, y esto quisiérale, porque cuando el Señor da espíritu, pónese con facilidad y mejor. Parece como quien tiene un dechado delante, que está sacando aquella labor; mas si el espíritu falta, no hay más concertar este lenguaje, que si fuese algarabía, á manera de decir, aunque hayan muchos años pasado en oracion. Y así me parece es grandísima ventaja, cuando lo escribo estar en ella, porque veo claro no soy yo quien lo dice, que ni lo ordeno con el entendimiento, ni sé despues cómo lo acerté á decir: esto me acaece muchas veces.

Ahora tornemos á nuestra huerta ó verjel, y veamos cómo comienzan estos árboles á empreñarse (1) para florecer, y dar despues fruto, y las flores y los claveles lo mismo para dar olor.

(1) Quiere decir *impregnarse*, como decimos ahora, latinizando la palabra para hacerla más culta, pues tal cual se usaba en tiempo de Santa Teresa se reputa hoy en dia por grosera. Con todo, Fray Luis de Leon la dejó en la edicion de Foquel tal cual está en el original, y los demas editores hicieron lo mismo.

Regálame esta comparacion, porque muchas veces en mis principios (y plega al Señor haya yo ahora comenzado á servir á su Majestad digo, principio de lo que diré de aquí adelante de mi vida), me era gran deleite considerar ser mi alma un huerto, y al Señor que se paseaba en él. Suplicábale aumentase el olor de las florecitas de virtudes que comenzaban, á lo que parecia, á querer salir, y que fuese para su gloria, y las sustentase, pues yo no queria nada para mí, y cortase las que quisiese, que ya sabía habian de salir mejores. Digo cortar, porque vienen tiempos en el alma, que no hay memoria de este huerto; todo parece está seco y que no ha de haber agua para sustentarle, ni parece hubo jamás en el alma cosa de virtud. Pásase mucho trabajo, porque quiere el Señor que le parezca á el pobre hortelano, que todo el que ha tenido en sustentarle y regalarle va perdido. Entónces es el verdadero escardar, y quitar de raíz las yerbecillas, aunque sean pequeñas, que han quedado malas, con conocer no hay diligencia que baste, si el agua de la gracia nos quita Dios, y tener en poco nuestro nada, y áun ménos que nada. Gánase aquí mucha humildad, tornan de nuevo á crecer las flores.

Oh señor mio y bien mio! ¡Que no puedo decir esto sin lágrimas, y gran regalo de mi alma, que querais vos, Señor, estar así con nosotros, y estais en el Sacramento que con tanta verdad se puede creer,

pues lo es, y con gran verdad podemos hacer esta comparacion; y si no es por nuestra culpa, nos podemos gozar con vos, que vos os holgais con nosotros, pues decís ser vuestros deleites estar con los hijos de los hombres! Oh Señor mio! Qué es esto? Siempre que oigo esta palabra, me es gran consuelo, áun cuando era muy perdida. ¿Es posible, Señor, que haya alma que llegue á que vos le hagais mercedes semejantes y regalos, y á entender que vos os holgais con ella, que os torne á ofender despues de tantos favores, y tan grandes muestras del amor que le teneis, que no se puede dudar, pues se ve claro la obra? Sí hay por cierto, y no una vez, sino muchas, que soy yo: y plega á vuestra bondad, Señor, que sea yo sola la ingrata, y la que haya hecho tan gran maldad, y tenido tan excesiva ingratitud: porque áun ya de ella algun bien ha sacado vuestra infinita bondad; y miéntras mayor mal, mas resplandece el gran bien de vuestras misericordias. ¿Y con cuánta razon las puedo yo para siempre cantar? Suplícoos yo, Dios mio, sea así, y las cante yo sin fin, ya que habeis tenido por bien de hacerlas tan grandísimas conmigo, que espantan á los que las ven, y á mí me sacan de mí muchas veces, para poder mejor alabaros á vos, que estando en mí sin vos, no podria, Señor mio, nada, sino tornar á ser cortadas estas flores de este huerto, de suerte que esta miserable tierra tornase á servir de muladar, como ántes. No lo permitais, Señor, ni querais se pier-

da alma que con tantos trabajos comprastes, tantas veces de nuevo la habeis tornado á rescatar, y quitar de los dientes del espantoso dragon. Vuesa merced me perdone, que salgo de propósito, y como hablo á mi propósito, no se espante, que es como toma á el alma lo que se escribe, que á las veces hace harto de dejar de ir adelante en alabanzas de Dios, como se le representa, escribiendo lo mucho que le debe. Y creo no le hará á vuesa merced mal gusto, porque entramos, me parece, podemos cantar una cosa, aunque en diferente manera; porque es mucho más lo que yo debo á Dios, porque me ha perdonado más, como vuesa merced sabe.

CAPÍTULO XV.

Prosigue en la misma materia, y da algunos avisos de cómo se han de haber en esta oracion de quietud. Trata de cómo hay muchas almas que llegan á tener esta oracion, y pocas que pasen adelante. Son muy necesarias y provechosas las cosas que aquí se tocan.

Ahora tornemos al propósito. Esta quietud y recogimiento de el alma, es cosa que se siente mucho en la satisfaccion y paz que en ella se pone, con grandísimo contento y sosiego de las potencias, y muy suave deleite. Parécele, como no ha llegado á más, que no le queda que desear, y que de buena gana diria con San Pedro, que fuese allí su morada. No osa bullirse ni menearse, que de entre las manos le parece se le ha de ir aquel bien; ni resolgar algunas veces no querria. No entiende la pobrecita, que pues ella por sí no pudo nada para traer á sí aquel bien, que ménos podrá detenerle más de lo que el Señor quisiere. Ya he dicho, que en este primer recogimiento y quietud, no faltan las potencias del alma; mas está tan satisfecha con Dios, que miéntras aquello

dura, aunque las dos potencias se desbaraten, como la voluntad está unida con Dios, no se pierde la quietud y el sosiego, ántes ella poco á poco torna á recoger el entendimiento y memoria; porque aunque ella áun no está de todo punto engolfada, está tan bien ocupada sin saber cómo, que por mucha diligencia que ellas pongan, no la pueden quitar su contento y gozo; ántes muy sin trabajo se va ayudando, para que esta centellica de amor de Dios no se apague.

Plega á su Majestad me dé gracia, para que yo dé esto á entender bien, porque hay muchas almas que llegan á este estado, y pocas las que pasan adelante, y no sé quien tiene la culpa: á buen seguro que no falta Dios, que ya que su Majestad hace merced, que llegue á este punto, no creo cesaria de hacer muchas más, si no fuese por nuestra culpa. Y va mucho en que el alma que llega aquí, conozca la dignidad grande en que está, y la gran merced que le ha hecho el Señor, y cómo de buena razon no habia de ser de la tierra; porque ya parece la hace su bondad vecina del cielo, si no queda por su culpa. Y desventurada será si torna atras: yo pienso será para ir hácia abajo, como yo iba, si la misericordia del Señor no me tornara; porque por la mayor parte será por graves culpas á mi parecer, ni es posible dejar tan gran bien sin gran ceguedad de mucho mal. Y así ruego yo por amor del Señor á las almas, á quien su Majestad ha hecho tan gran merced, de que lleguen

á este estado, que se conozcan y tengan en mucho, con una humilde y santa presuncion, para no tornar á las ollas de Egipto. Y si por su flaqueza y maldad y ruin y miserable natural cayeren, como yo hice, siempre tengan delante el bien que perdieron, y tengan sospecha, y anden con temor (que tienen razon de tenerle) que si no tornan á la oracion, han de ir de mal en peor. Que ésta llamo yo verdadera caida, la que aborrece el camino por donde ganó tanto bien; y con estas almas hablo, que no digo que no han de ofender á Dios, y caer en pecados, aunque sería razon se guardase mucho de ellos, quien ha comenzado á recibir estas mercedes: mas somos miserables. Lo que aviso mucho es, que no deje la oracion, que allí entenderá lo que hace, y ganará arrepentimiento del Señor, y fortaleza para levantarse, y crea, crea, que si de ésta se aparta, que lleva á mi parecer peligro. No sé si entiendo lo que digo, porque, como he dicho, juzgo por mí.

Es pues esta oracion una centellica, que comienza el Señor á encender en el alma del verdadero amor suyo, y quiere que el alma vaya entendiendo, qué cosa es este amor con regalo. Esta quietud y recogimiento y centellica, si es espíritu de Dios, y no gusto dado del demonio, ó procurado por nosotros: aunque á quien tiene experiencia, es imposible no entender luégo, que no es cosa que se puede adquirir, sino que este natural nuestro es tan ganoso de cosas

sabrosas, que todo lo prueba, mas quédase muy en frio bien en breve, porque por mucho que quiera comenzar á hacer arder el fuego, para alcanzar este gusto, no parece sino que le echa agua para matarle. Pues esta centellica puesta por Dios, por pequeñita que es, hace mucho ruido, y si no la matan por su culpa, ésta es la que comienza á encender el gran fuego, que echa llamas de sí (como diré en su lugar) del grandísimo amor de Dios, que hace su Majestad tengan las almas perfectas. Es esta centella una señal, ó prenda que da Dios á esta alma, de que la escoge ya para grandes cosas, si ella se apareja para recibirlas: es gran dón, mucho más de lo que yo podré decir. Esme gran lástima, porque como digo, conozco muchas almas que llegan aquí, y que pasen de aquí como han de pasar, son tan pocas, que se me hace vergüenza decirlo. No digo yo que hay pocas, que muchas debe de haber, que por algo nos sustenta Dios; digo lo que he visto. Querríalas mucho avisar, que miren no escondan el talento, pues que parece las quiere Dios escoger para provecho de otras muchas, en especial en estos tiempos, que son menester amigos fuertes de Dios, para sustentar los flacos; y los que esta merced conocieren en sí, ténganse por tales, si saben responder con las leyes, que áun la buena amistad del mundo pide; y si no, como he dicho, teman, y hayan miedo no se hagan á sí mal, y plega á Dios sea á sí solos.

Lo que ha de hacer el alma en los tiempos de esta quietud, no es más de con suavidad y sin ruido: llamo ruido andar con el entendimiento buscando muchas palabras y consideraciones, para dar gracias de este beneficio, y amontonar pecados suyos y faltas, para ver que no lo merece. Todo esto se mueve aquí, y representa el entendimiento, y bulle la memoria, que cierto estas potencias á mí me cansan á ratos, que con tener poca memoria, no la puedo sojuzgar. La voluntad con sosiego y cordura, entienda que no se negocia bien con Dios á fuerza de brazos; y que éstos son unos leños grandes puestos sin discrecion para ahogar esta centella, y conózcalo y con humildad diga: Señor, qué puedo yo aquí? ¿Qué tiene que ver la sierva con el Señor, y la tierra con el cielo? Ó palabras que se ofrecen aquí de amor, fundada mucho en conocer, que es verdad lo que dice; y no haga caso del entendimiento, que es un moledor. Y si ella le quiere dar parte de lo que goza ó trabaja por recogerle (que muchas veces se verá en esta union de la voluntad y sosiego, y el entendimiento muy desbaratado) no acierta: más vale que le deje, que no que vaya ella tras él (digo la voluntad), sino estése ella gozando de aquella merced y recogida como sábia abeja, porque si ninguna entrase en la colmena, sino que por traerse unas á otras se fuesen todas, mal se podria labrar la miel. Así que perderá mucho el alma, si no tiene aviso en esto; en especial si es el

entendimiento agudo, que cuando comienza á ordenar pláticas y buscar razones en tantico, si son bien dichas, pensará hace algo.

La razon que aquí ha de haber, es entender claro, que no hay ninguna, para que Dios nos haga tan gran merced, sino sólo su bondad; y ver que estamos tan cerca, y pedir á su Majestad mercedes, y rogarle por la Iglesia, y por los que se nos han encomendado, y por las ánimas del purgatorio, no con ruido de palabras, sino con sentimiento de desear que nos oiga. Es oracion que comprende mucho, y se alcanza más que por mucho relatar el entendimiento. Despierte en sí la voluntad algunas razones, que de la misma razon se representarán, de verse tan mejorada para avivar este amor, y haga algunos actos amorosos, de que hará por quien tanto debe, sin (como he dicho) admitir ruido del entendimiento, á que busque grandes cosas. Más hacen aquí al caso unas pajitas puestas con humildad (y ménos serán que pajas, si las ponemos nosotros) y más le ayudan á encender, que no mucha leña junta de razones muy doctas, á nuestro parecer, que en un credo la ahogaran. Esto es bueno para los letrados, que me lo mandan escribir, porque por la bondad de Dios todos llegan aquí, y podrá ser se les vaya el tiempo en aplicar escrituras; y aunque no les dejarán de aprovechar mucho las letras, ántes y despues, aquí en estos ratos de oracion, poca necesidad hay de ellas, á mi parecer,

si no es para entibiar la voluntad; porque el entendimiento está entónces de verse cerca de la luz, con grandísima claridad, que áun yo con ser la que soy, parezco otra. Y es así, que me ha acaecido estando en esta quietud, con no entender casi cosa que rece en latin, en especial del Salterio, no sólo entender el verso en romance, sino pasar adelante en regalarme de ver lo que el romance quiere decir. Dejemos, si hubiesen de predicar ó enseñar, que entónces bien es de ayudarse de aquel bien, para ayudar á los pobres de poco saber, como yo, que es gran cosa la caridad, y este aprovechar almas siempre, yendo desnudamente por Dios.

Así que en estos tiempos de quietud, dejar descansar el alma con su descanso: quédense las letras á un cabo, tiempo vendrá que aprovechen al Señor, y las tengan en tanto, que por ningun tesoro quisieran haberlas dejado de saber, sólo para servir á su Majestad, porque ayudan mucho; mas delante de la sabiduría infinita, créanme que vale más un poco de estudio de humildad, y un acto de ella, que toda la ciencia del mundo. Aquí no hay que argüir, sino que conocer lo que somos con llaneza, y con simpleza representarnos delante de Dios, que quiere se haga el alma boba (como á la verdad lo es delante de su presencia), pues su Majestad se humilla tanto, que la sufre cabe sí, siendo nosotros lo que somos. Tambien se mueve el entendimiento á dar gracias muy com-

puestas, mas la voluntad con sosiego, con un no osar alzar los ojos con el publicano, hace más hacimiento de gracias, que cuanto el entendimiento con trastornar la retórica por ventura puede hacer. En fin, aquí no se ha de dejar del todo la oracion mental, ni algunas palabras áun vocales, si quisieren alguna vez, ó pudieren; porque si la quietud es grande, puédese mal hablar, sino es con mucha pena. Siéntese á mi parecer, cuando es espíritu de Dios, ó procurado de nosotros, con comienzo de devocion, que da Dios, y queremos, como he dicho, pasar nosotros á esta quietud de la voluntad: entónces no hace efecto ninguno, acábase presto, deja sequedad. Si es del demonio, alma ejercitada paréceme lo entenderá; porque deja inquietud y poca humildad, y poco aparejo para los efectos que hace él de Dios; no deja luz en el entendimiento ni firmeza en la verdad.

Puede hacer aquí poco daño ó ninguno, si el alma endereza su deleite y suavidad, que allí siente, á Dios, y pone en él sus pensamientos y deseos, como queda avisado: no puede ganar nada el demonio, ántes permitirá Dios, que con el mismo deleite que causa en el alma, pierda mucho; porque éste ayudará á que el alma, como piensa que es Dios, venga muchas veces á la oracion con codicia de él; y si es alma humilde y no curiosa, ni interesal de deleites (aunque sean espirituales), sino amiga de cruz, hará poco caso del gusto que da el demonio, lo que no

podrá así hacer, si es espíritu de Dios, sino tenerlo en muy mucho. Mas cosa que pone el demonio, como él es todo mentira, con ver que el alma con el gusto y deleite se humilla (que en esto ha de tener mucho cuidado, en todas las cosas de oracion y gustos procurar salir humilde) no tornará muchas veces el demonio, viendo su pérdida. Por esto y por otras cosas, avisé yo en el primer modo de oracion, en la primer agua, que es gran negocio comenzar las almas oracion, comenzándose á desasir de todo género de contentos, y entrar determinadas á sólo ayudar á llevar la cruz á Cristo, como buenos caballeros, que sin sueldo quieren servir á su rey, pues le tienen bien seguro. Los ojos en el verdadero y perpetuo reino que pretendemos ganar.

Es muy gran cosa traer esto siempre delante, en especial en los principios; que despues tanto se ve claro, que ántes es menester olvidarlo para vivir, que procurarlo traer á la memoria lo poco que dura todo, y como no es todo nada, y en lo no nada que se ha de estimar el descanso: parece que esto es cosa muy baja, y así es verdad, que los que están adelante en más perfeccion, tenian por afrenta, y entre sí se correrian, si pensasen, que porque se han de acabar los bienes de este mundo los dejan, sino que aunque durasen para siempre, se alegran de dejarlos por Dios; y miéntras más perfectos fueren, más; y miéntras más duraren, más. Aquí en estos está ya cre-

cido el amor, y él es el que obra; más á los que comienzan, ésles cosa importantísima, y no lo tengan por bajo, que es gran bien el que se gana, y por eso lo aviso tanto, que les será menester, áun á los muy encumbrados en oracion, algunos tiempos que los quiere Dios probar, y parece que su Majestad los deja. Que como ya he dicho, y no querria esto se olvidase, en esta vida que vivimos, no crece el alma como el cuerpo, aunque decimos que sí, y de verdad crece; mas un niño despues, que crece, y echa gran cuerpo, y ya le tiene de hombre, no torna á descrecer, y á tener pequeño cuerpo; acá quiere el Señor que sí, á lo que yo he visto por mí, que no lo sé por más: debe ser por humillarnos para nuestro gran bien, y para que no nos descuidemos miéntras estuviéremos en este destierro; pues el que más alto estuviere, más se ha de temer y fiar ménos de sí. Vienen veces, que es menester para librarse de ofender á Dios, éstos que ya están tan puesta su voluntad en la suya, que por no hacer una imperfeccion se dejarian atormentar, y pasarian mil muertes, que para no hacer pecados, segun se ven combatidos de tentaciones y persecuciones, se hán menester aprovechar de las primeras armas de la oracion, y tornar á pensar, que todo se acaba, y que hay cielo é infierno, y otras cosas desta suerte. Pues tornando á lo que decia, gran fundamento es para librarse de los ardides y gustos que da el demonio, el comenzar con deter-

minacion de llevar camino de cruz desde el principio, y no los desear, pues el mismo Señor mostró este camino de perfeccion, diciendo: Toma tu cruz y sígueme. El es nuestro dechado, no hay que temer, quien por sólo contentarle siguiere sus consejos. En el aprovechamiento que vieren en sí, entenderán que no es demonio; que aunque tornen á caer, queda una señal de que estuvo allí el Señor, que es levantarse presto, y éstas que ahora diré.

Cuando es el espíritu de Dios, no es menester andar rastreando cosas para sacar humildad y confusión; porque el mismo Señor la da de manera bien diferente de aquél, nosotros podemos ganar con nuestras consideracioncillas, que no son nada en comparacion de una verdadera humildad con luz, que enseña aquí el Señor, que hace una confusion que hace deshacer. Esto es cosa muy conocida, el conocimiento que da Dios, para que conozcamos, que ningun bien tenemos de nosotros; y miéntras mayores mercedes, más. Pone un gran deseo de ir adelante en la oracion, y no la dejar por ninguna cosa de trabajo que le pudiese suceder: á todo se ofrece. Una seguridad con humildad y temor de que ha de salvarse echa luégo el temor servil del alma y pónele el fiel temor muy más crecido. Ve que se le comienza un amor con Dios muy sin interes suyo, y desea ratos de soledad para gozar más de aquel bien. En fin, por no me cansar, es un principio de todos los bie-

nes, un estar ya las flores en término, que no les falta casi nada para brotar, y esto verá muy claro el alma; y en ninguna manera por entónces se podrá determinar á que no estuvo Dios con ella, hasta que se torna á ver con quiebras é imperfecciones, que entónces todo lo teme, y es bien que tema; aunque almas hay que les aprovecha más creer cierto, que es Dios, que todos los temores que le puedan poner: porque si de suyo es amorosa y agradecida, más la hace tornar á Dios la memoria de la merced que le hizo, que todos los castigos del infierno que le representan; al ménos á la mia, annque tan ruin, esto le acaecia.

Porque las señales del buen espíritu se irán diciendo más, como á quien le cuestan muchos trabajos sacarlas en limpio, no las digo ahora aquí; y creo con el favor de Dios, en esto atinaré algo: porque (dejada la experiencia, en que he mucho entendido) sólo de algunos letrados muy letrados, y personas muy santas, á quien es razon se dé crédito: y no anden las almas tan fatigadas, cuando llegaren aquí por la bondad del Señor, como yo he andado.

CAPÍTULO XVI.

Trata del tercer grado de oracion, y va declarando cosas muy subidas, y lo que puede el alma que llega aquí, y los efectos que hacen esas mercedes tan grandes del Señor. Es muy para levantarse el espíritu en alabanzas de Dios, y para gran consuelo de quien llegare aquí.

Vengamos ahora á hablar de la tercera agua con que se riega esta huerta, que es agua corriente de rio ó de fuente, que se riega muy á ménos trabajo, aunque alguno da el encaminar el agua. Quiere el Señor aquí ayudar á el hortelano de manera, que casi él es el hortelano, y el que lo hace todo. Es un sueño de las potencias, que ni del todo se pierden, ni entienden como obran. El gusto y suavidad y deleite es más sin comparacion que lo pasado; es que da el agua de la gracia á la garganta á esta alma, que no pueda ya ir adelante, ni sabe cómo, ni tornar atras: querria gozar de grandísima gloria. Es como uno que está con la candela en la mano, que le falta poco

para morir muerte que la desea. Está gozando en aquel agonía con el mayor deleite que se puede decir: no me parece que es otra cosa, sino un morir casi del todo á todas las cosas del mundo, y estar gozando de Dios. Yo no sé otros términos como lo decir, ni como lo declarar, ni entónces sabe el alma que hacer; porque ni sabe si hable, ni si calle, ni si ria, ni si llore. Es un glorioso desatino, una celestial locura, adonde se desprende la verdadera sabiduría, y es deleitosísima manera de gozar el alma. Y es así, que há que me dió el Señor en abundancia esta oracion, creo cinco y áun seis años, y muchas veces, y que ni yo la entendia, ni la supiera decir; y así tenía por mí, llegada, aquí, decir muy poco ó no nada. Bien entendia que no era del todo union de todas las potencias, y que era más que la pasada muy claro; más yo confieso, que no podia determinar y entender cómo era esta diferencia. Creo, que por la humildad que vuesa merced ha tenido, en quererse ayudar de una simpleza tan grande como la mia, me dió el Señor hoy acabando de comulgar esta oracion, sin poder ir adelante, y me puso estas comparaciones, y enseñó la manera de decirlo, y lo que ha de hacer aquí el alma; que cierto yo me espanté y entendí en un punto. Muchas veces estaba así como desatinada, y embriagada en este amor, y jamás habia podido entender cómo era. Bien entendia que era Dios, mas no podia entender cómo obraba aquí; porque, en he-

cho de verdad, están casi del todo unidas las potencias, mas no tan engolfadas que no obren. Gustado hé en extremo de haberlo ahora entendido. Bendito sea el Señor, que así me ha regalado.

Sólo tienen habilidad las potencias para ocuparse todas en Dios; no parece se osa bullir ninguna, ni la podemos hacer menear, si con mucho estudio no quisiésemos divertirnos, y áun no me parece que del todo se podria entónces hacer. Háblanse aquí muchas palabras en alabanza de Dios, sin concierto, si el mismo Señor no las concierta; al ménos el entendimiento no vale aquí nada: querria dar voces en alabanzas el alma, y está que no cabe en sí, un desasosiego sabroso. Ya, ya se abren las flores, ya comienzan á dar olor. Aquí querria el alma que todos la viesen, y entendiesen su gloria para alabanzas de Dios, y que la ayudasen á ella, y darles parte de su gozo, porque no puede tanto gozar. Paréceme que es como la que dice el Evangelio, que queria llamar ó llamaba á sus vecinas. Esto me parece debia sentir el admirable espíritu del real profeta David, cuando tañia y cantaba con la arpa, en alabanzas de Dios. De este glorioso rey soy yo muy devota, y querria todos lo fuesen, en especial los que somos pecadores.

¡Oh, válame Dios, cuál está un alma cuando está así! toda ella querria fuese lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos santos, atinando siempre á contentar á quien la tiene así. Yo sé persona que con

no ser poeta, le acaecia hacer de presto coplas muy sentidas declarando su pena bien; no hechas de su entendimiento, sino que para gozar más la gloria, que tan sabrosa pena le daba, se quejaba de ella á su Dios. Todo su cuerpo y alma querria se despedazase para mostrar el gozo, que con esta pena siente. ¿Qué se le pondrá entónces delante de tormentos, que no le fuese sabroso pasarlo por su Señor? Ve claro que no hacian casi nada los mártires de su parte en pasar tormentos; porque conoce bien el alma, viene de otra parte la fortaleza. ¿Más qué sentirá de tornar á tener seso para vivir en el mundo, y haber de tornar á los cuidados y cumplimientos dél? Pues no me parece he encarecido cosa, que no quede baja en este modo de gozo, que el Señor quiere en este destierro que goce un alma. Bendito seais por siempre, Señor, alaben os todas las cosas por siempre. Quered ahora, Rey mio, suplícooslo yo, que pues cuando esto escribo, no estoy fuera de santa locura celestial por vuestra bondad y misericordia, que tan sin méritos mios me haceis esta merced, que lo estén todos los que yo tratare locos de vuestro amor, ó permitais que no trate yo con nadie, ó ordenad, Señor, como no tenga ya cuenta en cosa del mundo, ó me sacá de él (1). No puede ya, Dios mio, esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos, como de verse sin vos le vienen; que

(1) Sacad dél. *(L. de L. y demas).*

si ha de vivir, no quiere descanso en esta vida, ni se le deis vos. Querria ya esta alma verse libre: el comer la mata, el dormir la congoja; ve que se la pasa el tiempo de la vida pasar en regalo y que nada ya la puede regalar fuera de Vos; que parece vive contra natura, pues ya no querria vivir en sí, sino en Vos. ¡Oh verdadero Señor y gloria mia, qué delgada y pesadísima cruz teneis aparejada á los que llegan á este estado! Delgada, porque es suave, pesada, porque vienen veces, que no hay sufrimiento que la sufra; y no se querria jamás ver libre de ella, sino fuese para verse ya con Vos. Cuando se acuerda que no os ha servido en nada y que viviendo os puede servir, querria carga muy más pesada, y nunca hasta la fin del mundo morirse: no tiene en nada su descanso, á trueque de haceros un pequeño servicio: no sabe qué desee, mas bien entiende, que no desea otra cosa sino á Vos.

Oh hijo mio! (que es tan humilde, que así se quiere nombrar á quien va esto dirigido y me lo mandó escribir) sean sólo para vos las cosas en que viere salgo de términos; porque no hay razon que baste á no me sacar de ella, cuando me saca el Señor de mí; ni creo soy yo la que hablo desde esta mañana que comulgué: parece que sueño lo que veo, y no querria ver sino enfermos de este mal que estoy yo ahora. Suplico á vuesa merced seamos todos locos, por amor de quien por nosotros se lo llamaron: pues dice

vuesa merced que me quiere, en disponer para que Dios le haga esta merced, quiero que me lo muestre; porque veo muy pocos, que no los vea con seso demasiado para lo que les cumple. Ya puede ser que tenga yo más que todos; no me lo consienta vuesa merced, padre mio, pues es mi confesor y á quien he fiado mi alma; desengáñeme con verdad, que se usan muy poco estas verdades.

Este concierto querria hiciésemos los cinco que al presente nos amamos en Cristo, que como otros en estos tiempos se juntaban en secreto para contra su Majestad y ordenar maldades y herejías, procurásemos juntarnos alguna vez para desengañar unos á otros y decir en lo que podríamos enmendarnos y contentar más á Dios; que no hay quien tan bien se conozca á sí, como conocen los que nos miran, si es con amor y cuidado de aprovecharnos. Digo en secreto, porque no se usa ya este lenguaje. Hasta los predicadores van ordenando sus sermones para no descontentar; buena intencion tendrán, y la obra será, mas así se enmiendan pocos. Mas ¿cómo no son muchos los que por los sermones dejan los vicios públicos? Sabe que me parece? porque tienen mucho seso los que los predican. No están sin él con el gran fuego del amor de Dios, como lo estaban los apóstoles, y así calienta poco esta llama: no digo yo sea tanta como ellos tenian, mas querria que fuese más de lo que veo. ¿Sabe vuesa merced en qué debe de ir

mucho? En tener ya aborrecida la vida y en poca estima la honra, que no se les daba más, á trueque de decir una verdad y sustentarla para gloria de Dios, perderlo todo, que ganarlo todo; que quien de veras lo tiene todo arriscado por Dios, igualmente lleva lo uno que lo otro. No digo yo que soy ésta, mas querríalo ser. Oh gran libertad! tener por cautiverio haber de vivir y tratar conforme á las leyes del mundo; que como ésta se alcance del Señor, no hay esclavo que no lo arrisque todo por rescatarse, y tornar á su tierra. Y pues éste es el verdadero camino, no hay que parar en él, que nunca acabaremos de ganar tan gran tesoro, hasta que se nos acabe la vida. El Señor nos dé para esto su favor. Rompa vuesa merced esto que he dicho, si le pareciere, y tómelo por carta para sí, y perdóneme, que he estado muy atrevida.

CAPÍTULO XVII.

Prosigue en la misma materia de declarar este tercer grado de oracion; acaba de declarar los efectos que hace; dice el impedimento que aquí hace la imaginacion y memoria.

Razonablemente está dicho de este modo de oracion, y lo que ha de hacer el alma, ó por mejor decir, hace Dios en ella, que es el que toma ya el oficio de hortelano, y quiere que ella huelgue: sólo consiente la voluntad en aquellas mercedes que goza y se ha de ofrecer á todo lo que en ella quisiere hacer la verdadera sabiduría, porque es menester ánimo cierto; porque es tanto el gozo, que parece algunas veces no queda un punto para acabar el ánima de salir de este cuerpo; y qué venturosa muerte sería! Aquí me parece viene bien, como á vuesa merced se dijo, dejarse del todo en los brazos de Dios; si quiere llevarle al cielo, vaya: si al infierno, no tiene pena, como

vaya con su bien; si acabar del todo la vida, eso quiere; si que viva mil años, tambien: haga su Majestad como cosa propia, ya que no es suya el alma de sí mismo, dada está del todo á el Señor; descuídese del todo. Digo, que en tan alta oracion como esta (que cuando la da Dios á el alma, puede hacer todo esto y mucho más, que estos son sus efectos) entiende que lo hace sin ningun cansancio del entendimiento; sólo me parece está como espantado de ver cómo el Señor hace tan buen hortelano, y no quiere que tome el trabajo ninguno, sino que se deleite en comenzar á oler las flores. Que en una llegada de estas, por poco que dure, como es tal el hortelano, en fin criador del agua, dala sin medida; y lo que la pobre del alma con trabajo, por ventura de veinte años de cansar el entendimiento, no ha podido acaudalar, hácelo este hortelano celestial en un punto, y crece la fruta, y madúrala de manera, que se puede sustentar de su huerto, queriéndolo el Señor; mas no le da licencia que reparta la fruta, hasta que él está tan fuerte con lo que ha comido de ella, qne no se le vaya en gastaduras y no dándole nada de provecho, ni pagándosela á quien la diere, sino que los mantenga y dé de comer á su costa, y quedarse há él por ventura muerto de hambre. Esto bien entendido va para tales entendimientos, y sabránlo aplicar, mejor que yo lo sabré decir, y cánsome.

En fin, es que las virtudes quedan ahora más fuer-

tes, que en la oracion de quietud pasada; porque se ve otra el alma, y no sabe cómo comienza á obrar grandes cosas con el olor, que dan de sí las flores, que quiere el Señor que se abran, para que ella crea que tiene virtudes, aunque ve muy bien, que no las podia ella, ni ha podido ganar en muchos años, y que en aquello poquito el celestial hortelano se las dió. Aquí es muy mayor la humildad, y más profunda, que al alma queda, que en lo pasado; porque ve más claro, que poco ni mucho hizo, sino consentir que le hiciese el Señor mercedes y abrazarlas la voluntad.

Paréceme este modo de oracion union muy conocida de toda el alma con Dios, sino que parece quiere su Majestad dar licencia á las potencias para que entiendan y gocen de lo mucho que obra allí. Acaece algunas, y muy muchas veces, estando unida á la voluntad (para que vea vuesa merced puede ser esto, y lo entienda cuando lo tuviere: al ménos á mí trájome tonta, y por eso lo digo aquí) entiéndese, que está la voluntad atada y gozando; y en mucha quietud está sola la voluntad, y está por otra parte el entendimiento y memoria tan libres, que pueden tratar en negocios y entender en obras de caridad. Esto, aunque parece todo uno, es diferente de la oracion de quietud que dije, porque allí está el alma, que no se querria bullir ni menear, gozando en aquel ocio santo de María: en esta oracion puede tambien ser Marta. Así que está casi obrando juntamente en vida ac-

tiva y contemplativa, y puede entender en obras de caridad y negocios, que convengan á su estado, y leer; aunque no del todo están señores de sí, y entienden bien que está la mejor parte del alma en otro cabo. Es como si estuviésemos hablando con uno, y por otra parte nos hablase otra persona, que ni bien estaremos en lo uno ni bien en lo otro. Es cosa que se siente muy claro y da mucha satisfaccion y contento cuando se tiene, y es muy gran aparejo, para que en teniendo tiempo de soledad, ó desocupacion de negocios, venga el alma á muy sosegada quietud. Es un andar como una persona que está en sí satisfecha, que no tiene necesidad de comer, sino que siente el estómago contento, de manera, que no á todo manjar arrostraria; mas no tan harta, que si los ve buenos, deje de comer de buena gana; así no le satisface, ni querria entónces contento del mundo, porque en sí tiene el que le satisface más; mayores contentos de Dios, deseos de satisfacer su deseo, de gozar más de estar con él: esto es lo que quiere.

Hay otra manera de union, que áun no es entera union, mas es más que la que acabo de decir; y no tanto, como la que se ha dicho de esta tercer agua. Gustará vuesa merced mucho de que el Señor se las dé todas, si no las tiene ya, de hallarlo escrito, y entender lo que es, porque una merced es, dar el Señor la merced, y otra es entender, qué merced es y qué gracia; y otra es saber decirla y dar á entender có-

mo es; y aunque no parece es menester más de la primera, para no andar el alma confusa y medrosa, é ir con más ánimo por el camino del Señor, llevando debajo de los piés todas las cosas del mundo, es gran provecho entenderlo, y merced; porque cada una es razon alabe mucho al Señor, quien la tiene y quien no, porque la dió su Majestad á alguno de los que viven, para que nos aprovechase á nosotros. Ahora pues acaece muchas veces esta manera de union que quiero decir (en especial á mí, que me hace Dios esta merced de esta suerte muy muchas) que coge Dios la voluntad, y áun el entendimiento, á mi parecer, porque no discurre, sino está ocupado gozando de Dios, como quien está mirando, y ve tanto, que no sabe hácia donde mirar: uno por otro se le pierde de vista, que no dará señas de cosa.

La memoria queda libre y junto con la imaginacion debe ser, y ella como se ve sola, es para alabar á Dios la guerra que da, y como procura desasosegarlo todo: á mí cansada me tiene, y aborrecida la tengo, y muchas veces suplico al Señor, si tanto me ha de estorbar, me la quite en estos tiempos. Algunas veces le digo: ¿Cuándo, mi Dios, ha de estar ya toda junta mi alma en vuestra alabanza y no hecha pedazos, sin poder valerse á sí? Aquí veo el mal que nos causó el pecado, pues así nos sujetó á no hacer lo que queremos, de estar siempre ocupados en Dios. Digo que me acaece á veces (y hoy ha sido la una, y

así lo tengo bien en la memoria), que veo deshacerse mi alma, por verse junta adonde está la mayor parte, y ser imposible, sino que le da tal guerra la memoria é imaginacion, que no la dejan valer; y como faltan las otras potencias, no valen, áun para hacer mal, nada. Harto hacen en desasosegar, digo para hacer mal, porque no tienen fuerza ni paran en un ser; como el entendimiento no la ayuda poco ni mucho, á lo que le representa, no para en nada, sino de uno en otro, que no parece sino de estas maripositas de las noches, importunas y desasosegadas: así anda de un cabo á otro. En extremo, me parece le viene al propio esta comparacion, porque aunque no tiene fuerza para hacer ningun mal, importuna á los que la ven. Para esto no sé qué remedio haya, que hasta ahora no me le ha dado Dios á entender, que de buena gana le tomaria para mí, que me atormenta, como digo, muchas veces. Represéntase aquí nuestra miseria, y muy claro el gran poder de Dios; pues esta que queda suelta, tanto nos daña y nos cansa; y las otras que están con su Majestad, el descanso que nos dan.

El postrer remedio que he hallado, á cabo de haberme fatigado hartos años, es lo que dije en la oracion de quietud, que no se haga caso de ella más que de un loco, sino dejarla con su tema, que sólo Dios se la puede quitar; y en fin, aquí por esclava queda. Hémosla de sufrir con paciencia, como hizo Jacob

á Lia; porque harta merced nos hace el Señor que gocemos de Raquel. Digo que queda esclava, porque en fin no puede, por mucho que haga, traer á sí las otras potencias; ántes ellas sin ningun trabajo la hacen venir á sí. Algunas es Dios servido de haber lástima de verla tan perdida y desasosegada, con deseo de estar con las otras, y consiéntela su Majestad se queme en el fuego de aquella vela divina, donde las otras están ya hechas polvo, perdido su natural, casi estando sobrenaturalmente gozando de tan grandes bienes.

En todas estas maneras, que de esta postrer agua de fuente he dicho, es tan grande la gloria y descanso del alma, que muy conocidamente aquel gozo y deleite participa de el cuerpo, y esto muy conocidamente, y quedan tan crecidas las virtudes como he dicho. Parece ha querido el Señor declarar estos estados, en que se ve el alma, á mi parecer, lo más que acá se puede dar á entender. Trátelo vuesa merced con persona espiritual, que haya llegado aquí y tenga letras: si le dijere que está bien, crea que se lo ha dicho Dios, y téngalo en mucho su Majestad; porque, como he dicho, andando el tiempo se holgará mucho de entender lo que es; miéntras no le diere la gracia (aunque se la dé de gozarlo) para entenderlo, como le haya dado su Majestad la primera, con su entendimiento y letras lo entenderá por aquí. Sea alabado por todos los siglos de los siglos, por todo, amen.

CAPÍTULO XVIII.

En que trata del cuarto grado de oracion; comienza á declarar por excelente manera (1) la gran dignidad que el Señor pone á el alma que está en este estado: es para animar mucho á los que tratan oracion, para que se esfuercen de llegar á tan alto estado, pues se puede alcanzar en la tierra; aunque no por merecerlo, sino por la bondad del Señor. Léase con advertencia; porque se declara por muy delicado modo, y tiene cosas mucho de notar (2).

El Señor me enseñe palabras como se pueda decir algo de la cuarta agua; bien es menester su favor, áun más que para la pasada; porque en ella áun siente el alma no está muerta del todo, que así lo podemos decir, pues lo está al mundo. Mas como dije, tiene sentido para entender que está en él, y sentir

(1) Estas tres palabras *por excelente manera* están tachadas en el original, al folio LXXI.

(2) Igualmente está muy tachada é ilegible en el original esta última cláusula, que ocupa dos líneas, por lo cual tampoco se pusieron en la copia de la Biblioteca Nacional. Quizá Santa Teresa las borró por humildad, á pesar de ser muy cierto y justo el elogio.

su soledad, y aprovéchase de lo exterior para dar á entender lo que siente, siquiera por señas. En toda la oracion y modos de ella, que queda dicho, alguna cosa trabaja el hortelano; aunque en estas postreras va el trabajo acompañado de tanta gloria y consuelo del alma, que jamás querria salir dél; y así no se siente por trabajo, sino por gloria. Acá no hay sentir, sino gozar sin entender lo que se goza, entiéndese que se goza un bien, adonde juntos se encierran todos los bienes, mas no se comprende este bien. Ocúpanse todos los sentidos en este gozo, de manera, que no queda ninguno desocupado para poder en otra cosa interior, ni exteriormente. Ántes dábaseles licencia, para que como digo hagan algunas muestras del gran gozo que sienten; acá el alma goza más sin comparacion, y puédese dar á entender muy ménos; porque no queda poder en el cuerpo, ni el alma le tiene para poder comunicar aquel gozo. En aquel tiempo todo le sería gran embarazo y tormento, y estorbo de su descanso; y digo, que si es union de todas las potencias, que aunque quiera (estando en ella digo) no puede, y si puede ya no es union. El cómo es esta que llaman union, y lo que es, yo no lo sé dar á entender: en la mística teología se declara, que yo los vocablos no sabré nombrarlos; ni sé entender, qué es mente, ni qué diferencia tenga del alma ó espíritu tampoco: todo me parece una cosa; bien que el alma alguna vez sale de sí misma á ma-

nera de un fuego que está ardiendo y hecho llama, y algunas veces crece este fuego con ímpetu. Esta llama sube muy arriba del fuego, mas no por eso es cosa diferente, sino la misma llama que está en el fuego. Esto vuesas mercedes lo entenderán, que yo no lo sé decir más con sus letras.

Lo que yo pretendo declarar es, qué siente el alma cuando está en esta divina union. Lo que es union, ya se está entendido, que es, dos cosas divisas hacerse una. Oh Señor mio, qué bueno sois! Bendito seais para siempre; alaben os, Dios mio, todas las cosas, que así nos amastes de manera, que con verdad podamos hablar de esta comunicacion, que áun en este destierro teneis con las almas; y áun con las que son buenas es gran largueza y magnanimidad; en fin, vuestra, Señor mio, que dais como quien sois. ¡Oh largueza infinita, cuán magníficas son vuestras obras! Espanta á quien no tiene ocupado el entendimiento en cosas de la tierra, que no tenga ninguno para entender verdades. ¿Pues qué hagais á almas, que tanto os han ofendido, mercedes tan soberanas? Cierto á mí me acaba el entendimiento, y cuando llego á pensar en esto, no puedo ir adelante. ¿Dónde ha de ir que no sea tornar atras? Pues daros gracias por tan grandes mercedes, no sabe cómo. Con decir disparates me remedio algunas veces. Acaéceme muchas, cuando acabo de recibir estas mercedes, ó me las comienza Dios á hacer (que estando en

ellas, ya he dicho, que no hay poder hacer nada) decir: Señor, mirad lo que haceis, no olvideis tan presto tan grandes males mios, ya que para perdonarme los hayais olvidado, para poner tasa en las mercedes os suplico se os acuerde. No pongais, Criador mio, tan precioso licor en vaso tan quebrado, pues habeis ya visto de otras veces, que lo torno á derramar. No pongais tesoro semejante, adonde áun no está, como ha de estar, perdida del todo la codicia de consolaciones de la vida, que lo gastará mal gastado. ¿Cómo dais la fuerza de esta ciudad, y llaves de la fortaleza de ella á tan cobarde alcaide, que al primer combate de los enemigos los deja entrar dentro? No sea tanto el amor, oh Rey eterno! que pongais en aventura joyas tan preciosas. Parece, Señor mio, se da ocasion para que se tengan en poco, pues las poneis en poder de cosa tan ruin, tan baja, tan flaca y miserable, y de tan poco tomo; que ya que trabaje para no las perder con vuestro favor (y no es menester pequeño, segun yo soy) no puede dar con ellas á ganar á nadie. En fin, mujer y no buena, sino ruin. Parece, que no sólo se esconden los talentos, sino que se entierran en ponerlos en tierra tan astrosa. No soleis vos, Señor, hacer semejantes grandezas y mercedes á un alma, sino para que aproveche á muchas (1).

(1) Esta exclamacion es una de las más tiernas, patéticas y correctas de Santa Teresa.

Ya sabeis, Dios mio, que de toda voluntad y corazon os lo suplico y he suplicado algunas veces, y tengo por bien de perder el mayor bien que se posee en la tierra, porque lás hagais vos á quien con este bien más aproveche, porque crezca vuestra gloria. Estas y otras cosas me ha acaecido decir muchas veces. Veia despues mi necedad y poca humildad; porque bien sabe el Señor lo que conviene y que no habia fuerzas en mi alma para salvarse, si su Majestad con tantas mercedes no se las pusiera.

Tambien pretendo decir las gracias y efectos, que quedan en el alma, y qué es lo que puede de suyo hacer, ó si es parte para llegar á tan grande estado. Acaece venir este levantamiento de espíritu ó juntamiento con el amor celestial; que, á mi entender, es diferente la union del levantamiento en esta misma union.

A quien no lo hubiere probado lo postrero, parecerle há que nó; y á mi parecer, que con ser todo uno, obra el Señor de diferente manera, y en el crecimiento de desasir el alma de las criaturas, mas mucho en el vuelo del espíritu. Yo he visto claro ser particular merced, aunque, como digo, sea todo uno, ó lo parezca; mas un fuego pequeño tambien es fuego como un grande, y ya se ve la diferencia que hay de lo uno á lo otro. En un fuego pequeño, primero que un hierro pequeño se hace ascua, pasa mucho espacio; mas si el fuego es grande, aunque sea mayor el

hierro, en muy poquito pierde del todo su ser (1) al parecer. Así me parece es en estas dos maneras de mercedes del Señor; y sé que quien hubiere llegado á arrobamientos lo entenderá bien: si no lo ha probado, parecerle há desatino, y ya puede ser; porque querer una como yo hablar en una cosa tal, y dar á entender algo de lo que parece imposible áun haber palabras con que lo comenzar, no es mucho que desatine.

Mas creo esto del Señor (que sabe su Majestad, que despues de obedecer, es mi intencion engolosinar las almas de un bien tan alto) que me haya en ello de ayudar. No diré cosa que no la haya experimentado mucho; y es así, que cuando comencé esta postrer agua á escribir, que me parecia imposible saber tratar cosa, más que hablar en griego, que así es ello dificultoso; con esto lo dejé y fuí á comulgar. Bendito sea el Señor que así favorece á los ignorantes. Oh virtud de obedecer, que todo lo puedes! Aclaró Dios mi entendimiento, unas veces con palabras, y otras poniéndome delante cómo lo habia de decir, que (como hizo en la oracion pasada) su Majestad parece quiere decir lo que yo no puedo ni sé. Esto que digo es entera verdad, y así lo que fuere bueno, es suya la doctrina; lo malo, está claro, es del piélago de los males, que soy yo: y así digo, que si hubiere

(1) Las palabras *al parecer* entre renglones.

personas, que hayan llegado á las cosas de oracion, que el Señor ha hecho merced á esta miserable (que debe haber muchas) y quisiesen tratar estas cosas conmigo, pareciéndoles descaminadas, que ayudaria el Señor á su sierva, para que saliese con su verdad adelante.

Ahora hablando de esta agua que viene del cielo, para con su abundancia henchir y hartar todo este huerto de agua, si nunca dejara, cuando la hubiera menester, de darla el Señor, ya se ve que descanso tuviera el hortelano; y á no haber invierno, sino ser siempre el tiempo templado, nunca faltaran flores y frutas: ya se ve que deleite tuviera; mas, miéntras vivimos, es imposible. Siempre ha de haber cuidado de, cuando faltare la una agua, procurar la otra. Esta del cielo viene muchas veces, cuando más descuidado está el hortelano. Verdad es que á los principios casi siempre es despues de larga oracion mental; que de un grado en otro viene el Señor á tomar esta avecita, y ponerla en el nido, para que descanse: como la ha visto volar mucho rato, procurando con el entendimiento y voluntad, y con todas sus fuerzas buscar á Dios, y contentarle, quiérela dar el premio, áun en esta vida; ¡y qué gran premio, que basta un momento para quedar pagados todos los trabajos que en ella puede haber!

Estando así el alma buscando á Dios, siente con un deleite grandísimo y suave, casi desfallecer toda

con una manera de desmayo, que le va faltando el huelgo y todas las fuerzas corporales; de manera que, si no es con mucha pena, no puede aún menear las manos; los ojos se le cierran sin quererlos cerrar; y si los tiene abiertos, no ve casi nada; ni si lee, acierta á decir letra, ni casi atina á conocerla bien: ve que hay letra, mas, como el entendimiento no ayuda, no sabe leer, aunque quiera; oye, mas no entiende lo que oye. Así que de los sentidos no se aprovecha nada, sino es para no la acabar de dejar á su placer, y así ántes la dañan. Hablar es por demas, que no atina á formar palabra, ni hay fuerza ya que atinase para poderla pronunciar; porque toda la fuerza exterior se pierde, y se aumenta en las del alma, para mejor poder gozar de su gloria. El deleite exterior que se siente es grande, y muy conocido. Esta oracion no hace daño por larga que sea; al ménos á mí nunca me le hizo, ni me acuerdo hacerme el Señor ninguna vez esta merced por mala que estuviese, que sintiese mal, ántes quedaba con gran mejoría. Mas qué mal puede hacer tan gran bien? Es cosa tan conocida las operaciones exteriores, que no se puede dudar, que hubo gran ocasion, pues así quitó las fuerzas con tanto deleite, para dejarlas mayores.

Verdad es, que á los principios pasa en tan breve tiempo (al ménos á mí así me acaecia), que en estas señales exteriores, ni en la falta de los sentidos, no se da tanto á entender, cuando pasa con brevedad;

mas bien se entiende en la sobra de las mercedes, que ha sido grande la claridad del sol que ha estado allí, pues así la ha derretido. Y nótese esto, que á mi parecer, por largo que sea el espacio de estar el alma en esta suspension de todas las potencias, es bien breve; cuando estuviese media hora, es muy mucho: yo nunca á mi parecer, estuve tanto. Verdad es, que se puede mal sentir lo que se está, pues no se siente; mas digo, que de una vez es muy poco espacio sin tornar alguna potencia en sí. La voluntad es la que mantiene la tela, más las otras dos potencias presto tornan á importunar; como la voluntad está queda, tórnalas á suspender, y están otro poco y tornan á vivir. En esto se pueden pasar algunas horas de oracion y se pasan; porque comenzadas las dos potencias á emborrachar, y gustar de aquel vino divino con facilidad se tornan á perder de sí, para estar muy más ganadas; y acompañan á la voluntad, y se gozan todas tres. Mas este estar perdidas del todo, y sin ninguna imaginacion en nada (que á mi entender tambien se pierde del todo) digo que es breve espacio; aunque no tan del todo tornan en sí, que no puedan estar algunas horas como desatinadas, tornando de poco en poco á cogerlas Dios consigo.

Ahora vengamos á lo interior de lo que el alma aquí siente; dígalo quien lo sabe, que no se puede entender, cuanto más decir.

Estaba yo pensando cuando quise escribir esto

(acabando de comulgar, y de estar en esta misma oracion que escribo) qué hacía el alma en aquel tiempo. Díjome el Señor estas palabras: Deshácese toda, hija, para ponerse más en mí; ya no es ella la que vive, sino yo; como no puede comprender lo que entiende, es no entender entendiendo. Quien lo hubiere probado entenderá algo de esto, porque no se puede decir más claro, por ser tan oscuro lo que allí pasa. Sólo podré decir, que se representa estar junto con Dios, y queda una certidumbre, que en ninguna manera se puede dejar de creer. Aquí faltan todas las potencias, y se suspenden de manera, que en ninguna manera (como he dicho) se entiende que obran. Si estaba pensando en un paso, así se pierde de la memoria, como si nunca la hubiere habido de él: si lee, en lo que leia no hay acuerdo ni parar; si rezar, tampoco. Así que á esta mariposilla importuna de la memoria, aquí se le queman las alas, ya no puede más bullir. La voluntad debe estar bien ocupada en amar, mas no entiende cómo ama; el entendimiento, si entiende, no se entiende cómo entiende, al ménos no puede comprender nada de lo que entiende: á mí no me parece que entiende; porque, como digo, no se entiende: yo no acabo de entender esto. Acaecióme á mí una ignorancia al principio, que no sabía que estaba Dios en todas las cosas; y, como me parecia estar tan presente, parecíame imposible: dejar de creer que estaba allí no podia, por parecerme casi claro habia

entendido estar allí su misma presencia (1). Los que no tenian letras, me decian que estaba sólo por gracia; yo no lo podia creer; porque, como digo, parecíame estar presente, y así andaba con pena. Un gran letrado de la órden del glorioso patriarca Santo Domingo me quitó de esta duda; que me dijo estar presente, y cómo se comunicaba con nosotros, que me consoló harto. Es de notar y entender, que siempre esta agua del cielo, este grandísimo favor del Señor, deja el alma con grandísimas ganancias, como ahora diré.

---

(1) La puntuacion de esta cláusula en la edicion de Doblado es tan inexacta que trunca el sentido, haciendo casi ininteligible lo que dice Santa Teresa. Es preferible la de Foppens.

CAPÍTULO XIX.

Prosigue en la misma materia, comienza á declarar los efectos que hace en el alma este grado de oracion. Persuade mucho á que no tornen atras, aunque despues de esta merced tornen á caer, ni dejen la oracion. Dice los daños que vendrán de no hacer esto; es mucho de notar, y de gran consolacion para los flacos y pecadores.

Queda el alma de esta oracion y union con grandísima ternura; de manera que se querria deshacer, no de pena, sino de unas lágrimas gozosas: hállase bañada de ellas sin sentirlo, ni saber cuándo, ni cómo las lloró; mas dále gran deleite ver aplacado aquel ímpetu del fuego con agua, que le hace más crecer: parece esto algarabía, y pasa así. Acaecido me há algunas veces en este término de oracion, estar tan fuera de mí, que no sabía si era sueño, ó si pasaba en verdad la gloria, que habia sentido, y de verme llena de agua (que sin pena destilaba con tanto ímpetu y presteza, que parece la echaba de sí aquella nube del cielo), veia que no habia sido sueño: esto era á los principios, que pasaba con brevedad.

Queda el ánima animosa, que si en aquel punto la hiciesen pedazos por Dios, le sería gran consuelo.

Allí son las promesas y determinaciones heroicas, la viveza de los deseos, el comenzar á aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad; está muy más aprovechada y altamente, que en las oraciones pasadas, y la humildad más crecida; porque ve claro que para aquella excesiva merced y grandiosa, no hubo diligencia suya, ni fué parte para traerla, ni para tenerla. Vése claro indignísima (porque empieza adonde entra mucho sol, no hay telaraña escondida); ve su miseria: va tan fuera la vanagloria, que no le parece la podria tener; porque ya es por vista de ojos lo poco ó ninguna cosa que puede, que allí no hubo casi consentimiento, sino que parece, que aunque no quiso le cerraron la puerta á todos los sentidos para que más pudiese gozar del Señor. Quédase sola con Él, qué ha de hacer sino amarle? Ni ve, ni oye, sino fuese á fuerza de brazos: poco hay que la agradecer. Su vida pasada se le representa despues, y la gran misericordia de Dios con gran verdad, y sin haber menester andar á caza el entendimiento, que allí ve guisado lo que ha de comer y entender. De sí ve, que merece el infierno, y que le castigan con gloria; deshácese en alabanzas de Dios, y yo me querria deshacer ahora. Bendito seais, Señor mio, que así haceis de pecina (1) tan sucia como yo, agua tan clara que sea para vuestra mesa. Seais alabado, ¡oh regalo de

(1) Picina. *(L. de L.)* Piscina. *(Br. Fop.)*

los ángeles! que así quereis levantar un gusano tan vil.

Queda algun tiempo este aprovechamiento en el alma: puede ya, con entender claro que no es suya la fruta, comenzar á repartir de ella, y no le hace falta á sí. Comienza á dar muestras de alma, que guarda tesoros del cielo, y á tener deseos de repartirlos con otros, y suplicar á Dios no sea ella sola la rica. Comienza á aprovechar á los prójimos casi sin entenderlo, ni hacer nada de sí; ellos lo entienden, porque ya las flores tienen tan crecido el olor, que les hace desear llegarse á ellas. Entienden que tienen virtudes, y ven la fruta que es codiciosa; querríanle ayudar á comer. Si esta tierra está muy cavada con trabajos, y persecuciones, y murmuraciones, y enfermedades (que pocos deben de llegar aquí sin esto), y si está mullida, con ir muy desasida de propio interes, el agua se embebe tanto, que casi nunca se seca; mas si es tierra, que áun se está en la tierra, y con tantas espinas, como yo al principio estaba, y áun no quitada de las ocasiones, ni tan agradecida como merece tan gran merced, tórnase la tierra á secar; y si el hortelano se descuida, y el Señor por sola su bondad no torna á querer llover, dad por perdida la huerta, que así me acaeció á mí algunas veces; que, cierto, yo me espanto, y si no hubiera pasado por mí, no lo pudiera creer. Escríbolo para consuelo de almas flacas como la mia: que nunca desesperen, ni dejen de confiar en la grandeza de Dios:

aunque despues de tan encumbradas, como es llegarlas el Señor aquí, caigan, no desmayen, sino se quieren perder del todo; que lágrimas todo lo ganan: un agua trae otra. Una de las cosas porque me animo, siendo la que soy á obedecer en escribir esto, y dar cuenta de mi ruin vida y de las mercedes, que me ha hecho el Señor, con no servirle, sino ofenderle, ha sido esta; que, cierto, yo quisiera aquí tener gran autoridad, para que se me creyera esto: al Señor suplico, su Majestad la dé. Digo que no desmaye nadie de los que han comenzado á tener oracion con decir:—Si torno á ser malo, es peor ir adelante con el ejercicio de ella. Yo lo creo si se deja la oracion, y no se enmienda del mal; mas si no la deja, crea que le sacará á puerto de luz. Hízome en esto gran batería el demonio, y pasé tanto en parecerme poca humildad tenerla, siendo tan ruin, que (como ya he dicho) la dejé año y medio, al ménos un año, que del medio no me acuerdo bien; y no me fuera más, ni fué, que meterme yo misma, sin haber menester demonios, que me hiciesen ir al infierno. ¡Oh, válgame Dios, qué ceguedad tan grande! ¡Y qué bien acierta el demonio, para su propósito, en cargar aquí la mano! Sabe el traidor, que alma que tenga con perseverancia oracion, la tiene perdida, y que todas las caidas, que la hace dar, la ayudan por la bondad de Dios á dar despues mayor salto en lo que es su servicio; algo le va en ello.

Oh Jesus mio! ¡qué es ver un alma que ha llegado aquí, caida en un pecado, cuando vos por vuestra misericordia la tornais á dar la mano y la levantais; cómo conoce la multitud de vuestras grandezas y misericordias, y su miseria! Aquí es el deshacerse de veras, y conocer vuestras grandezas, aquí el no osar alzar los ojos, aquí es el levantarnos para conocer lo que os debe, aquí se hace devota de la Reina del cielo para que os aplaque, aquí invoca los santos que cayeron despues de haberlos vos llamado, para que le ayuden, aquí es el parecer que todo le viene ancho lo que le dais, porque ve no merece la tierra que pisa, el acudir á los sacramentos, la fe viva que aquí le queda de ver la virtud, que Dios en ellos puso, el alabaros porque dejastes tal medicina y ungüento para nuestras llagas, que no las sobresanan, sino que del todo las quitan. Espántase de esto, ¿y quién, Señor de mi alma, no se ha de espantar de misericordia tan grande y merced tan crecida, á traicion tan fea y abominable? que no sé cómo no se me parte el corazon, cuando esto escribo, porque soy ruin. Con estas lagrimillas, que aquí lloro, dadas de vos (agua de tan mal pozo, en lo que es de mi parte) parece que os hago pago de tantas traiciones; siempre haciendo males, y procurándoos deshacer las mercedes que vos me habeis hecho. Ponedlas vos, Señor mio, valor; aclarad agua tan turbia, siquiera porque no dé á alguno tentacion en echar juicios (como me la ha dado

á mí) pensando, ¿por qué, Señor, dejais unas personas muy santas, que siempre os han servido, y trabajado, criadas en religion, y siéndolo, y no como yo, que no tenía más del nombre, y ver claro que no las haceis las mercedes que á mí? Bien veia yo (1), bien mio, que les guardais vos el premio para dársele junto, y que mi flaqueza ha menester esto, y ellos como fuertes os sirven sin ello, y los tratais como á gente esforzada y no interesal. Mas con todo sabeis vos, mi Señor, que clamaba muchas veces delante de vos, disculpando á las personas que me murmuraban, porque me parecia les sobraba razon. Esto era ya, Señor, despues que me teníades por vuestra bondad, para que tanto no os ofendiese, y yo estaba ya desviándome de todo lo que me parecia os podia enojar; que en haciendo yo esto comenzastes, Señor, á abrir vuestros tesoros para vuestra sierva. No parece esperábades otra cosa, sino que hubiese voluntad y aparejo en mí para recibirlos, segun con brevedad comenzastes á no sólo darlos, sino á querer entendiesen me los dábades.

Esto entendido, comenzó á tenerse buena opinion de la que todos áun no tenian á bien entendido cuán mala era, aunque mucho se traslucia. Comenzó la murmuracion y persecucion de golpe, y á mi parecer con mucha causa; y así no tomaba con nadie ene-

(1) Veo yo. *(L. de L. y demas.)*

mistad, sino suplicábaos á vos, mirásedes la razon que tenian. Decian que me queria hacer santa, y que inventaba novedades, no habiendo llegado entónces con gran parte áun á cumplir toda mi regla, ni á las muy buenas y santas monjas que en casa habia, ni creo llegaré si Dios por su bondad no lo hace todo de su parte; sino ántes lo era yo para quitar lo bueno, y poner costumbres, que no lo eran; al ménos hacía lo que podia para ponerlas, y en el mal podia mucho. Así que sin culpa suya me culpaban. No digo eran sólo monjas, sino otras personas: descubríanme verdades, porque lo permitíades vos.

Una vez rezando las horas, como (1) algunas tenía esta tentacion, llegué al verso que dice, *justus es Domine, y tus juicios:* comencé á pensar cuán gran verdad era. Que en esto no tenía el demonio fuerzas jamás para tentarme, de manera que yo dudase teneis vos, mi Señor, todos los bienes, ni en ninguna cosa de la fe: ántes me parecia, miéntras más sin camino natural iban, más firme la tenía; y me daba devocion grande: en ser todo poderoso, quedaban conclusas en mí todas las grandezas, que hiciérades vos; y en esto, como digo, jamás tenía duda (2). Pues

(1) Como yo algunas. *(L. de L. y demas.)*

(2) Fray Luis de Leon puso un paréntesis desde las palabras *que en esto no tenía fuerza el demonio*, hasta este punto *jamás tenia duda.* En la de Doblado ni se pusieron puntos,

pensando cómo con justicia permitíades á muchas que habia, como tengo dicho, muy vuestras siervas, y que no tenian los regalos y mercedes que me hacíades á mí, siendo las que era; respondístesme, Señor:—Sírveme tú á mí, y no te metas en eso. Fué la primera palabra, que entendí hablarme vos, y así me espantó mucho; porque despues declaré esta manera de entender, con otras cosas: no lo digo aquí, que es salir de propósito; y creo harto he salido de él. Casi no sé lo que me he dicho; no puede ser ménos, sino que ha vuesa merced de sufrir estos intervalos, porque cuando veo lo que Dios me ha sufrido y me veo en este estado, no es mucho pierda el tino de lo que digo, y he de decir.

Plega al Señor, que siempre sean esos mis desatinos, y que no permita ya su Majestad tenga yo poder para ser contra él un punto, ántes en este que estoy me consuma. Basta ya para ver sus grandes misericordias, no una, sino muchas veces, que ha perdonado tanta ingratitud. A S. Pedro una vez que lo fué, á mí muchas, que con razon me tentaba el de-

---

ni paréntesis, sino que se dejó un clausulon enorme y sin sentido, pues ni áun se entiende lo que quiere decir Santa Teresa. Ademas se imprimió *comencé á pensar cuán gran verdad era, que en esto no* ternia *el demonio*, etc.; pero el original dice *tenía*, y lo mismo pusieron Foquel y Foppens. La puntuacion de este se sigue en este pasaje, por parecer más clara.

monio, no pretendiese amistad estrecha, con quien trataba enemistad tan pública. ¡Qué ceguedad tan grande la mia! ¿Adónde pensaba, Señor mio, hallar remedio sino en vos? ¡Qué disparate, huir de la luz, para andar siempre tropezando! ¡Qué humildad tan soberbia inventaba en mí el demonio, apartarme de estar arrimada á la columna y báculo, que me ha de sustentar, para no dar tan gran caida! Ahora me santiguo, y no me parece que he pasado peligro tan peligroso, como esta invencion, que el demonio me enseñaba por via de humildad. Poníame en el pensamiento, que ¿cómo cosa tan ruin, y habiendo recibido tantas mercedes habia de llegarme á la oracion? Que me bastaba rezar lo que debia, como todas; mas que áun pues esto no hacia bien, cómo queria hacer más? Que era poco acatamiento, y tener en poco las mercedes de Dios. Bien era pensar y entender esto, mas ponerlo por obra fué el grandísimo mal. Bendito seais vos, Señor, que así me remediastes. Principio de la tentacion que hacia á Júdas, me parece esta, sino que no osaba el traidor tan al descubierto; mas él viniera de poco en poco á dar conmigo, adonde dió con él. Miren esto por amor de Dios todos los que tratan oracion. Sepan, que el tiempo que estuve sin ella, era mucho más perdida mi vida: mírese qué buen remedio me daba el demonio, y qué donosa humildad, un desasosiego en mí grande. Mas ¿cómo habia de sosegar mi ánima? Apartábase la cuitada de su sosiego,

tenia presentes las mercedes y favores, veia los contentos de acá ser asco: cómo pudo pasar mi espanto; era con esperanza, que nunca yo pensaba (á lo que ahora me acuerdo, porque debe haber esto más de veinte y un años) dejaba de estar determinada de tornar á la oracion, mas esperaba estar muy limpia de pecados. ¡Oh, qué mal encaminada iba en esta esperanza! Hasta el dia del juicio me la libraba el demonio, para de allí llevarme al infierno; pues teniendo oracion y leccion, que era ver verdades, y el ruin camino que llevaba, é importunando al Señor con lágrimas muchas veces, era tan ruin que no me podia valer. Apartada deso, puesta en pasatiempos con muchas ocasiones y pocas ayudas, y (osaré decir ninguna, sino para ayudarme á caer) ¿qué esperaba, sino lo dicho? Creo tiene mucho delante de Dios un fraile de Santo Domingo gran letrado, que él me despertó de este sueño: él me hizo, como creo he dicho, comulgar de quince á quince dias, y del mal no tanto; comencé á tornar en mí, aunque no dejaba de hacer ofensas al Señor. Mas como no habia perdido el camino, aunque poco á poco cayendo, y levantando iba por él, y el que no deja de andar é ir adelante, aunque tarde llega. No me parece es otra cosa perder el camino, sino dejar la oracion. Dios nos libre por quien El es.

Queda de aquí entendido, y nótese mucho, por amor del Señor, que aunque un alma llegue á hacer-

la Dios tan grandes mercedes en la oracion, que no se fie de sí, pues puede caer, ni se ponga en ocasiones en ninguna manera.

Mírese mucho, que va mucho, que el engaño que aquí puede hacer el demonio despues, aunque la merced sea cierta de Dios, es aprovecharse el traidor de la misma merced, en lo que puede; y á personas no crecidas en las virtudes, ni mortificadas, ni desasidas, porque aquí no quedan fortalecidas tanto que baste (como adelante diré) para ponerse en las ocasiones y peligros, por grandes deseos y determinaciones que tengan. Es excelente doctrina ésta y no mia, sino enseñada de Dios; y así querria, que personas ignorantes como yo la supiesen; porque aunque esté un alma en este estado, no ha de fiar de sí para salir á combatir, porque hará harto en defenderse. Aquí son menester armas para defenderse de los demonios, y áun no tiene fuerza para pelear contra ellos, y traerlos debajo de los piés, como hacen los que están en el estado que diré despues. Este es el engaño con que coge el demonio, que como se ve un alma tan llegada á Dios, y ve la diferencia que hay del bien del cielo al de la tierra, y el amor que la muestra el Señor, de este amor nace confianza y seguridad de no caer de lo que goza. Parécele que ve claro el premio, que no es posible ya en cosa, que áun para la vida es tan deleitosa y suave, dejarla por cosa tan baja y sucia, como es el deleite; y con esta confianza quítale el de-

monio la poca que ha de tener de sí; y como digo, pónese en los peligros, y comienza con buen celo á dar de la fruta sin tasa, creyendo que ya no hay que temer de sí. Y esto no va con soberbia, que bien entiende el alma que no puede de sí nada; sino de mucha confianza de Dios, sin discrecion, porque no mira que áun tiene pelo malo. Puede salir del nido, y sácala Dios, más áun no está para volar; porque las virtudes áun no están fuertes, ni tiene experiencia para conocer los peligros, ni sabe el daño qué hace en confiar de sí.

Esto fué lo que á mí me destruyó; y para esto y para todo hay gran necesidad de maestro, y trato con personas espirituales. Bien creo, que alma que llega Dios á este estado, si muy del todo no deja á su Majestad, que no la dejará de favorecer ni la dejará perder; mas cuando, como he dicho, cayere, mire, mire por amor del Señor, no la engañe en que deje la oracion, como hacía á mí con humildad falsa, como ya lo he dicho y muchas veces lo querria decir. Fíe de la bondad de Dios, que es mayor que todos los males que podemos hacer, y no se acuerda de nuestra ingratitud, cuando nosotros, conociéndonos, queremos tornar á su amistad, ni de las mercedes que nos ha hecho para castigarnos por ellas; antes ayudan á perdonarnos más presto, como á gente que ya era de su casa, y ha comido, como dicen, su pan. Acuérdense de sus palabras y miren lo que ha hecho conmigo, que

primero me cansé de ofenderle, que su Majestad dejó de perdonarme. Nunca se cansan de dar, ni se pueden agotar sus misericordias; no nos cansemos nosotros de recibir. Sea bendito para siempre, ámen; y alábenle todas las cosas.

CAPÍTULO XX.

En que trata la diferencia que hay de union á arrobamiento; declara qué cosa es arrobamiento, y dice algo del bien que tiene el alma, que el Señor por su bondad llega á él; dice los efectos que hace (1).

Querria saber declarar con el favor de Dios la diferencia que hay de union á arrobamiento, ó elevamiento, ó vuelo que llaman de espíritu, ó arrebatamiento, que todo es uno. Digo que estos diferentes nombres todo es una cosa, y tambien se llama éxtasis. Es grande la ventaja que hace á la union; los efectos muy mayores hace y otras hartas operaciones: porque la union parece principio y medio, y fin, y lo es en lo interior; mas así como estos otros fines son en más alto grado, hacen los efectos interior y exteriormente. Declárelo el Señor, como ha hecho lo de-

(1) Hay á continuacion cuatro palabras borradas, que, al parecer, decian *es de mucha doctrina*: sin duda se borraron por razones de humildad, como ántes se ha dicho.

mas, que cierto si su Majestad no me hubiera dado á entender por qué modos y maneras se puede algo decir, yo no supiera.

Consideremos ahora que esta agua postrera, que hemos dicho, es tan copiosa, que si no es por no lo consentir la tierra, podemos creer, que se está con nosotros esta nube de la gran Majestad acá en esta tierra. Mas cuando este gran bien agradecemos, acudiendo con obras segun nuestras fuerzas, coge el Señor el alma digamos ahora, á manera que las nubes cogen los vapores de la tierra y levántala toda della; y sube la nube al cielo, y llévala consigo, comiénzala á mostrar cosas del reino que le tiene aparejado. No sé si la comparacion cuadra; mas en hecho de verdad ello pasa así. En estos arrobamientos parece no anima el alma en el cuerpo, y así se siente muy sentido, faltar de él el calor natural: vase enfriando, aunque con grandísima suavidad y deleite.

Aquí no hay remedio de resistir, que en la union, como estamos en nuestra tierra, remedio hay: aunque con pena y fuerza resistirse puede casi siempre. Acá las más veces ningun remedio hay, sino que muchas, sin prevenir el pensamiento ni ayuda ninguna, viene un ímpetu tan acelerado y fuerte, que veis y sentís levantarse esta nube, ó esta águila caudalosa y cogeros con sus alas.

Y digo, que se entiende y veis os llevar, y no sabeis donde; porque aunque es con deleite, la flaque-

Coge el Señor el alma.

za de nuestro natural hace temer á los principios; y es menester ánima determinada y animosa, mucho más que para lo que queda dicho, para arriscarlo todo, venga lo que viniere, y dejarse en las manos de Dios, é ir adonde nos llevaren de grado, pues os llevan aunque os pese; y en tanto extremo, que muy muchas veces querria yo resistir, y pongo todas mis fuerzas, en especial algunas, que es en público, y otras hartas en secreto, temiendo ser engañada.

Algunas podia algo con gran quebrantamiento; como quien pelea contra un jayan fuerte quedaba despues cansada: otras era imposible, sino que me llevaba el alma, y áun casi ordinario la cabeza tras ella, sin poderla tener, y algunas todo el cuerpo, hasta levantarle. Esto ha sido pocas, porque como una vez fuese, adonde estábamos juntas en el coro, y yendo á comulgar, estando de rodillas, dábame mucha pena; porque me parecia cosa muy extraordinaria, y que habia de haber luégo mucha nota; y así mandé á las monjas (porque es ahora, despues que tengo oficio de priora) no lo dijesen. Mas otras veces, como comenzaba á ver que iba á hacer el Señor lo mismo, y una estando personas principales de señoras (que era la fiesta de la vocacion) en un sermon, tendíame en el suelo, y llegábanse á tenerme el cuerpo, y todavía se echaba de ver. Supliqué mucho al Señor que no quisiese ya darme más mercedes, que tuviesen muestras exteriores; porque yo estaba cansada ya de an-

dar en tanta cuenta, y que aquella merced no podia su Majestad hacérmela sin que se entendiese. Parece ha sido por su bondad servido de oirme, que nunca más hasta ahora la he tenido; verdad es que há poco.

Es así que me parecia, cuando queria resistir que desde debajo de los piés me levantaban fuerzas tan grandes, que no sé cómo lo comparar, que era con mucho más ímpetu, que estotras cosas de espíritu, y así quedaba hecha pedazos; porque es una pelea grande, y en fin aprovecha poco cuando el Señor quiere, que no hay poder contra su poder.

Otras veces es servido de contentarse con que veamos nos quiere hacer la merced, y que no queda por su Majestad; y resistiéndose por humildad, deja los mismos efectos, que si del todo se consintiese. Los que esto hacen son grandes; lo uno muéstrase el gran poder del Señor, y como no somos parte, cuando su Majestad quiere, de detener tampoco el cuerpo, como el alma, ni somos señores de ello, sino que mal que nos pese, vemos que hay superior, y que estas mercedes son dadas de él, y que de nosotros no podemos en nada, nada; y imprímese mucha humildad. Y áun yo confieso, que gran temor me hizo, al principio grandísimo; porque así levantar un cuerpo de la tierra, que aunque el espíritu le lleva tras sí, y es con suavidad grande, si no se resiste, no se pierde el sentido: al ménos yo estaba de manera en mí, que podia entender era llevada. Muéstrase una majestad de

quien puede hacer aquello, que espeluza los cabellos, y queda un gran temor de ofender á tan gran Dios. Este envuelto en grandísimo amor, que se cobra de nuevo, á quien vemos le tiene tan grande á un gusano tan podrido, que no parece se contenta con llevar tan de veras el alma á sí, sino que quiere el cuerpo, áun siendo tan mortal y de tierra tan sucia, como por tantas ofensas se ha hecho.

Tambien deja un desasimiento extraño, que yo no podré decir como es: paréceme que puedo decir es diferente en alguna manera. Digo más, que estotras cosas de solo espíritu, porque, ya que esten, cuanto á el espíritu, con todo desasimiento de las cosas; aquí parece quiere el Señor, que el mismo cuerpo lo ponga por obra; y hácese una extrañeza nueva para con las cosas de la tierra, que es muy más penosa la vida. Despues da una pena, que ni la podemos traer á nosotros, ni venida se puede quitar.

Yo quisiera harto dar á entender esta gran pena, y creo no podré, mas diré algo si supiere. Y háse de notar, que estas cosas son ahora muy á la postre, despues de todas las visiones y revelaciones que escribiré, y del tiempo que solia tener oracion, adonde el Señor me daba tan grandes gustos y regalos. Ahora ya que eso no cesa algunas veces, las más y lo más ordinario es esta pena, que ahora diré. Es mayor y menor. De cuando es mayor quiero ahora decir, porque aunque adelante diré de estos grandes ímpetus

que me daban, cuando me quiso el Señor dar los arrobamientos, no tienen más que ver, á mi parecer, que una cosa muy corporal á una muy espiritual, y creo no lo encarezco mucho. Porque aquella pena parece, aunque la siente el alma, es en compañía del cuerpo: entrambos parece participan de ella, y no es con el extremo de desamparo que en esta. Para la cual, como he dicho, no somos parte, sino muchas veces á deshora viene un deseo, que no sé cómo se mueve; y de este deseo, que penetra toda el alma en un punto, se comienza tanto á fatigar, que sube muy sobre sí, y de todo lo criado, y pónela Dios tan desierta de todas las cosas, que por mucho que ella trabaje, ninguna que le acompañe, le parece hay en la tierra, ni ella la querria; sino morir en aquella soledad. Que la hablen, y ella se quiera hacer toda la fuerza posible á hablar, aprovecha poco; que su espíritu, aunque ella más haga, no se quita de aquella soledad. Y con parecerme que está entónces lejísimo Dios, á veces comunica sus grandezas por un modo el más extraño que se puede pensar; y así no se sabe decir, ni creo lo creerá ni entenderá sino quien hubiera pasado por ello; porque no es la comunicacion para consolar, sino para mostrar la razon que tiene de fatigarse, de estar ausente de bien, que en sí tiene todos los bienes.

Con esta comunicacion crece el deseo y el extremo de soledad en que se ve con una pena tan delgada y penetrativa, que aunque el alma se estaba pues-

ta en aquel desierto, que al pié de la letra me parece se puede entónces decir (y por ventura lo dijo el real Profeta, estando en la misma soledad, sino que como á santo se la daria el Señor á sentir en más escesiva manera). *Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto* (1). Y así se me representa este verso entónces, que me parece lo veo yo en mí; y consuélame ver que han sentido otras personas tan gran extremo de soledad, cuanto más tales. Así parece está el alma, no en sí, sino en el tejado ó techo de sí misma, y de todo lo criado; porque áun encima de lo muy superior del alma me parece que está.

Otras veces parece anda el alma como necesitadísima diciendo y preguntando á sí misma: ¿Dónde está tu Dios? Y es de mirar, que el romance de estos versos, yo no sabía bien el que era, y despues que lo entendia me consolaba de ver qne me los habia traido el Señor á la memoria sin procurarlo yo. Otras me acordaba de lo que dice San Pablo, que está crucificado al mundo. No digo yo que sea esto así, que ya lo veo; mas parece que está así el alma, que ni del cielo le viene consuelo, ni está en él, ni de la tierra le quiere, ni está en ella, sino como crucificada entre el cielo y la tierra, padeciendo, sin venirle socorro de ningun cabo. Porque el que le viene del cielo (que

(1) En el original dice: *Vigilaui et factus sum sicud passer solitarivs in tecto.*

es como he dicho una noticia de Dios tan admirable, muy sobre todo lo que podemos desear) es para más tormento; porque acrecienta el deseo de manera, que, á mi parecer, la gran pena algunas veces quita el sentido, sino que dura poco sin él. Parecen unos tránsitos de la muerte; salvo que trae consigo un tan gran contento este padecer, que no sé yo á qué lo comparar. Ello es un recio martirio sabroso, pues todo lo que se le puede representar á el alma de la tierra, aunque sea lo que le suele ser más sabroso, ninguna cosa admite, luégo parece lo lanza de sí. Bien entiende, que no quiere sino á su Dios; más no ama cosa particular de él, sino todo junto lo quiere y no sabe lo que quiere. Digo no sabe, porque no representa nada la imaginacion; ni á mi parecer, mucho tiempo de lo que está así, no obran las potencias: como en la union y arrobamiento el gozo, así aquí la pena las suspende.

¡Oh Jesus, quién pudiera dar á entender bien á vuesa merced esto, áun para que me dijera lo que es, porque es lo que ahora anda siempre mi alma! lo más ordinario, en viéndose desocupada, es puesta en estas ánsias de muerte, y teme cuando ve que comienzan, porque no se ha de morir; mas llegada á estar en ello, lo que hubiese de vivir, querria en este padecer. Aunque es tan excesivo, que el sujeto le puede mal llevar; y así algunas veces se me quitan todos los pulsos casi, segun dicen las que algunas veces se

llegan á mí de las hermanas, que ya más lo entienden, y las canillas muy abiertas y las manos tan yertas, que yo no las puedo algunas veces juntar; y así me queda dolor hasta otro dia en los pulsos y en el cuerpo, que parece me han descoyuntado. Yo bien pienso alguna vez ha de ser el Señor servido, si va adelante como ahora, que se acabe con acabar la vida que á mi parecer bastante es tan gran pena para ello, sino que no lo merezco yo. Toda la ansia es morirme entónces, ni me acuerdo de purgatorio, ni de los grandes pecados que he hecho, por donde merecia el infierno; todo se me olvida con aquella ansia de ver á Dios, y aquel desierto y soledad le parece mejor que toda la compañía del mundo. Si algo le podria dar consuelo, es tratar con quien hubiese pasado por este tormento, y ver, que aunque se queje dél, nadie le parece la ha de creer.

Tambien la atormenta, que esta pena es tan crecida, que no querria soledad como otras, ni compañía, sino con quien se pueda quejar. Es como uno que tiene la soga á la garganta y se está ahogando, que procura tomar huelgo: así me parece, que este deseo de compañía es de nuestra flaqueza; que como nos pone la pena en peligro de muerte (que esto si cierto hace, yo me he visto en este peligro algunas veces con grandes enfermedades y ocasiones, como he dicho, y creo podria decir, es este tan grande como todos) así el deseo que el cuerpo y alma tienen de no se

apartar, és el que pide socorro para tomar huelgo, y con decirlo y quejarse y divertirse, busca remedio para vivir muy contra voluntad del espíritu, ó de lo superior del alma, que no querria salir de esta pena.

No sé yo si atino á lo que digo, ó si lo sé decir, mas á todo mi parecer pasa así. Mire vuesa merced qué descanso puedo tener en esta vida; pues el que habia, que era la oracion y soledad (porque allí me consolaba el Señor) es ya lo más ordinario este tormento; y es tan sabroso, y ve el alma que es de tanto precio, que ya le quiere más que todos los regalos, que solia tener. Parécele más seguro, porque es camino de cruz, y en sí tiene un gusto muy de valor, á mi parecer, porque no participa con el cuerpo sino pena, y el alma es la que padece, y goza sola del gozo y contento que da este padecer. No sé yo cómo puede ser esto; mas así pasa, que á mi parecer, no trocaria esta merced, que el Señor me hace (que viene de su mano, y como he dicho, no nada adquirida de mí, porque es muy sobrenatural) por todas las que despues diré; no digo juntas, sino tomada cada una por sí. Y no se deje de tener acuerdo, que, digo, que estos ímpetus es despues de las mercedes, que aquí van, que me ha hecho el Señor, despues de todo lo que va escrito en este libro y en lo que ahora me tiene el Señor.

Estando yo á los principios con temor (como me acaece casi en cada merced que me hace el Señor,

hasta que con ir adelante su Majestad asegura) me dijo, que no temiese, y que tuviese en más esta merced, que todas las que me habia hecho; que en esta pena se purificaba el alma, y se labra ó purifica, como el oro en el crisol, para poder mejor poner los esmaltes de sus dones, y que se purgaba allí lo que habia de estar en purgatorio. Bien entendia yo, era gran merced, mas quedé con mucha más seguridad, y mi confesor me dice que es bueno. Y aunque yo temí, por ser yo tan ruin, nunca podia creer que era malo, ántes el muy soberano bien me hacía temer, acordándome cuán mal lo tengo merecido. Bendito sea el Señor que tan bueno es, amen. Parece, que he salido de propósito, porque comencé á decir de arrobamientos, y esto que he dicho, aún es más que arrobamiento, y así deja los efectos que he dicho.

Ahora tornemos á arrobamiento, de lo que en ellos es más ordinario. Digo, que muchas veces me parecia me dejaba el cuerpo tan ligero, que toda la pesadumbre de él me quitaba, y algunas era tanto, que casi no entendia poner los piés en el suelo. Pues cuando está en el arrobamiento el cuerpo queda como muerto, sin poder nada de sí muchas veces, y como le toma se queda siempre, si sentado, si las manos abiertas, si cerradas. Porque, aunque pocas veces se pierde el sentido, algunas me ha acaecido á mí perderle del todo, pocas y poco rato; mas lo ordinario es, que se turba, y aunque no puede hacer nada de sí cuanto á

lo exterior, no deja de entender y oir como cosa de léjos. No digo que entiende y oye, cuando está en lo subido de él (digo subido, en los tiempos que se pierden las potencias, porque están muy unidas con Dios, que entónces no ve, ni oye, ni siente, á mi parecer); mas, como dije en la oracion de union pasada, este transformamiento del alma del todo en Dios, dura poco; mas eso que dura, ninguna potencia se siente ni sabe lo que pasa allí. No debe ser para que se entienda miéntras vivimos en la tierra, al ménos no lo quiere Dios, que no debemos de ser capaces para ello. Yo esto he visto por mí.

Diráme vuesa merced que ¿cómo dura alguna vez tantas horas el arrobamiento? Y muchas veces lo que pasa por mí es, que como dije en la oracion pasada, gózase con intervalos, muchas veces se engolfa el alma ó la engolfa el Señor en sí, por mejor decir, y teniéndola así un poco, quédase con sola la voluntad. Paréceme, es este bullicio de estotras dos potencias, como el que tiene una lengüecilla de estos relojes de sol, que nunca para; mas cuando el sol de justicia quiere, hácelas detener. Esto digo, que es poco rato, mas como fué grande el ímpetu y levantamiento de espíritu, y aunque éstas tornen á bullirse, queda engolfada la voluntad, y hace como señora del todo aquella operacion en el cuerpo; porque ya que las otras dos potencias bullidoras las quieran estorbar, de los enemigos los ménos, no la estorben tambien

los sentidos; y así hace, que estén suspendidos, porque lo quiere así el Señor. Y por la mayor parte están cerrados los ojos, aunque no queramos cerrarlos; y si abiertos alguna vez, como ya dije, no atina ni advierte lo que ve.

Aquí pues es mucho ménos lo que puede hacer de sí, para que cuando se tornaren las potencias á juntar, no haya tanto que hacer. Por eso, á quien el Señor diere esto, no se desconsuele, cuando se vea así atado el cuerpo muchas horas, y á veces el entendimiento y memoria divertidos. Verdad es que lo ordinario es estar embebidas en alabanzas de Dios ó en querer comprender, ó entender lo que ha pasado por ellas; y áun para esto no están bien despiertas, sino como una persona que ha mucho dormido y soñado, y áun no acaba de despertar. Declárome tanto en esto, porque sé que hay ahora, áun en este lugar, personas á quien el Señor hace estas mercedes; y si los que las gobiernan no han pasado por esto, por ventura les parecerá que han de estar como muertas en arrobamiento, si no son letrados; y lastima lo que se padece con los confesores, que no lo entienden, como yo diré despues. Quizá yo no sé lo que digo: vuesa merced lo entenderá, si atino en algo, pues el Señor le haya dado experiencia de ello, aunque como no es de mucho tiempo, quizá no habrá mirádolo tanto como yo. Así, que aunque mucho lo procuro, por muchos ratos no hay fuerzas en el cuerpo para poder-

se menear: todas las llevó el alma consigo. Muchas veces queda sano el que estaba bien enfermo, y lleno de grandes dolores, y con más habilidad, porque es cosa grande lo que allí se da; y quiere el Señor algunas veces, como digo, lo goce el cuerpo; pues ya obedece á lo que quiere el alma. Despues que torna en sí, si ha sido grande el arrobamiento, acaece andar un dia ó dos y aun tres, tan absortas las potencias, ó como embobecidas, que no parece andan en sí.

Aquí es la pena de haber de tornar á vivir, aquí le nacieron las alas para bien volar: ya se le ha caido el pelo malo. Aquí se levanta ya del todo la bandera por Cristo, que no parece otra cosa, sino que este alcaide de esta fortaleza se sube, ó le suben á la torre más alta, á levantar la bandera por Dios. Mira á los de abajo, como quien está en salvo, ya no teme los peligros, ántes los desea; como á quien por cierta manera se le da allí seguridad de la victoria. Vése aquí muy claro en lo poco que todo lo de acá se ha de estimar y lo no nada que es. Quien está de lo alto alcanza muchas cosas. Ya no quiere querer, ni tener otra voluntad, sino hacer la de Nuestro Señor, y así se lo suplica: dale las llaves de su voluntad. Héle aquí el hortelano hecho alcaide, no quiere hacer cosa, sino la voluntad del Señor; ni serlo él de sí, ni de nada, ni de un pero de esta huerta, sino que si algo bueno hay en ella, lo reparta su Majestad, que de

aquí adelante no quiere cosa propia, sino que haga de todo conforme á su gloria y á su voluntad. Y en hecho de verdad pasa así todo esto, si los arrobamientos son verdaderos, que queda el alma con los efectos y aprovechamiento que queda dicho; y si no son éstos, dudaria yo mucho serlos de parte de Dios, ántes temeria no sean los arrobamientos, que dice San Vicente. Esto entiendo yo y he visto por experiencia, quedar aquí el alma señora de todo, y con libertad en una hora y ménos, que ella no se puede conocer. Bien ve que no es suyo, ni sabe cómo se le dió tanto bien, mas entiende claro el grandísimo provecho, que cada rapto de éstos trae. No hay quien lo crea, si no ha pasado por ello; y así no creen á la pobre alma, como la han visto ruin, y tan presto la ven pretender cosas tan animosas; porque luégo da en no se contentar con servir en poco al Señor, sino en lo más que ella puede. Piensan es tentacion y disparate. Si entendiesen no nace de ella, sino del Señor, á quien ya ha dado las llaves de su voluntad, no se espantarian. Tengo para mí que un alma que llega á este estado, que ya ella no habla ni hace cosa por sí, sino que de todo lo que ha de hacer, tiene cuidado este soberano rey. ¡Oh, válame Dios, qué claro se ve aquí la declaracion del verso y cómo se entiende tenía razon, y la tendrán todos, de pedir alas de paloma! Entiéndese claro, es vuelo el que da el espíritu, para levantarse de todo lo criado, y de sí mismo el

primero; mas es vuelo suave, es vuelo deleitoso, vuelo sin ruido.

¡Qué señorío tiene un alma, que el Señor llega aquí, que lo mire todo sin estar enredada en ello! Qué corrida está del tiempo que lo estuvo! ¡Qué espantada de su ceguedad! ¡Qué lastimada de los que están en ella, en especial si es gente de oracion, y á quien Dios ya regala! Querria dar voces, para dar á entender qué engañados están; y áun así lo hace algunas veces, y lluévenle en la cabeza mil persecuciones. Tiénenla por poco humilde, y que quiere enseñar á de quien habia de aprender; en especial si es mujer. Aquí es el condenar y con razon, porque no saben el ímpetu que la mueve, que á veces no se puede valer, ni puede sufrir no desengañar á los que quiere bien, y desea ver sueltos de esta cárcel de esta vida, que no es ménos, ni le parece ménos, en la que ella ha estado.

Fatígase del tiempo en que miró puntos de honra, y en el engaño que traia de creer que era honra lo que el mundo llama honra; ve que es grandísima mentira, y que todos andamos en ella. Entiende que la verdadera honra no es mentirosa, sino verdadera, teniendo en algo lo que es algo, y lo que es nada tenerlo en no nada, pues todo es nada, y ménos que nada lo que se acaba y no contenta á Dios. Ríese de sí, del tiempo que tenía en algo los dineros y codicia de ellos, aunque en esto nunca creo, y es así verdad, confesé

culpa; harta culpa era tenerlos en algo. Si con ellos se pudiera comprar el bien que ahora veo en mí, tuviéralos en mucho; mas ve que este bien se gana con dejarlo todo.

¿Qué es esto que se compra con estos dineros que deseamos? Es cosa de precio? Es cosa durable? ¿O para qué la queremos? Negro descanso se procura, que tan caro cuesta. Muchas veces se procura con ellos el infierno, y se compra fuego perdurable y pena sin fin. ¡Oh, si todos diesen en tenerlos por tierra sin provecho, qué concertado andaria el mundo, qué sin tráfagos! ¡Con qué amistad se tratarian todos, si faltase intéres de honra y de dineros! Tengo para mí se remediaria todo.

Ve de los deleites tan gran ceguedad, y como con ellos compra trabajo, áun para esta vida y desasosiego. Qué inquietud! Qué poco contento! ¡Qué trabajar en vano! Aquí no sólo las telarañas ve de su alma, y las faltas grandes, sino un polvito que haya por pequeño que sea, porque el sol está muy claro: y así por mucho que trabaje un alma en perfeccionarse, si de veras la coge este sol, toda se ve muy turbia. Es como el agua que está en un vaso, que si no le da el sol, está muy claro, y si da en él, vése que está todo lleno de motas. Al pié de la letra es esta comparacion; ántes de estar el alma en este éxtasis, parécele que trae cuidado de no ofender á Dios, y que conforme á sus fuerzas hace lo que puede: mas llegada aquí,

que le da este sol de justicia, que la hace abrir los ojos, ve tantas motas, que los querria tornar á cerrar. Porque áun no es tan hijo de esta águila caudalosa, que pueda mirar este sol de hito en hito; mas por poco que los tenga abiertos, vese toda turbia. Acuérdase del verso, que dice: ¿Quién será justo delante de tí? Cuando mira este divino sol, deslúmbrale la claridad; como se mira á sí, el barro la atapa los ojos, ciega está esta palomita: así acaece muy muchas veces quedarse así ciega del todo, absorta, espantada, desvanecida de tantas grandezas como ve. Aquí se gana la verdadera humildad, para no se le dar nada de decir bienes de sí, ni que lo digan otros. Reparte el Señor de el huerto la fruta y no ella; y así no se pega nada á las manos; todo el bien que tiene, va guiado á Dios: si algo dice de sí, es para su gloria. Sabe que no tiene nada ella allí; y aunque quiera no puede ignorarlo, porque lo ve por vista de ojos; mal que le pese, se los hacen cerrar á las cosas del mundo, y que los tenga abiertos para entender verdades.

CAPÍTULO XXI.

Prosigue y acaba este postrer grado de oracion; dice lo que siente el alma que está en él de tornar á vivir en el mundo, y de la luz que da el Señor de los engaños de él: tiene buena doctrina.

Pues acabando en lo que iba, digo, que no há menester aquí consentimiento de esta alma: ya se le tiene dado, y sabe que con voluntad se entregó en sus manos, y que no le puede engañar, porque es sabedor de todo. No es como acá, que está toda la vida llena de engaños y dobleces: cuando pensais teneis una voluntad ganada, segun lo que os muestra, venís á entender, que todo es mentira. No hay ya quien viva en tanto tráfago, en especial si hay algun punto de interes. Bienaventurada alma que la trae el Señor á entender verdades. ¡Oh, qué estado éste para los reyes! ¡Cómo les valdria mucho más procurarlo, que no gran señorío! Qué rectitud habria el reino! Qué de males se excusarian, y habrian excusado! Aquí no se teme perder vida, ni honra por amor de Dios.

¡Qué gran bien éste para quien está más obligado á mirar la honra del Señor, que todos los que son ménos, pues han de ser los reyes á quien sigan! Por un punto de aumento en la fe, y de haber dado luz en algo á los hereges, perderia mil reinos, y con razon: otro ganar es un reino, que no se acaba, que con sólo una gota que gusta un alma de esta agua de él, parece asco todo lo de acá. Pues cuando fuere estar engolfada en todo, qué será? Oh Señor! si me diérades estado para decir á voces esto, no me creyeran (como hacen á muchos que lo saben decir de otra suerte que yo) mas al ménos satisfaciérame yo. Paréceme que tuviera en poco la vida, por dar á entender una sola verdad de éstas, no sé despues lo que hiciera, que no hay que fiar de mí: con ser la que soy me dan grandes ímpetus por decir esto á los que mandan, que me deshacen. De que no puedo más, tórnome á vos, Señor mio, á pediros remedio para todo; y bien sabeis vos, que muy de buena gana me desposeeria yo de las mercedes que me habeis hecho, con quedar en estado que nos ofendiese, y las daria á los reyes; porque sé que sería imposible consentir cosas que ahora se consienten, ni dejar de haber grandísimos bienes. Oh Dios mio! Dadles á entender á lo que están obligados; pues los quisistes vos señalar en la tierra de manera, que áun he oido decir, hay señales en el cielo, cuando llevais á alguno; que, cierto, cuando pienso esto, me hace devocion, que querais vos, Rey

mio, que hasta en esto entiendan os han de imitar en vida; pues en alguna manera hay señal en el cielo, como cuando moristes vos, en su muerte.

Mucho me atrevo; rómpalo vuesa merced si mal le parece; y crea se lo diria mejor en presencia, si pudiese, ó pensase me han de creer, porque los encomiendo á Dios mucho, y querria me aprovechase. Todo lo hace aventurar la vida, que deseo muchas veces estar sin ella, y era por poco precio, aventurar á ganar mucho; porque no hay ya quien viva, viendo por vista de ojos el gran engaño en que andamos, y la ceguedad que traemos.

Llegada un alma aquí, no es sólo deseos lo que tiene por Dios: su Majestad la da fuerzas para ponerlos por obra. No se le pone cosa delante, en que piense le sirve, á que no se abalance, y no hace nada, porque, como digo, ve claro, que no es todo nada, sino contentar á Dios. El trabajo es, que no hay que se ofrezca á las que son de tan poco provecho como yo. Sed vos, Bien mio, servido; venga algun tiempo en que yo pueda pagar algun cornado de lo mucho que os debo. Ordenad vos, Señor, como fuéredes servido, como esta vuestra sierva os sirva en algo. Mujeres eran otras, y han hecho cosas heróicas por amor de vos; yo no soy para más de parlar, y así no quereis vos, Dios mio, ponerme en obras: todo se va en palabras y deseos, cuanto he de servir, y áun para esto no tengo libertad, porque por ven-

tura faltara en todos. Fortaleced vos mi alma, y disponedla primero bien de todos los bienes, y Jesus mio, y ordenad luégo modos como haga algo por vos, que no hay ya quien sufra recibir tanto y no pagar nada: cueste lo que costare, Señor, no querais que vaya delante de vos tan vacías las manos, pues conforme á las obras se ha de dar el premio. Aquí está mi vida; aquí está mi honra y mi voluntad: todo os lo he dado, vuestra soy, disponed de mí conforme á la vuestra. Bien veo yo, mi Señor, lo poco que puedo; mas llegada á vos, subida en esta atalaya, adonde se ven verdades, no os apartando de mí, todo lo podré, que si os apartais, por poco que sea, iré adonde estaba, que era á el infierno.

¡Oh, qué es un alma que se ve aquí, haber de tornar á tratar con todos, á mirar y ver esta farsa de esta vida tan mal concertada, á gastar el tiempo en cumplir con el cuerpo, durmiendo y comiendo! Todo la cansa, no sabe cómo huir, vese en cadena y presa: entónces siente más verdaderamente el cautiverio, que traemos con los cuerpos, y la miseria de la vida. Conoce la razon que tenía San Pablo de suplicar á Dios le librase de ella; da voces con él, pide á Dios libertad, como otras veces he dicho; mas aquí es con tan gran ímpetu muchas veces, que parece se quiere salir el alma del cuerpo á buscar esta libertad, ya que no la sacan. Anda como vendida en tierra ajena; y lo que más le fatiga es no hallar muchos que se

quejen con ella, y pidan esto, sino lo más ordinario es desear vivir. ¡Oh, si no estuviésemos asidos á nada, ni tuviésemos puesto nuestro contento en cosa de la tierra, cómo la pena que nos daria vivir siempre sin él, templaria el miedo de la muerte con el deseo de gozar de la vida verdadera!

Considero algunas veces, cuando una como yo, por haberme el Señor dado esta luz con tan tibia caridad, y tan incierto el descanso verdadero, por no lo haber merecido mis obras, siento tanto verme en este destierro muchas veces, ¿qué sería el sentimiento de los santos? Qué debia de pasar San Pablo y la Magdalena, y otros semejantes, en quien tan crecido estaba este fuego de amor de Dios? Debia ser un continuo martirio. Paréceme que quien me da algun alivio, y con quien descanso de tratar, son las personas que hallo de estos deseos: digo, deseos con obras; digo con obras, porque hay algunas personas, que á su parecer están desasidas, y así lo publican (y habia ello de ser, pues su estado lo pide, y los muchos años que há que algunas han comenzado camino de perfeccion) mas conoce bien esta alma desde muy léjos, lo que lo son de palabras, ó los que ya estas palabras han confirmado con obras; porque tiene entendido el poco provecho que hacen los unos, y el mucho los otros: y es cosa, que quien tiene experiencia, lo ve muy claramente.

Pues dicho ya estos efectos que hacen los arroba-

mientos, que son de espíritu de Dios. Verdad es, que hay más ó ménos: digo ménos, porque á los principios, aunque hace estos efectos, no están experimentados con obras, y no se puede así entender que los tiene; y tambien va creciendo la perfeccion y procurando no haya memoria de telaraña, y esto requiere algun tiempo; y mientras más crece el amor y humildad en el alma, mayor olor dan de sí estas flores de virtudes para sí y para los otros. Verdad es que de manera puede obrar el Señor en el alma en un rapto de estos, que quede poco que trabajar á el alma en adquirir perfeccion, porque no podrá nadie creer, si no lo experimenta, lo que el Señor la da aquí; que no hay diligencia nuestra, que á esto llegue, á mi parecer. No digo que con el favor del Señor, ayudándose muchos años, por los términos que escriben los que han escrito de oracion, principios y medios, no llegarán á la perfeccion y desasimiento mucho con hartos trabajos, mas no en tan breve tiempo, como sin ninguno nuestro obra el Señor aquí, y determinadamente saca el alma de la tierra, y le da señorío sobre lo que hay en ella, aunque en esta alma no haya más merecimientos que habia en la mia, que no lo puedo más encarecer, porque era casi ninguno. El por qué lo hace su Majestad, es porque quiere, y, como quiere hácelo, y aunque no haya en ella disposicion, la dispone para recibir el bien que su Majestad le da. Así que no todas veces los da, porque se

lo han merecido en granjear bien el huerto, aunque es muy cierto á quien esto hace bien y procura desasirse, no dejar de regalarle, sino que es su voluntad mostrar su grandeza algunas veces en la tierra, que es más ruin, como tengo dicho, y disponerla para todo bien; de manera, que parece no es ya parte en cierta manera, para no tornar á vivir en las ofensas de Dios que solia.

Tiene el pensamiento tan habituado á entender lo que es verdadera verdad, que todo lo demas le parece juego de niños. Ríese entre sí algunas veces cuando ve á personas graves de oracion y religion, hacer mucho caso de unos puntos de honra, que esta alma tiene ya debajo de los piés. Dicen que es discrecion y autoridad de su estado, para más aprovechar: sabe ella muy bien que aprovecharian más en un dia, que pospusiesen aquella autoridad de estado por amor de Dios, que con ella en diez años. Así vive vida trabajosa y siempre con cruz, mas va en gran crecimiento: cuando parece á los que las tratan están muy en la cumbre, desde há poco están muy más mejoradas, porque siempre las va favoreciendo más. Dios es alma suya, es el que la tiene ya á cargo, y así le luce; porque parece asistentemente la está siempre guardando, para que no le ofenda, y favoreciendo y despertando, para que le sirva. En llegando mi alma á que Dios la hiciese esta tan gran merced, cesaron mis males, y me dió el Señor fortaleza para salir de ellos,

y no me hacía más estar en las ocasiones, y con gente que me solia distraer, que si no estuviera; ántes me ayudaba lo que me solia dañar: todo me era medios para conocer más á Dios y amarle, y ver lo que le debia y pesarme de la que habia sido.

Bien entendia yo no venia aquello de mí, ni lo habia ganado con mi diligencia, que áun no habia habido tiempo para ello: su Majestad me habia dado fortaleza para ello por su sola bondad. Hasta ahora, desde que me comenzó el Señor á hacer esta merced, de estos arrobamientos, siempre ha ido creciendo esta fortaleza, y por su bondad me ha tenido de su mano, para no tornar atras; ni me parece como es así, hago nada casi de mi parte, sino que entiendo claro el Señor es el que obra: y por esto me parece, que á alma que el Señor hace estas mercedes, que yendo con humildad y temor, siempre entendiendo el mismo Señor lo hace, y nosotros casi no nada, que se podrá poner entre cualquiera gente, aunque sea más distraida y viciosa, no le hará al caso, ni moverá en nada; ántes como he dicho, le ayudará, y serle há modo para sacar muy mayor aprovechamiento. Son ya almas fuertes que escoge el Señor para aprovechar á otras: aunque esta fortaleza no viene de sí, de poco en poco, en llegando el Señor aquí un alma, le va comunicando muy grandes secretos. Aquí son las verdaderas revelaciones en este éxtasis, y las grandes mercedes y visiones, y todo aprovecha para humillar

y fortalecer el alma, y que tenga en ménos las cosas de esta vida, y conozca más claro las grandezas del premio, que el Señor tiene aparejado á los que le sirven. Plega á su Majestad sea alguna parte la grandísima largueza que con esta miserable pecadora ha tenido, para que se esfuercen y animen los que esto leyeren, á dejarlo todo del todo por Dios; pues tan cumplidamente paga su Majestad, que áun en esta vida se ve claro el premio, y la ganancia que tienen los que le sirven; qué será en la otra?

CAPÍTULO XXII.

En que trata cuán seguro camino es para los contemplativos no levantar el espíritu á cosas altas, si el Señor no le levanta; y cómo ha de ser el medio para la más subida contemplacion la humanidad de Cristo. Dice de un engaño en que ella estuvo un tiempo. Es muy provechoso este capítulo.

Una cosa quiero decir, á mi parecer importante, que si á vuesa merced le parece bien, servirá de aviso, que podria ser haberle menester; porque en algunos libros que están escritos de oracion, tratan, que aunque el alma no puede por sí llegar á este estado, porque es todo obra sobrenatural, que el Señor obra en ella, que podrá ayudarse levantando el espíritu de todo lo criado, y subiéndole con humildad despues de muchos años, que haya ido por la vida purgativa, y aprovechando por la iluminativa (no sé yo bien por qué dicen iluminativa; entiendo que de los que van aprovechando) y avisan mucho, que aparten de sí toda imaginacion corpórea y que se alleguen á contemplar en la divinidad; porque dicen, que aunque

sea la humanidad de Cristo, á los que llegan ya tan adelante, que embaraza ó impide á la más perfecta contemplacion. Traen lo que dijo el Señor á los apóstoles, cuando la venida del Espíritu Santo (digo cuando subió á los cielos), para este propósito. Paréceme á mí, que si tuvieran la fe, como la tuvieron despues que vino el Espíritu Santo, de que era Dios y hombre, no les impidiera; pues no se dijo esto á la madre de Dios, aunque le amaba más que todos. Porque les parece, que como esta obra toda es espíritu, que cualquiera cosa corpórea la puede estorbar ó impedir; y que considerarse en cuadrada manera y que está Dios de todas partes, y verse engolfado en él, es lo que han de procurar. Esto bien me parece á mí algunas veces; mas apartarse del todo de Cristo, y que entre en cuenta este divino cuerpo con nuestras miserias, ni con todo lo criado, no lo puedo sufrir. Plega á su Majestad que me sepa dar á entender. Yo no lo contradigo, porque son letrados y espirituales, y saben lo que dicen, y por muchos caminos y vias lleva Dios las almas, como ha llevado la mia; quiero yo ahora decir (en lo demas no me entremeto) y en el peligro en que me vi, por querer conformarme con lo que leia. Bien creo, que quien llegare á tener union, y no pasare adelante (digo arrobamientos y visiones y otras mercedes, que hace Dios á las almas) que tendria lo dicho por lo mejor, como yo lo hacía; y si me hubiera estado en ello, creo nunca hubiera llegado

á lo que ahora; porque á mi parecer es engaño: ya puede ser yo sea la engañada, mas diré lo que me acaeció.

Como yo no tenía maestro y leia en estos libros, por donde poco á poco yo pensaba entender algo (y despues entendí, que si el Señor no me mostrara, yo pudiera poco con los libros deprender; porque no era nada lo que entendia, hasta que su Majestad por experiencia me lo daba á entender, ni sabía lo que hacía) en comenzando á tener algo de oracion sobrenatural, digo de quietud, procuraba desviar toda cosa corpórea; aunque ir levantando el alma yo no osaba, que como era siempre tan ruin, veia que era atrevimiento. Mas pareciame sentir la presencia de Dios, como es así, y procuraba estarme recogida con El; y es oracion sabrosa, si Dios allí ayuda, y el deleite mucho: y como se ve aquella ganancia y aquel gusto, ya no habia quien me hiciese tornar á la humanidad, sino que en hecho de verdad me parecia me era impedimento. ¡Oh Señor de mi alma y bien mio Jesucristo crucificado! no me acuerdo vez de esta opinion que tuve, que no me da pena; y me parece que hice una gran traicion, aunque con ignorancia.

Habia sido yo tan devota toda mi vida de Cristo; porque esto era ya á la postre; digo á la postre, de ántes que el Señor me hiciese estas mercedes de arrobamientos y visiones. Duró muy poco estar en esta opinion, y así siempre tornaba á mi costumbre de hol-

garme con este Señor. En especial cuando comulgaba, quisiera yo siempre traer delante de los ojos su retrato é imágen, ya que no podia traerle tan esculpido en mi alma, como yo quisiera. ¿Es posible, Señor mio, que cupo en mi pensamiento, ni una hora, que vos me habíades de impedir para mayor bien? De dónde vinieron á mí todos los bienes, sino de vos? No quiero pensar, que en esto tuve culpa, porque me lastimo mucho, que cierto era ignorancia; y así quisísteis vos, por vuestra bondad, remediarla, con darme quien me sacase de este yerro; y despues con que os viese yo tantas veces, como adelante diré, para que más claro entendiese cuán grande era, y que lo dijese á muchas personas que lo he dicho, y para que lo pusiese ahora aquí. Tengo para mí, que la causa de no aprovechar más muchas almas, y llegar á muy gran libertad de espíritu, cuando llegan á tener oracion de union, es por esto.

Paréceme que hay dos razones en que puedo fundar mi razon, y quizá no digo nada, mas lo que dijere hélo visto por experiencia, que se hallaba muy mal mi alma, hasta que el Señor la dió luz. Porque todos sus gozos eran á sorbos, y salida de allí no se hallaba con la compañía que despues, para los trabajos y tentaciones. La una es, que va un poco de poca humildad tan solapada y escondida, que no se siente. ¿Y quién será el soberbio y miserable, como yo, que cuando hubiera trabajado toda su vida con cuantas pe-

nitencias y oraciones y persecuciones se pudieren imaginar, no se halle por muy rico y muy bien pagado, cuando le consienta el Señor estar al pié de la Cruz con San Juan? No sé en qué seso cabe no se contentar con esto, sino en el mio, que de todas maneras fué perdido en lo que habia de ganar. Pues si todas veces la condicion ó enfermedad, por ser penoso pensar en la Pasion, no se sufre, ¿quién nos quita estar con él despues de resucitado, pues tan cerca le tenemos en el sacramento, donde ya está glorificado, y no le miraremos tan fatigado y hecho pedazos, corriendo sangre, cansado por los caminos, perseguido de los que hacía tanto bien, no creido de los apóstoles? Porque, cierto, no todas veces hay quien sufra pensar tantos trabajos como pasó.

Héle aquí sin pena, lleno de gloria, esforzando á los unos, animando á los otros, ántes que subiese á los cielos. Compañero nuestro en el Santísimo Sacramento, que no parece fué en su mano apartarse un momento de nosotros. ¿Y que haya sido en la mia, apartarme yo de vos, Señor mio, por más serviros? Que ya cuando os ofendia, no os conocia: ¿mas que conociéndoos, pensase ganar más por este camino? ¡Oh qué mal camino llevaba, Señor! Ya me parece iba sin camino, si vos no me tornárades á él, que en veros cabe mí, he visto todos los bienes. No me ha venido trabajo, que mirándoos á vos, cual estuvistes delante de los jueces, no se me haga bueno de sufrir. Con tan

buen amigo presente, con tan buen capitan, que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir. Él ayuda y da esfuerzo, nunca falta, es amigo verdadero; y veo yo claro, y he visto despues, que para contentar á Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta Humanidad sacratísima, en quien dijo su Majestad se deleita. Muy muchas veces lo he visto por experiencia: hámelo dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos.

Así que vuesa merced, Señor, no quiera otro camino, aunque esté en la cumbre de contemplacion: por aquí va seguro. Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes, él le enseñará; mirando su vida, es el mejor dechado. ¿Qué más queremos de un tan buen amigo al lado, que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones, como hacen los del mundo? Bienaventurado quien de verdad le amare y siempre le trajere cabe de sí. Miremos al glorioso San Pablo, que no parece se le caia de la boca siempre Jesus, como quien le tenía bien en el corazon. Yo he mirado con cuidado, despues que esto he entendido, de algunos santos, grandes contemplativos, y no iban por otro camino. San Francisco da muestras de ello en las llagas. San Antonio de Padua en el niño. San Bernardo se deleitaba en la humanidad, Santa Catalina de Sena, otros muchos, que vuesa merced sabrá me-

jor que yo. Esto de apartarse de lo corpóreo bueno debe de ser cierto (1), pues gente tan espiritual lo dice; mas á mi parecer, ha de ser estando el alma muy aprovechada; porque hasta esto, está claro se ha de buscar el Criador por las criaturas. Todo es como la merced el Señor hace á cada alma, en eso no me entremeto. Lo que querria dar á entender es, que no ha de entrar en esta cuenta la sacratísima humanidad de Cristo. Y entiéndase bien este punto, que querria saberme declarar.

Cuando Dios quiere suspender todas las potencias (como en los modos de oracion que quedan dichos hemos visto) claro está, que aunque no queramos, se quita esta presencia. Entónces vaay enhorabuena: dichosa tal pérdida, que es para gozar más de lo que nos parece se pierde; porque entónces se emplea el alma toda en amar á quien el entendimiento ha trabajado conocer, y ama lo que no comprendió, y goza de lo que no pudiera tambien gozar, si no fuera perdiéndose á sí, para, como digo, más ganarse. Mas que nosotros de maña, y con cuidado nos acostumbremos á no procurar con todas nuestras fuerzas traer delante siempre (y pluguiese al Señor fuese siempre) esta sacratísima Humanidad, esto digo, que no me parece bien, y que es andar el alma en el aire, como di-

(1) La palabra *cierto* en este y en otros pasajes viene á ser adverbio y equivale á decir *ciertamente*.

cen; porque parece no trae arrimo, por mucho que le parezca anda llena de Dios. Es gran cosa, miéntras vivimos y somos humanos, traerle humano; que este es el otro inconveniente, que digo hay. El primero, ya comencé á decir, es un poco de falta de humildad, de quererse levantar el alma, hasta que el Señor la levante, y no contentarse con mediar cosa tan preciosa, y querer ser María, ántes que haya trabajado con Marta. Cuando el Señor quiere que lo sea, aunque sea desde el primer dia, no hay que temer; mas comidámonos nosotros, como ya creo otra vez he dicho. Esta motita de poca humildad, aunque no parece es nada, para querer aprovechar en la contemplacion, hace mucho daño.

Tornando al segundo punto, nosotros no somos ángeles, sino tenemos cuerpo: querernos hacer ángeles estando en la tierra, y tan en la tierra como yo estaba, es desatino, sino que ha menester tener arrimo el pensamiento para lo ordinario, ya que algunas veces el alma salga de sí, ó ande muchas tan llena de Dios, que no haya menester cosa criada para recogerla. Esto no es tan ordinario, que en negocios y persecuciones y trabajos, cuando no se puede tener tanta quietud, y en tiempo de sequedades, es muy buen amigo Cristo, porque le miramos hombre, y vémosle con flaquezas y trabajos, y es compañía, y habiendo costumbre es muy fácil hallarle cabe sí; aunque veces vendrán, que ni lo uno ni lo otro no se pue-

da. Para esto es bien lo que ya he dicho, no nos mostrar á procurar consolaciones de espíritu, venga lo que viniere, abrazado con la cruz, es gran cosa. Desierto quedó este Señor de toda consolacion, solo le dejaron en los trabajos, no le dejemos nosotros, que para más subir, él nos dará mejor la mano que nuestra diligencia, y ausentará cuando viere que conviene y que quiere el Señor sacar el alma de sí, como he dicho.

Mucho contenta á Dios ver un alma, que con humildad pone por tercero á su hijo, y le ama tanto, que áun queriendo su Majestad subirle á muy gran contemplacion, como tengo dicho, se conoce por indino, diciendo con San Pedro: Apartáos de mí, Señor, que soy hombre pecador. Esto he probado: de este arte ha llevado Dios mi alma. Otros irán, como he dicho, por otro atajo; lo que yo he entendido es, que todo este cimiento de la oracion va fundado en humildad, y que miéntras más se abaja un alma en la oracion, más la sube Dios. No me acuerdo haberme hecho merced muy señalada, de las que adelante diré, que no sea estando deshecha de verme tan ruin; y áun procuraba darme su Majestad á entender cosas para ayudarme á conocerme, que yo no las supiera imaginar. Tengo para mí, que cuando el alma hace de su parte algo, para ayudarse en esta oracion de union, que aunque luego luego parece le aprovecha, que como cosa no fundada se tornará muy presto á caer; y

hé miedo, que nunca llegará á la verdadera pobreza de espíritu, que es no buscar consuelo ni gusto en la oracion, que los de la tierra ya están dejados, sino consolacion en los trabajos, por amor del que siempre vivió en ellos; y estar en ellos, y en las sequedades quieta, aunque algo se sienta, no para dar inquietud y la pena que algunas personas; que si no están siempre trabajando con el entendimiento y con tener devocion, piensan que va todo perdido, como si por su trabajo se mereciese tanto bien. No digo que no se procuren y estén con cuidado delante de Dios; mas que si no pudieren tener aún un buen pensamiento, como otra vez he dicho, que no se maten; siervos sin provecho somos; qué pensamos poder? Mas quiera el Señor que conozcamos esto, y andemos hechos asnillos, para traer la noria del agua, que queda dicha, que aunque cerrados los ojos y no entendiendo lo que hacen, sacarán más que el hortelano con toda su diligencia. Con libertad se ha de andar en este camino, puestos en las manos de Dios. Si su Majestad nos quiere subir á ser de los de su cámara y secreto, ir de buena gana; si no servir en oficios bajos y no sentarnos en el mejor lugar, como he dicho alguna vez. Dios tiene cuidado más que nosotros, y sabe para lo que es cada uno. ¿De qué sirve gobernarse á sí, quien tiene ya dada toda su voluntad á Dios? Á mi parecer muy ménos, se sufre aquí, que en el primer grado de la oracion, y mucho más daña:

son bienes sobrenaturales. Si uno tiene mala voz, por mucho que se esfuerce á cantar, no se le hace buena; si Dios quiere dársela, no ha él menester ántes dar dos voces: pues supliquemos siempre nos haga mercedes, rendida el alma, aunque confiada de la grandeza de Dios. Pues para que esté á los piés de Cristo le dan licencia, que procure no quitarse de allí, esté como quiera; imite á la Magdalena, que de que estuviere fuerte, Dios la llevará al desierto.

Así que vuesa merced, hasta que halle quien tenga pues experiencia que yo, y lo sepa mejor, estése más en esto. Si son personas que comienzan á gustar de Dios, no las crea, que les parece les aprovecha y gustan más ayudándose. ¡Oh, cuando Dios quiere, cómo viene al descubierto sin estas ayuditas, que aunque más hagamos, arrebata el espíritu, como un gigante tomaria una paja, y no basta resistencia! ¡Qué manera para creer que cuando él quiere, espera que vuele el sapo por sí mismo! Y áun más dificultoso y pesado me parece levantarse nuestro espíritu, si Dios no le levanta; porque está cargado de tierra y de mil impedimentos, y aprovéchale poco querer volar, que aunque es más su natural que el del sapo, está ya tan metido en el cieno, que lo perdió por su culpa. Pues quiero concluir con esto, que siempre que se piense de Cristo, nos acordemos del amor con que nos hizo tantas mercedes, y cuán grande nos le mostró Dios nuestro Señor en darnos tal prenda del que nos tiene,

que amor saca amor. Y aunque sea muy á los principios y nosotros muy ruines, procuremos ir mirando esto siempre y despertándonos para amar, porque si una vez nos hace el Señor merced, que se nos imprima en el corazon este amor, sernos há todo fácil, y obraremos muy en breve y muy sin trabajo. Dénosle su Majestad, pues sabe lo mucho que nos conviene, por el que él nos tuvo, y por su glorioso Hijo, á quien tan á su costa nos le mostró, amen.

Una cosa querria preguntar á vuesa merced; ¿cómo en comenzando el Señor á hacer mercedes á un alma tan subidas, como es ponerla en perfecta contemplacion, que de razon habia de quedar perfecta del todo luégo (de razon sí por cierto, porque quien tan gran merced recibe, no habia más de querer consuelos de la tierra) pues por qué en arrobamiento, y en cuanto está ya el alma más habituada á recibir mercedes, parece que trae consigo los efectos tan más subidos, y miéntras más, más desasida, pues en un punto que el Señor llega la puede dejar santificada, cómo despues andando el tiempo la deja el mismo Señor con perfeccion en las virtudes? Esto quiero yo saber, que no le sé: mas bien sé es diferente lo que Dios deja de fortaleza, cuando á el principio no dura más que cerrar y abrir los ojos, y casi no se siente sino en los efectos que deja, ó cuando va más á la larga esta merced. Y muchas veces paréceme á mí, si es el no se disponer del todo luégo el alma

hasta que el Señor poco á poco la cria, y la hace determinar y da fuerzas de varon, para que dé del todo con todo en el suelo, como lo hizo con la Magdalena con brevedad; hácelo en otras personas, conforme á lo que ellas hacen en dejar á su Majestad hacer; no acabamos de creer, que áun en esta vida da Dios ciento por uno.

Tambien pensaba yo esta comparacion, que puesto que sea todo uno lo que se da á los que más adelante van, que en el principio es como un manjar, que comen de él muchas personas, y las que comen poquito, quédales sólo buen sabor por un rato, las que más ayuda á sustentar: las que comen mucho, da vida y fuerza, y tantas veces se puede comer y tan cumplido de este manjar de vida, que ya no coman cosa que les sepa bien, sino él, porque ve el provecho que le hace; y tiene ya tan hecho el gusto á esta suavidad, que querria más no vivir, que haber de comer otras cosas, que no sean sino para quitar el buen saber, que el buen manjar dejó. Tambien una compañía santa no hace su conversacion tanto provecho de un dia, como de muchos, y tantos pueden ser los que estemos con ella, que seamos como ella, si nos favorece Dios. Y en fin todo está en lo que su Majestad quiere, y á quien quiere darlo, mas mucho va en determinarse, quien ya comienza á recibir esta merced, en desasirse de todo y tenerla en lo que es razon.

Tambien me parece que anda su Majestad á probar quien le quiere, sino uno sino otro, descubriendo quién es con deleite tan soberano, para avivar la fe, si está muerta, de lo que nos ha de dar, diciendo:—Mira que esto es una gota del mar grandísimo de bienes, por no dejar nada por hacer con los que ama, y como ve que le reciben, así, da y se da. Quiere á quien le quiere; ¡y qué bien querido, y qué buen amigo! ¡Oh Señor de mi alma, y quien tuviera palabras para dar á entender qué dais á los que se fian de vos, y qué pierden los que llegan á este estado, y se quedan consigo mismos! No querais vos esto, Señor; pues más que esto haceis vos, que os venís á una posada tan ruin como la mia. Bendito seais por siempre jamás. Torno á suplicar á vuesa merced, que estas cosas, que he escrito de oracion, si las tratare con personas espirituales, lo sean; porque si no saben más de un camino, ó se han quedado en el medio, no podrán así atinar. Y hay algunas, que desde luégo las lleva Dios por muy subido camino, y paréceles que así podrán los otros aprovechar allí, y quietar el entendimiento, y no se aprovechar de medios de cosas corpóreas, y quedarse tan secos como un palo: y algunos que hayan tenido un poco de quietud, luégo piensan, que como tienen lo uno, pueden hacer lo otro; y en lugar de aprovechar desaprovecharán, como he dicho. Así que en todo es menester esperiencia y discrecion. El Señor nos la dé por su bondad.

CAPÍTULO XXIII.

En que torna á tratar del discurso de su vida, y cómo comenzó á tratar de más perfeccion, y por qué medios: es provechoso para las personas, que tratan de gobernar almas que tienen oracion, saber cómo se han de haber en los principios, y el provecho que le hizo saberla llevar.

Quiero ahora tornar adonde dejé de mi vida, que me he detenido, creo más de lo que me habia de detener, porque se entienda mejor lo que está por venir. Es otro libro nuevo de aquí adelante, digo otra vida nueva: la de hasta aquí era mia, la que he vivido, desde que comencé á declarar estas cosas de oracion, es que vivia Dios en mí, á lo que me parecia; porque entiendo yo era imposible salir en tan poco tiempo de tan malas costumbres y obras. Sea el Señor alabado, que me libró de mí. Pues comenzando á quitar ocasiones, y á darme más á la oracion, comenzó el Señor á hacerme las mercedes, como quien deseaba, á lo que pareció, que yo las quisiese recibir. Comenzó su Majestad á darme muy de ordinario

oracion de quietud, y muchas veces de union, que duraba mucho rato. Yo, como en estos tiempos habian acaecido grandes ilusiones en mujeres, y engaños que las habia hecho el demonio, comencé á temer, como era tan grande el deleite y suavidad que sentia, y muchas veces sin poderlo escusar; puesto que veia en mí por otra parte una grandísima seguridad, que era Dios, en especial cuando estaba en la oracion, y via que quedaba de allí muy mejorada, y con más fortaleza. Mas en distrayéndome un poco, tornaba á temer, y á pensar si queria el demonio, haciéndome entender que era bueno, suspender el entendimiento, para quitarme la oracion mental, y que no pudiese pensar en la Pasion, ni aprovecharme del entendimiento, que me parecia á mí mayor pérdida, como no lo entendia. Mas como su Majestad queria ya darme luz, para que no le ofendiese ya, y conociese lo mucho que le debia, creció de suerte este miedo, que me hizo buscar con diligencia personas espirituales con quien tratar, y que ya tenia noticia de algunos, porque habian venido aquí los de la Compañía de Jesus (1), á quien yo, sin conocer á ninguno, era muy aficionada, de sólo saber el modo que

(1) Su venida á Ávila fué en 1553, y con estabilidad desde 1555, á ruego de los vecinos mismos de Ávila, que les dieron una hospedería y el edificio de San Gil. (Cienfuegos, *Vida de San Francisco de Borja*, lib. VIII, cap. 1.)

llevan de vida y oracion, mas no me hallaba digna de hablarles, ni fuerte para obedecerlos, que esto me hacía más temer; porque tratar con ellos, y ser la que era, hacíaseme cosa recia.

En esto anduve algun tiempo, hasta que ya con mucha batería que pasé en mí, y temores, me determiné á tratar con una persona espiritual, para preguntarle, qué era la oracion que yo tenía, y que me diese luz si iba errada, y hacer todo lo que pudiese por no ofender á Dios; porque la falta, como he dicho, que veia en mi fortaleza, me hacía estar tan tímida. ¡Qué engaño tan grande, válame Dios, que para querer ser buena, me apartaba del bien! En esto debe poner mucho el demonio en el principio de la virtud, porque yo no podia acabarlo conmigo. Sabe él que está todo el remedio de un alma en tratar con amigos de Dios, y así no habia término, para que yo á esto me determinase. Aguardaba á enmendarme primero, como cuando dejé la oracion, y por ventura nunca lo hiciera, porque estaba ya tan caida en cosillas de mala costumbre, que no acababa de entender eran malas, que era menester ayuda de otros, y darme la mano para levantarme. Bendito sea el Señor, que en fin la suya fué la primera. Como yo ví iba tan adelante mi temor, porque crecia la oracion, parecióme que en esto habria algun gran bien, ó grandísimo mal: porque bien entendia ya era cosa sobrenatural lo que tenía, porque algunas veces no lo po-

dia resistir: tenerlo cuando yo queria era excusado. Pensé en mí, que no tenía remedio, sino procuraba tener limpia conciencia, y apartarme de toda ocasion, aunque fuese de pecados veniales, porque, siendo espíritu de Dios, clara estaba la ganancia: si era demonio, procurando yo tener contento al Señor y no ofenderle, poco daño me podia hacer, ántes él quedaria con pérdida. Determinada en esto, y suplicando siempre á Dios me ayudase, procurando lo dicho algunos dias, ví que no tenía fuerza mi alma para salir con tanta perfeccion á solas, por algunas aficiones que tenía á cosas, que aunque de suyo no eran muy malas, bastaban para estragarlo todo.

Dijéronme de un clérigo letrado (1) que habia en este lugar, que comenzaba el Señor á dar á entender á las gentes su bondad y buena vida; yo procuré por medio de un caballero santo, que hay en este lugar (2). Es casado, mas de vida tan ejemplar y virtuosa, y de tanta oracion y caridad, que en todo él

(1) Llamábase Gaspar Daza; habia éste formado una congregacion de sacerdotes para procurar la salvacion de las almas dentro y fuera de la diócesis de Avila. Despues entregó estos clérigos al padre Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesus, para que los dirigiera.

(2) El caballero D. Francisco Salcedo, á quien llamaban el *caballero santo*. Fray Luis de Leon y los demas editores ponen desde aquí al fin de la cláusula un enorme paréntesis. Pero de todos modos queda cortado aquí.

resplandece su bondad y perfeccion, y con mucha razon; porque gran bien ha venido á muchas almas por su medio, por tener tantos talentos, que áun con no le ayudar su estado, no puede dejar con ellos de obrar: mucho entendimiento, y muy apacible para todos, su conversacion no pesada, tan suave y agraciada, junto con ser recta y santa, que da contento grande á los que trata: todo lo ordena para gran bien de las almas que conversa, y no parece traer otro estudio, sino hacer por todos los que él ve se sufre, y contentar á todos. Pues este bendito y santo hombre con su industria, me parece fué principio, para que mi alma se salvase. Su humildad á mí espántame, que con haber, á lo que creo, poco ménos de cuarenta años que tiene oracion (no sé si son dos, ó tres ménos), y que lleva toda la vida de perfeccion, que á lo que parece sufre su estado; porque tiene una mujer tan gran sierva de Dios, y de tanta caridad, que por ella no se pierde; en fin, como mujer de quien Dios sabía habia de ser tan grande siervo suyo, la escogió.

Estaban deudos suyos casados con parientes mios; y tambien con otro harto siervo de Dios, que estaba casado con una prima mia, tenía mucha comunicacion. Por esta via procuré viniese á hablarme este clérigo, que digo, tan siervo de Dios, que era muy su amigo, con quien pensé confesarme, y tener por maestro. Pues trayéndolo para que me hablase, y yo con grandísima confusion de verme presente de hom-

bre tan santo, díle parte de mi alma y oracion, que confesarme no quiso: dijo, que era muy ocupado, y era así. Comenzó con determinacion santa á llevarme como á fuerte (que de razon habia de estar segun la oracion vió que tenía) para que en ninguna manera ofendiese á Dios. Yo como ví su determinacion tan de presto en cosillas, que como digo, yo no tenía fortaleza para salir luego con tanta perfeccion, afligíme, y como ví que tomaba las cosas de mi alma, como cosa que en una vez habia de acabar con ella, yo veia que habia menester mucho más cuidado. En fin entendí no eran por los medios que él me daba por donde yo me habia de remediar: porque eran para alma más perfecta; y yo, aunque en las mercedes de Dios estaba adelante, estaba muy en los principios en las virtudes y mortificacion. Y cierto, si no hubiera de tratar más de con él, yo creo nunca medrara mi alma, porque de la afliccion que me daba, de ver como yo no hacía, ni me parece podia, lo que él me decia, bastaba para perder la esperanza, y dejarlo todo. Algunas veces me maravillo, que siendo persona que tiene gracia particular en comenzar á llegar almas á Dios, cómo no fué servido entendiese la mia, ni se quisiese encargar de ella, y veo fué todo para mayor bien mio, porque yo conociese y tratase gente tan santa, como la de la Compañía de Jesus.

De esta vez quedé concertada con este caballero santo, para que alguna vez me viniese á ver. Aquí se

vió su grande humildad, querer tratar persona tan ruin como yo. Comenzóme á visitar y á animarme, y á decirme, que no pensase que en un dia me habia de apartar de todo, que poco á poco lo haria Dios, que en cosas bien livianas habia él estado algunos años, que no las habia podido acabar consigo. ¡Oh humildad, qué grandes bienes haces adonde estás, y á los que se llegan á quien la tiene! Decíame este santo (que á mi parecer con razon le puedo poner este nombre) flaquezas, que á él le parecia que lo eran, con su humildad para mi remedio; y mirado conforme á su estado, no era falta ni imperfeccion, y conforme al mio era grandísima tenerlas. Yo no digo esto sin propósito, porque parece me alargo en menudencias, y importan tanto para comenzar á aprovechar un alma, y sacarla á volar, que áun no tiene plumas, como dicen, que no lo creerá nadie, sino quien ha pasado por ello. Y porque espero yo en Dios, vuesa merced ha de aprovechar mucho lo digo aquí, que fué toda mi salud saberme curar, y tener humildad y caridad para estar conmigo, y sufrimiento de ver que no en todo me enmendaba. Iba con discrecion poco á poco dando maneras para vencer el demonio. Yo le comencé á tener tan grande amor, que no habia para mí mayor descanso, que el dia que le via, aunque eran pocos. Cuando tardaba, luégo me fatigaba mucho, pareciéndome, que por ser tan ruin no me via.

Como él fué entendiendo mis imperfecciones tan grandes (y áun serian pecados, aunque despues que le traté más enmendada estaba) y como le dije las mercedes que Dios me hacía, para que me diese luz, díjome, que no venía lo uno con lo otro, que aquellos regalos eran de personas que estaban ya muy aprovechadas y mortificadas: que no podia dejar de temer mucho; porque le parecia mal espíritu en algunas cosas, aunque no se determinaba; mas que pensase bien todo lo que entendia de mi oracion, y se lo dijese. Y era el trabajo, que yo no sabía poco ni mucho decir lo que era mi oracion; porque esta merced de saber entender que es, y saberlo decir, há poco que me lo dió Dios. Como me dijo esto, con el miedo que yo traia, fué grande mi afliccion y lágrimas: porque cierto yo deseaba contentar á Dios, y no me podia persuadir á que fuese demonio, mas temia por mis grandes pecados me cegase Dios para no lo entender. Mirando libros, para ver si sabria decir la oracion que tenía, hallé en uno que se llama *Subida del monte* (1), en lo que toca á union del alma con Dios, todas las señales que yo tenía en aquel no pensar nada; que esto era lo que yo más decia, que no podia pensar nada cuando tenía aquella oracion. Señalé con unas

(1) Se conjetura que fué escrito por Fray Bernardino de Laredo, fraile menor, citado por Wadingo el año 1433 de sus anales.

rayas la parte que eran, y díle el libro, para que él y el otro clérigo que he dicho, santo y siervo de Dios, lo mirasen, y me dijesen lo que habia de hacer; y que si les pareciese dejaria la oracion del todo, que para qué me habia yo de meter en esos peligros, pues á cabo de veinte años casi que habia que la tenía, no habia salido con ganancia, sino con engaños del demonio, que mejor era no la tener: aunque tambien esto se me hacía recio, porque ya yo habia probado cuál estaba mi alma sin oracion. Así que todo lo veia trabajoso, como el que está metido en un rio, que á cualquiera parte que vaya de él, teme más peligro, y él se está casi ahogando. Es un trabajo muy grande este, y de estos he pasado muchos, como diré adelante; que aunque parece no importa, por ventura hará provecho entender, cómo se ha de probar el espíritu.

Y es grande, cierto, el trabajo que se pasa, y es menester tiento, en especial con mujeres, porque es mucha nuestra flaqueza, y podria venir á mucho mal, diciéndoles muy claro es demonio; sino mirarlo muy bien, y apartarlas de los peligros que puede haber, y avisarlas en secreto pongan mucho, y le tengan ellos, que conviene. Y en esto hablo como quien le cuesta harto trabajo, no lo tener algunas personas con quien he tratado mi oracion, sino preguntando unos y otros por bien, me han hecho harto daño; que se han divulgado cosas, que estuvieran bien secretas,

pues no son para todos, y parecia las publicaba yo. Creo sin culpa suya lo ha permitido el Señor, para que yo padeciese. No digo que decian lo que trataba con ellos en confesion, mas, como eran personas á quien yo daba cuenta por mis temores, para que me diesen luz, parecíame á mí habian de callar. Con todo nunca osaba callar cosa á personas semejantes. Pues digo, que se avise con mucha discrecion, animándolas y aguardando tiempo, que el Señor las ayudará como ha hecho á mí; que sino grandísimo daño me hiciera, segun era temerosa y medrosa. Con el gran mal de corazon que tenía espántome cómo no me hizo mucho mal.

Pues como dí el libro, y hecha relacion de mi vida y pecados, lo mejor que pude (por junto, que no confesion por ser seglar, mas bien dí á entender cuán ruin era) los dos siervos de Dios miraron con gran caridad y amor lo que me convenia. Venida la respuesta, que yo con harto temor esperaba, y habiendo encomendado á muchas personas que me encomendasen á Dios, y yo con harta oracion aquellos dias, con harta fatiga vino á mí, y díjome, que á todo su parecer de entrambos era demonio. Que lo que me convenia, era tratar con un padre de la Compañía de Jesus; que como yo le llamase, diciendo que tenía necesidad, vendria; y que le diese cuenta de toda mi vida por una confesion general, y de mi condicion, y todo con mucha claridad, que por la virtud del sacra-

mento de la confesion le daria Dios más luz, que eran muy experimentados en cosas de espíritu. Que no saliese de lo que me dijese en todo, porque estaba en mucho peligro, si no habia quien me gobernase. A mí me dió tanto temor y pena, que no sabía qué me hacer, todo era llorar; y estando en un oratorio muy afligida, no sabiendo qué habia de ser de mí, leí en un libro, que parece el Señor me le puso en las manos, que decia San Pablo. Que era Dios muy fiel, que nunca á los que le amaban consentia ser del demonio engañados. Esto me consoló muy mucho. Comencé á tratar de mi confesion general, y poner por escrito todos los males y bienes, un discurso de mi vida lo más claramente que yo entendí y supe, sin dejar nada por decir. Acuérdome, que como ví despues que lo escribí tantos males y casi ningun bien, que me dió una afliccion y fatiga grandísima. Tambien me daba pena, que me viesen en casa tratar con gente tan santa, como los de la Compañía de Jesus, porque temia mi ruindad, y parecíame quedaba obligada más á no lo ser, y quitarme de mis pasatiempos, y si esto no hacia, que era peor; y así procuré con la sacristana y portera no lo dijesen á nadie. Aprovechóme poco, que acertó á estar á la puerta, cuando me llamaron, quien lo dijo por todo el convento. Mas ¡qué de embarazos pone el demonio y qué de temores, á quien se quiere llegar á Dios!

Tratando con aquel siervo de Dios, que lo era

harto y bien avisado (1), toda mi alma, como quien bien sabia este lenguaje, me declaró lo que era, y me animó mucho. Dijo ser espíritu de Dios muy conocidamente, sino que era menester tornar de nuevo á la oracion, porque no iba bien fundada, ni habia comenzado á entender mortificacion: y era así, que áun el nombre no me parece entendia, que en ninguna manera dejase la oracion, sino que me esforzase mucho, pues Dios me hacía tan particulares mercedes; que qué sabía si por mis medios queria el Señor hacer bien á muchas personas, y otras cosas (que parece profetizó lo que despues el Señor ha hecho conmigo) que tendria mucha culpa, si no respondia á las mercedes, que Dios me hacia.

En todo me parecia hablaba en él el Espíritu Santo, para curar mi alma, segun se imprimia en ella. Hízome gran confusion: llevóme por medios, que parecia del todo me tornaba otra. ¡Qué gran cosa es entender un alma! Díjome, que tuviese cada dia oracion en un paso de la Pasion, y que me aprovechase de él, y que no pensase sino en la Humanidad, y que aquellos recogimientos y gustos resistiese cuanto pudiese, de manera que no les diese lugar, hasta que él me dijese otra cosa. Dejóme consolada y esforzada,

---

(1) Era el padre Juan de Padranos, á quien San Francisco de Borja envió á fundar en Ávila, año 1555, con el padre Fernando Alvarez del Águila.

y el Señor que me ayudó, y á él para que entendiese mi condicion, y cómo me habia de gobernar. Quedé determinada de no salir de lo que él me mandase en ninguna cosa, y así lo hice hasta hoy. Alabado sea el Señor, que me ha dado gracia para obedecer á mis confesores, aunque imperfectamente, y casi siempre han sido de estos benditos hombres de la Compañía de Jesus; aunque imperfectamente, como digo, los he seguido. Conocida mejoría comenzó á tener mi alma, como ahora diré.

CAPÍTULO XXIV.

Prosigue lo comenzado, y dice cómo fué aprovechándose su alma, despues que comenzó á obedecer, y lo poco que le aprovechaba el resistir las mercedes de Dios, y cómo su Majestad se las iba dando más cumplidas.

Quedó mi alma de esta confesion tan blanda, que me parecia no hubiera cosa á que no que dispusiera; y así comencé á hacer mudanza en muchas cosas, aunque el confesor no me apretaba, ántes parecia hacía poco caso de todo: y esto me movia más, porque lo llevaba por modo de amar á Dios, y como que dejaba libertad y no premio, si yo no me lo pusiese por amor. Estuve así casi dos meses, haciendo todo mi poder en resistir los regalos y mercedes de Dios. Cuanto á lo exterior veíase la mudanza, porque ya el Señor me comenzaba á dar ánimo para pasar por algunas cosas, que decian personas que me conocian, pareciéndoles extremos, y áun en la misma casa: y

de lo que ántes hacía, razon tenian, que era extremo; mas de lo que era obligada al hábito y profesion que hacía quedaba corta. Gané de este resistir gustos y regalos de Dios, enseñarme su Majestad, porque ántes me parecia, que para darme regalos en la oracion, era menester mucho arrinconamiento, y casi no me osaba bullir: despues vi lo poco que hacía al caso, porque cuando más procuraba divertirme, más me cubria el Señor de aquella suavidad y gloria, que me parecia toda me rodeaba, y que por ninguna parte podia huir, y así era. Yo traia tanto cuidado, que me daba pena. El Señor le traia mayor á hacer mercedes, y á señalarse mucho más que solia en estos dos meses, para que yo mejor entendiese, que no era más en mi mano. Comencé á tomar de nuevo amor á la sacratísima Humanidad: comenzóse á asentar la oracion, como edificio que ya llevaba cimiento, y aficionarme á más penitencia, de que yo estaba descuidada, por ser tan grandes mis enfermedades. Díjome aquel varon santo, que me confesó, que algunas cosas no me podrian dañar, que por ventura me daba Dios tanto mal, porque yo no hacía penitencia me la querria dar su Majestad. Mandábame hacer algunas mortificaciones no muy sabrosas para mí. Todo lo hacía, porque parecíame que me lo mandaba el Señor, y dábale gracia para que me lo mandase, de manera que yo le obedeciese. Iba ya sintiendo mi alma cualquiera ofensa que hiciese á Dios, por pequeña que

fuese, de manera, que si alguna cosa superflua traia, no podia recogerme hasta que me la quitaba. Hacía mucha oracion, porque el Señor me tuviese de su mano, pues trataba con sus siervos no permitiese tornase atras, que me parecia fuera gran delito, y que habian ellos de perder crédito por mí.

En este tiempo vino el padre Francisco (1), que era duque de Gandía, y habia algunos años, que dejándolo todo, habia entrado en la Compañía de Jesus. Procuró mi confesor, y el caballero que he dicho tambien vino á mí, para que le hablase, y diese cuenta de la oracion que tenía, porque sabía iba muy adelante en ser muy favorecido y regalado de Dios; que como quien habia mucho dejado por El, áun en esta vida le pagaba. Pues, despues que me hubo oido, díjome que era espíritu de Dios, y que le parecia que no era bien ya resistirle más: que hasta entónces estaba bien hecho, sino que siempre comenzase la oracion en un paso de la Pasion; y que si despues el Señor me llevase el espíritu, que no lo resistiese, sino que dejase llevarle á su Majestad, no lo procurando yo. Como quien iba bien adelante dió la medicina y consejo; que hace mucho en esto la experiencia; dijo,

(1) San Francisco de Borja. Es cosa notable que en todo el libro de su vida sólo designa Santa Teresa de Jesus por sus nombres á San Francisco de Borja y á San Pedro Alcántara. La venida de San Francisco de Borja á Avila fué en 1557.

que era yerro resistir ya más. Yo quedé muy consolada y el caballero tambien: holgábase mucho que dijese era de Dios, y siempre me ayudaba, y daba avisos en lo que podia, que era mucho.

En este tiempo mudaron á mi confesor de este lugar á otro, lo que yo sentí muy mucho, porque pensé me habia de tornar á ser ruin, y no me parecia posible hallar otro como él. Quedó mi alma como en un desierto, muy desconsolada y temerosa: no sabía qué hacer de mí. Procuróme llevar una parienta mia á su casa, y yo procuré ir luégo á procurar otro confesor en los de la Compañía. Fué el Señor servido, que comencé á tomar amistad con una señora viuda de mucha calidad y oracion, que trataba con ellos mucho. Hízome confesar á su confesor (1), y estuve en su casa muchos dias: vivia cerca. Yo me holgaba por tratar mucho con ellos, que, de solo entender la santidad de su trato, era grande el provecho que mi alma sentia. Este padre me comenzó á poner en más perfeccion. Decíame, que para del todo contentar á Dios, no habia de dejar nada por hacer: tambien con harta maña y blandura, porque no estaba aún mi alma nada fuerte, sino muy tierna, en especial en dejar algunas amistades que tenía, aunque no ofendia á Dios con ellas, era mucha aficion, y parecíame á mí era

(1) Se duda quién fuera este confesor: los padres bolandistas conjeturan que fuera el padre Araoz.

ingratitud dejarlas; y así le decia, que, pues no ofendia á Dios, que ¿por qué habia de ser desagradecida? Él me dijo, que lo encomendase á Dios unos dias, y que rezase el himno de *Veni Creator*, porque me diese luz de cuál era lo mejor. Habiendo estado un dia mucho en oracion, y suplicando al Señor me ayudase á contentarle en todo, comencé el himno, y estándole diciendo, vínome un arrebatamiento tan súbito, que casi me sacó de mí, cosa que yo no pude dudar, porque fué muy conocido. Fué la primera vez que el Señor me hizo esta merced de arrobamiento. Entendí estas palabras: *Ya no quiero que tengas conversacion con hombres, sino con ángeles.* A mí me hizo mucho espanto, porque el movimiento del ánima fué grande, y muy en el espíritu se me dijeron estas palabras. Así me hizo temor, aunque por otra parte gran consuelo, que en quitándoseme el temor (que á mi parecer causó la novedad) me quedó.

Ello se ha cumplido bien, que nunca más yo he podido asentar en amistad, ni tener consolacion ni amor particular, sino á personas, que entiendo le tienen á Dios y le procuran servir; ni ha sido en mi mano, ni me hace al caso ser deudos ni amigos. Sino entiendo esto, ó es persona que trata de oracion, esme cruz penosa tratar con nadie: esto es así á todo mi parecer, sin ninguna falta. Desde aquel dia yo quedé tan animosa para dejarlo todo por Dios, como quien habia querido en aquel momento (que no me parece

fué más) dejar otra á su sierva. Así que no fué menester mandármelo más, que como me veia el confesor tan asida en esto, no habia osado determinadamente decir, que lo hiciese. Debia aguardar á que el Señor obrase, como lo hizo, ni yo pensé salir con ello: porque ya yo misma lo habia procurado, y era tanta la pena que me daba, que como cosa, que me parecia no era inconveniente, lo dejaba; y aquí me dió el Señor libertad y fuerza para ponerla por obra. Así se lo dije al confesor, y lo dejé todo conforme á como me lo mandó. Hizo harto provecho á quien yo trataba, ver en mí esta determinacion. Sea Dios bendito por siempre, que en un punto me dió la libertad, que yo, con todas cuantas diligencias habia hecho muchos años habia, no pude alcanzar conmigo, haciendo hartas veces tan gran fuerza, que me costaba harto de mi salud. Como fué hecho por quien es poderoso y Señor verdadero de todo, ninguna pena me dió.

CAPÍTULO XXV.

En que trata del modo y manera como se entienden estas hablas, que hace Dios al alma sin oirse, y de algunos engaños que puede haber en ello; y en qué se conocerá cuando lo es. Es de mucho provecho para quien se viere en este grado de oracion porque se declara muy bien, y de harta doctrina.

Paréceme será bien declarar cómo es este hablar que hace Dios á el alma, y lo que ella siente, para que vuesa merced lo entienda; porque, desde esta vez que he dicho que el Señor me hizo esta merced, es muy ordinario hasta ahora, como se verá en lo que está por decir. Son unas palabras muy formadas, mas con los oidos corporales no se oyen, sino entiéndese muy más claro que si se oyesen; y dejarlo de entender, aunque mucho se resista, es por demas. Porque cuando acá no queremos oir, podemos tapar los oidos, ó advertir otra cosa, de manera, que aunque se oiga, no se entienda. En esta plática que hace Dios

á el alma, no hay remedio ninguno, sino que aunque me pese, me hacen escuchar, y estar el entendimiento tan entero para entender lo que Dios quiere entendamos, que no basta querer ni no querer. Porque el que todo lo puede, quiere que entendamos se ha de hacer lo que quiere, y se muestra Señor verdadero de nosotros Esto tengo muy experimentado, porque me duró casi dos años el resistir, con el gran miedo que traia; y ahora lo pruebo algunas veces, mas poco me aprovecho.

Yo querria declarar los engaños, que puede haber aquí, aunque quien tiene mucha experiencia paréceme será poco ó ninguno; mas ha de ser mucha la experiencia, y la diferencia que hay cuando es espíritu bueno ó cuando es malo; ó como puede tambien ser aprension de el mismo entendimiento, que podria acaecer, ó hablar el mismo espíritu á sí mismo: esto no sé yo si puede ser, mas aún hoy me ha parecido que sí. Cuando es de Dios tengo muy probado en muchas cosas, que se me decian dos, y tres años ántes, y todas se han cumplido, y hasta ahora ninguna ha salido mentira; y otras cosas adonde se ve claro ser espíritu de Dios, como despues se dirá.

Paréceme á mí, que podria una persona, estando encomendando una cosa á Dios, con grande afecto y aprension, parecerle entiende alguna cosa, si se hará ó no, y es muy imposible; aunque á quien ha entendido de estotra suerte, verá claro lo que es, porque

es mucha la diferencia. Y si es cosa que el entendimiento fabrica, por delgado que vaya, entiende que ordena él algo, y que habla. Que no es otra cosa sino ordenar uno la plática, ó escuchar lo que otro le dice, y verá el entendimiento, que entónces no escucha pues que obra, y las palabras que él fabrica son como cosa sorda, fantaseada y no con la claridad que estotras. Y aquí está en nuestra mano divertirnos, como callar cuando hablamos: en estotro no hay término. Y otra señal, más que todas, que no hace operacion, porque estotra que habla el Señor, es palabras y obras: y aunque las palabras no sean de devocion, sino de reprension, á la primera dispone un alma y la habilita y enternece y da luz y regala y quieta; y si estaba con sequedad ó alboroto y desasosiego de alma como con la mano se le quita; y áun mejor, que parece quiere el Señor se entienda que es poderoso, y que sus palabras son obras. Paréceme, que hay la diferencia, que si nosotros hablásemos ú oyésemos, ni más ni ménos; porque lo que hablo, como he dicho, voy ordenando con el entendimiento lo que digo; mas si me hablan, no hago más de oir sin ningun trabajo.

Lo uno va como una cosa, que no nos podemos bien determinar, si es como uno que está medio dormido: estotro es voz tan clara, que no se pierde una sílaba de lo que se dice: y acaece ser á tiempos, que está el entendimiento, y alma tan alborotada y dis-

traida, que no acertaria á concertar una buena razon, y halla guisadas grandes sentencias, que le dicen, que ella, áun estando muy recogida, no pudiera alcanzar, y á la primera palabra, como digo, la mudan toda: en especial, si está en arrobamiento, que las potencias están suspensas, ¿cómo se entenderán cosas que no habian venido á la memoria, áun ántes? ¿Cómo vendrán entónces que no obra casi, y la imaginacion está como embobada?

Entiéndase, que cuando se ven visiones, ó se entienden estas palabras, á mi parecer, nunca es en tiempo que está unida el alma en el mismo arrobamiento; que en este tiempo (como ya dejo declarado, creo en la segunda agua) de el todo se pierden todas las potencias, y á mi parecer, allí ni se puede ver ni entender ni oir. Está en otro poder toda, y en este tiempo, que es muy breve, no me parece la deja el Señor para nada libertad. Pasado este breve tiempo, que se queda aún en el arrobamiento el alma, es esto que digo, porque quedan las potencias de manera, que aunque no están perdidas, casi nada obran; están como absortas, y no hábiles para concertar razones. Hay tantas para entender la diferencia, que si una vez se engañase, no serán muchas. Y digo, que si es alma ejercitada, y está sobre aviso, lo verá muy claro; porque dejadas otras cosas por donde se ve lo que he dicho, ningun efecto hace, ni el alma lo admite: porque estotro, mal que nos pese, y no se da

crédito, ántes se entiende que es devanear de el entendimiento, casi como no se haría caso de una persona, que sabeis tiene frenesí. Estotro es como si lo oyésemos á una persona muy santa, ó letrada, y de gran autoridad, que sabemos no nos ha de mentir; y áun es baja comparacion; porque traen algunas veces una majestad consigo estas palabras, que sin acordarnos quien las dice, si son de reprension, hacen temblar; y si son de amor, hacen deshacerse en amar. Y son cosas como he dicho, que estaban bien léjos de la memoria, y dícense tan de presto sentencias tan grandes, que era menester mucho tiempo para haberlas de ordenar, y en ninguna manera me parece se puede entónces ignorar no ser cosa fabricada de nosotros.

Así, que en esto no hay que me detener, que por maravilla me parece puede haber engaño en persona ejercitada, si ella misma de advertencia no se quiere engañar.

Acaecídome há muchas veces, si tengo alguna duda, no creer lo que me dicen, y pensar si se me antojó (esto despues de pasado, que entónces es imposible) y verlo cumplido desde há mucho tiempo; porque hace el Señor, que quede en la memoria, que no se puede olvidar, y lo que es del entendimiento, es como primer movimiento del pensamiento, que pasa y se olvida. Estotro es como obra que aunque se olvide algo y pase tiempo, no tan del todo, que

se pierda la memoria, de que en fin se dijo, salvo si no há mucho tiempo, ó son palabras de favor ó doctrina; mas de profecía no hay olvidarse, á mi parecer, al ménos á mí, aunque tengo poca memoria. Y torno á decir, que me parece si un alma no fuese tan desalmada que lo quiera fingir, que sería harto mal, y decir que lo entiende no siendo así: mas dejar de ver claro, que ella lo ordena, y lo parla entre sí, paréceme no lleva camino, si ha entendido el espíritu de Dios; que si no toda su vida podrá estarse en ese engaño, y parecerle que entiende, aunque yo no sé cómo. Ó esta alma lo quiere entender, ó no, si se está deshaciendo de lo que entiende, y en ninguna manera querria entender nada por mil temores, y otras muchas causas que hay, para tener deseo de estar quieta en su oracion, sin estas cosas, ¿cómo da tanto espacio el entendimiento, que ordene razones? Tiempo es menester para esto. Acá sin perder ninguno quedamos enseñadas, y se entienden cosas, que parece era menester un mes para ordenarlas. Y el mismo entendimiento y alma quedan espantados de algunas cosas que se entienden. Esto es así, y quien tuviere esperiencia, verá que es al pié de la letra todo lo que he dicho. Alabo á Dios, porque lo he sabido así decir. Y acabo con que me parece siendo del entendimiento, cuando lo quisiésemos lo podríamos entender, y cada vez que tenemos oracion nos podria parecer entendemos: mas en estotro no es así, sino

que estaré muchos dias, que aunque quiera entender algo es imposible; y cuando otras veces no quiero, como he dicho, lo tengo de entender. Paréceme que quien quisiese engañar á los otros, diciendo que entiende de Dios, lo que es de sí, que poco le cuesta decir, que lo oye con los oidos corporales: y es así cierto con verdad, que jamás pensé habia otra manera de oir ni entender, hasta que lo ví por mí; y así como he dicho, me cuesta harto trabajo.

Cuando es demonio, no sólo no deja buenos efectos, más déjalos malos. Esto me ha acaecido no más de dos, ó tres veces, y he sido luégo avisada del Señor, como era demonio. Dejado la gran sequedad que queda, es una inquietud en el alma, á manera de otras muchas veces, que ha permitido el Señor que tenga grandes tentaciones y trabajos de alma de diferentes maneras; y aunque me atormenta hartas veces, como adelante diré, es una inquietud, que no se sabe entender de donde viene, sino que parece resiste el alma, y se alborota y aflige sin saber de qué; porque lo que él dice no es malo, sino bueno. Pienso si siente un espíritu á otro. El gusto y deleite que él da, á mi parecer, es diferente en gran manera. Podria él engañar con estos gustos á quien no tuviere, ó hubiere tenido otros de Dios. De veras digo gustos, una recreacion suave, fuerte, impresa, deleitosa, quieta, que unas devocioncitas de lágrimas, y otros sentimientos pequeños, que al primer airecito de per-

secucion se pierden estas florecitas, no las llamo devociones, aunque son buenos principios y santos sentimientos, mas no para determinar estos efectos de buen espíritu ó malo. Y así es bien andar siempre con gran aviso; porque cuando á personas que no están más adelante en oracion que hasta esto, fácilmente podrian ser engañados si tuviesen visiones ó revelaciones. Yo nunca tuve cosas de estas postreras, hasta haberme Dios dado por sola su bondad oracion de union, sino fué la primera vez que dije, que há muchos años, que ví á Cristo. que pluguiera á su Majestad entendiera yo era verdadera vision, como despues lo he entendido, que no me fuera poco bien. Ninguna blandura queda en el alma, sino como espantada y con gran disgusto.

Tengo por muy cierto, que el demonio no engañará, ni lo permitirá Dios, á alma, que de ninguna cosa se fia de sí, y está fortalecida en la fe, que entienda ella de sí, que por un punto de ella morirá mil muertes: y con este amor á la fe, que infunde luego Dios, que es una fe viva, fuerte, siempre procura ir conforme á lo que tiene la Iglesia, preguntando á unos y á otros, como quien tiene ya hecho asiento fuerte en estas verdades, que no la moverian cuantas revelaciones pueda imaginar, aunque viese abiertos los cielos, un punto de lo que tiene la Iglesia. Si alguna vez se viese vacilar en su pensamiento contra esto, ó detenerse en decir; pues si Dios me dice esto,

tambien puede ser verdad, como lo que decia á los santos (no digo que lo crea, sino que el demonio la comience á tentar, por primero movimiento, que detenerse en ello, ya se ve que es malísimo; mas aún primeros movimientos muchas veces en este caso, creo no vendrán si el alma está en esto tan fuerte, como lo hace el Señor á quien da estas cosas, que le parece desmenuzaria los demonios, sobre una verdad de lo que tiene la Iglesia muy pequeña) digo, que si no viene en sí esta fortaleza grande, y que ayude á ella la devocion, ó vision, que no la tenga por segura. Porque aunque no se sienta luégo el daño, poco á poco podria hacerse grande, que á lo que yo veo, y sé de experiencia, de tal manera queda el crédito de que es Dios, que vaya conforme á la Sagrada Escritura, y como un tantico torciese de esto, mucha más firmeza sin comparacion me parece tendria en que es demonio, que ahora tengo de que es Dios, por grande que la tenga: porque entónces no es menester andar á buscar señales, ni qué espíritu es, pues está tan clara esta señal, para creer que es demonio, que si entónces todo el mundo me asegurase que es Dios no lo creeria.

El caso es, que cuando es demonio, parece que se esconden todos los bienes y huyen del alma, segun queda desabrida y alborotada, y sin ningun efecto bueno: porque aunque parece pone deseos, no son fuertes; la humildad que deja es falsa, alborotada y

sin suavidad. Paréceme, que quien tiene experiencia del buen espíritu, lo entenderá.

Con todo puede hacer muchos embustes el demonio, y así no hay cosa en esto tan cierta, que no lo sea más temer, é ir siempre con aviso, y tener maestro que sea letrado, y no le callar nada; y con esto ningun daño puede venir, aunque á mí hartos me han venido por estos temores demasiados, que tienen algunas personas.

En especial me acaeció una vez, que se habian juntado muchos, á quien yo daba gran crédito, y era razon se le diese, que aunque yo ya no trataba sino con uno, y cuando él me lo mandaba hablaba á otros, unos con otros trataban mucho de mi remedio, que me tenian mucho amor, y temian no fuese engañada: yo tambien traia grandísimo temor, cuando no estaba en la oracion, que estando en ella, y haciéndome el Señor alguna merced, luégo me aseguraba. Creo eran cinco ó seis, todos muy siervos de Dios; y díjome mi confesor, que todos se determinaban en que era demonio, que no comulgase tan á menudo, y que procurase distraerme de suerte, que no tuviese soledad. Yo era temerosa en extremo, como he dicho, y ayudábame el mal de corazon, que áun en una pieza sola no osaba estar de dia muchas veces. Yo como vi que tantos lo afirmaban, y yo no lo podia creer, dióme grandísimo escrúpulo, pareciéndome poca humildad; porque todos eran más de buena

vida, sin comparacion, que yo, y letrados, que ¿por qué no los habia de creer? Forzábame lo que podia para creerlos, y pensaba en mi ruin vida, y que conforme á esto debian de decir verdad. Fuíme de la Iglesia con esta afliccion, y entréme en un oratorio, habiéndome quitado muchos dias de comulgar, quitada la soledad, que era todo mi consuelo, sin tener persona con quien tratar, porque todos eran contra mí: unos me parecia burlaban de mí, cuando de ello trataba, como que se me antojaba; otros avisaban al confesor, que se guardase de mí; otros decian, que era claro demonio: sólo el confesor, que, aunque conformaba con ellos (por probarme, segun despues supe) siempre me consolaba, y me decia, que aunque fuese demonio, no ofendiendo yo á Dios, no me podia hacer nada, que ello se me quitaria, que lo rogase mucho á Dios; y él, y todas las personas que confesaba lo hacian harto, y otras muchas: y yo toda mi oracion, y cuantos entendia eran siervos de Dios, porque su Majestad me llevase por otro camino, y esto me duró no sé si dos años, que era continuo pedirlo al Señor.

A mí ningun consuelo me bastaba, cuando pensaba era posible, que tantas veces me habia de hablar el demonio. Porque de que no tomaba horas de soledad para oracion, en conversacion me hacía el Señor recoger, y sin poderlo yo escusar, me decia lo que era servido; y, aunque me pesaba, lo habia de oir. Pues estándome sola, sin tener una persona con quien

descansar, ni podia rezar ni leer, sino como persona espantada de tanta tribulacion, y temor de si me habia de engañar el demonio, toda alborotada y fatigada, sin saber que hacer de mí (en esta afliccion me ví algunas, y muchas veces, aunque no me parece ninguna en tanto extremo) estuve así cuatro ó cinco horas, que consuelo, ni del cielo ni de la tierra, no habia para mí, sino que me dejó el Señor padecer, temiendo mil peligros. ¡Oh Señor mio, cómo sois vos el amigo verdadero, y cómo poderoso, cuando quereis podeis, nunca dejais de querer si os quieren! Alaben os todas las cosas, Señor del mundo! ¡Oh quién diese voces por él, para decir cuán fiel sois á vuestros amigos! Todas las cosas faltan: vos, Señor, de todas ellas nunca faltais. Poco es lo que dejais padecer á quien os ama. ¡Oh Señor mio, qué delicada y pulida y sabrosamente los sabeis tratar! ¡Oh, quién nunca se hubiera detenido en amar á nadie, sino á vos! Parece, Señor, que probais con rigor á quien os ama, para que en el extremo del trabajo se entienda el mayor extremo de vuestro amor. ¡Oh Dios mio, quién tuviera entendimiento y letras y nuevas palabras, para encarecer vuestras obras, como lo entiende mi alma! Fáltame todo, Señor mio, mas si vos no me desamparais, no os faltaré yo á vos. Levántense contra mí todos los letrados, persíganme todas las cosas criadas, atorméntenme los demonios, no me falteis vos, Señor, que ya tengo experiencia de la ga-

nancia con que sacais á quien en sólo vos confia. Pues estando en esta tan gran fatiga (áun entónces no habia comenzado á tener ninguna vision) solas estas palabras bastaban para quitármela, y quitarme del todo.—*No hayas miedo hija, que Yo soy, y no te desampararé: no temas.*

Paréceme á mí, segun estaba, que eran menester muchas horas para persuadirme á que me sosegase, y que no bastara nadie: héme aquí con solas estas palabras sosegada, con fortaleza, con ánimo, con seguridad, con una quietud y luz, que en un punto ví mi alma hecha otra, y me parece, que con todo el mundo disputara, que era Dios. Oh qué buen Dios! Oh qué buen Señor, y qué poderoso! No sólo da el consejo, sino el remedio. Sus palabras son obras. ¡Oh válame Dios, y cómo fortalece la fe, se aumenta el amor! Es así cierto, que muchas veces me acordaba de cuando el Señor mandó á los vientos, que estuviesen quedos en la mar, cuando se levantó la tempestad; y así decia yo:—¿Quién es este, que así le obedecen todas mis potencias, y da luz en tan gran oscuridad en un momento, y hace blando un corazon, que parecia piedra, da agua de lágrimas suaves, adonde parecia habia de haber mucho tiempo sequedad? Quién pone estos deseos? ¿Quién da este ánimo? Que me acaeció pensar, de qué temo? ¿Qué es esto? Yo deseo servir á este Señor, no pretendo otra cosa, sino contentarle; no quiero contento ni des-

canso ni otro bien, sino hacer su voluntad; que de esto bien cierta estaba á mi parecer, que lo podia afirmar. Pues si este Señor es poderoso, como veo que lo es, y sé que lo es, y que son sus esclavos los demonios, y de esto no hay que dudar, pues es fe, siendo yo sierva de este Señor y rey, ¿qué mal me pueden ellos hacer á mí? ¿Por qué no he de tener yo fortaleza para combatirme con todo el infierno? Tomaba una cruz en la mano, y parecia verdaderamente darme Dios ánimo, que yo me ví otra en breve tiempo, que no temeria tomarme con ellos á brazos, que me parecia fácilmente con aquella cruz los venciera á todos; y así dije: Ahora venid todos, que siendo sierva del Señor, yo quiero ver qué me podeis hacer.

Es sin duda, que me parecia me habian miedo, porque yo quedé sosegada, y tan sin temor de todos ellos, que se me quitaron todos los miedos, que solia tener, hasta hoy: porque aunque algunas veces los veia, como diré despues, no les he habido mas casi miedo, ántes me parecia ellos me le habian á mí. Quedóme un señorío contra ellos, bien dado del Señor de todos, que no se me da más de ellos que de moscas. Parécenme tan cobardes, que en viendo que los tienen en poco, no les queda fuerza. No saben estos enemigos de hecho acometer, sino á quien ven que se les rinde, ó cuando lo permite Dios, para más bien de sus siervos, que los tiente y atormenten. Pluguiese á su Majestad temiésemos á quien hemos de temer, y

entendiésemos nos puede venir mayor daño de un pecado venial, que de todo el infierno junto, pues es ello así. Qué espantados nos traen estos demonios, porque nos queremos nosotros espantar con nuestros asimientos de honra y haciendas y deleites; que entónces juntos ellos con nosotros mismos, que nos somos contrarios, amando, y queriendo lo que hemos de aborrecer, mucho daño nos harán: porque con nuestras mismas armas les hacemos que peleen contra nosotros, poniendo en sus manos con las que nos hemos de defender. Esta es la gran lástima. Mas si todo lo aborrecemos por Dios, y nos abrazamos con la cruz, y tratamos servirle de verdad, huye él de estas verdades, como de pestilencia. Es amigo de mentiras, y la misma mentira. No hará pacto con quien anda en verdad. Cuando él ve oscurecido el entendimiento, ayuda lindamente á que se quiebren los ojos; porque si á uno ve ya ciego en poner su descanso en cosas vanas, y tan vanas, que parecen las de este mundo cosa de juego de niño, ya él ve que este es niño, pues trata como tal, y atrévese á luchar con él una y muchas veces.

Plega el Señor, que no sea yo de éstos, sino que me favorezca su Majestad, para entender por descanso lo que es descanso, y por honra lo que es honra, y por deleite lo que es deleite, y no todo al revés; y una higa para todos los demonios, que ellos me temerán á mí. No entiendo estos miedos, demonio, de-

monio, donde podemos decir, Dios, Dios, y hacerle temblar. Si que ya sabemos, que no se puede menear, si el Señor no lo permite. Qué es esto? Es sin duda, que tengo ya más miedo á los que tan grande le tienen al demonio, que á él mismo; porque él no me puede hacer nada, y estotros, en especial si son confesores, inquietan mucho, y he pasado algunos años de tan gran trabajo, que ahora me espanto cómo lo he podido sufrir. Bendito sea el Señor, que tan de veras me ha ayudado.

CAPÍTULO XXVI.

Prosigue en la misma materia, va declarando y diciendo cosas que le han acaecido, que le hacian perder el temor, y afirmar que era buen espíritu el que la hablaba.

Tengo por una de las grandes mercedes, que me ha hecho el Señor, este ánimo que me dió contra los demonios; porque andar un alma acobardada, y temerosa de nada, sino de ofender á Dios, es grandísimo inconveniente, pues tenemos Rey todopoderoso, y tan gran Señor, que todo lo puede, y á todos sujeta. No hay que temer, andando, como he dicho, en verdad delante de su Majestad, y con limpia conciencia. Para esto, como he dicho, querria yo todos los temores, para no ofender en un punto á quien en el mismo punto nos puede deshacer; que, contento su Majestad, no hay quien sea contra nosotros, que no lleve las manos en la cabeza. Podráse decir, que así es; mas que, ¿quién será esta alma tan recta, que del todo le contente? y por eso teme. No la mia por

cierto, que es muy miserable, y sin provecho, y llena de mil miserias; mas no ejecuta Dios como las gentes, que entiende nuestras flaquezas; mas por grandes conjeturas siente el alma en sí, si le ama de verdad; porque en las que llegan á este estado no anda el amor disimulado, como á los principios, sino con tan grandes ímpetus y deseo de ver á Dios, como despues diré, ó queda ya dicho. Todo cansa, todo fatiga, todo atormenta, sino es con Dios ó por Dios: no hay descanso que no canse, porque se ve ausente de su verdadero descanso, y así es cosa muy clara, que como digo, no pasa en disimulacion.

Acaecióme otras veces verme con grandes tribulaciones y murmuraciones sobre cierto negocio, que despues diré, de casi todo el lugar adonde estoy, y de mi órden, y afligida con muchas ocasiones que habia para inquietarme, y decirme el Señor: *¿De qué temes? No sabes que soy todopoderoso? Yo cumpliré lo que te he prometido*, y así se cumplió bien despues; y quedar luégo con una fortaleza, que de nuevo me parece me pusiera en emprender otras cosas, aunque me costasen más trabajos para servirle, y me pusiera de nuevo á padecer. Es esto tantas veces, que no lo podria yo contar: muchas las que me hacía reprensiones, y hace cuando hago imperfecciones, que bastan á deshacer un alma. Al menos traen consigo el enmendarse, porque su Majestad, como he dicho, da el consejo y el remedio. Otras traerme á la memoria

mis pecados pasados, en especial cuando el Señor me quiere hacer alguna señalada merced, que parece ya se ve el alma en el verdadero juicio, porque le representan la verdad con conocimiento claro, que no sabe adónde se meter. Otras avisarme de algunos peligros mios, y de otras personas, cosas por venir, tres ó cuatro años ántes, muchas, y todas se han cumplido: algunas podrá ser señalar. Así que hay tantas cosas para entender que es Dios, que no se puede ignorar, á mi parecer. Lo más seguro es (yo así lo hago, y sin esto no tendria sosiego, ni es bien que mujeres le tengamos, pues no tenemos letras, y aquí no puede haber dañosino muchos provechos) como muchas veces me ha dicho el Señor, que no deje de comunicar toda mi alma, y las mercedes que el Señor me hace, con el confesor, y que sea letrado, y que le obedezca, esto muchas veces. Tenía yo un confesor, que me mortificaba mucho, y algunas veces me afligia y daba gran trabajo, porque me inquietaba mucho, y era el que más me aprovechó, á lo que me parece: y aunque le tenía mucho amor, tenía algunas tentaciones por dejarle, y parecíame me estorbaban aquellas penas que me daba, de la oracion. Cada vez que estaba determinada á esto, entendia luégo que no lo hiciese, y una reprension, que me deshacia más, que cuanto el confesor hacía: algunas veces me fatigaba, cuestion por un cabo y reprension por otro; y todo lo habia menester, segun tenía poco doblada la volun-

tad. Díjome una vez que no era obedecer, si no estaba destinada á padecer; que pusiese los ojos en lo que él habia padecido, y todo se me haría fácil.

Aconsejóme una vez un confesor, que á los principios me habia confesado, que ya que estaba probado ser buen espíritu, que callase, y no diese ya parte á nadie, porque mejor era ya estas cosas callarlas. A mí no me pareció mal, porque yo sentia tanto cada vez que las decia al confesor, y era tanta mi afrenta, que mucho más que confesar pecados graves lo sentia algunas veces: en especial, si eran las mercedes grandes, parecíame no me habian de creer, y que burlaban de mí. Sentia yo tanto esto, que me parecia era desacato á las maravillas de Dios, que por esto quisiera callar. Entendí entónces, que habia sido muy mal aconsejada de aquel confesor, que en ninguna manera callase cosa al que me confesaba, porque en esto habia gran seguridad, y haciendo lo contrario, podria ser engañarme alguna vez.

Siempre que el Señor me mandaba una cosa en la oracion, si el confesor me decia otra, me tornaba el mismo Señor á decir, que le obedeciese; despues su Majestad le volvia, para que me lo tornase á mandar. Cuando se quitaron muchos libros de romance, que no se leyesen, yo sentí mucho, porque algunos me daba recreacion leerlos, y yo no podia ya, por dejarlos en latin: me dijo el Señor: *No tengas pena, que yo te daré libro vivo.* Yo no podia entender, por

qué se me habia dicho esto, porque áun no tenía visiones: despues desde á bien pocos dias lo entendí muy bien, porque he tenido tanto que pensar, y recogerme en lo que veia presente, y ha tenido tanto amor el Señor conmigo para enseñarme de muchas maneras, que muy poca, ó casi ninguna necesidad he tenido de libros. Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto las verdades. Bendito sea tal libro, que deja imprimido lo que se ha de leer y hacer, de manera que no se puede olvidar.

¿Quién ve á el Señor cubierto de llagas y afligido con persecuciones, que no las abrace y las ame y las desee? ¿Quién ve algo de la gloria, que da á los que le sirven, que no conozca es todo nada, cuanto se puede hacer y padecer, pues tal premio esperamos? ¿Quién ve los tormentos que pasan los condenados, que no se le hagan deleites los tormentos de acá en su comparacion, y conozcan lo mucho que deben á el Señor en haberlos librado tantas veces de aquel lugar? Porque con el favor de Dios se dirá más de algunas cosas, quiero ir adelante en el proceso de mi vida. Plega á el Señor haya sabido declararme en estoque he dicho: bien creo que quien tuviere experiencia lo entenderá, y verá que he atinado á decir algo: quien no, no me espanto le parezca desatino todo. Basta decirlo yo para quedar disculpado, ni yo culparé á quien lo dijere. El señor me deje atinar en cumplir su voluntad, amen.

CAPÍTULO XXVII.

En que trata otro modo, con que enseña el Señor al alma y sin hablarla, la da á entender su voluntad por una manera admirable. Trata tambien de declarar una vision y gran merced, que le hizo el Señor, no imaginaria. Es mucho de notar este capítulo.

Pues tornando á el discurso de mi vida, yo estaba con esta afliccion de penas, y con grandes oraciones, como he dicho que se hacian, porque el Señor me llevase por otro camino, que fuese más seguro, pues este me decian era tan sospechoso. Verdad es, que aunque yo le suplicaba á Dios, por mucho que queria desear otro camino, como veia tan mejorada mi alma (sino era alguna vez, cuando estaba muy fatigada de las cosas que me decian, y miedos que me ponian) no era en mi mano desearlo, aunque siempre lo pedia. Yo me veia otra en todo: no podia, sino ponía-me en las manos de Dios, que él sabía lo que me convenia, que cumpliese en mí lo que era su voluntad en todo. Veia que por este camino le llevaba para el cielo,

y que ántes iba á el infierno: que habia de desear esto, ni creer que era demonio, no me podia forzar á mí, aunque hacía cuanto podia por creerlo y desearlo: mas no era en mi mano. Ofrecia lo que hacía, si era alguna buena obra, por eso. Tomaba santos devotos, porque me librasen del demonio. Andaba novenas, encomendábame á San Hilarion y á San Miguel ángel, con quien por esto tomé nuevamente devocion; y á otros muchos santos importunaba mostrase el Señor la verdad, digo que lo acabasen con su Majestad. Á cabo de dos años, que andaba con toda esta oracion mia, y de otras personas, para lo dicho, ó que el Señor me llevase por otro camino ó declarase la verdad (porque eran muy continuas las hablas que he dicho me hacía el Señor) me acaeció esto.

Estando un dia del glorioso San Pedro en oracion, vi cabe mí, ó sentí, por mejor decir, que con los ojos del cuerpo, ni del alma no ví nada, mas parecióme estaba junto cabe mi Cristo, y veia ser Él el que me hablaba, á mi parecer. Yo como estaba ignorantísima de que podia haber semejante vision, dióme gran temor á el principio, y no hacía sino llorar, aunque en diciéndome una palabra sola de asegurarme, quedaba, como solia, quieta y con regalo y sin ningun temor. Parecíame andar siempre al lado Jesucristo; y como no era vision imaginaria, no veia en qué forma: mas estar siempre á mi lado derecho sentíalo muy claro, y que era testigo de todo lo que yo hacía, y

que ninguna vez que me recogiese un poco, ó no estuviese muy divertida, podia ignorar que estaba cabe mí.

Luégo fuí á mi confesor harto fatigada á decírselo. Preguntóme, que en qué forma le veia? Yo le dije que no le veia. Díjome, que ¿cómo sabía yo que era Cristo? Yo le dije, que no sabía cómo, mas que no podia dejar de entender que estaba cabe mí, y le veia claro, y sentia, y que el recogimiento del alma era muy mayor en oracion de quietud y muy continua, y los efectos que eran muy otros que solia tener, y que era cosa muy clara. No hacía sino poner comparaciones para darme á entender; y cierto para esta manera de vision, á mi parecer, no la hay que mucho cuadre: que así como es de las más subidas, segun despues me dijo un santo hombre y de gran espíritu, llamado Fray Pedro de Alcántara, de quien despues haré más mencion, y me han dicho otros letrados grandes, y que es adonde ménos se puede entremeter el demonio, de todas; así no hay términos para decirla acá las que poco sabemos, que los letrados mejor lo darán á entender. Porque si digo, que con los ojos del cuerpo ni del alma, no le veo, porque no es imaginaria vision, ¿cómo entiendo y me afirmo con más claridad, que está cabe mí, que si lo viese? Porque parecer, que es como una persona que está á oscuras, que no ve á otra que está cabe ella, ó si es ciega, no va bien: alguna semejanza tiene, mas no

mucha, porque siente con los sentidos, ó la oye hablar, ó menear, ó la toca. Acá no hay nada de esto, ni se ve oscuridad, sino que se representa por una noticia al alma, más clara que el sol. No digo que se ve sol, ni claridad, sino una luz, que sin ver luz alumbra el entendimiento; para que goce el alma tan gran bien. Trae consigo grandes bienes.

No es como una presencia de Dios, que se siente muchas veces, en especial los que tienen oracion de union y quietud; que parece en queriendo comenzar á tener oracion, hallamos con quien hablar, y parece entendemos nos oye por los efectos y sentimientos espirituales, que sentimos, de gran amor y fe, y otras determinaciones con ternura. Esta gran merced es de Dios, y téngalo en mucho á quien lo ha dado; porque es muy subida oracion, mas no es vision, que entiéndese que está allí Dios, por los efectos que, como digo hace á el alma, que por aquel modo quiere su Majestad darse á sentir: acá vése claro, que está aquí, Jesucristo, Hijo de la Vírgen. En esta otra manera de oracion represéntanse unas influencias de la Divinidad: aquí junto con éstas se ve nos acompaña, y quiere hacer mercedes tambien la Humanidad sacratísima. Pues preguntóme el confesor, ¿quién dijo que era Jesucristo?—El me lo dice muchas veces, respondí yo: mas ántes que me lo dijese, se imprimió en mi entendimiento que era Él, y ántes de esto me lo decia, y no le veia.

Si una persona que yo nunca hubiese visto, sino oido nuevas de ella, me viniese á hablar estando ciega, ó en gran oscuridad, y me dijese quién era, creerlo ya, mas no tan determinadamente lo podria afirmar ser aquella persona, como si la hubiera visto. Acá sí, que sin verse se imprime con una noticia tan clara, que no parece se puede dudar; que quiere el Señor esté tan esculpida en el entendimiento, que no se puede dudar más, que lo que se ve, ni tanto; porque en esto algunas veces nos queda sospecha, si se nos antojó: acá aunque de presto dé esta sospecha, queda por una parte gran certidumbre, que no tiene fuerza la duda. Así es tambien en otra manera, que Dios enseña el alma, y la habla sin hablar, de la manera que queda dicha.

Es un lenguaje tan del cielo, que acá se puede mal dar á entender, aunque más queramos decir, si el Señor por esperiencia no lo enseña. Pone el Señor lo que quiere que el alma entienda, en lo muy interior del alma, y allí lo representa sin imágen, ni forma de palabras, sino á manera de esta vision que queda dicha. Y nótese mucho esta manera de hacer Dios, que entiende el alma lo que Él quiere, y grandes verdades y misterios; porque muchas veces lo que entiendo, cuando el Señor me declara alguna vision que quiere su Majestad representarme, es así; y paréceme que es adonde el demonio se puede entremeter ménos, por estas razones: si ellas no son bue-

nas yo me debo engañar. Es una cosa tan de espíritu esta manera de vision y de lenguaje, que ningun bullicio hay en las potencias, ni en los sentidos, á mi parecer, por donde el demonio pueda sacar nada. Esto es alguna vez y con brevedad, que otras bien me parece á mí que no están suspendidas las potencias, ni quitados los sentidos, sino muy en sí, que no es siempre esto en contemplacion, ántes muy pocas veces: mas éstas que son, digo, que no obramos nosotros nada, ni hacemos nada; todo parece obra del Señor. Es como cuando ya está puesto el manjar en el estómago sin comerle, ni saber nosotros cómo se puso allí, mas entiende bien que está. Aunque aquí no se entiende el manjar que es, ni quien lo puso, acá sí; mas como se puso no lo sé, que ni se vió, ni se entiende, ni jamás se habia movido á desearlo, ni habia venido á mi noticia que esto podia ser.

En la habla, que hemos dicho ántes, hace Dios al entendimiento que advierta, aunque le pese, á entender lo que se dice; que allá parece tiene el alma otros oidos con que oye, y que la hace escuchar, y que no se divierta: como á uno que oyese bien, y no le consintiesen atapar los oidos, y le hablasen junto á voces, aunque no quisiese lo oiria. Y en fin algo hace, pues está atento á entender lo que le hablan: acá ninguna cosa, que áun este poco que es sólo escuchar, que hacía en lo pasado, se le quita. Todo lo halla guisado y comido, no hay más que hacer de

gozar; como uno que sin deprender, ni haber trabajado nada para saber leer, ni tampoco hubiese estudiado nada, hallase toda la ciencia sabida ya en sí, sin saber cómo, ni dónde, pues áun nunca habia trabajado, áun para aprender el abece. Esta comparacion postrera me declara algo de este don celestial; porque se ve el alma en un punto sábia, y tan declarado el misterio de la Santísima Trinidad, y de otras cosas muy subidas, que no hay teólogo con quien no se atreviese á disputar la verdad de estas grandezas. Quédase tan espantada, que basta una merced de éstas para trocar toda un alma, y hacerla no amar cosa sino á quien ve, que, sin trabajo ninguno suyo, la hace capaz de tan grandes bienes, y le comunica secretos, y trata con ella con tanta amistad y amor, que no se sufre escribir. Porque hace algunas mercedes, que consigo traen la sospecha, por ser de tanta admiracion, y hechas á quien tampoco las ha merecido, que si no hay muy viva fe, no se podrán creer: y así yo pienso decir pocas de las que el Señor me ha hecho á mí, si no me mandaren otra cosa, sino son algunas visiones, que pueden para alguna cosa aprovechar, ó para que, á quien el Señor las diere, no se espante, pareciéndole imposible, como hacía yo; ó para declararle el modo ó camino por donde el Señor me ha llevado, que es lo que me mandan escribir.

Pues tornando á esta manera de entender, lo que me parece es, que quiere el Señor de todas maneras

tenga esta alma alguna noticia de lo que pasa en el cielo: y paréceme á mí, que así como allá sin hablar se entiende (lo que yo nunca supe cierto es así, hasta que el Señor por su bondad quiso que lo viese, y me lo mostró en un arrobamiento) así es acá, que se entienden Dios y el alma, con sólo querer su Majestad que lo entienda, sin otro artificio, para darse á entender el amor que se tienen estos dos amigos. Como acá si dos personas se quieren mucho, y tienen buen entendimiento, áun sin señas parece que se entienden con sólo mirarse. Esto debe ser aquí, que sin ver nosotros, como de hito en hito se miran estos dos amantes, como lo dice el Esposo á la Esposa en los Cantares: á lo que creo, hélo oido que es aquí.

¡Oh benignidad admirable de Dios, que así os dejais mirar de unos ojos, que tan mal han mirado, como los de mi alma! Queden ya, Señor, de esta vista acostumbrados en no mirar cosas bajas, ni que le contente ninguna, fuera de vos. ¡Oh ingratitud de los mortales! Hasta cuándo ha de llegar? Que sé yo por experiencia, que es verdad esto que digo, y que es lo ménos de lo que vos haceis con una alma que traeis á tales términos, lo que se puede decir. ¡Oh almas que habeis comenzado á tener oracion, y las que teneis verdadera fe! ¿qué bienes podeis buscar, áun en esta vida (dejemos lo que se gana para sin fin) que sea como el menor de éstos? Mirad, que es así cierto, que se da Dios á sí, á los que todo lo dejan por El.

No es aceptador de personas, á todas ama: no tiene nadie excusa, por ruin que sea, pues así lo hace conmigo, trayéndome á tal estado. Mirad, que no es cifra lo que digo de lo que se puede decir, sólo va dicho lo que es menester, para darse á entender esta manera de vision y merced, que hace Dios á el alma; mas no puedo decir lo que se siente, cuando el Señor la da á entender secretos y grandezas suyas, el deleite tan sobre cuantos acá se pueden entender, que bien con razon hace aborrecer los deleites de la vida, que son basura todos juntos. Es asco traerlos á ninguna comparacion aquí, aunque sea para gozarlos sin fin. Y de estos qué da el Señor? sola una gota de agua del gran rio caudaloso, que nos está aparejado.

Vergüenza es, y yo cierto la he de mí, y si pudiera haber afrenta en el cielo, con razon estuviera yo allá más afrentada. ¿Por qué hemos de querer tantos bienes, y deleites, y gloria para sin fin, todos á costa del buen Jesus (1)? ¿No lloraremos siquiera con las hijas de Jerusalen, ya que no le ayudemos á llevar la cruz con el Cirineo? ¿Qué, con placeres y pasatiempos hemos de gozar lo que él nos ganó á costa de tanta sangre? Es imposible. ¿Y con honras vanas

(1) Los franceses suelen decir *nuestro buen Dios*, *el buen Jesus*. Hoy en dia estas frases tendrian entre nosotros cierto sabor afrancesado; pero se ve que en el siglo XVI eran muy usuales en Castilla.

pensamos remediar un desprecio, como Él sufrió, para que nosotros reinemos para siempre? No lleva camino. Errado, errado va el camino, nunca llegaremos allá. Dé voces vuesa merced en decir estas verdades, pues Dios me quitó á mí esta libertad. A mí me las querria dar siempre, y oyóme tan tarde, y entendí á Dios, como se verá por lo escrito, que me es gran confusion hablar en esto, y así quiero callar: sólo diré lo que algunas veces considero. Plega al Señor me traiga á términos, que yo pueda gozar de este bien. ¿Qué gloria accidental será, y qué contento de los bienaventurados, que ya gozan de esto, cuando vieren, que aunque tarde, no les quedó cosa por hacer por Dios de las que les fué posible, ni dejaron cosa por darle de todas las maneras que pudieron, conforme á sus fuerzas y estado, y el que más, más? ¡Qué rico se hallará, el que todas las riquezas dejó por Cristo! ¡Qué honrado, el que no quiso honra por Él, sino que gustaba de verse muy abatido! ¡Qué sabio, el que se holgó que le tuviesen por loco, pues lo llamaron á la misma Sabiduría! ¡Qué pocos hay ahora por nuestros pecados! Ya, ya parece se acabaron los que las gentes tenian por locos, de verlos hacer obras heróicas de verdaderos amadores de Cristo! ¡Oh mundo, mundo, cómo vas ganando honra en haber pocos que te conozcan! Mas si pensamos se sirve ya más Dios de que nos tengan por sabios y discretos, eso, eso debe ser, segun se usa discrecion: lue-

go nos parece es poca edificacion no andar con mucha compostura de autoridad, cada uno en su estado. Hasta el fraile y clérigo y monja nos parecerá que traer cosa vieja y remendada es novedad y dar escándalo á los flacos; y áun estar muy recogidos y tener oracion, segun está el mundo, y tan olvidadas las cosas de perfeccion de grandes ímpetus que tenian los santos, que pienso hace más daño á las desventuras, que pasan en estos tiempos, que no haría escándalo á nadie dar á entender los religiosos por obras, como lo dicen por palabras, en lo poco que se ha de tener el mundo, que de estos escándalos el Señor saca de ellos grandes provechos; y si unos se escandalizan, otros se remuerden, siquiera que hubiese un dibujo de lo que pasó por Cristo y sus Apóstoles, pues ahora más que nunca es menester.

Y qué bueno nos le llevó Dios ahora en el bendito Fray Pedro de Alcántara! No está ya el mundo para sufrir tanta perfeccion. Dicen que están las saludes más flacas, y que no son los tiempos pasados. Este santo hombre de este tiempo era, estaba grueso el espíritu, como en los otros tiempos, y así tenía el mundo debajo de los piés; que aunque no anden desnudos, ni hagan tan áspera penitencia como él, muchas cosas hay, como otras veces he dicho, para repisar el mundo, y el Señor las enseña cuando ve ánimo. Y cuán grande le dió su Majestad á este santo, que digo, para hacer cuarenta y siete años tan áspera

penitencia, como todos saben. Quiero decir algo de ella, que sé es toda verdad. Díjome á mí y á otra persona, de quien se guardaba poco; y á mí el amor que me tenía era la causa, porque quiso el Señor le tuviese para volver por mí, y animarme en tiempo de tanta necesidad, como he dicho y diré. Paréceme fueron cuarenta años los que me dijo habia dormido sola hora y media entre noche y dia, y que este era el mayor trabajo de penitencia, que habia tenido en los principios, de vencer el sueño, y para esto estaba siempre ó de rodillas, ó en pié. Lo que dormia era sentado, la cabeza arrimada á un maderillo que tenía hincado en la pared. Echado, aunque quisiera, no podia, porque su celda, como se sabe, no era más larga que cuatro piés y medio. En todos estos años jamás se puso la capilla, por grandes soles y aguas que hiciese, ni cosa en los piés, ni vestido, sino un hábito de sayal, sin ninguna otra cosa sobre las carnes, y este tan angosto como se podia sufrir, y un mantillo de lo mismo encima.

Decíame que en los grandes frios se le quitaba y dejaba la puerta y ventanilla abierta de la celda, para que, con ponerse despues el manto y cerrar la puerta, contentaba el cuerpo, para que sosegase con más abrigo. Comer á tercer dia era muy ordinario. Y díjome, qué de qué me espantaba? que muy posible era á quien se acostumbraba á ello. Un su compañero me dijo, que le acaecia estar ocho dias

sin comer. Debia ser estando en oracion, porque tenía grandes arrobamientos y ímpetus de amor de Dios, de que una vez yo fuí testigo. Su pobreza era extrema y mortificacion en la mocedad, que me dijo, que le habia acaecido estar tres años en una casa de su Órden, y no conocer fraile, sino era por la habla; porque no alzaba los ojos jamás, y así á las partes que de necesidad habia de ir, no sabía sino íbase tras los frailes: esto le acaecia por los caminos. A mujeres jamás miraba, esto muchos años. Decíame que ya no se le daba más ver, que no ver; mas era muy viejo cuando le vine á conocer, y tan extrema su flaqueza, que no parecia sino hecho de raíces de árboles. Con toda esta santidad era muy afable, aunque de pocas palabras, sino era con preguntarle. En estas era muy sabroso, porque tenía muy lindo entendimiento. Otras cosas muchas quisiera decir, sino que he miedo: dirá vuesa merced para qué me meto en esto; y con él lo he escrito. Y así lo dejo con que fué su fin como la vida, predicando y amonestando á sus frailes. Como vió ya se acababa, dijo el salmo de *Letatum sun yn is que dita sun miqui*, é hincado de rodillas murió.

Despues ha sido el Señor servido, yo tenga más en él que en la vida, aconsejándome en muchas cosas. Héle visto muchas veces con grandísima gloria. Díjome la primera que me apareció, que bienaventurada penitencia, que tanto premio habia merecido, y

otras muchas cosas. Un año ántes que muriese me apareció estando ausente, y supe se habia de morir, y se lo avisé, estando algunas leguas de aquí. Cuando espiró, me apareció, y dijo, como se iba á descansar. Yo no lo creí; díjelo á algunas personas, y desde á ocho dias vino la nueva como era muerto, ó comenzado á vivir para siempre, por mejor decir. Héla aquí acabada esta aspereza de vida con tan gran gloria: paréceme que mucho más me consuela, que cuando acá estaba. Díjome una vez el Señor, que no le pedirian cosa en su nombre, que no la oyese. Muchas que le he encomendado pida al Señor, las he visto cumplidas. Sea bendito por siempre, amen.

Más que hablar he hecho para despertar á vuesa merced á no estimar en nada cosa de esta vida, como si no lo supiese, ó no estuviera ya determinado á dejarlo todo, y puéstolo por obra. Veo tanta perdicion en el mundo, que aunque no aproveche más decirlo yo, de cansarme de escribirlo, me es descanso, que todo es contra mí lo que digo. El Señor me perdone lo que en este caso le he ofendido, y vuesa merced, que le canso sin propósito. Parece que quiero haga penitencia de lo que yo en esto pequé.

CAPÍTULO XXVIII.

En que trata las grandes mercedes que la hizo el Señor, y cómo le apareció la primera vez: declara que es vision imaginaria: dice los grandes efectos y señales que deja, cuando es de Dios. Es muy provechoso capítulo, y mucho de notar.

Tornando á nuestro propósito, pasé algunos dias, pocos, con esta vision muy continua, y hacíame tanto provecho, que no salia de oracion; y áun cuanto hacía, procuraba fuese de suerte, que no descontentase al que claramente veia estaba por testigo; y aunque á veces temia con lo mucho que me decian, durábame poco el temor, porque el Señor me aseguraba. Estando un dia en oracion, quiso el Señor mostrarme solas las manos con tan grandísima hermosura, que no lo podria yo encarecer. Hízome gran temor, porque cualquier novedad me le hace grande á los principios, de cualquiera merced sobrenatural, que el Señor me haga. Desde á pocos dias ví tambien aquel divino rostro, que de el todo me parece me dejó absorta. No podia yo entender por qué el Señor se

mostraba así poco á poco, pues despues me habia de hacer merced, que yo lo viese del todo, hasta despues, que he entendido que me iba su Majestad llevando conforme á mi flaqueza natural. Sea bendito por siempre, porque tanta gloria junta, tan bajo y ruin sujeto no la pudiera sufrir, y como quien esto sabia, iba el piadoso Señor disponiendo.

Parecerá á vuesa merced que no era menester mucho esfuerzo para ver unas manos y rostro tan hermoso: sónlo tanto los cuerpos glorificados, que la gloria que traen consigo, ver cosa tan sobrenatural y hermosa, desatina; y así me hacía tanto temor, que toda me turbaba y alborotaba, aunque despues quedaba con certidumbre y seguridad, y con tales efectos, que presto se perdia el temor.

Un dia de San Pablo, estando en misa, se me representó toda esta Humanidad sacratísima, como se pinta resucitado, con tanta hermosura y majestad, como particularmente escribí á vuesa merced cuando mucho me lo mandó. Y hacíase harto de mal, porque no se puede decir, que no sea deshacerse; mas lo mejor que supe ya lo dije, y así no hay para qué tornarlo á decir aquí: solo digo, que cuando otra cosa no hubiese para deleitar la vista en el cielo, sino la gran hermosura de los cuerpos glorificados, es grandísima gloria; en especial ver la Humanidad de Jesucristo Señor nuestro: áun acá que se muestra su Majestad conforme á lo que puede sufrir nuestra miseria, ¿qué

será adonde del todo se goza tal bien? Esta vision, aunque es imaginaria, nunca la ví con los ojos corporales, ni ninguna, sino con los ojos del alma. Dicen los que lo saben mejor que yo, que es más perfecta la pasada que ésta, y ésta más mucho, que las que se ven con los ojos corporales. Esta dicen, que es la más baja, y adonde más ilusiones puede hacer el demonio, aunque entónces no podia yo entender tal, sino que deseaba, ya que se me hacía esta merced, que fuese viéndola con los ojos corporales, para que no me dijese el confesor se me antojaba. Y tambien despues de pasada me acaecia (esto era luégo, luégo) pensar yo tambien en esto, que se me habia antojado, y fatigábame de haberlo dicho al confesor, pensando si le habia engañado. Este era otro llanto, é iba á él, y decíaselo. Preguntábame, ¿que si me parecia á mí así, ó si habia querido engañar? Yo le decia la verdad, porque á mi parecer no mentia, ni tal habia pretendido, ni por cosa del mundo dijera una cosa por otra. Esto bien lo sabía él, y así procuraba sosegarme, y yo sentia tanto en irle con estas cosas, que no sé cómo el demonio me ponia lo habia de fingir, para atormentarme á mí misma.

Mas el Señor se dió tanta priesa á hacerme esta merced, y declarar esta verdad, que bien presto se me quitó la duda de si era antojo, y despues veo muy claro mi bobería; porque, si estuviera muchos años imaginando cómo figurar cosa tan hermosa, no pu-

diera ni supiera, porque excede á todo lo que acá se puede imaginar, áun sola la blancura y resplandor. No es resplandor que deslumbre, sino una blancura suave, y el resplandor infuso, que da deleite grandísimo á la vista, y no la cansa, ni la claridad que se ve, para ver esta hermosura tan divina. Es una luz tan diferente de la de acá, que parece una cosa tan deslustrada la claridad del sol que vemos, en comparacion de aquella claridad y luz, que se representa á la vista, que no se querrian abrir los ojos despues.

Es como ver un agua muy clara, que corre sobre cristal, y reverbera en ella el sol, á una muy turbia y con gran nublado, y que corre por encima de la tierra. No porque se le representa sol, ni la luz es como la del sol; parece en fin luz natural, y esta otra cosa artificial. Es luz que no tiene noche, sino que como siempre es luz, no la turba nada. En fin es de suerte, que por grande entendimiento que una persona tuviese, en todos los dias de su vida podria imaginar cómo es; y pónela Dios delante tan presto, que áun no hubiera lugar para abrir los ojos, si fuera menester abrirlos; mas no hace más estar abiertos que cerrados, cuando el Señor quiere, que aunque no queramos se ve. No hay divertimiento que baste, ni hay poder resistir, ni basta diligencia, ni cuidado para ello. Esto tengo yo bien esperimentado, como diré.

Lo que yo ahora querria decir, es, el modo como

el Señor se muestra por estas visiones: no digo, que declararé de qué manera puede ser poner esta luz tan fuerte en el sentido interior, y en el entendimiento imágen tan clara, que parece verdaderamente está allí, porque esto es de letrados: no ha querido el Señor darme á entender el cómo; y soy tan ignorante y de tan rudo entendimiento, que aunque mucho me lo han querido declarar, no he áun acabado de entender el cómo. Y esto es cierto, que aunque á vuesa merced le parezca que tengo vivo entendimiento, que no lo tengo; porque en muchas cosas lo he esperimentado, que no comprende más de lo que le dan á comer, como dicen. Algunas veces se espantaba el que me confesaba de mis ignorancias, y jamás me dió á entender, ni áun lo deseaba, cómo hizo Dios esto, ó pudo ser esto, ni lo preguntaba, aunque como he dicho, de muchos años acá trataba con buenos letrados. Si era una cosa pecado ó no, esto sí; en lo demas no era menester más para mí de pensar hízolo Dios todo, y veia que no habia de que me espantar, sino por que le alabar, y ántes me hacen devocion las cosas dificultosas, y miéntras más, más.

Diré pues lo que he visto por experiencia: el cómo el Señor lo hace, vuesa merced lo dirá mejor, y declarará todo lo que fuere oscuro, y yo no supiere decir. Bien me parecia en algunas cosas, que era imágen lo que veia, mas por otras muchas no, sino que era el mismo Cristo, conforme á la claridad con

que era servido mostrárseme. Unas veces era tan en confuso, que me parecia imágen, no como los dibujos de acá, por muy perfectos que sean, que hartos he visto buenos: es disparate pensar que tiene semejanza lo uno con lo otro en ninguna manera, no más ni ménos, que la tiene una persona viva á su retrato, que por bien que esté sacado, no puede ser tan al natural, que en fin se vé es cosa muerta: mas dejemos esto, que aquí viene bien y muy al pié de la letra. No digo que es comparacion, que nunca son tan cabales, sino verdad, que hay la diferencia que de lo vivo á lo pintado, no más ni ménos: porque si es imágen, es imágen viva, no hombre muerto, sino Cristo vivo; y da á entender que es hombre y Dios, no como estaba en el sepulcro, sino como salió de él despues de resucitado. Y viene á veces con tan grande majestad, que no hay quien pueda dudar, sino que es el mismo Señor, en especial en acabando de comulgar, que ya sabemos que está allí, que nos lo dice la fe. Represéntase tan Señor de aquella posada, que parece toda deshecha el alma: se vé consumir en Cristo. ¡Oh Jesus mio, quién pudiese dar á entender la majestad con que os mostrais! Y cuán Señor de todo el mundo y de los cielos, y de otros mil mundos, y sin cuento mundos y cielos que vos criárades! (1): entiende el

(1) Fray Luis de Leon no puso admiracion ni dividió la cláusula. En las ediciones desde mediados del siglo XVI, se

mala, segun con la majestad que os representais, que no es nada para ser vos Señor de ello.

Aquí se ve claro, Jesus mio, el poco poder de todos los demonios, en comparacion del vuestro, y cómo quien os tuviere contento puede repisar el infierno todo. Aquí ve la razon que tuvieron los demonios de temer cuando bajastes á el limbo, y tuvieran de desear otros mil infiernos más bajos para huir de tan gran majestad, y veo que quereis dar á entender á el alma cuán grande es, y el poder que tiene esta sacratísima Humanidad, junto con la Divinidad. Aquí se representa bien, qué será el dia del juicio ver esta majestad de este Rey, y verle con rigor para los malos. Aquí es la verdadera humildad, que deja en el alma, de ver su miseria, que no la pueden ignorar. Aquí la confusion y verdadero arrepentimiento de los pecados, que áun con verle que muestra amor, no sabe adónde se meter, y así se deshace toda. Digo, que tiene tan grandísima fuerza esta vision, cuando El Señor quiere mostrar á el alma mucha parte de su grandeza y majestad, que tengo por imposible, si muy sobrenatural no la quisiese el Señor ayudar, con quedar puesta en arrobamiento y éxtasi (que pierde el ver la vision de aquella divina presencia, con gozar) sería, como digo imposible sufrirla

---

pusieron admiraciones, pero no se dividió la cláusula, quedando el sentido muy oscuro.

ningun sugeto. Es verdad que se olvida despues. Tan imprimida queda aquella majestad y hermosura, que no hay poderla olvidar, sino es cuando quiere el Señor que padezca el alma una sequedad y soledad grande, que diré adelante; que áun entónces de Dios parece se olvida. Queda el alma otra, siempre embebida: parécele comienza de nuevo amor vivo de Dios en muy alto grado, á mi parecer; que aunque la vision pasada, que dije que representa á Dios sin imágen, es más subida, que para durar la memoria conforme á nuestra flaqueza, para traer bien ocupado el pensamiento, es gran cosa el quedar representada, y puesta en la imaginacion tan divina presencia. Y casi vienen juntas estas dos maneras de vision siempre; y áun es así que lo vienen, porque con los ojos del alma vése la excelencia y hermosura y gloria de la santísima Humanidad: y por estotra manera, que queda dicha, se nos da á entender como es Dios y poderoso, y que todo lo puede, y todo lo manda, y todo lo gobierna, y todo lo hinche su amor.

Es muy mucho de estimar esta vision, y sin peligro, á mi parecer; porque en los efectos se conoce no tiene fuerza aquí el demonio. Paréceme, que tres ó cuatro veces me ha querido representar de esta suerte al mismo Señor, en representacion falsa: toma la forma de carne, mas no puede contrahacerla con la gloria, que cuando es de Dios. Hace representaciones para deshacer la verdadera vision, que ha visto

el alma, mas así la resiste de sí y se alborota y se desabre y inquieta, que pierde la devocion y gusto que ántes tenía, y queda sin ninguna oracion. A los principios fué esto, como he dicho, tres ó cuatro veces. Es cosa tan diferentísima, que áun quien hubiere tenido sola oracion de quietud, creo lo entenderá por los efectos, que quedan dichos en las hablas. Es cosa muy conocida, y si no se quiere dejar engañar un alma, no me parece la engañará, si anda con humildad y simplicidad. A quien hubiere tenido verdadera vision de Dios, desde luégo casi se siente; porque aunque comienza con regalo y gusto, el alma lo lanza de sí; y áun, á mi parecer, debe ser diferente el gusto, y no muestra apariencia de amor puro y casto; y muy en breve da á entender quién es.

Así, que donde hay experiencia, á mi parecer, no podrá el demonio hacer daño. Pues ser imaginacion esto, es imposible de toda imposibilidad; ningun camino lleva, porque sola la hermosura y blancura de una mano es sobre toda nuestra imaginacion. Pues sin acordarnos de ello, ni haberlo jamás pensado, ver en un punto presentes, cosas que en gran tiempo no pudieran concertarse con la imaginacion, porque va muy más alto, como ya he dicho, de lo que acá podemos comprender: así que este es imposible, y si pudiésemos algo en esto, aún se ve claro por estotro, que ahora diré. Porque si fuese representado con el entendimiento, dejado que no haría las grandes ope-

raciones que esto hace ni ninguna, porque sería como uno que quisiese hacer que dormia, y estáse despierto, porque no le ha venido el sueño, que él, como si tiene necesidad ó flaqueza en la cabeza, lo desea, adormécese en sí, y hace sus diligencias, y á las veces parece hace algo: mas si no es sueño de veras, no le sustentará ni dará fuerza á la cabeza, ántes á las veces queda más desvanecida. Así sería en parte acá, quedar el alma desvanecida, mas no sustentada y fuerte, ántes cansada y disgustada: acá no se puede encarecer la riqueza que queda, aún al cuerpo, de salud, y queda confortado.

Esta razon, con otras, daba yo, cuando me decian que era demonio, y que se me antojaba (que fué muchas veces) y ponia comparaciones, como yo podia y el Señor me daba á entender: mas todo aprovechaba poco, porque como habia personas muy santas en este lugar, y yo en su comparacion una perdicion, y no los llevaba Dios por este camino, luégo era el temor en ellos; que mis pecados parece lo hacian, que de uno en otro se rodeaba, de manera que lo venian á saber, sin decirlo yo sino á mi confesor, ó á quien él me mandaba. Yo les dije una vez, que si los que me decian esto me dijeran, que una persona que hubiese acabado de hablarme, y la conociese yo mucho, que no era ella, sino que se me antojaba, que ellos lo sabian, que sin duda yo lo creyera más que lo que habia visto: mas si esta persona me dejara algunas jo-

yas, y se me quedaban en las manos por prendas de mucho amor, y que ántes no tenía ninguna, y me veia rica, siendo pobre, que no podria creerlo, aunque yo quisiese; y que estas joyas las podia yo mostrar, porque todos los que me conocian, veian claro estar otra mi alma, y así lo decia mi confesor, porque era muy grande la diferencia en todas las cosas, y no disimulada, sino muy con claridad lo podian todos ver. Porque como ántes era tan ruin, decia yo que no podia creer, que si el demonio hacía esto para engañarme y llevarme al infierno, tomase medio tan contrario, como era quitarme los vicios, y poner virtudes y fortaleza; porque veia claro quedar en estas cosas, en una vez, otra.

Mi confesor, como digo, que era un padre bien santo de la Compañía de Jesus (1), respondia esto mismo, segun yo supe. Era muy discreto y de gran humildad, y esta humildad tan grande me acarreó á mí hartos trabajos, porque, con ser de mucha oracion y letrado, no se fiaba de sí, como el Señor no le llevaba por este camino: pasólos harto grandes conmigo de muchas maneras. Supe que le decian, que se guardase de mí, no le engañase el demonio con creerme algo de lo que le decia: tráenle ejemplos de otras personas. Todo esto me fatigaba á mí. Temia, que no habia de haber con quien me confesar, sino que to-

(1) Eralo ya entónces el padre Baltasar Alvarez.

dos habian de huir de mí: no hacía sino llorar. Fué providencia de Dios querer él durar y oirme: sino que era tan gran siervo de Dios, que á todo se pusiera por El; y así me decia, que no ofendiese yo á Dios, ni saliese de lo que él me decia, que no hubiese miedo me faltase: siempre me animaba y sosegaba. Mandábame siempre que no le callase ninguna cosa: yo así lo hacía. El me decia, que haciendo yo esto, aunque fuese demonio no me haría daño; ántes sacaria el Señor bien de el mal, que él queria hacer á mi alma: procuraba perfeccionarla en todo lo que podia. Yo, como traia tanto miedo, obedecíale en todo, aunque imperfectamente, que harto pasó conmigo tres años y más que me confesó, con estos trabajos, porque en grandes persecuciones que tuve, y cosas hartas, que permitia el Señor me juzgasen mal, y muchas estando sin culpa, con todo venian á él, y era culpado por mí, estando él sin ninguna culpa. Fuera imposible, si no tuviera tanta santidad, y el Señor que le animaba, poder sufrir tanto, porque habia de responder á los que les parecia iba perdida, y no le creian: y por otra parte habíame de sosegar á mí, y de curar el miedo que yo traia, poniéndomele mayor: me habia por otra parte de asegurar; porque á cada vision, siendo cosa nueva, permitia Dios me quedasen despues grandes temores. Todo me procedia de ser tan pecadora yo, y haberlo sido. El me consolaba con mucha piedad, y si él se creyera á sí mismo, no

padeciera yo tanto, que Dios le daba á entender la verdad en todo, porque el mismo Sacramento le daba luz, á lo que yo creo.

Los siervos de Dios, que no se aseguraban, tratábanme mucho: yo como hablaba con descuido algunas cosas que ellos tomaban por diferente intencion (yo queria mucho al uno de ellos, porque le debia infinito mi alma, y era muy santo; yo sentia infinito de que veia no me entendia, y él deseaba en gran manera mi aprovechamiento, y que el Señor me diese luz) y así lo que yo decia, como digo, sin mirar en ello, parecíales poca humildad: en viéndome alguna falta, que verian muchas, luégo era todo condenado. Preguntábánme algunas cosas, yo respondia con llaneza y descuido: luégo les parecia les queria enseñar, y que me tenía por sábia; todo iba á mi confesor, porque cierto ellos deseaban mi provecho: él á reñirme. Duró esto harto tiempo, afligida por muchas partes, y con las mercedes que me hacía el Señor, todo lo pasaba. Digo esto, para que se entienda el gran trabajo que es no haber quien tenga experiencia en este camino espiritual, que á no me favorecer tanto el Señor, no sé qué fuera de mí. Bastantes cosas habia para quitarme el juicio, y algunas veces me veia en términos, que no sabía qué hacer, sino alzar los ojos al Señor; porque contradiccion de buenos á una mujercilla ruin y flaca, cómo yo, y temerosa, no parece nada así dicho, y con haber yo pasado en la

vida grandísimos trabajos, es este de los mayores. Plega el Señor, que yo haya servido á su Majestad algo en esto, que de que le servian los que me condenaban y argüian, bien cierta estoy, y que era todo por gran bien mio.

CAPÍTULO XXIX.

Prosigue en lo comenzado, y dice algunas mercedes grandes que la hizo el Señor, y las cosas que su Majestad la decia para asegurarla, y para que respondiese á los que la contradecian.

Mucho he salido del propósito, porque trataba de decir las causas que hay, para ver que no es imaginacion; porque ¿cómo podríamos representar con estudio la Humanidad de Cristo, ordenando con la imaginacion su gran hermosura? Y no era menester poco tiempo, si en algo se habia de parecer á ella. Bien la puede representar delante de su imaginacion, y estarla mirando algun espacio, y las figuras que tiene, y la blancura, y poco á poco irla más perfeccionando, y encomendando á la memoria aquella imágen; esto quién se lo quita? pues con el entendimiento la pudo fabricar. En lo que tratamos ningun remedio hay de esto, sino que la hemos de mirar cuando el Señor la quiere representar, y cómo quiere, y lo que quiere; y no hay quitar ni poner ni modo

para ello, aunque más hagamos, ni para verlo cuando queremos, ni para dejarlo de ver: en queriendo mirar alguna cosa particular, luego se pierde Cristo.

Dos años y medio me duró, que muy ordinario me hacía Dios esta merced. Habrá más de tres, que tan continuo me la quitó de este modo, con otra cosa más subida (como quizá diré despues) y con ver que me estaba hablando, y yo mirando aquella gran hermosura, y la suavidad con que hablaba aquellas palabras por aquella hermosísima y divina boca, y otras veces con rigor, y desear yo en extremo entender el color de sus ojos, ó del tamaño que eran, para que lo supiese decir, jamás lo he merecido ver, ni me basta procurarlo, ántes se me pierde la vision del todo. Bien que algunas veces veo mirarme con piedad; mas tiene tanta fuerza esta vista, que el alma no la puede sufrir, y queda en tan subido arrobamiento, que para más gozarlo todo, pierde esta hermosa vista.

Así, que aquí no hay que querer ni no querer: claro se vé quiere el Señor que no haya sino humildad y confusion, y tomar lo que nos dieren, y alabar á quien lo da. Esto es en todas las visiones, sin quedar ninguna, que ninguna cosa se puede, ni para ver ménos ni más hace ni deshace nuestra diligencia. Quiere el Señor que veamos muy claro: no es esta obra nuestra, sino de su Majestad; porque muy ménos podemos tener soberbia, ántes nos hace estar humildes y temerosos, viendo que como el Señor nos quita el po-

der, para ver lo que queremos, nos puede quitar estas mercedes y la gracia, y quedar perdidos del todo, y que siempre andemos con miedo, miéntras en este destierro vivimos.

Casi siempre se me representaba el Señor, así resucitado, y en la hostia lo mismo; si no eran algunas veces para esforzarme, si estaba en tribulacion, que me mostraba las llagas: algunas veces en la cruz y en el huerto, y con la corona de espinas, pocas; y llevando la cruz tambien algunas veces, para, como digo, necesidades mias y de otras personas; mas siempre la carne glorificada. Hartas afrentas y trabajos he pasado en decirlo, y hartos temores y hartas persecuciones.

Tan cierto les parecia, que tenía demonio, que me querian conjurar algunas personas. De esto poco se me daba á mí, mas sentia cuando veia yo que temian los confesores de confesarme, ó cuando sabía les decian algo. Con todo, jamás me podia pesar de haber visto estas visiones celestiales, y por todos los bienes, y deleites del mundo sola una vez no lo trocára: siempre lo tenía por gran merced del Señor, y me parece un grandísimo tesoro; y el mismo Señor me aseguraba muchas veces. Yo me veia crecer en amarle muy mucho: íbame á quejar á El de todos estos trabajos, siempre salia consolada de la oracion, y con nuevas fuerzas. A ellos no los osaba yo contradecir, porque veia era todo peor, que les parecia poca hu-

mildad. Con mi confesor trataba: él siempre me consolaba mucho cuando me veia fatigada.

Como las visiones fueron creciendo, uno de ellos, que ántes me ayudaba (que era con quien me confesaba algunas veces, que no podia el ministro) comenzó á decir, que claro era demonio. Mandábame, que ya que no habia remedio de resistir, que siempre me santiguase cuando alguna vision viese, y diese higas (1), y que tuviese por cierto era demonio, y con esto no vendria; y que no hubise miedo, que Dios me guardaria, y me lo quitaria.

A mí me era esto grande pena; porque como yo no podia creer sino que era Dios, era cosa terrible para mí; y tan poco podia, como he dicho, desear se me quitase, mas en fin hacía cuanto me mandaba. Suplicaba mucho á Dios me librase de ser engañada, esto siempre lo hacía y con hartas lágrimas; y á San Pedro, y San Pablo, que me dijo el Señor (como fué la primera vez que me apareció en su dia) que ellos me guardarian no fuese engañada: y así muchas ve-

(1) *Dar higas* era hacer una señal de desprecio con la mano, poniéndola cerrada y asomando el dedo pulgar entre el índice y el de en medio. Todavía en tierra de Avila y Salamanca ponen á los niños *higas*, para evitar el aojo ó embrujamiento: la *higa* es un pedazo de asta teñida de verde y figurando toscamente una mano. A pesar de los esfuerzos de personas piadosas é ilustradas, es muy difícil quitarles esta preocupacion.

ces los veia al lado izquierdo muy claramente, aunque no con vision imaginaria. Eran estos gloriosos santos muy mis señores.

Dábame este dar higas grandísima pena, cuando veia esta vision del Señor; porque cuando yo le veia presente, si me hicieran pedazos, no pudiera yo creer que era demonio; y así era un género de penitencia grande para mí; y por no andar tanto santiguándome, tomaba una cruz en la mano. Esto hacía casi siempre, las higas no tan continuo, porque sentia mucho: acordábame de las injurias que le habian hecho los judíos, y suplicábale me perdonase, pues yo lo hacía por obedecer á el que tenía en su lugar, y que no me culpase, pues eran los ministros que Él tenía puestos en su Iglesia. Deciame, que no se me diese nada, que bien hacía en obedecer, mas que Él haria que se entendiese la verdad. Cuando me quitaban la oracion, me pareció se habia enojado. Díjome, que los dijese, que ya aquello era tiranía. Dábame causas para que entendiese que no era demonio, alguna diré despues.

Una vez teniendo yo la cruz en la mano, que la traia en un rosario, me la tomó con la suya; y cuando me la tornó á dar, era de cuatro piedras grandes muy más preciosas que diamantes, sin comparacion, porque no la hay casi á lo que se ve sobrenatural (diamante parece cosa contrahecha é imperfecta) de las piedras preciosas que se ven allá. Tenian las cinco

llagas de muy linda hechura. Díjome, que así la veria de aquí adelante y así me acaecia, que no veia la madera de que era, sino estas piedras, mas no lo veia nadie, sino yo (1). En comenzando á mandarme hiciese estas pruebas y resistiese, era muy mayor el crecimiento de las mercedes: en queriéndome divertir, nunca salia de oracion, áun durmiéndome parecia estaba en ella, porque aquí era crecer el amor, y las lástimas que yo decia á el Señor, y el no lo poder sufrir, ni era en mi mano (aunque yo queria y más lo procuraba) de dejar de pensar en Él: con todo obedecia cuanto podia, mas podia poco ó no nada en esto. Y el Señor nunca me lo quitó, mas aunque me decia lo hiciese, asegurábame por otro cabo, y enseñábame lo que les habia de decir, y así lo hace ahora, y dábame tan bastantes razones, que á mí me hacía toda seguridad.

Desde á poco tiempo comenzó su Majestad, como me lo tenía prometido, á señalar más que era Él, creciendo en mí un amor tan grande de Dios, que no sabia quién me le ponia, porque era muy sobrenatural, ni yo le procuraba. Veíame morir con deseo de ver á Dios, y no sabia adonde habia de buscar esta

(1) No se sabe á punto fijo el paradero de esta cruz tan interesante. La Santa se la dió á Doña Juana de Ahumada, su hermana, que se la pidió con instancia. Unos dicen que la tienen las carmelitas de Valladolid; otros las de Madrid.

vida, si no era con la muerte. Dábanme unos ímpetus grandes de este amor, que aunque no eran tan insufrideros, como los que ya otra vez he dicho, ni de tanto valor, yo no sabia qué me hacer, porque nada me satisfacia, ni cabia en mí, sino que verdaderamente me parecia se me arrancaba el alma. ¡Oh artificio soberano del Señor, qué industria tan delicada hacíais con vuestra esclava miserable! Escondíades os de mí, y apretábadesme con vuestro amor, con una muerte tan sabrosa, que nunca el alma querria salir de ella.

Quien no hubiere pasado estos ímpetus tan grandes, es imposible poderlo entender, que no es desasosiego del pecho; ni unas devociones que suelen dar muchas veces, que parece ahogan el espíritu, que no caben en sí. Esta es oracion más baja, y hánse de evitar estos aceleramientos, con procurar con suavidad recogerlos dentro de sí, y acallar el alma; que es esto como unos niños que tienen un acelerado llorar, que parece van á ahogarse, y con darles á beber, cesa aquel demasiado sentimiento: así acá la razon ataje á encoger la rienda, porque podria ser ayudar el mismo natural. Vuelva la consideracion con temer no es todo perfecto, sino que puede ser mucha parte sensual, y acalle este niño con un regalo de amor, que le haga mover á amar por via suave, y no á puñadas, como dicen: que recojan este amor dentro, y no como olla que cuece demasiado, porque

se pone la leña sin discrecion, y se vierte toda; sino que moderen la causa que tomaron para ese fuego, y procuren amatar la llama con lágrimas suaves, y no penosas, que lo son las de estos sentimientos, y hacen mucho daño. Yo las tuve algunas veces á los principios, y dejábanme perdida la cabeza y cansado el espíritu, de suerte, que otro dia y más, no estaba para tornar á la oracion. Así que es menester gran discrecion á los principios, para que vaya todo con suavidad, y se muestre el espíritu á obrar interiormente: lo esterior se procure mucho evitar.

Estotros ímpetus son diferentísimos, no ponemos nosotros la leña; sino que parece que, hecho ya el fuego, de presto nos echan dentro, para que nos quememos. No procura el alma que duela esta llaga de la ausencia del Señor, sino que hincan una saeta en lo más vivo de las entrañas y corazon á las veces, que no sabe el alma qué ha, ni qué quiere. Bien entiende que quiere á Dios, y que la saeta parece traia yerba (1) para aborrecerse á sí por amor de este Señor, y perderia de buena gana la vida por Él. No se puede encarecer, ni decir, el modo con que llaga Dios el alma, y la grandísima pena que da, que la hace no saber de sí, mas es esta pena tan sabrosa,

(1) Alude á las yerbas ó plantas venenosas con que solian los indios emponzoñar las flechas para hacer incurables sus heridas.

que no hay deleite en la vida que más contento dé. Siempre querria el alma, como he dicho, estar muriendo de este mal.

Esta pena y gloria junta, me traia desatinada, que no podia yo entender cómo podia ser aquello. ¡Oh que es ver un alma herida! Que digo, que se entiende de manera, que se puede decir herida, por tan excelente causa, y ve claro que no movió ella, por donde le viniese este amor, sino que de el muy grande, que el Señor la tiene, parece cayó de presto aquella centella en ella, que la hace toda arder. Oh cuántas veces me acuerdo, cuando así estoy, de aquel verso de David.—*Quemadmodum desiderad Cervus ad fontes aquarum*, que me parece lo veo al pié de la letra en mí. Cuando no da esto muy recio, parece sea placa algo (al ménos busca el alma algun remedio, porque no sabe qué hacer) con algunas penitencias, y no se sienten más, ni hace más pena derramar sangre, que si estuviese el cuerpo muerto. Busca modos y maneras para hacer algo que sienta por amor de Dios, mas es tan grande el primer dolor, que no sé yo qué tormento corporal le quitase: como no está allí el remedio, son muy bajas estas medicinas para tan subido mal: alguna cosa se aplaca, y pasa algo con esto, pidiendo á Dios le dé remedio para su mal, y ninguno ve, sino la muerte, que con esta piensa gozar de el todo á su bien. Otras veces da tan recio, que eso, ni nada no se puede hacer, que corta todo el cuerpo: ni piés ni brazos

no puede menear; ántes si está en pié se sienta como una cosa transportada, que no puede, ni áun resolgar, sólo da unos gemidos, no grandes, porque no puede, mas sónlo en el sentimiento.

Quiso el Señor, que viese aquí algunas veces esta vision: veia un ángel cabe mí hácia el lado izquierdo en forma corporal; lo que no suelo ver sino por maravilla. Aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la vision pasada, que dije primero. En esta vision quiso el Señor le viese así: no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecia de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan. Deben ser los que llaman querubines, que los nombres no me los dicen: mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles á otros, y de otros á otros, que no lo sabria decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecia tener un poco de fuego. Este me parecia meter por el corazon algunas veces, y que me llegaba á las entrañas: al sacarle me parecia las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con ménos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y áun harto. Es un requiebro tan

suave, que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad lo dé á gustar á quien pensare que miento (1).

Los dias que duraba esto, andaba como embobada, no quisiera ver ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria, que cuantas hay en todo lo criado. Esto tenía algunas veces, cuando quiso el Señor me viniesen estos arrobamientos tan grandes, que áun estando entre gentes, no los podia

---

(1) Sucedió esto, segun la opinion más probable, en 1559. En 1700 se encontró en Sevilla el original de la cancion, que se dice escribió la Santa con este motivo, y que va entre sus poesías.

En el altar mayor de la iglesia de las Carmelitas descalzas, en Alba de Tórmes, se ve el corazon de Santa Teresa con la herida que recibió en aquella ocasion. Yo mismo la he visto várias veces y detenidamente en aquel paraje.

Benedicto XIII concedió á los Carmelitas descalzos en 25 de Mayo de 1726 celebrar la fiesta de la transverberacion del corazon de Santa Teresa: en 1733 se hizo extensiva á todos los dominios de España. Con razon los Bolandistas increpan la ligereza de Mr. L. F. Alfredo Maury, que en 1843 dió á luz en París un escrito titulado *Ensayo sobre las piadosas leyendas de la Edad media*. El autor, ignorando, ó aparentando ignorar, lo que dice aquí Santa Teresa, y el juicio de la Iglesia, atribuye al pintor Alonso Cano el haber pintado el corazon de Santa Teresa traspasado con una flecha, diciendo que de aquí vino el tomar por realidad lo que sólo era alegoría.

resistir, sino que con harta pena mia se comenzaron á publicar. Despues que los tengo no siento esta pena tanto, sino la que dije en otra parte ántes, no me acuerdo en qué capítulo, que es muy diferente en hartas cosas, y de mayor aprecio: ántes en comenzando esta pena, de que ahora hablo, parece arrebata el Señor el alma y la pone en éstasi, y así no hay lugar de tener pena, ni de padecer, porque viene luégo el gozar. Sea bendito por siempre, que tantas mercedes hace á quien tan mal responde á tan grandes beneficios.

CAPÍTULO XXX.

Torna á contar el de su vida, y cómo remedió el Señor muchos de sus trabajos con traer á el lugar donde estaba el santo varon Fray Pedro de Alcántara, de la órden del glorioso San Francisco. Trata de grandes tentaciones y trabajos interiores, que pasaba algunas veces.

Pues viendo yo lo poco, ó no nada que podia hacer para no tener estos ímpetus tan grandes, tambien temia de tenerlos, porque pena y contento, no podia yo entender cómo podia estar junto; que ya pena corporal y contento espiritual, ya lo sabía que era bien posible, mas tan excesiva pena espiritual, y con tan grandísimo gusto, esto me desatinaba: aún no cesaba en procurar resistir, mas podia tan poco, que algunas veces me cansaba. Amparábame con la cruz, y queríame defender de el que con ella nos amparó á todos: veia que no me entendia nadie, que esto muy claro lo entendia yo, mas no lo osaba decir sino á mi confesor, porque esto fuera decir bien de verdad que no tenía humildad.

Fué el Señor servido remediar gran parte de mi trabajo, y por entónces todo, con traer á este lugar al bendito Fray Pedro de Alcántara, de quien ya hice mencion, y dije algo de su penitencia; que entre otras cosas me certificaron, que habia traido veinte años cilicio de hoja de lata continuo. Es autor de unos libros pequeños de oracion, que ahora se tratan mucho de romance; porque como quien bien lo habia ejercitado, escribió harto provechosamente para los que la tienen. Guardó la primera regla del bienaventurado San Francisco con todo rigor, y lo demas que allá queda dicho. Pues como la viuda sierva de Dios, que he dicho, y amiga mia, supo que estaba aquí tan gran varon, y sabía mi necesidad, porque era testigo de mis aflicciones, y me consolaba harto; porque era tanta su fe que no podia sino creer, que era espíritu de Dios el que todos los más decian era del demonio; y como es persona de harto buen entendimiento, y de mucho secreto; y á quien el Señor hacía harta merced en la oracion, quiso su Majestad darla luz, en lo que los letrados ignoraban. Dábanme licencia mis confesores, que descansase con ella algunas cosas, porque por hartas causas cabia en ella. Cabíale parte algunas veces de las mercedes que el Señor me hacía, con avisos harto provechosos para su alma. Pues como lo supo, para que mejor le pudiese tratar, sin decirme nada, recaudó licencia de mi provincial, para que ocho dias estuviese en su casa; y en ella, y en

algunas iglesias le hablé muchas veces esta primera vez que estuvo aquí, que despues en diversos tiempos le comuniqué mucho. Como le dí cuenta en suma de mi vida y manera de proceder de oracion, con la mayor claridad que yo supe (que esto he tenido siempre tratar con toda claridad y verdad con los que comunico mi alma, hasta los primeros movimientos querria yo les fuesen públicos, y las cosas más dudosas y de sospecha yo les argüia con razones contra mí) así que sin doblez ni encubierta le traté mi alma.

Casi á los principios ví que me entendia por esperiencia, que era todo lo que yo habia menester; porque entónces no me sabia entender como ahora, para saberlo decir (que despues me lo ha dado Dios, que sepa entender y decir las mercedes que su Majestad me hace) y era menester que hubiese pasado por ello quien de el todo me entendiese y declarase lo que era.

El me dió grandísima luz, porque al ménos en las visiones, que no eran imaginarias, no podia yo entender que podia ser aquello, y parecíame, que en las que veia con los ojos de el alma, tampoco entendia cómo podia ser; que, como he dicho, sólo las que se ven con los ojos corporales eran de las que me parecia á mí habia de hacer caso, y estas no tenía. Este santo hombre me dió luz en todo, y me lo declaró, y dijo que no tuviese pena, sino que alabase á Dios, y estuviese tan cierta que era espíritu suyo, que

si no era la fe, cosa más verdadera no podia haber, ni que tanto pudiese creer: y él se consolaba mucho conmigo, y hacíame todo favor y merced, y siempre despues tuvo mucha cuenta conmigo, y dábame parte de sus cosas y negocios; y como me veia con los deseos que él ya poseia por obra (que estos dábamelos el Señor muy determinados) y me veia con tanto ánimo, holgábase de tratar conmigo. Que á quien el Señor llega á este estado, no hay placer ni consuelo, que se iguale, á topar con quien le parece le ha dado el Señor principios de esto; que entónces no debia yo de tener mucho más, á lo que me parece, y plega al Señor lo tenga ahora.

Húbome grandísima lástima: díjome, que uno de los mayores trabajos de la tierra, era el que habia padecido, que es contradiccion de buenos, y que todavía me quedaba harto; porque siempre tenía necesidad, y no habia en esta ciudad quien me entendiese, mas que él hablaria al que me confesaba, y á uno de los que me daban más pena, que era este caballero casado, que ya he dicho; porque como quien me tenía mayor voluntad, me hacía toda la guerra, y es alma temerosa y santa; y como me habia visto tan poco habia tan ruin, no acababa de asegurarse. Y así lo hizo el santo varon, que los habló á entrambos, les dió causas y razones para que se asegurasen, y no me inquietasen más. El confesor poco habia menester: el caballero tanto, que áun no de el todo bastó,

mas fué parte para que no tanto me amedrentase.

Quedamos concertados que le escribiese lo que me sucediese más de allí adelante, y de encomendarnos mucho á Dios; que era tanta su humildad, que tenía en algo las oraciones de esta miserable, que era harta mi confusion. Dejóme con grandísimo consuelo y contento, y con que tuviese la oracion con seguridad, y de que no dudase qué era Dios; y de lo que tuviese alguna duda, y por más seguridad de todo, diese parte á el confesor, y con esto viviese segura. Mas tampoco podia tener esta seguridad de el todo, porque me llevaba el Señor por camino de temer, como creer que era demonio, cuando me decian que lo era: así que temor ni seguridad nadie podia que yo la tuviese, de manera, que les pudiese dar más crédito de el que el Señor ponia en mi alma. Así, que aunque me consoló y sosegó, no le dí tanto crédito, para quedar de el todo sin temor, en especial cuando el Señor me dejaba en los trabajos de alma, que ahora diré: con todo quedé, como digo, muy consolada.

No me hartaba de dar gracias á Dios, y al glorioso padre mio San José, que me pareció le habia él traido, porque era comisario general de la custodia de San José, á quien yo mucho me encomendaba, y á Nuestra Señora. Acaecíame algunas veces (y áun ahora me acaece, aunque no tantas) estar con tan grandísimos trabajos de alma, juntos con tormentos y dolores de cuerpo, de males tan recios, que no me

podia valer. Otras veces tenía males corporales más graves, y como no tenía los de el alma, los pasaba con mucha alegría, mas cuando era todo junto, era tan gran trabajo, que me apretaba muy mucho.

Todas las mercedes, que me habia hecho el Señor, se me olvidaban: sólo quedaba una memoria, como cosa que se ha soñado, para dar pena; porque se entorpece el entendimiento de suerte, que me hacía andar en mil dudas y sospechas, pareciéndome que yo no lo habia sabido entender, y que quizá se me antojaba, y que bastaba que anduviese yo engañada, sin que engañase á los buenos: parecíame yo tan mala, que cuantos males y heregías se habian levantado, me parecia eran por mis pecados. Esta es una humildad falsa, que el demonio inventaba para desasosegarme, y probar si puede traer el alma á desesperacion: y tengo ya tanta esperiencia que es cosa del demonio, que como ya ve que lo entiendo, no me atormenta en esto tantas veces como solia. Vése claro en la inquietud y desasosiego con que comienza, y el alboroto que da en el alma todo lo que dura, y la oscuridad y afliccion que en ella pone, la sequedad y mala disposicion para oracion ni para ningun bien: parece que ahoga el alma y ata el cuerpo, para que de nada aproveche. Porque la humildad verdadera, aunque se conoce el alma por ruin, y da pena ver lo que somos, y pensamos grandes encarecimientos de nuestra maldad (tan grandes como los dichos, y se

sienten con verdad) no viene con alboroto ni desasosiega el alma, ni la oscurece, ni da sequedad, ántes la regala, y es todo al reves, con quietud, con suavidad, con luz. Pena que por otra parte conforta, de ver cuan gran merced le hace Dios en que tenga aquella pena, y cuan bien empleada es. Duélele lo que ofendió á Dios, por otra parte la ensancha su misericordia: tiene luz para confundirse á sí, y alaba á su Majestad, porque tanto la sufrió. En esta otra humildad, que pone el demonio, no hay luz para ningun bien, todo parece lo pone Dios á fuego y á sangre: represéntale la justicia, y aunque tiene fe que hay misericordia (porque no puede tanto el demonio que la haga perder) es de manera, que no me consuela, ántes cuando mira tanta misericordia le ayuda á mayor tormento, porque me parece estaba obligada á más.

Es una invencion del demonio de las más penosas y sutiles y disimuladas, que yo he entendido de él, y así querria avisar á vuesa merced, para que si por aquí le tentare, tenga alguna luz, y lo conozca, si le dejare el entendimiento para conocerlo, que no piense que va en letras y saber, que aunque á mí todo me falta, despues de salida de ello bien entiendo es desatino. Lo que he entendido es, que quiere y permite el Señor, y le da licencia, como se la dió para que tentase á Job, aunque á mí como á ruin no es con aquel rigor. Háme acaecido, y me acuerdo ser un dia ántes

de la víspera de Corpus Cristi, fiesta de quien yo soy devota, aunque no es tanto como es razon.

Esta vez duróme sólo hasta el dia; que otras dúrame ocho, y quince dias, y áun tres semanas, y nó sé si más: y en especial las Semanas Santas, que solia ser mi regalo de oracion, me acaece, que coge de presto el entendimiento por cosas tan livianas á las veces, que otras me reiria yo de ellas, y hácele estar trabucado en todo lo que él quiere, y el alma aherrojada allí sin ser señora de sí, ni poder pensar otra cosa más de los disparates que ella representa, que casi ni tienen tomo, ni atan, ni desatan, solo ata para ahogar de manera el alma, que no cabe en sí: y es así, que me ha acaecido parecerme, que andan los demonios como jugando á la pelota con el alma, y ella que no es parte para librarse de su poder. No se puede decir lo que en este caso se padece: ella anda á buscar reparo, y permite Dios no le halle; solo queda siempre la razon del libre albedrío, no clara. Digo yo, que debe ser casi atapados los ojos; como una persona que muchas veces ha ido por una parte, que aunque sea noche, y á oscuras, ya por el tino pasado sabe dónde puede tropezar, porque lo ha visto de dia, y guárdase de aquel peligro: así es para no ofender á Dios, que parece se va por la costumbre. Dejemos aparte el tenerla el Señor, que es lo que hace al caso.

La fe está entónces tan amortiguada y dormida

como todas las demas virtudes, aunque no perdida, que bien cree lo que tiene la Iglesia, más pronunciado por la boca, que parece por otro cabo la aprietan y entorpecen, para que casi como cosa que oyó de léjos le parece que conoce á Dios. El amor tiene tan tibio, que, si oye hablar en El, escucha, como una cosa que cree ser el que es, porque lo tiene la Iglesia; mas no hay memoria de lo que ha experimentado en sí. Irse á rezar no es sino más congoja, ó estar en soledad; porque el tormento que en sí siente, sin saber de qué, es incomportable: á mi parecer es un poco de traslado del infierno. Esto es así, segun el Señor en una vision me dió á entender, porque el alma se quema en sí, sin saber quién, ni por dónde le ponen fuego, ni cómo huir de él, ni con qué le matar: pues quererse remediar con leer, es como si no supiese. Una vez me acaeció ir á leer una vida de un santo, para ver si me embeberia, y para consolarme de lo que él padeció, y leer cuatro ó cinco veces otros tantos renglones, y, con ser romance, ménos entendia de ellos á la postre que al principio, y así lo dejé: esto me acaeció muchas veces, sino que ésta se me acuerda más en particular.

Tener pues conversacion con nadie, es peor; porque un espíritu tan disgustado de ira pone el demonio, que parece á todos me querria comer, sin poder hacer más, y algo parece se hace en irme á la mano, ó hace el Señor en tener de su mano á quien así es-

tá, para que no diga, ni haga contra sus prójimos, cosa que los perjudique, y en que ofenda á Dios. Pues ir al confesor, esto es cierto, que muchas veces me acaecia lo que diré, que con ser tan santos, como lo son los que en este tiempo he tratado y trato, me decian palabras y me reñian con una aspereza, que despues que se las decia yo, ellos mismos se espantaban, y me decian, que no era más en su mano; porque, aunque ponian muy por sí de no lo hacer otras veces, que se les hacía despues lástima y aún escrúpulo, cuando tuviese semejantes trabajos de cuerpo y alma, y se determinaban á consolarme con piedad, no podian. No decian ellos malas palabras, digo en que ofendiesen á Dios, mas las más disgustadas que se sufrian para confesar: debian pretender mortificarme, y aunque otras veces me holgaba y estaba para sufrirlo, entónces todo me era tormento. Pues dame tambien parecer que los engaño: iba á ellos y avisábalos muy á las veras, que se guardasen de mí, que podria ser los engañase. Bien veia yo, que de advertencia no lo haria, ni les diria mentira, mas todo me era temor. Uno me dijo una vez, como entendió la tentacion, que no tuviese pena, que aunque yo quisiese engañarle, seso tenia él para no dejarse engañar. Esto me dió mucho consuelo.

Algunas veces, y casi ordinario, al ménos lo más continuo, en acabando de comulgar descansaba, y áun algunas en llegando al Sacramento luégo á la ho-

ra quedaba tan buena alma y cuerpo, que yo me espanto. No me parece, sino que en un punto se deshacen todas las tinieblas del alma, y salido el sol, conócia las tonterías en que habia estado. Otras, con sólo una palabra que me decia el Señor, con sólo decir—*No estés fatigada, no hayas miedo* (como ya dejo otra vez dicho) quedaba del todo sana, ó con alguna vision, como si no hubiera tenido nada. Regalábame con Dios, quejábame á Él, cómo consentia tantos tormentos que padeciese; mas ello era bien pagado, que casi siempre eran despues en gran abundancia las mercedes. No me parece, sino que sale el alma de crisol, como el oro, más afinada y glorificada para ver en sí al Señor; y así se hacen despues pequeños estos trabajos, con parecer incomportables, y se desean tornar á padecer, si el Señor se ha de servir más de ello. Y aunque haya más tribulaciones y persecuciones, como se pasen sin ofender al Señor, sino holgándose de padecerlo por Él, todo es para mayor ganancia: aunque como se han de llevar, no los llevo yo, sino harto imperfectamente. Otras veces me venian de otra suerte, y vienen, que de todo punto me parece se me quita la posibilidad de pensar cosa buena, ni desearla hacer, sino un alma y cuerpo del todo inútil, y pesado; mas, no tengo con esto estotras tentaciones y desasosiegos, sino un disgusto, sin entender de qué, ni nada contenta á el alma.

Procuraba hacer buenas obras exteriores, para

ocuparme, medio por fuerza, y conozco bien lo poco que es un alma cuando se esconde la gracia: no me daba mucha pena, porque este ver mi bajeza me daba alguna satisfaccion. Otras veces me hallo, que tampoco cosa formada puedo pensar de Dios, ni de bien, que vaya con asiento, ni tener oracion, aunque esté en soledad, mas siento que le conozco. El entendimiento é imaginacion entiendo yo es aquí lo que me daña; que la voluntad buena me parece á mí que está, y dispuesta para todo bien; mas este entendimiento está tan perdido, que no parece sino un loco furioso, que nadie le pueda atar, ni soy señora de hacerle estar quedo un Credo. Algunas veces me rio y conozco mi miseria, y estóyle mirando, y déjole á ver que hace; y, gloria á Dios, nunca por maravilla va á cosa mala, sino indiferentes, si algo hay que hacer aquí y allí y acullá. Conozco más entónces la grandísima merced, que me hace el Señor, cuando tiene atado este loco en perfecta contemplacion. Miro, qué sería si me viesen este desvarío las personas que me tienen por buena. He lástima grande á el alma de verla en tan mala compañía. Deseo verla con libertad, y así digo al Señor.—¿Cuándo, Dios mio, acabaré ya de ver mi alma junta en vuestra alabanza, que os gocen todas las potencias? No permitais, Señor, sea ya más despedazada, que no parece sino que cada pedazo anda por su cabo. Esto paso muchas veces: algunas bien entiendo le hacer harto al caso la poca salud corporal.

Acuérdome mucho del daño, que nos hizo el primer pecado, que de aquí me parece nos vino ser incapaces de gozar tanto bien, y deben ser los mios, que si yo no hubiera tenido tantos, estuviera más entera en el bien.

Pasé tambien otro gran trabajo, que como todos los libros que leia, que tratan de oracion, me parecia los entendia todos, y que ya me habia dado aquello el Señor, que no los habia menester, y así no los leia, sino vidas de santos, que como yo me hallo tan corta en lo que ellos servian á Dios, esto parece me aprovecha, y anima. Parecíame muy poca humildad pensar yo habia llegado á tener aquella oracion; y como no podia acabar conmigo otra cosa, dábame mucha pena; hasta que letrados, y el bendito Fray Pedro de Alcántara, me dijeron que no se me diese nada. Bien veo yo que en el servir á Dios no he comenzado, aunque en hacerme su Majestad mercedes, es como á muchos buenos, y que estoy hecha una imperfeccion, sino es en los deseos, y en amar, que en esto bien veo me ha favorecido el Señor para que le pueda en algo servir. Bien me parece á mí que le amo, mas las obras me desconsuelan, y las muchas imperfecciones que veo en mí. Otras veces me da una bobería de alma (digo yo que es) que ni bien, ni mal me parece que hago, sino andar al hilo de la gente, como dicen, ni con pena ni con gloria (1); ni la da vida ni muer-

(1) Ni con pena ni gloria. *(L. de L. y demas.)* Aun hoy

te, ni placer ni pesar: no parece se siente nada. Paréceme á mí, que anda el alma como asnillo que pace; que se sustenta porque le dan de comer, y come casi sin sentirlo: porque el alma en este estado no debe estar sin comer algunas grandes mercedes de Dios, pues en vida tan miserable no le pesa de vivir, y lo pasa con igualdad, mas no se sienten movimientos ni efectos, para que se entienda el alma.

Paréceme ahora á mí, como un navegar con un aire muy sosegado, que se anda mucho sin entender cómo; porque en estotras maneras son tan grandes los efectos, que casi luégo ve el alma su mejoría, porque luégo bullen los deseos, y nunca acaba de satisfacerse un alma: esto tienen los grandes ímpetus de amor que he dicho, á quien Dios los da. Es como unas fuentecicas que yo he visto manar, que nunca cesa de hacer movimiento el arena hácia arriba. Al natural me parece este ejemplo, y comparacion de las almas que aquí llegan: siempre está bullendo el amor, y pensando qué hará; no cabe en sí, como en la tierra parece no cabe aquel agua, sino que la echa de sí. Así está el alma muy ordinario, que no sosiega ni cabe en sí, con el amor que tiene: ya la tiene á ella empapada en sí, querria bebiesen los otros, pues á ella

---

en dia es dicho vulgar entre las gentes, para calificar á uno de bobo, el decir, que es hombre que no tiene *ni pena ni gloria*.

no le hace falta, para que le ayudasen á alabar á Dios. ¡Oh qué de veces me acuerdo del agua viva, que dijo el Señor á la Samaritana! y así soy muy aficionada á aquel evangelio: y es así cierto, que sin entender, como ahora, este bien, desde muy niña lo era, y suplicaba muchas veces al Señor me diese aquel agua, y la tenía dibujada adonde estaba siempre, con este letrero, cuando el Señor llegó al pozo—*Domine, da mihi aquam.*

Parece tambien como un fuego que es grande, y para que no se aplaque, es menester haya siempre que quemar: así son las almas que digo, aunque fuese muy á su costa, que querrian traer leña, para que no cesase este fuego. Yo soy tal, que áun con pajas que pudiese echar en él me contentaria; y así me acaece algunas y muchas veces: unas me rio y otras me fatigo mucho. El movimiento interior me incita á que sirva en algo, de que no soy para mas, en poner ramitos y flores á imágenes, en barrer ó en poner un oratorio, ó en unas cositas tan bajas, que me hacía confusion. Si hacía algo de penitencia, todo poco, y de manera, que á no tomar el Señor la voluntad, veia yo era sin ningun tomo, y yo misma burlaba de mí. Pues no tienen poco trabajo á ánimas, que da Dios por su bondad este fuego de amor suyo en abundancia, faltar fuerzas corporales para hacer algo por Él. Es una pena bien grande; porque como le faltan fuerzas para echar alguna leña en este fuego,

y ella muere, porque no se mate, paréceme que ella entre sí se consume y hace ceniza, y se deshace en lágrimas, y se quema, y es harto tormento, aunque es sabroso.

Alabe muy mucho al Señor el alma que ha llegado aquí, y le da fuerzas corporales para hacer penitencia, ó le dió letras y talento, y libertad para predicar y confesar y llegar almas á Dios; que no sabe ni entiende el bien que tiene, sino ha pasado por gustar, que es no poder hacer nada en servicio del Señor, y recibir siempre mucho. Sea bendito por todo, y dénle gloria los ángeles, amen.

No sé si hago bien de escribir tantas menudencias. Como vuesa merced me tornó á enviar á mandar, que no se me diese nada de alargarme, ni dejase nada, voy tratando con claridad y verdad lo que se me acuerda; y no puede ser ménos de dejarse mucho, porque sería gastar mucho más tiempo, y tengo tan poco, como he dicho; y por ventura no sacar ningun provecho.

CAPÍTULO XXXI.

Trata de algunas tentaciones exteriores, y representaciones que la hacia el demonio, y tormentos que la daba. Trata tambien algunas cosas harto buenas, para aviso de personas, que van camino de perfeccion.

Quiero decir, ya que he dicho algunas tentaciones, y turbaciones interiores y secretas, que el demonio me causaba, otras que hacía casi públicas, en que no se podia ignorar que era él. Estaba una vez en un oratorio, y aparecióme hácia el lado izquierdo de abominable figura: en especial miré la boca, porque me habló, que la tenía espantable. Parecia le salia una gran llama del cuerpo, que estaba toda clara sin sombra. Díjome espantablemente, que bien me habia librado de sus manos, mas que él me tornaria á ellas. Yo tuve gran temor, y santigüéme como pude, y desapareció, y tornó luego: por dos veces me acaeció esto. Yo no sabia que me hacer; tenía allí agua bendita, y echéla hácia aquella parte, y nunca mas tornó. Otra vez me estuvo cinco horas atormen-

tando con tan terribles dolores y desasosiego interior y esterior, que no me parece se podia ya sufrir. Las que estaban conmigo estaban espantadas, y no sabian que se hacer ni yo como valerme. Tengo por costumbre, cuando los dolores y mal corporal es muy intolerable, hacer actos como puedo entre mí, suplicando al Señor, si se sirve de aquello, que me dé su Majestad paciencia, y me esté yo así hasta el fin del mundo. Pues como esta vez ví el padecer con tanto rigor, remediábame con estos actos para poderlo llevar, y determinaciones. Quiso el Señor entendiese cono era el demonio, porque ví cabe mí un negrillo muy abominable, regañando como desesperado de que adonde pretendia ganar, perdia. Yo como le ví, reíme, y no hube miedo, porque habia allí algunas connigo, que no se podian valer, ni sabian que remedio poner á tanto tormento, que eran grandes los golpes que me hacía dar, sin poderme resistir con cuerpo y cabeza y brazos; y lo peor era el desasosiego interior, que de ninguna suerte podia tener sosiego. No osaba pedir agua bendita, por no las poner miedo, y porque no entendiesen lo que era.

De muchas veces tengo esperiencia, que no hay cosa con que huyan mas para no tornar: de la cruz tambien huyen, mas vuelven luego. Debe ser grande la virtud del agua bendita: para mí es particular, y muy conocida consolacion, que siente mi alma, cuando la tomo. Es cierto, que lo muy ordinario es sentir una

recreacion, que no sabria yo darla á entender, con un deleite interior, que toda el alma me conforta. Esto no es antojo, ni cosa que me ha acaecido sola una vez, sino muy muchas, y mirado con gran advertencia: digamos como si uno estuviese con mucha calor y sed, y bebiese un jarro de agua fria, que parece todo él sintió el refrigerio. Considero yo, que gran cosa es todo lo que está ordenado por la Iglesia, y regálame mucho ver que tengan tanta fuerza aquellas palabras, que asi la pongan en el agua, para que sea tan grande la diferencia que hace á lo que no es bendito. Pues como no cesaba el tormento, dije—Si no se riesen pediria agua bendita. Trajéronmela, echáronmela á mí, y no aprovechaba; echéla fácia donde estaba, y en un punto se fué, y se me quitó todo el mal, como si con la mano me lo quitaran, solvo que quedé cansada, como si me hubieran dado muchos palos. Hízome gran provecho ver, que aun no siendo un alma y cuerpo suyo, cuando el Señor le da licencia, hace tanto mal: ¡qué hará cuando él lo posea por suyo! Dióme de nuevo gana de librarme de tan ruin compañía. Otra vez, poco ha, me acaeció lo mismo, aunque no duró tanto, y yo estaba sola. Pedí agua bendita, y las que entraron despues que ya se habia ido (que eran dos monjas bien de creer, que por ninguna suerte dijeran mentira), olieron un olor muy malo, como de piedra azufre. Yo no lo olí: duró de manera, que se pudo advertir á ello.

Otra vez estaba en el coro, y dióme un gran ímpetu de recogimiento, y fuíme de allí, porque no lo entendiesen, aunque cerca oyeron todas dar golpes grandes adonde yo estaba; y yo cabe mí oí hablar, como que concertaban algo, aunque no entendí que habla fuese, mas estaba tan en oracion, que no entendí cosa, ni hube ningun miedo. Casi cada vez era cuando el Señor me hacía merced, de que por mi persuasion se aprovechase algun alma: y es cierto, que me acaeció lo que ahora diré, y de esto hay muchos testigos, en especial quien ahora me confiesa, que lo vió por escrito en una carta: sin decirle yo quien era la persona cuya era la carta, bien sabía él quien era.

Vino una persona á mí, que habia dos años y medio, que estaba en un pecado mortal, de los más abominables que yo he oido, y en todo este tiempo, ni le confesaba (1) ni se enmendaba, y decia misa. Y aunque confesaba otros, este decia ¿que cómo él habia de confesar cosa tan fea? y tenía gran deseo de salir de él, y no se podia valer á sí. A mí hízome gran lástima, y ver que se ofendia á Dios de tal manera me dió mucha pena: prometíle de suplicar á Dios le remediase, y hacer que otras personas lo hiciesen, que eran mejores que yo, y escribí á cierta persona,

(1) Ni se confesaba. *(Br. Fop.—M. Dob.)* Es error manifiesto, como se ve por la cláusula siguiente. Las ediciones anteriores habian puesto *le* como dice en el original.

que él me dijo podia dar las cartas: y es así, que á la primera se confesó, que quiso Dios nuestro Señor (por las muchas personas muy santas que lo habian suplicado á Dios, que se lo habia yo encomendado) hacer con esta alma esta misericordia; y yo aunque miserable, hacía lo que podia con harto cuidado. Escribióme, que estaba ya con tanta mejoría, que habia dias que no caia en él; mas que era tan grande el tormento que le daba la tentacion, que parecia estaba en el infierno, segun lo que padecia: que le encomendase á Dios. Yo lo torné á encomendar á mis hermanas, por cuyas oraciones debia el Señor hacerme esta merced, que lo tomaron muy á pechos: era persona que no podia nadie atinar en quien era. Yo supliqué á su Majestad se aplacasen aquellos tormentos y tentaciones, y se viniesen aquellos demonios á atormentarme á mí, con que yo no ofendiese en nada al Señor. Es así que pasé un mes de grandísimos tormentos: entónces eran estas dos cosas que he dicho. Fué el Señor servido, que le dejaron á él (así me lo escribieron) porque yo le dije lo que pasaba en este mes. Tomó fuerza su ánima, y quedó de el todo libre, que no se hartaba de dar gracias á el Señor, y á mí, como si yo hubiera hecho algo; sino que ya el crédito que tenía de que el Señor me hacía mercedes, le aprovechaba. Decia que cuando se veia muy apretado, leia mis cartas, y se le quitaba la tentacion, y estaba muy espantado de lo que yo habia padecido, y como se

habia librado él: y áun yo me espanté, y lo sufriera otros muchos años, por ver aquel alma libre. Sea alabado por todo, que mucho puede la oracion de los que sirven al Señor, como yo creo que lo hacen en esta casa estas hermanas; sino que como yo lo procuraba, debian los demonios indignarse más conmigo, y el Señor por mis pecados lo permitia.

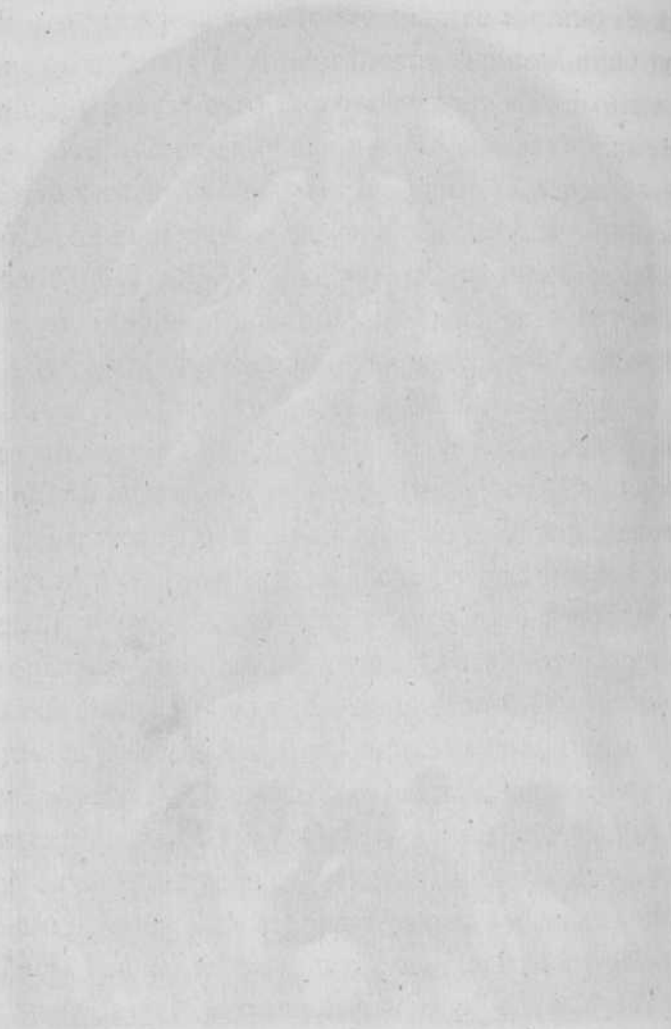
En este tiempo tambien una noche pensé me ahogaban, y como echaron mucha agua bendita, ví ir mucha multitud de ellos, como quien se va despeñando. Son tantas veces las que estos malditos me atormentan, y tan poco el miedo que yo ya les he, con ver que no se pueden menear, si el Señor no les da licencia, que cansaria á vuesa merced, y me cansaria si las dijese.

Lo dicho aproveche, de que el verdadero siervo de Dios se le de poco de estos espantajos, que estos ponen para hacer temer; sepan que cada vez que se nos da poco de ellos, quedan con ménos fuerza, y el alma muy más señora. Siempre queda algun gran provecho, que por no alargar no lo digo. Solo diré esto que me acaeció una noche de las Ánimas: estando en un oratorio, habiendo rezado un nocturno, y diciendo unas oraciones muy devotas, que están al fin de el que tenemos en nuestro rezado, se me puso sobre el libro, para que no acabase la oracion: yo me santigüé y fuése. Tornando á comenzar, tornóse (creo fueron tres veces las que la comencé) y hasta que eché

agua bendita, no pude acabar: ví que salieron algunas ánimas del purgatorio en el instante, que debia faltarles poco, y pensé si pretendia estorbar esto. Pocas veces lo he visto tomando forma, como la vision, que sin forma se ve claro está allí, como he dicho. Quiero tambien decir esto, porque me espantó mucho. Estando un dia de la Trinidad en cierto monasterio en el coro, y en arrobamiento, ví una gran contienda de demonios contra ángeles. Yo no podia entender qué queria decir aquella vision: ántes de quince dias se entendió bien en cierta contienda que acaeció entre gente de oracion, y muchos que no lo eran, y vino harto daño á la casa que era. Fué contienda que duró mucho, y de harto desasosiego. Otra vez veia mucha multitud de ellos en derredor de mí, y parecíame estar una gran claridad, que me cercaba toda, y ésta no les consentia llegar á mí: entendí que me guardaba Dios, para que no llegasen á mí de manera, que me hiciesen ofenderle. En lo que he visto en mí algunas veces entendí que era verdadera vision. El caso es, que yo tengo entendido su poco poder, si yo no soy contra Dios, que casi ningun temor los tengo, porque no son nada sus fuerzas, si no ven almas rendidas á ellos, y cobardes, que aquí muestran ellos su poder (1). Algunas veces, en las tentaciones que

(1) Al márgen, de letra del padre Bañez, dice: «San Gregorio en los Morales dice del demonio, que es hormiga y leon: viene á este propósito bien.»

Ví que salieron algunas ánimas del purgatorio en el instante.



ya dije, me parecia, que todas las vanidades y flaquezas de tiempos pasados tornaban á despertar en mí, que tenia bien que encomendarme á Dios: luego era el tormento de parecerme, que pues venian aquellos pensamientos, que debia ser todo demonio, hasta que me sosegaba el confesor; porque aun primer movimiento de mal pensamiento me parecia á mí no habia de tener quien tantas mercedes recibia del Señor. Otras veces me atormentaba mucho, y aun ahora me atormenta, ver que se hace mucho caso de mí (en especial personas principales) y de que decian mucho bien: en esto he pasado y paso mucho. Miro luégo á la vida de Cristo y de los santos, y paréceme que voy al revés, que ellos no iban sino por desprecio é injurias; háceme andar temerosa, y como que no oso alzar la cabeza, ni querria parecer, lo que no hago cuando tengo persecuciones: anda el alma tan señora, aunque el cuerpo lo siente, y por otra parte ando afligida, que yo no sé cómo esto puede ser, mas pasa así, que entónces parece está el alma en su reino, y que lo trae todo debajo de los piés. Dábame algunas veces, y duróme hartos dias, y parecia era virtud y humildad por una parte, y ahora veo claro era tentacion. Un fraile dominico, gran letrado, me lo declaró bien (1). Cuando pensaba que estas mercedes, que el

(1) Habia aquí un paréntesis innecesario y que cortaba enteramente el sentido: queda mas claro dividiendo la cláusula como ahora se deja.

Señor me hace, se habian de venir á saber en público, era tan excesivo el tormento, que me inquietaba mucho el alma. Vino á términos, que considerándolo, de mejor gana me parece me determinaba á que me enterraran viva, que por esto; y así cuando me comenzaron estos grandes recogimientos, ó arrobamientos, á no poder resistirlos aun en público, quedaba yo despues tan corrida, que no quisiera parecer adonde nadie me viera.

Estando una vez muy fatigada de esto, me dijo el Señor.—Que qué temia? Que en esto no podia sino haber dos cosas, ó que murmurasen de mí, ó alabarle á Él (1). Dando á entender, que los que lo creian, le alabarian, y los que no, era condenarme sin culpa, y que ambas cosas eran ganancia para mí; que no me fatigase. Mucho me sosegó esto, y me consuela cuando se me acuerda. Vino á términos la tentacion, que me queria ir de este lugar, y dotar en otro monasterio muy mas encerrado, que en el que yo al presente estaba, que habia oido decir muchos extremos de él: era tambien de mi órden, y muy léjos, que esto es lo que á mí me consolara, estar adonde no me conocieran; y nunca mi confesor me dejó. Mucho me quitaban la libertad de el espíritu estos te-

(1) Habia aquí un paréntesis innecesario y que cortaba enteramente el sentido: queda más claro dividiendo la cláusula como ahora se deja.

mores, que despues vine yo á entender no era buena humildad, pues tanto inquietaba. Y me enseñó el Señor esta verdad; que si yo tan determinada y cierta estuviera, que no era ninguna cosa buena mia, sino de Dios, que así como no me pesaba de oir loar á otras personas, antes me holgaba y consolaba mucho de ver que allí se mostraba Dios, que tampoco me pesaria mostrase en mí sus obras.

Tambien dí en otro extremo, que fué, suplicar á Dios (y hacía oracion particular) que cuando alguna persona le pareciese algo bien en mí, que su Majestad le declarase mis pecados, para que viese cuán sin mérito mio me hacía mercedes, que esto deseo yo siempre mucho. Mi confesor me dijo, que no lo hiciese: mas hasta ahora poco há, si veia yo que una persona pensaba de mí bien mucho, por rodeos, ó como podia, le daba á entender mis pecados, y con esto parece descansaba: tambien me han puesto mucho escrúpulo en esto. Procedia esto no de humildad, á mi parecer, sino de una tentacion venian muchas: parecíame que á todos los traia engañados, y (aunque es verdad que andan engañados en pensar que hay algun bien en mí) no era mi deseo engañarlos, ni jamás tal pretendí: sino que el Señor por algun fin lo permite, y así aun con los confesores, si no viera era necesario, no tratara ninguna cosa, que se me hiciera gran escrúpulo. Todos estos temorcillos y penas y sombra de humildad entiendo yo ahora era har-

ta imperfeccion, y de no estar mortificada; porque un alma dejada en las manos de Dios, no se le da mas que digan bien que mal, si ella entiende bien, bien entendido como el Señor quiere hacerle merced que lo entienda, que no tiene nada de sí. Fíese de quien se lo da, que sabrá porque lo descubre, y aparéjese á la persecucion, que está cierta en los tiempos de ahora, cuando de alguna persona quiere el Señor se entienda, que la hace semejantes mercedes: porque hay mil ojos para un alma de estas, adonde para mil almas de otra hechura no hay ninguno. A la verdad no hay poca razon de temer, y este debia ser mi temor, y no humildad, sino pusilanimidad; porque bien se puede aparejar un alma, que así permite Dios que ande en los ojos del mundo, á ser mártir de el mundo; porque si ella no se quiere morir á él, el mismo mundo los matará.

No veo cierto otra cosa en él, que bien me parezca, sino no consentir faltas en los buenos, que á poder de murmuraciones no las perfeccione. Digo, que es menester mas ánimo para si uno no está perfecto, llevar camino de perfeccion, que para ser de presto mártires. Porque la perfeccion no se alcanza en breve, sino es á quien el Señor quiere por particular privilegio hacerle esta merced: el mundo en viéndole comenzar le quiere perfecto, y de mil leguas le entiende una falta, que por ventura en él es virtud, y quien le condena usa de aquello mismo por vicio, y

así lo juzga en el otro. No ha de haber comer ni dormir ni, como dicen, resolgar; y mientras en mas le tienen, mas deben olvidar, que aunque se están en el cuerpo, por perfecta que tenga el alma, viven aun en la tierra sujetos á sus miserias, aunque mas la tengan debajo de los piés: y así, como digo, es menester gran ánimo, porque la pobre alma aun no ha comenzado á andar, y quiérenla que vuele. Aun no tiene vencidas las pasiones, y quieren que en grandes ocasiones estén tan enteras, como ellos leen estaban los santos, despues de confirmados en gracia. Es para alabar á el Señor lo que en esto pasa, y aun para lastimar mucho el corazon, porque muy muchas almas tornan atrás, que no saben las pobrecitas valerse: y así creo hiciera la mia, si el Señor tan misericordiosamente no lo hiciera todo de su parte; y, hasta que por su bondad lo puso todo, ya verá vuesa merced, que no ha habido en mi sino caer y levantar. Querria saberlo decir, porque creo se engañan aquí muchas almas, que quieren volar antes que Dios les dé alas.

Ya creo he dicho otra vez esta comparacion, mas viene bien aquí: trataré esto, porque veo algunas almas muy afligidas por esta causa. Como comienzan con grandes deseos y hervor y determinacion de ir adelante en la virtud, y algunas, cuanto al esterior, todo lo dejan por Él, como ven en otras personas, que son más crecidas, cosas muy grandes de virtudes, que les da el Señor, que no nos las podemos nosotros

tomar, ven en todos los libros que están escritos de oracion y contemplacion, poner cosas, que hemos de hacer para subir á esta dignidad, que ellos no las pueden luégo acabar consigo, desconsuélanse; como es un no se nos dar nada que digan mal de nosotros, ántes tener mayor contento, que cuando dicen bien, una poca estima de honra, un desasimiento de sus deudos (que si no tienen oracion, no los querria tratar, ántes le cansan) otras cosas de esta manera muchas, que á mi parecer les ha de dar Dios, porque me parece son ya bienes sobrenaturales, ó contra nuestra natural inclinacion. No se fatiguen, esperen en el Señor, que lo que ahora tienen en deseos su Majestad hará que lleguen á tenerlo por obra, con oracion, y haciendo de su parte lo que es en sí; porque es muy necesario para este nuestro flaco natural tener gran confianza y no desmayar, ni pensar que, si nos esforzamos, dejaremos de salir con victoria. Y porque tengo mucha experiencia de esto, diré algo para aviso de vuesa merced, y no piense (aunque le parezca que sí) que está ya ganada la virtud, si no la experimenta con su contrario, y siempre hemos de estar sospechosos, y no descuidarnos miéntras vivimos; porque mucho se nos pega luégo, si, como digo, no está ya dada de el todo la gracia, para conocer lo que es todo, y en esta vida nunca hay todo sin muchos peligros. Parecíame á mí, pocos años ha, que no sólo no estaba asida á mis deudos, sino me cansaban; y era

cierto así, que su conversacion no podia llevar. Ofrecióse cierto negocio de harta importancia, y hube de estar con una hermana mia, á quien yo queria muy mucho ántes; y puesto que en la conversacion, aunque ella es mejor que yo, no me hacía con ella (porque como tiene diferente estado, que es casada, no puede ser la conversacion siempre en lo que yo la querria) y lo más que podia me estaba sola; ví que me daban pena sus penas, más harto que de prójimo, y algun cuidado. En fin, entendí de mí, que no estaba tan libre como yo pensaba, y que áun habia menester huir la ocasion, para que esta virtud, que el Señor me habia comenzado á dar, fuese en crecimiento; y así con su favor lo he procurado hacer siempre despues acá.

En mucho se ha tener una virtud, cuando el Señor la comienza á dar, y en ninguna manera ponernos en peligro de perderla: así es en cosas de honra, y en otras muchas; que crea vuesa merced, que no todos los que pensamos estamos desasidos del todo, lo están, y es menester nunca descuidar en esto. Y cualquiera persona, que sienta en sí algun punto de honra, si quiere aprovechar, créame, y dé tras este atamiento, que es una cadena, que no hay lima que la quiebre, sino es Dios con oracion, y hacer mucho de nuestra parte. Paréceme, que es una ligadura para este camino, que yo me espanto el daño que hace. Veo algunas personas santas en sus obras,

que las hacen tan grandes, que espantan á las gentes. Válame Dios! ¿Por qué está aún en la tierra esta alma? Cómo no está en la cumbre de la perfeccion? Qué es esto? ¿Quién detiene á quien tanto hace por Dios? Oh, que tiene un punto de honra! Y lo peor que tiene es, que no quiere entender que le tiene, y es porque algunas veces le hace entender el demonio, que es obligado á tenerle. Pues créanme, crean por amor del Señor á esta hormiguilla, que el Señor quiere que hable, que si no quitan esta oruga, que ya que á todo el árbol no dañe, porque algunas otras virtudes quedarán, mas todas carcomidas. No es árbol hermoso, sino que él no medra, ni áun deja medrar á los que andan cabe él: porque la fruta, que da de buen ejemplo no es nada sana, poco durará. Muchas veces lo digo, que por poco que sea el punto de honra, es como en el canto de órgano, que un punto ó compás que se yerre, disuena toda la música. Y es cosa que en todas partes hace harto daño á el alma, mas en este camino de oracion es pestilencia.

¿Andas procurando juntarte con Dios por union, y queremos seguir sus consejos de Cristo, cargado de injurias y testimonios, y queremos muy entera nuestra honra y crédito? No es posible llegar allá, que no van por un camino. Llega el Señor á el alma, esforzándonos nosotros, y procurando perder de nuestro derecho en muchas cosas. Dirán algunos, no tengo en qué, ni se me ofrece: yo creo que quien tuviere esta

determinacion, que no querrá el Señor pierda tanto bien: su Majestad ordenará tantas cosas en que gane esta virtud, que no quiera tantas. Manos á la obra, quiero decir las naderías y poquedades, que yo hacía cuando comencé, ó algunas de ellas: las pajitas, que tengo dichas, pongo en el fuego, que no soy yo para más. Todo lo recibe el Señor: sea bendito por siempre.

Entre mis faltas tenía esta, que sabía poco de rezado y de lo que habia de hacer en el coro, y cómo le regir, de puro descuidada y metida entre otras vanidades; y veia á otras novicias, que me podian enseñar. Acaecíame no les preguntar, porque no entendiesen yo sabía poco: luégo se pone delante el buen ejemplo; esto es muy ordinario. Ya que Dios me abrió un poco los ojos, áun sabiéndolo, tantico que estaba en duda lo preguntaba á las niñas: ni perdí honra ni crédito, ántes quiso el Señor, á mi parecer, darme despues más memoria. Sabía mal cantar, sentia tanto si no tenía estudiado lo que me encomendaban (y no por el hacer falta delante del Señor, que esto fuera virtud, sino por las muchas que me oian) que de puro honrosa me turbaba tanto, que decia muy ménos de lo que sabía. Tomé despues por mí, cuando no lo sabía muy bien, decir que no lo sabía. Sentia harto á los principios, y despues gustaba de ello: y es así, que comencé á no se me dar nada de que se entendiese no lo sabía, que lo decia muy mejor; y que la negra honra me quitaba supiese hacer esto, que yo

tenía por honra, que cada uno la pone en lo que quiere. Con estas naderías, que no son nada (y harto nada soy yo, pues esto me daba pena) de poco en poco se van haciendo conatos: y cosas poquitas como estas (que en ser hechas por Dios les da su Majestad tomo) ayuda su Majestad para cosas mayores. Y así en cosas de humildad me acaecia, que de ver que todas se aprovechaban, sino yo, (porque nunca fuí para nada) de que se iban del coro coger todos los mantos. Parecíame servia á aquellos ángeles, que allí alababan á Dios, hasta que, no sé cómo, vinieron á entenderlo, que no me corrí yo poco, porque no llegaba mi virtud á querer que entendiesen estas cosas; y no debia ser por humilde, sino porque no se riesen de mí, como era tan nonada.

¡Oh Señor mio, qué vergüenza es ver tantas maldades, y contar unas arenitas, que aun no las levantaba de la tierra por vuestro servicio, sino que todo iba envuelto en mil miserias! No manaba aun el agua de vuestra gracia debajo de estas arenas, para que las hiciese levantar. ¡Oh Criador mio, quién tuviera alguna cosa, que contar entre tantos males, que fuera de tomo, pues cuento las grandes mercedes, que he recibido de Vos! Es así, Señor mio, que no sé cómo puede sufrirlo mi corazon, ni cómo podrá quien esto leyere dejarme de aborrecer, viendo tan mal servidas tan grandísimas mercedes; y que no he vergüenza de contar estos servicios; en fin como mios!

Si tengo, Señor mio, mas el no tener otra cosa, que contar de mi parte, me hace decir tan bajos principios, para que tenga esperanza quien los hiciere grandes, que, pues estos parece ha tomado el Señor en cuenta, los tomará mejor. Plega á su Majestad me dé gracia, para que no esté siempre en principios. Amen.

CAPÍTULO XXXII.

En que trata cómo quiso el Señor ponerla en espíritu en un lugar del infierno, que tenía por sus pecados merecido. Cuenta una cifra de lo que allí se le representó, para lo que fué. Comienza á tratar la manera y modo cómo se fundó el monasterio, adonde ahora está, de San José.

Despues de mucho tiempo, que el Señor me habia hecho ya muchas de las mercedes que he dicho, y otras muy grandes, estando un dia en oracion, me hallé en un punto toda, sin saber cómo, que me parecia estar metida en el infierno. Entendí que queria el Señor, que viese el lugar que los demonios allá me tenian aparejado, y yo merecido por mis pecados. Ello fué en brevísimo espacio; mas aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidárseme. Parecíame la entrada á manera de un callejon muy largo y estrecho, á manera de horno muy bajo y oscuro y angosto. El suelo me parecia de una agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él. Al cabo estaba una concavi-

dad metida en una pared, á manera de una alacena, adonde me ví meter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso á la vista en comparacion de lo que allí sentí: esto que he dicho va mal encarecido.

Esto otro me parece que áun principio de encarecerse cómo es, no lo puede haber, ni se puede entender; mas sentí un fuego en el alma, que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es, los dolores corporales tan incomportables, que con haberlos pasado en esta vida gravísimos, y segun dicen los médicos, los mayores que se pueden acá pasar; porque fué encogérseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras, que he tenido, y áun algunos, como he dicho, causados del demonio, no es todo nada en comparacion de lo que allí sentí, y ver que habian de ser sin fin y sin jamás cesar. Esto no es pues nada en comparacion del agonizar del alma, un apretamiento, un ahogamiento, una afliccion tan sensible, y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarecer; porque decir, que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco; porque ahí parece que otro os acaba la vida, mas aquí el alma misma es la que se despedaza. El caso es, que yo no sé cómo encarezca aquel fuego interior, y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No veia yo quien me los daba, mas sentíame quemar y desmenuzar, á lo que me parece, y digo, que aquel fue-

go y desesperacion interior es lo peor. Estando en tan pestilencial lugar tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse, ni echarse, ni hay lugar, aunque me pusieron en este como agujero hecho en la pared, porque estas paredes que son espantosas á la vista, aprietan ellas mismas, y todo ahoga: no hay luz, sino todo tinieblas oscurísimas. Yo no entiendo cómo puede ser esto, que con no haber luz, lo que á la vista ha de dar pena todo se ve. No quiso el Señor entónces viese más de todo el infierno, despues he visto otra vision de cosas espantosas, de algunos vicios el castigo: cuanto á la vista muy más espantosas, me parecieron; mas como no sentia la pena, no me hicieron tanto temor, que en esta vision quiso el Señor, que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos y afliccion en el espíritu, como si el cuerpo lo estuviera padeciendo. Yo no sé cómo ello fué, mas bien entendí ser gran merced, y que quiso el Señor yo viese por vista de ojos de donde me habia librado su misericordia; porque no es nada oirlo decir, ni haber yo otras veces pensado en diferentes tormentos, aunque pocas (que por temor no se llevaba bien mi alma) ni que los demonios atenazan, ni otros diferentes tormentos que he leido, no es nada con esta pena, porque es otra cosa: en fin, como de dibujo á la verdad, y el quemarse acá es muy poco en comparacion de este fuego de allá.

Yo quedé tan espantada, y aun lo estoy ahora

escribiéndolo, con que ha casi seis años, y es así, que me parece el calor natural me falta de temor, aquí adonde estoy; y así no me acuerdo vez, que tenga trabajo ni dolores, que no me parezca no nada todo lo que acá se puede pasar; y así me parece en parte, que nos quejamos sin propósito. Y así torno á decir, que fué una de las mayores mercedes, que el Señor me ha hecho; porque me ha aprovechado muy mucho, así para perder el miedo á las tribulaciones y contradicciones de esta vida, como para esforzarme á padecerlas, y dar gracias al Señor, que me libró, á lo que ahora me parece, de males tan perpetuos y terribles.

Despues acá, como digo, todo me parece fácil, en comparacion de un momento que se haya de sufrir lo que yo en él allí padecí. Espántame, como habiendo leido muchas veces libros, adonde se da algo á entender de las penas de el infierno, cómo no las temia, ni tenia en lo que son. Adónde estaba? ¿cómo me podia dar cosa descanso de lo que me acarreaba ir á tan mal lugar? Seais bendito, Dios mio, por siempre, y como se ha parecido que me queríades vos mucho mas á mí, que yo me quiero. Qué de veces, Señor, me librastes de cárcel tan temerosa, y cómo me tornaba yo á meter en ella contra vuestra voluntad.

De aquí tambien gané la grandísima pena que me da, las muchas almas que se condenan, de estos lu-

teranos en especial, (porque eran ya por el bautismo miembros de la Iglesia) y los ímpetus grandes de aprovechar almas, que me parece cierto á mí, que por librar una sola de tan gravísimos tormentos, pasaria yo muchas muertes muy de buena gana. Miro, que si vemos acá una persona, que bien queremos en especial, con un gran trabajo ó dolor, parece que nuestro mismo natural nos convida á compasion, y si es grande nos aprieta á nosotros: pues ver á un alma para sin fin en el sumo trabajo de los trabajos, ¿quién lo ha de poder sufrir? No hay corazon que lo lleve sin gran pena. Pues acá, con saber que en fin se acabará con la vida, y que ya tiene término, áun nos mueve á tanta compasion, estotro que no le tiene, no sé cómo podemos sosegar, viendo tantas almas como lleva cada dia el demonio consigo.

Esto tambien me hace desear, que en cosa que tanto importa, no nos contentemos con ménos de hacer todo lo que pudiéremos de nuestra parte: no dejemos nada, y plega á el Señor sea servido de darnos gracia para ello. Cuando yo considero, que aunque era tan malísima, traia algun cuidado de servir á Dios, y no hacía algunas cosas, que veo que, como quien no hace nada, se las tragan en el mundo, y en fin, pasaba grandes enfermedades y con mucha paciencia (que me la daba el Señor) no era inclinada á murmurar, ni á decir mal de nadie, ni me parece podia querer mal á nadie, ni era codiciosa, ni envidia

jamás me acuerdo tener, de manera que fuese ofensa grave del Señor, y otras algunas cosas, que aunque era tan ruin, traia temor de Dios lo más continuo, y veo adonde me tenian ya los demonios aposentada: y es verdad, que segun mis culpas, áun me parece merecia mas castigo. Mas con todo digo, que era terrible tormento, y que es peligrosa cosa contentarnos, ni traer sosiego ni contento el alma, que anda cayendo á cada paso en pecado mortad, sino que, por amor de Dios, nos quitemos de las ocasiones, que el Señor nos ayudará, como ha hecho á mí. Plega á su Majestad, que no me deje de su mano para que yo torne á caer, que ya tengo visto adonde he de ir á parar: no lo permita el Señor por quien su Majestad es, amen.

Andando yo despues de haber visto esto, y otras grandes cosas y secretos, que el Señor por quien es me quiso mostrar, de la gloria que se dará á los buenos y pena á los malos, deseando modo y manera en que pudiese hacer penitencia de tanto mal, y merecer algo para ganar tanto bien, deseaba huir de gentes, y acabar ya de todo en todo apartarme del mundo. No sosegaba mi espíritu, mas no desasosiego inquieto, sino sabroso: bien se veia que era Dios, y que le habia dado su Majestad á el alma calor para digerir otros manjares mas gruesos de los qne comia. Pensaba, qué podria hacer por Dios, y pensé, que lo primero era seguir el llamamiento, que su Majestad me

habia hecho á la Religion, guardando mi regla con la mayor perfeccion que pudiese: y aunque en la casa adonde estaba habia muchas siervas de Dios, y era harto servido en ella, á causa de tener gran necesidad salian las monjas muchas veces á partes, adonde con toda honestidad y religion podíamos estar: y tambien no estaba fundada en su primer rigor la regla, sino guardábase conforme á lo que en toda la Orden, que es con bula de relajacion y tambien otros inconvenientes, que me parecia á mí tenía mucho regalo, por ser la casa grande y deleitosa.

Mas este inconveniente de salir, aunque yo era la que mucho lo usaba, era grande para mí, ya porque algunas personas, á quien los prelados no podian decir de no, gustaban estuviese yo en su compañía, importunados mandábanmelo: y así segun se iba ordenando, pudiera poco estar en el monasterio, porque el demonio en parte debia ayudar, para que no estuviese en casa, que todavía, como comunicaba con algunas lo que los que me trataban me enseñaban, hacíase gran provecho. Ofrecióse una vez, estando con una persona, decirme á mí y á otras, que si seríamos para ser monjas de la manera de las descalzas, que áun posible era poder hacer un monasterio. Yo, como andaba en estos deseos, comencélo á tratar con aquella señora mi compañera viuda, que ya he dicho, que tenía el mismo deseo: ella comenzó á dar trazas para darle renta, que ahora veo yo que no llevaban

mucho camino, y el deseo que de ello teníamos nos hacía parecer que sí. Mas yo por otra parte, como tenía tan grandísimo contento en la casa que estaba, porque era muy á mi gusto, y la celda en que estaba, hecha muy á mi propósito, todavía me detenia: con todo concertamos de encomendarlo mucho á Dios.

Habiendo un dia comulgado, mandóme mucho su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas, de que no se dejaria de hacer el monasterio, y que se serviria mucho en él, y que se llamase San Josef, y que á la una puerta nos guardaria él, y nuestra Señora la otra, y que Cristo andaria con nosotras, y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor; y que aunque las religiones estaban relajadas, que no pensase se servia poco en ellas; que ¿qué sería del mundo, si no fuese por los religiosos? Que dijese á mi confesor esto que mandaba, y que le rogaba Él, que no fuese contra ello ni me lo estorbase.

Era esta vision con tan grandes efectos, y de tal manera esta habla, que me hacía el Señor, que yo no podia dudar que era Él. Yo sentí grandísima pena, porque en parte se me representaron los grandes desasosiegos y trabajos, que me habia de costar; y como estaba tan contentísima en aquella casa, que aunque ántes lo trataba, no era con tanta determinacion ni certidumbre que sería. Aquí parecia se

me ponia premio (1), y como veia comenzaba cosa de gran desasosiego, estaba en duda de lo que haría, mas fueron muchas veces las que el Señor me tornó á hablar en ello, poniéndome delante tantas causas y razones, que yo veia ser claras, y que era su voluntad, que ya no osé hacer otra cosa, sino decirlo á mi confesor, y dile por escrito todo lo que pasaba. Él no osó determinadamente decirme que lo dejase, mas veia que no llevaba camino conforme á razon natural, por haber poquísima, y casi ninguna posibilidad en mi compañera, que era la que lo habia de hacer. Díjome, que lo tratase con mi prelado, y que lo que él hiciese, eso hicieso yo: yo no trataba estas visiones con el prelado, sino aquella señora trató con él, que queria hacer este monasterio; y el provincial vino muy bien en ello (2), que es amigo de toda religion, y dióle todo el favor que fué menester, y díjole que él admitiria la casa: trataron de la renta que habia de tener, y nunca queríamos fuesen más de trece por muchas causas. Antes que lo comenzásemos á tratar, escribimos al santo fray Pedro de Alcántara todo lo que pasaba, y aconsejónos que no lo dejásemos de hacer, y diónos su parecer en todo. No se hubo comenzado

(1) Quiere decir *apremio*, ó lo que llamaban tambien *premia*.

(2) Era provincial de los carmelitas el padre fray Angel de Salazar.

á saber por el lugar, cuando no se podia escribir en breve la gran persecucion que vino sobre nosotras, los dichos, las risas, el decir que era disparate: á mí, que bien me estaba en mi monasterio, á la mi compañera tanta persecucion, que la traian fatigada. Yo no sabía qué me hacer: en parte me parecia que tenian razon. Estando así muy fatigada, encomendándome á Dios, comenzó su Majestad á consolarme y animarme: díjome, que aquí veria lo que habian pasado los santos que habian fundado las religiones, que muchas más persecuciones tenía por pasar de las que yo podia pensar, que no se nos diese nada. Deciame algunas cosas que dijese á mi compañera, y lo que más me espantaba yo es, que luégo quedábamos consoladas de lo pasado, y con ánimo para resistir á todos: y es así, que de gente de oracion, y todo en fin el lugar, no habia casi persona que entónces no fuese contra nosotras, y le pareciese grandísimo disparate.

Fueron tantos los dichos y el alboroto de mi mismo monasterio, que á el provincial le pareció recio ponerse contra todos, y así mudó el parecer, y no la quiso admitir: dijo, que la renta no era segura, y que era poca, y que era mucha la contradiccion; y en todo parece tenía razon, y en fin lo dejó y no lo quiso admitir. Nosotras, que ya parecia teníamos recibidos los primeros golpes, diónos muy gran pena: en especial me la dió á mí de ver á el provincial contrario, que con quererlo él tenía yo disculpa con todos. A la

mí compañera ya no la querian absolver, si no lo dejaba; porque decian era obligada á quitar el escándalo.

Ella fué á un gran letrado, muy gran siervo de Dios, de la Orden de santo Domingo (1) á decírselo, y darle cuenta de todo. Esto fué áun ántes que el provincial lo tuviese dejado, porque en todo el lugar no teníamos quien nos quisiese dar parecer; y así decian que sólo era por nuestras cabezas. Dió esta señora relacion de todo, y cuenta de la renta que tenía de su mayorazgo á este santo varon, con harto deseo nos ayudase; porque era el mayor letrado, que entónces habia en el lugar, y pocos más en su Orden (2). Yo le dije todo lo que pensábamos hacer, y algunas causas: no le dije cosa de revelacion ninguna, sino las razones naturales que me movian, porque no queria

---

(1) Fray Pedro Ibañez: no se confunda con el padre Bañez.

(2) Tambien consta de la vida de San Luis Beltran que Santa Teresa le consultó sobre su proyectada fundacion. Fray Bartolomé Aviñon trae una carta escrita á Santa Teresa en 1560 por aquel célebre santo dominico, la cual dice así:

«Madre Teresa: Recibí vuestra carta, y porque el negocio sobre que me pedís parecer, es tan del servicio del Señor, he querido encomendárselo en mis pobres oraciones y sacrificios, y esta ha sido la causa de tardar en responderos. Ahora digo, en nombre del mismo Señor, que os animeis para tan grande empresa, que Él os ayudará y favorecerá; y de

yo nos diese parecer, sino conforme á ellas. El nos dijo, que le diésemos de término ocho dias para responder, y que si estábamos determinadas á hacer lo que él dijese. Yo le dije, que sí; mas aunque yo esto decia, y me parece lo hiciera, nunca jamás se me quitaba una seguridad de que se habia de hacer. Mi compañera tenía más fe, nunca ella por cosa que la dijesen se determinaba á dejarlo: yo (aunque como digo me parecia imposible dejarse de hacer) de tal manera creo ser verdadera la revelacion, como no vaya contra lo que está en la Sagrada Escritura, ó contra las leyes de la Iglesia, que somos obligados á hacer: porque aunque á mí verdaderamente me parecia era de Dios, si aquel letrado me dijera, que no lo podíamos hacer sin ofenderle, y que íbamos contra conciencia, parecióme luégo me apartara de ello, y buscara otro medio; mas á mí no me daba el Señor sino este. Decíame despues este siervo de Dios, que lo habia tomado á cargo con toda determinacion, de poner mucho en que nos apartásemos de hacerlo, porque ya habia venido á su noticia el clamor del pueblo, y tambien le parecia desatino como á todos, y en sabiendo

---

su parte os certifico que no pasarán cincuenta años, que vuestra religion no sea una de las más ilustres que haya en la iglesia de Dios, el cual os guarde, etc.» En Valencia.—Fray Luis Beltran.—La cita la Crónica del Cármen, tomo 1, libro 1.°, capítulo 36, número 3.

habíamos ido á él, le envió á avisar un caballero, que mirase lo que hacía; que no nos ayudase; y que, en comenzando á mirar lo que nos habia de responder, y á pensar en el negocio y el intento que llevábamos, y manera de concierto y religion, se le asentó ser muy en servicio de Dios, y que no habia de dejar de hacerse: y así nos respondió, nos diésemos prisa á concluirlo, y dijo la manera y traza que se habia de tener; y aunque la hacienda era poca, que algo se habia de fiar de Dios, que quien lo contradijese fuese á él, que él responderia, y así siempre nos ayudó, como despues diré. Y con esto fuimos muy consoladas, y con que algunas personas santas, que nos solian ser contrarias, estaban ya más aplacadas, y algunas nos ayudaban: entre ellas era el caballero santo, de quien ya he hecho mencion, que como lo es, y le pareció llevaba camino de tanta perfeccion, por ser todo nuestro fundamento en oracion, aunque los medios le parecian muy dificultosos y sin camino, rendia su parecer á que podia ser cosa de Dios, que el mismo Señor le debia mover: y así hizo al maestro, que es el clérigo siervo de Dios, que dije que habia hablado primero, que es espejo de todo el lugar, como persona que le tiene Dios en él para remedio y aprovechamiento de muchas almas, y ya venía en ayudarme en el negocio. Y estando en estos términos, y siempre con ayuda de muchas oraciones, y teniendo comprada ya la casa en buena parte, aunque peque-

ña (mas de esto á mí no se me daba nada, que me habia dicho el Señor, que entrase como pudiese, que despues yo veria lo que su Majestad hacía ¡y cuán bien que lo he visto!) y así aunque veia ser poca la renta, tenía creido el Señor lo habia por otros medios de ordenar y favorecernos.

CAPÍTULO XXXIII.

Procede en la misma materia de la fundacion del glorioso San Josef. Dice cómo le mandaron que no entendiese en ella, y el tiempo que lo dejó, y algunos trabajos que tuvo, y cómo la consolaba en ellos el Señor.

Pues estando los negocios en este estado, y tan al punto de acabarse, que otro dia se habian de hacer las escrituras, fué cuando el padre provincial nuestro mudó parecer: creo fué movido por ordenacion divina, segun despues ha parecido; porque como las oraciones eran tantas, iba el Señor perfeccionando la obra, y ordenando que se hiciese de otra suerte. Como él no lo quiso admitir, luego mi confesor me mandó no entendiese mas en ello, con que sabe el Señor los grandes trabajos y aflicciones que hasta traerlo á aquel estado me habia costado. Como se dejó y quedó así, confirmóse mas ser todo disparate de mujeres, y á crecer la murmuracion sobre mí, con habérmelo mandado hasta entónces mi provincial. Estaba muy malquista en todo mi monasterio, por-

que queria hacer monasterio mas encerrado: decian que las afrentaba, que allí podia tambien servir á Dios, pues habia otras mejores que yo, que no tenia amor á la casa, que mejor era procurar renta para ella, que para otra parte. Unas decian que me echasen en la cárcel, otras, bien pocas, tornaban algo por mí: yo bien veia, que en muchas cosas tenian razon, y algunas veces dábales discuento, aunque como no habia de decir lo principal, que era mandármelo el Señor, no sabia que hacer, y así callaba. Otras hacíame el Señor muy gran merced, que todo esto no me daba inquietud, sino con tanta facilidad y contento lo dejé, como si no me hubiera costado nada; y esto no lo podia nadie creer, ni aun las mismas personas de oracion, que me trataban, sino que pensasaban estaba muy penada y corrida; y aun mi mismo confesor no lo acababa de creer. Yo como me parecia que habia hecho todo lo que habia podido, parecíame no era más obligada para lo que me habia mandado el Señor, y quedábame en la casa, que yo estaba muy contenta y á mi placer. Aunque jamás podia dejar de creer que habia de hacerse, yo no habia ya medio, ni sabia cómo ni cuándo, mas teníalo muy cierto.

Lo que mucho me fatigó, fué una vez que mi confesor, como si yo hubiera hecho cosa contra su voluntad (tambien debia el Señor querer que de aquella parte, que mas me habia de doler, no me dejase

de venir trabajo; y así en esta multitud de persecuciones, que á mí me parecia habia de venirme de él el consuelo) me escribió, que ya veria que era todo sueño en lo que habia sucedido, que me enmendase de ahí adelante en no querer salir con nada, ni hablar mas en ello, pues veia el escándalo que habia sucedido; y otras cosas, todas para dar pena.

Esto me la dió mayor que todo junto, pareciéndome si habia sido yo ocasion y tenido culpa en que se ofendiese; y que si estas visiones eran ilusiones, que toda la oracion que tenía era engaño, y que yo andaba muy engañada y perdida. Apretóme esto en tanto extremo, que estaba toda turbada y con grandísima afliccion; mas el Señor, que nunca me faltó en todos estos trabajos que he contado, hartas veces me consolaba, y esforzaba, que no hay para que lo decir aquí. Me dijo entónces, que no me fatigase, que yo habia mucho servido á Dios, y no ofendídole en aquel negocio, que hiciese lo que me mandaba el confesor en callar por entónces, hasta que fuese tiempo de tornar á ello. Quedé tan consolada, y contenta, que me parecia todo nada la persecucion que habia sobre mí.

Aquí me enseñó el Señor el grandísimo bien, que es pasar trabajos y persecuciones por Él; porque fué tanto el acrecentamiento que ví en mi alma de amor de Dios, y otras muchas cosas, que yo me espantaba; y esto me hace no poder dejar de desear trabajos:

y las otras personas pensaban que estaba muy corrida, y sí estuviera si el Señor no me favoreciera en tanto extremo con merced tan grande. Entónces me comenzaron más grandes los ímpetus de amor de Dios, que tengo dicho, y mayores arrobamientos, aunque yo callaba, y no decia á nadie estas ganancias. El santo varon dominico no dejaba de tener por tan cierto, como yo, que se habia de hacer, y como yo no queria entender en ello, por no ir contra la obediencia de mi confesor, negociábalo él con mi compañera, y escribian á Roma, y daban trazas. Tambien comenzó aquí el demonio de una persona en otra, á procurar se entendiese, que habia yo visto alguna revelacion en este negocio, é iban á mí con mucho miedo á decirme, que andaban los tiempos recios, y que podria ser me levantasen algo, y fuesen á los inquisidores. A mí me cayó esto en gracia, y me hizo reir, porque en este caso jamás yo temí, que sabía bien de mí, que en cosa de la fe, contra la menor ceremonia de la Iglesia, que alguien viese yo iba: por ella ó por cualquier verdad de la Sagrada Escritura me ponia yo á morir mil muertes. Y dije, que de eso no temiesen, que harto mal sería para mi alma, si en ella hubiese cosa que fuese de suerte, que yo temiese la Inquisicion; que si pensase habia para qué, yo me la iria á buscar, y que si era levantado, que el Señor me libraria, y quedaria con ganancia. Y tratélo con este padre mio dominico, que, como digo,

era tan letrado, que podia bien asegurar con lo que él me dijese; y díjele entónces todas las visiones y modo de oracion y las grandes mercedes, que me hacía el Señor, con la mayor claridad que pude, y supliquéle lo mirase muy bien, y me dijese si habia algo contra la Sagrada Escritura, y lo que de todo sentia. Él me aseguró mucho, y á mi parecer le hizo provecho; porque aunque él era muy bueno, de allí adelante se dió mucho más á la oracion, y se apartó en un monasterio de su Orden, donde hay mucha soledad, para mejor poder ejercitarse en esto, adonde estuvo más de dos años; y sacóle de allí la obediencia, que él sintió harto, porque le hubieron menester, como era persona tal: y yo en parte sentí mucho cuando se fué, aunque no se lo estorbé, por la grande falta que me hacía, mas entendí su ganancia; porque, estando con harta pena de su ida, me dijo el Señor, que me consolase, y no la tuviese, que bien guiado iba. Vino tan aprovechada su alma de allí, y tan adelante en aprovechamiento de espíritu, que me dijo cuando vino, que por ninguna cosa quisiera haber dejado de ir allí. Y yo tambien podia decir lo mismo; porque lo que ántes me aseguraba y consolaba con solas sus letras, ya lo hacía tambien con la esperiencia de espíritu, que tenía harta de cosas sobrenaturales: y trájole Dios á tiempo, que vió su Majestad habia de ser menester para ayudar á su obra de este monasterio, que queria su Majestad se hiciese.

Pues estuve en este silencio, y no entendiendo ni hablando en este negocio, cinco ó seis meses, y nunca el Señor me lo mandó. Yo no entendia que era la causa, mas no se me podia quitar del pensamiento, que se habia de hacer. Al fin de este tiempo, habiéndose ido de aquí el rector, que estaba en la Compañía de Jesus, trajo su Majestad aquí otro muy espiritual, y de grande ánimo y entendimiento y buenas letras (1) á tiempo que yo estaba con harta necesidad; porque como el que me confesaba tenía superior, y ellos tienen esta virtud en extremo de no se bullir, sino conforme á la voluntad de su mayor, aunque él entendia bien mi espíritu, y tenía deseo de que fuese muy adelante, no se osaba en algunas cosas determinar por hartas causas que para ello tenía. Ya mi espíritu iba con ímpetus tan grandes, que sentia mucho tenerle atado, y con todo no salia de lo que él me mandaba.

Estando un dia con gran afliccion de parecerme el confesor no me creia, díjome el Señor, que no me fatigase, que presto se acabaria aquella pena. Yo me alegré mucho, pensando que era que me habia de morir presto, y traia mucho contento cuando se me acordaba: despues ví claro era la venida de este rector,

(1) El padre Gaspar de Salazar, que vino de rector al colegio de Ávila en 1561. Su antecesor, el padre Dionisio Vazquez, era de carácter algo fuerte y rígido.

que digo, porque aquella pena nunca mas se ofreció en que la tener, á causa de que el rector que vino no iba á la mano al ministro que era mi confesor; antes le decia, que me consolase, y que no habia de que temer, y que no me llevase por camino tan apretado: que dejase obrar el espíritu de el Señor, que á veces parecia con estos grandes ímpetus de espíritu no le quedaba al alma como resolgar. Fuéme á ver este rector, y mandóme el confesor tratase con él con toda libertad y claridad. Yo solia sentir grandísima contradiccion en decirlo, y es así, que en entrando en el confesonario sentí en mi espíritu un no sé qué, que antes ni despues, no me acuerdo haberlo con nadie sentido, ni yo sabré decir como fué, ni por comparaciones podria. Porque fué un gozo espiritual, y un entender mi alma, que aquel alma me habia de entender, y que conformaba con ella, aunque, como digo, no entiendo cómo; porque si le hubiera hablado, ó me hubieran dado grandes nuevas de él, no era mucho darme gozo en entender que habia de entenderme, mas ninguna palabra él á mí, ni yo á él nos habíamos hablado; ni era persona de quien yo tenía ántes ninguna noticia. Despues he visto bien, que no se engañó mi espíritu, porque de todas maneras ha hecho gran provecho á mí y á mi alma tratarle; porque su trato es mucho para personas, que ya parece el Señor tiene ya muy adelante, porque él las hace correr, y no ir paso á paso. Y su modo es para desasir-

la de todo y mortificarlas, que en esto le dió el Señor grandísimo talento, tambien como en otras muchas cosas. Como le comencé á tratar, luego entendí su estilo, y ví ser un alma pura y santa, y con don particular de el Señor, para conocer espíritus: consoléme mucho. Desde ha poco que le trataba comenzó el Señor á tornarme á apretar, que tornase á tratar el negocio del monasterio, y que dijese á mi confesor y á este rector muchas razones y cosas para que no me lo estorbasen: y algunas los hacía temer, porque este padre rector nunca dudó en que era espíritu de Dios, porque con mucho estudio y cuidado miraba todos los efectos. En fin de muchas cosas no se osaron atrever á estorbármelo.

Tornó mi confesor á darme licencia que pusiese en ello todo lo que pudiese. Yo bien veia el trabajo á que me ponia, por ser muy sola, y tener poquísima posibilidad. Concertamos se tratase con todo secreto, y así procuré, que una hermana mia, que vivia fuera de aquí, comprase la casa, y la labrase como que era para sí, con dineros que el Señor dió por algunas vias para comprarla; que seria largo de contar como el Señor lo fué proveyendo, porque yo traia gran cuenta en no hacer cosa contra la obediencia, mas sabia que si lo decia á mis prelados, era todo perdido, como la vez pasada, y aun ya fuera peor. En tener los dineros, en procurarlo, en concertarlo, y hacerlo labrar, pasé tantos trabajos, y

algunos bien á solas; aunque mi compañera hacía lo que podia, mas podia poco, y tan poco, que era casi nonada, mas de hacerse en su nombre y con su favor. Todo el mas trabajo era mio, de tantas maneras, que ahora me espanto como lo pude sufrir. Algunas veces afligida, decia—Señor mio, ¿cómo me mandais cosas, que parecen imposibles? que, aunque fuera mujer si tuviera libertad! mas atada por tantas partes, sin dineros, ni de adonde los tener, ni para Breve, ni para nada, qué puedo yo hacer, Señor?

Una vez estando en una necesidad, que no sabía que me hacer, ni con que pagar unos oficiales, me apareció San José, mi verdadero padre y señor, y me dió á entender que no me faltarian, que los concertase, y así lo hice sin ninguna blanca, y el Señor, por manera que se espantaban los que lo oian, me proveyó. Hacíaseme la casa muy chica, porque lo era tanto, que no parece llevaba camino ser monasterio, y queria comprar otra: ni habia con qué, ni habia manera para comprarse, ni sabía qué me hacer, que estaba junto á ella otra tambien harto pequeña para hacer la iglesia; y acabando un dia de comulgar, díjome el Señor—«Ya te he dicho que entres como pudieres.» Y á manera de esclamacion tambien me dijo—«¡Oh codicia del género humano, que áun tierra piensas que te ha de faltar! ¿Cuántas veces dormí yo al sereno, por no tener adonde me meter?» Yo quedé espantada, y vi que tenía razon, y voy á la casita, y

tracéla, y hallé, aunque bien pequeño, monasterio cabal, y no curé de comprar más sitio; sino procuré se labrase en ella, de manera que se pueda vivir, todo tosco y sin labrar, no más de como no fuese dañoso á la salud, y así se ha de hacer siempre (1).

El dia de Santa Clara, yendo á comulgar, se me apareció con mucha hermosura, y díjome, que me esforzase, y fuese adelante en lo comenzado, que ella me ayudaria. Yo la tomé gran devocion, y ha salido tan verdad, que un monasterio de monjas de su Orden, que está cerca de este, nos ayuda á sustentar; y lo que ha sido más, que poco á poco trajo este deseo mio á tanta perfeccion, que en la pobreza, que la bienaventurada Santa tenía en su casa, se tiene en esta, y vivimos de limosna; que no me ha costado poco trabajo, que sea con toda firmeza y autoridad del Padre Santo, que no se puede hacer otra cosa, ni jamás haya renta. Y más hace el Señor (y debe por ventura ser por ruego de esta bendita santa) que sin demanda ninguna nos provee su Majestad muy cumplidamente lo necesario: sea bendito por todo, amen.

Estando en estos mismos dias (el de Nuestra Seño-

(1) Á fines de aquel año de 1561 le envió algunos dineros su hermano D. Lorenzo, que estaba en el Perú, segun se ve por la carta 29 del tomo I de Cartas, que es la tercera de esta coleccion. Tambien le ayudaron mucho su hermana Doña Juana de Ahumada y D. Juan de Ovalle, esposo de esta.

ra de la Asuncion) en un monasterio de la Orden del glorioso Santo Domingo, estaba considerando los muchos pecados, que en tiempos pasados habia en aquella casa confesado, y cosas de mi ruin vida: vínome un arrobamiento tan grande, que casi me sacó de mí. Sentéme, y aun paréceme que no pude ver alzar, ni oir misa, que despues quedé con escrúpulo de esto. Parecióme estando así, que me veia vestir una ropa de mucha blancura y claridad: y al principio no veia quien me la vestia: despues vi á Nuestra Señora, hácia el lado derecho, y á mi padre San Josef al izquierdo, que me vestian aquella ropa: dióseme á entender, que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir, y yo con grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos Nuestra Señora. Díjome, que le daba mucho contento en servir al glorioso San Josef; que creyese, que lo que pretendia del monasterio se haria, y en él se serviria mucho el Señor, y ellos dos: que no temiese habria quiebra en esto jamás, aunque la obediencia que daba no fuese á mi gusto, porque ellos nos guardarian: que ya su Hijo nos habia prometido andar con nosotras; que para señal que seria esto verdad, me daba aquella joya. Parecíame haberme echado al cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz á él de mucho valor. Este oro y piedras es tan diferente de lo de acá, que no tiene comparacion; porque es su hermosura muy diferente de lo que podemos acá ima-

ginar, que no alcanza el entendimiento á entender de qué era la ropa, ni cómo imaginar el blanco, que el Señor quiere que se represente, que parece todo lo de acá dibujo de tizne, á manera de decir. Era grandísima la hermosura que ví en Nuestra Señora, aunque por figuras no determiné ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro, vestida de blanco con grandísimo resplandor, no que deslumbra, sino suave. Al glorioso San José no ví tan claro, aunque bien ví que estaba allí, como las visiones que he dicho, que no se ven: parecíame nuestra Señora muy niña. Estando así conmigo un poco, y yo con grandísima gloria y contento (mas á mi pareeer, que nunca le habia tenido, y nunca quisiera quitarme de él) parecióme que los veia subir á el cielo con mucha multitud de ángeles. Yo quedé con mucha soledad, aunque tan consolada y elevada y recogida en oracion, y enternecida, que estuve algun espacio, que menearme ni hablar no podia, sino casi fuera de mí. Quedé con un ímpetu grande de deshacerme por Dios, y con tales efectos, y todo pasó de suerte, que nunca pude dudar (aunque mucho lo procurase) no ser cosa de Dios. Dejóme consoladísima y con mucha paz. En lo que dijo la Reina de los ángeles de la obediencia, es, que á mí se me hacia de mal no darla á la Orden, y habíame dicho el Señor, que no convenia dársela á ellos: dióme las causas, para que en ninguna manera convenia lo hiciese, sino que enviase á Roma por cier-

ta via, que tambien me dijo; que Él haria viniese recaudo por allí: y así fué, que se envió por donde el Señor me dijo (que nunca acabábamos de negociarlo) y vino muy bien. Y para las cosas que despues han sucedido, convino mucho se diese la obediencia al obispo, mas entonces no le conocia yo, ni aun sabia qué prelado seria; y quiso el Señor fuese tan bueno, y favoreciese tanto á esta casa; como ha sido menester, para la gran contradiccion que ha habido en ella, como despues diré, y para ponerla en el estado en que está. Bendito sea el que así lo ha hecho todo, amen.

CAPÍTULO XXXIV.

Trata cómo en este tiempo convino que se ausentase de este lugar: dice la causa, y cómo la mandó ir su prelado para consuelo de una señora muy principal, que estaba muy afligida. Comienza á tratar lo que allá le sucedió, y la gran merced que el Señor la hizo de ser medio, para que su Majestad despertase á una persona muy principal para servirle muy de veras, y que ella tuviese favor y amparo despues en El. Es mucho de notar.

Pues por mucho cuidado que yo traia, para que no se entendiese, no podia hacerse tan secreta toda esta obra, que no se entendiese mucho en algunas personas: unas lo creian y otras no. Yo temia harto, que venido el provincial, si algo le dijesen de ello, me habia de mandar no entender en ello, y luégo era todo cesado. Proveyólo el Señor de esta manera, que se ofreció en un lugar grande, más de veinte leguas de este, que estaba una señora muy afligida (1), á causa de

(1) Doña Luisa de la Cerda, hija de los duques de Medinaceli y hermana del que entónces lo era. El marido de aquella señora se llamaba Arias Pardo, señor de Malagon. Esta señora viuda vivia entónces en Toledo, adonde marchó Santa Teresa á principios de 1562. D. Arias Pardo era sobrino del cardenal Tabera, arzobispo de Toledo.

habérsele muerto su marido; estábalo en tanto extremo, que se temia su salud. Tuvo noticia de esta pecadorcilla, que lo ordenó el Señor así, que le dijesen bien de mí para otros bienes que de aquí sucedieron. Conocia esta señora mucho á el provincial, y como era persona principal, y supo que yo estaba en monasterio que salian, pónele el Señor tan gran deseo de verme, pareciéndole que se consolaria conmigo, que no debia ser en su mano; sino luégo procuró, por todas las vias que pudo, llevarme allá, enviando á el provincial, que estaba bien léjos. Él me envió un mandamiento, con precepto de obediencia, que luégo fuese con otra compañera: yo lo supe la noche de Navidad. Hízome algun alboroto, y mucha pena, ver que por pensar que habia en mí algun bien me querrian llevar (que como yo me veia tan ruin, no podia sufrir esto) encomendándome mucho á Dios, estuve todos los maitines, ó gran parte de ellos, en gran arrobamiento. Díjome el Señor, que no dejase de ir, y que no escuchase pareceres, porque pocos me aconsejarian sin temeridad: que, aunque tuviese trabajos, se serviria mucho Dios, y que para este negocio del monasterio convenia ausentarme hasta ser venido el Breve; porque el demonio tenía armada una gran trama venido el provincial, y que no temiese de nada, que Él me ayudaria allá. Yo quedé muy esforzada y consolada. Díjelo al rector, díjome, que en ninguna manera dejase de ir; porque otros me decian que no se

sufria, que era invencion de el demonio, para que allá me viniese algun mal: que tornase á enviar á el provincial.

Yo obedecí á el rector, y, con lo que en la oracion habia entendido, iba sin miedo, aunque no sin grandísima confusion de ver el título con que me llevaban, y como se engañaban tanto: esto me hacía importunar mas á el Señor, para que no me dejase. Consolábame mucho, que habia casa de la Compañía de Jesus en aquel lugar adonde iba, y con estar sujeta á lo que me mandasen, como lo estaba acá, me parecia estaria con alguna seguridad. Fué el Señor servido, que aquella señora se consoló tanto, que conocida mejoria comenzó luégo á tener, y cada dia más se hallaba consolada. Túvose á mucho, porque como he dicho, la pena la tenía en gran aprieto; y debíalo de hacer el Señor, por las muchas oraciones, que hacian por mí las personas buenas, que yo conocia, por que me sucediese bien. Era muy temerosa de Dios, y tan buena, que su mucha cristiandad suplió lo que á mí me faltaba. Tomó grande amor conmigo: yo se le tenía harto de ver su bondad, mas casi todo me era cruz, porque los regalos me daban gran tormento, y el hacer tanto caso de mí, me traia con gran temor. Andaba mi alma tan encogida, que no me osaba descuidar, ni se descuidaba el Señor, porque estando allí me hizo grandísimas mercedes, y estas me daban tanta libertad, y tanto me hacian despreciar todo lo

que veia (y miéntras mas eran, más) que no dejaba de tratar con aquellas tan señoras, que muy á mi honra pudiera yo servirlas, con la libertad que si yo fuera su igual. Saqué una ganancia muy grande, y decíaselo. Ví que era mujer, y tan sujeta á pasiones y flaquezas como yo, y en lo poco que se ha de tener el señorío; y como, miéntras es mayor, tiene más cuidados y trabajos, y un cuidado de tener la compostura conforme á su estado, que no las deja vivir. Comer sin tiempo ni concierto, porque ha de andar todo conforme al estado, y no las complexiones: han de comer muchas veces los manjares, mas conforme á su estado, que no á su gusto.

Es así, que de todo aborrecí el desear ser señora. Dios me libre de mala compostura, aunque esta, con ser de las principales del reino, creo hay pocas más humildes y de mucha llaneza. Yo la habia lástima, y se la he, de ver, como va muchas veces no conforme á su inclinacion, por cumplir con su estado. Pues con los criados es poco lo poco que hay que fiar, aunque ella los tenía buenos: no se ha de hablar más con uno que con otro, sino, al que se favorece ha de ser el malquisto. Ello es una sujecion, que una de las mentiras que dice el mundo, es llamar señores á las personas semejantes, que no me parece son sino esclavos de mil cosas. Fué el señor servido, que el tiempo que estuve en aquella casa, se mejoraban en servir á su Majestad las personas de ella, aunque no estuve libre

de trabajos, y algunas envidias que tenian algunas personas del mucho amor, que aquella señora me tenía. Debian por ventura pensar, que pretendia algun interes: debia permitir el Señor me diesen algunos trabajos cosas semejantes, y otras de otras suertes, porque no me embebiese en el regalo, que habia por otra parte, y fué servido sacarme de todo con mejoría de mi alma.

Estando allí acertó á venir un religioso, persona muy principal, y con quien yo muchos años habia tratado algunas veces (1): y estando en misa en un monasterio de su Orden (que estaba cerca adonde yo estaba) dióme deseo de saber en qué disposicion estaba aquella alma (que deseaba yo fuese muy siervo de Dios) y levantéme para irle á hablar. Como yo estaba recogida ya en oracion, parecióme despues era perder tiempo, que quién me metia á mí en aquello, y torneme á sentar. Paréceme, que fueron tres veces las que esto me acaeció, y en fin pudo más el ángel bueno, que el malo, y fuíle á llamar, y vino á hablarme á un confesionario.

---

(1) No se sabe á punto fijo quién fué este confesor: suponen unos, con Yepes, que fué Fray Vicente Barron: otros que fué el ya citado Fray García de Toledo, hijo de los condes de Oropesa, ambos dominicos. Esto segundo parece más probable: el padre Toledo hizo á la Santa continuar escribiendo su vida, á fines de este año 1562. La primera parte la escribió por mandado del padre Ibañez, y la concluyó ahora en Toledo.

Comencéle á preguntar, y él á mi (porque habia muchos años que no nos habiamos visto) de nuestras vidas: y yo le comencé á decir, que habia sido la mia de muchos trabajos de alma. Puso muy mucho en que le dijese, qué eran los trabajos: yo le dije, que no eran para saber, ni para que yo los dijese. Él dijo, que pues lo sabia el padre dominico, que he dicho, que era muy su amigo, que luego se los diria, y que no se me diese nada.

El caso es, que ni fué en su mano dejarme de importunar, ni en la mia me parece dejárselo decir, porque con toda la pesadumbre y vergüenza, que solia tener, cuando trataba estas cosas con él y con el rector, que he dicho, no tuve ninguna pena, ántes me consolé mucho: díjeselo debajo de confesion. Parecióme mas avisado que nunca, aunque siempre le tenía por de gran entendimiento: miré los grandes talentos y partes que tenia para aprovechar mucho, si de el todo se diese á Dios; porque esto tengo yo de unos años acá, que no veo persona que mucho me contente, que luego querria verla del todo dada (1) á Dios, con unas ansias, que algunas veces no me puedo valer; y aunque deseo que todos le sirvan, estas personas que me contentan, es con muy gran ímpetu, y así importuno mucho al Señor por ellas. Con

---

(1) Dar á Dios. *(L. de L. y demas.)*

el religioso (1) que digo, me acaeció así. Rogóme le encomendase mucho á Dios (y no habia menester decírmelo, que ya yo estaba de suerte, que no pudiera hacer otra cosa) y vóyme adonde solia á solas tener oracion, y comienzo á tratar con el Señor, estando muy recogida, con un estilo abobado, que muchas veces sin saber lo que digo trato; que el amor es el que habla, y está el alma tan enajenada, que no miro la diferencia que hay de ella á Dios: porque el amor, que conoce que la tiene su Majestad, la olvida de sí, y le parece está en Él, y como una cosa propia sin division, habla desatinos. Acuérdome que le dije esto, despues de pedirle con hartas lágrimas aquella alma pusiese en su servicio muy de veras, que aunque yo la tenía por buena, no me contentaba, que le queria muy bueno; y así le dije—Señor, no me habeis de negar esta merced, mirá (2) que es bueno este sujeto para nuestro amigo.

¡Oh bondad, y humanidad grande de Dios, cómo no mira las palabras, sino los deseos y voluntad con que se dicen! ¡Cómo sufre, que una como yo hable á su Majestad tan atrevidamente! Sea bendito por siempre jamás. Acuérdome, que me dió en aquellas

(1) Ya se advirtió que Santa Teresa escribia *relision* en vez de *religion*. Aquí escribe *relisioso*. en vez de *religioso*. ¿Seria que entónces se pronunciase esta palabra con mas suavidad?

(2) Mirad. *(L. de L. y demas.)*

horas de oracion aquella noche un afligimiento grande de pensar si estaba en amistad de Dios, y como no podia yo saber si estaba en gracia, ó no, no para que yo lo desease saber; mas deseábame morir, por no me ver en vida adonde no estaba segura si estaba muerta, porque no podia haber muerte mas recia para mí, que pensar si tenia ofendido á Dios, y apretábame esta pena: suplicábale no lo permitiese, toda regalada y derretida en lágrimas. Entonces entendí, que bien me podia consolar y confiar que estaba en gracia, porque semejante amor de Dios, y hacer su Majestad aquellas mercedes y sentimientos que daba á el alma, que no se compadecia hacerse á alma, que estuviese en pecado mortal. Quedé confiada, que habia de hacer el Señor lo que le suplicaba de esta persona. Díjome, que le dijese unas palabras. Esto sentí yo mucho, porque no sabia como las decir, que esto de dar recaudo á tercera persona, como he dicho, es lo que mas siento siempre, en especial á quien no sabia como lo tomaria, ó si burlaria de mí. Púsome en mucha congoja, en fin fuí tan persuadida, que á mi parecer prometí á Dios no dejárselas de decir, y por la gran vergüenza que habia, las escribí y se las dí. Bien pareció ser cosa de Dios en la operacion que le hicieron: determinóse muy de veras de darse á oracion, aunque no lo hizo desde luégo. El Señor, como le queria para sí, por mi medio le enviaba á decir unas verdades, que sin entenderlo yo iban tan á su

propósito, que él se espantaba; y el Señor, que debia de disponerle para creer que eran de su Majestad, y yo aunque miserable, era mucho lo que le suplicaba á el Señor muy del todo le tornase á sí, y le hiciese aborrecer los contentos y cosas de la vida. Y así, sea alabado por siempre, lo hizo tan de hecho, que cada vez que me habla, me tiene como embobada; y si yo no lo hubiera visto lo tuviera por dudoso, en tan breve tiempo hacerle tan crecidas mercedes, y tenerle tan ocupado en sí, que no parece vive ya para cosa de la tierra. Su Majestad le tenga de su mano, que si así va adelante (lo que espero en el Señor si hará, por ir muy fundado en conocerse) será uno de los muy señalados siervos suyos, y para gran provecho de muchas almas, porque en cosas de espíritu, en poco tiempo tiene mucha esperiencia, que estos son dones que da Dios cuando quiere y como quiere, y ni va en el tiempo ni en los servicios. No digo que no hace esto mucho, mas que muchas veces no da el Señor en veinte años la contemplacion, que á otros da en uno: su Majestad sabe la causa. Y es el engaño, que nos parece, que por los años hemos de entender lo que en ninguna manera se puede alcanzar sin esperiencia; y así yerran muchos, como he dicho, en querer conocer espíritu sin tenerle. No digo, que quien no tuviere espíritu, si es letrado, no gobierne á quien le tiene, mas entiéndese en lo esterior é interior, que va conforme á via natural, por obra del

entendimiento, y en lo sobrenatural, que mire vaya conforme á la Sagrada Escritura. En lo demas no se mate, ni piense entender lo que no entiende, ni ahogue los espíritus, que ya, cuanto en aquello, otro mayor Señor los gobierna, que no están sin superior.

No se espante, ni le parezcan cosas imposibles (todo es posible á el Señor) sino procure esforzar la fé, y humillarse, de que hace el Señor en esta ciencia á una viejecita mas sabia por ventura que á él, aunque sea muy letrado; y con esta humildad aprovechará mas á las almas y á sí, que por hacerse contemplativo sin serlo. Porque torno á decir, que si no tiene esperiencia, si no tiene muy mucha humildad en entender que no lo entiende, y que no por eso es imposible, que ganará poco, y dará á ganar ménos á quien trata: no haya miedo, si tiene humildad, permita el Señor que se engañe el uno ni el otro.

Pues á este padre, que digo, como en muchas cosas se la ha dado el Señor, ha procurado estudiar todo lo que por estudio ha podido en este caso, que es bien letrado, y lo que no entiende por esperiencia, infórmase de quien la tiene, y con esto ayúdale el Señor con darle mucha fé, y así ha aprovechado mucho á sí, y á algunas almas, y la mia es una de ellas; que como el Señor sabia en los trabajos que me habia de ver, parece proveyó su Majestad, que pues habia de llevar consigo algunos que me gobernaban, quedasen

otros que me han ayudado á hartos trabajos, y hecho gran bien. Hále mudado el Señor casi del todo, de manera, que casi él no se conoce, á manera de decir, y dado fuerzas corporales para penitencia, que ántes no tenia, sino enfermo, y animoso para todo lo que es bueno, y otras cosas; que se parece bien ser muy particular llamamiento de el Señor: sea bendito por siempre.

Creo todo el bien le viene de las mercedes que el Señor le ha hecho en la oracion, porque no son postizos; porque ya en algunas cosas ha querido el Señor se haya esperimentado, porque sale de ellas como quien tiene ya conocida la verdad del mérito que se gana en sufrir persecuciones. Espero en la grandeza de el Señor ha de venir mucho bien á algunos de su Orden por él, y á ella misma. Ya se comienza esto á entender. He visto grandes visiones, y díjome el Señor algunas cosas de él, y del rector de la Compañía de Jesus, que tengo dicho, de grande admiracion, y de otros dos religiosos de la Orden de Santo Domingo, en especial de uno, que tambien ha dado ya á entender el Señor por obra en su aprovechamiento, algunas cosas, que ántes yo habia entendido de él: mas de quien ahora hablo, han sido muchas. Una cosa quiero decir ahora aquí. Estaba yo una vez con él en un locutorio, y era tanto el amor, que mi alma y espíritu entendia que ardia en el suyo, que me tenía á mí casi absorta; porque consideraba las grandezas

de Dios, en cuán poco tiempo habia subido un alma á tan grande estado. Hacíame gran confusion, porque le veia con tanta humildad escuchar lo que yo le decia en algunas cosas de oracion, como yo tenía poca de tratar así con persona semejante: debíamelo sufrir el Señor por el gran deseo que yo tenía de verle muy adelante. Hacíame tanto provecho estar con él, que parece dejaba en mi ánima puesto nuevo fuego, para desear servir á el Señor de principio.

¡Oh Jesus mio, qué hace un alma abrasada en vuestro amor! ¡Cómo la habíamos de estimar en mucho, y suplicar al Señor la dejase en esta vida! Quien tiene el mismo amor tras estas almas se habia de andar, si pudiese. Gran cosa es á un enfermo hallar otro herido de aquel mal: mucho se consuela de ver que no es solo, mucho se ayudan á padecer, y áun á merecer. Excelentes espaldas se hacen ya gente determinada á arriscar mil vidas por Dios, y desean que se les ofrezca en que perderlas. Son como los soldados, que por ganar el despojo, y hacerse con él ricos, desean que haya guerras: tienen entendido no lo pueden ser sino por aquí: es este su oficio, el trabajar. ¡Oh gran cosa es adonde el Señor da esta luz, de entender lo mucho que se gana en padecer por El! No se entiende esto bien hasta que se deja todo, porque quien en ello se está, señal es que lo tiene en algo; pues si lo tiene en algo, forzado le ha de pesar de dejarlo, y ya va imperfecto todo y perdido. Bien viene

aquí, que es perdido quien tras perdido anda, y ¡qué más perdicion, qué más ceguedad, qué más desventura, que tener en mucho lo que no es nada! Pues, tornando á lo que decia, estando yo en grandísimo gozo mirando aquel alma, que me parece queria el Señor viese claro los tesoros que habia puesto en ella, y viendo la merced que me habia hecho en que fuese por medio mio, hallándome indigna de ella, en mucho más tenía yo las mercedes que el Señor le habia hecho, y mas á mi cuenta las tomaba, que si fuera á mí, y alababa mucho á el Señor, de ver que su Majestad iba cumpliendo mis deseos, y habia oido mi oracion, que era despertase el Señor personas semejantes. Estando ya mi alma, que no podia sufrir en sí tanto gozo, salió de sí, y perdióse para más ganar: perdió las consideraciones, y de oir aquella lengua divina, en que parece hablaba el Espíritu Santo, dióme un gran arrobamiento, que me hizo casi perder el sentido, aunque duró poco tiempo. Ví á Cristo con grandísima majestad y gloria, mostrando gran contento de lo que allí pasaba; y así me lo dijo: y quiso que viese claro, que á semejantes pláticas siempre se hallaba presente, y lo mucho que se sirve en que así se deleiten en hablar en Él.

Otra vez estando léjos de este lugar, le ví con mucha gloria levantar á los ángeles. Entendí iba su alma muy adelante por esta vision: y así fué, que le habian levantado un gran testimonio, bien contra su

honra, persona á quien él habia hecho mucho bien y remediado la suya y el alma, y habíalo pasado con mucho contento y hecho otras obras muy á servicio de Dios, y pasado otras persecuciones. No me parece conviene ahora declarar mas cosas: si despues le pareciere á vuesa merced, pues las sabe, se podrán poner para gloria de el Señor. De todas las que le he dicho de profecías de esta casa, y otras que diré de ella, y otras cosas, todas se han cumplido: algunas tres años antes que se supiesen, otras mas y otras menos, me las decia el Señor; y siempre las decia á el confesor, y á esta mi amiga viuda, con quien tenía licencia de hablar, como he dicho: y ella he sabido que las decia á otras personas, y estas saben que no miento, ni Dios me dé tal lugar, que en ninguna cosa (cuanto mas siendo tan graves) tratase yo, sino toda verdad.

Habiéndose muerto un cuñado mio, súbitamente y estando yo con mucha pena, por no haber tenido lugar de confesarse, se me dijo en la oracion, que habia así de morir mi hermana (1), que fuese allá, y procurase se dispusiese para ello. Díjelo á mi confesor, y como no me dejaba, ir entendílo otras veces: ya como esto vió, díjome que fuese allá, que no se perdia nada. Ella estaba en una aldea, y como fuí sin

(1) Doña María de Cepeda, viuda de Martin Guzman y Barrientos. Vivian en Castellanos de la Cañada.

decirle nada, le fuí dando la luz que pude en todas las cosas: hice se confesase muy á menudo, y en todo trajese cuenta con su alma. Ella era muy buena, y hízolo así. Desde ha cuatro, ó cinco años que tenía esta costumbre, y muy buena cuenta con su conciencia, se murió sin verla nadie, ni poderse confesar. Fué el bien, que como lo acostumbraba, no habia sino poco más de ocho dias que estaba confesada: á mí me dió gran alegría cuando supe su muerte. Estuvo muy poco en el purgatorio. Serían aún no me parece ocho dias, cuando, acabando de comulgar, me apareció el Señor, y quiso la viese cómo la llevaba á la gloria. En todos estos años, desde que se me dijo hasta que murió, no se me olvidaba lo que se me habia dado á entender, ni á mi compañera, que así como murió, vino á mí muy espantada de ver como se habia cumplido. Sea Dios alabado por siempre, que tanto cuidado tiene de las almas, para que no se pierdan.

CAPÍTULO XXXV.

Prosigue en la misma materia de la fundacion de esta casa de nuestro glorioso padre San José. Dice por los términos que ordenó el Señor viniese á guardarse en ella la santa pobreza, y la causa por qué se vino de con aquella señora que estaba, y otras algunas cosas que le sucedieron.

Pues estando con esta señora, que he dicho, adonde estuve más de medio año, ordenó el Señor, que tuviese noticia de mí una beata de nuestra Orden (1), de más de setenta leguas de aquí de este lugar, y acertó á venir por acá, y rodeó algunas por hablarme. Habíala el Señor movido, el mismo año y mes que á mí, para hacer otro monasterio de esta Orden; y como le puso este deseo, vendió todo lo que tenía, y fuése á Roma á traer despacho para ello, á pié y descalza. Es mujer de mucha penitencia y oracion, y hacíala el Señor muchas mercedes, y apareciéle nues-

(1) La venerable María de Jesus, fundadora del convento llamado de la Imágen, en Alcalá de Henares, que es tambien de carmelitas descalzas.

tra Señora, y mandóla lo hiciese: hacíame tantas ventajas en servir á el Señor, que yo habia vergüenza de estar delante de ella. Mostróme los despachos que traia de Roma, y en quince dias que estuvo conmigo, dimos órden en cómo habíamos de hacer estos monasterios. Y hasta que yo la hablé, no habia venido á mi noticia, que nuestra regla ántes que se relajase, mandaba no se tuviese propio; ni yo estaba en fundarle sin renta, que iba mi intento á que no tuviésemos cuidado de lo que habíamos menester, y no miraba á los muchos cuidados que trae consigo tener propio. Esta bendita mujer, como la enseñaba el Señor, tenía bien entendido, con no saber leer, lo que yo, con tanto haber andado á leer las constituciones, ignoraba: y como me lo dijo, parecióme bien, aunque temí que no me lo habian de consentir, sino decir que hacía desatinos, y que no hiciese cosa que padeciesen otras por mí, que á ser yo sola, poco ni mucho me detuviera; ántes me era gran regalo pensar de guardar los consejos de Cristo Señor nuestro, porque grandes deseos de pobreza ya me los habia dado su Majestad.

Así, que para mí no dudaba de ser lo mejor, porque dias habia que deseaba fuera posible á mi estado andar pidiendo por amor de Dios, y no tener casa ni otra cosa; mas temia, que si á las demas no daba el Señor estos deseos, vivirian descontentas; y tambien no fuese causa de alguna distraccion, porque veia al-

gunos monasterios pobres no muy recogidos, y no miraba, que el no serlo era causa de ser pobres, y no la pobreza de la distraccion, porque esta no hace mas ricas, ni falta Dios jamás á quien le sirve: en fin tenia flaca la fe, lo que no hacia esta sierva de Dios. Como yo en todo tomaba tantos pareceres, casi á nadie hallaba de este parecer, ni confesor ni los letrados que trataba: traíanme tantas razones, que no sabia que hacer; porque como ya yo sabia era regla, y veia ser mas perfeccion, no podia persuadirme á tener renta. Y ya que algunas veces me tenian convencida, en tornando á la oracion, y mirando á Cristo en la cruz tan pobre y desnudo, no podia poner á paciencia ser rica: suplicábale con lágrimas lo ordenase de manera, que yo me viese pobre como Él. Hallaba tantos inconvenientes para tener renta, y veia ser tanta causa de inquietud, y aun distraccion, que no hacia sino disputar con los letrados. Escribílo al religioso dominico, que nos ayudaba: envióme escritos dos pliegos de contradiccion y teología, para que no lo hiciese, y así me lo decia, que lo habia estudiado mucho. Yo le respondí, que para no seguir mi llamamiento, y el voto que tenia hecho de pobreza, y los consejos de Cristo con toda perfeccion, que no queria aprovecharme de teología, ni con sus letras en este caso me hiciese merced. Si hallaba alguna persona que me ayudase, alegrábame mucho. Aquella señora con quien estaba, para esto me ayudaba mucho:

algunos luego al principio decíanme, que les parecia bien, despues, como mas lo miraban, hallaban tantos inconvenientes, que tornaban á poner mucho en que no lo hiciese. Decíales yo, que si ellos tan presto mudaban parecer, que yo al primero me queria llegar.

En este tiempo, por ruegos mios, porque esta señora no habia visto á el santo Fray Pedro de Alcántara, fué el Señor servido viniese á su casa, y como el que era bien amador de la pobreza, y tantos años la habia tenido, sabia bien la riqueza que en ella estaba, y así me ayudó mucho, y mandó, que en ninguna manera dejase de llevarlo muy adelante. Ya con este parecer y favor, como quien mejor lo podia dar, por tenerlo sabido por larga esperiencia, yo determiné no andar buscando otros.

Estando un dia mucho encomendándolo á Dios, me dijo el Señor, que en ninguna manera dejase de hacerle pobre, que esta era la voluntad de su Padre y suya, que Él me ayudaria. Fué con tan grandes efectos en un gran arrobamiento, que en ninguna manera pude tener duda de que era Dios. Otra vez me dijo, que en la renta estaba la confusion, y otras cosas en loor de la pobreza; y asegurándome, que á quien le servia no le faltaba lo necesario para vivir: y esta falta, como digo, nunca yo la temí por mí. Tambien volvió el Señor el corazon del presentado, digo del religioso dominico, de quien he dicho me

escribió no lo hiciese sin renta. Ya yo estaba muy contenta con haber entendido esto, y tener tales pareceres: no me parecia, sino que poseia toda la riqueza del mundo, en determinándome á vivir de por amor de Dios.

En este tiempo mi provincial me alzó el mandamiento y obediencia, que me habia puesto para estar allí, y dejó en mi voluntad, que si me quisiese ir, que pudiese, y si estar, tambien, por cierto tiempo; y en este habia de haber eleccion en mi monasterio, y avisáronme que muchas querian darme aquel cuidado de prelada; que para mí solo pensarlo era tan gran tormento, que á cualquier martirio me determinaba á pasar por Dios con facilidad, á este en ningun arte me podia persuadir. Porque dejado el trabajo grande, por ser muy muchas, y otras causas, de que yo nunca fuí amiga, ni de ningun oficio, antes siempre los habia rehusado, pareciame gran peligro para la conciencia, y así alabé á Dios de no me hallar allá. Escribí á mis amigas para que no me diesen voto.

Estando muy contenta de no me hallar en aquel ruido, díjome el Señor, que en ninguna manera deje de ir, que pues deseo cruz, que buena se me apareja, que no la deseche, que vaya con ánimo, que Él me ayudará, y que me fuese luego. Yo me fatigué mucho, y no hacia sino llorar, porque pensé que era la cruz ser prelada, y como digo, no podia persuadirme á que estaba bien á mi alma en ninguna mane-

ra, ni yo hallaba términos para ello. Contélo á mi confesor: mandóme que luego procurase ir, que claro estaba era mas perfeccion, y que, porque hacia gran calor, bastaba hallarme allá á su eleccion, que me estuviese unos dias, porque no me hiciese mal el camino. Mas el Señor, que tenia ordenado otra cosa, húbose de hacer; porque era tan grande el desasosiego que traia en mí, y el no poder tener oracion, y parecerme faltaba de lo que el Señor me habia mandado, y que, como estaba allí á mi placer y con regalo, no queria irme á ofrecer al trabajo, que todo era palabras con Dios, que porque pudiendo estar adonde era mas perfeccion, habia de dejarlo, que si me muriese, muriese; y con esto un apretamiento de alma, un quitarme el Señor todo el gusto en la oracion. En fin, yo estaba tal, que ya me era tormento tan grande, que supliqué á aquella señora tuviese por bien dejarme venir, porque ya mi confesor, como me vió así, me dijo, que me fuese, que tambien le movia Dios como á mí. Ella sentia tanto que la dejase, que era otro tormento, que le habia costado mucho acabarlo con el provincial, por muchas maneras de importunaciones.

Tuve por grandísima cosa querer venir en ello, segun lo que sentia; sino como era muy temerosa de Dios, y como le dije que se le podia hacer gran servicio, y otras hartas cosas, y díle esperanza, que era posible tornarla á ver; y así, con harta pena lo tuvo

por bien. Ya yo no la tenia de venirme, porque entendiendo yo era mas perfeccion una cosa, y servicio de Dios, con el contento que me da de contentarle, pasé la pena de dejar á aquella señora, que tanto la veia sentir, y otras personas á quien debia mucho, en especial á mi confesor, que era de la Compañía de Jesus, y hallábame muy bien con él: mas mientras mas veia que perdia de consuelo por el Señor, mas contento me daba perderlo. No podia entender como era esto, porque veia claro estos dos contrarios, holgarme y consolarme, y alegrarme de lo que me pesaba en el alma; porque yo estaba consolada y sosegada, y tenia lugar para tener muchas horas de oracion: veia que venia á meterme en un fuego, que ya el Señor me lo habia dicho, que venia á pasar gran cruz (aunque nunca yo pensé lo fuera tanto, como despues ví) y con todo venia ya alegre, y estaba deshecha de que no me ponia luego en la batalla, pues el Señor queria la tuviese, y así enviaba su Majestad el esfuerzo, y le ponia en mi flaqueza.

No podia, como digo, entender como podia ser esto: pensé esta comparacion; si poseyendo yo una joya, ó cosa que me da gran contento, ofréceseme saber, que la quiere una persona, que yo quiero mas que á mí, y deseo mas contentarla, que mi mismo descanso, dame gran contento quedarme sin ella, que me daba lo que poseia, por contentar á aquella persona; y como este contento de contentarla escede

á mi mismo contento, quítase la pena de la falta que me hace la joya, ó lo que amo, y de perder el contento que daba, de manera, que aunque queria tenerla, de ver que dejaba personas, que tanto sentian apartarse de mí, con ser yo de mi condicion tan agradecida, que bastara en otro tiempo á fatigarme mucho, y ahora aunque quisiera tener pena, no podia. Importó tanto el no me tardar un dia mas, para lo que tocaba el negocio de esta bendita casa, que yo no sé como pudiera concluirse, si entonces me detuviera. Oh grandeza de Dios! muchas veces me espanta cuando lo considero, y veo cuán particularmente queria su Majestad ayudarme, para que se efectuase este rinconcito de Dios, que yo creo lo es, y morada en que su Majestad se deleita; como una vez estando en oracion me dijo, que era esta casa paraiso de su deleite: y así parece ha su Majestad escogido las almas que ha traido á él, en cuya compañía yo vivo con harta, harta confusion. Porque yo no supiera desearlas tales para este propósito de tanta estrechura y pobreza y oracion, y llévanlo con una alegría y contento, que cada una se halla indina (1) de haber merecido venir á tal lugar; en especial algunas, que las llamó el Señor de mucha vanidad y gala del mundo, adonde pudieran estar contentas conforme á sus leyes, y háles dado el Señor tan doblados los conten-

(1) Por indigna. *(L. de L. y demas.)*

tos aquí, que claramente conocen haberles el Señor dado ciento por uno que dejaron, y no se hartan de dar gracias á su Majestad: otras ha mudado de bien en mejor. Á las de poca edad da fortaleza y conocimiento, para que no puedan desear otra cosa, y que entiendan es vivir en mayor descanso, aun para lo de acá, estar apartadas de todas las cosas de la vida. Á las que son de mas edad y con poca salud, da fuerzas, y se las ha dado para poder llevar la aspereza y penitencia que todas.

¡Oh Señor mio, como se os parece que sois poderoso! No es menester buscar razones para lo que Vos quereis, porque sobre toda razon natural haceis las cosas tan posibles, que dais á entender bien, que no es menester mas de amaros de veras, y dejarlo de veras todo por Vos, para que Vos, Señor mio, lo hagais todo fácil! Bien viene aquí decir, que fingís trabajo en vuestra ley, porque yo no lo veo, Señor, ni sé como es estrecho el camino que lleva á Vos. Camino real veo que es, que no senda: camino que quien de verdad se pone en él, va más seguro. Muy léjos están los puertos y rocas para caer; porque lo están de las ocasiones. Senda llamo yo, y ruin senda y angosto camino, el que de una parte está un valle muy hondo adonde caer, y de la otra un despeñadero; no se han descuidado, cuando se despeñan y se hacen pedazos. El que os ama de verdad, Bien mio, seguro va, por ancho camino y real; léjos está el des-

peñadero. No ha tropezado tantico, cuando le dais Vos, Señor, la mano. No basta una caida, y muchas, si os tiene amor, y no á las cosas del mundo, para perderse; va por el valle de la humildad. No puedo entender, que es lo que temen de ponerse en el camino de la perfeccion. El Señor, por quien es, nos dé á entender cuan mala es la seguridad en tan manifiestos peligros, como hay en andar con el hilo de la gente, y como está la verdadera seguridad en procurar ir muy adelante en el camino de Dios. Los ojos en Él, y no hayan miedo se ponga este sol de justicia, ni nos deje caminar de noche para que nos perdamos, si primero no le dejamos á Él. No temen andar entre leones, que cada uno parece que quiere llevar un pedazo, que son las honras y deleites y contentos semejantes, que llama el mundo, y acá parece hace el demonio temer de musarañas. Mil veces me espanto, y diez mil querria hartarme de llorar, y dar voces á todos para decir la gran ceguedad y maldad mia, por si aprovechase algo para que ellos abriesen los ojos. Ábraselos El que puede por su bondad, y no permita se me tornen á cegar á mí, amen.

CAPÍTULO XXXVI.

Prosigue en la materia comenzada, y dice cómo se acabó de concluir, y se fundó este monasterio del glorioso San José, y las grandes contradiciones y persecuciones, que, despues de tomar hábito las religiosas, hubo, y los grandes trabajos y tentaciones que ella pasó, y cómo de todo la sacó el Señor con victoria, y en gloria y alabanza suya.

Partida ya de aquella ciudad, venia muy contenta por el camino, determinándome á pasar todo lo que el Señor fuese servido, muy con toda voluntad. La noche misma que llegué á esta tierra, llegó nuestro despacho para el monasterio, y Breve de Roma, que yo me espanté, y se espantaron los que sabian la prisa que me habia dado el Señor á la venida, cuando supieron la gran necesidad que habia de ello, y á la coyuntura que el Señor me traia; porque hallé aquí al obispo, y al santo Fray Pedro de Alcántara, y á otro caballero muy siervo de Dios, en cuya casa este santo hombre posaba, que era persona adonde los

siervos de Dios hallaban espaldas y cabida (1). Entrambos á dos acabaron con el obispo admitiese el monasterio (2); que no fué poco, por ser pobre, sino que era tan amigo de personas, que veia así determinadas á servir al Señor, que luégo se aficionó á favorecerle; y el aprobarlo este santo viejo (3), y poner mucho con unos y con otros, en que nos ayudasen, fué el que lo hizo todo. Si no viniera á esta coyuntura, como ya he dicho, no puedo entender cómo pudiera hacerse, porque estuvo poco aquí este santo hombre (que no creo fueron ocho dias, y esos muy enfermo) y desde ha muy poco le llevó el Señor consigo. Parece que le habia guardado su Majestad hasta acabar este negocio, que habia muchos dias, no sé si más de dos años, que andaba muy malo.

Todo se hizo debajo de gran secreto, porque á no ser así, no sé si pudiera hacer nada, segun el pueblo estaba mal con ello, como se pareció despues. Ordenó el Señor, que estuviese malo un cuñado mio, y su mujer no aquí, y en tanta necesidad, que me dieron licencia para estar con él, y con esta ocasion no se entendió nada, aunque en algunas personas no

(1) El caballero Salcedo.

(2) Era obispo de Ávila D. Álvaro de Mendoza.

(3) «Verdaderamente es esta casa de San José, decia San Pedro Alcántara al ver el convento naciente, porque en ella se me representa el pequeño hospicio de Belen.»

dejaba de sospecharse algo, mas áun no lo creian. Fué cosa para espantar, y que no estuvo más malo de lo que fué menester para el negocio, y, en siendo menester, tuviese salud, para que yo me desocupase y él dejase desembarazada la casa, se la dió luégo el Señor, que él estaba maravillado. Pasé harto trabajo en procurar con unos y con otros que se admitiese, y con el enfermo, y con oficiales, para que se acabase la casa á mucha prisa, para que tuviese forma de monasterio; que faltaba mucho de acabarse; y mi compañera no estaba aquí, que nos pareció era mejor estar ausente, para más disimular, y yo veia que iba el todo en la brevedad por muchas causas; y la una era, porque cada hora temia me habian de mandar ir. Fueron tantas las cosas de trabajos que tuve, que me hizo pensar si era esta la cruz; aunque todavía me parecia era poco para la gran cruz, que yo habia entendido de el Señor, habia de pasar.

Pues todo concertado, fué el Señor servido, que dia de San Bartolomé tomaron hábito algunas, y se puso el Santísimo Sacramento; con toda autoridad y fuerza quedó hecho nuestro monasterio del gloriosísimo padre nuestro San José, año de 1562. Estuve yo á darles el hábito, y otras dos monjas de nuestra casa misma, que acertaron á estar fuera (1). Como

(1) Doña Inés y Doña Ana de Tapia, primas de Santa Teresa. Fueron testigos D. Gonzalo de Aranda, D. Francisco

en esta, que se hizo el monasterio, era la que estaba mi cuñado (que como he dicho, la habia el comprado por disimular mejor el negocio) con licencia estaba yo en ella, y no hacía cosa que no fuese con parecer de letrados, para no ir un punto contra obediencia, y como veian ser muy provechoso para toda la Orden, por muchas causas, que aunque iba con secreto y guardándome no lo supiesen mis prelados, me decian lo podia hacer, porque por muy poca imperfeccion que me dijeran era, mil monasterios me parece dejara, cuanto mas uno.

Esto es cierto, porque aunque lo deseaba, por apartarme mas de todo, y llevar mi profesion y llamamiento con mas perfeccion y encerramiento, de tal manera lo deseaba, que cuando entendiera era mas servicio del Señor dejarlo todo, lo hiciera, como lo hice la otra vez, con todo sosiego y paz. Pues fué para mí como estar en una gloria, ver poner el Santísimo Sacramento, y que se remediaron cuatro huérfanas pobres (1), porque no se tomaban con dote, y

---

Salcedo, el presbítero Julian de Avila, Juan de Ovalle y Doña Juana de Ahumada.

(1) Llamábanse Antonia de Enao, María de la Paz, Ursola de los Santos y María de Ávila. Mudaron los nombres, llamándose la primera Antonia del Espíritu Santo, la segunda María de la Cruz, la tercera conservó el apellido de los Santos, y la cuarta María de San José.

grandes siervas de Dios; que esto se pretendió al principio, que entrasen personas, que con su ejemplo fuesen fundamento, para que se pudiese el intento que llevábamos de mucha perfeccion y oracion efectuar, y hecha una obra, que tenia entendido era para el servicio de el Señor, y honra del hábito de su gloriosa Madre, que estas eran mis ansias. Y tambien me dió gran consuelo de haber hecho lo que tanto el Señor me habia mandado, y otra iglesia mas, en este lugar, de mi padre glorioso San José, que no la habia (1). No porque á mí me pareciese habia hecho en ello nada, que nunca me lo parecia ni parece, siempre entiendo lo hacia el Señor; y lo que era de mi parte, iba con tantas imperfecciones, que antes veo habia que me culpar, que no que me agradecer: mas érame gran regalo, ver que hubiese su Majestad tomádome por instrumento, siendo tan ruin, para tan grande obra; así que estuve con tan gran

(1) Notan oportunamente los padres Bolandistas, siguiendo á Emery, que antiguamente eran muy pocas las iglesias dedicadas al culto de San José. No solamente en Ávila y en Zamora, donde habia muchas parroquias, sino en Salamanca, donde hubo en tiempos mas de treinta, y otras muchas iglesias de monasterios y conventos, no habia ninguna iglesia dedicada á San José. Los carmelitas, á su salida de Palestina, trajeron al Occidente el culto de San José, pero Santa Teresa fué su gran propagadora.

contento, que estaba como fuera de mí con gran oracion.

Acabado todo, seria como desde á tres ó cuatro horas, me revolvió el demonio una batalla espiritual, como ahora diré. Púsome delante, si habia sido mal hecho, lo que habia hecho, si iba contra obediencia en haberlo procurado, sin que me lo mandase el provincial, que bien me parecia á mí le habia de ser algun disgusto, á causa de sujetarle al ordinario, por no se lo haber primero dicho; aunque como él no le habia querido admitir, y yo no la mudaba, tambien me parecia no se le daria nada por otra parte; y si habian de tener contento las que aquí estaban con tanta estrechura, si les habia de faltar de comer, si habia sido disparate, que quien me metia en esto, pues yo tenia monasterio. Todo lo que el Señor me habia mandado, y los muchos pareceres y oraciones, que habia mas de dos años que casi no cesaban, todo tan quitado de mi memoria, como si nunca hubiera sido: solo de mi parecer me acordaba, y todas las virtudes y la fe estaban en mí entonces suspendidas, sin tener yo fuerza para que ninguna obrase, ni me defendiese de tantos golpes. Tambien me ponia el demonio, que como me queria encerrar en casa tan estrecha, y con tantas enfermedades, que como habia de poder sufrir tanta penitencia, y dejaba casa tan grande, y deleitosa, y adonde tan contenta siempre habia estado, y tantas amigas; que quizá las de acá

no serian á mi gusto, que me habia obligado á mucho, que quizá estaria desesperada, y que por ventura habia pretendido esto el demonio para quitarme la paz y quietud, y que así no podria tener oracion, estando desasosegada, y perderia el alma. Cosas de esta hechura juntas me ponia delante, que no era en mi mano pensar en otra cosa; y con esto una afliccion y oscuridad y tinieblas en el alma, que yo no lo sé encarecer. De que me ví así, fuíme á ver el Santísimo Sacramento, aunque encomendarme á Él no podia: paréceme estaba con una congoja, como quien está en agonía de muerte. Tratarlo con nadie no habia de osar, porque aun confesor no tenia señalado.

Oh válame Dios, y que vida esta tan miserable! No hay contento seguro, ni cosa sin mudanza. Habia tan poquito, que no me parece trocara mi contento con ninguno de la tierra, y la misma causa de él me atormentaba ahora de tal suerte, que no sabia que hacer de mí. ¡Oh si mirásemos con advertencia las cosas de nuestra vida, cada uno veria por esperiencia en lo poco que se ha de tener contento, ni descontento de ella! Es cierto, que me parece que fué uno de los recios ratos que he pasado en mi vida: parece que adivinaba el espíritu lo mucho que estaba por pasar, aunque no llegó á ser tanto como esto si durara. Mas no dejó el Señor padecer á su pobre sierva, porque nunca en las tribulaciones me dejó de socorrer; y así

fué en esta, que me dió un poco de luz para ver que era demonio, y para que pudiese entender la verdad, y que todo era quererme espantar con mentiras: y así comencé á acordarme de mis grandes determinaciones de servir al Señor, y deseos de padecer por Él, y pensé que si habia de cumplirlos, que no habia de andar á procurar descanso, y que si tuviese trabajos, que eso era el merecer, y si descontento, como lo tomase por servir á Dios, me serviria de purgatorio: que de qué temia? que pues deseaba trabajos, que buenos eran estos, que en la mayor contradicion estaba la ganancia, que porque me habia de faltar ánimo para servir á quien tanto debia. Con estas y otras consideraciones, haciéndome gran fuerza, prometí delante del Santísimo Sacramento de hacer todo lo que pudiese para tener licencia de venirme á esta casa, y en pudiéndolo hacer con buena conciencia, prometer clausura. En haciendo esto, en un instante huyó el demonio, y me dejó sosegada y contenta, y lo quedé y lo he estado siempre, y todo lo que en esta casa se guarda de encerramiento, penitencia y lo demas, se me hace en extremo suave y poco. El contento es tan grandísimo, que pienso yo algunas veces, ¿qué pudiera escoger en la tierra que fuera mas sabroso? No sé si es esto parte para tener mucha mas salud que nunca, ó querer el Señor, por ser menester y razon que haga lo que todas, darme este consuelo, que pueda hacerlo, aunque con trabajo;

mas de el poder se espantan ls otd aaspersonas que saben mis enfermedades. Bendito sea Él que todo lo da y en cuyo poder se puede.

Quedé bien cansada de tal contienda, y riéndome de el demonio, que ví claro ser él. Creo lo permitió el Señor, porque yo nunca supe que cosa era descontento de ser monja, ni un momento, en veinte y ocho años y más, que ha que lo soy, para que entendiese la merced grande, que en esto me habia hecho, y de el tormento que me habia librado; y tambien para que si alguna viese lo estaba, no me espantase, y me apiadase de ella, y la supiese consolar. Pues pasado esto, queriendo despues de comer descansar un poco (porque en toda la noche no habia casi sosegado, ni en otras algunas dejado de tener trabajo y cuidado, y todos los dias bien cansada), como se habia sabido en mi monasterio y en la ciudad lo que estaba hecho, habia en él mucho alboroto, por las causas que ya he dicho, que parecia llevaban algun color. Luégo la prelada me envió á mandar, que á la hora me fuese allá. Yo en viendo su mandamiento, dejo mis monjas harto penadas, y voyme luégo. Bien ví que se me habian de ofrecer hartos trabajos, mas como ya quedaba hecho, muy poco se me daba. Hice oracion, suplicando al Señor me favoreciese, y á mi padre San José que me trajese á su casa, y ofrecíle lo que habia de pasar; y muy contenta se ofreciese algo en que yo padeciese por El, y le pudiese servir, me fuí, con te-

ner creido luégo me habian de echar en la cárcel: mas, á mi parecer, me diera mucho contento, por no hablar á nadie, y descansar un poco en soledad, de lo que yo estaba bien necesitada, porque me traia molida tanto andar con gente. Como llegué, y dí mi descuento á la prelada, aplacóse algo, y todas enviaron al provincial, y quedóse la causa para delante de él; y venido, fuí á juicio, con harto gran contento de ver que padecia algo por el Señor, porque contra su Majestad, ni la Orden, no hallaba haber ofendido nada en este caso, ántes procuraba aumentarla con todas mis fuerzas, y muriera de buena gana por ello, que todo mi deseo era que se cumpliese con toda perfeccion. Acordéme del juicio de Cristo, y ví cuan no nada era aquel. Hice mi culpa, como muy culpada, y así lo parecia á quien no sabía todas las causas. Despues de haberme hecho una grande reprension, aunque no con tanto rigor como merecia el delito, y lo que muchos decian al provincial, yo no quisiera disculparme, porque iba determinada á ello; ántes pedí me perdonase y castigase, y no estuviese desabrido conmigo.

En algunas cosas bien veia yo me condenaban sin culpa, porque me decian lo habia hecho porque me tuviesen en algo, y por ser nombrada, y otras semejantes; mas en otras claro entendia, que decian verdad, en que era yo más ruin que otras, y que pues no habia guardado la mucha religion que se llevaba

en aquella casa, como pensaba guardarla en otra con más rigor, que escandalizaba el pueblo y levantaba cosas nuevas. Todo no me hacía ningun alboroto ni pena, aunque yo mostraba tenerla, porque no pareciese tenía en poco lo que me decian. En fin, me mandó delante de las monjas diese descuento y húbelo de hacer: como yo tenía quietud en mí, y me ayudaba el Señor, dí mi descuento de manera, que no halló el provincial, ni las que allí estaban, por qué me condenar; y despues á solas le hablé más claro, y quedó muy satisfecho, y prometióme, si fuese adelante, en sosegándose la ciudad, de darme licencia que me fuese á él, porque el alboroto de toda la ciudad era tan grande, como ahora diré.

Desde á dos ó tres dias, juntáronse algunos de los regidores y corregidor, y de el cabildo, y todos juntos dijeron, que en ninguna manera se habia de consentir; que venía conocido daño á la república, y que habian de quitar el Santísimo Sacramento, y que en ninguna manera sufririan pasase adelante. Hicieron juntar todas las Ordenes, para que digan su parecer, de cada una dos letrados. Unos callaban, otros condenaban, en fin concluyeron, que luégo se deshiciese. Sólo un presentado de la Orden de Santo Domingo (aunque era contrario, no del monasterio, sino de que fuese pobre) dijo que no era cosa que así se habia de deshacer: que se mirase bien, que tiempo habia para ello, que este era caso del obispo, ó cosas de

esta arte, que hizo mucho provecho; porque, segun la furia, fué dicha no lo poner luégo por obra. Era en fin, que habia de ser, que era el Señor servido de ello, y podian todos poco contra su voluntad: daban sus razones y llevaban buen celo, y así sin ofender ellos á Dios hacíanme padecer, y á todas las personas que lo favorecian, que erán algunas, y pasaron mucha persecucion. Era tanto el alboroto del pueblo, que no se hablaba en otra cosa, y todos condenarme, é ir al provincial y á mi monasterio. Yo ninguna pena tenía de cuanto decian de mí, mas que sino lo dijeran, sino temor si se habia de deshacer: esto me daba gran pena, y ver que perdian crédito las personas que me ayudaban, y el mucho trabajo que pasaban, que de lo que decian de mí, ántes me parece me holgaba: y, si tuviera alguna fe, ninguna alteracion tuviera, sino que faltar algo en una virtud, basta á adormecerlas todas: y así estúve muy penada los dos dias que hubo estas juntas, que digo, en el pueblo, y estando bien fatigada, me dijo el Señor—«¿No sabes que soy poderoso? de qué temes?» y me aseguró que no se desharia: con esto quedé muy consolada. Enviaron al Consejo Real con su informacion, vino provision para que se diese relacion de cómo se habia hecho.

Héle aquí comenzado un gran pleito, porque de la ciudad fueron á la córte, y hubieron de ir de parte del monasterio, y no habia dineros, ni yo sabía qué

hacer: proveyólo el Señor, que nunca mi padre provincial me mandó dejase de entender en ello; porque es tan amigo de toda virtud, que aunque no ayudaba, no queria ser contra ello: no me dió licencia, hasta ver en lo que paraba, para venir acá. Estas siervas de Dios estaban solas, y hacian más con sus oraciones, que con cuanto yo andaba negociando, aunque fué menester harta diligencia. Algunas veces parecia que todo faltaba: en especial un dia ántes que viniese el provincial, que me mandó la priora no tratase en nada, y era dejarse todo. Yo me fuí á Dios, y díjele—Señor, esta casa no es mia, por Vos se ha hecho: ahora, que no hay nadie que negocie, hágalo vuestra Majestad. Quedaba tan descansada y tan sin pena, como si tuviera á todo el mundo que negociara por mí, y luégo tenía por seguro el negocio.

Un muy siervo de Dios, sacerdote, que siempre me habia ayudado, amigo de toda perfeccion, fué á la corte á entender en el negocio, y trabajaba mucho, y el caballero santo, de quien he hecho mencion, hacia en este caso muy mucho, y de todas maneras lo favorecia. Pasó hartos trabajos y persecucion, y siempre en todo le tenia por padre, y aun ahora le tengo: y en los que nos ayudaban ponia el Señor tanto fervor, que cada uno lo tomaba por cosa tan propia suya, como si en ello les fuera la vida y la honra, y no les iba mas de ser cosa en que á ellos les parecia se servia el Señor. Pareció claro ayudar su Majestad al

maestro, que he dicho, clérigo, que tambien era de los que mucho me ayudaban, á quien el obispo puso de su parte en una junta grande que se hizo, y él estaba solo contra todos, y en fin los aplacó con decirles ciertos medios, que fué harto para que se entretuviese: mas ninguno bastaba para que luego no tornasen á poner la vida, como dicen, en deshacerle. Este siervo de Dios, que digo, fué quién dió los hábitos, y puso el Santísimo Sacramento, y se vió en harta persecucion. Duró esta batería casi medio año, que decir los grandes trabajos, que se pasaron, por menudo, seria largo.

Espantábame yo de lo que ponia el demonio contra unas mujercitas, y como les parecia á todos era gran daño para el lugar solas doce mujeres y la priora, que no han de ser mas (digo á los que lo contradecian) y de vida tan estrecha; que ya que fuera daño ó yerro, es para sí mismas: mas daño á el lugar, no parece llevaba camino, y ellos hallaban tantos, que con buena conciencia lo contradecian (1). Ya vi-

(1) Segun los principios de derecho público eclesiástico, no se puede proceder á la fundacion de un monasterio, sin obtener préviamente el beneplácito de la autoridad civil, que debe vigilar sobre el modo con que se usa del derecho de asociacion, no para impedirlo á los buenos, sino para que no abusen los malos. A los institutos regulares, en especial mendicantes, hay que consultarles, para saber si el nuevo monas-

nieron á decir, que como tuviese renta pasarian por ello, y que fuese adelante. Yo estaba ya tan cansada de ver el trabajo de todos los que me ayudaban, mas que del mio, que me parecia no seria malo, hasta que se sosegasen, tener renta, y dejarla despues. Y otras veces como ruin é imperfecta, me parecia, que por ventura lo queria el Señor, pues sin ella no podíamos salir con ello, y venia ya en este concierto.

Estando la noche antes que se habia de tratar en oracion (y ya se habia comenzado el concierto) díjome el Señor, que no hiciese tal, que si comenzásemos á tener renta, que no nos dejarian despues que

---

terio puede perjudicarles á ellos, disminuyendo sus limosnas y recursos.

Á estas formalidades jurídicas se faltó en la fundacion de San José; y si bien lo habia mandado el mismo Dios, que como supremo legislador puede dispensar en todas las leyes, y mucho más en las meras formalidades de estas, con todo, no quiso relevar á la fundadora de las consecuencias de aquel hecho, que, en lo humano, parecia una infraccion de las leyes civil y canónica. Dios, que lo habia mandado, podia mover los corazones de las autoridades civiles y de los prelados religiosos á favor del pobre convento naciente, en vez de contrariarle; pero no quiso hacerlo al pronto, á fin de probar la constancia de Santa Teresa, y enseñarle así á la fundadora de tantos conventos la necesidad de respetar las leyes temporales. Ni estas entónces eran tan terminantes y conocidas, como hoy en dia, ni era fácil las supiera una pobre monja, atenta sólo á cumplir el mandamiento de Dios.

la dejásemos, y otras algunas cosas. La misma noche me apareció el Santo Fray Pedro Alcántara, que era ya muerto; y antes que muriese me escribió como supo la gran contradicion y persecucion, que teníamos, se holgaba fuese la fundacion con contradicion tan grande, que era señal se habia el Señor de servir muy mucho en este monasterio, pues el demonio tanto ponia en que no se hiciese, y que en ninguna manera viniese en tener renta (1). Y aun dos ó tres veces me persuadió en la carta, y que, como esto hiciese, ello vendria á hacerse todo como yo queria. Ya yo le habia visto otras dos veces despues que murió, y la gran gloria que tenia; y así no me hizo temor, antes me holgué mucho; porque siempre apa-

(1) Existe una carta de San Pedro Alcántara á Santa Teresa de Jesus exhortándola á que hiciera el monasterio sin renta y no se guiara para ello por el dictado de letrados, sino de personas piadosas; pero no habla de estas contradicciones. La fecha de la carta es del 14 de Abril de 1562, estando entónces San Pedro de Alcántara en Avila en casa del caballero Salcedo, y Santa Teresa en Toledo, en casa de Doña Luisa de la Cerda, preparándose para regresar á Avila. Entónces no habia principiado aún la contradiccion por parte de la ciudad. Infiérese pues, que es otra carta posterior de San Pedro Alcántara á la que Santa Teresa se refiere aquí. La carta de San Pedro Alcántara del 14 de Abril, ya citada, se puede ver al final de este tomo con los demas documentos relativos á Santa Teresa.

recia como cuerpo glorificado, lleno de mucha gloria, y dábamela muy grandísima verle. Acuérdome que me dijo la primera vez que le ví, entre otras cosas, diciéndome lo mucho que gozaba, ¡qué dichosa penitencia habia sido la que habia hecho, que tanto premio habia alcanzado! Porque ya creo tengo dicho algo de esto, no digo aquí mas de como esta vez me mostró rigor, y solo me dijo que en ninguna manera tomase renta, y que porque no queria tomar su consejo, y desapareció luego. Yo quedé espantada, y luego otro dia dije al caballero (que era á quien en todo acudia, como el que mas en ello hacia) lo que pasaba, y que no se concertase en ninguna manera tener renta, sino que fuese adelante el pleito. Él estaba en esto mucho mas fuerte que yo, y holgóse mucho: despues me dijo cuán de mala gana hablaba en el concierto.

Despues se tornó á levantar otra persona, y sierva de Dios harto, y con buen celo: ya que estaba en buenos términos, decia se pusiese en manos de letrados. Aquí tuve hartos desasosiegos: porque algunos de los que me ayudaban venian en esto, y fué esta maraña que hizo el demonio, de la mas mala digestion de todas.

En todo me ayudó el Señor, que así dicho en suma no se puede bien dar á entender lo que se pasó en dos años que se estuvo comenzada esta casa, hasta que se acabó: este medio postrero, y lo primero, fué

lo más trabajoso. Pues aplacada ya algo la ciudad, dióse tan buena maña el padre presentado dominico que nos ayudaba, aunque no estaba presente; mas habíale traido el Señor á un tiempo, que nos hizo harto bien, y pareció haberle su Majestad para sólo este fin traido, que me dijo él despues, que no habia tenido para qué venir, sino que acaso lo habia sabido. Estuvo lo que fué menester: tornando á ir, procuró por algunas vías, que nos diese licencia nuestro padre provincial para venir yo á esta casa con otras algunas conmigo (que parecia casi imposible darla tan en breve) para hacer el oficio y enseñar á las que estaban: fué grandísimo consuelo para mí el dia que vinimos. Estando haciendo oracion en la iglesia, ántes que entrase en el monasterio, estando casi en arrobamiento, vi á Cristo, que con grande amor me pareció me recibia, y ponia una corona, y agradeciéndome lo que habia hecho por su Madre.

Otra vez estando todas en el coro en oracion, despues de Completas, vi á nuestra Señora con grandísima gloria, con manto blanco, y debajo de él parecia ampararnos á todas: entendí cuán alto grado de gloria daria el Señor á las de esta casa. Comenzado á hacer el oficio, era mucha la devocion que el pueblo comenzó á tener con esta casa: tomáronse más monjas, y comenzó el Señor á mover á los que más nos habian perseguido, para que mucho nos favoreciesen y hiciesen limosna, y así aprobaban lo que tanto ha-

bian reprobado, y poco á poco se dejaron del pleito, y decian que ya entendian ser obra de Dios, pues con tanta contradiccion su Majestad habia querido fuese adelante. Y no hay al presente nadie, que le parezca fuera acertado dejarse de hacer, y así tienen tanta cuenta con proveernos de limosna, que sin haber demanda, ni pedir á nadie, los despierta el Señor, para que nos la envien, y pasamos sin que nos falte lo necesario, y espero en el Señor será así siempre; que, como son pocas, si hacen lo que deben, como su Majestad ahora les da gracia para hacerlo, segura estoy que no les faltará, ni habrán menester ser cansosas, ni importunar á nadie, que el Señor se tendrá cuidado como hasta aquí, que es para mí grandísimo consuelo de verme aquí metida con almas tan desasidas. Su trato es entender como irán adelante en el servicio de Dios. La soledad es su consuelo, y pensar de ver á nadie, que no sea para ayudarlas á encender mas en el amor de su Esposo, les es trabajo, aunque sean muy deudos. Y así no viene nadie á esta casa, sino quien trata de esto, porque ni las contenta, ni los contentan: no es su lenguaje otro sino hablar de Dios, y así no entienden, ni las entiende, sino quien habla el mismo. Guardamos la regla de nuestra Señora del Cármen, y cumplida esta sin relajacion, sino como la ordenó Fray Hugo cardenal de Santa Sabina, que fué dado á M.CC.XLVIII años, en el año quinto del pontificado del papa Inocencio Cuarto. Me parece

serán bien empleados todos los trabajos que se han pasado. Ahora aunque tiene algun rigor, porque no se come jamás carne sin necesidad, y ayuno de ocho meses, y otras cosas, como se vé en la misma primera regla, en muchas aun se les hace poco á las hermanas, y guardan otras cosas, que para cumplir esta con más perfeccion, nos han parecido necesarias, y espero en el Señor ha de ir muy adelante lo comenzado, como su Majestad me lo ha dicho. La otra casa, que la beata que dije procuraba hacer, tambien la favoreció el Señor, y está hecha en Alcalá, y no le faltó harta contradicion, ni dejó de pasar trabajos grandes. Sé que se guarda en ella toda religion, conforme á esta primera regla nuestra. Plega al Señor sea todo para gloria y alabanza suya, y de la gloriosa Vírgen María, cuyo hábito traemos: amen.

Creo se enfadará vuesa merced de la larga relacion que he dado de este monasterio, y va muy corta para los muchos trabajos y maravillas, que el Señor en esto ha obrado, que hay de ello muchos testigos que lo podrán jurar; y así pido yo á vuesa merced, por amor de Dios, que si le pareciere romper lo demas que aquí va escrito, lo que toca á este monasterio vuesa merced lo guarde, y muerta yo lo dé á las hermanas que aquí estuvieren, que animará mucho para servir á Dios las que vinieren, y á procurar no caiga lo comenzado, sino que vaya siempre adelante, cuando vean lo mucho que puso su Majestad en ha-

cerla, por medio de cosa tan ruin y baja como yo. Y pues el Señor tan particularmente se ha querido mostrar en favorecer, para que se hiciese, paréceme á mí que hará mucho mal, y será muy castigada de Dios, la que comenzáre á relajar la perfeccion, que aquí el Señor ha comenzado y favorecido, para que se lleve con tanta suavidad, que se ve muy bien es tolerable, y se puede llevar con descanso, y el gran aparejo que hay para vivir siempre en él, las que á solas quisieren gozar de su esposo Cristo; que esto es siempre lo que han de pretender, y solas con Él solo, y no ser más de trece: porque esto tengo por muchos pareceres sabido que conviene, y visto por esperiencia, que para llevar el espíritu, que se lleva, y vivir de limosna y sin demanda, no se sufre más. Y siempre crean mas á quien con trabajos muchos, y oracion de muchas personas, procuró lo que sería mejor: y en el gran contento y alegría y poco trabajo, que en estos años, que há que estamos en esta casa, vemos tener todas, y con mucha más salud que solian, se verá ser esto lo que conviene. Y quien le pareciere áspero, eche la culpa á su falta de espíritu, y no á lo que aquí se guarda, pues personas delicadas y no sanas, porque le tienen, con tanta suavidad lo pueden llevar; y váyanse á otro monasterio, adonde se salvarán conforme á su espíritu.

CAPÍTULO XXXVII.

Trata de los efectos que le quedaban, cuando el Señor le habia hecho alguna merced: junta con esto harto buena doctrina. Dice cómo se ha de procurar, y tener en mucho ganar algun grado mas de gloria, y que por ningun trabajo dejemos bienes que son perpétuos.

De mal se me hace decir mas de las mercedes, que me ha hecho el Señor, de las dichas, y aun son demasiadas, para que se crea haberlas hecho á persona tan ruin; mas por obedecer al Señor, que me lo ha mandado y á vuesas mercedes, diré algunas cosas para gloria suya. Plega á su Majestad sea para aprovechar á algun alma, ver que á una cosa tan miserable ha querido el Señor así favorecer (¡qué hará á quien le hubiere de verdad servido!) y se animen todos á contentar á su Majestad, pues aun en esta vida da tales prendas. Lo primero, háse de entender, que en estas mercedes, que hace Dios á el alma, hay mas y menos gloria, porque en algunas visiones escede tanto la gloria y gusto, y consuelo á el que da

en otras, que yo me espanto de tanta diferencia de gozar, aun en esta vida; porque acaece ser tanta la diferencia que hay de un gusto y regalo, que da Dios en una vision ó en un arrobamiento, que parece no es posible poder haber mas acá que desear, y así el alma no lo desea, ni pediria mas contento. Aunque despues que el Señor me ha dado á entender la diferencia que hay en el cielo, de lo que gozan unos á lo que gozan otros, cuán grande es, bien veo, que tambien acá no hay tasa en el dar, cuando el Señor es servido, y así no querria yo la hubiese en servir ya á su Majestad, y emplear toda mi vida y fuerzas y salud en esto, y no querria por mi culpa perder un tantito de mas gozar. Y digo así, que si me dijesen cual quiero mas, estar con todos los trabajos del mundo hasta el fin de él, y despues subir un poquito mas en gloria, ó sin ninguno irme á un poco de gloria mas baja, que de muy buena gana tomaria todos los trabajos por un tantito de gozar mas de entender las grandezas de Dios; pues veo quien mas lo entiende, mas le ama y le alaba. No digo que me contentaria y tendria por muy venturosa de estar en el cielo, aunque fuese en el mas bajo lugar, pues quien tal le tenia en el infierno, harta misericordia me haria en esto el Señor, y plegue á su Majestad vaya yo allá, y no mire á mis grandes pecados. Lo que digo es, que aunque fuese á muy gran costa mia, si pudiese, que el Señor me diese gracia para trabajar mucho, no

querria por mi culpa perder nada. ¡Miserable de mí, que con tantas culpas lo tenia perdido todo!

Hase de notar tambien, que en cada merced, que el Señor me hacia, de vision ó revelacion, quedaba mi alma con alguna gran ganancia; y con algunas visiones quedaba con muy muchas. De ver á Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura, y la tengo hoy dia; porque para esto bastaba sola una vez, cuanto mas tantas como el Señor me hace esta merced. Quedé con un provecho grandísimo, y fué este: tenia una grandísima falta, de donde me vinieron grandes daños, y era esta; que como comenzaba á entender que una persona me tenia voluntad, y si me caia en gracia, me aficionaba tanto, que me ataba en gran manera la memoria á pensar en él, aunque no era con intencion de ofender á Dios; mas holgábame de verle, y de pensar en él, y en las cosas buenas que le veia: era cosa tan dañosa, que me traia el alma harto perdida. Despues que ví la gran hermosura del Señor, no veia á nadie, que en su comparacion me pareciese bien ni me ocupase, que con poner un poco los ojos de la consideracion en la imágen, que tengo en mi alma, he quedado con tanta libertad en esto, que despues acá todo lo que veo me parece hace asco en comparacion de las escelencias y gracias, que en este Señor veia: ni hay saber, ni manera de regalo, que yo estime en nada, en comparacion del que es oir sola una palabra dicha de aquella divina

boca, cuanto mas tantas. Y tengo yo por imposible, si el Señor por mis pecados no permite se me quite esta memoria, podérmela nadie ocupar, de suerte, que con un poquito de tornarme á acordar de este Señor no quede libre. Acaecióme con algun confesor, que siempre quiero mucho á los que gobiernan mi alma. Como los tomo en lugar de Dios tan de verdad, paréceme que es siempre donde mi voluntad mas se emplea, y como yo andaba con seguridad, mostrábales gracia; ellos como temerosos y siervos de Dios, temíanse no me asiese en alguna manera, y me atase á quererlos, aunque santamente, y mostrábanme desgracia. Esto era despues que yo estaba tan sujeta á obedecerlos, que antes no los cobraba ese amor.

Yo me reia entre mí de ver cuan engañados estaban, aunque no todas veces trataba tan claro lo poco que me ataba á nadie, como lo tenia en mí, mas asegurábalos, y tratándome mas, conocian lo que debia á el Señor, que estas sospechas, que traian de mí, siempre eran á los principios. Comenzóme mucho mayor amor, y confianza de este Señor en viéndole, como con quien tenia conversacion tan continua. Veia que aunque era Dios, que era hombre, que no se espanta de las flaquezas de los hombres, que entiende nuestra miserable compostura sujeta á muchas caidas, por el primer pecado que él habia venido á reparar. Puedo tratar como con amigo, aunque es Señor, porque entiendo no es como los que acá

tenemos por señores, que todo el señorío ponen en autoridades postizas. Ha de haber hora de hablar, y señaladas personas que les hablen; si es algun pobrecito, que tiene algun negocio, mas rodeos y favores y trabajos le ha de costar tratarlo ¡Oh qué si es con el rey! Aquí no hay tocar gente pobre, y no caballerosa, sino preguntar quien son los más privados; y á buen seguro, que no sean personas que tengan al mundo debajo de los piés, porque estos hablan verdades, que no temen ni deben: no son para palacio, que allí no se deben usar, sino callar lo que mal les parece, que aun pensarlo no deben osar, por no ser desfavorecidos.

¡Oh Rey de gloria, y Señor de todos los reyes, como no es vuestro reino armado de palillos, pues no tiene fin! ¡Cómo no son menester terceros para vos! Con mirar vuestra persona, se ve luego que sois solo el que mereceis que os llamen Señor. Segun la majestad mostrais, no es menester gente de acompañamiento, ni de guarda, para que conozcan que sois Rey; porque acá un rey solo, mal se conocerá por sí: aunque él más quiera ser conocido por rey, no le creerán, que no tiene mas que los otros; es menester que se vea por qué lo creer. Y así es razon tenga estas autoridades postizas, porque si no las tuviese, no le tendrian en nada; porque no sale de sí el parecer poderoso, de otros le ha de venir la autoridad. ¡Oh Señor mio! Oh Rey mio! ¿Quién supiera ahora repre-

sentar la majestad que teneis? Es imposible dejar de ver que sois grande Emperador en Vos mismo, que espanta mirar esta majestad: mas, mas espanta, Señor mio, mirar con ella vuestra humildad, y el amor que mostrais á una como yo. En todo se puede tratar y hablar con Vos como quisiéremos, perdido el primer espanto, y temor de ver vuestra majestad, con quedar mayor para no ofenderos, mas no por miedo del castigo, Señor mio, porque este no se tiene en nada, en comparacion de no perderos á Vos. Hela aquí los provechos de esta vision, sin otros grandes que deja en el alma, si es de Dios, entiéndese por los efectos, cuando el alma tiene luz, porque como muchas veces he dicho, quiere el Señor que esté en tinieblas, y que no vea esta luz, y así no es mucho tema la que se ve tan ruin como yo.

No ha mas que ahora, que me ha acaecido estar ocho dias, que no parece habia en mí, ni podia tener conocimiento de lo que debo á Dios, ni acuerdo de las mercedes, sino tan embobada el alma, y puesta no sé en qué, ni cómo, no en malos pensamientos, mas para los buenos estaba tan inhábil, que me reia de mí, y gustaba de ver la bajeza de un alma, cuando no anda Dios siempre obrando en ella. Bien ve que no está sin Él en este estado, que no es como los grandes trabajos que he dicho tengo algunas veces; mas aunque pone leña, y hace eso poco que puede de su parte, no hay arder el fuego de amor de Dios.

Harta misericordia suya es, que se ve el humo, para entender que no está del todo muerto: torna el Señor á encender, que entonces un alma, aunque se quiebre la cabeza en soplar, y en concertar los leños, parece que todo lo ahoga mas. Creo es lo mejor rendirse del todo á que no puede nada por sí sola, y entender en otras cosas, como he dicho, meritorias; porque por ventura la quita el Señor la oracion, para que entienda en ellas, y conozca por esperiencia lo poco que puede por sí.

Es cierto; que yo me he regalado hoy con el Señor, y atrevido á quejarme de su Majestad, y le he dicho—¿Cómo, Dios mio, qué no basta que me teneis en esta miserable vida, y que por amor de Vos paso por ello, y quiero vivir adonde todo es embarazos para no gozaros, sino que he de comer y dormir y negociar y tratar con todos, y todo lo paso por amor de Vos? Pues bien sabeis, Señor mio, que me es tormento grandísimo, y que tan poquitos ratos como me quedan ahora de Vos, os me escondeis. Cómo se compadece esto en vuestra misericordia? Cómo lo puede sufrir el amor que me teneis? Creo, Señor, que si fuera posible poderme esconder yo de Vos, como Vos de mí, que pienso, y creo del amor que me teneis, que no lo sufriérades: mas estaisos Vos conmigo, y véisme siempre; no se sufre esto, Señor mio, suplícoos mireis, que se hace agravio á quien tanto os ama. Esto, y otras cosas me ha acae-

cido decir, entendiendo primero como era piadoso el lugar que tenia en el infierno para lo que merecia; mas algunas veces desatina tanto el amor, que no me siento, sino que en todo mi seso doy estas quejas, y todo me lo sufre el Señor: alabado sea tan buen Rey. Llegáramos á los de la tierra con estos atrevimientos? Aun ya el rey no me maravillo que no se ose hablar, que es razon se tema, y á los señores que representan ser cabezas; mas está ya el mundo de manera, que habian de ser más largas las vidas, para deprender los puntos y novedades y maneras que hay de crianza, si han de gastar algo de ella en servir á Dios: yo me santiguo de ver lo que pasa. El caso es, que ya yo no sabia cómo vivir cuando aquí me metí; porque no se toma de burla cuando hay descuido en tratar con las gentes mucho más que merecen, sino que tan de veras lo toman por afrenta, que es menester hacer satisfacciones de vuestra intencion, si hay, como digo, descuido, y áun plega á Dios lo crean.

Torno á decir, que cierto yo no sabia cómo vivir, porque se ve una pobre de alma fatigada. Ve que la mandan que ocupe siempre el pensamiento en Dios, y que es necesario traerle en Él para librarse de muchos peligros. Por otro cabo ve que no cumple perder punto en puntos del mundo, so pena de no dejar de dar ocasion á que se tienten los que tienen su honra puesta en estos puntos. Traíame fatigada, y nunca acababa de hacer satisfacciones, porque no podia,

aunque lo estudiaba, dejar de hacer muchas faltas en esto, que, como digo, no se tiene en el mundo por pequeña.

Y ¿es verdad, que en las religiones (que de razon habíamos en estos casos de estar disculpados) hay disculpa? no, que dicen que los monasterios ha de ser corte de crianza, y de saberla. Yo cierto que no puedo entender esto. He pensado si dijo algun santo, que habia de ser corte para enseñar á los que quisiesen ser cortesanos del cielo, y lo han entendido al revés; porque traer este cuidado, quien es razon lo traiga continuo en contentar á Dios, y aborrecer el mundo, que le pueda traer tan grande en contentar á los que viven en él, en estas cosas que tantas veces se mudan, no sé cómo. Aun si se pudieran deprender de una vez, pasará, más aun para títulos de cartas es ya menester haya cátedra adonde se lea cómo se ha de hacer, á manera de decir, porque ya se deja papel de una parte, ya de otra, y, á quien no se solia poner magnífico, háse de poner ilustre (1). Yo no sé en que ha de parar, porque aun no he yo cincuenta años, y en

(1) Para evitar esos abusos y necedades, de que se lamentaba ya en su tiempo santa Teresa con harta razon, se vió precisado Felipe II á regularizar los tratamientos por una pragmática que dió pocos años despues (8 de Octubre de 1586). Quéjase en ella de la mucha desórden, exceso y desigualdad que en esto habia. (Ley 1.ª, tít. XII, lib. 6.° de la Novísima Recopilacion.)

lo que he vivido he visto tantas mudanzas, que no sé vivir. Pues los que ahora nacen, y vivieren muchos, qué han de hacer? Por cierto yo he lástima á gente espiritual, que está obligada á estar en el mundo, por algunos santos fines, que es terrible la cruz que en esto llevan. Si se pudiesen concertar todos, y hacerse ignorantes, y querer que los tengan por tales en estas ciencias, de mucho trabajo se quitarian. Mas ¡en qué boberías me he metido! por tratar en las grandezas de Dios, he venido á hablar de las bajezas del mundo. Pues el Señor me ha hecho merced en haberle dejado, quiero ya salir de él: allá se avengan los que sustentan con tanto trabajo estas naderías. Plega á Dios que en la otra vida, que es sin mudanzas, no las paguemos: amen.

CAPÍTULO XXXVIII.

En que trata de algunas grandes mercedes que el Señor la hizo, así en mostrarle algunos secretos del cielo, como otras grandes visiones y revelaciones, que su Majestad tuvo por bien viese: dice los efectos con que la dejaban, y el gran aprovechamiento que quedaba en su alma.

Estando una noche tan mala, que queria excusarme de tener oracion, tomé un rosario por ocuparme vocalmente, procurando no recoger el entendimiento, aunque en lo exterior estaba recogida en un oratorio: cuando el Señor quiere, poco aprovechan estas diligencias. Estuve así bien poco, y vínome un arrobamiento de espíritu con tanto ímpetu, que no hubo poder resistir. Parecíame estar metida en el cielo, y las primeras personas que allá vi, fué á mi padre y madre, y tan grandes cosas en tan breve espacio, como se podria decir un Ave María, que yo quedé bien fuera de mí, pareciéndome muy demasiada merced. Esto de en tan breve tiempo, ya puede ser fuese más, sino que se hace muy poco. Temí no fuese alguna ilu-

sion, puesto que no me lo parecia: no sabia que hacer, porque habia gran vergüenza de ir al confesor con esto; y no por humilde á mi parecer, sino porque me parecia habia de burlar de mí, y decir, que—¿qué san Pablo para ver cosas del cielo, ó san Jerónimo? Y por haber tenido estos santos gloriosos cosas de estas, me hacia más temor á mí, y no hacía sino llorar mucho, porque no me parecia llevaba ningun camino. En fin, aunque más sentí, fuí á el confesor, porque callar cosa jamás osaba, aunque más sintiese en decirla, por el gran miedo que tenia de ser engañada. Él, como me vió tan fatigada, me consoló mucho, y dijo hartas cosas buenas para quitarme de pena.

Andando mas el tiempo me ha acaecido, y acaece esto algunas veces: íbame el Señor mostrando más grandes secretos, porque querer ver el alma más de lo que se le presenta, no hay ningun remedio, ni es posible; y así no veia más de lo que cada vez queria el Señor mostrarme. Era tanto, que lo ménos bastaba para quedar espantada, y muy aprovechada el alma, para estimar y tener en poco todas las cosas de la vida. Quisiera yo poder dar á entender algo de lo ménos que entendia, y pensando como pueda ser, hallo que es imposible; porque en solo la diferencia que hay de esta luz que vemos, á la que allá se representa, siendo todo luz, no hay comparacion, porque la claridad de el sol parece cosa muy disgustada.

En fin, no alcanza la imaginacion, por muy sutil que sea, á pintar ni trazar como será esta luz, ni ninguna cosa de las que el Señor me daba á entender, con un deleite tan soberano, que no se puede decir; porque todos los sentidos gozan en tan alto grado y suavidad, que ello no se puede encarecer, y así es mejor no decir más.

Habia una vez estado así más de una hora, mostrándome el Señor cosas admirables, que no me parece se quitaba de cabe mí. Díjome—«Mira hija, que pierden los que son contra mí, no dejes de decírselo. ¡Ay Señor mio, y que poco aprovecha mi dicho á los que sus hechos los tienen ciegos, si vuestra Majestad no les da luz! A algunas personas, que vos la habeis dado, aprovechado se han de saber vuestras grandezas, mas vénlas, Señor mio, mostradas á cosa tan ruin y miserable, que tengo yo en mucho que haya habido nadie que me crea. Bendito sea vuestro nombre y misericordia, que á lo ménos yo conocida mejoría he visto en mi alma. Despues quisiera ella estarse siempre allí, y no tornar á vivir, porque fué grande el desprecio que me quedó de todo lo de acá: parecíame basura, y veo yo cuán bajamente nos ocupamos los que nos detenemos en ello.

Cuando estaba con aquella señora, que he dicho, me acaeció una vez estando yo mala del corazon (porque como he dicho, le he tenido recio, aunque ya no lo es) como era de mucha caridad, hízome sa-

car joyas de oro y piedras, que las tenia de gran valor; en especial una de diamantes, que apreciaba en mucho .Ella pensó que me alegráran; yo estaba riéndome entre mí, y habiendo lástima de ver lo que estiman los hombres, acordándome de lo que nos tiene guardado el Señor, y pensaba cuán imposible me seria, aunque yo conmigo misma lo quisiese procurar, tener en algo aquellas cosas, si el Señor no me quitaba la memoria de otras. Esto es un gran señorío para el alma, tan grande, que no sé si lo entenderá sino quien lo posee; porque es el propio y natural desasimiento, porque es sin trabajo nuestro: todo lo hace Dios, que muestra su Majestad estas verdades de manera, que quedan tan imprimidas, que se ve claro, no lo pudiéramos por nosotros de aquella manera en tan breve tiempo adquirir. Quedóme tambien poco miedo á la muerte, á quien yo siempre temia mucho: ahora paréceme facilísima cosa para quien sirve á Dios, porque en un momento se ve el alma libre de esta cárcel, y puesta en descanso. Que este llevar Dios el espíritu, y mostrarle cosas tan excelentes en estos arrebatamientos, paréceme á mí conforma mucho á cuando sale un alma del cuerpo, que en un instante se ve en todo este Bien. Dejemos los dolores de cuando se arranca, que hay poco caso que hacer de ellos, y los que de veras amaren á Dios, y hubieren dado de mano á las cosas de esta vida, más suavemente deben morir.

Tambien me parece me aprovechó mucho para conocer nuestra verdadera tierra, y ver que somos acá peregrinos; y es gran cosa ver lo que hay allá, y saber adonde hemos de vivir: porque si uno ha de ir á vivir de asiento á una tierra, esle gran ayuda para pasar el trabajo del camino, haber visto que es tierra donde ha de estar muy á su descanso, y tambien para considerar las cosas celestiales, y procurar que nuestra conversacion sea allá, hácese con facilidad. Esto es mucha ganancia; porque solo mirar al cielo recoge el alma; porque como ha querido el Señor mostrar algo de lo que hay allá, estáse pensando y acaece algunas veces ser los que me acompañan, y con los que me consuelo, los que sé que allá viven, y parecerme aquellos verdaderamente los vivos, y los que acá viven tan muertos, que todo el mundo me parece no me hace compañía, en especial cuando tengo aquellos ímpetus. Todo me parece sueño, y que es burla lo que veo con los ojos del cuerpo: lo que ya he visto con los del alma, es lo que ella desea, y como se ve lejos, este es el morir. En fin, es grandísima merced, que el Señor hace, á quien da semejantes visiones, porque la ayuda mucho, y tambien á llevar una pesada cruz, porque todo no le satisface, todo le da en rostro; y si el Señor no permitiese á veces se olvidase, aunque se torna á acordar, no sé cómo se podria vivir. Bendito sea y alabado por siempre jamás. Plega á su Majestad por la sangre que su

Hijo derramó por mí, que ya que ha querido entienda algo de tan grandes bienes, y que comience en alguna manera á gozar de ellos, no me acaezca lo que á Lucifer, que por su culpa lo perdió todo. No lo permita por quien Él es, que no tengo temor algunas veces, aunque por otra parte, y lo muy ordinario, la misericordia de Dios me pone seguridad, que pues me ha sacado de tantos pecados, no querrá dejarme de su mano, para que me pierda. Esto suplico yo á vuesa merced siempre lo suplique.

Pues no son tan grandes las mercedes dichas, á mi parecer, como esta que ahora diré, por muchas causas, y grandes bienes que de ella me quedaron, y gran fortaleza en el alma, aunque, mirada cada cosa por sí, es tan grande que no hay que comparar. Estaba un dia víspera del Espíritu Santo despues de misa: fuíme á una parte bien apartada, adonde yo rezaba muchas veces, y comencé á leer en un Cartujano esta fiesta, y leyendo las señales que han de tener los que comienzan, y aprovechan, y los perfectos, para entender está con ellos el Espíritu Santo: leidos estos tres estados, parecióme por la bondad de Dios, que no dejaba de estar conmigo, á lo que yo podía entender. Estándole alabando, y acordándome de otra vez que lo habia leido, que estaba bien falta de todo aquello, que lo veia yo muy bien así, como ahora entendia lo contrario de mí, y así conocí era merced grande lo que el Señor me habia hecho; y así comen-

cé á considerar el lugar que tenia en el infierno merecido por mis pecados, y daba muchos loores á Dios, porque no me parecia conocia mi alma, segun la veia trocada. Estando en esta consideracion, dióme un ímpetu grande, sin entender yo la ocasion: parecia que el alma se me queria salir del cuerpo, porque no cabia en ella, ni se hallaba capaz de esperar tanto bien. Era ímpetu tan escesivo, que no me podia valer, y á mi parecer diferente de otras veces, ni entendia qué habia el alma, ni qué queria, que tan alterada estaba. Arriméme, que aun sentada no podia estar, porque la fuerza natural me faltaba toda.

Estando en esto, veo sobre mi cabeza una paloma, bien diferente de las de acá, porque no tenía estas plumas, sino las alas de unas conchicas, que echaban de sí gran resplandor. Era grande más que paloma: paréceme que oia el ruido, que hacía con las alas. Estaria aleando espacio de un Ave María. Ya el alma estaba de tal suerte, que perdiéndose á sí de sí, la perdió de vista. Sosegóse el espíritu con tan buen huésped, que segun mi parecer, la merced tan maravillosa le debia de desasosegar y espantar, y como comenzó á gozarla, quitósele el miedo, y comenzó la quietud con el gozo, quedando en arrobamiento. Fué grandísima la gloria de este arrobamiento: quedé lo más de la pascua tan embobada y tonta, que no sabia qué me hacer, ni cómo cabia en mí tan gran favor y merced. No oia ni veia, á manera de

decir, con gran gozo interior. Desde aquel dia entendí quedar con grandísimo aprovechamiento en mas subido amor de Dios, y las virtudes muy mas fortalecidas. Sea bendito y alabado por siempre, amen.

Otra vez ví la misma paloma sobre la cabeza de un padre de la Orden de Santo Domingo (salvo que me pareció los rayos y los resplandores de las mismas alas, que se estendian mucho mas): dióseme á entender habia de traer almas á Dios.

Otra vez ví estar á Nuestra Señora poniendo una capa muy blanca á el Presentado de esta misma Orden, de quien he tratado algunas veces. Díjome, que por el servicio que le habia hecho en ayudar á que se hiciese esta casa, le daba aquel manto, en señal que guardaria su alma en limpieza de ahí adelante, y que no caeria en pecado mortal. Yo tengo cierto, que así fué, porque desde pocos años murió, y su muerte, y lo que vivió, fué con tanta penitencia la vida, y la muerte con tanta santidad, que á cuanto se puede entender, no hay que poner duda. Díjome un fraile, que habia estado á su muerte, que antes que espirase, le dijo como estaba con él Santo Tomás. Murió con gran gozo, y deseo de salir de este destierro. Despues me ha aparecido algunas veces con muy gran gloria, y díchome algunas cosas. Tenia tanta oración, que cuando murió, que con la flaqueza la quisiera escusar, no podia, porque tenia muchos arro-

bamientos. Escribióme poco antes que muriese, que qué medio tendria, porque, como acababa de decir misa, se quedaba con arrobamiento mucho rato, sin poderlo escusar. Dióle Dios al fin el premio de lo mucho que habia servido en toda su vida.

Del Rector de la Compañía de Jesus, que algunas veces he hecho de él mencion, he visto algunas cosas de grandes mercedes, que el Señor le hacia, que por no alargar no las pongo aquí. Acaecióle una vez un gran trabajo, en que fué muy perseguido, y se vió muy afligido. Estando yo un dia oyendo misa, ví á Cristo en la cruz, cuando alzaban la hostia; díjome algunas palabras que le dijese de consuelo, y otras, previniéndole de lo que estaba por venir, y poniéndole delante lo que habia padecido por él, y que se aparejase para sufrir. Dióle esto mucho consuelo y ánimo; y todo ha pasado despues como el Señor me lo dijo.

De los de la Orden de este padre, que es la Compañía de Jesus, de toda la Orden junta he visto grandes cosas: vílos en el cielo con banderes blancas en las manos algunas veces; y como digo otras cosas he visto de ellos de mucha admiracion, y así tengo esta Orden en gran veneracion, porque los he tratado mucho, y veo conforma su vida con lo que el Señor me ha dado de ellos á entender.

Estando una noche en oracion, comenzó el Señor á decirme algunas palabras, y trayéndome á la me-

moria por ellas, cuán mala habia sido mi vida, que me hacian harta confusion y pena, porque aunque no van con rigor, hacen un sentimiento y pena que deshacen, y siéntese mas aprovechamiento de conocernos con una palabra de estas, que en muchos dias que nosotros consideremos nuestra miseria; porque trae consigo esculpida una verdad, que no la podemos negar. Representóme las voluntades con tanta vanidad, que habia tenido, y díjome que tuviese en mucho querer que se pusiese en Él voluntad, que tan mal se habia gastado, como la mia, y admitirla Él. Otras veces me dijo, que me acordase, cuando parece tenia por honra el ir contra la suya. Otras, que me acordase lo que le debia, que cuando yo le daba mayor golpe, estaba Él haciéndome mercedes. Si tenia algunas faltas, que no son pocas, de manera me las da su Majestad á entender, que toda parece me deshago, y como tengo muchas, es muchas veces. Acaecíame reprenderme el confesor, y quererme consolar en la oracion, y hallar allí la reprension verdadera.

Pues tornando á lo que decia, como comenzó el Señor á traerme á la memoria mi ruin vida, á vueltas de mis lágrimas, como yo entónces no habia hecho nada, á mi parecer, pensé si me queria hacer alguna merced; porque es muy ordinario cuando alguna particular merced recibo del Señor, haberme primero deshecho á mí misma: para que vea más claro

cuán fuera de merecerla yo soy, pienso lo debe el Señor de hacer. Desde há un poco fué tan arrebatado mi espíritu, que casi me pareció estaba del todo fuera del cuerpo, al menos no se entiende que se vive en él. Ví á la Humanidad sacratísima con mas escesiva gloria, que jamás la habia visto. Representóme, por una noticia admirable y clara, estar metido en los pechos del Padre, y esto no sabré yo decir cómo es, porque sin ver (me pareció) me ví presente de aquella Divinidad. Quedé tan espantada y de tal manera, que me parece pasaron algunos dias, que no podia tornar en mí; y siempre me parecia traia presente á aquella majestad del Hijo de Dios, aunque no era como la primera. Esto bien lo entendia yo, sino que queda tan esculpido en la imaginacion, que no lo puede quitar de sí, por en breve que haya pasado, por algun tiempo, y es harto consuelo y aun aprovechamiento.

Esta misma vision he visto otras tres veces: es á mi parecer la mas subida vision, que el Señor me ha hecho merced que vea, y trae consigo grandísimos provechos. Parece que purifica el alma en gran manera, y quita la fuerza casi del todo á esta nuestra sensualidad. Es una llama grande, que parece que abrasa y aniquila todos los deseos de la vida; porque ya que yo, gloria á Dios, no los tenia en cosas vanas, declaróseme aquí bien como era todo vanidad, y cuán vano son los señoríos de acá, y es un enseñamiento

grande para levantar los deseos en la pura verdad. Queda imprimido un acatamiento, que no sabré yo decir como, mas es muy diferente de lo que acá podemos adquirir. Hace un espanto á el alma grande de ver como osó, ni puede nadie osar, ofender una majestad tan grandísima. Algunas veces habré dicho estos efectos de visiones, y otras cosas: mas ya he dicho, que hay más y ménos aprovechamiento: de esta queda grandísimo. Cuando yo me llegaba á comulgar, y me acordaba de aquella majestad grandísima, que habia visto, y miraba que era Él que estaba en el santísimo Sacramento (y muchas veces quiere el Señor que le vea en la hostia) los cabellos se me espeluzaban, y toda parecia me aniquilaba. ¡Oh Señor mio! Mas si no encubriérades vuestra grandeza, ¿quién osara llegar tantas veces á juntar cosa tan sucia y miserable, con tan gran majestad? Bendito seais, Señor, alaben os los ángeles y todas las criaturas, que así medís las cosas con nuestra flaqueza, para que gozando de tan soberanas mercedes, no nos espante vuestro gran poder, de manera que aun no las osemos gozar, como gente flaca y miserable.

Podríanos acaecer lo que á un labrador, y esto sé cierto que pasó así: hallóse un tesoro, y como era mas que cabia en su ánimo, que era bajo, en viéndose con él, le dió una tristeza, que poco á poco se vino á morir de puro afligido, y cuidadoso de no saber que hacer de él. Si no le hallara junto, sino que

poco á poco se lo fueran dando, y sustentando con ello, viviera más contento, que siendo pobre, y no le costara la vida. ¡Oh riqueza de los pobres, y qué admirablemente sabeis sustentar las almas, y sin que vean tan grandes riquezas, poco á poco se las vais mostrando! Cuando yo veo una majestad tan grande, disimulada en cosa tan poca, como es la hostia, es así, que despues acá á mí me admira sabiduría tan grande, y no sé cómo me da el Señor ánimo y esfuerzo para llegarme á Él, si el que me ha hecho tan grandes mercedes, y hace, no me le diese; ni seria posible poderlo disimular, ni dejar de decir á voces tan grandes maravillas. Pues ¿qué sentirá una miserable como yo, cargada de abominaciones, y que con tan poco temor de Dios ha gastado su vida, de verse llegar á este Señor de tan gran majestad, cuando quiere que mi alma le vea? ¿Cómo ha de juntar boca, que tantas palabras ha hablado contra el mismo Señor, á aquel cuerpo gloriosísimo, lleno de limpieza y de piedad?

Que, duele mas y aflige el alma, por no le haber servido, el amor que muestra aquel rostro de tanta hermosura con una ternura y afabilidad, que temor pone la Majestad que ve en Él. ¿Mas qué podria yo sentir dos veces que ví esto que dije? Cierto, Señor mio y gloria mia, que estoy por decir, que en alguna manera en estas grandes aflicciones que siente mi alma, he hecho algo en vuestro servicio. ¡Ay, que no

sé qué me digo, que, casi sin hablar yo, escribo ya esto (1)! Porque me hallo turbada, y algo fuera de mí, como he tornado á traer á mi memoria estas cosas. Bien dijera, si viniera de mí este sentimiento, que habia hecho algo por Vos, Señor mio; mas pues no puede haber buen pensamiento, si Vos no lo dais, no hay que me agradecer, yo soy la deudora, Señor, y Vos el ofendido.

Llegando una vez á comulgar, ví dos demonios con los ojos del alma, mas claro que con los del cuerpo, con muy abominable figura. Paréceme que los cuernos rodeaban la garganta del pobre sacerdote; y ví á mi Señor con la majestad que tengo dicha, puesto en aquellas manos, en la forma que me iba á dar, que se veia claro ser ofendedoras suyas, y entendí estar aquel alma en pecado mortal. ¿Qué sería, Señor mio, ver esta vuestra hermosura entre figuras tan abominables? Estaban ellos como amedrentados y espantados delante de Vos, que de buena gana parece que huyeran, si Vos los dejárades ir. D óme tan gran turbacion, que no sé cómo pude comulgar, y quedé con gran temor, pareciéndome que si fuera vision de Dios,

(1) Aseguran los biógrafos de Santa Teresa, que uniendo ésta la oracion al trabajo de escribir, solia hallar al volver de su éxtasis algunas cláusulas, que ella no habia trazado con su mano, y que eran de letra igual á la suya. Este pasaje parece una alusion á ello.

que no permitiera su Majestad viera yo el mal que estaba en aquel alma. Díjome el mismo Señor, que rogase por él, y que lo habia permitido, para que entendiese yo la fuerza que tienen las palabras de la consagracion, y como no deja Dios de estar allí por malo que sea el sacerdote que las dice, y para que viese su grande bondad, como se pone en aquellas manos de su enemigo, y todo para bien mio y de todos. Entendí bien, cuán mas obligados están los sacerdotes á ser buenos que otros, y cuán recia cosa es tomar este santísimo Sacramento indignamente, y cuán señor es el demonio de el alma que está en pecado mortal. Harto gran provecho me hizo, y harto conocimiento me puso de lo que debia á Dios: sea bendito por siempre jamás.

Otra vez me acaeció así otra cosa, que me espantó muy mucho. Estaba en una parte, adonde se murió cierta persona, que habia vivido harto mal, segun supe, y muchos años: mas habia dos que tenía enfermedad, y en algunas cosas parece estaba con enmienda. Murió sin confesion, mas con todo esto no me parecia á mí, que se habia de condenar. Estando amortajando el cuerpo, ví muchos demonios tomar aquel cuerpo, y parecia que jugaban con él, y hacian tambien justicias en él, que á mí me puso gran pavor, que con garfios grandes le traian de uno en otro: como le ví llevar á enterrar con la honra y ceremonias, que á todos, yo estaba pensando la bondad de Dios,

como no queria fuese infamada aquel alma, sino que fuese encubierto ser su enemiga.

Estaba yo medio boba de lo que habia visto: en todo el oficio no ví mas demonio; despues cuando echaron el cuerpo en la sepultura, era tanta la multitud que estaban dentro para tomarle, que yo estaba fuera de mí de verlo; y no era menester poco ánimo para disimularlo. Consideraba que harian de aquel alma, cuando así se enseñoreaban del triste cuerpo. Pluguiera al Señor que esto que yo ví (cosa tan espantosa) vieran todos los que están en mal estado, que me parece fuera gran cosa para hacerlos vivir bien. Todo esto me hace mas conocer lo que debo á Dios, y de lo que me ha librado. Anduve harto temerosa, hasta que lo traté con mi confesor, pensando si era ilusion del demonio, para infamar aquel alma, aunque no estaba tenida por de mucha cristiandad. Verdad es, que aunque no fuese ilusion, siempre que se me acuerda me hace temor.

Ya que he comenzado á decir de visiones de difuntos, quiero decir algunas cosas, que el Señor ha sido servido en este caso, que vea de algunas almas. Diré pocas por abreviar, y por no ser necesario, digo, para ningun aprovechamiento. Dijéronme era muerto un nuestro provincial, que habia sido (y cuando murió lo era de otra provincia) á quien yo habia tratado, y debido algunas buenas obras: era persona de muchas virtudes. Como lo supe que era muerto,

dióme mucha turbacion, porque temí su salvacion, que habia sido veinte años prelado, cosa que yo temo mucho, cierto, por parecerme cosa de mucho peligro tener cargo de almas; y con mucha fatiga me fuí á un oratorio: díle todo el bien que habia hecho en mi vida, que seria bien poco, y así lo dije á el Señor, que supliesen los méritos suyos lo que habia menester aquel alma para salir del purgatorio.

Estando pidiendo esto á el Señor, lo mejor que yo podia, parecióme salia del profundo de la tierra á mi lado derecho, y víle subir al cielo con grandísima alegría. El era ya bien viejo, mas víle de edad de treinta años, y aun menos me pareció, y con resplandor en el rostro. Pasó muy en breve esta vision, mas en tanto estremo quedé consolada, que nunca me pudo dar mas pena su muerte, aunque habia fatigadas personas hartas por ella, que era muy bien quisto. Era tanto el consuelo, que tenia mi alma, que ninguna cosa se me daba, ni podia dudar en que era buena vision; digo, que no era ilusion. Habia no mas de quince dias que era muerto, y con todo no descuidé de procurar le encomendasen á Dios, y hacerlo yo, salvo que no podia con aquella voluntad, que si no hubiera visto esto; porque cuando así el Señor me lo muestra, y despues las quiero encomendar á su Majestad, paréceme, sin poder mas, que es como dar limosna al rico. Despues supe (porque murió bien lejos de aquí) la muerte que el Señor le dió, que fué de

tan gran edificacion, que á todos dejó espantados del conocimiento y lágrimas y humildad con que murió.

Habíase muerto una monja en casa, habia poco mas de dia y medio, harto sierva de Dios; y estando diciendo una leccion de difuntos una monja (que se decia por ella en el coro) yo estaba en pié para ayudarla á decir el verso. A la mitad de la leccion la ví que me pareció salia el alma de la parte que la pasada, y que se iba al cielo. Esta no fué vision imaginaria, como la pasada, sino con otras que he dicho, mas no se duda mas que las que se ven.

Otra monja se murió en mi misma casa, de hasta deciocho ó veinte años: siempre habia sido enferma, y muy sierva de Dios, amiga del coro, y harto virtuosa. Yo cierto pensé no entrara en el purgatorio; porque eran muchas las enfermedades que habia pasado, sino que le sobraran méritos. Estando en las Horas, ántes que la enterrasen (habria cuatro horas que era muerta) entendí salir del mismo lugar, é irse al cielo.

Estando en un colegio de la Compañía de Jesus, con los grandes trabajos, que he dicho tenia algunas veces, y tengo, de alma y de cuerpo, estaba de suerte, que aun un buen pensamiento, á mi parecer, no podia admitir: habíase muerto aquella noche un hermano de aquella casa de la Compañía, y estando, como podia, encomendándole á Dios, y oyendo misa de otro padre de la Compañía, por él, dióme un gran

.....y vi como era muerto, y subir al cielo sin entrar en purgatorio.

recogimiento, y víle subir al cielo con mucha gloria, y al Señor con él: por particular favor entendí era ir su Majestad con él.

Otro fraile de nuestra Orden, harto buen fraile, estaba muy malo, y estando yo en misa, me dió un recogimiento, y ví como era muerto, y subir al cielo, sin entrar en purgatorio. Murió á aquella hora que yo lo ví, segun supe despues. Yo me espanté de que no habia entrado en purgatorio. Entendí que por haber sido fraile, que habia guardado bien su profesion, le habian aprovechado las bulas de la Orden, para no entrar en purgatorio. No entiendo por qué entendí esto; paréceme debe ser, porque no está el ser fraile en el hábito, digo en traerle, para gozar del estado de más perfeccion, que es ser fraile.

No quiero decir más de estas cosas, porque como he dicho, no hay para qué, aunque son hartas las que el Señor me ha hecho merced que vea, mas no he entendido de todas las que he visto, dejar ningun alma de entrar en purgatorio, sino es la de este padre, y el santo fray Pedro de Alcántara, y el padre dominico, que queda dicho. De algunos ha sido el Señor servido, que vea los grados que tienen de gloria, representándoseme en los lugares que se ponen: es grande la diferencia que hay de unos á otros.

CAPÍTULO XXXIX.

Prosigue en la misma materia de decir las grandes mercedes, que le ha hecho el Señor: trata de cómo le prometió de hacer por las personas que ella le pidiese. Dice algunas cosas señaladas, en que la ha hecho su Majestad este favor.

Estando yo una vez importunando á el Señor mucho, porque diese vista á una persona que yo tenia obligacion, que la habia del todo casi perdido: yo teníale gran lástima, y temia por mis pecados no me habia el Señor de oir. Aparecióme como otras veces, y comenzóme á mostrar la llaga de la mano izquierda, y con la otra sacaba un clavo grande que en ella tenia metido, parecíame que á vuelta del clavo sacaba la carne: veíase bien el grande dolor, que me lastimaba mucho, y díjome que quien aquello habia pasado por mí, que no dudase, sino que mejor haria lo que le pidiese, que Él me prometia, que ninguna cosa le pidiese, que no la hiciese, que ya sabia Él que yo no pediria, sino conforme á su gloria, y que así haria esto, que ahora pedia. Que aun cuando no le

servia, mirase yo que no le habia pedido cosa que no la hiciese mejor que yo lo sabia pedir; que cuán mejor lo haria ahora, que sabia le amaba: que no dudase de esto. No creo pasaron ocho dias, que el Señor no tornó la vista á aquella persona. Esto supo mi confesor luego: ya puede ser no fuese por mi oracion, mas yo como habia visto esta vision, quedóme una certidumbre, que, por merced hecha á mí, di á su Majestad las gracias.

Otra vez estaba una persona muy enferma de una enfermedad muy penosa, que por ser no sé de qué hechura, no la señalo aquí. Era cosa incomportable lo que habia dos meses que pasaba, y estaba en un tormento que se despedazaba. Fuéle á ver mi confesor, que era el Rector que he dicho, y húbole gran lástima, y díjome, que en todo caso le fuese á ver, que era persona que yo lo podia hacer, por ser mi deudo. Yo fuí, y movióme á tener de él tanta piedad, que comencé muy importunamente á pedir su salud al Señor: en esto ví claro, á todo mi parecer, la merced que me hizo, porque luego á otro dia estaba del todo bueno de aquel dolor.

Estaba una vez con grandísima pena, porque sabía que una persona, á quien yo tenía mucha obligacion, queria hacer una cosa harto contra Dios y su honra, y estaba ya muy determinada á ello. Era tanta mi fatiga, que no sabía qué remedio hacer para que lo dejase, y áun parecia que no le habia. Supli-

qué á Dios muy de corazon que le pusiese, mas hasta verlo no podia aliviarse mi pena. Fuíme, estando así, á una ermita bien apartada (que las hay en este monasterio) y estando en una, adonde está Cristo á la columna, suplicándole me hiciese esta merced, oí que me hablaba una voz muy suave, como metida en un silbo. Yo me espelucé toda, que me hizo temor, y quisiera entender lo que me decia; mas no pude, que pasó muy en breve. Pasado mi temor, que fué presto, quedé con un sosiego y gozo y deleite interior, que yo me espanté, que solo oir una voz (que esto oílo con los oidos corporales) y sin entender palabra, hiciese tanta operacion en el alma. En esto ví, que se habia de hacer lo que pedia, y así fué, que se me quitó del todo la pena, en cosa que áun no era (como si lo viera hecho) como fué despues. Díjelo á mis confesores, que tenía entónces dos, harto letrados y siervos de Dios.

Sabía que una persona, que se habia determinado á servir muy de veras á Dios. y tenido algunos dias oracion, y en ella le hacía su Majestad muchas mercedes, que por ciertas ocasiones que habia tenido, la habia dejado, y áun no se apartaba de ellas, y eran bien peligrosas. A mí me dió grandísima pena, por ser persona á quien queria mucho, y debia: creo fué más de un mes, que no hacía sino suplicar á Dios tornase esta alma á sí. Estando un dia en oracion, ví un demonio cabe mí, que hizo unos papeles que tenía en

la mano pedazos con mucho enojo, y á mí me dió gran consuelo, que me pareció se habia hecho lo que pedia: y así fué (que despues lo supe) que habia hecho una confesion con gran contricion, y tornóse tan de veras á Dios, que espero en su Majestad de ir siempre muy adelante: sea bendito por todo, amen.

En esto de sacar nuestro Señor almas de pecados graves, por suplicárselo yo, y otras traídolas á mas perfeccion, es muchas veces; y de sacar almas de purgatorio, y otras cosas señaladas, son tantas las mercedes, que en esto el Señor me ha hecho, que seria cansarme, y cansar á quien lo leyese, si las hubiese de decir, y mucho mas en salud de almas, que de cuerpos. Esto ha sido cosa muy conocida, y que de ello hay hartos testigos. Luego, luego, dábame mucho escrúpulo, porque yo no podia dejar de creer, que el Señor lo hacia por mi oracion (dejemos ser lo principal por sola su bondad); mas son ya tantas las cosas, y tan vistas de otras personas, que no me da pena creerlo, y alabo á su Majestad, y háceme confusion, porque veo soy mas deudora, y háceme, á mi parecer, crecer el deseo de servirle, y avívase el amor. Y lo que mas me espanta es, que las que el Señor ve no convienen, no puedo, aunque quiero, suplicárselo, sino con tan poca fuerza y espíritu y cuidado, que aunque mas quiero forzarme es imposible, como otras cosas que su Majestad ha de hacer, que veo yo que puedo pedirlo muchas veces, y con

gran importunidad, aunque yo no traiga este cuidado, parece que se me representa delante. Es grande la diferencia de estas dos maneras de pedir, que no sé cómo lo declarar; porque aunque lo uno pido (que no dejo de esforzarme á suplicarlo al Señor, aunque no sienta en mí aquel hervor que en otras, aunque mucho me toquen) es como quien tiene trabada la lengua, que aunque quiera hablar no puede, y si habla es de suerte que ve que no le entienden, ó como quien habla claro y despierto, á quien ve que de buena gana le está oyendo. Lo uno se pide (digamos ahora) como oracion vocal: y lo otro en contemplacion tan subida, que se representa el Señor de manera, que se entiende que nos entiende, y que se huelga su Majestad de que se lo pidamos, y de hacernos merced. Sea bendito por siempre, que tanto da, y tan poco le doy yo. Porque, ¿qué hace, Señor mio, quien no se deshace todo por Vos? ¡Y qué de ello, qué de ello, qué de ello, y otras mil veces lo puedo decir, me falta para esto! Por eso no habia de querer vivir (aunque hay otras causas) porque no vivo conforme á lo que os debo. ¡Con qué de imperfeciones me veo! Con qué flojedad en serviros! Es cierto, que algunas veces me parece querria estar sin sentido, por no entender tanto mal de mí: el que puede lo remedie.

Estando en casa de aquella señora, que he dicho, adonde habia menester estar con cuidado, y conside-

rar siempre la vanidad que consigo traen todas las cosas de la vida; porque estaba muy estimada y era muy loada, y ofrecíanse hartas cosas á que me pudiera bien apegar, si mirara á mí, mas miraba el que tiene verdadera vista á no me dejar de su mano. Ahora que digo de verdadera vista, me acuerdo de los grandes trabajos, que se pasan en tratar personas, á quien Dios ha llegado á conocer lo que es verdad en estas cosas de la tierra, adonde tanto se encubre.

Como una vez el Señor me dijo, que muchas cosas de las que aquí escribo, no son de mi cabeza, sino que me las decia este mi maestro celestial, y porque en las cosas que yo señaladamente digo, esto entendí, ó me dijo el Señor, se me hace escrúpulo grande poner ó quitar una sola sílaba que sea. Así cuando puntualmente no se me acuerda bien todo, va dicho como de mí, ó porque algunas cosas tambien lo serán. No llamo mio lo que es bueno, que ya sé no hay cosa en mí, sino lo que tan sin merecerlo me ha dado el Señor; sino llamo dicho de mí, no ser dado á entender en revelacion.

Mas ay Dios mio! ¡y cómo aun en las espirituales queremos muchas veces entender las cosas por nuestro parecer, y muy torcidas de la verdad, tambien como en las del mundo, y nos parece que hemos de tasar nuestro aprovechamiento por los años que tenemos algun ejercicio de oracion, y aun parece queremos poner tasa á quien sin ninguna da sus dones

cuando quiere, y puede dar en medio año mas á uno, que á otro en muchos! Y es cosa esta que la tengo tan vista por muchas personas, que yo me espanto como nos podemos detener en esto. Bien creo no estará en este engaño quien tuviere talento de conocer espíritus, y le hubiere el Señor dado humildad verdadera, que este juzga por los efectos y determinaciones y amor, y dale el Señor luz para que lo conozca; y en esto mira el adelantamiento y aprovechamiento de las almas, que no en los años, que en medio puede uno haber alcanzado más que otro en veinte; porque, como digo, dalo el Señor á quien quiere, y aun á quien mejor se dispone. Porque veo yo venir ahora á esta casa unas doncellas, que son de poca edad, y en tocándolas Dios, y dándoles un poco de luz y amor (digo en un poco de tiempo que les hizo algun regalo) no le aguardaron, ni se les puso cosa delante, sin acordarse del comer, pues se encierran para siempre en casa sin renta, como quien no estima la vida por el que saben que las ama. Déjanlo todo, ni quieren voluntad, ni se les pone delante que pueden tener descontento en tanto encerramiento y estrechura: todas juntas se ofrecen en sacrificio por Dios. Cuán de buena gana les doy yo aquí la ventaja, y habia de andar avergonzada delante de Dios; porque lo que su Majestad no acabó conmigo en tanta multitud de años, como ha que comencé á tener oracion, y me comenzó á hacer mercedes, acaba con ellas en tres meses,

y aun con alguna en tres dias, con hacerlas muchas ménos que á mí, aunque bien las paga su Majestad: á buen seguro que no están descontentas por lo que por Él han hecho.

Para esto querria yo se nos acordase de los muchos años (á los que los tenemos de profesion, y las personas que los tienen de oracion) y no para fatigar á los que en poco tiempo van mas adelante, con hacerlos tornar atras, para que anden á nuestro paso, y á los que vuelan como águilas, con las mercedes que les hace Dios, quererlos hacer andar como pollo trabado; sino que pongamos los ojos en su Majestad, y, si los viéremos con humildad darles la rienda, que el Señor, que los hace tantas mercedes, no los dejará despeñar. Fíanse ellos mismos de Dios (que esto les aprovecha la verdad que conocen de la fe), ¿y no los fiaremos nosotros, sino que queremos medirlos por nuestra medida, conforme á nuestros bajos ánimos? No así, sino que si no alcanzamos sus grandes efectos y determinaciones, porque sin esperiencia se pueden mal entender, humillémonos y no los condenemos, que, con parecer que miramos su provecho, nos le quitamos á nosotros, y perdemos esta ocasion, que el Señor pone para humillarnos, y para que entendamos lo que nos falta, y cuán más desasidas y llegadas á Dios deben de estar estas almas que las nuestras, pues tanto su Majestad se llega á ellas.

No entiendo otra cosa, ni la querria entender, si-

no que oracion de poco tiempo, que hace efectos muy grandes, que luego se entienden, (que es imposible que los haya para dejarlo todo, solo por contentar á Dios, sin gran fuerza de amor) yo la querria mas, que la de muchos años, que nunca acabó de determinarse más á el postrero que á el primero á hacer cosa que sea nada por Dios; salvo, sí unas cositas menudas como sal, que no tienen peso ni tomo, que parece un pájaro se las llevará en el pico, no tenemos por gran efecto y mortificacion; que de algunas cosas hacemos caso, que hacemos por el Señor, que es lástima las entendamos, aunque se hiciesen muchas: yo soy esta, y olvidaré las mercedes á cada paso. No digo yo que no las tendrá su Majestad en mucho, segun es bueno, mas querria yo no hacer caso de ellas, ni ver que las hago, pues no son nada. Mas perdonadme, Señor mio, y no me culpeis, que con algo me tengo de consolar, pues no os sirvo en nada, que si en cosas grandes os sirviera, no hiciera caso de las nonadas. Bienaventuradas las personas, que os sirven con obras grandes: si con haberlas yo envidia y desearlo se me toma en cuenta, no quedaria muy atras en contentaros, mas no valgo nada, Señor mio. Ponedme vos el valor, pues tanto me amais.

Acaecióme un dia de estos, que con traer un Breve de Roma para no poder tener renta este monasterio se acabó del todo, que parece me ha costado algun trabajo, estando consolada de verlo así concluido,

y pensando los que habia tenido, y alabando á el Señor, que en algo se habia querido servir de mí, comencé á pensar las cosas que habia pasado: y es así, que en cada una de las que parecia eran algo, que yo habia hecho, hallaba tantas faltas é imperfecciones y á veces poco ánimo, y muchas poca fe; porque hasta ahora, que todo lo veo cumplido, cuanto el Señor me dijo de esta casa se habia de hacer, nunca determinadamente lo acababa de creer, ni tampoco lo podia dudar: no sé cómo era esto. Es que muchas veces por una parte me parecia imposible, por otra no lo podia dudar, digo creer, que no se habia de hacer. En fin hallé lo bueno haberlo el Señor hecho todo de su parte, y lo malo yo, y así dejé de pensar en ello, y no querria se me acordase, por no tropezar con tantas faltas mias. Bendito sea el que de todas saca bien, cuando es servido; amen.

Pues digo, que es peligroso ir tasando los años que se han tenido de oracion, que aunque haya humildad, parece puede quedar un no sé qué de parecer se merece algo por lo servido. No digo yo que no lo merecen, y les será bien pagado, mas cualquier espiritual que le parezca, que por muchos años que haya tenido oracion merece estos regalos de espíritu, tengo yo por cierto, que no subirá á la cumbre de él. ¿No es harto que haya merecido que le tenga Dios de su mano, para no le hacer las ofensas, que antes que tuviese oracion le hacia, sino que le ponga

pleito por sus dineros, como dicen? No me parece profunda humildad: ya puede ser lo sea, mas yo por atrevimiento lo tengo; pues yo con tener poca humildad, no me parece jamás he osado. Ya puede ser, que, como nunca he servido, no he podido: por ventura, si lo hubiera hecho, quisiera mas que todos me lo pagara el Señor. No digo yo que no va creciendo un alma, y que no se lo dará Dios, si la oracion ha sido humilde, mas que se olviden estos años, que es todo asco cuanto podemos hacer, en comparacion de una gota de sangre de las que el Señor por nosotros derramó: y si con servir mas quedamos mas deudores, qué es esto que pedimos? ¡Pues, si pagamos un maravedí de la deuda, nos tornan á dar mil ducados, que por amor de Dios dejemos estos juicios, que son suyos! Estas comparaciones siempre son malas, aun en cosas de acá; pues ¿qué será en lo que solo Dios sabe? y lo mostró bien su Majestad cuando pagó tanto á los postreros, como á los primeros.

Es en tantas veces las que he escrito estas tres hojas, y en tantos dias, porque he tenido y tengo, como he dicho, poco lugar, que se me habia olvidado lo que comencé á decir, que era esta vision. Víme estando en oracion en un gran campo á solas: en derredor de mí mucha gente de diferentes maneras, que me tenian rodeada: todas me parece tenian armas en las manos para ofenderme, unas lanzas, otras espadas, otras dagas y otras estoques muy largos. En fin,

yo no podia salir por ninguna parte, sin que me pusiese á peligro de muerte, y sola, sin persona que hallase de mi parte. Estando mi espíritu en esta aflicion, que no sabia qué me hacer, alcé los ojos al cielo, y ví á Cristo (no en el cielo, sino bien alto de mí en el aire) que tendia la mano hácia mí, y desde allí me favorecia, de manera, que yo no temia toda la otra gente, ni ellos, aunque querian, me podian hacer daño. Parece sin fruto esta vision, y hame hecho grandísimo provecho, porque se me dió á entender lo que significaba; y poco despues me ví casi en aquella batería, y conocí ser aquella vision un retrato del mundo, que cuanto hay en él parece tiene armas para ofender á la triste alma. Dejemos los que no sirven mucho á el Señor y honras y haciendas y deleites y otras cosas semejantes, que está claro, que cuando no se cata se ve enredada, al menos procuran todas estas cosas enredar mas amigos, parientes, y, lo que mas espanta, personas muy buenas. De todo me ví despues tan apretada, pensando ellos que hacian bien, que yo no sabia cómo me defender ni qué hacer.

¡Oh válame Dios, si dijese de las maneras, y diferencias de trabajos, que en este tiempo tuve, aun despues de lo que atrás queda dicho, como seria harto aviso para del todo aborrecerlo todo! Fué la mayor persecucion, me parece, de las que he pasado. Digo, que me vi á veces de todas partes tan apreta-

da, que solo hallaba remedio en alzar los ojos al cielo y llamar á Dios: acordábame bien de lo que habia visto en esta vision. Hízome harto provecho para no confiar mucho de nadie, porque no le hay que sea estable, sino Dios. Siempre en estos trabajos grandes no enviaba el Señor, como me lo mostró, una persona de su parte, que me diese la mano, como me lo habia mostrado en esta vision, sin ir asida á nada, mas de contentar al Señor, que ha sido para sustentar esa poquita de virtud, que yo tenia, en desearos servir: seais bendito por siempre.

Estando una vez muy inquieta y alborotada, sin poder recogerme, y en batalla y contienda, yéndoseme el pensamiento á cosas que no eran perfectas (aun no me parece estaba con el desasimiento que suelo) como me ví así tan ruin, tenia miedo si las mercedes, que el Señor me habia hecho, eran ilusiones: estaba en fin con una oscuridad grande de alma. Estando con esta pena, comenzóme á hablar el Señor, y díjome, que no me fatigase, que en verme así entendería la miseria que era si Él se apartaba de mí, y que no habia seguridad miéntras vivíamos en esta carne. Dióseme á entender, cuán bien empleada es esta guerra y contienda, por tal premio, y parecióme tenia lástima el Señor de los que vivimos en el mundo; mas que no pensase yo me tenia olvidada, que jamás me dejaria, mas que era menester hiciese yo lo que es en mí. Esto me dijo el Señor con una piedad, y regalo,

y con otras palabras en que me hizo harta merced, que no hay para qué decirlas. Estas me dice su Majestad muchas veces, mostrándome gran amor—«Ya eres mia, y yo soy tuyo (1). ¿Qué se me da, Señor, á mí de mí, sino de Vos? Son para mí estas palabras, y regalos tan grandísima confusion, cuando me acuerdo la que soy, que como he dicho, creo otras veces, y ahora lo digo algunas á mi confesor, mas ánimo me parece es menester para recibir estas mercedes, que para pasar grandísimos trabajos. Cuando pasa, estoy casi olvidada de mis obras, sino un representárseme que soy ruin, sin discurso de entendimiento, que tambien me parece á veces sobrenatural.

Viénenme algunas veces unas ansias de comulgar tan grandes, que no sé si se podria encarecer. Acaecióme una mañana, que llovia tanto, que no parece hacia para salir de casa. Estando yo fuera de ella, yo estaba ya tan fuera de mi con aquel deseo, que auque me pusieran lanzas á los pechos, me parece

(1) De aquí vino sin duda la leyenda que se ve sobre el relicario donde se guarda el corazon de santa Teresa en Alba de Tormes—*Jesus de Teresa y Teresa de Jesus.* Se ha querido suponer que santa Teresa encontró un dia en el claustro del convento de la Encarnacion un niño muy lindo, y preguntándole con extrañeza quién era, mediaron entre ambos esas palabras. Los Bolandistas, con su fina crítica, se muestran poco propicios con esta anecdotilla.

entrara por ellas, cuanto mas agua. Como llegué á la Iglesia, dióme un arrobamiento grande: parecióme ví abrir los cielos, no una entrada como otras veces he visto. Representóseme el trono, que dije á vuesa merced he visto otras veces, y otro encima de él, adonde, por una noticia que no sé decir, aunque no lo vi, entendí estar la Divinidad. Parecíame sostenerle unos animales, á mí me parece he oido esta figura de estos animales: pensé si eran los Evangelistas, mas como estaba el trono, ni qué estaba en él, no ví sino muy gran multitud de ángeles. Pareciéronme sin comparacion con muy mayor hermosura, que los que en el cielo he visto. He pensado si son serafines, ó cherubines, porque son muy diferentes en la gloria, que parecia tener inflamamiento: es grande la diferencia, como he dicho. Y la gloria que entónces en mí sentí, no se puede escribir, ni aun decir, ni la podrá pensar quien no hubiere pasado por esto. Entendí estar allí todo junto lo que se puede desear, y no vi nada. Dijéronme, y no sé quién, que lo que allí podia hacer era entender que no podia entender nada, y mirar lo nonada que era todo en comparacion de aquello: es así, que se afrentaba despues mi alma de ver, que pueda parar en ninguna cosa criada, cuanto mas aficionarse á ella; porque todo me parecia un hormiguero. Comulgué y estuve en la misa, que no sé cómo pude estar: parecióme habia sido muy breve espacio, espantéme cuando dió el re-

lox, y vi que eran dos horas las que habia estado en aquel arrobamiento y gloria. Espantábame despues, como en llegando á este fuego (que parece vino de arriba de verdadero amor de Dios, porque aunque más le quiera y procuré y me deshaga por ello, sino es cuando su Majestad quiere, como he dicho otras veces, no soy parte para tener una centella de él) parece que consume el hombre viejo de faltas y tibieza y miseria, y á manera de cómo hace el ave fénis (segun he leido) y de la misma ceniza, despues que se quema, sale otra: así queda hecha otra el alma despues con diferentes deseos y fortaleza grande. No parece es la que ántes, sino que comienza con nueva puridad el camino del Señor. Suplicando yo á su Divina Majestad fuese así, y que de nuevo comenzase yo á servirle, me dijo «Buena comparacion has hecho: mira no se te olvide para procurar mejorarte siempre.»

Estando una vez con la misma duda, que poco ha dije, si eran estas visiones de Dios, me apareció el Señor, y me dijo con rigor—«¡Oh hijos de los hombres, hasta cuándo sereis duros de corazon! Que una cosa examinase bien en mí, si del todo estaba dada por suya, ó no: que si estaba y lo era, que creyese no me dejaria perder.» Yo me fatigué mucho de aquella exclamacion: con gran ternura y regalo me tornó á decir, que no me fatigase, que ya sabia que por mí no faltaria de ponerme á todo lo que fuese su

servicio, que se haria todo lo que yo queria; y así, se hizo lo que entonces le suplicaba: que mirase el amor, que se iba en mí aumentando cada dia para amarle, que en esto veria no ser demonio, que no pensase que consentia Dios tuviese tanta parte el demonio en las almas de sus siervos, y que te pudiese dar la claridad de entendimiento y quietud, que tienes. Dióme á entender, que habiéndome dicho tantas personas y tales, que era Dios, que haria mal en no creerlo.

Estando rezando el salmo de *Quicunque vul*, se me dió á entender la manera cómo era un solo Dios y tres personas, tan claro, que yo me espanté y consolé mucho. Hízome grandísimo provecho para conocer mas la grandeza de Dios y sus maravillas, y para cuando pienso ó se trata en la Santísima Trinidad, parece entiendo cómo puede ser, y es mucho contento.

Un dia de la Asuncion de la Reina de los ángeles y Señora nuestra, me quiso el Señor hacer esta merced, que en un arrobamiento se me representó su subida al cielo, y el alegría y solemnidad con que fué recibida, y el lugar adonde está. Decir como fué esto, yo no sabria. Fué grandísima la gloria, que mi espíritu tuvo de ver tanta gloria: quedé con grandes efectos, y aprovechóme para desear mas pasar grandes trabajos, y quedóme grande deseo de servir á esta Señora, pues tanto mereció.

Estando en un colegio de la Compañía de Jesus, y estando comulgando los hermanos de aquella casa, ví un palio muy rico sobre sus cabezas; esto ví dos veces; cuando otras personas comulgaban no lo veia.

CAPÍTULO XL.

Prosigue en la misma materia de decir las grandes mercedes, que el Señor la ha hecho. De algunas se puede tomar harto buena doctrina, que este ha sido, segun ha dicho, su principal intento, despues de obedecer, poner las que son para provecho de las almas. Con este capítulo se acaba el discurso de su vida, que escribió. Sea para gloria de el Señor: amen.

Estando una vez en oracion, era tanto el deleite, que en mí sentia, que como indigna de tal bien, comencé á pensar en como merecia mejor estar en el lugar, que yo habia visto estar para mí en el infierno, que, como he dicho, nunca olvido de la manera que allí me vi. Comenzóse con esta consideracion á inflamar mas mi alma, y vínome un arrobamiento de espíritu, de suerte, que yo no lo sé decir. Parecióme estar metido, y lleno de aquella majestad, que he entendido otras veces. En esta majestad se me dió á entender una verdad, que es cumplimiento de todas las verdades: no sé yo decir cómo, porque no ví nada. Dijéronme, sin ver quien, mas bien entendí ser la misma verdad—«No es poco esto que hago por

tí, que una de las cosas es en que mucho me debes, porque todo el daño que viene al mundo, es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad: no faltará una tilde de ella.» A mí me pareció, que siempre yo habia creido esto, y que todos los fieles lo creian. Díjome—«¡Ay hija, que pocos me aman con verdad, que si me amasen, no les encubriria yo mis secretos! ¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender, que todo es mentira lo que no es agradable á mí: con claridad verás esto, que ahora no entiendes, en lo que aprovecha á tu alma.» Y así lo he visto, sea el Señor alabado, que despues acá tanta vanidad y mentira me parece lo que yo no veo va guiado al servicio de Dios, que no lo sabria yo decir como lo entiendo, y la lástima que me hacen los que veo con la oscuridad que están en esta verdad, y con esto otras ganancias que aquí diré, y muchas no sabré decir. Díjome aquí el Señor una particular palabra de grandísimo favor. Yo no sé cómo esto fué, porque no ví nada, mas quedé de una suerte, que tampoco sé decir, con grandísima fortaleza, y muy de veras para cumplir con todas mis fuerzas la mas pequeña parte de la Escritura divina. Paréceme, que ninguna cosa se me pondria delante, que no pasase por esto.

Quedóme una verdad de esta divina verdad, que se me representó sin saber como ni qué esculpida, que me hace tener un nuevo acatamiento á Dios, por-

que da noticia de su Majestad y poder, de una manera, que no se puede decir: sé entender que es una gran cosa. Quedóme muy gran gana de no hablar, sino cosas muy verdaderas, que vayan adelante de lo que acá se trata en el mundo, y así comencé á tener pena de vivir en el. Dejóme con gran ternura y regalo y humildad. Paréceme que, sin entender cómo, me dió el Señor aquí mucho: no me quedó ninguna sospecha de que era ilusion. No ví nada, mas entendí el gran bien que hay en no hacer caso de cosa, que no sea para llegarnos mas á Dios: y así entendí, que cosa es andar un alma en verdad, delante de la misma verdad. Esto que entendí es darme el Señor á entender, que es la misma verdad.

Todo lo que he dicho entendí hablándome algunas veces, y otras sin hablarme, con mas claridad algunas cosas, que las que por palabras se me decian. Entendí grandísimas verdades sobre esta verdad, mas que si muchos letrados me lo hubieran enseñado. Paréceme, que en ninguna manera me pudieran imprimir así, ni tan claramente se me diera á entender la vanidad de este mundo. Esta verdad, que digo se me dió á entender, es en sí misma verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demas verdades dependen de esta verdad, como todos los demas amores de este amor, y todas las demas grandezas de esta grandeza, aunque esto va dicho oscuro, para la claridad con que á mí el Señor quiso se me diese á entender.

¡Y cómo se parece el poder de esta majestad, pues en tan breve tiempo deja tan gran ganancia, y tales cosas imprimidas en el alma! ¡Oh Grandeza y Majestad mia! Qué haceis, Señor mio, todo poderoso? Mirad á quien haceis tan soberanas mercedes! No os acordais que ha sido esta alma un abismo de mentiras y piélago de vanidades, y todo por mi culpa; que con haberme Vos dado natural de aborrecer el mentir, yo misma me hice tratar en muchas cosas mentira. ¿Cómo se sufre, Dios mio, cómo se compadece tan gran favor y merced, á quien tan mal os lo ha merecido?

Estando una vez en las Horas con todas, de presto se recogió mi alma, y parecióme ser como un espejo claro toda, sin haber espaldas ni lados ni alto ni bajo, que no estuviese toda clara, y en el centro de ella se me representó Cristo nuestro Señor, como le suelo ver. Parecíame en todas las partes de mi alma le veia claro, como en un espejo, y tambien este espejo, yo no sé decir cómo, se esculpia todo en el mismo Señor, por una comunicacion, que yo no sabré decir, muy amorosa. Sé que me fué esta vision de gran provecho, cada vez que se me acuerda, en especial cuando acabo de comulgar. Dióseme á entender, que estar un alma en pecado mortal, es cubrirse este espejo de gran niebla y quedar muy negro, y así no se puede representar, ni ver este Señor, aunque esté siempre presente dándonos el ser; y que

los herejes, es como si el espejo fuese quebrado, que es muy peor que oscurecido. Es muy diferente el cómo se ve, á decirse, porque se puede mal dar á entender. Mas hame hecho mucho provecho, y gran lástima de las veces, que con mis culpas oscurecí mi alma, para no ver este Señor.

Paréceme provechosa esta vision para personas de recogimiento, para enseñarse á considerar á el Señor en lo muy interior de su alma; que es consideracion que mas se apega, y muy mas fructuosa, que fuera de sí, como otras veces he dicho; y en algunos libros de oracion está escrito, adonde se ha de buscar á Dios: en especial lo dice el glorioso San Agustin, que ni en las plazas ni los contentos ni por ninguna parte que le buscaba, le hallaba como dentro de sí. Y esto es muy claro ser mejor: y no es menester ir al cielo, ni mas lejos, que á nosotros mismos, porque es cansar el espíritu y distraer el alma, y no con tanto fruto. Una cosa quiero avisar aquí, por si alguno la tuviere, que acaece en gran arrobamiento; que pasado aquel rato que el alma está en union, que del todo tiene absortas las potencias (y esto dura poco, como he dicho) quedarse el alma recogida, y aun en lo esterior no poder tornar en sí, mas quedan las dos potencias, memoria y entendimiento casi con frenesí muy desatinadas. Esto digo que acaece alguna vez, en especial á los principios. Pienso si procede de que no puede sufrir nuestra flaqueza natural tanta

fuerza de espíritu, y enflaquece la imaginacion. Sé que les acaece á algunas personas. Tenia por bueno, que se forzasen á dejar por entónces la oracion, y la cobrasen en otro tiempo: aquel que pierden, que no sea junto, porque podrá venir á mucho mal. Y de esto hay esperiencia, y de cuán acertado es mirar lo que puede nuestra salud.

En todo es menester esperiencia y maestro, porque, llegada el alma á estos términos, muchas cosas se ofrecen, que es menester con quien tratarlo: y si buscado no le hallare, el Señor no le faltará, pues no me ha faltado á mí, siendo la que soy; porque creo hay pocos que hayan llegado á la esperiencia de tantas cosas; y si no la hay, es por demas dar remedio sin inquietar y afligir. Mas esto tambien tomará el Señor en cuenta, y por esto es mejor tratarlo, como ya he dicho otras veces, (y aun todo lo que ahora digo, sino que no se me acuerda bien, y veo importa mucho, en especial si son mujeres) con su confesor, y que sea tal. Y hay muchas mas que hombres, á quien el Señor hace estas mercedes, y esto oí al santo fray Pedro de Alcántara, y tambien lo he visto yo, que decia, aprovechaban mucho mas en este camino que hombres, y daba de ello escelentes razones, que no hay para que las decir aquí, todas en favor de las mujeres.

Estando una vez en oracion, se me representó muy en breve, sin ver cosa formada, mas fué una repre-

sentacion con toda claridad, como se ven en Dios todas las cosas, y como las tiene todas en sí. Saber escribir esto, yo no lo sé; mas quedó muy imprimido en mi alma, y es una de las grandes mercedes que el Señor me ha hecho, y de las que mas me han hecho confundir y avergonzar, acordándome de los pecados que he hecho. Creo, si el Señor fuera servido, viera esto en otro tiempo, y si lo viesen los que le ofenden, que no tendrian corazon, ni atrevimiento para hacerlo. Parecióme, ya digo sin poder afirmarme en que ví nada; mas algo se debe ver, pues yo podré poner esta comparacion, sino que es por modo tan sutil y delicado, que el entendimiento no lo debe alcanzar, ó yo no me sé entender en estas visiones, que no parecen imaginarias, y en algunas algo de esto debe haber, sino que como son en arrobamiento las potencias, no lo saben despues formar, como allí el Señor se lo representa, y quiere que lo gocen. Digamos ser la Divinidad como un muy claro diamante, muy mayor que todo el mundo, ó espejo, á manera de lo que dije del alma en estotra vision, salvo que es por tan subida manera, que yo no lo sabré encarecer, y que todo lo que hacemos se ve en este diamante, siendo de manera, que él encierra todo en sí, porque no hay nada que salga fuera de esta grandeza. Cosa espantosa me fué en tan breve espacio ver tantas cosas juntas aquí en este claro diamante, y lastimosísima cada vez que se me acuerda, ver qué cosas tan feas se re-

presentaban en aquella limpieza de claridad, como eran mis pecados. Y es así, que cuando se me acuerda, yo no sé cómo lo puedo llevar, y así quedé entónces tan avergonzada, que no sabia me parece adonde me meter. ¡Oh quien pudiese dar á entender esto á los que muy deshonestos y feos pecados hacen, para que se acuerden que no son ocultos, y que con razon los siente Dios, pues tan presentes á su Majestad pasan, y tan desacatadamente nos habemos delante de Él! Ví cuán bien se merece el infierno por una sola culpa mortal, porque no se puede entender cuán gravísima cosa es hacerla delante de tan gran Majestad, y que tan fuera de quien Él es son cosas semejantes; y así se ve mas su misericordia, pues entendiendo nosotros todo esto nos sufre. Háme hecho considerar, si una cosa como esta así deja espantada el alma, ¿qué será el dia del juicio, cuando esta majestad claramente se nos mostrará, y veremos las ofensas que hemos hecho? ¡Oh, válame Dios, qué ceguedad es esta que yo he traido! Muchas veces me he espantado en esto que he escrito, y no se espante vuesa merced sino como vivo viendo estas cosas, y mirándome á mí. Sea bendito por siempre quien tanto me ha sufrido.

Estando una vez en oracion con mucho recogimiento, suavidad y quietud, parecíame estar rodeada de ángeles, y muy cerca de Dios; comencé á suplicar á su Majestad por la Iglesia. Dióseme á entender el gran provecho que habia de hacer una Orden en los

tiempos postreros, y con la fortaleza que los de ella han de sustentar la fe.

Estando una vez rezando cerca del Santísimo Sacramento aparecióme un santo, cuya Orden ha estado algo caida: tenia en las manos un libro grande, abrióle y díjome, que leyese unas letras, que eran grandes, y muy legibles, y decian así: «En los tiempos advenideros florecerá esta Orden, habrá muchos mártires.»

Otra vez estando en Maitines en el coro, se me representaron, y pusieron delante seis ó siete, me parece serian de esta misma Orden, con espadas en las manos. Pienso que se da en esto á entender, han de defender la fe; porque otra vez estando en oracion, se arrebató mi espíritu, parecióme estar en un gran campo, adonde se combatian muchos, y estos de esta Orden peleaban con gran fervor. Tenian los rostros hermosos y muy encendidos, y echaban muchos en el suelo vencidos, otros mataban: parecíame esta batalla contra los herejes. A este glorioso santo he visto algunas veces, y me ha dicho algunas cosas, y agradecídome la oracion que hago por su Orden; y prometido de encomendarme á el Señor. No señalo las Ordenes, si el Señor es servido se sepa las declarará, porque no se agravien otras, mas cada Orden habia de procurar, ó cada una de ellas por sí, que por sus medios hiciese el Señor tan dichosa su Orden, que en tan gran necesidad, como ahora tiene la Iglesia,

le sirviesen: dichosas vidas, que en esto se acabaren.

Rogóme una persona una vez, que suplicase á Dios, le diese á entender, si seria servicio suyo tomar un obispado. Díjome el Señor, acabando de comulgar—Cuando entendiere con toda verdad y claridad, que el verdadero señorío es no poseer nada, entónces le podrá tomar; dando á entender, que ha de estar muy fuera de desearlo ni quererlo, quien hubiere de tener prelacías, ó al ménos de procurarlas.

Estas mercedes y otras muchas ha hecho el Señor, y hace muy continuo á esta pecadora, que me parece no hay para qué las decir, pues por lo dicho se puede entender mi alma, y el espíritu que me ha dado el Señor. Sea bendito por siempre, que tanto cuidado ha tenido de mí.

Díjome una vez consolándome, que no me fatigase, (esto con mucho amor) que en esta vida no podíamos estar siempre en un ser, que unas veces tendria fervor, y otras estaria sin él; unas con desasosiegos, y otras con quietud y tentaciones, mas que esperase en Él y no temiese.

Estaba un dia pensando, si era asimiento darme contento estar con las personas que trato mi alma, y tenerlas amor, y á los que yo veo muy siervos de Dios, que me consolaba con ellos: me dijo—que si á un enfermo que estaba en peligro de muerte, le parece le da salud un médico, que no era virtud dejárselo de agradecer, y no le amar. Que, ¿qué hubiera he-

cho, sino fuera por estas personas? Que la conversacion de los buenos no dañaba, mas que siempre fuesen mis palabras pesadas y santas, y que no los dejase de tratar, que antes seria provecho que daño. Consolóme mucho esto, porque algunas veces, pareciéndome asimiento, queria del todo no tratarlos. Siempre en todas las cosas me aconsejaba este Señor, hasta decirme cómo me habia de haber con los flacos, y con algunas personas. Jamás se descuida de mí; algunas veces estoy fatigada de verme para tan poco en su servicio, y de ver que por fuerza he de ocupar el tiempo en cuerpo tan flaco y ruin como el mio, mas de lo que yo queria.

Estaba una vez en oracion, y vino la hora de ir á dormir, y yo estaba con hartos dolores, y habia de tener el vómito ordinario. Como me ví tan atada de mí, y el espíritu por otra parte queriendo tiempo para sí, vime tan fatigada, que comencé á llorar mucho y á afligirme. Esto no es sola una vez, sino, como digo, muchas, que me parece me daba un enojo contra mí misma, que en forma por entonces me aborrezco; mas lo continuo es entender de mí, que no me tengo aborrecida, ni falto á lo que veo me es necesario; plega el Señor que no tome mucho mas de lo que es menester, que sí debo hacer. Esta que digo, estando en esta pena, me apareció el Señor, y regaló mucho, y me dijo, que hiciese yo estas cosas por amor de Él, y lo pasase, que era menester ahora mi

vida. Y así me parece que nunca me ví en pena, despues que estoy determinada á servir con todas mis fuerzas á este Señor y consolador mio, que aunque me dejaba un poco padecer, me consolaba de manera, que no hago nada en desear trabajos; y así ahora no me parece hay para qué vivir, sino para esto, y lo que mas de voluntad pido á Dios. Dígole algunas veces con toda ella—Señor, ó morir ó padecer; no os pido otra cosa para mí. Dame consuelo oir el reloj, porque me parece me allego un poquito mas para ver á Dios, de que veo ser pasada aquella hora de la vida.

Otras veces estoy de manera, que ni siento vivir, ni me parece he gana de morir, sino con una tibieza y oscuridad en todo, como he dicho, que tengo muchas veces de grandes trabajos. Y con haber querido el Señor se sepan en público estas mercedes, que su Majestad me hace (como me lo dijo algunos años há que lo habian de ser, que me fatigué yo harto, y hasta ahora no he pasado poco, como vuesa merced sabe, porque cada uno lo toma como le parece) consuelo me ha sido no ser por mi culpa, porque en no lo decir, sino á mis confesores ó á personas, que sabia de ellos lo sabian, he tenido gran aviso y estremo; y no por humildad, sino porque como he dicho, aun á los mismos confesores me daba pena decirlo. Ahora ya, gloria á Dios, aunque mucho me murmuran, y con buen celo, y otros temen tratar conmigo

y aun confesarme, y otros me dicen hartas cosas: como entiendo, que por este medio ha querido el Señor remediar muchas almas (porque lo he visto claro, y me acuerdo de lo mucho que por una sola pasara el Señor) muy poco se me da de todo.

No sé si es parte para esto, haberme su Majestad metido en este rinconcito tan encerrado, y adonde ya, como cosa muerta, pensé no hubiera mas memoria de mí, mas no ha sido tanto como yo quisiera, que forzado he de hablar á algunas personas; mas como no estoy adonde me vean, parece ya fué el Señor servido echarme á un puerto, que espero en su Majestad será seguro. Por estar ya fuera de mundo, y entre poca y santa compañía, miro como desde lo alto, y dáseme ya bien poco de que digan ni se sepa: en mas tendria se aprovechase un tantito un alma, que todo lo que de mí se puede decir, que despues que estoy aquí, ha sido el Señor servido, que todos mis deseos paren en esto. Y háme dado una manera de sueño en la vida, que casi siempre me parece estoy soñando lo que veo, ni contento ni pena, que sea mucha, no la veo en mí. Si alguna me dan algunas cosas, pasa con tanta brevedad, que yo me maravillo, y deja el sentimiento, como una cosa que soñó: y esto es entera verdad, que aunque despues yo quiera holgarme de aquel contento, ó pesarme de aquella pena, no es en mi mano, sino como lo seria á una persona discreta tener pena ó gloria de un sueño que

soñó, porque ya mi alma la despertó el Señor de aquello, que por no estar yo mortificada, ni muerta á las cosas del mundo, me habia hecho sentimiento, y no quiere su Majestad que se torne á cegar.

De esta manera vivo ahora, señor y padre mio: suplique vuesa merced á Dios ó me lleve consigo, ó me dé como le sirva. Plega á su Majestad esto, que aquí va escrito, haga á vuesa merced algun provecho, que por el poco lugar ha sido con trabajo: mas dichoso seria el trabajo si he acertado á decir algo, que sola una vez se alabe por ello el Señor, que con esto me daria por pagada, aunque vuesa merced luego lo queme. No querria fuese sin que lo viesen las tres personas, que vuesa merced sabe, pues son y han sido confesores mios, porque si va mal, es bien pierdan la buena opinion que tienen de mí; y, si va bien, son buenos y letrados: sé que verán de donde viene, y alabarán á quien lo ha dicho por mí. Su Majestad tenga siempre á vuesa merced de su mano, y le haga tan gran santo, que con su espíritu y luz alumbre á esta miserable, poco humilde y mucho atrevida, que se ha osado determinar á escribir en cosas tan subidas. Plega el Señor no haya en ello errado, teniendo intencion y deseo de acertar y de obedecer, y que por mí se alabase en algo el Señor (que es lo que há muchos años que le suplico) y como me faltan para esto las obras, héme atrevido á concertar esta mi disparatada vida; aunque no gastando en ello

mas cuidado, ni tiempo de lo que ha sido menester para escribirla, sino poniendo lo que ha pasado por mí, con toda la llaneza y verdad que yo he podido. Plega el Señor, pues es poderoso, y si quiere puede, quiera que en todo acierte yo á hacer su voluntad, y no permita se pierda esta alma, que con tantos artificios y maneras, y tantas veces, ha sacado su Majestad de el infierno, y traido á sí, Amen.

Jhs.

El Espíritu Santo sea siempre con vuesa merced, amen. No seria malo encarecer á vuesa merced este servicio, por obligarle á tener mucho cuidado de encomendarme á nuestro Señor, que segun lo que he pasado en verme escrita, y traer á la memoria tantas miserias mias, bien podria; aunque con verdad puedo decir, que he sentido mas en escribir las mercedes, que el Señor me ha hecho, que las ofensas que yo á su Majestad. Yo he hecho lo que vuesa merced me mandó en alargarme, á condicion que vuesa merced haga lo que me prometió, en romper lo que mal le pareciere. No habia acabado de leerlo despues de escrito, cuando vuesa merced envia por él.

Puede ser vayan algunas cosas mal declaradas, y otras puestas dos veces, porque ha sido tan poco el tiempo que he tenido, que no podia tornar á ver lo que escribia: suplico á vuesa merced lo enmiende, y

mande trasladar, si se ha de llevar á el P. maestro Avila, porque podria ser conocer alguien la letra. Yo deseo harto se dé órden en como lo vea, pues con ese intento lo comencé á escribir; porque como á él le parezca voy por buen camino, quedaré muy consolada, que ya no me queda mas para hacer lo que es en mí. En todo haga vuesa merced como le pareciere; y vea está obligado á quien así le fia su alma.

La de vuesa merced encomendaré yo toda mi vida á nuestro Señor: por eso dese priesa á servir á su Majestad, para hacerme á mí merced, pues verá vuesa merced por lo que aquí va cuán bien se emplea en darse todo, como vuesa merced lo ha comenzado, á quien tan sin tasa se nos da. Sea bendito por siempre, que yo espero en su misericordia nos veremos adonde mas claramente vuesa merced y yo veamos las grandes, que ha hecho con nosotros, y para siempre jamás le alabemos. Amen. Acabóse este libro en Junio, año de MDLXII.

«Esta fecha se entiende de la primera vez que le escribió la madre *Teresa de Jesus*, sin distincion de capítulos. Despues hizo este traslado, y añadió muchas cosas, que acontecieron despues de esta fecha. Como es la fundacion del monasterio de San Joseph de Avila. Como en la hoja 169 parece Fray D.° Bañes.»

LIBRO

DE LAS

RELACIONES.

LIBRO

DE LAS

RELACIONES.

LIBRO DE LAS RELACIONES.

RELACION PRIMERA.

Al glorioso San Pedro de Alcántara, fundador de los descalzos del glorioso padre San Francisco, comunicándole su espíritu, y modo de proceder en la oracion, desde el convento de la Encarnacion de Avila, año de 1560.

JESUS.

La manera de proceder en la oracion que ahora tengo, es la presente. Pocas veces son las que estando en la oracion, puedo tener discurso de entendimiento; porque luego comienza á recogerse el alma, y estar en quietud ó arrobamiento, de tal manera, que ninguna cosa puedo usar de las potencias y sentidos; tanto, que si no es oir, y eso no para entender, otra cosa no aprovecha.

Acaéceme muchas veces, sin querer pensar en cosas de Dios, sino tratando de otras cosas, y pareciéndome que aunque mucho procurase tener oracion no lo podria hacer, por estar con gran sequedad, ayudando á esto los dolores corporales, darme tan de

presto este recogimiento y levantamiento de espíritu, que no me puedo valer, y en un punto dejarse con los efectos y aprovechamientos que despues tray. Y esto sin haber tenido vision, ni entendido cosa, ni sabiendo donde estoy, sino que pareciéndome se pierde el alma, la veo con ganancias, que aunque en un año quisiera ganarlas yo por fuerzas, me parece no fuera posible, segun quedo con gananeias.

Otras veces me dan unos ímpetus muy grandes, con un deshacimiento por Dios, que no me puedo valer: parece se me va á acabar la vida, y así me hace dar voces y llamar á Dios, y esto con gran furor me da. Algunas veces no puedo estar sentada, segun me dan las bascas, y esta pena me viene sin procurarla, y es tal, que el alma nunca querria salir de ello mientras viviese. Y son las ansias que tengo por no vivir, y parecer que se vive sin poderse remediar; pues el remedio para ver á Dios, es la muerte, y esta no puede tomarla: y con esto parece á mi alma que todos están consoladísimos, sino ella, y que todos hallan remedio para sus trabajos, sino ella.

Es tanto lo que aprieta esto, que si el Señor no lo remediase con algun arrobamiento, donde todo se aplaca, y el alma queda con gran quietud y satisfecha, algunas veces con ver algo de lo que desea, otras con entender otras cosas, sin nada de esto parece era imposible salir de aquella pena.

Otras veces me vienen unos deseos de servir á

Dios, con unos ímpetus tan grandes, que no lo sé encarecer, y con una pena de ver de cuán poco provecho soy. Paréceme entonces que ningun trabajo, ni cosa se me pondria delante, ni muerte ni martirio, que no los pasase con facilidad. Esto es tambien sin consideracion, sino en un punto, que me revuelve toda, y no sé de donde me viene tanto esfuerzo. Paréceme que querria dar voces, y dar á entender á todos lo que les va en no se contentar con cosas pocas, y cuanto bien hay que nos dará Dios en disponiéndonos nosotros.

Digo, que son estos deseos de manera, que me deshago entre mí, pareciéndome que quiero lo que no puedo. Paréceme me tiene atada este cuerpo, por no ser para servir á Dios en nada, y al estado; porque á no le tener, haria cosas muy señaladas, en lo que mis fuerzas pueden: y así de verme sin ningun poder para servir á Dios, siento de manera esta pena, que no lo puedo encarecer: acabo con regalo y recogimiento y consuelo de Dios.

Otras veces me ha acaecido, cuando me dan estas ansias por servirle, querer hacer penitencias, mas no puedo. Esto me aliviaria mucho, y alivia y alegra, aunque no son casi nada, por la flaqueza de mi cuerpo, aunque si me dejase con estos deseos, creo haria demasiado.

Algunas veces me da grande pena haber de tratar con nadie, y me aflige tanto, que me hace llorar har-

to, porque toda mi ansia es por estar sola, y aunque algunas veces no rezo, ni leo, me consuela la soledad, y la conversacion (especial de parientes y deudos) me parece pesada, y que estoy como vendida, salvo con los que trato cosas de oracion, y de alma, que con estos me consuelo y alegro, aunque algunas veces me hartan, y querria no verlos, sino irme adonde estuviese sola, aunque esto pocas veces, especialmente con los que trato mi conciencia siempre me consuelan.

Otras veces me da gran pena haber de comer y dormir, y ver que yo, mas que nadie, no lo puedo dejar. Hágolo por servir á Dios, y así se lo ofrezco. Todo el tiempo me parece breve, y que me falta para rezar; porque de estar sola nunca me cansaria. Siempre tengo deseo de tener tiempo para leer, porque á esto he sido muy aficionada. Leo muy poco, porque en tomando el libro, me recojo en contentándome, y así se va la lecion en oracion, y es poco, porque tengo muchas ocupaciones, y aunque buenas, no me dan el contento que me daria esto. Y así ando siempre deseando tiempo, y esto me hace serme todo siempre desabrido (segun creo), ver que no se hace lo que quiero y deseo.

Todos estos deseos, y mas de virtud me ha dado nuestro Señor despues que me dió esta oracion quieta con estos arrobamientos; y hállome tan mejorada, que me parece era antes una perdicion. Déjanme es-

tos arrobamientos y visiones con las ganancias que aquí diré; y digo, que si algun bien tengo, que de aquí me ha venido.

Hame venido una determinacion muy grande de no ofender á Dios ni venialmente, que antes moriria mil muertes, que tal hiciese, entendiendo que lo hago. Determinacion de que ninguna cosa que yo pensare ser mas perfeccion, y que haria mas servicio á nuestro Señor, diciéndolo quien de mí tiene cuidado y me rige que lo hiciese, sintiese cualquiera cosa, que por ningun tesoro lo dejaria de hacer. Y si lo contrario hiciese, me parece no tendria cara para pedir nada á Dios nuestro Señor, ni para tener oracion, aunque con todo esto hago muchas faltas é imperfecciones. Obediencia á quien me confiesa, aunque con imperfeccion: pero entendiendo yo que quiere una cosa, ó me la manda, segun entiendo, no la dejaria de hacer: y si la dejase pensaria andaba muy engañada.

Deseo de pobreza, aunque con imperfeccion: mas paréceme, que aunque tuviese muchos tesoros no tendria renta particular, ni dineros escondidos para mí sola, ni me se da nada: solo querria tener lo necesario. Con todo, siento tengo harta falta en esta virtud; porque aunque para mí no lo deseo, querríalo tener para dar, aunque no deseo renta, ni cosa para mí.

Casi con todas las visiones que he tenido me he

quedado con aprovechamiento, si no es engaño del demonio: en esto remítome á mis confesores.

Cuando veo alguna cosa hermosa, rica, como agua, campo, flores, olores, músicas, etc., paréceme no lo querria ver ni oir; ¡tanta es la diferencia de ello, á lo que yo suelo ver! y así se me quita la gana de ellas. Y de aquí he venido á dárseme tan poco por estas cosas, que si no es primer movimiento, otra cosa no me ha quedado de ello, y esto me parere basura.

Si hablo, ó trato con algunas personas profanas, porque no puede ser menos, aunque sea de cosas de oracion, si mucho lo trato, aunque sea por pasatiempo, si no es necesario me estoy forzando, porque me dan gran pena.

Cosas de regocijo, de que solia ser amiga, y de cosas de el mundo, todo me da en rostro y no lo puedo ver.

Estos deseos de amar y servir á Dios y verle, que he dicho que tengo, no son ayudados con consideracion, como tenia antes, cuando me parecia que estaba muy devota y con muchas lágrimas; mas con una inflamacion y fervor tan escesivo, que torno á decir, que si Dios no remediase con algun arrobamiento, donde me parece queda el alma satisfecha me parece seria para acabar presto la vida.

A los que veo mas aprovechados, y con estas determinaciones, y desasidos y animosos, los amo mu-

cho, y con tales querria yo tratar, y parece que me ayudan. A las personas que veo tímidas, y que me parece á mí van atentando á las cosas, que conforme á razon acá se pueden hacer, parece que me congojan, y me hacen llamar á Dios y á los santos, que estas tales cosas, que ahora nos espantan, acometieron. No porque yo sea para nada, pero porque me parece que ayuda Dios á los que por Él se ponen á mucho, y que nunca falta á quien en Él solo confia, y querria hallar quien ayudase á creerlo así, y no tener cuidado de lo que he de comer y vestir, sino dejarlo á Dios.

No se entiende que este dejar á Dios lo que he menester, es de la manera que no lo procure, mas no con cuidado, que me dé cuidado digo. Y despues que me ha dado esta libertad, vame bien con esto, y procuro olvidarme de mí cuanto puedo: esto no me parece habrá un año que me lo ha dado nuestro Señor.

Vanagloria, gloria á Dios, que yo entienda, no hay porque la tener; porque veo claro en estas cosas, que Dios da, no poner nada de mí. Antes me da Dios á sentir miserias mias, que con cuanto yo pudiera pensar, me parece, no pudiera ver tantas verdades como en un rato conozco.

Cuando hablo de estas cosas, de pocos dias acá, paréceme son como de otra persona. Antes me parecia algunas veces era afrenta que la supiesen de mí,

mas ahora paréceme que no soy por esto mejor, sino más ruin, pues tan poco me aprovecho con tantas mercedes. Y, cierto, por todas partes me parece no ha habido otra peor en el mundo que yo; y así las virtudes de los otros me parecen de harto más merecimiento, y que yo no hago sino recibir mercedes, y que á los otros les ha de dar Dios por junto, lo que aquí me quiere dar á mí; y suplícole no me quiera pagar en esta vida; y así creo que de flaca y ruin me ha llevado Dios por este camino.

Estando en oracion, y aun casi siempre que yo pueda considerar un poco, aunque yo lo procurase, no puedo pedir descansos, ni desearlos de Dios; porque veo que no vivió Él sino con trabajos, y estos le suplico me dé, dándome primero gracia para sufrirlos.

Todas las cosas de esta suerte, y de muy subida perfeccion, parece se me imprimen en la oracion, tanto, que me espanto de ver tantas verdades, y tan claras, que me parece desatino las cosas del mundo: y así he menester cuidado, para pensar cómo me habia antes en las cosas del mundo, que me parece que sentir las muertes y trabajos de él, es un desatino, á lo menos que dure mucho el dolor, ó el amor de los parientes, amigos, etc. Digo que ando con cuidado, considerándome lo que era y lo que solia sentir.

Si veo en algunas personas algunas cosas, que á la clara parecen pecados, no me puedo determinar,

que aquellos hayan ofendido á Dios, y si algo me detengo en ello (que es poco ó nada) nunca me determinaba, aunque lo veia claro: parecíame que el cuidado que yo traigo de servir á Dios, traen todos. Y en esto me ha hecho gran merced, que nunca me detengo en cosa mala, que se me acuerde despues; y si se me acuerda, siempre veo otra virtud en la tal persona. Así que nunca me fatigan estas cosas, sino es lo comun, y las heregías, que muchas veces me afligen, y, casi siempre que pienso en ellas, me parece que solo esto es trabajo de sentir. Y tambien siento si veo algunos que trataban en oracion y tornan atras: esto me da pena, mas no mucha, porque procuro no detenerme.

Tambien me hallo mejorada en curiosidades que solia tener, aunque no de el todo, que no me veo estar en esto siempre mortificada, aunque algunas veces sí.

Esto todo que he dicho es lo ordinario, que pasa en mi alma, segun puedo entender, y muy continuo tener el pensamiento en Dios. Y aunque trate de otras cosas, sin querer yo, como digo, no entiendo quien me despierta; y esto no siempre, sino cuando trato algunas cosas de importancia; y esto (gloria á Dios) es á ratos el pensarlo, y no me ocupa siempre.

Viénenme algunos dias, aunque no son muchas veces, y dura como tres ó cuatro ó cinco dias, que me parece que todas las cosas buenas y fervorosas y vi-

siones se me quitan, y aun de la memoria, que aunque quiera no sé qué cosa buena haya habido en mí. Todo me parece sueño, ó á lo menos no me puedo acordar de nada. Apriétanme los males corporales en junto. Túrbaseme el entendimiento, que ninguna cosa de Dios puedo pensar, ni sé en qué ley vivo. Si leo no lo entiendo; paréceme estoy llena de faltas, sin ningun ánimo para la virtud; y el grande ánimo que suelo tener queda en esto, que me parece á la menor tentacion y murmuracion de el mundo no podria resistir.

Ofréceseme entónces, que no soy para nada, que quien me mete en mas de en lo comun: tengo tristeza, paréceme tengo engañados á todos los que tienen algun crédito de mí, querríame esconder donde nadie me viese: no soledad para virtud, sino de pusilanimidad. Paréceme querria reñir con todos los que me contradijesen: traigo esta batería, salvo que me hace Dios esta merced, que no le ofendo mas que suelo, ni le pido me quite esto, mas que si es su voluntad que esté así siempre, que me tenga de su mano, para que no le ofenda, y confórmome con Él de todo corazon, y veo que el no me tener siempre así es merced grandísima que me hace.

Una cosa me espanta, que estando de esta suerte, una sola palabra de las que suelo entender, ó una vision, ó un poco de recogimiento, que dure un Ave María, y en llegándome á comulgar, queda el alma

y el cuerpo tan quieto, tan sano, y tan claro el entendimiento, con toda la fortaleza y deseos que suelo. Y tengo esperiencia de esto, que son muchas veces, al menos cuando comulgo, ha mas de medio año, que notablemente siento clara salud corporal, y con los arrobamientos algunas veces: y dúrame mas de tres horas algunas veces, y otras todo el dia estoy con gran mejoría, y á mi parecer no es antojo, porque lo he echado de ver, y he tenido cuenta con ello. Así, que cuando tengo este recogimiento no tengo miedo á ninguna enfermedad. Verdad es que cuando tengo la oracion, como solia antes, no siento esta mejoría.

Todas estas cosas, que he dicho, me hacen á mí creer que estas cosas son de Dios; porque como conozco quien yo era, que llevaba camino de perderme y en poco tiempo, con estas cosas es cierto que mi alma se espantaba, sin entender por donde me venian estas virtudes: no me conocia, y veia ser cosa dada y no ganada por trabajo. Entiendo con toda verdad y claridad, y sé que no me engaño, que no solo ha sido medio para traerme Dios á su servicio, pero para sacarme de el infierno; lo cual saben mis confesores, á quien me he confesado generalmente.

Tambien cuando veo alguna persona, que sabe alguna cosa de mí, le querria dar á entender mi vida; porque me parece ser honra mia, que nuestro Señor sea alabado, y ninguna cosa se me da por lo demas. Es-

to sabe Él bien, ó yo estoy muy ciega, que ni honra ni vida ni gloria ni bien ninguno ni en cuerpo ni alma hay quien me detenga, ni quiera, ni desee mi provecho, sino su gloria. No puedo yo creer que el demonio ha buscado tantos medios para ganar mi alma, para despues perderla; que no le tengo por tan necio. Ni puedo creer de Dios, que ya que por mis pecados mereciese andar engañada, haya dejado tantas oraciones de tantos buenos, como dos años ha se hacen, que yo no hago otra cosa, sino rogarlo á todos, para que el Señor me dé á conocer, si es esto su gloria, ó me lleve por otro camino. No creo permitirá su divina Majestad, que siempre fuesen adelante estas cosas, si no fueran suyas.

Estas cosas y razones de tantos santos me esfuerzan, cuando traigo estos temores de si no es Dios, siendo ya tan ruin. Mas cuando estoy en oracion, y en los dias que ando quieta y el pensamiento en Dios, aunque se junten cuantos letrados y santos hay en el mundo, y me diesen todos los tormentos imaginables, y yo quisiese creerlo, no me podrian hacer creer que esto es demonio, porque no puedo. Y cuando me quisieron poner em que lo creyese, temia, viendo quien lo decia, y pensaba que ellos debian decir verdad, y que yo, siendo la que era, debia de estar engañada. Mas á la primera palabra ó recogimiento, ó vision era deshecho todo lo que me habian dicho: yo no podia mas, y creia que era Dios.

Aunque puedo pensar que podia mezclarse alguna vez demonio, y esto es así, como he visto y dicho, mas tray diferentes efectos; y á quien tiene esperiencia no le engañará á mi parecer. Con todo esto digo, que aunque creo que es Dios ciertamente, yo no haria cosa alguna, sino le pareciese á quien tiene cargo de mí, que es mas servicio de nuestro Señor, por ninguna cosa: y nunca he entendido, sino que obedezca, y que no calle nada, que esto me conviene. Soy muy ordinario reprendida de mis faltas, y de manera que llega á las entrañas; y avisos, cuando hay, ó puede haber algun peligro en cosa que trato, que me han hecho harto provecho, trayéndome los pecados pasados á la memoria muchas veces, que me lastima harto.

Mucho me he alargado, mas es así cierto, que en los bienes que me veo, cuando salgo de oracion, me parece quedo corta; despues con muchas imperfecciones y sin provecho y harto ruin. Y por ventura las cosas buenas no las entiendo, mas que me engaño: empero la diferencia de mi vida es notoria, y me hace pensar en todo lo dicho, digo lo que me parece que es verdad haber sentido. Estas son las perfecciones que siento haber el Señor obrado en mí tan ruin é imperfecta. Todo lo remito al juicio de vuesa merced, pues sabe toda mi alma.

Aunque puedo pensar que podia mezclarse alguna vez demonio, y esto es así, como he visto y dicho, mas trayy diferentes efectos; y á quien tiene esperiencia no le engañará á mi parecer. Con todo esto digo, que aunque creo que es Dios ciertamente, yo no haria cosa alguna, sino le pareciese á quien tiene cargo de mí, que es mas servicio de nuestro Señor, por ninguna cosa; y nunca he entendido, sino que obedezca, y que no calle nada, que esto me conviene. Soy muy ordinario reprendida de mis faltas, y de manera que llega á las entrañas; y avisos, cuando hay, ó puede haber algun peligro en cosa que trato, que me han hecho harto provecho, trayéndome los pecados pasados á la memoria muchas veces, que me lastima harto.

Mucho me he alargado, mas es así cierto, que en los bienes que me ven, cuando salgo de oracion, me parece queda corta; despues con muchas imperfecciones y sin provecho y harto ruin. Y por ventura las cosas buenas no las entiendo, mas que me engaño: siempre la diferencia de mi vida es notoria, y me hace pensar en todo lo dicho, digo lo que me parece que es verdad haber sentido. Estas son las percepciones que siento haber el Señor obrado en mi tan ruin é imperfecta. Todo lo remito al juicio de vuestra merced, pues sabe toda mi alma.

RELACION II.

A uno de los confesores, comunicándole tambien el estado de su alma, desde el convento de la Encarnacion, año 1561 al 1562.

JESUS.

Paréceme há mas de un año que escribí esto que aquí está: háme tenido Dios de su mano en todo él, que no he andado peor; antes veo mucha mejoría en lo que diré; sea alabado por todo.

Las visiones, y revelaciones no han cesado, mas son mas subidas mucho: háme enseñado el Señor un modo de oracion, que me hallo en él mas aprovechada, y con muy mayor desasimiento en las cosas de esta vida, y con mas ánimo, y libertad. Los arrobamientos han crecido; porque á veces es con un ímpetu, y de suerte, que, sin poderme valer esteriormente, se conocen, y aun estando en compañía, porque es de manera que no se puede disimular, sino es con

dar á entender (como soy enferma de el corazon), que es algun desmayo: aunque traigo gran cuidado de resistir al principio, algunas veces no puedo.

En lo de la pobreza, me parece me ha hecho Dios mucha merced, porque aun lo necesario no querria tener, sino fuese de limosna; y así, deseo en estremo estar adonde no se coma de otra cosa. Paréceme á mí que estar donde estoy cierta que no me ha de faltar de comer y de vestir, que no se cumple con tanta perfeccion el voto, ni el consejo de Cristo; como adonde no hay renta, que alguna vez faltará; y los bienes, que con la verdadera pobreza, se ganan, parécenme muchos, y no los querria perder. Hállome con una fe tan grande muchas veces en parecerme no puede faltar Dios á quien le sirve, y no teniendo ninguna duda, que hay, ni ha de haber ningun tiempo en que falten sus palabras, que no puedo persuadirme á otra cosa, ni puedo temer, y así siento mucho cuando me aconsejan tenga renta, y tórnome á Dios.

Paréceme tengo mucha mas piedad de los pobres, que solia, teniendo yo una lástima grande y deseo de remediarlos, que, si mirase á mi voluntad, les daria lo que traigo vestido. Ningun asco tengo de ellos, aunque los trate, y llegue á las manos; y esto veo es ahora don de Dios, que aunque por amor de Él hacia limosna, piedad natural no la tenia. Bien conocida mejoría siento en esto.

En cosas que dicen de mí de murmuracion (que son hartas, y en mi perjuicio, y hartos) tambien me siento muy mejorada. No parece me hace casi impresion mas que á un bobo: paréceme algunas veces tienen razon, y casi siempre. Siéntolo tan poco, que aun no me parece tengo que ofrecer á Dios, como tengo esperiencia, que gana mi alma mucho; antes me parece me hacen bien. Y así ninguna enemistad me queda con ellos en llegándome la primera vez á la oracion; que luego que lo oigo, un poco de contradicion me hace no con inquietud, ni alteracion; antes como veo algunas veces otras personas, me han lástima: es así, que entre mí me deshago, porque me parece todos los agravios de tan poco tomo los de esta vida, que no hay que sentir; porque me figuro andar en un sueño, y veo que en despertando será todo nada.

Dame Dios mas vivos deseos, mas gana de soledad, muy mayor desasimiento, como he dicho, con visiones, que se me ha hecho entender lo que es todo, aunque deje cuantos amigos y amigas, deudos, que esto es lo de menos, antes me cansan muy mucho parientes: como sea por un tantito de servir mas á Dios, los dejo con toda libertad y contento, y así en cada parte halló paz.

Algunas cosas, que en oracion he sido aconsejada, me han salido muy verdaderas. Así, que de parte de hacerme Dios mercedes, hállome muy mas me-

jorada: de servirle yo de mi parte harto mas ruin; porque el regalo he tenido mas, que se ha ofrecido, aunque hartas veces me da harta pena. La penitencia es muy poca; la honra que me hacen, mucha; bien contra mi voluntad hartas veces. Mas en fin me veo con vida regalada, y no penitente. Dios lo remedie como puede.

Esto que está aquí de mi letra há nueve meses, poco menos ó mas, que lo escribí. Despues acá no he tornado atrás de las mercedes, que Dios me ha hecho: me parece he recibido de nuevo, á lo que entiendo, mucha mayor libertad. Hasta ahora parecíame habia menester á otros, y tenia mas confianza en ayudas de el mundo: ahora he entendido claro ser todos unos palillos de romero seco, y que asiéndose á ellos no hay seguridad, que en habiendo algun peso de contradiciones ó murmuraciones se quiebrán. Y así tengo esperiencia, que el verdadero remedio para no caer es asirnos á la cruz, y confiar en el que en ella se puso. Hállole amigo verdadero, y hállome con esto con un señorío, que me parece podria resistir á todo el mundo con no me faltar Dios, que fuese contra mí.

Entendiendo esta verdad tan clara, solia ser muy amiga de que me quisiesen bien: ya no se me da nada, antes me parece en parte me cansa, salvo con los que trato mi alma, ó yo pienso aprovechar; que los

unos porque me sufren, y los otros porque con mas aficion crean lo que les digo de la vanidad que es todo, querria me la tuviesen.

En muy grandes trabajos y persecuciones y contradiciones, que he tenido estos meses, háme dado Dios gran ánimo; y cuando mayores, mayor, sin cansarme en padecer. Y con las personas que decian mal de mí, no solo no estaba mal con ellas, sino que me parece las cobraba amor de nuevo: no sé cómo era esto, bien dado de la mano de el Señor.

De mi natural suelo, cuando deseo una cosa, ser impetuosa en desearla: ahora van mis deseos con tanta quietud, que cuando los veo cumplidos, aun no entiendo si me huelgo. Que pesar y placer, si no es en cosas de oracion, todo va templado, que parezco boba, y como tal ando algunos dias.

Los ímpetus que me dan algunas veces, y han dado de hacer penitencias, son grandes, y si alguna hago, siéntola tan poco con aquel gran deseo, que alguna vez me parece, y siempre casi, que es regalo particular, aunque hago poca, por ser muy enferma.

Es grandísima pena para mí muchas veces, y aun ahora mas escesiva, el haber de comer, en especial si estoy en oracion. Debe de ser grande, porque me hace llorar mucho y decir palabras de aflicion, casi sin sentirme, lo que yo no suelo hacer: por grandísimos trabajos que he tenido en esta vida no me acuer-

do haberlas dicho, que no soy nada mujer en estas cosas, que tengo recio corazon.

Deseo grandísimo, mas que suelo, siento en mí de que tenga Dios personas que con todo desasimiento le sirvan, y que en nada de lo de acá se detengan, como veo es todo burla, en especial letrados; que como veo las grandes necesidades de la Iglesia, que estas me afligen tanto, que me parece cosa de burla tener por otra cosa pena, y así no hago sino encomendarlos á Dios; porque veo yo que haria mas provecho una persona del todo perfecta, con fervor verdadero de amor de Dios, que muchas con tibieza.

En cosas de la fe me hallo, á mi parecer, con muy mayor fortaleza. Paréceme á mí, que contra todos los luteranos me pornia yo sola á hacerles entender su yerro. Siento mucho la perdicion de tantas almas. Veo muchas aprovechadas, que conozco claro ha querido Dios que sea por mis medios; y conozco, que por su bondad va en crecimiento mi alma en amarle cada dia mas.

Paréceme que aunque con estudio quisiese tener vanagloria, que no podria, ni veo cómo pudiese pensar que ninguna de estas virtudes es mia; porque há poco que me ví sin ninguna muchos años, y ahora de mi parte no hago mas de recibir mercedes, sin servir, sino como la cosa mas sin provecho de el mundo. Y es así, que considero algunas veces como todos aprovechan, sino yo, que para mí ninguna cosa

valgo. Esto no es cierto humildad, sino verdad: y conocerme tan sin provecho, me tray con temores algunas veces de pensar no sea engañada. Así que veo claro, que de estas revelaciones y arrobamientos, que yo ninguna parte soy, ni hago para ellos mas que una tabla, me vienen estas ganancias. Esto me hace asegurar, y traer mas sosiego, y póngome en los brazos de Dios, y fio de mis deseos, que estos cierto entiendo son morir por Él, y perder todo el descanso, y venga lo que viniere.

Viénenme dias, que me acuerdo infinitas veces lo que dice san Pablo (aunque á buen seguro que no sea así en mí)—Que ni me parece vivo yó, ni hablo, ni tengo querer, sino que está en mí quien me gobierna, y da fuerza: y ando como casi fuera de mí, y así me es grandísima pena la vida. Y la mayor cosa que yo ofrezco á Dios por gran servicio, es cómo siéndome tan penoso estar apartada de Él, por su amor quiero vivir. Esto querria yo fuese con grandes trabajos y persecuciones: ya que no soy para aprovechar, querria ser para sufrir: y cuantos hay en el mundo pasaria por un tantito de mas mérito, digo en cumplir mas su voluntad.

Ninguna cosa he entendido en la oracion, aunque sea dos años antes, que no la haya visto cumplida. Son tantas las que veo, y lo que entiendo de las grandezas de Dios, y cómo las ha guiado, que casi ninguna vez comienzo á pensar en ello, que no me falte

el entendimiento, como quien ve cosas que van muy adelante de lo que puedo entender, y quedo en recogimiento.

Guárdame tanto Dios en no ofenderle, que cierto algunas veces me espanto, que me parece veo el gran cuidado que tray de mí, sin poner yo en ello casi nada, siendo un piélago de pecados y maldades, antes de estas cosas, y sin parecerme era señora de mí para dejarlas de hacer. Y para lo que yo querria se supiesen, es, para que se entienda el gran poder de Dios. Sea alabado por siempre jamás. Amen.

JESUS.

Esta relacion, que no es de mi letra, que va al principio, es, que la dí yo á mi confesor, y él, sin quitar ni poner cosa, la sacó de la suya. Era muy espiritual y teólogo, con quien trataba todas las cosas de mi alma, y él las trató con otros letrados: entre ellos fué el Padre Mancio. Ninguna han hallado, que no sea muy conforme á la Sagrada Escritura. Esto me hace ya estar sosegada, aunque entiendo hé menester (mientra Dios me llevare por este camino) no me fiar de mí en nada; y así lo he hecho siempre, aunque siento mucho. Mire vuesa merced, que todo esto va debajo de confesion, como lo supliqué á vuesa merced (1).

(1) Tambien aquí se puso la firma de Santa Teresa, y la enmendaron los correctores. Pero tambien la suprimo aquí de uno y de otro modo, puesto que el original no la tiene.

RELACION III.

De varias mercedes que hizo Dios á Santa Teresa desde el año 1568 al 1571 inclusive.

Estando en el monasterio de Toledo y, aconsejándome algunos, que no diese el enterramiento de él, á quien no fuese caballero, díjome el Señor—Mucho te desatinará, hija, si miras las leyes del mundo. Pon los ojos en mí, pobre y despreciado de él: ¿por ventura serán los grandes del mundo, grandes delante de mí, ó habeis vosotras de ser estimadas por linajes, ó por virtudes?

Acabando de comulgar, segundo dia de Cuaresma en San José de Malagon, se me representó Nuestro Señor Jesucristo en vision imaginaria como suele, y estando yo mirándole, vi que en la cabeza, en lúgar de corona de espinas, en toda ella (que debia ser adonde hicieron llaga) tenia una corona de gran resplandor.

Como yo soy devota de este paso, consolóme mucho, y comencé á pensar, que gran tormento debia ser, pues habia hecho tantas heridas, y á darme pena.

Díjome el Señor, que no le hubiese lástima por aquellas heridas, sino por las muchas que ahora le daban. Yo le dije, que ¿qué podia hacer para remedio de esto, que determinada estaba á todo? Díjome: Que no era ahora tiempo de descansar, sino que me diese priesa á hacer estas casas, que con las almas de ellas tenia él descanso. Que tomase cuantas me diesen, porque habia muchas que por no tener adonde, no le servian, y que las que hiciese en lugares pequeños fuesen como esta, que tanto podian merecer con deseo de hacer lo que en las otras, y que procurase anduviesen todas debajo de un gobierno de prelado, y que pusiese mucho, que por cosa de mantenimiento corporal no se perdiese la paz interior, que Él nos ayudaria, para que nuuca faltase. En especial tuviesen cuenta con las enfermas, que la prelada, que no proveyese y regalase á la enferma, era como los amigos de Job, que Él daba el azote para bien de sus almas, y ellas ponian en aventura la paciencia. Que escribiese la fundacion de estas casas.

Yo pensaba cómo en la de Medina, nunca habia entendido nada para escribir su fundacion. Díjome, que ¿qué mas queria de ver que su fundacion habia sido milagrosa? Quiso decir, que haciéndolo solo Él,

pareciendo ir sin ningun camino, yo me determiné á ponerlo por obra.

Estando yo pensando como en un aviso que me habia dado el Señor que diese, no entendia yo nada, aunque se lo suplicaba y pensaba debia ser demonio, díjome—«que no era, que Él me avisaria cuando fuese tiempo.»

Estando pensando una vez, con cuanta mas limpieza se vive estando apartada de negocios, y cómo cuando yo ando en ellos, debo andar mal, y con muchas faltas, entendí—«No puede ser menos, hija, procura siempre en todo recta intencion, y desasimiento, y mírame á Mí, que vaya lo que hicieres conforme á lo que Yo hice.»

Estando pensando, qué seria la causa de no tener ahora casi nunca arrobamiento en público, entendí—«No conviene ahora, bastante crédito tienes para lo que Yo pretendo: vamos mirando la flaqueza de los maliciosos.»

El martes despues de la Ascension, habiendo estado un rato en oracion, despues de comulgar con pena, porque me divertia de manera, que no podia estar en una cosa, quejábame al Señor de nuestro miserable natural. Comenzó á inflamarse mi alma, pareciéndome que claramente entendia tener presente á toda la santísima Trinidad en vision intelectual, adonde entendió mi alma por cierta manera de representacion, como figura de la verdad, para que lo pudiese

entender mi torpeza, como en Dios trino y uno; y así me parecia hablarme todas tres personas, y que se representaban dentro en mi alma distintamente, diciéndome—«que desde este dia veria mejoría en mí en tres cosas, que cada una de estas personas me hacia merced: en la caridad, en padecer con contento, en sentir esta caridad con encendimiento en el alma. Entendí aquellas palabras que dice el Señor, que estarán con el alma que está en gracia, las tres divinas personas.

Estando yo despues agradeciendo á el Señor tan gran merced, hallándome indignísima de ella, decia á su Majestad con harto sentimiento, que, pues me habia de hacer semejantes mercedes, que ¿por qué habia dejádome de su mano, para que fuese tan ruin? (porque el dia antes habia tenido gran pena por mis pecados, teniéndolos presentes). Ví aquí claro lo mucho que el Señor habia puesto de su parte, desde que era muy niña, para llegarme á sí con medios harto eficaces, y como todos no me aprovecharon. Por donde claro se me representó el escesivo amor que Dios nos tiene en perdonar todo esto, cuando nos queremos tornar á Él, y mas conmigo que con nadie, por muchas causas.

Parece quedaron en mi alma tan imprimidas aquellas tres personas que ví, siendo un solo Dios, que á durar así, imposible seria dejar de estar recogida con tan divina compañía. Otras algunas cosas y

palabras, que aquí pasaron, no hay para que las escribir.

Una vez poco antes de esto, yendo á comulgar, estando la Forma en el relicario, que aun no se me habia dado, ví una manera de paloma, que meneaba las alas con ruido: turbóme tanto, y suspendióme, que con harta fuerza tomé la forma. Esto era todo en San Josef de Ávila. Dábame el santísimo Sacramento el padre Francisco Salcedo. Otro dia oyendo misa, vi al Señor glorificado en la hostia, díjome, que le era aceptable su sacrificio.

Una vez entendí—«Tiempo vendria, que en esta iglesia se hagan muchos milagros; llamarla han la iglesia santa.» Es en San Josef de Avila, año 1571.

Esta presencia de las tres personas que dije á el principio, he traido hasta hoy que es dia de la conmemoracion de San Paulo, presentes en mi alma muy ordinario, y como yo estaba mostrada á traer solo á Jesucristo, siempre parece me hacía algun impedimento, ver tres personas, aunque entiendo es un solo Dios, y díjome hoy el Señor pensando yo en esto—«Que erraba en imaginar las cosas de el alma con la representacion de las de el cuerpo; que entendiese que eran muy diferentes y que era capaz el alma para gozar mucho.»

Parecióme se me representa como cuando en una esponja se encorpora y embebe el agua, así me parecia mi alma que se henchia de aquella divinidad, y

por cierta manera gozaba en sí y tenia las tres personas. Y tambien entendí—«No trabajes tú de tenerme á Mí encerrado en tí, sino de encerrarte tú en Mí.» Parecíame que de dentro de mi alma que estaba y veia yo estas tres personas se comunicaban á todo lo criado, no haciendo falta, ni faltando de estar conmigo.

Estando pocos dias despues de esto que digo pensando, si tenian razon los que les parecia mal, que yo saliese á fundar, y que estaria yo mejor empleándome siempre en oracion, entendí—«Mientras se vive no está la ganancia en procurar gozarme mas, sino en procurar mi voluntad.»

Parecióme á mí, que pues San Pablo dice del encerramiento de las mujeres (que me lo han dicho poco ha, y aun antes lo habia oido) que esta seria la voluntad de Dios, y díjome—«Diles, que no se sigan por una parte sola de la Escritura, que miren otras, ¿y qué, si podrán por ventura atarme las manos?»

Estando yo un dia despues de la Octava de la Visitacion, encomendando á Dios un hermano mio, en una ermita del monte Carmelo, dije al Señor (no sé si en mi pensamiento, porque está este mi hermano adonde tiene peligro su salvacion)—«Si yo viera, Señor, á un hermano vuestro en este peligro, ¿qué hiciera por remediarle? Parecíame á mí no me quedára cosa que pudiera por hacer.»

Díjome el Señor—¿Oh hija, hija, hermanas son

mias estas de la Encarnacion, y te detienes? Pues ten ánimo, mira que lo quiero Yo, y no es tan dificultoso como te parece, y donde pensais perderán estotras cosas, ganará lo uno, y lo otro: no resistas, que es grande mi poder.

Estando pensando una vez en la gran penitencia que hacia doña Catalina de Cardona y como yo pudiera haber hecho mas (segun los deseos me ha dado alguna vez el Señor de hacerla) sino fuera por obedecer á los confesores, qué ¿si seria mejor no los obedecer de aquí adelante en eso? me dijo—«Eso no, hija, buen camino llevas, y seguro. ¿Ves toda la penitencia que hace? en mas tengo tu obediencia.»

Una vez estando en oracion me mostró por una manera de vision intelectual, como estaba el alma que está en gracia, en cuya compañía ví por vision intelectual la Santísima Trinidad, de cuya compañía venia á aquel alma un poder que señoreaba toda la tierra. Diéronseme á entender aquellas palabras de los Cantares, que dicen: *Veni dilectus meus in hortum meo et comeded.*

Mostróme tambien como está el alma que está en pecado, sin ningun poder, sino como una persona que estuviese del todo atada y liada, y atapados los ojos, que aunque quiere ver, no puede, ni andar, ni oir, y en gran oscuridad. Hiciéronme tanta lástima las almas que están así, que cualquier trabajo me pa-

rece ligero por librar una. Parecióme, que á entender esto como yo lo ví, que se puede mal decir, que no era posible querer ninguno perder tanto bien, ni estar en tanto mal.

Estando un dia muy penada por el remedio de la órden, me dijo el Señor—«Haz lo que es en tí y déjame tu á Mí y no te inquietes por nada: goza de el bien que te ha sido dado, que es muy grande. Mi Padre se deleita contigo y el Espíritu Santo te ama. Siempre deseas los trabajos, y por otra parte los rehusas; yo dispongo las cosas conforme á lo que sé de tu voluntad, y no conforme á tu sensualidad y flaqueza. Esfuérzate, pues ves lo que te ayudo: he querido que ganes tú esta corona; en tus dias verás muy adelantada la Orden de la Vírgen.» Esto entendí de el Señor mediado Febrero, año de 1571.

La víspera de San Sebastian, del primer año que vine á ser priora, comenzando la Salve, ví en la silla prioral, adonde está puesta Nuestra Señora, bajar con gran multitud de ángeles á la Madre de Dios, y ponerse allí: á mi parecer no ví la imágen entonces, sino esta Señora que digo. Parecióme se parecia algo á la imágen que me dió la condesa, aunque fué de presto el poderla determinar, por suspenderme luego mucho. Parecíame encima de las comas de las sillas, y sobre los antepechos muchos ángeles, aunque no con forma corporal, que era vision intelectual. Estuve así toda la Salve, y díjome—«Bien acertaste en

ponerme aquí, yo estaré presente á las alabanzas que hicieren á mi Hijo, y se las presentaré.»

Despues de esto quedéme yo en la oracion que traigo de estar el alma con la Santísima Trinidad, y parecíame que la persona de el Padre, me llegaba á Sí y me decia palabras muy agradables. Entre ellas me dijo mostrándome lo que me queria—Yo te dí á mi Hijo y al Espíritu Santo y á esta Vírgen. ¿Qué me puedes tú dar á *Mi*?

Octava de el Espíritu Santo, me hizo el Señor una merced y me dió esperanza de que esta casa se iria mejorando; digo las almas de ella.

Dia de la Magdalena, me tornó el Señor á confirmar una merced que me habia hecho en Toledo, eligiéndome en ausencia de cierta persona en su lugar.

Estando yo en la Encarnacion, el segundo año que tenia el priorato, Octava de San Martin, estando comulgando, partió la Forma el Padre Fray Juan de la Cruz (que me daba el Santísimo Sacramento) para otra hermana: yo pensé que no era falta de Forma, sino que me queria mortificar, porque yo le habia dicho, que gustaba mucho cuando eran grandes las Formas; no porque no entendia no importaba para dejar de estar entero el Señor, aunque fuese muy pequeño pedacito. Díjome su Majestad—«No hayas miedo, hija, que nadie sea parte para quitarte de Mí.» Dando á entender, que no importaba.

Entonces representóseme por vision imaginaria co-

mo otras veces, muy en lo interior, y dióme su mano derecha, y díjome—«Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta ahora no lo habias merecido, de aquí adelante, no solo como de Criador, y como de Rey, y tu Dios, mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mia. Mi honra es ya tuya, y la tuya mia.»

Hízome tanta operacion esta merced, que no podia caber en mí, y quedé como desatinada, y dije al Señor—que ó ensanchase mi bajeza, ó no me hiciese tanta merced, porque cierto no me parecia lo podia sufrir el natural. Estuve así todo el dia muy embebida. He sentido despues gran provecho, y mayor confusion, y afligimiento de ver que no sirvo en nada tan grandes mercedes.

Esto me dijo el Señor otro dia: ¿Piensas, hija, que está el merecer en gozar? No está sino en obrar y padecer y en amar. No habrás oido que San Pablo estuviese gozando de los gozos celestiales mas de una vez, y muchas que padeció, y ves mi vida toda llena de padecer, y solo en el monte Tabor habrás oido mi gozo. No pienses, cuando ves á mi Madre que me tiene en los brazos, que gozaba de aquellos contentos sin grande tormento: desde que le dijo Simeon aquellas palabras, le dió mi Padre luz para que viese lo que Yo habia de padecer. Los grandes santos que vivieron en los desiertos, como eran guiados por Dios, así hacian graves penitencias, y sin esto tenian gran-

des batallas con el demonio y consigo mismos: mucho tiempo se pasaban sin ninguna consolacion espiritual. Cree, hija, que á quien mi Padre mas ama da mayores trabajos, y á estos responde el amor. ¿En qué te lo puedo mas mostrar que querer para tí lo que quise para mí? Mira estas llagas, que nunca llegarán aquí tus dolores. Este es el camino de la verdad. Así me ayudarás á llorar la perdicion que traen los del mundo, entendiendo tú esto, que todos sus deseos y cuidados y pensamientos se emplean en como tener lo contrario.

Cuando este dia comencé á tener oracion, estaba con tan gran mal de cabeza, que me parecia casi imposible poderla tener. Dijome el Señor—Por aquí verás el premio de el padecer, que como no estabas tú con salud para hablar conmigo, he Yo hablado contigo y regaládote. Y es así cierto, que sería como hora y media, poco menos, el tiempo que estuve recogida. En él me dijo las palabras dichas y todo lo demas: ni yo me divertia, ni sé adonde estaba, y con tan gran contento, que no sé decirlo, y quedóme buena la cabeza, que me ha espantado, y harto deseo de padecer. Tambien me dijo que trajese mucho en la memoria las palabras que dijo á sus apóstoles—«que no habia de ser mas el siervo que el señor.»

RELACION IV.

De las mercedes que recibió del Señor en Salamanca al concluir la Cuaresma del año de 1571.

Todo ayer me hallé con gran soledad, que sino fué cuando comulgué, no hizo en mí ninguna operacion ser dia de la Resurreccion. Anoche estando con todas dijeron un cantarcillo de como era recio de sufrir vivir sin Dios: como yo estaba ya con pena, fué tanta la operacion que me hizo, que comenzaron á entumecérseme las manos, y no bastó resistencia, sino que como salgo de mí por los arrobamientos de contento, de la misma manera se suspende el alma con la grandísima pena, que queda enagenada, y hasta hoy no lo he entendido: antes de unos dias acá, me parecia no tener tan grandes estos ímpetus como solia, y ahora me parece, que es la causa esto que he dicho, no sé yo si puede ser. Que antes no llegaba la pena á salir de mí, y como es tan intolerable, y yo

me estaba en mis sentidos, hacíame dar gritos grandes sin poderlos escusar.

Ahora como ha crecido ha llegado á término de este traspasamiento, y entiendo mas el que nuestra Señora tuvo, que hasta hoy como digo, no he entendido que es traspasamiento. Quedó tan quebrantado el cuerpo, que aun esto escribo hoy con harta pena, que quedan como descoyuntadas las manos, y con dolor. Diráme vuesa merced de que me vea, si puede ser este enagenamiento de pena, ó si lo siento como es, ó si me engaño.

Hasta esta mañana estaba con esta pena, que estando en oracion, tuve un gran arrobamiento, y parecíame que nuestro Señor me habia llevado el espíritu junto á su Padre, y díchole—«Esta que me diste te doy, y parecíame que me llegaba á sí. Esto no es cosa imaginaria, sino con una certeza grande, y una delicadez tan espiritual, que no se sabe decir: díjome algunas palabras, que no se me acuerdan: de hacerme merced eran algunas. Duró algun espacio tenerme cabe sí.

Como vuesa merced se fué ayer tan presto, y yo veo las muchas ocupaciones que tiene para poderme yo consolar con él aun lo necesario, porque veo son mas necesarias las ocupaciones de vuesa merced, quedé un rato con pena y tristeza. Como yo tenia la soledad que he dicho, ayudábame y como criatura de la tierra no me parece me tiene asida, dióme algun

escrúpulo, temiendo no comenzase á perder esta libertad. Esto era anoche, y respondióme hoy nuestro Señor á ello, y díjome—«Que no me maravillase, que así como los mortales desean compañía para comunicar sus contentos sensuales, así el alma la desea (cuando hay quien la entienda) comnnicar sus gozos y penas, y se entristece en no tener con quien. Díjome Él—«Ahora vas bien y me agradan tus obras.»

Como estuvo algun espacio conmigo, acordóseme que habia yo dicho á vuesa merced, que pasaban de presto estas visiones, y díjome—«Que habia diferencia de esto á las imaginarias; y que no podia en las mercedes que nos hacia haber regla cierta; porque unas veces convenia de una manera y otras de otra.»

Despues de comulgar, me parece clarísimamente se sentó cabe mí Nuestro Señor, y comenzóme á consolar con grandes regalos, y díjome entre otras cosas—«Vesme aquí, hija, que yo soy: muestra tus manos;» y parecíame que me las tomaba, y llegaba á su costado, y dijo—«Mira mis llagas, no estás sin Mí; pasa la brevedad de la vida.»

En algunas cosas que me dijo entendí, que despues que subió á los cielos, nunca bajó á la tierra, sino es en el Santísimo Sacramento, á comunicarse con nadie. Díjome, que en resucitando habia visto á nuestra Señora, porque estaba ya con grande necesidad, que la pena la tenia tan traspasada, que aun no tornaba luego en sí para gozar de aquel gozo. Por aquí en-

tendí estotro mi traspasamiento, bien diferente. ¿Mas cuál debia ser el de la Vírgen? Que habia estado mucho con ella, porque habia sido menester hasta consolarla.

El dia de Ramos acabando de comulgar, quedé con gran suspension, de manera, que aun no podia pasar la Forma, y teniéndomela en la boca, verdaderamente me pareció, cuando torné un poco en mí, que toda la boca se me habia henchido de sangre; y parecíame estar tambien el rostro y toda yo cubierta de ella, como si entonces acabara de derramarla el Señor. Me parece estaba caliente, y era excesiva la suavidad que entonces sentia, y dijome el Señor—Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia.

Yo la derramé con muchos dolores, y gózasla tú con gran deleite como ves; bien te pago el deleite que me hacias este dia. Esto dijo, porque há mas de treinta años que yo comulgaba este dia, si podia, y procuraba aparejar mi alma para hospedar á el Señor; porque me parecia mucha la crueldad que hicieron los judios, despues de tan gran recibimiento, dejarle ir á comer tan lejos, y hacia yo cuenta de que se quedase conmigo, y harto en mala posada, segun ahora veo. Y así hacia unas consideraciones bobas, debíalas admitir el Señor; porque esta es de las visiones que yo tengo por muy ciertas, y así para la comunion me ha quedado aprovechamiento.

Antes de esto habia estado creo yo tres dias con aquella gran pena, que traigo mas unas veces que otras, de que estoy ausente de Dios, y estos dias habia sido bien grande, que parecia no lo podia sufrir, y habiendo estado así harto fatigada, ví que era tarde para hacer colacion, y no podia, y á causa de los vómitos háceme mucha flaqueza no la hacer un rato antes, y así con harta fuerza, puse el pan delante para hacérmela para comerlo, y luego se me representó allí Cristo, y parecíame que me partia del pan y me lo iba á poner en la boca, y díjome—«Come, hija y pasa como pudieres; pésame de lo que padeces, mas esto te conviene ahora.

Quedé quitada aquella pena y consolada, porque verdaderamente me pareció estaba conmigo, y todo otro dia, y con esto se satisfizo el deseo por entonces. Esto de decir *pésame*, me hizo reparar, porque ya no me parece puede tener pena de nada.

Antes de esto había estado creo yo tres días con aquella gran pena, que traigo más unas veces que otras, de que estoy ausente de Dios, y estos días había sido bien grande, que parecía no lo podía sufrir, y habiendo estado así harto fatigada, vi que era tarde para hacer colación, y no podía, y á causa de los vómitos hácemе mucha flaqueza no la hacer un rato antes, y así con harta fuerza, puse el pan delante para hacérmela para comerlo, y luego se me representó allí Cristo, y parecíame que me partía del pan y me lo iba á poner en la boca, y díjome—«Come, hija y pasa como pudieres; pésame de lo que padeces, mas esto te conviene ahora.

Quedé quitada aquella pena y consolada, porque verdaderamente me pareció estaba conmigo, y todo otro día, y con esto se satisfizo el deseo por entonces. Esto de decir pésame, me hizo reparar, porque ya no me parece puede tener pena de nada.

RELACION V.

Apuntes acerca de varios asuntos espirituales.

Sobre el temor de pensar si no están en gracia.

De qué te afliges, pecadorcilla? Yo no soy tu Dios? No ves cuán mal allí soy tratado? Si me amas ¿por qué no te dueles de mí? Hija, muy diferente es la luz de las tinieblas, yo soy fiel, nadie se perderá sin entenderlo. Engañarse há quien se asegurare por regalos espirituales: la verdadera seguridad es el testimonio de la buena conciencia. Mas nadie piense que por sí puede estar en luz, así como no podria hacer que no viniese la noche natural, porque depende de mi gracia. El mejor remedio que puede haber para detener la luz, es entender el alma, que no puede nada por sí, y que le viene de mí; porque aunque esté en ella, en un punto que yo me aparte, vendrá la noche. Esta es la verdadsra humildad, conocer el alma lo que puede, y lo que yo puedo. No dejes de es-

cribir los avisos que te doy, porque no se te olviden. Pues quieres por escrito los avisos de los hombres, ¿por qué piensas pierdes tiempo en escribir los que te doy? Tiempo vendrá que los hayas todos menester.

Sobre darme á entender qué es union.

No pienses, hija, que es union estar muy junta conmigo, porque tambien lo están los que me ofenden, aunque no quieren. Ni los regalos y gustos de la union, aunque sea en muy subido grado, aunque sean mios, medios son para ganar las almas muchas veces aunque no estén en gracia. Estaba yo cuando esto entendia en gran manera levantado el espíritu. Dióme á entender el Señor que era espíritu, y como estaba el alma entonces, y como se entienden las palabras de la *Magnifica*, *exultabid espiritus meus*, *etc.* Se me dió á entender, «que el espíritu era lo superior de la voluntad.»

Tornando á la union, entendí que era este espíritu limpio y levantado de todas las cosas de la tierra, no quedar cosa de él, que quiera salir de la voluntad de Dios, sino que de tal manera, esté un espíritu y una voluntad conforme con la suya y un desasimiento de todo empleado en Dios, que no haya memoria de amor en sí, ni en ninguna cosa criada. Y yo pensando si esto es union, luégo mi alma que siempre está en esta de-

terminacion, siempre podemos decir está en esta oracion de union, y es verdad que esta no puede durar sino es muy poco.

Ofréceseme que cuanto á andar justamente, y mereciendo y ganando se hará, mas no se puede decir anda unida el alma como en la contemplacion, paréceme entendí, aunque no por palabras, «que es tanto el polvo de nuestra miseria y faltas y estorbos en que nos tornamos á enfoscar, que no seria posible estar con la limpieza que está el espíritu, cuando se junta con el de Dios, que vaya fuera y levantado de nuestra miserable miseria.»

Y paréceme á mí que si esta es union, estar tan hecha una nuestra voluntad y espíritu con el de Dios, que no es posible tenerla, quien no esté en estado de gracia, que me habian dicho que sí. Así me parece á mí será bien dificultoso entender cuando es *union*, sino por particular gracia de Dios, pues no se puede entender cuando estamos en ella.

Escríbame vuesa merced su parecer, y en lo que desatino y tórneme á enviar este papel.

Habia leido en un libro, que era imperfeccion tener imágenes curiosas, y así queria no tener en la celda una que tenia. Y tambien antes que leyese esto, me parecia pobreza tener ninguna, sino de papel, y como despues leí esto, ya no las tuviera de otra cosa. Y entendí del Señor esto que diré, estando descuidada de ello—Que no era buena mortificacion; que cual era

mejor: la pobreza ó la caridad? Que pues era mejor el amor, que todo lo que me despertase á él, no lo dejase, ni lo quitase á mis monjas, que las muchas molduras y cosas curiosas en las imágenes, decia el libro, y no la imágen. Que lo que el demonio hacia con los luteranos, era quitarles todos los medios para mas despertar, y así iban perdidos. Mis fieles, hija, han de hacer ahora mas que nunca, al contrario de lo que ellos hacen.

Entendí que tenia mucha obligacion de servir á nuestra Señora y á San Joséf, porque muchas veces, yendo perdida del todo, por sus ruegos me tornaba Dios á dar salud.

Un dia despues de San Mateo, estando como suelo, despues que ví la vision de la Santísima Trinidad, y como está con el alma que está en gracia, se me dió á entender muy claramente, de manera, que por ciertas maneras y comparaciones por vision imaginaria lo ví. Y aunque otras veces se me ha dado á entender por vision la Santísima Trinidad intelectualmente, no me quedaba despues de algunos dias la verdad, como ahora digo, para poderlo pensar. Y ahora veo, que de la misma manera lo he oido á letrados, y no lo entendia como ahora, aunque siempre sin detenimiento lo creia, porque no he tenido tentaciones de la fe.

A las que somos ignorantes parécenos, que las Personas de la Santísima Trinidad todas tres están,

como lo vemos pintado, en una persona, á manera de como cuando se pinta en un cuerpo con tres rostros; y así nos espanta tanto, que parece cosa imposible, y que no hay quien ose pensar en ello, porque el entendimiento se embaraza, y teme no quede dudoso de esta verdad, y quita una gran ganancia.

Lo que á mí se me representó, son tres personas distintas, que cada una se puede mirar, y hablar por si. Y despues he pensado, que solo el Hijo tomó carne humana, por donde se ve esta verdad. Estas personas se aman y comunican y se conocen. Pues si cada una es por sí, ¿cómo decimos que todas tres es una esencia, y lo creemos, y es muy grande verdad, y por ella moriria mil muertes? En todas tres Personas no hay mas que un querer y un poder y un señorio. De manera que ninguna cosa puede una sin otra, sino que de todas cuantas criaturas hay, es solo un Criador. ¿Podria el Hijo criar una hormiga sin el Padre? No, que es todo un poder, y lo mismo el Espíritu Santo, así que es un solo Dios todo Poderoso, y todas tres Personas una Majestad. ¿Podria uno amar al Padre, sin querer al Hijo, y al Espíritu Santo? No, sino quien contentare á la una de estas tres Personas, contenta á todas tres: y quien la ofendiere, lo mismo. ¿Podrá el Padre estar sin el Hijo y sin el Espíritu Santo? No, porque es una esencia, y donde está el uno están todas tres, que no se pueden dividir.

¿Pues cómo vemos que están divisas tres Perso-

nas, y cómo tomó carne humana el Hijo, y no el Padre, ni el Espíritu Santo? Eso no lo entendí yo, los teólogos lo saben. Bien sé yo, que en aquella obra tan maravillosa, que estaban todas tres, y no me ocupo pensar mucho en esto: luego se concluye mi pensamiento con ver que es Dios todo Poderoso, y como lo quiso, y así podrá lo que quisiere; y mientras lo entiendo, mas lo creo, y me hace mayor devocion. Sea por siempre bendito, amen.

Si no me hubiera nuestro Señor hecho las mercedes que me ha hecho, no me parece tuviera ánimo para las obras que se han hecho, ni fuerza para los trabajos que se han pasado, y contradiciones y juicios. Y así, despues que se comenzaron las fundaciones, se me quitaron los temores, que ántes traia, de pensar ser engañada, y se me puso certidumbre que era Dios, y con esto me arrojaba á cosas dificultosas, aunque siempre con consejo y obediencia, por donde entiendo, que como quiso nuestro Señor despertar el principio de esta Orden, y por su misericordia me tomó por medio, habia su Majestad de poner lo que me faltaba, que era todo, para que hubiese efecto, y se mostrase mejor su grandeza en cosa tan ruin.

Antíoco traia tan mal olor de los pecados muchos que traia, que él no se podia sufrir á sí, ni los que iban con él, á él.

La confesion es para decir culpas y pecados, y no virtudes, ni cosas semejantes de oracion, sino fuera,

con quien se entienda que se puede tratar, y esto vea la priora, y la monja le diga la necesidad, para que vea lo que conviene; porque dice Casiano, que es el que no lo sabe como el que no ha visto ni sabido que nadan los hombres, que pensará si los ve echar en el rio, que todos se han de ahogar.

Que quiso nuestro Señor que José dijese la vision á sus hermanos, y se supiese, aunque le costara tan caro á José, como le costó.

Como el temor que siente el alma, cuando le quiere Dios hacer una gran merced, sintiendo es reverencia que hace el espíritu, como los cuatro viejos que dice la Escritura.

Como se puede entender cuando las potencias están suspendidas que representan á el alma algunas cosas para encomendarlas á Dios, que las representa algun ángel, que se dice en la Escritura que estaba incensando y ofreciendo las oraciones.

Como no hay pecados si no se entienden: que así no dejó pecar con la mujer de Abraham aquel rey Nuestro Señor, porque pensaba era hermana y no mujer.

RELACION VI.

Acerca del voto de obediencia al Padre Gracian, que hizo el año de 1575.

Año de 1575, en el mes de Abril, estando yo en la fundacion de Veas, acertó á venir allí el maestro Fray Gerónimo de la Madre de Dios Gracian. Comencéme á confesar con él algunas veces, aunque no teniéndole en el lugar que á otros confesores habia tenido, para de el todo gobernarme por él. Estando yo un dia comiendo sin ningun recogimiento interior se comenzó mi alma á suspender y recoger, de suerte que pensé que me queria venir algun arrobamiento, y representóseme esta union con la brevedad ordinaria, que es como un relámpago. Parecióme ver junto á mí á nuestro Señor Jesucristo, de la forma que su Majestad se me suele representar, y hácia su lado derecho estaba el mismo maestro Gracian. Tomó el Se-

ñor su mano derecha y la mia, y juntólas, y díjome— «Que este queria tomar en su lugar toda mi vida, y que entramos nos conformásemos en todo, porque convenia así.»

Quedé con una seguridad tan grande de que era Dios, aunque se me ponian delante dos confesores, que habia tenido en veces mucho tiempo, y seguido, y á quien he debido mucho: en especial el uno, á quien tengo gran voluntad, me hacia terrible resistencia. Con todo, no me pudiendo persuadir á que esta vision era engaño, porque hizo en mí gran operacion y fuerza, junto con decirme otras dos veces que no temiese, que Él queria esto, por diferentes palabras, que en fin me determiné á hacerlo, entendiendo era voluntad de el Señor, y seguir aquel parecer todo lo que viviese, lo que jamás habia hecho con nadie, habiendo tratado con hartas personas de grandes letras y santidad, y que miraban por mi alma con gran cuidado, mas tampoco habia yo entendido cosa semejante para que no hiciese mudanza, que el tomarlos por confesores de algunos habia entendido que me convenia, y á ellos tambien.

Determinada á esto, quedé con una paz y alivio tan grande, que me espantaba, y certificado lo quiere el Señor; porque esta paz y consuelo tan grande de el alma no me parece la puede poner el demonio: y así, cuando se me acuerda alabo á el Señor, y se me representa aquel verso—*Posuid fines suyos*

in pace, y querríame deshacer en alabanzas de Dios.

Debia ser como un mes despues de esta mi determinacion, segundo dia de Pascua de Espíritu Santo, viniendo yo á la fundacion de Sevilla, oimos misa en una ermita en Ecija, y allí nos quedamos la siesta. Estando mis compañeras en la ermita, yo me quedé sola en una sacristía que habia en ella. Comencé á pensar una gran merced que me habia hecho el Espíritu Santo una víspera de fiesta, y vínome gran deseo de hacerle un muy señalado servicio, y no hallaba cosa que no la tuviese hecha, al menos determinada, que hecho todo debe de ser falto, y acorde, que puesto que el voto de la obediencia tenia hecho, y que se podia hacer con mas perfeccion, y representóseme que le seria agradable prometer lo que ya tenia propuesto de obedecer al padre maestro fray Gerónimo.

Por una parte me parecia no hacia en ello nada, porque ya estaba determinada de hacerlo; por otra se hacia una cosa recísima, considerando que con los prelados que se hace voto no se descubre lo interior, y se mudan, y si con uno no se halla bien viene otro, y que creí quedar sin ninguna libertad exterior y interiormente toda la vida, y apretóme esto harto para no lo hacer. Esta misma resistencia, que hizo mi voluntad, me causó afrenta, y parecerme que ya se ofrecia algo que hacer por Dios; que no lo hacia, que

era cosa recia para la determinacion que tengo de servirle.

El caso es, que apretó de manera la dificultad, que no me parece que he hecho cosa en mi vida (ni el hacer profesion) que me la hiciese tan grave, salvo cuando salí de casa de mi padre para ser monja. Y fué la causa que se me olvidó lo que le quiero; y las partes que tiene para mi propósito, antes entonces como á estraño la consideraba (que me ha espantado) sino un gran temor sino era servicio de Dios, y el natural, que es amigo de libertad, debia de hacer su oficio, aunque yo ha años que no gusto de tenerla. Mas otra cosa me parecia era por voto, como á la verdad lo es.

Al cabo de gran rato de batalla, dióme el Señor una gran confianza, pareciéndome era mejor mientras mas sentia, y que pues yo hacia aquella promesa por el Espíritu Santo, y obligado quedaba á darle luz para que me la diese, junto con acordarme que me le habia dado nuestro Señor. Y con esto me hinqué de rodillas, y prometí hacer cuanto me dijese toda mi vida, por hacer este servicio á el Espíritu Santo, como no fuese contra Dios y contra los Prelados que tengo mas obligacion. Advertí que no obligaba á cosas de poco momento, como si yo importuno una cosa, y me dice que lo deje y me descuido, y torno, ú en cosas de mi regalo. En fin, que no sean cosas de naderías, que se hacen sin advertencia; y de todas mis faltas y pe-

cados ó interior no le encubriria cosa á sabiendas, que esto tambien es mas que lo que se hace con los Prelados: en fin, tenerle en lugar de Dios exterior é interiormente. No sé sí es así, mas gran cosa me parecia haber hecho por el Espíritu Santo, á lo menos todo lo que supe, y bien poco para lo que le debo.

Alabo á Dios, que crió persona en quien quepa, que de esto quede confiadísima, que le ha de hacer su Majestad grandes mercedes, y yo tan alegre y contenta, que de todo punto me parece habia quedado libre de mí, y pensando quedar apretada con la sujecion, he quedado con muy mayor libertad. Sea el Señor por todo alabado.

cados ó interior no le encubriria cosa á sabiendas, que esto tambien es mas que lo que se hace con los Prelados: en fin, tenerle en lugar de Dios exterior é interiormente. No sé si es así, mas gran cosa me parecia hacer hecho por el Espíritu Santo, á lo menos todo lo que supe, y bien poco para lo que le debo.

Alabo á Dios, que crió persona en quien quepa que de esto quede confiadísima, que le ha de hacer su Majestad grandes mercedes, y yo tan alegre y contenta, que de todo punto me parece habia quedado libre de mí, y pensando quedar apretada con la sujecion, he quedado con muy mayor libertad. Sea el Señor por todo alabado.

RELACION VII.

Qué hizo la Santa Madre Teresa de Jesus, de con quién ha tratado y comunicado su espíritu. Va dirigida al padre Rodrigo Alvarez, de la Compañía de Jesus, dándole cuenta de muchos sucesos de su vida.

JESUS.

Esta monja ha cuarenta años (1) que tomó el hábito, y desde el primero comenzó á pensar en la Pasion de Cristo nuestro Señor por los misterios, algunos ratos del dia, y en sus pecados, sin nunca pensar en cosa que fuese sobrenatural, sino en las criaturas, ó cosas de que sacaba cuan presto se acaba todo, en mirar por las criaturas la grandeza de Dios y el amor que nos tiene.

(1) Entró monja á fines de 1533, de modo que hasta el año de 1575 en que se escribió esta, llevaba cuarenta y dos años de monja, por lo cual puso la fecha redonda de cuarenta años.

Este le hacia mucho mas gana de servirle; que por el temor nunca fué, ni le hacia al caso: siempre con gran deseo de que fuese alabado, y su gloria aumentada. Por esto era cuanto rezaba, sin hacer nada por sí; que le parecia, que iba poco en padecer en purgatorio á trueque de que esta se acrecentase, aunque fuese muy poquito.

En esto pasó como veinte y dos años en grandes sequedades, y jamás le pasó por pensamiento desear mas; porque se tenia por tal, que aun pensar en Dios le parecia no merecia, sino que le hacia su Majestad mucha merced en dejarla estar delante de Él rezando, leyendo tambien en buenos libros.

Habrá como diez y ocho años, cuando se comenzó á tratar del primer monasterio que fundó de descalzas, que fué en Avila, tres ó dos antes (creo que son tres), que comenzó á parecerle, que le hablaban interiormente algunas veces, y á ver algunas visiones y revelaciones interiormente, con los ojos del alma, que jamás vió cosa con los corporales, ni la oyó: dos veces le parece oyó hablar, mas no entendia ninguna cosa. Era una representacion, cuando estas cosas veia interiormente, que no duraban sino como un relámpago lo mas ordinario; mas quedábasele tan imprimido, y con tantos efectos, como si lo viera con los ojos corporales, y mas.

Ella era entonces tan temerosísima de su natural, que aun de dia no osaba estar sola algunas veces. Y

como, aunque mas lo procuraba, no podia escusar esto, andaba afligida muy mucho, temiendo no fuese engaño del demonio, y comenzólo á tratar con personas espirituales de la Compañía de Jesus, entre los cuales fueron el Padre Araoz, que era comisario de la Compañía, que acertó á ir allí; y al Padre Francisco, que fué el duque de Gandía, trató dos veces; y á un provincial, que está ahora en Roma llamado Gil Gonzalez; y aun al que ahora lo es en Castilla, aunque á este no trató tanto; al Padre Baltasar Alvarez, que es ahora rector en Salamanca, y la confesó seis años en este tiempo; y al rector que es ahora de Cuenca, llamado Salazar; y al de Segovia, llamado Santander; al rector de Búrgos, que se llama Ripalda; y aun este lo hacia harto mal con ella, de que habia oido estas cosas, hasta despues que la trató: el doctor Paulo Hernandez en Toledo, que era consultor de la Inquisicion; al rector, que era de Salamanca, cuando le hablé; al doctor Gutierrez, y otros padres, algunos de la Compañía, que se entendia ser espirituales, como estaban en los lugares, que iba á fundar, los procuraba.

Al Padre Fray Pedro de Alcántara, que era un santo varon de los descalzos de San Francisco, trató mucho, y fué el que muy mucho puso en que se entendiese era buen espíritu. Estuvieron mas de seis años haciendo hartas pruebas, como mas largamente tiene escrito; como adelante se dirá; y ella con har-

tas lágrimas y aflicciones, mientras mas pruebas se hacian mas tenia suspensiones, y arrobamientos hartas veces, aunque no sin sentido.

Hacíanse hartas oraciones y decíanse hartas misas, porque el Señor la llevase por otro camino; porque su temor era grandísimo, cuando no estaba en la oracion, aunque en todas las cosas que tocaban á estar su alma mucho mas aprovechada, se veia gran diferencia, y ninguna vanagloria, ni tentacion de ella, ni de soberbia; antes se afrentaba mucho, y se corria de ver que se entendia: y aun si no eran confesores, ó persona que le habia de dar luz, jamás trataba nada; y á estos sentia mas decirlo, que si fueran graves pecados; porque le parecia se habian de burlar de ella, y que eran cosas de mujercillas, que siempre las habia aborrecido oir.

Habrá como trece años, poco mas ó menos (despues de fundado San José, adonde ella ya se habia pasado de el otro monasterio) que fué allí el obispo, que es ahora de Salamanca, que era inquisidor, no sé si en Toledo, y lo habia sido en Sevilla, que se llamaba Soto. Ella procuró de hablarle para asegurarse mas. Dióle cuenta de todo. Él le dijo, que no era cosa que tocaba á su oficio; porque todo lo que veia y entendia, siempre la afirmaba mas en la fe católica, que siempre estuvo y está firme, con grandísimos deseos de la honra de Dios y bien de las almas, que por una se dejará matar muchas veces.

Díjole; como la vió tan fatigada, que lo escribiese todo y toda su vida, sin dejar nada, al maestro Avila, que era hombre qve entendia mucho de oracion, y que con lo que le escribiese, se sosegase. Ella lo hizo así, y escribió sus pecados y vida. Él la escribió y consoló asegurándola mucho. Fué de suerte esta relacion, que todos los letrados, que la habian visto, que eran mis confesores, decian, que era de gran provecho para aviso de cosas espirituales; y mandáronla, que la trasladase, y hiciese otro librillo para sus hijas (que era priora) adonde les diese algunos avisos.

Con todo esto á tiempos no le faltaban temores, pareciéndole, que personas espirituales tambien podian estar engañadas, como ella. Dijo á su confesor, que si queria tratase algunos grandes letrados, aunque no fuesen muy dados á oracion; porque ella no queria sino saber, si era conforme á la Sagrada Escritura lo que tenia. Algunas veces se consolaba, pareciéndole, que aunque por sus pecados merecia ser engañada, que á tantos buenos, como deseaban darle luz, que no permitiria el Señor se engañasen.

Con este intento comenzó á tratar con padres de la Orden del glorioso santo Domingo, con quien antes de estas cosas se habia confesado: no dice con estos, sino con esta Orden. Son estos los que despues ha tratado. El padre fray Vicente Barron la confesó año y medio en Toledo, que era consultor entonces

del Santo Oficio, y antes de estas cosas la habia tratado muy muchos años. Era gran letrado. Este la aseguró mucho, y tambien los de la Compañía que ha dicho.

Todos la decian, que si no ofendia á Dios, y si se conocia por ruin, de qué temia? Con el padre fray Pedro Ibañez, que era lector en Avila. Con el padre maestro fray Domingo Bañez, que ahora está en Valladolid por regente en el colegio de San Gregorio, me confesé seis años, y siempre trataba con él por cartas, cuando se le ofrecia algo. Con el maestro Chaves. Con el padre maestro fray Bartolomé de Medina, catedrático de Salamanca, que sabia que estaba muy mal con ella; porque habia oido decir estas cosas, y parecióle, que este le diria mejor si iba engañada, que ninguno, por tener tan poco crédito.

Esto ha poco mas de dos años. Procuró confesarse con él, y dióle gran relacion de todo el tiempo, que allí estuvo, y vió lo que habia escrito, para que mejor lo entendiese. Él la aseguró tanto y mas que todos, y quedó muy su amigo.

Tambien se confesó algun tiempo con fray Felipe de Meneses, cuando fundó en Valladolid, que era el rector de aquel colegio de San Gregorio; y antes habia ido á Avila (habiendo oido estas cosas) á hablarla, con harta caridad, queriendo saber si iba engañada para darme luz; y si no para tornar por ella, cuando oyese murmurar, y se satisfizo mucho.

Tambien trató particularmente con un provincial de Santo Domingo, llamado Salinas, hombre espiritual mucho; y con otro presentado llamado Lunar, que era prior en Santo Tomás de Avila, en Segovia con un lector, llamado fray Diego de Yangües.

Entre estos padres de Santo Domingo, no dejaban algunos de tener harta oracion, y aun quizá todos. Algunos otros tambien ha tratado, que en tantos años, y con temor, ha habido lugar para ello, especial como andaba en tantas partes á fundar. Hanse hecho hartas pruebas, porque todos deseaban acertar á darla luz; por donde la han asegurado, y se han asegurado. Siempre jamás deseaba estar sujeta á lo que la mandaban; y así se afligia, cuando en estas cosas sobrenaturales no podia obedecer. Y su oracion, y la de las monjas que ha fundado, siempre es con gran cuidado, por el aumento de la fe; y por esto comenzó el primer monasterio, junto con el bien de su Orden.

Decia ella, que cuando algunas cosas de estas la indujeran contra lo que es fe católica y ley de Dios, que no hubiera menester andar á buscar letrados, ni hacer pruebas, que luego viera que era demonio. Jamás hizo cosa por lo que entendia en la oracion; ántes cuando le decian sus confesores que hiciese lo contrario, lo hacia sin ninguna pesadumbre, y siempre les daba parte de todo.

Nunca creyó tan determinadamente que era Dios

(con cuanto le decian que sí) que lo jurara, aunque por los efectos, y las grandes mercedes, que le ha hecho en algunas cosas, le parecia buen espíritu; mas siempre deseaba virtudes, mas que nada; y esto ha puesto á sus monjas, diciéndoles, que lo mas humilde y mortificado seria lo mas espiritual.

Todo lo que está dicho y está escrito, dió al padre maestro Fray Domingo Bañez, que es el que está en Valladolid, que es con quien mas tiempo ha tratado y trata. Él los ha presentado al santo Oficio en Madrid, á lo que se ha dicho. En todo ello se sujeta á la fe católica, é Iglesia Romana. Ninguno le ha puesto culpa, porque estas cosas no están en mano de nadie y nuestro Señor no pide lo imposible.

La causa de haberse divulgado tanto es, que como andaba con temor, y ha comunicado á tantos, unos lo decian á otros; y tambien un desman, que acaeció con esto que habia escrito. Hale sido grandísimo tormento y cruz, y le cuesta muchas lágrimas: dice ella, que no por humildad, sino por lo que queda dicho. Parecia permision del Señor para atormentarla, porque mientras uno decia mas mal de lo que los otros habian dicho, dende á poco decia mas bien.

Tenia estremo de no se sujetar á quien le parecia, que creia era todo de Dios; porque luego temia los habia de engañar á entrambos el demonio. A quien veia temeroso, trataba su alma de mejor gana; aun-

que tambien le daba pena, cuando, por probarla, del todo despreciaban estas cosas; porque le parecian algunas muy de Dios, y no quisiera, que pues veian causa, las condenaran tan determinadamente: tampoco como si creyeran que todo era de Dios. Y porque entendia ella muy bien, que podia haber engaño, por esto jamás le pareció bien asegurarse del todo en lo que podia haber peligro.

Procuraba, lo mas que podia, en ninguna manera ofender á Dios, y siempre obedecia: y con estas dos cosas se pensaba librar, con el favor de Dios, aunque fuese demonio.

Desde que tuvo cosas sobrenaturales, siempre se inclinaba su espíritu á buscar lo mas perfecto; y casi ordinario tenia gran deseo de padecer. Y en las persecuciones (que ha tenido hartas) se hallaba consolada, y con amor particular á quien la perseguia, y gran deseo de pobreza y soledad, de salir de este destierro, por ver á Dios. Por estos efectos y otros semejantes, se comenzó á sosegar, pareciéndole, que espíritu, que la dejaba con estas virtudes, no seria malo; y así lo decian los que la trataban, aunque para dejar de temer, no, sino para no andar tan fatigada.

Jamás su espíritu le persuadia á que descubriese nada, sino que obedeciese siempre. Nunca con los ojos del cuerpo vió nada, como ya está dicho; sino con una delicadeza, y cosa intelectual, que algunas

veces pensaba á los principios, si se le habia antojado, otras no lo podia pensar.

Estas cosas no eran continuas, sino por la mayor parte en alguna necesidad, como fué una vez, que habia estado unos dias con unos tormentos interiores insoportables, y un desasosiego en el alma de temor, si la traia engañada el demonio, como muy largamente está en aquella relacion (que tan públicos han sido sus pecados, que están alli como lo demás) porque el miedo que traia, le ha hecho olvidar su crédito.

Estando así con esta afliccion, tal que no se puede encarecer, con solo entender estas palabras en lo interior—*Yo soy, no hayas miedo*; quedaba el alma tan quieta y animosa y confiada, que no podia entender de donde le habia venido tan gran bien: pues no habia bastado confesor, ni bastaran muchos letrados con muchas palabras, para ponerle aquella paz y quietud, que con una se le habia puesto. Y así otras veces, que con alguna vision quedaba fortalecida; porque á no ser esto no pudiera haber pasado tan grandes trabajos y contradiciones, junto con enfermedades, que han sido sin cuento, y pasa, aunque no tantas; porque jamás anda sin algun género de padecer.

Hay mas y menos: lo ordinario es siempre dolores, con otras hartas enfermedades, aunque despues que es monja la apretaron mas, si en algo sirve al

Señor. Y las mercedes que le hace, pasan de presto por su memoria, aunque de las mercedes muchas veces se acuerda; mas no se puede detener allí mucho, como en los pecados; que siempre están atormentándola, lo mas ordinario, como un cieno de mal olor.

El haber tenido tantos pecados, y el haber servido á Dios tan poco, debe ser la causa de no ser tentada de vanagloria. Jamás con cosa de su espíritu tuvo cosa, que no fuese toda limpia, y casta; ni se parece (si es buen espíritu, y tiene cosas sobrenaturales) se podria tener; porque queda todo descuido de su cuerpo, ni hay memoria de él: todo se emplea en Dios.

Tambien tiene un gran temor de no ofender á Dios nuestro Señor, y hacer en todo su voluntad: esto le suplica siempre. Y á su parecer está tan determinada á no salir de ella, que no la dirian cosa, en que pensase servir mas al Señor los confesores, que la tratan, que no lo hiciese, ni lo dejase de poner por obra, con el favor del Señor. Y confiada en que su Majestad ayuda á los que se determinan por su servicio y gloria, no se acuerda mas de sí y de su provecho, en comparacion de esto, que si no fuese, en cuanto puede entender de sí, y entienden sus confesores.

Es todo gran verdad lo que va en este papel, y se puede probar con ellos, y con todas las personas,

que la tratan de veinte años á esta parte. Muy de ordinario la movia su espíritu á alabanzas de Dios, y querria que todo el mundo entendiese esto, y aunque á ella le costase muy mucho. De aquí le viene el deseo del bien de las almas; y de ver, cuán basura son las cosas de este mundo, y cuán preciosas las interiores, que no tienen comparacion, ha venido á tener en poco las cosas de él.

La manera de vision, que vuesa merced quiere saber, es que no ve ninguna cosa, exterior ni interiormente, porque no es imaginaria, mas sin verse nada entiende como lo que es, y hácia donde se representa, mas claramente que si lo viese, salvo, que no se le representa cosa particular; sino (como si una persona pongamos) que sintiese, que esta otra persona cabe ella, y porque como está oscuras no la ve, mas cierto entiende, que está allí, salvo, que no es esta bastante comparacion; porque el que está oscuras, por alguna via, oyendo ruido, ó habiéndola visto, antes entiende que está allí, ó la conoce de antes, pero acá no hay nada de eso, sino que sin palabra exterior ni interior entiende el alma clarísimamente quien es, hácia qué parte está, y á veces lo que quiere significar.

Por dónde, ó cómo lo entiende, ella no lo sabe; mas ello pasa así: y lo que dura, no puede ignorarlo. Y cuando se quita, aunque mas quiera imaginarlo como antes, no aprovecha; porque se ve que es ima-

ginacion y no representacion: que esto no está en su mano, así son todas las cosas sobrenaturales. Y de aquí viene no tenerse en nada á quien Dios hace estas mercedes, sino muy mayor humildad que antes; porque ve, que es cosa dada, y que ella allí no puede quitar ni poner. Y queda mas amor y deseo de servir á Señor tan poderoso, que puede lo que acá no podemos aun entender, así como, aunque mas letras tengan, hay cosas que no se alcanzan. Sea bendito el que lo da, amen, para siempre jamás.

ginacion y no representacion; que esto no está en su mano, así son todas las cosas sobrenaturales. Y de aquí viene no tenerse en nada á quien Dios hace estas mercedes, sino muy mayor humildad que antes; porque ve, que es cosa dada, y que ella allí no puede quitar ni poner. Y queda mas amor y deseo de servir á Señor tan poderoso, que puede lo que acá no podemos aun entender, así como, aunque mas letras tengan, hay cosas que no se alcanzan. Sea bendito el que lo da, amen, para siempre jamas.

RELACION VIII.

Al mismo padre Rodrigo Alvarez.

JESUS.

Son tan dificultosas de decir, y mas de manera que se puedan entender, estas cosas de el espíritu interiores, cuanto mas brevedad pasan, que si la obediencia no lo hace, será dicha atinar, en especial en cosas tan dificultosas. Mas poco va en que desatine, pues va á manos, que otros mayores habrá entendido de mí. En todo lo que dijere suplico á vuesa merced que entienda, que no es mi intento pensar que es acertado, que yo podré no entenderlo: mas lo que puedo certificar es, que no diré cosa, que no haya esperimentado algunas y muchas veces. Si es bien ó mal vuesa merced lo verá y me avisará de ello.

Paréceme será dar gusto á vuesa merced comenzar á tratar del principio de cosas sobrenaturales, que en devocion, ternura, lágrimas y meditaciones, que

acá podemos adquirir con ayuda de el Señor, entendidas están.

La primera oracion, que sentí, á mi parecer sobrenatural (que llamo yo lo que con industria, ni diligencia no se puede adquirir, aunque mucho se procure, aunque disponerse para ello sí, y debe de hacer mucho á el caso) es un *recogimiento* interior, que se siente en el alma, que parece ella tiene allá otros sentidos, como acá los esteriores, que ella en sí, parece se quiere apartar del bullicio de estos esteriores; y así algunas veces los lleva tras sí, que le da gana de cerrar los ojos, y no ver ni oir ni entender, sino aquello en que el alma entonces se ocupa, que es poder tratar con Dios á solas.

Aquí no se pierde ningun sentido ni potencia, que todo está entero; mas estálc para emplearse en Dios. Y esto á quien nuestro Señor lo hubiere dado será fácil de entender; y á quien no, á lo menos, será menester muchas palabras y comparaciones.

De este recogimiento viene algunas veces una *quietud* y paz interior muy regalada que está el alma que no le parece le falta nada; que aun el hablar le cansa, (digo el rezar y el meditar) no querria sino amar: dura rato y aun ratos.

De esta oracion suele proceder un *sueño*, que llaman de las potencias, que ni están absortas, ni tan suspensas, que se pueda llamar arrobamiento ni es del todo union.

Alguna vez, y aun muchas, entiende el alma que está unida sola la voluntad, y se entiende muy claro, digo claro á lo que parece. Está empleada toda en Dios, y ve el alma la falta de poder estar ni obrar en otra cosa; y las otras dos potencias están libres para negocios y obras del servicio de Dios: en fin andan juntas Marta y María. Yo pregunté al Padre Francisco si sería engaño esto? porque me traia abobada; y me dijo, que muchas veces acaecia.

Cuando es *union* de todas las potencias, es muy diferente; porque ninguna cosa pueden obrar, porque el entendimiento está como espantado. La voluntad ama mas que entiende; mas ni entiende si ama, ni qué hace, de manera que lo pueda decir. La memoria, á mi parecer, que no hay ninguna, ni pensamiento, ni aun por entonces no son los sentidos despiertos, sino como quien los perdió, para mas emplear el alma en lo que goza, á mi parecer; que por aquel breve rato se pierden: pasa presto.

En la riqueza que queda en el alma de humildad y otras virtudes y deseos, se entiende el gran bien que le vino de aquella merced; mas, no se puede decir lo que es: porque aunque el alma se da á entender, no sabe cómo lo entender ni decirlo. A mi parecer esta, si es verdadera, es la mayor merced de las que nuestro Señor hace en este camino espiritual; á lo menos de las grandes.

Arrobamientos y suspension, á mi parecer, todo

es uno, sino que yo acostumbro decir suspension, por no decir arrobamiento, que espanta: y verdaderamente tambien se puede llamar suspension esta union que queda dicha.

La diferencia que hay de el arrobamiento á ella, es esta; que dura mas, y siéntese mas en esto esterior, porque se va acortando el huelgo, de manera que no se puede hablar, ni los ojos abrir; y aunque esto mismo se hace en la union, es acá con mayor fuerza, porque el calor natural se va no sé yo adonde, que cuando es grande el arrobamiento (que en todas estas maneras de oracion hay mas y menos) cuando es grande, como digo, quedan las manos heladas y algunas veces estendidas como unos palos, y al cuerpo, si le toma en pié, así se queda, ó de rodillas, y es tanto lo que se emplea en el gozo de lo que el Señor le representa, que parece se le olvida de animar en el cuerpo y le deja desamparado. Quedan los nervios, si dura, con sentimiento.

Paréceme que quiere aquí el Señor, que el alma entienda mas de lo que goza, que en la union; y así se le descubren algunas cosas de su Majestad en el rato (1) muy ordinariamente; y los efectos con que queda el alma, son grandes, y el olvidarse á sí, por que-

(1) En el rapto. *(Copia de Toledo.)* En los impresos dice: «en aquel rato.» Ya se sabe que Santa Teresa escribia *rato*, y otras veces *rabto*.

rer que sea conocido y alabado tan gran Dios y Señor.

A mi parecer, si es Dios, que, no puede quedar sin un gran conocimiento de que ella allí no pudo nada y de su miseria é ingratitud, de no haber servido á quien de por sola su bondad le hace tan grandes mercedes; porque el sentimiento y suavidad es tan excesivo de todo lo que acá se puede comparar, que si aquella memoria no se le pasase, siempre habria asco de los contentos de acá; y así viene á tener todas las cosas del mundo en poco.

La diferencia que hay de arrobamiento y arrebatamiento es, que el *arrobamiento* va poco á poco muriéndose á estas cosas esteriores, perdiendo los sentidos y viviendo á Dios. El *arrebatamiento* viene con sola una noticia, que su Majestad da en lo muy íntimo del alma, con una velocidad, que le parece que la arrebata á lo superior de ella, que á su parecer se le va del cuerpo; y así es menester ánimo á los principios, para entregarse en los brazos de el Señor, que la lleve á do quisiere, porque, hasta que su Majestad la pone en paz adonde quiere llevarla (digo llevarla que entienda cosas altas) cierto es menester á los principios estar bien determinada á morir por Él; porque la pobre alma no sabe que ha de ser aquello, digo á los principios.

Quedan las virtudes, á mi parecer, de esto mas fuertes; porque deséase mas, y dase mas á entender el

poder de este gran Dios, para temerle y amarle; pues así, sin ser mas en nuestra mano, arrebata el alma, bien como señor de ella, y queda gran arrepentimiento de haberle ofendido, y espanto de como osó ofender á tan gran Majestad, y grandísima ansia porque no haya quien le ofenda, sino que todos le alaben. Pienso que deben venir de aquí estos deseos grandísimos de que se salven las almas, y de ser alguna parte para ello, y para que este Dios sea alabado, como merece.

El *vuelo de espíritu*, es un no sé como le llame, que sube de lo más íntimo del alma: sola esta comparacion se me acuerda, que puse adonde vuesa merced sabe, que están largamente declaradas todas estas maneras de oracion y otras, y es tal mi memoria, que luego se me olvida.

Paréceme que el alma y el espíritu es una cosa; sino que como un fuego, que si es grande y ha estado disponiéndose para arder; así el alma de la disposicion que tiene con Dios, como el fuego, ya que de presto arde, echa una llama, y sube á lo alto, aunque este fuego es como lo que está en lo bajo, y no porque esta llama suba deja de quedar fuego: así acá en el alma parece que produce de sí una cosa tan presto; y tan delicada, que sube á la parte superior y va adonde el Señor quiere, que no se puede declarar mas y parece vuelo, que yo no sé otra cosa con que compararlo: sé que se entiende muy claro, y que no se puede estorbar.

Parece que aquella avecita del espíritu se escapó de esta miseria de la carne, y cárcel de este cuerpo, y desocupada de él puede mas emplearse en lo que le da el Señor. Es cosa tan delicada y tan preciosa, á lo que entiende el alma, que no le parece hay en ello ilusion, ni aun en ninguna cosa de estas, cuando pasan. Despues eran los temores, por ser tan ruin quien la recibe, que todo le parecia habria razon de temer, aunque en lo interior del alma quedaba certidumbre, y seguridad, con que se podia vivir; mas no para dejar de poner diligencias para no ser engañada.

Impetus llamo yo un deseo, que da á el alma algunas veces, sin haber precedido antes oracion, y aun lo mas continuo, una memoria que viene de presto, de que está ausente de Dios, ó de alguna palabra que oye, que vaya á esto. Es tan poderosa esta memoria, y de tanta fuerza algunas veces, que en un instante parece que desatina: como cuando se da una nueva de presto muy penosa, que no se sabia, ó un gran sobresalto, que parece que quita el discurso á el pensamiento para consolarle, sino que se queda como absorta. Así es acá, salvo que la pena es por tal causa, que queda al alma un conocer, que es bien empleado un morir por ella.

Ello es que parece que todo lo que el alma entiende entonces, es para mas pena, y que no quiere el Señor, que todo su ser le aproveche de otra cosa, ni acordarse es su voluntad que viva, sino parécele,

que está en una tan gran soledad y desamparo de todo, que no se puede escribir; porque todo el mundo, y sus cosas le dan pena, y ninguna cosa criada le hace compañía, ni quiere el alma sino al Criador, y esto vélo imposible, sino muere, y como ella no se ha de matar, muere por morir, de tal manera, que verdaderamente es peligro de muerte, y vése como colgada entre cielo y tierra, que no sabe que se hacer de sí.

Y de poco en poco dale Dios una noticia de sí, para que vea lo que pierde de una manera tan estraña, que no se puede decir: porque ninguna hay en la tierra, á lo menos de cuantas yo he pasado, que le iguale, y baste, que de media hora que dura deja tan descoyuntado el cuerpo y tan abiertas las canillas, que aun no quedan las manos para poder escribir, y con grandísimos dolores.

De esto ninguna cosa siente, hasta que se pasa aquel ímpetu. Harto tiene que hacer en sentirlo interior ni creo sentiria graves tormentos; y está con todos sus sentidos, y puede hablar y aun mirar: andar no, que la derroca el gran golpe de el amor.

Esto aunque se muera por tenerlo, sino es cuando lo da Dios, no aprovecha. Deja grandísimos efectos y ganancia en el alma.

Unos letrados dicen que es uno, otros que otro: nadie lo condena. El padre maestro de Avila me escribió, era bueno; y así lo dicen todos: el alma bien

entiende es gran merced de el Señor: á ser muy á menudo, poco duraria la vida.

El ordinario *ímpetu* es, que viene este deseo de servir á Dios con una gran ternura, y lágrimas por salir de este destierro; mas como hay libertad para considerar el alma, que es la voluntad del Señor que viva, con eso se consuela; y le ofrece el vivir, suplicándole que no sea sino para su gloria: con esto pasa.

Otra manera harto ordinaria de oracion es una manera de *herida*, que parece á el alma verdaderamente, como si una saeta le metiesen por el corazon, ó por ella misma. Así causa un dolor grande, que hace quejar, y tan sabroso, que nunca querria le faltase. Este dolor no es en el sentido, ni tampoco es llaga material, sino en lo interior de el alma, sin que parezca dolor corporal; sino que como no se puede dar á entender sino por comparaciones, pónense estas groserías, que para lo que ello es son; mas no sé yo decirlo de otra suerte.

Por eso no son estas cosas para escribir ni decir; porque es imposible entenderlo, sino quien lo ha experimentado, digo adonde llega esta pena; porque las penas del espíritu son diferentísimas de las de acá. Por aquí saco yo como padecen mas las almas en el infierno y purgatorio; que acá se puede entender por estas penas corporales.

Otras veces parece que esta *herida del amor* sale

de lo íntimo de el alma: los efectos grandes; y cuando el Señor no lo da, no hay remedio, aunque mas se procure, ni tampoco dejarlo de tener cuando Él es servido de darlo. Son como unos deseos de Dios tan vivos y tan delgados, que no se pueden decir; y como el alma se ve atada para no gozar, como querria, de Dios, dale un aborrecimiento grande con el cuerpo, y parécele como una gran pared, que le estorba para que no goce su alma de lo que entiende entonces á su parecer, que goza en sí, sin embarazo del cuerpo. Entonces ve el gran mal, que nos vino por el pecado de Adan, en quitar esta libertad.

Esta oracion antes de los arrobamientos y los ímpetus grandes, que he dicho, se tuvo. Olvidéme de decir, que casi siempre no se quitan aquellos ímpetus grandes, sino es con un arrobamiento y regalo grande de el Señor, adonde consuela el alma, y la anima para vivir por Él.

Todo esto, que está dicho, no puede ser antojo, por algunas causas, que seria largo de decir: si es bueno ó no el Señor lo sabe. Los efectos, y como deja á el alma aprovechada, no se puede dejar de entender, á todo mi parecer.

Las personas veo claro ser distintas, como lo veia ayer cuando hablaba vuesa merced con el padre provincial; salvo que ni veo nada, ni oigo, como ya á vuesa merced he dicho; mas es con una certidumbre estraña, aunque no vean los ojos de el alma, y en

faltando aquella presencia, se ve que falta: el cómo, yo no lo sé, mas muy bien sé, que no es imaginacion; porque aunque despues me deshaga para tornarlo á representar, no puedo, aunque lo he probado; y así es todo lo que aquí va, á lo que yo puedo entender, que como ha tantos años, hase podido ver, para decirlo con esta determinacion.

Verdad es (y advierta vuesa merced en esto) que la persona que habla siempre, bien puedo afirmar lo que me parece que es: las demás no podria así afirmarlo. La una bien sé que nunca ha sido: la causa jamás lo he entendido, ni yo me ocupo jamás en pedir mas de lo que Dios quiere; porque luego me parece me habia de engañar el demonio, y tampoco lo pediré ahora, que habria temor de ello.

La principal paréceme qne alguna vez; mas como ahora no me acuerdo bien, ni lo que era, no lo osaré afirmar. Todo está escrito adonde vuesa merced sabe, y esto muy largamente que aquí va, no sé si por estas palabras. Aunque se dan á entender estas personas distintas por una manera estraña, entiende el alma ser un solo Dios. No me acuerdo haberme parecido que habla nuestro Señor, sino es la Humanidad, y ya digo, esto puedo afirmar que no es antojo.

Lo que dice vuesa merced del agua, yo no lo sé, ni tampoco he entendido adonde está el Paraíso terrenal. Ya he dicho, que lo que el Señor me da á en-

tender, que yo no puedo escusar, entiéndolo porque no puedo mas; mas pedir yo á su Majestad que me dé á entender alguna cosa, jamás lo he hecho: luego me pareceria que lo imaginaba, y que me habia de engañar el demonio y jamás, gloria á Dios, fuí curiosa en desear saber cosas, ni se me da nada de saber mas: harto trabajo me ha costado esto, que sin querer, como digo, *he entendido*, aunque pienso ha sido medio, que tomó el Señor para mi salvacion, como me vió tan ruin, que los buenos no han menester tanto para servir á su Majestad.

Otra oracion me acuerdo, que es primero que la primera que dije, que es una presencia de Dios, que no es vision de ninguna manera, sino que parece que cada y cuando (al menos cuando no hay sequedades, que una persona se quiere encomendar á su Majestad, aunque sea rezar vocalmente, le halla. Plegue á Él que no pierda yo tantas mercedes por mi culpa, y que haya misericordia de mí.

RELACION IX.

De algunos favores espirituales que recibió en Toledo y Avila durante los años 1576 y 1577.

Habiendo comenzado á confesarme con una persona en una ciudad, que al presente estoy y ella con haberme tenido mucha voluntad, y tenerla despues que admitió el gobierno de mi alma, se apartaba de venir acá. Estando yo en oración una noche, pensando en la falta que me hacia, entendí que le tenia Dios para que no viniera porque me convenia tratar mi alma con una persona del mismo lugar. A mí me pesó por haber de conocer condicion nueva, que podia ser no me entendiese é inquietase y por tener amor á quien me hacia esta caridad; aunque siempre que veia ú oia predicar á esta persona me hacia contento espiritual, y por tener muchas ocupaciones tambien me parecia inconveniente. Díjome el Señor—«Yo haré

que te oiga y te entienda. Declárate con él que algun remedio te será de tus trabajos.»

Esto postrero fué segun pienso, porque estaba yo entonces fatigada de estar ausente de Dios. Tambien me dijo entonces su Majestad, «que bien veia el trabajo que tenia; mas que no podia ser menos mientras viviese en este destierro, que todo era para mas bien mio,» y me consoló mucho. Así me ha acaecido, y huelga y busca tiempo y me ha entendido y dado gran alivio. Es muy letrado y santo.

Estando un dia de la Presentacion encomendando mucho á Dios á una persona, y pareciéndome que todavía era inconveniente el tener renta y libertad, para la gran santidad que yo le deseaba, púsoseme delante su poca salud y la mucha salud que daba á las almas. Entendí—«mucho me sirve, mas gran cosa es seguirme desnudo de todo como yo me puse en la Cruz. Dile que se fie de Mí.» Esto postrero fué porque me acordé yo que no podria con su poca salud llevar tanta perfeccion.

Estando una vez pensando en la pena que me daba el comer carne y no hacer penitencia, entendí—«que algunas veces era mas amor propio que deseo de ella.»

Estando una vez con mucha pena de haber ofendido á Dios, me dijo:—«Todos tus pecados son delante de Mí, como si no fueran: en lo por venir te esfuerza, que no son acabados tus trabajos.»

Estando un dia en oracion, sentí estar el alma tan dentro de Dios, que no parecia habia mundo, sino embebecida en él. Dióseme á entender aquí, aquel verso de la *Magnifica*, *et exultavit spiritus* de manera que no se me puede olvidar.

Estaba una vez pensando sobre el querer deshacer este monasterio de descalzas, y si era el intento poco á poco irlas acabando todas. Entendí—«Eso pretenden, mas no lo verán, sino muy al contrario.»

Estaba una vez muy recogida encomendando á Dios á Eliseo. Entendí—«Es mi verdadero hijo, no le dejaré de ayudar,» ó una palabra de esta suerte que no me acuerdo bien esto postrero.

Habiendo un dia hablado á una persona que habia mucho dejado por Dios y acordándome como nunca yo dejé nada por Él, ni en cosa le he servido como estoy obligada, y mirando las muchas mercedes que ha hecho á mi alma, comencéme á fatigar mucho, y díjome el Señor—«Ya sabes el desposorio que hay entre tí y Mí, y habiendo esto, lo que Yo tengo es tuyo, y así te doy todos los trabajos y dolores que pasé; y con esto puedes pedir á mi Padre como cosa propia.»

Aunque yo he oido decir que somos participantes de esto, ahora fué tan de otra manera, que pareció que habia quedado en gran señorío, porque la amistad con que se me hizo esta merced, no se puede decir aquí. Parecióme lo admitia el Padre, y desde en-

tonces miro muy de otra suerte lo que padeció el Señor, como cosa propia, y dame gran alivio.

Estando el dia de la Magdalena considerando la amistad, que estoy obligada á tener á Nuestro Señor conforme á las palabras que me ha dicho sobre esta santa, y teniendo grandes deseos de imitarla, me hizo el Señor una gran merced y me dijo—«Que de aquí adelante me esforzase, que le habia de servir mas que hasta de aquí.» Dióme deseo de no me morir tan presto, porque hubiese tiempo para emplearme en esto y quedé con grande determinacion de padecer.

Una vez entendí como estaba el Señor en todas las cosas y como en el alma, y púsoseme una comparacion de una esponja que embebe el agua en sí.

Como vinieron mis hermanos, y yo debo al uno tanto, no dejo de estar con él y tratar lo que conviene á su alma y asiento, y todo me daba cansancio y pena, y estándolo ofreciendo al Señor y pareciéndome que lo hacia por estar obligada, acordóseme que está en las Constituciones nuestras que nos dicen, que nos desviemos de deudos, y estando pensando si estaba obligada, me dijo el Señor—«No, hija, que vuestros Institutos no son de ir sino conforme á mi Ley». Verdad es que el intento de las Constituciones son porque no se asgan á ellos y esto, á mi parecer, antes me cansa, y deshace mas tratarlos (1).

(1) Esta venida fué por Agosto 1575. Véase la Carta 42 del tomo VI (cuarto del Epistolario).

Habiendo acabado de comulgar dia de San Agustin, yo no sabré decir cómo se me dió á entender, y casi á ver, sino que fué cosa intelectual y que pasó presto, como las Tres Personas de la Santísima Trinidad, que yo traigo en mi alma esculpidas, son una misma cosa. Por una pintura tan extraña se me dió á entender y por una luz tan clara, que ha hecho bien diferente operacion que tenerlo por fe. He quedado de aquí á no poder pensar ninguna de las Tres Personas Divinas, sin entender que son todas tres, de manera que estaba yo hoy considerando, como siendo tan una habia tomado carne el Hijo solo, y dióme el Señor á entender, «como con ser una cosa eran tan distintas.» Son unas grandezas que de nuevo desea el Alma salir de este embarazo que ha-

---

En varias de las cartas, despues de aquella época, se ve que en efecto santa Teresa se habia encargado de la direccion espiritual de su hermano Don Lorenzo, que le obedecia puntualmente en lo relativo á las cosas de su alma.

Alude tambien á esto el padre Ribera, en el capítulo 10 del libro 4.° Las variantes entre los dos manuscritos son: Tratan *un rato* lo que conviene..... y estándole ofreciendo á Dios..... que está en nuestras constituciones..... que está en nuestras constituciones..... que vuestros institutos no han de ir si conforme á mi Ley.

La palabra asgan la escribe el manuscrito con *h (hasgan)*, pero es error manifiesto, pues se deriva del verbo *asir*, que no la tiene.

ce el cuerpo para no gozar de ellas. Queda una ganancia en el alma con pasar en un punto, sin comparacion mayor, que con muchos años de meditacion, y sin saber entender cómo.

El dia de Nuestra Señora de la Natividad tengo particular alegría. Cuando este dia viene parecióme seria bien renovar los votos, y queriéndolo hacer se me representó la Vírgen Señora nuestra por vision iluminativa, y parecióme los hacia en sus manos, y que le eran agradables. Quedóme esta vision por algunos dias, como estaba junta conmigo hácia el lado izquierdo. Un dia acabando de comulgar me pareció verdaderamente que mi alma se hacia una cosa con aquel cuerpo Sacratísimo del Señor, cuya presencia se me representó, y hízome gran operacion y aprovechamiento.

Estando una vez pensando si me habian de mandar reformar cierto monasterio (1) y dábame pena,

---

(1) Quizá fuera la reforma del monasterio de Paterna, de carmelitas calzadas, adonde fueron con aquel objeto varias carmelitas descalzas, desde Sevilla, donde estaba santa Teresa por entonces: fué esto en Octubre de 1576. Ya queda dicho que casi todos los sucesos, que refiere santa Teresa en esta *Relacion*, son de hácia aquel tiempo.

Las variantes en el de Toledo son: Ir á reformar un monasterio..... qué temeis? qué podeis temer?.... que me satisfazo mucho.....

Este pasaje es inédito.

entendí—«De qué temeis? ¿Qué podeis perder sino las vidas que tantas veces me las habeis ofrecido? Yo os ayudaré. Fué en una oracion de suerte que me satisfizo el alma mucho.

Estando yo una vez deseando de hacer algun servicio á nuestro Señor, pensé que apocadamente podia yo servirle y dije entre mí: ¿Para qué, Señor, quereis Vos mis obras? Y díjome—«Para ver tu voluntad, hija.»

Dióme una vez el Señor una luz en una cosa que yo gusté de entenderla, y olvidóseme luego desde á poco, que no he podido mas tornar á caer en lo que era, y estando yo procurando se me acordase, entendí esto—«Ya sabes que te hablo algunas veces: no dejes de escribirlo, porque, aunque á tí no aproveche, podrá aprovechar á otros.» Yo estaba pensando si por mis pecados habia de aprovechar á otros y perderme yo, y díjome—«No hayas miedo.»

Estaba una vez recogida con esta compañía que traigo siempre en el alma, y parecíame estar Dios de manera en ella, que me acordé de cuando San Pedro dijo: «Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo,» porque así estaba Dios vivo en mi alma. Esto no es como otras visiones, porque lleva fuerza con la fe, de manera que no se puede dudar, qne está la Trinidad por presencia y por potencia y esencia en nuestras almas. Es cosa de grandísimo provecho entender esta verdad, y como estaba espantada de ver tanta Majestad en co-

sa tan baja como mi alma, entendí—«No es baja, hija, pues está hecha á mi imágen.» Tambien entendí algunas cosas de la causa porque Dios se deleita con las almas, mas que con otras criaturas, tan delicadas, que, aunque el entendimiento las entendió de presto, no las sabré decir.

Habiendo estado con tanta pena del mal de nuestro Padre, que no sosegaba, y suplicando al Señor un dia acabando de comulgar muy encarecidamente esta peticion, que pues Él me lo habia dado no me viese yo sin él, me dijo—«No hayas miedo.»

Estando una vez con esta presencia de las tres Personas, que traigo en mi alma, era con tanta luz, que no se puede dudar el estar allí Dios vivo y verdadero, y allí se me daban á entender cosas que yo no las sabré decir despues. Entre ellas era como habia la persona de el Hijo tomado carne humana y no las demas. No sabré, como digo, decir cosa de esto, que pasan algunos tan en secreto del alma, que parece el entendimiento entiende como una persona, que durmiendo, ó medio dormida le parece entiende lo que se habla. Yo estaba pensando cuan recio era el vivir, que nos privaba de no estar siempre en aquella admirable compañía, y dije entre mí. «Señor, dadme algun medio para que yo lleve esta vida.» Díjome—«Piensa, hija, como despues de acabada no me puedes servir en lo que ahora, y come por Mí y duerme por Mí, y todo lo que hicieres sea por Mí, como

si no lo vivieses tú ya, sino Yo, que esto es lo que decia San Pablo.»

Una vez, acabando de comulgar, se me dió á entender como este Sacratísimo Cuerpo de Cristo le recibe su Padre dentro de nuestra alma. Como yo entiendo y he visto están estas Divinas Personas, y cuan agradable es esta ofrenda de su Hijo, porque se deleita y goza con Él, digamos, acá en la tierra, porque su Humanidad no está con nosotros en el alma, sino la Divinidad y así le es tan acepto y agradable y nos hace tan grandes mercedes.

Entendí que tambien recibe este sacrificio, aunque esté en pecado el sacerdote, salvo que no se comunican las mercedes á su alma, como á los que están en gracia, y no porque dejen de estar estas influencias en su fuerza, que proceden de esta comunicacion con que el Padre recibe este sacrificio, sino por falta de quien le ha de recibir; como no es falta del sol no resplandecer cuando da en un pedazo de pez, como en uno de cristal. Si yo ahora lo dijera me diera mejor á entender: importa saber como es esto, porque hay grandes secretos en lo interior, cuando se comulga. Es lástima que estos cuerpos no nos lo dejen gozar.

Octava de Todos Santos tuve dos ó tres dias muy trabajosos de la memoria de mis grandes pecados, y unos temores grandes de persecuciones, que no se fundaban sino en que me habian de levantar grandes

testimonios, y todo el ánimo que suelo tener á padecer por Dios me faltaba: aunque yo me queria animar y hacia actos, y veia que seria gozar gran ganancia, aprovechaba poco, que no se me quitaba el temor. Era una guerra desabrida. Topé con una letra donde dice mi buen Padre, que dice san Pablo, que no permite Dios que seamos tentados mas de lo que podemos sufrir. Aquello me alivió harto, mas no bastaba, antes otro dia me dió una afliccion grande de verme sin él, como no tenia á quien acudir con esta tribulacion, que me parecia vivir en una gran soledad. Y ayudaba el ver que no hallo ya quien me dé alivio sino él, que lo mas habia de estar ausente, que me es harto gran tormento.

Otra noche despues, estando leyendo en un libro, hallé otro dicho de San Pablo, que me comenzó á consolar, y recogida un poco, estaba pensando cuán presente habia traido de antes á Nuestro Señor, que tan verdaderamente me parecia ser Dios vivo. En esto pensando me dijo y parecióme muy dentro de mí, como al lado del corazon, por vision intelectual—«Aquí estoy, sino que quiero que veas lo poco que puedes sin Mí.» Luego me aseguré y se quitaron todos los miedos, y estando la misma noche en Maitines el mismo Señor, por vision intelectual, tan grande que casi parecia imaginaria, se me puso en los brazos á manera de como se pinta en la quinta *angustia*. Hízome temor harto esta vision, porque era

muy patente y tan junta á mí, que me hizo pensar si era ilusion. Díjome—«No te espantes de esto, que con mayor union sin comparacion está mi Padre con tu ánima.» Háseme así quedado esta vision hasta ahora representada. Lo que dije de Nuestro Señor, me duró mas de un mes: ya se me ha quitado.

Estando una noche con harta pena porque habia mucho que no sabia de mi Padre, y aun no estaba bueno cuando me escribió la postrera vez, aunque no era como la primera pena de su mal, que era confiada y de aquella manera nunca la tuve despues, mas el cuidado impedia la oracion; parecióme de presto, (y fué así que no pudo ser imaginacion) que en lo interior se me representó una luz, y ví que venia por el camino alegre, y rostro blanco, (aunque de la luz que ví debió hacer blanco el rostro, que así me parece lo están todos en el cielo; y he pensado si de el resplandor y luz que sale de Nuestro Señor les hace estar blancos). Entendí esto—«Dile, que sin temor comience luego, que suya es la victoria.»

Un dia despues que vino, estando yo á la noche alabando á Nuestro Señor por tantas mercedes como me habia hecho, me dijo—«¿Qué me pides tú, que no haya yo hecho, hija mia?»

El dia que se presentó el Breve como yo estuviese con grandísima atencion que me tenia toda turbaba, que aun rezar no podia, porque me habian venido á decir que Nuestro Padre estaba en gran aprieto,

porque no le dejaban salir, y habia gran ruido, entendí estas palabras—«¡Oh mujer de poca fe, sosiégate, que muy bien se va haciendo!» Era dia de la Presentacion de Nuestra Señora, año de 1575. Propuse en mí si esta Vírgen acababa con su Hijo que viésemos á nuestro Padre libre de estos frailes y á nosotros de pedirle ordenase que en cada cabo celebrasen con solemnidad esta fiesta en nuestros monasterios de descalzas. Cuando esto propuse ni se me acordaba, de lo que entendí que habia de establecer fiesta, en la vision que ví. Ahora tornando á leer este cuadernillo he pensado si ha de ser esta la fiesta.

RELACION X.

Sobre la revelacion que tuvo en Avila el año 1579, y avisos acerca del gobierno de la órden.

Estando en San Joseph de Avila, víspera de Pascua de el Espíritu Santo, en la ermita de Nazareth, considerando en una grandísima merced, que nuestro Señor me habia hecho, en tal dia como este, veinte años habia, poco mas ó menos, me comenzó un ímpetu y hervor grande de espíritu, que me hizo suspender. En este gran recogimiento entendí de nuestro Señor lo que ahora diré: Que dijese á estos padres descalzos de su parte, que procurasen guardar cuatro cosas, y que mientras las guardasen, siempre iria en mas crecimiento esta religion, y cuando en ellas faltasen, entendiesen que iban menoscabando de su principio. La primera, que las cabezas estuviesen conformes. La segunda, que aunque tuviesen muchas

casas, en cada una hubiese pocos frailes. La tercera, que tratasen poco con seglares, y esto para bien de sus almas. La cuarta, que enseñasen mas con obras que con palabras. Esto fué año de MDLXXIX. Y porque es gran verdad lo firmé de mi nombre.—*Teresa de Jesus.*

LIBRO

DE LAS

FUNDACIONES.

LIBRO

DE LAS

FUNDACIONES.

LIBRO DE LAS FUNDACIONES

DE SU REFORMACION QUE HIZO EN ESPAÑA

LA GLORIOSA VIRGEN SANTA TERESA DE JESUS.

SOBRE EL LIBRO DE LAS FUNDACIONES
DE LAS HERMANAS DESCALZAS CARMELITAS, QUE ESCRIBIÓ
LA SANTA MADRE FUNDADORA TERESA DE JESUS (1).

Por esperiencia he visto, dejando lo que en muchas partes he leido, el gran bien que es para un alma, no salir de la obediencia. En esto entiendo estar el irse adelantando en la virtud, y el ir cobrando la de la humildad; en esto está la seguridad de la sospecha, que los mortales es bien que tengamos mientras se vive en esta vida de no errar el camino del cielo.

Aquí se halla la quietud, que tan preciada es en las almas que desean contentar á Dios. Porque si de veras se han resinado en esta santa obediencia, y rendido el entendimiento á ella, no queriendo tener otro parecer del de su confesor (2) y si son religiosos, el

---

(1) Este epígrafe no está en el original, pero se puso en todas las ediciones.

(2) Véase en el prólogo la nota intercalada aquí.

de su prelado (1), el demonio cesa de acometer con sus continuas inquietudes, como tiene visto, que antes sale con pérdida, que con ganancia; y tambien nuestros bulliciosos movimientos, amigos de hacer su voluntad, y aun de sujetar la razon en cosas de nuestro contento, cesan, acordándose que determinadamente pusieron su voluntad en la de Dios, tomando por medio sujetarse á quien en su lugar toman.

Habiéndome su Majestad, por su bondad, dado luz de conocer el gran tesoro, que está encerrado en esta preciosa virtud, he procurado, aunque flaca é imperfectamente tenerla; aunque muchas veces repugna la poca virtud que veo en mí; porque para algunas cosas que me mandan, entiendo que no llega. La divina Majestad prevea lo que falta para esta obra presente.

Estando en San Josef de Avila año de mil y quinientos y setenta y dos, que fué el mismo que se fundó este monasterio mismo, fuí mandada del Padre Fray García de Toledo, dominico, que al presente era mi confesor, que escribiese la fundacion de aquel monasterio, con otras muchas cosas, que quien la viere, si sale á luz, verá. Ahora estando en Salamanca año de mil y quinientos y setenta y tres, que son

(1) El de su prelado. El demonio cesa. *(Edicion de Moreto y demas.)* Este punto intempestivo trunca la claúsula. En el original no hay punto, ni vestigio de él.

once años despues, confesándome con un padre Rector de la Compañía, llamado el maestro Ripalda, habiendo visto este libro de la primera fundacion, le pareció seria servicio de nuestro Señor, que escribiese de otros siete monasterios, que despues acá por la bondad de nuestro Señor se han fundado, junto con el principio de los monasterios de los padres Descalzos de esta primera Orden, y así me lo ha mandado.

Pareciéndome á mí ser imposible, á causa de los muchos negocios, así de cartas, como de otras ocupaciones forzosas, por ser en cosas mandadas por los prelados, me estaba encomendando á Dios, y algo apretada, por ser yo para tan poco, y con tan mala salud, que, aun sin esto, muchas veces me parecia no se poder sufrir el trabajo conforme á mi bajo natural, me dijo el Señor—«Hija, la obediencia da fuerzas.» Plega á su Majestad, que sea así, y dé gracia, para que acierte yo á decir para gloria suya las mercedes, que en estas fundaciones ha hecho á esta Orden.

Puédese tener por cierto, que se dirá con toda verdad sin ningun encarecimiento á cuanto yo entendiere, sino conforme á lo que ha pasado; porque en cosa muy poco importante yo no trataría mentira por ninguna de la tierra: en esto que se escribe (para que nuestro Señor sea alabado) haríaseme gran conciencia, y creeria, no solo era perder tiempo, sino enga-

ñar con las cosas de Dios; y en lugar de ser alabado por ellas, ser ofendido, y seria una grande traicion. Plega á su Majestad no me deje de su mano, para que yo lo haga.

Irá señalada cada fundacion, y procuraré abreviar, si supiere; porque mi estilo es tan pesado, que aunque quiera, temo que no dejaré de cansar y cansarme. Mas con el amor que mis hijas me tienen, á quien ha de quedar esto despues de mis dias, se podrá tolerar. Plega á nuestro Señor, que pues en ninguna cosa yo procuro provecho mio, ni tengo por qué, sino su alabanza y gloria (pues se verán muchas cosas para que se la dén) esté muy lejos de quien lo leyere, atribuirme á mí ninguna, pues seria contra la verdad; sino que pidan á su Majestad, que me perdone lo mal que me he aprovechado de todas estas mercedes.

Mucho mas hay de que se quejar de mí mis hijas por esto, que por qué me dar gracias de lo que en ello está hecho: démoslas todas, hijas mias, á la divina bondad, por tantas mercedes como nos ha hecho. Una Ave María pido por su amor á quien esto leyere, para que sea ayuda á salir del purgatorio, y llegar á ver á Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por siempre jamás. Amen. Por tener yo poca memoria, creo que se dejarán de decir muchas cosas muy importantes, y otras, que se pudieran escusar, se dirán: en fin,

conforme á mi poco ingenio y grosería y tambien al poco sosiego que para esto hay. Tambien me mandan, que si se ofreciere ocasion, trate algunas cosas de oracion, y del engaño que podria haber, para no ir mas adelante las que la tienen. En todo me sujeto á lo que tiene la madre santa Iglesia romana, y con determinacion, que antes que venga á vuestras manos, hermanas é hijas mias, lo verán letrados y personas espirituales.

Comienzo en nombre del Señor, tomando por ayuda á su gloriosa Madre, cuyo hábito tengo, aunque indigna de él; y á mi glorioso padre y señor San José, en cuya casa estoy, que así es la vocacion de este monasterio de Descalzas, por cuyas oraciones he sido ayudada continuo. Año de MDLXXIII, dia de San Luis rey de Francia, que son XXIIII dias de Agosto.

SEA DIOS ALABADO.

Para mayor inteligencia del órden de las *Fundaciones* pónese aquí la siguiente tabla de ellas:

1562.

Fundacion del convento de San José de Avila, dia 24 de Agosto.

1567.

La de Medina del Campo, 15 de Agosto. (Capítulo 3.°)

1568.

La de Malagon, Domingo de Ramos. (Capítulo 9.)

La de Valladolid, 15 de Agosto. (Capítulo 10.)

Fundacion del primer convento de hombres en Duruelo por San Juan de la Cruz en el primer domingo de Adviento. (Capítulo 13.)

1569.

La de Toledo, á 13 de Mayo. (Capítulo 15.)

La de Pastrana, á 9 de Julio. (Capítulo 17.)

Fundacion del segundo monasterio de hombres en aquel mismo pueblo. *(Ibidem.)*

1570.

La de Salamanca, dia 1.° de Noviembre. (Capítulo 18.)

1571.

La de Alba de Tormes, dia 25 de Enero. (Capítulo 20).

1574.

La de Segovia, 19 de Marzo. (Capítulo 21.)

1575.

La de Veas, 25 de Febrero. (Capítulo 22.)

La de Sevilla, dia de la Santísima Trinidad. (Capítulo 27.)

1576.

La de Caravaca, dia 1.° de Enero. (Capítulo 27.)

1580.

La de Villanueva de la Jara, 25 de Febrero. (Capítulo 28.)

La de Palencia, á fines de año. (Capítulo 29.)

1581.

La de Soria, 3 de Junio. (Capítulo 30.)

Conatos infructuosos por entonces para fundar en Madrid.

Fundacion de Granada por la venerable Ana de Jesus.

La de Búrgos, decimosétimo y último monaste-

rio de monjas, fundado en vida de Santa Teresa, dia 19 de Abril. (Capítulo 31 y último.)

Medio año despues ocurre su muerte.

La primera plana del libro original dice así con su propia ortografía, dejando sus numerosas abreviaturas, que mas adelante se aclararán:

«Jhs por espiriecia e visto dejado lo q e muchas partes e leydo el gran bie q es pa un alma no salir de la obediecia en esto etiendo esta el yrse adelatando e la virtud y el yr cobrado la de la umildad e esto la siguridad de la sospecha q los mortales es bie q tengamos mientra se bive en esta vida de errar en el camino del cielo aqui se alla la quietud q tan preciada e las almas q desean contetar á Dios porq si de veras se a resinado e esta santa obediencia y redido el entendimieto a ella no quiriede tener otro parecer «de el de su confesor y si son relisiosos el de su perlado el demonio cesa de acometer con continas inquietudes» como tiene visto q antes sale con perdida q con ganancia y tabien nuestros bulliciosos movimietos amigos de acer su voluntad y ande sujetar la razon e cosas de nuestro conteto cesan acordandose q determinadamete pusieron su voluntad en la de Dios tomando por medio sujetarse a quien e su lugar toman aviendo su mag por su bondad dadome luz de conocer el gra tesoro q esta encerrado en esta precio-

sa virtud e procurado a q flaca y ynperfetamete tenerla a q muchas veces repuna la poca virtud que veo en mi porq pa algunas cosas q me mandan entiedo que no llega la divina mag provea lo q falta pa esta obra presente estando e San Josef de avila año de mil y quinientos y setenta y dos q fue el mesmo q se fundo este monesterio mesmo fuy mandada del P. fray garcia de Toledo dominico q al presete era mi confesor q escribiese la fundacion de aquel monesterio con otras mvchas cosas q quien.»

JESUS MARÍA.

COMIENZA LA FUNDACION DE SAN JOSÉ DEL CARMEN DE MEDINA DEL CAMPO.

CAPITULO I.

De los medios por donde se comenzó á tratar de esta fundacion, y de las demas.

Cinco años despues de la fundacion de san Josef de Avila estuve en él, que, á lo que ahora entiendo, me parece serán los mas descansados de mi vida, cuyo sosiego y quietud echa harto menos muchas veces mi alma. En este tiempo entraron algunas doncellas religiosas de poca edad, «á quien el mundo, á lo que parecia, tenia ya para sí, segun» las muestras de su gala y curiosidad, sacándolas el Señor bien apresuradamente de aquellas vanidades, las trajo á su casa, dotándolas de tanta perfeccion, que era harta confusion

mia, llegando al número de trece, que es el que estaba determinado, para no pasar mas adelante.

Yo me estaba deleitando entre almas tan santas y limpias, adonde solo era su cuidado de servir y alabar á nuestro Señor. Su Majestad nos enviaba allí lo necesario sin pedirlo, y cuando nos faltaba, que fué harto pocas veces, era mayor su regocijo: alababa á nuestro Señor de ver tantas virtudes encumbradas, en especial el descuido que tenian de todo lo demás, sino de servirle.

Yo que estaba allí por mayor, nunca me acuerdo ocupar el pensamiento en ello: tenia muy creido, que no habia de faltar el Señor á las que no traian otro cuidado, sino en cómo contentarle. Y si alguna vez no habia para todas el mantenimiento, diciendo yo fuese para las mas necesitadas, cada una le parecia no ser ella, y así se quedaba, hasta que Dios enviaba para todas. En la virtud de la obediencia, de quien yo soy muy devota, aunque no sabia tenerla hasta que estas siervas de Dios me enseñaron, para no lo ignorar si yo tuviera virtud, pudiera decir muchas cosas que allí en ellas ví.

Una se me ofrece ahora, y es, que estando un dia en refectorio, diéronnos raciones de cohombro, á mí cupo una muy delgada, y por de dentro podrida: llamé con disimulacion á una hermana de las de mejor entendimiento y talentos que allí habia, para probar su obediencia, y díjela, que fuese á sembrar aquel

cohombro á un hortecillo que teníamos. Ella me preguntó, si le habia de poner alto, ó tendido, y le dije que tendido. Ella fué y púsole, sin venir á su pensamiento, que era imposible dejarse de secar, sino que el ser por obediencia, le cegó la razon natural en servicio de Cristo, para creer era muy acertado.

Acaecíame encomendar á una seis ú siete oficios contrarios, y callando tomarlos, pareciéndole posible hacerlos todos. Tenia un pozo (á dicho de los que le probaron) de harto mal agua, y parecia imposible correr, por estar muy hondo: llamando yo oficiales para procurarlo, reíanse de mí, de que queria echar dineros en balde. Yo dije á las hermanas, ¿que qué les parecia? Dijo una, que se procure; nuestro Señor nos ha de dar quien nos traiga agua, y para darles de comer, pues mas barato le sale á su Majestad dárnosla en casa, y así no lo dejará de hacer.

Mirando yo con la gran fe y determinacion con que lo decia, túvelo por cierto, y contra voluntad del que entendia en las fuentes, que conocia de agua, lo hice, y fué el Señor servido que sacamos un caño de ella, bien bastante para nosotras, y de beber, como ahora lo tienen. No lo cuento por milagro, que otras cosas pudiera decir, sino por la fe que tenian estas hermanas, puesto que pasa así como lo digo, y porque no es mi primer intento loar las monjas de estos monasterios, que por la bondad del Señor todas hasta ahora van asi, y de estas cosas y otras muchas

seria escribir muy largo, aunque no sin provecho, porque á las veces se animan las que vienen á imitarlas. Mas si el Señor fuere servido que esto se entienda, podrán los prelados mandar á las prioras que lo escriban.

Pues estando esta miserable entre estas almas de ángeles, que á mí no me parecian otra cosa, porque ninguna falta, aunque fuese interior, me encubrian, y las mercedes y grandes deseos y desasimiento que el Señor les daba, eran grandísimas; su consuelo era su soledad, y así me certificaban, que jamás de estar solas se hartaban, y así tenian por tormento que las viniesen á ver, aunque fuesen hermanos. La que mas lugar tenia de estarse en una ermita, se tenia por mas dichosa.

Considerando yo el gran valor de estas almas, y el ánimo que Dios las daba para padecer y servirle, no cierto de mujeres, muchas veces me parecia que era para algun gran fin las riquezas que el Señor ponia en ellas, no porque me pasase por pensamiento lo que despues ha sido, porque entonces parecia cosa imposible, por no haber principio para poderse imaginar, puesto que mis deseos, mientras mas el tiempo iba adelante, eran muy mas crecidos de ser alguna parte para el bien de algun alma; y muchas veces me parecia, como quien tiene un gran tesoro guardado, y desea que todos gocen de él, y le atan las manos para distribuirle: así me parecia estaba atada mi alma,

porque las mercedes que el Señor en aquellos años la hacia, eran muy grandes, y todo me parecia mal empleado en mí.

Servia al Señor con mis pobres oraciones siempre, y yo procuraba con las hermanas, que hiciesen lo mismo, y se aficionasen al bien de las almas, y al aumento de su iglesia, y á quien trataba con ellas, siempre se edificaban, y en esto embebia mis grandes deseos.

A los cuatro años, me parece era algo mas, acertó á venirme á ver un fraile francisco, llamado fray Alonso Maldonado, harto siervo de Dios, y con los mismos deseos del bien de las almas que yo, y podíalos poner por obra, que le tuve yo harta envidia. Este venia de las Indias poco habia: comenzóme á contar de los muchos millones de almas, que allí se perdian por falta de doctrina, é hízonos un sermon y plática animando á la penitencia, y fuese.

Yo quedé tan lastimada de la perdicion de tantas almas, que no cabia en mí: fuíme á una ermita con hartas lágrimas, y clamaba á nuestro Señor, suplicándole diese medio como yo pudiese algo, para ganar algun alma para su servicio, pues tantas llevaba el demonio, y que pudiese mi oracion algo, ya que no era para mas.

Habia gran envidia á los que podian por amor de nuestro Señor emplearse en esto, aunque pasasen mil muertes: y así me acaece, que cuando en las vi-

das de los santos leemos, que convirtieron almas, mucha mas devocion me hacen y mas ternura y mas envidia, que todos los martirios que padecen, por ser esta inclinacion que nuestro Señor me ha dado, pareciéndome, que precia mas un alma, que por nuestra industria y oracion le ganásemos, mediante su misericordia, que todos los servicios que le podemos hacer.

Pues andando yo con esta pena tan grande, una noche estando en oracion, representóseme nuestro Señor de la manera que suele, y mostrándome mucho amor, á manera de quererme consolar, me dijo— «Espera un poco, hija, y verás grandes cosas.» Quedaron tan fijadas en mi corazon estas palabras, que no las podia quitar de mí; y aunque no podia atinar, por mucho que pensaba en ello, qué podria ser, ni veia camino para poderlo imaginar, quedé muy consolada, y con gran certidumbre que serian verdaderas estas palabras: mas el medio cómo nunca vino á mi imaginacion. Así se pasó, á mi imaginacion y parecer, otro medio año, y despues de este sucedió lo que ahora diré.

CAPÍTULO II.

Cómo nuestro padre general vino á Avila, y de lo que de su venida sucedió.

Siempre nuestros generales residen en Roma, y jamás ninguno vino á España (1), y así parecia cosa imposible venir ahora; mas, como para lo que nuestro Señor quiere, no hay cosa que lo sea, ordenó su Majestad, que lo que nunca habia sido, fuese ahora. Yo cuando lo supe, paréceme que me pesó: porque, como ya se dijo en la fundacion de san José, no estaba aquella casa sujeta á los frailes por la causa dicha.

Temí dos cosas: la una, que se habia de enojar conmigo, y no sabiendo las cosas cómo pesaban, tenia razon: la otra, si me habia de mandar tornar al monasterio de la Encarnacion, que es de la regla mitigada, que para mí fuera desconsuelo, por muchas

(1) Dos generales habian venido y tenido capítulo: en 1324 en Barcelona fray Juan Alerio, y en Perpiñan en 1354 fray Raimundo de Grasa: pero habian sido solamente para la corona de Aragon, donde la órden del Cármen Calzado estaba muy extendida.

causas, que no hay para que decir. Una bastaba, que era no poder yo allá guardar el rigor de la regla primera, y ser de mas de ciento y cincuenta el número, y todavía adonde hay pocas, hay mas conformidad y quietud. Mejor lo hizo nuestro Señor, que yo pensaba; porque el general es tan siervo suyo y tan discreto y letrado, que miró ser buena la obra, y por lo demás, ningun desabrimiento me mostró. Llámase fray Juan Bautista Rubeo de Rávena (1), persona muy señalada en la Orden, y con mucha razon.

Pues llegado á Avila, yo procuré fuese á san José, y el obispo tuvo por bien se le hiciese toda la cabida, que á su misma persona. Yo le dí cuenta con toda verdad y llaneza, porque es mi inclinacion tratar así con los prelados, suceda lo que sucediere, pues están en lugar de Dios, y con los confesores lo mismo; y si esto no hiciese, no me pareceria tenia seguridad mi alma. Y así le dí cuenta de ella, y casi de toda mi vida, aunque es harto ruin: él me consoló mucho, y aseguró que no me mandaria salir de allí.

Alegróse de ver la manera de vivir, y un retrato,

(1) El apellido Rubeo es latinizado al estilo de la época. Llamábase fray Juan Bautista Rossi. Vino á España en 1566, á instancias de Felipe II y con bula de san Pio V, recien subido al pontificado. Celebró capítulo provincial en Andalucía, y despues pasó á Castilla. Nombróse provincial en esta á fray Alonso Gonzalez. Fray Angel de Salazar quedó de prior en Avila.

aunque imperfecto, del principio de nuestra Orden, y como la regla primera se guardaba en todo rigor, porque en toda la Orden no se guardaba en ningun monasterio, sino la mitigada; y con la voluntad que tenia de que fuese muy adelante este principio, dióme muy cumplidas patentes para que se hiciesen mas monasterios, con censuras para que ningun provincial me pudiese ir á la mano. Yo no se las pedí, puesto que entendió de mi manera de proceder en la oracion, que eran los deseos grandes de ser parte para que alguna alma se llegase mas á Dios.

Estos medios yo no los procuraba, antes me parecia desatino; porque una mujercilla tan sin poder como yo, bien entendia, que no podia hacer nada; mas cuando al alma vienen estos deseos, no es en su mano desecharlos. El amor de contentar á Dios, y á la fe hacen posible lo que por razon natural no lo es: y así en viendo yo la gran voluntad de nuestro reverendísimo general, para que hiciese mas monasterios, me pareció los veia hechos.

Acordándome de las palabras, que nuestro Señor me habia dicho, veia yo algun principio de los que antes no podia entender. Sentí muy mucho cuando ví tornar á nuestro padre general á Roma: habíale cobrado gran amor, y pareciame quedar con gran desamparo. Él me le mostraba grandísimo, y mucho favor, y las veces que podia desocuparse, se iba allá á tratar cosas espirituales, como á persona á quien el

Señor debe hacer grandes mercedes: en este caso nos era consuelo oirle.

Aun antes que se fuese, el señor obispo, que es D. Alvaro de Mendoza, muy aficionado á favorecer á los que ve que pretenden servir á Dios con mas perfeccion; y así procuró que le dejasen licencia para que en su obispado se hiciesen algunos monasterios de frailes descalzos de la primera regla. Tambien otras personas se lo pidieron: él lo quisiera hacer, mas halló contradicion en la Orden, y así, por no alterar la provincia, lo dejó por entonces.

Pasados algunos dias, considerando yo cuán necesario era, si se hacia monasterios de monjas, que hubiese frailes de la misma regla, y viendo ya tan pocos en esta provincia, que aun me parecia se iban á acabar, encomendándolo mucho á nuestro Señor, escribí á nuestro padre general una carta suplicándoselo lo mejor que yo supe, dando las causas por donde seria gran servicio de Dios; y los inconvenientes que podia haber, no eran bastantes para dejar tan buena obra, y poniéndole delante el servicio que haria de nuestra Señora, de quien era muy devoto.

Ella debia ser la que lo negoció, porque esta carta llegó á su poder estando en Valencia, y desde allí me envió licencia para que se fundasen dos monasterios, como quien desea la mayor religion de la Orden. Porque no hubiese contradicion, remitiólo al provincial que era entonces, y al pasado, que era har-

to dificultoso de alcanzar. Mas como ví lo principal, tuve esperanza el Señor haria lo demas; y así fué, que con el favor del Señor obispo, que tomaba este negocio muy por suyo, entrambos vinieron en ello.

Pues estando yo ya consolada con la licencia, creció mas mi cuidado, por no haber fraile en la provincia, que yo entendiese, para ponerlo por obra, ni seglar que quisiese hacer tal comienzo. Yo no hacia sino suplicar á nuestro Señor, que siquiera una persona despertase. Tampoco tenia casa, ni cómo la tener. Héla aquí una pobre monja descalza, sin ayuda de ninguna parte, sino del Señor, cargada de patentes, y de buenos deseos, y sin ninguna posibilidad para ponerlo por obra. El ánimo no desfallecia ni la esperanza, que pues el Señor habia dado lo uno, daria lo otro: ya todo me parecia muy pósible, y así lo comencé á poner por obra.

Oh grandeza de Dios! ¡Y cómo mostrais vuestro poder en dar osadía á una hormiga! ¡Y cómo, Señor mio, no queda por Vos el no hacer grandes obras los que os aman, sino por nuestra cobardía y pusilanimidad! Como nunca nos determinamos, sino llenos de mil temores y prudencias humanas; así, Dios mio, no obrais vos vuestras maravillas y grandezas. ¿Quién mas amigo de dar, si tuviese á quien, ni de recibir servicios á su costa? Plega á vuestra Majestad que os haya yo hecho alguno, y no tenga mas cuenta que dar de lo mucho que he recibido. Amen.

CAPÍTULO III.

Por qué medios se comenzó á tratar de hacer el monasterio de San José de Medina del Campo.

Pues estando yo con todos estos cuidados, acordé de ayudarme de los padres de la Compañía, que estaban muy aceptos en aquel lugar en Medina, con quien, como ya tengo escrito en la primera fundacion (1), traté mi alma muchos años, y por el gran bien que la hicieron, siempre les tengo particular devocion. Escribí lo que nuestro padre general me habia mandado al Rector de allí, que acertó á ser el que me confesó muchos años, como queda dicho, aunque no le nombré: llámase Baltasar Alvarez, que al presente es provincial. Él y los demas dijeron, que harian lo que pudiesen en el caso, y así hicieron mucho para recabar la licencia de los del pueblo y del prelado, que por ser monasterio de pobreza, en to-

(1) De aquí el nombre de *libro de primera fundacion* al de la *Vida ó grandezas del Señor*, porque allí escribió la fundacion del monasterio de San José.

das partes es dificultoso; y así se tardó algunos dias en negociar.

A esto fué un clérigo muy siervo de Dios, y bien desasido de todas las cosas del mundo, y de mucha oracion. Era capellan en el monasterio á donde yo estaba, al cual le daba el Señor los mismos deseos que á mí, y así me ha ayudado mucho, como se verá adelante: llámase Julian de Avila. Pues ya que tenia la licencia, no tenia casa ni blanca para comprarla: pues crédito para fiarme en nada, si el Señor no le diera ¿cómo le habia de tener una romera como yo (1)?

Proveyó el Señor que una doncella muy virtuosa, para quien no habia habido lugar en San José que entrase, sabiendo se hacia otra casa, me vino á rogar la tomase en ella. Esta tenia unas blanquillas, harto poco, que no eran para comprar casa, sino para alquilarla: y así procuramos una de alquiler, y para ayuda al camino. Sin mas arrimo que este, salimos de Avila dos monjas de San José y yo, y cuatro de la Encarnacion, que es el monasterio de la regla mitigada, á donde yo estaba antes que se fundase San José, con nuestro padre capellan Julian de Avila.

Cuando en la ciudad se supo, hubo mucha murmuracion; unos decian que yo estaba loca: otros esperaban el fin de aquel desatino. El obispo, segun despues me ha dicho, le parecia muy grande, aunque

(1) Peregrina, andariega, mujer que anda en romerías.

entonces no me lo dió á entender, ni quiso estorbarme, porque me tenia mucho amor, y no me dar pena. Mis amigos harto me habian dicho, mas yo hacia poco caso de ello; porque me parecia tan fácil lo que ellos tenian por dudoso, que no podia persuadirme á que habia de dejar de suceder bien.

Ya cuando salíamos de Avila, habia yo escrito á un padre de nuestra Orden, llamado fray Antonio de Heredia, que me comprase una casa, que era entonces prior del monasterio de frailes, que allí hay de nuestra Orden, llamado Santa Ana. Él lo trató con una señora que le tenia devocion, que tenia una que se le habia caido toda, salvo un cuarto, y era muy bien puesto. Fué tan buena, que prometió de vendérsela, y así la concertaron sin pedirle fianzas, ni mas fuerza de su palabra, porque á pedirlas no tuviéramos remedio: todo lo iba disponiendo el Señor. Esta casa estaba tan sin paredes, que á esta causa alquilamos estotra, mientras aquella se aderezaba, que habia harto que hacer.

Pues llegando la primera jornada ya noche, y cansadas por el mal aparejo que llevábamos, yendo á entrar por Arévalo, salió un clérigo nuestro amigo, que nos tenia una posada en casa de unas devotas mujeres, y díjome en secreto como no teníamos casa, porque estaba cerca de un monasterio de Agustinos, y que ellos resistian que no entrásemos ahí, y que forzado habia de haber pleito.

Oh válame Dios! ¡Cuando Vos, Señor, quereis dar ánimo, qué poco hacen todas las contradiciones! Antes parece me animó, pareciéndome, pues ya se comenzaba á alborotar el demonio, que se habia de servir el Señor de aquel monasterio. Con todo le dije que callase, por no alborotar á las compañeras, en especial á las dos de la Encarnacion (1), que las demas por cualquier trabajo pasarán por mí. La una de estas dos era superiora entonces de alli, y defendiéronle mucho la salida: entrambas de buenos deudos, y venian contra su voluntad, porque á todas les parecia disparate, y despues vi yo que les sobraba la razon, que cuando el Señor es servido yo funde una casa de estas, paréceme que ninguna cosa admite mi pensamiento, que me parezca bastante para dejarlo de poner por obra, hasta despues de hecho: entonces se me ponen juntas las dificultades como despues se verá.

Llegando á la posada, supe que estaba en el lugar un fraile dominico, muy gran siervo de Dios, con quien yo me habia confesado el tiempo que habia estado en San José. Porque en aquella fundacion traté mucho de su virtud, aquí no diré mas del nombre,

(1) En el párrafo segundo de este capítulo dijo que eran cuatro las monjas que iban de la Encarnacion de Avila. Sin duda dos de ellas le inspiraban menos confianza que las otras dos del mismo monasterio.

que es el maestro fray Domingo Bañes: tiene muchas letras y discrecion, por cuyo parecer yo me gobernaba, y al suyo no era tan dificultoso, como en todos los que iba á hacer; porque quien mas conoce de Dios, mas fácil se le hacen sus obras, y de algunas mercedes, que sabia su Majestad me hacia, y por lo que habia visto en la fundacion de San José, todo le parecia muy posible. Dióme gran consuelo cuando le ví; porque con su parecer todo me parecia iria acertado. Pues, venido allí, díjele muy en secreto lo que pasaba: á él le pareció que presto podríamos concluir el negocio de los Agustinos; mas á mí hacíaseme recia cosa cualquier tardanza, por no saber qué hacer de tantas monjas; y así pasamos todas con cuidado aquella noche, que luego lo dijeron en la posada á todos.

Luego de mañana llegó allí el prior de nuestra Orden Fray Antonio, y dijo, que la casa que tenia concertada de comprar, era bastante, y tenia un portal á donde se podia hacer una iglesia pequeña, aderezándole con algunos paños. En esto nos determinamos, al menos á mí parecióme muy bien; porque la mas brevedad era lo que mejor nos convenia, por estar fuera de nuestros monasterios, y tambien porque temí alguna contradicion, como estaba escarmentada de la fundacion primera: y así queria que antes que se estendiese, estuviese ya tomada la posesion, y así nos determinamos á que luego se hiciese.

En esto mismo vino el padre maestro Fray Domingo. Llegamos á Medina del Campo víspera de nuestra Señora de Agosto á las doce de la noche: apeámonos en el monasterio de Santa Ana, por no hacer ruido, y á pié nos fuimos á la casa. Fué harta misericordia del Señor, que aquella hora encerraban toros, para correr otro dia, no nos topar alguno. Con el embebecimiento que llevábamos, no habia acuerdo de nada: mas el Señor, que siempre le tiene de los que desean su servicio, nos libró, que cierto allí no se pretendia otra cosa. Llegadas á la casa, entramos en un patio, las paredes harto caidas me parecieron, mas no tanto como fué de dia se pareció. Parece que el Señor habia querido se cegase aquel bendito padre, para ver que no convenia poner allí el Santísimo Sacramento.

Visto el portal, habia bien que quitar tierra de él, á teja vana, las paredes sin embarrar, la noche era corta, y no traíamos sino unos reposteros, creo eran tres: para toda la largura que tenia el portal era nada. Yo no sabia que hacer, porque ví no convenia poner allí altar. Plugo á el Señor, que queria luego se hiciese, que el mayordomo de aquella señora tenia muchos tapices de ella en casa, y una cama de damasco azul, y habia dicho nos diesen lo que quisiésemos que era muy buena.

Yo cuando ví tan buen aparejo, alabé al Señor, y así harian las demas: aunque no sabíamos qué hacer

de clavos, ni era hora de comprarlos, comenzáronse á buscar de las paredes: en fin con trabajo se halló recaudo. Unos á tapizar, nosotras á limpiar el suelo, nos dimos tan buena prisa, que cuando amanecia estaba puesto el altar, y la campanilla en un corredor, y luego se dijo la misa. Esto bastaba para tomar la posesion: no se cayó en ello, sino que pusimos el Santísimo Sacramento; y desde unas resquicias de una puerta, que estaba frontero, veiamos misa, que no habia otra parte.

Yo estaba hasta esto muy contenta: porque para mí es grandísimo consuelo ver una iglesia mas, donde haya Santísimo Sacramento; mas poco me duró, porque como se acabó la misa, llegué por un poquito de una ventana á mirar el patio, y ví todas las paredes por algunas partes en el suelo, que para remediarlo eran menester muchos dias.

Oh válame Dios! cuando yo ví á su Majestad puesto en la calle, en tiempo tan peligroso como ahora estamos por estos luteranos, que fué la congoja que vino á mi corazon! Con esto se juntaron todas las dificultades que podian poner los que mucho lo habian murmurado, y entendí claro que tenian razon. Parecíame imposible ir adelante con lo que habia comenzado, porque así como antes todo me parecia fácil, mirando á que se hacia por Dios, así ahora la tentacion estrechaba de manera su poder, que no parecia haber recibido ninguna merced suya: solo mi bajeza y poco

poder tenia presente. Pues arrimada á cosa tan miserable, qué buen suceso podia esperar?

Y á ser sola, paréceme lo pasara mejor; mas pensar habian de tornar las compañeras á su casa con la contradicion que habian salido, haciaseme recio. Tambien me parecia, que errado este principio, no habia lugar todo lo que yo tenia entendido habia de hacer el Señor adelante. Luego se añadia el temor, si era ilusion lo que en la oracion habia entendido, que no era la menor pena, sino la mayor; porque me daba grandísimo temor, si me habia de engañar el demonio.

Oh Dios mio! ¡qué cosa es ver un alma, que vos quereis dejar que pene! Por cierto cuando se me acuerda esta afliccion, y otras algunas que he tenido en estas fundaciones, no me parece que hay que hacer caso de los trabajos corporales, aunque han sido hartos, en esta comparacion. Con toda esta fatiga, que me tenia bien apretada, no daba á entender ninguna cosa á las compañeras, porque no las queria fatigar mas de lo que estaban.

Pasé con este trabajo hasta la tarde, que envió el rector de la Compañía á verme con un padre, que me animó y consoló mucho. Yo no le dije todas las penas que tenia, sino solo la que me daba vernos en la calle. Comencé á tratar de que se nos buscase casa alquilada, costase lo que costase, para pasarnos á ella, mientras aquello se remediaba, y comencéme á con-

solar, de ver la mucha gente que venia, y ninguno cayó en nuestro desatino, que fué misericordia de Dios; porque fuera muy acertado quitarnos el santísimo Sacramento. Ahora considero yo mi bobería, y el poco advertir de todos en no consumirle, sino que me parecia, que si esto se hiciera, era todo deshecho.

Por mucho que se procuraba, no se halló casa alquilada en todo el lugar; que yo pasaba harto penosas noches y dias, porque, aunque siempre dejaba hombres que velasen al santísimo Sacramento, estaba con cuidado si se dormian; y así me levantaba á mirarlo de noche por una ventana, que hacia muy clara luna, y podíalo bien ver. Todos estos dias era mucha la gente que venia, y no solo no les parecia mal, sino poníales devocion de ver á nuestro Señor otra vez en el portal: y su Majestad, como quien nunca se cansa de humillarse por nosotros, no parece queria salir de él.

Ya despues de ocho dias, viendo un mercader la necesidad (que posaba en una muy buena casa) díjonos, fuésemos á lo alto de ella, que podíamos estar como en casa propia. Tenia una sala muy grande y dorada, que nos dió para iglesia, y una señora, que vivia junto á la casa que compramos, llamada doña Elena de Quiroga, gran sierva de Dios (1), dijo que

(1) El apellido de *Quiroga* está sobrepuesto en el original. Sin duda, habiendo puesto solamente el nombre, no halló despues inconveniente en poner el apellido.

me ayudaria para que luego se comenzase á hacer una capilla, para donde estuviese el santísimo Sacramento, y tambien para acomodarnos como estuviésemos encerradas. Otras personas nos daban limosna para comer; mas esta señora fué la que mas me socorrió.

Ya con esto comencé á tener sosiego, porque adonde nos fuimos, estábamos con todo encerramiento, y comenzamos á decir las Horas, y en la casa se daba el buen prior mucha priesa, que pasó harto trabajo: con todo tardaria dos meses, mas púsose de manera, que pudimos estar algunos años razonablemente: despues lo ha ido nuestro Señor mejorando.

Estando aquí yo, todavía tenia cuidado de los monasterios de los frailes, y como no tenia ninguno, como he dicho, no sabia qué hacer, y así me determiné muy en secreto á tratarlo con el prior de allí, para ver qué me aconsejaba, y así lo hice. Él se alegró mucho cuando lo supo, y me prometió que seria el primero. Yo lo tuve por cosa de burla, y así se lo dije, porque, aunque siempre fué buen fraile y recogido y muy estudioso y amigo de su celda, que era letrado, para principio semejante no me pareció sería ni tendria espíritu ni llevaria adelante el rigor que era menester, por ser delicado y no mostrado á ello. Él me aseguraba mucho, y certificó que habia muchos dias que el Señor le llamaba para vida mas estrecha; y así tenia ya determinado de irse á los Cartujos, y le tenian ya dicho le recibirian.

Con todo esto no estaba muy satisfecha, aunque me alegraba de oirle, y roguéle que nos detuviésemos algun tiempo, y él se ejercitase en las cosas que habia de prometer: y así se hizo, que se pasó un año, y en este le sucedieron tantos trabajos y persecuciones de muchos testimonios, que parece el Señor le queria probar: y él lo llevaba todo tambien, y se iba aprovechando tanto, que yo alababa á nuestro Señor, y me parecia le iba su Majestad disponiendo para esto.

Poco despues acertó á venir allí un padre de poca edad, que estaba estudiando en Salamanca, y el fué con otro por compañero, el cual me dijo grandes cosas de la vida que este padre hacia: llamábase fray Juan de la Cruz. Yo alabé á nuestro Señor, y hablándole contentóme mucho, y supe de él como se queria tambien ir á los Cartujos. Yo le dije lo que pretendia, y le rogué mucho esperase hasta que el Señor nos diese monasterio, y el gran bien que seria, si habia de mejorarse, ser en su misma Orden, y cuanto mas serviria al Señor. El me dió la palabra, con que no se tardase mucho. Cuando yo ví ya que tenia dos frailes para comenzar (2) parecióme estaba hecho el negocio, aunque todavía no estaba satisfecha del

(2) *Fraile y medio*, solia decir santa Teresa en vez de *dos frailes*, pues llamaba *medio fraile* á San Juan de la Cruz, por su poca estatura y juventud.

prior, y así aguardaba algun tiempo, y tambien por tener adonde comenzar.

Las monjas iban ganando crédito en el pueblo, y tomando con ellas mucha devocion, y, á mi parecer, con razon; porque no entendian, sino en cómo pudiese cada una mas servir á nuestro Señor: en todo iban con la manera de proceder que en San José de Avila, por ser una misma la regla y constituciones. Comenzó el Señor á llamar algunas, para tomar el hábito; y eran tantas las mercedes que les hacia, que yo estaba espantada. Sea por siempre bendito, amen; que no parece aguarda mas de ser querido, para querer.

CAPÍTULO IV.

En que trata de algunas mercedes que el Señor hace á las monjas de estos monasterios, y dase aviso á las prioras de cómo se han de haber en ellas.

Háme parecido, antes que vaya mas adelante (porque no sé el tiempo que el Señor me dará de vida ni de lugar, y ahora parece tengo un poco) de dar algunos avisos para que las prioras se sepan entender, y lleven las súbditas con mas aprovechamiento de sus almas, aunque no con tanto gusto suyo. Háse advertir, que cuando me han mandado escribir estas fundaciones, dejando la primera de San José de Avila, que se escribió luego, están fundados, con el favor del Señor, otros siete hasta el de Alba de Tormes, que es el postrero de ellos: y la causa de no se haber fundado mas, ha sido el atarme los prelados en otra cosa, como adelante se verá.

Pues, mirando lo que sucede de cosas espirituales en estos años en estos monasterios, he visto la necesidad que hay de lo que quiero decir: plega á nues-

tro Señor que acierte conforme á lo que veo es menester. Y pues no son engaños, es menester no estén los espíritus amedrentados; porque, como en otras partes he dicho, en algunas cosillas que para las hermanas he escrito, yendo con limpia conciencia y con obediencia, nunca el Señor permite que el demonio tenga tanta mano, que nos engañe de manera, que pueda dañar al alma, antes viene él á quedar engañado: y como esto entiende, creo no hace tanto mal, como nuestra imaginacion y malos humores, en especial si hay melancolía, porque el natural de las mujeres es flaco, y el amor propio que reina en nosotras muy sutil: y así han venido á mí personas, así hombres como mujeres muchas, junto con las monjas de estas casas, á donde claramente he conocido, que muchas veces se engañan á sí mismas sin querer. Bien creo, que el demonio se debe entremeter para burlarnos; mas de muy muchas, que como digo he visto, por la bondad del Señor no he entendido que las haya dejado de su mano: por ventura quiere ejercitarlas en estas quiebras, para que salgan esperimentadas.

Están, por nuestros pecados, tan caidas en el mundo las cosas de oracion y perfeccion, que es menester declararme de esta suerte, porque, aun sin ver peligro, temen de andar este camino: ¿qué seria si dijésemos alguno? Aunque á la verdad en todo le hay, y para todo es menester mientras vivimos, ir con te-

mor, y pidiendo al Señor nos enseñe, y no desampare. Mas, como creo dije una vez, si en algo puede dejar de haber muy menos peligro, es en los que mas se llegan á pensar en Dios, y procuran perfeccionar su vida.

Como, Señor mio, vemos que nos librais muchas veces de los peligros en que nos ponemos, aun para ser contra Vos, ¿cómo es de creer, que no nos librareis, cuando no se pretende cosa mas que contentaros y regalarnos con Vos? Jamás esto puedo creer: podria ser que por otros juicios secretos de Dios permitiese algunas cosas, que así como así habian de suceder, mas el bien nunca trajo mal. Así que esto sirva de procurar caminar mejor el camino, para contentar mejor á nuestro Esposo, y hallarle mas presto, mas no dejarle de andar: y para animarnos á andar con fortaleza camino de puertos tan ásperos, como es el de esta vida; mas no para acobardarnos en adelante, pues en fin, yendo con humildad, mediante la misericordia de Dios, hemos de llegar á aquella ciudad de Jerusalen, adonde todo se nos hará poco lo que se ha padecido, ó no nada, en comparacion de lo que se goza.

Pues comenzando á poblarse estos palomarcitos de la Vírgen nuestra Señora, comenzó la divina Majestad á mostrar sus grandezas en estas mujercitas flacas, aunque fuertes en los deseos, y en el desasirse de todo lo criado, que debe ser lo que mas junta el

alma con su Criador, yendo con limpia conciencia. Esto no habia menester señalar, porque si el desasimiento es verdadero, paréceme no es posible con él no ofender al Señor: y como todas las pláticas y trato no sale de Él, así su Majestad no parece se quiere quitar de con ellas. Esto es lo que veo ahora, y con verdad puedo decir: teman las que están por venir, y esto leyeren; y si no vieren lo que ahora hay, no lo echen á los tiempos, que para hacer Dios grandes mercedes á quien de veras le sirve, siempre es tiempo, y procuren mirar si hay quiebra en esto, y enmendarla.

Oigo algunas veces de los principios de las Ordenes decir, que, como eran los cimientos, hacia el Señor mayores mercedes á aquellos santos nuestros pasados, y es así, mas siempre habian de mirar, que son cimientos de los que están por venir; y si ahora los que vivimos, no hubiésemos caido de lo que los pasados, y los que viniesen despues de nosotros hiciesen otro tanto, siempre estaria firme el edificio.

¿Qué me aprovecha á mí, que los santos pasados hayan sido tales, si yo soy tan ruin despues, que dejo estragado con la mala costumbre el edificio? Porque está tan claro, que los que vienen no se acuerdan tanto de los que há muchos años que pasaron, como de los que ven presentes. Donosa cosa es, que lo eche yo á no ser de las primeras, y no mire la diferencia que hay de mi vida y virtudes á la de

aquellos á quien Dios hacia tan grandes mercedes.

Oh válame Dios! ¡Qué disculpas tan torcidas, y qué engaños tan manifiestos! No trato de los que fundan las religiones, que como los escogió Dios para gran oficio, dióles mas gracia. Pésame á mí, mi Dios, de ser tan ruin, y tan poco en vuestro servicio, mas bien sé que está la falta en mí, de no me hacer las mercedes que á mis pasados. Lastímame mi vida, Señor, cuando la cotejo con la suya, y no lo puedo decir sin lágrimas. Veo que he perdido yo lo que ellos trabajaron, y que en ninguna manera me puedo quejar de Vos, ni ninguna es bien que se queje, sino que si viere va cayendo en algo su Orden, procure ser piedra tal con que se torne á levantar el edificio, que el Señor ayudará para ello.

Pues tornando á lo que decia, que me he divertido mucho, son tantas las mercedes que el Señor hace en estas casas, que si hay una de las hermanas, que la lleve el Señor por meditacion, todas las demas llegan á contemplacion perfecta y otras van tan adelante, que llegan á arrobamientos, y á otras hace el Señor merced por otra suerte, junto con esto de darles revelaciones y visiones, que claramente se entiende ser de Dios. No hay ahora casa, que no haya una ó dos ú tres de estas. Bien entiendo que no está en esto la santidad, ni es mi intencion loarlas solamente, sino para que se entienda, que no es sin propósito los avisos que quiero decir.

CAPÍTULO V.

En que se dicen algunos avisos para cosas de oracion, y revelaciones. Es muy provechoso para los que andan en cosas activas.

No es mi intencion ni pensamiento, que será tan acertado lo que yo dijere aquí, que se tenga por regla infalible, que seria desatino en cosas tan dificultosas. Como hay muchos caminos en este camino de el espíritu, podrá ser acierte á decir de alguno de ellos algun punto: si los que no van por él no lo entendieren, será que van por otro; y si no aprovechare á ninguno, tomará el Señor mi voluntad, pues entiende, que aunque no todo he experimentado yo, en otras almas sí lo he visto.

Lo primero, quiero tratar, segun mi pobre entendimiento, en qué está la sustancia de la perfecta oracion; porque algunos he topado, que les parece está todo el negocio en el pensamiento, y si este pue-

den tener mucho en Dios, aunque sea haciéndose gran fuerza, luego les parece que son espirituales; y si se divierten, no pudiendo mas, aunque sea para cosas buenas, luego les viene gran desconsuelo, y les parece que están perdidos.

Estas cosas é ignorancias no las tendrian los letrados, aunque ya he topado con alguno en ellas, mas para nosotras las mujeres de todas estas ignorancias nos conviene ser avisadas. No digo que no es merced de el Señor, quien siempre puede estar meditando en sus obras, y es bien que se procure; mas háse de entender, que no todas las imaginaciones son hábiles de su natural para esto, mas todas las almas lo son para amarle, en que está la perfeccion mas que en pensar.

Ya otra vez escribí las causas de este desvarío de nuestra imaginacion (á mi parecer no todas, que será imposible, mas algunas) y así no trato ahora de esto, sino querria dar á entender, que el alma no es el pensamiento, ni voluntad es bien que sea mandada por él, que tendria harta mala ventura, como está dicho arriba, por donde el aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho. Y si preguntareis, cómo se adquirirá este amor? Digo, que determinándose un alma á obrar y padecer por Dios, y hacerlo cuando se ofreciere.

Bien es verdad, que de el pensar lo que debemos á el Señor, y quien es, y lo que somos, se viene á

hacer un alma determinada, y que es gran mérito, y para los principios muy conveniente: mas entiéndese cuando no hay de por medio cosas que toquen en obediencia y aprovechamiento de los prójimos, á que obligue la caridad; que en tales casos, cualquiera de estas dos cosas que se ofrezcan, piden tiempo para dejar el que nosotras tanto deseamos dar á Dios, que, á nuestro parecer, es estarnos á solas pensando en Él, y regalándonos con los regalos que nos da. De dejar esto por cualquiera de estas dos cosas, es regalarle al Señor, y hacer por Él, dicho por su boca—«Lo que hicistes por uno de estos pequeñitos, haceis por mí.» Y en lo que toca á la obediencia, no querrá que vaya por otro camino, que el que bien lo quisiere, *obediens usque ad morten.*

Pues si esto es verdad, ¿de qué procede el disgusto, que por la mayor parte da, cuando no se ha estado mucha parte del dia muy apartados, y embebidos en Dios, aunque andemos empleados en estotras cosas? A mi parecer, por dos razones: la una, y mas principal, por un amor propio, que aquí se mezcla muy delicado, y así no se deja entender, que es querernos mas contentar á nosotros que á Dios. Porque está claro, que despues que un alma comienza á gustar, «cuán suave es el Señor,» que es mas gusto estarse descansado el cuerpo sin trabajar, y regalada el alma.

¡Oh caridad de los que verdaderamente aman á

este Señor y conocen su condicion! ¡Qué poco descanso podrán tener, si ven que son un poquito de parte, para que un alma sola se aproveche, y ame mas á Dios, ó para darle algun consuelo, ó para quitarla de algun peligro! ¡Qué mal descansará con este descanso particular suyo! Y cuando no puede con obras, con oracion, importunando al Señor por las muchas almas, que la lastíma de ver que se pierden: pierde ella su regalo, y lo tiene por bien perdido, porque no se acuerda de su contento, sino en cómo hacer mas la voluntad de el Señor, y así es en la obediencia.

Seria recia cosa que nos estuviese claramente diciendo Dios, que fuésemos á alguna cosa que le importa, y no quisiésemos sino estarle mirando, porque estamos mas á nuestro placer. ¡Donoso adelantamiento en el amor de Dios es atarle las manos, con parecer que no nos puede aprovechar sino por un camino!

Conozco algunas personas, que he tratado, dejado, como he dicho, lo que yo he esperimentado, que me han hecho entender esta verdad, cuando yo estaba con pena grande de verme con poco tiempo, y así las habia lástima de verlas siempre ocupadas en negocios, y cosas muchas, que les mandaba la obediencia; y pensaba yo en mí, y aun se lo decia, que no era posible entre tanta harahunda crecer el espíritu, porque entonces no tenian mucho.

¡Oh Señor, cuán diferentes son vuestros caminos de nuestras imaginaciones! Y como de un alma, que está ya determinada á amaros, y dejada en vuestras manos, no quereis otra cosa, sino que obedezca, y se informe bien de lo que es mas servicio vuestro, y eso desee: no ha menester ella buscar los caminos ni escogerlos, que ya su voluntad es vuestra. Vos, Señor mio, tomais ese cuidado de guiarla por donde mas se aproveche.

Y aunque el prelado no ande con este cuidado de aprovecharnos el alma, sino de que se hagan los negocios, que le parece convienen á la comunidad, Vos, Dios mio, le teneis, y vais disponiendo el alma, y las cosas que se tratan, de manera, que, sin entender cómo, obedeciendo con fidelidad por Dios las tales ordenaciones, nos hallamos con espíritu y gran aprovechamiento, que nos deja despues espantadas.

Así lo estaba una persona, que ha pocos dias que hablé, que la obediencia le habia traido cerca de quince años tan trabajado en oficios y gobiernos, que en todos estos no se acordaba de haber tenido un dia para sí, aunque él procuraba, lo mejor que podia, algunos ratos al dia de oracion, y de traer limpia conciencia. Es un alma de las mas inclinadas á obediencia, que yo he visto, y así la pega á cuantos trata. Hále pagado bien el Señor, que, sin saber como, se halló con aquella libertad de espíritu tan preciada y deseada que tienen los perfectos, adonde se halla to-

da la felicidad que en esta vida se puede desear; porque, no queriendo nada, lo posee todo.

Ninguna cosa temen ni desean de la tierra, ni los trabajos los turban, ni los contentos los hacen movimiento: al fin nadie les puede quitar la paz, porque esta de solo Dios depende; y como á Él nadie le puede quitar, solo temor de perderle puede dar pena, que todo lo demas de este mundo es, en su opinion, como si no fuese, porque ni le hace ni le deshace para su contento.

¡Oh dichosa obediencia, y distraccion por ella, que tanto pudo alcanzar! No es sola esta persona, que otras he conocido de la misma suerte, que no las habia visto algunos años habia, y hartos; y preguntándoles en qué se habian pasado, era todo en ocupaciones de obediencia y caridad: por otra parte veíalos tan medrados en cosas espirituales, que me espantaban. Pues ea, hijas mias, no haya desconsuelo; mas cuando la obediencia os trajere empleadas en cosas esteriores, entended, que si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor, ayudándoos en lo interior y esterior.

Acuérdome, que me contó un religioso, que habia determinado, y puesto muy por sí, que ninguna le mandase el prelado, que dijese de no, por trabajo que le diese; y un dia estaba hecho pedazos de trabajar, y ya tarde, que no se podia tener, é iba á descansar sentándose un poco, y topóle el prelado, y dí-

Se le apareció Nuestro Señor con la cruz á cuesta.

jóle, que tomase el azadon, y fuese á cavar á la huerta. Él calló, aunque bien afligido el natural, que no se podia valer: tomó su azadon, y yendo á entrar por un tránsito que habia en la huerta, que yo vi muchos años despues que él me lo habia contado, que acerté á fundar en aquel lugar una casa, se le apareció nuestro Señor con la cruz á cuestas, tan cansado y fatigado, que le dió bien á entender, que no era nada el que él tenia en aquella comparacion.

Yo creo, que como el demonio ve, que no hay camino que mas presto llegue á la suma perfeccion que el de la obediencia, pone tantos disgustos y dificultades, debajo de color de bien; y esto se note bien, y verán claro que digo verdad. En lo que está la suma perfeccion, claro está que no es en regalos interiores, ni en grandes arrobamientos, ni en visiones, ni en espíritu de profecía, sino en estar nuestra voluntad tan conforme con la de Dios, que ninguna cosa entendamos que quiere, que no la queramos con toda nuestra voluntad, y tan alegremente tomemos lo amargo como lo sabroso, entendiendo que lo quiere su Majestad.

Esto parece dificultosísimo, no el hacerlo, sino este contentarnos con lo que de todo en todo nuestra voluntad contradice conforme á nuestro natural, y así es verdad que lo es: mas esta fuerza tiene el amor, si es perfecto, que olvidamos nuestro contento, por contentar á quien amamos. Y verdaderamente es así,

que aunque sean grandísimos trabajos, entendiendo contentamos á Dios, se nos hacen dulces; y de esta manera aman los que han llegado aquí en las persecuciones y deshonras y agravios.

Esto es tan cierto, y está tan sabido y llano, que no hay para qué me detener en ello. Lo que pretendo dar á entender, es, la causa que la obediencia, á mi parecer, hace mas presto, ó es el mayor medio que hay para llegar á este tan dichoso estado; y esta es, que como en ninguna manera somos señores de nuestra voluntad, para pura y limpiamente emplearla toda en Dios, hasta que la sujetamos á la razon, es la obediencia el verdadero camino para sujetarla; porque esto no se hace con buenas razones, que nuestro natural y amor propio tiene tantas, que nunca llegariamos allá, y muchas veces, lo que es mayor razon, si no lo hemos gana, nos hace parecer disparate, con la poca gana que tenemos de hacerlo.

Habia tanto que decir aquí, que no acabariamos de esta batalla interior, y tanto lo que pone el demonio y el mundo y nuestra sensualidad, para hacernos torcer la razon. Pues qué remedio? Que así como acá en un pleito muy dudoso se toma un juez (1), y lo ponen en sus manos las partes, cansados de pleitear, tome nuestra alma uno, que sea el prelado ó confesor, con determinacion de no traer mas pleito, ni pensar

(2) Entiende aquí por *juez* al árbitro.

mas en su causa, sino fiar de las palabras del Señor, que dice: «Quien á vosotros, oye,» á mí me oye, y descuidar de su voluntad.

Tiene el Señor en tanto este rendimiento (y con razon, porque es hacerle Señor del libre albedrío que nos ha dado) que ejercitándonos en esto una vez deshaciéndonos, otra vez con mil batallas, pareciendo desatino lo que se juzga en nuestra causa, venimos á conformarnos con lo que nos mandan, con este ejercicio penoso: mas con pena, ó sin ella, en fin lo hacemos, y el Señor ayuda tanto de su parte, que por la misma causa que sujetamos nuestra voluntad, y razon por él, nos hace señores de ella. Entónces (siendo señores de nosotros mismos) nos podemos con perfeccion emplear en Dios, dándole la voluntad limpia, para que la junte con la suya; pidiéndole, «que venga fuego del cielo de amor suyo, que abrase este sacrificio,» quitando todo lo que le puede descontentar; pues ya no ha quedado por nosotros, que, aunque con hartos trabajos, le hemos puesto sobre el altar, que, en cuanto ha sido en nosotros, no toca en la tierra.

Está claro, que no puede uno dar lo que no tiene, sino que es menester tenerlo primero. Pues créanme, que para adquirir este tesoro, que no hay mejor camino, que cavar y trabajar, para sacarle de esta mina de la obediencia, que mientras mas caváremos, hallaremos mas; y mientras mas nos sujetáremos á

los hombres, no teniendo otra voluntad, sino la de nuestros mayores, mas estaremos señores de ella, para conformarla con la de Dios. Mirad, hermanas, si quedará bien pagado el dejar el gusto de la soledad. Yo os digo, que no por falta de ella dejareis de disponeros, para alcanzar esta verdadera union, que queda dicha, que es hacer mi voluntad una con la de Dios.

Esta es la union que yo deseo, y querria en todas, que no unos embebecimientos muy regalados que hay, á quien tienen puesto nombre de union; y será así, siendo despues de esta que dejo dicha: mas si despues de esa suspension queda poca obediencia y propia voluntad, unida con su amor propio me parece á mí, que estará, que no con la voluntad de Dios. Su Majestad sea servido de que yo lo obre, como lo entiendo.

La segunda causa, que me parece causa este sinsabor, es, que como en la soledad hay menos ocasiones de ofender al Señor (que algunas, como en todas partes están los demonios, y nosotros mismos, no pueden faltar) parece anda el alma mas limpia; que si es temerosa de ofenderle, es grandísimo consuelo no haber en qué tropezar: y cierto esta me parece á mí bastante razon para desear no tratar con nadie, que la dé grandes regalos y gustos de Dios.

Aquí, hijas mias, se ha de ver el amor, que no á los rincones, sino en mitad de las ocasiones; y creé-

me, que aunque haya mas faltas, y aun algunas pequeñas quiebras, que sin comparacion es mayor ganancia nuestra. Miren que siempre hablo presuponiendo andar en ellas por obediencia y caridad, que, á no haber esto de por medio, siempre me resumo en que es mejor la soledad: y aunque hemos de desearla, aun andando en lo que digo, á la verdad este deseo el anda continuo en las almas, que de veras aman á Dios.

Por lo que digo que es ganancia, es, porque se nos da á entender quien somos, y hasta donde llega nuestra virtud. Porque una persona siempre recogida por santa que á su parecer sea, no sabe si tiene paciencia y humildad, ni tiene cómo lo saber. Como si un hombre fuese muy esforzado, ¿cómo se ha de entender, si no se ha visto en batalla? San Pedro harto le parecia que lo era, mas miren lo que fué en la ocasion: mas salió de aquella quiebra, no confiando nada de sí, y de allí vino á ponerla en Dios, y pasó despues el martirio que vimos.

¡Oh válame Dios, si entendiésemos cuánta miseria es la nuestra! En todo hay peligro, si no lo entendemos, y á esta causa nos es gran bien que nos manden cosas, para ver nuestra bajeza. Y tengo por mayor merced del Señor un dia de propio y humilde conocimiento, que nos haya costado muchas aflicciones y trabajos, que muchos de oracion: cuanto más, que el verdadero amante en toda parte ama, y siempre se

acuerda del amado. Recia cosa sería que solo en los rincones se pudiese traer oracion: ya veo yo que no puedo ser muchas horas: mas, oh Señor mio! ¿qué fuerza tiene con Vos un suspiro salido de las entrañas de pena, por ver que no basta que estamos en este destierro, sino que áun no nos dén lugar para eso; qué podriamos estar á solas gozando de Vos?

Aquí se ve bien, que somos esclavos suyos, vendidos por su amor de nuestra voluntad á la virtud de la obediencia, pues por ella dejamos, en alguna manera, de gozar al mismo Dios: y no es nada, si consideramos que Él vino del seno del Padre por obediencia á hacerse esclavo nuestro. ¿Pues con qué se podrá pagar, ni servir esta merced? Es menester andar con aviso de no descuidarse de manera en las obras, aunque sean de obediencia y caridad, que muchas veces no acudan á lo interior á su Dios. Y créanme, que no es largo tiempo el que aprovecha el alma en la oracion, que cuando le emplea tambien en obras, gran ayuda es, para que en muy poco espacio tenga mejor disposicion para encender el amor, que en muchas horas de consideracion. Todo ha de venir de su mano. Sea bendito por siempre jamás.

CAPÍTULO VI.

Avisa los daños que puede causar á gente espiritual, no entender cuándo han de resistir al espíritu. Trata de los deseos que tiene el alma de comulgar, y de el engaño que puede haber en esto. Hay cosas importantes para las que gobiernan estas casas.

Ye he andado con diligencia procurando entender, de donde procede un embebecimiento grande, que he visto tener á algunas personas, á quien el Señor regala mucho en la oracion, y por ellas no queda el disponerse á recibir mercedes. No trato ahora de cuando un alma es suspendida y arrebatada de su Majestad, que mucho he escrito en otras partes de esto, y en cosa semejante no hay que hablar, porque nosotros no podemos nada, aunque hagamos más por resistir, si es verdadero arrobamiento: háse de notar, que en este dura poco la fuerza, que nos fuerza á no ser señores de nosotros. Mas acaece muchas veces comenzar una oracion de quietud, á manera de sueño espiritual, que embebece el alma de manera, que si no entendemos cómo se ha de proceder aquí, se pue-

de perder mucho tiempo y acabar la fuerza por nuestra culpa, y con poco merecimiento.

Querria saberme dar aquí á entender, y es tan dificultoso, que no sé si saldré con ello, mas bien sé que si quieren creerme, lo entenderán las almas que anduvieren en este engaño. Algunas sé que se estaban siete ú ocho horas, y almas de gran virtud, y todo les parecia era arrobamiento; y cualquier ejercicio virtuoso las cogia de tal manera, que luégo se dejaban á sí mismas, pareciendo no era bien resistir al Señor; y así poco á poco se podrán morir, ó tornar tontas, si no procuran el remedio.

Lo que entiendo en este caso es, que como el Señor comienza á regalar el alma, y nuestro natural es tan amigo de deleite, empléase tanto en aquel gusto, que ni se querria menear, ni por ninguna cosa perderle: porque á la verdad, es más gustoso que los del mundo, y cuando acierta en natural flaco, ó de su mismo natural el ingenio (ó por mejor decir la imaginacion no variable), sino que aprendiendo en una cosa se queda en ella sin mas divertir, como muchas personas, que comienzan á pensar en una cosa, aunque no sea de Dios, se quedan embebidas, y mirando una cosa sin advertir lo que miran; una gente de condicion pausada, que parece de descuido se les olvida lo que van á decir, así acaece acá, conforme los naturales ó complexion ó flaqueza. ¡Ó qué si tiene melancolía! harálas entender mil embustes gustosos.

De este humor hablaré un poco adelante, mas aunque no le haya, acaece lo que he dicho, y tambien en personas que de penitencia están gastadas, que como he dicho, en comenzando el amor á dar gusto sensible, se dejan tanto llevar de él, como tengo dicho; y á mi parecer, amaria muy mejor no dejándose embobar, que en este término de oracion pueden muy bien resistir. Porque como cuando hay flaqueza se siente un desmayo que ni deja hablar ni menear, así es acá, si no se resiste; que la fuerza del espíritu, si está flaco el natural, le coje y le sujeta.

Podráme decir ¿qué diferencia tiene esto de arrobamiento? que lo mismo es, al menos al parecer, y no les falta razon, mas no al ser. Porque el arrobamiento, ó union de todas las potencias, como digo; dura poco y deja grandes efectos y luz interior en el alma, con otras muchas ganancias, y ninguna cosa obra el entendimiento, sino el Señor es el que obra en la voluntad. Acá es muy diferente, que aunque el cnerpo está preso, no lo está la voluntad ni la memoria ni entendimiento, sino que harán su operacion desvariada, y por ventura, si han asentado en una cosa, aquí dará y tomará.

Yo ninguna ganancia hallo en esta flaqueza corporal, que no es otra cosa, salvo que tuvo buen principio; mas sirva para emplear bien este tiempo, que tanto tiempo embebidas, mucho mas se puede merecer con un acto, y con despertar muchas veces la vo-

luntad para que amemos á Dios, que no dejarla pausada. Así aconsejo á las prioras, que pongan toda la diligencia posible en quitar estos pasmos tan largos, que no es otra cosa, á mi parecer, sino dar lugar á que se tullan las potencias y sentidos, para no hacer lo que su alma les manda; y así la quitan la ganancia, que obedeciendo, andando cuidadosos de contentar al Señor, les suelen acarrear. Si atiende que es flaqueza, quitar los ayunos y disciplinas (digo los que no son forzosos, y á tiempo puede venir, que se puedan todos quitar con buena conciencia) darle oficios para que se distraiga.

Y aunque no tenga estos amortecimientos, si trae muy empleada la imaginacion aunque sea en cosas muy subidas de oracion es menester esto, que acaece algunas veces no ser señoras de sí. En especial, si han recibido del Señor alguna merced estraordinaria, ó visto alguna vision, queda el alma de manera, que le parecerá siempre la está viendo, y no fué así, que no fué más de una vez. Es menester, quien se viere con este embebecimiento muchos dias, procurar mudar la consideracion, que, como sea en cosas de Dios, no es inconveniente, mas que estén en uno que en otro, como se empleen en cosas suyas: y tanto se huelga algunas veces que consideren sus criaturas y el poder que tuvo en criarlas, como pensar en el mismo Criador.

¡Oh desventurada miseria humana, que quedaste

tal por el pecado, que aun en lo bueno hemos menester tasa y medida para no dar con nuestra salud en el suelo, de manera que no lo podamos gozar! Y verdaderamente conviene á muchas personas, en especial á las flacas cabezas ó imaginacion (y es servir mas á nuestro Señor, y muy necesario) entenderse. Y cuando una viere que se le pone en la imaginacion un misterio de la Pasion, ó la gloria del cielo, ó cualquier cosa semejante, y que está muchos dias, que, aunque quiere, no puede pensar en otra cosa, ni quitar de estar embebida en aquello, entienda que le conviene distraerse como pudiere, sino que vendrá por tiempo á entender el daño: y que esto nace de lo que tengo dicho, ó de flaqueza grande corporal, ó de la imaginacion, que es muy peor. Porque así como un loco, si da en una cosa, no es señor de sí, ni puede divertirse, ni pensar en otra, ni hay razones que para esto le muevan, porque no es señor de la razon, así podria suceder acá, aunque es locura sabrosa.

¡Oh, que si tiene humor de melancolía puédele hacer muy gran daño! Yo no hallo por donde sea bueno, porque el alma es capaz para gozar del mismo Dios: pues, si no fuese alguna cosa de las que he dicho, pues Dios es infinito, ¿por qué ha de estar el alma cautiva á sola una de sus grandezas, ó misterios, pues hay tanto en que nos ocupar? y mientras en mas cosas quisiéremos considerar suyas, mas se descubren sus grandezas.

No digo que en una hora ni aun en un dia piense en muchas cosas, que esto seria no gozar por ventura de ninguna bien. Como son cosas tan delicadas, no querria que pensasen lo que no me pasa por pensamiento decir, ni entendiesen uno por otro. Cierto, es tan importante entender este capítulo bien, que aunque sea pesada en escribirle no me pesa, ni querria le pesase á quien no entendiere de una vez, leerle muchas, en especial las prioras y maestras de novicias, que han de guiar en oracion á las hermanas. Porque verán, si no andan con cuidado al principio, el mucho tiempo que será despues menester, para remediar semejantes flaquezas.

Si hubiera de escribir lo mucho de este daño, que ha venido á mi noticia, vieran tengo razon de poner en esto tanto. Una sola quiero decir, y por esta sacarán las demas. Están en un monasterio de estos una monja y una lega, la una y la otra de grandísima oracion, acompañada de mortificacion y humildad y virtudes, muy regaladas del Señor, y á quien él comunica de sus grandezas; y particularmente tan desasidas, y ocupadas en su amor, que no parece, aunque mucho les queramos andar á los alcances, que dejan de responder, conforme á nuestra bajeza, á las mercedes que nuestro Señor les hace. He tratado tanto de su virtud, porque teman mas las que no la tuvieren. Comenzáronles unos ímpetus grandes de deseo del Señor, que no se podian valer: parecíales se les

aplacaban cuando comulgaban, y así procuraban con los confesores fuese á menudo, de manera que vino á crecer tanto esta su pena, que si no las comulgaban cada dia, parecia que se iban á morir.

Los confesores, como veian tales almas, y con tan grandes deseos (aunque el uno era bien espiritual) parecióle convenia este remedio para su mal. No paraba solo en esto, sino que á la una eran tantas sus ansias, que era menester comulgar de mañana, para poder vivir, á su parecer; que no eran almas que fingieran cosa, ni por ninguna de las del mundo dijeran mentira. Yo no estaba allí, y la priora escribióme lo que pasaba, y que no se podia valer con ellas, y que personas tales decian, que pues no podian mas, se remediasen así. Yo entendí luego el negocio, que lo quiso el Señor; con todo callé, hasta estar presente, porque temí no me engañase: y á quien lo aprobaba era razon no contradecir, hasta darle mis razones.

El era tan humilde, que luego como fuí allá y le hablé, me dió crédito. El otro no era tan espiritual, ni casi nada en su comparacion: no habia remedio de poderle persuadir; mas de este se me dió poco por no le estar tan obligada. Yo las comencé á hablar, á decir muchas razones, á mi parecer bastantes para que entendiesen era imaginacion el pensar se morian sin este remedio: teníanla tan fijada en esto, que ninguna cosa bastó, ni bastara llevándose por razones. Ya yo ví era excusado, y díjeles, que yo tambien tenia

aquellos deseos, y dejaria de comulgar, porque creyesen, que ellas no lo habian de hacer, sino cuando todas: que nos muriésemos todas tres, que yo tendria esto por mejor, que no que semejante costumbre se pusiese en estas casas, á donde habia quien amaba á Dios tanto como ellas, y querrian hacer otro tanto.

Era en tanto extremo el daño, que ya habia hecho la costumbre, y el demonio debia entremeterse, que verdaderamente, como no comulgaron, parecia que se morian. Yo mostré gran rigor, porque mientras mas veia que no se sujetaban á la obediencia, porque, á su parecer, no podian mas, mas claro ví que era tentacion. Aquel dia pasaron con harto trabajo, otro con un poco menos, y así se fué disminuyendo, de manera, que aunque yo comulgaba porque me lo mandaron (que veíalas tan flacas que no lo hiciera) pasaban muy bien por ello. Desde á poco entendieron ellas y todas la tentacion, y el bien que fué remediarlo con tiempo; porque de aquí á poco mas, sucedieron cosas en aquella casa de inquietud con los prelados, no á culpa suya (y adelante podrá ser diga algo de ello) que no tomaran á bien semejantes costumbres ni las sufrieran.

Oh cuántas cosas pudiera decir de estas! Solo otra diré: no era en monasterio de nuestra Orden, sino de Bernardas. Estaba una monja, no menos virtuosa que las dichas: esta con muchas disciplinas, y ayunos vino á tanta flaqueza, que cada vez que comulgaba, ó

habia ocasion de encenderse en devocion, luego era caida en el suelo, y así se estaba ocho y nueve horas, pareciendo á ella y á todas, que era arrobamiento. Esto le acaecia tan á menudo, que si no se remediara, creo que viniera en mucho mal. Andaba por todo el lugar la fama de los arrobamientos: á mí me pesaba de oirlo, porque quiso el Señor entendiese lo que era, y temia en lo que habia de parar.

Quien la confesaba á ella era muy padre mio, y fuémelo á contar: yo le dije lo que entendia, y como era perder tiempo, é imposible ser arrobamiento, sino flaqueza; que la quitase los ayunos y disciplinas, y la hiciese divertir. Ella obediente hízolo así. Desde á poco que fué tomando fuerza, no habia memoria de arrobamiento: y si de verdad lo fuera, ningun remedio bastara, hasta que fuera la voluntad de Dios. Porque es tan grande la fuerza del espíritu, que no bastan las nuestras para resistir y, como he dicho, deja grandes efectos en el alma: esotro no mas que si no pasase, y cansancio en el cuerpo.

Pues quede entendido de aquí, que todo lo que nos sujetare de manera, que entendamos no deja libre la razon, tengamos por sospechoso, y que nunca por aquí se ganará la libertad de espíritu; que una de las cosas que tiene es hallar á Dios en todas las cosas y poder pensar en ellas: lo demas es sujecion de espíritu, y dejado el daño que hace al cuerpo, ata al alma para no crecer sino como cuando van en un camino, y

entran en un trampal ó atolladero, que no pueden pasar de allí, en parte hace así el alma, la cual para ir adelante, no solo ha menester andar, sino volar.

¡Oh que cuando dicen, ó les parece, andan embebidas en la Divinidad, y que no pueden valerse, segun andan suspendidas, ni hay remedio de divertirse, que acaece muchas veces! Miren que torno á avisar, que por un dia ni cuatro ni ocho, no hay que temer, que no es mucho un natural flaco quede espantado por estos dias: si pasa de aquí es menester remedio. El bien que todo esto tiene, es, que no hay culpa de pecado, ni dejará de ir mereciendo; mas hay los inconvenientes que tengo dicho, y hartos más. En lo que toca á las comuniones será muy grande, que, por amor que tenga un alma, no esté sujeta tambien en esto al confesor y á la priora: aunque sienta soledad, no con estremos, para no venir á ellos. Es menester tambien en esto, como en otras cosas, las vayan mortificando, y las den á entender conviene mas no hacer su voluntad, que no su consuelo.

Tambien puede entremeterse en esto nuestro amor propio. Por mí ha pasado, que me acaecia algunas veces, que en acabando de comulgar, casi que aun la forma no podia dejar de estar entera, si veia comulgar á otras, quisiera no haber comulgado, por tornar á comulgar: como me acaecia tantas veces, he venido despues á advertir, que entonces no me parecia habia en que reparar, como era mas por mi gus-

to, que por amor de Dios: que como cuando llegamos á comulgar. por la mayor parte, se siente ternura y gusto, aquello me llevaba á mí; que si fuera por tener á Dios en mi alma, ya le tenia, si por cumplir lo que nos mandan de que lleguemos á la sacra comunion, ya lo habia hecho, si por recibir las mercedes, que con el Santísimo Sacramento se dan, ya las habia recibido. En fin, he venido claro á entender, que no habia en ello mas de tornar á tener aquel gusto sensible.

Acuérdome, que en un lugar que estuve, á donde habia monasterio nuestro, conocí una mujer grandísima sierva de Dios, á dicho de todo el pueblo, y debíalo de ser: comulgaba cada dia, y no tenia confesor particular, sino una vez iba á una iglesia á comulgar, otra á otra. Yo notaba esto, y quisiera mas verla obedecer á una persona, que no tanta comunion. Estaba en casa por sí, y á mi parecer, haciendo lo que queria; sino que como era buena, todo era bueno: yo se lo decia algunas veces, mas no hacia caso de mí, y con razon, porque era muy mejor que yo, mas en esto no me parecia errara.

Fué allí el Santo fray Pedro de Alcántara, procuré que la hablase, y no quedé contenta de la relacion que dió; y en ello no debia haber mas, sino que somos tan miserables, que nunca nos satisfacemos mucho, sino de los que van por nuestro camino: porque yo creo, que habia esta servido mas al Señor, y he-

cho mas penitencia en un año, que yo en muchos. Vínole á dar el mal de la muerte, que á esto voy, y ella tuvo diligencia para procurar le dijesen misa en su casa cada dia, y le diesen el Santísimo Sacramento. Como duró la enfermedad, un clérigo harto siervo de Dios, que se la decia muchas veces, parecióle no se sufria de que en su casa comulgase cada dia: debia ser tentacion del demonio, porque acertó á ser el postrero que murió. Ella como vió acabar la misa, y quedarse sin el Señor, dióle tan gran enojo, y estuvo con tanta cólera con el clérigo, que él vino bien escandalizado á contármelo á mí. Yo sentí harto, porque, aun no sé si se reconcilió: me parece murió luego.

De aquí viene á entender el daño que hace hacer nuestra voluntad en nada, y en especial en una cosa tan grande; que quien tan á menudo se llega al Señor, es razon que entienda tanto su indignidad, que no sea por su parecer, sino que lo que nos falta para llegar á tan gran Señor, que forzado será mucho, supla la obediencia de ser mandadas. A esta bendita ofreciósele ocasion de humillarse mucho, y por ventura mereciera mas que comulgando, entendiendo que no tenia culpa el clérigo, sino que el Señor, viendo su miseria, y cuán indigna estaba, lo habia ordenado así, para entrar en tan ruin posada. Como hacia una persona, que la quitaban muchas veces los discretos confesores la comunion, porque era á menu-

do. Ella, aunque lo sentia muy tiernamente, por otra parte deseaba mas la honra de Dios, que la suya, y no hacia sino alabarle, porque habia despertado al confesor, para que mirase por ella, y no entrase su Majestad en tan ruin posada: y con estas consideraciones obedecia con gran quietud de su alma, aunque con pena tierna y amorosa; mas por todo el mundo junto no fuera contra lo que la mandaban (1).

Créanme, que el amor de Dios (y no digo que lo es, sino á nuestro parecer), que menea las pasiones de suerte, que pára en alguna ofensa suya, ó en alterar la paz del alma, enamorada de manera, que no entienda la razon, es claro, que nos buscamos á nosotras; y que no dormirá el demonio para apretarnos, cuando mas daño nos piense hacer, como hizo á esta mujer, que cierto me espantó mucho, aunque no porque dejo de creer, que no seria parte para estorbar su salvacion, que es grande la bondad de Dios, mas fué á recio tiempo la tentacion. Hélo dicho aquí, porque las prioras estén advertidas, y las hermanas teman y consideren, y se examinen de la manera que llegan á recibir tan gran merced. Si es por contentar

---

(1) Por el modo con que habla Santa Teresa de aquella persona, casi con desprecio, al par que elogia á los confesores, se puede conjeturar muy bien que era de sí misma de quien hablaba.

á Dios, ya saben que se contenta mas «con la obediencia que con el sacrificio.» Pues si esto es, y merezco mas, qué me altera?

No digo que queden sin pena humilde, porque no todas han llegado á perfeccion de no tenerla, por solo hacer lo que entienden que agrada mas á Dios; que si la voluntad está muy desasida de todo su propio interes, está claro, que no sentirá ninguna cosa, antes se alegrará de que se le ofrece ocasion de contentar al Señor en cosa tan costosa, y se humillará y quedará tan satisfecha comulgando espiritualmente: mas porque á los principios es merced que hace el Señor estos grandes deseos de llegarse á Él, y aun á los fines mas (digo á los principios, porque es de tener en mas, y en lo demas de la perfeccion que he dicho, no están tan enteras) bien se les concede, que sientan ternura y pena, cuando se lo quitaren, mas con sosiego de alma, y sacando actos de humildad de aquí.

Mas cuando fuere con alguna alteracion ó pasion, y tentándose con la prelada ó con el confesor (1), crean que es conocida tentacion. Ó que si alguna se determina, aunque le diga el confesor que no comul-

(1) Quiere decir impacientándose con la prelada, ó incurriendo en la tentacion de llevar á mal lo que mandan la prelada ó el confesor.

gue, á comulgar, yo no querria el mérito que de allí sacará, porque en cosas semejantes no hemos de ser jueces de nosotros. El que tiene las llaves para atar y desatar lo ha de ser. Plega al Señor, que para entendernos en cosas tan importantes, nos dé luz, y no nos falte su favor, para que de las mercedes que nos hace no saquemos darle disgusto.

CAPÍTULO VII.

De cómo se han de haber con las que tienen melancolía. Es necesario para las preladas.

Estas mis hermanas de San José de Salamanca, adonde estoy cuando esto escribo, me han mucho pedido diga algo de cómo se han de haber con las que tienen humor de melancolía; y porque, por mucho que andamos procurando no tomar las que le tienen, es tan sutil, que se hace mortecino para cuando es menester; y así no lo entendemos hasta que no se puede remediar. Paréceme que en un librito pequeño dije algo de esto, no me acuerdo (1): poco se pier-

(1) De estas palabras se ha venido á conjeturar que Santa Teresa habia escrito algun otro tratado que en el dia no tenemos: véase lo que se dijo sobre esto en los artículos preliminares de este tomo, al hablar de las obras de santa Teresa que nos restan y de las que se han perdido.

de en decir algo aquí, si el Señor fuese servido que acertase. Ya puede ser que esté dicho otra vez: otras ciento lo diria, si pensase atinar alguna en algo que aprovechase. Son tantas las invenciones que busca este humor para hacer su voluntad, que es menester buscarlas para cómo lo sufrir y gobernar, sin que haga daño á las otras.

Háse de advertir, que no todos los que tienen este humor son tan trabajosos, que cuando cae en un sugeto humilde, y en condicion blanda, aunque consigo mismo traen trabajo, no dañan á los otros, en especial si hay buen entendimiento. Y tambien hay mas y menos de este humor. Cierto, creo que el demonio en algunas personas le toma por medianero, para si pudiese ganarlas, y si no andan con gran aviso, sí hará: porque como lo que mas este humor hace, es sujetar la razon, y así está oscura, pues con tal disposicion, qué no harán nuestras pasiones? Parece que si no hay razon, que es ser locos, y es así; mas en las que ahora hablamos, no llega á tanto mal, que harto menos mal seria: mas haber de tenerse por persona de razon y tratarla como tal, no la teniendo, es trabajo intolerable, que los que están del todo enfermos de este mal, es para haberlos piedad, mas no dañan; y si algun medio hay para sujetarlos es, que hayan temor.

En los que solo ha comenzado este tan dañoso mal, aunque no esté tan confirmado, en fin es de aquel hu-

mor y raiz, y nace de aquella cepa: y así cuando no bastaren otros artificios, el mismo remedio há menester, y que se aprovechen las preladas de las penitencias de la Orden, y procuren sujetarlas de manera, que entiendan no han de salir con todo, ni con nada, de lo que quieren. Porque si entienden que algunas veces han bastado sus clamores, y las desesperaciones que dice el demonio en ellos, por si pudiese echarlos á perder, ellos van perdidos, y una basta para traer inquieto un monasterio.

Porque como la pobrecita en sí misma no tiene quien la valga para defenderse de las cosas que la pone el demonio, es menester que la prelada ande con grandísimo aviso para su gobierno, no solo esterior, sino interior; que la razon que en la enferma está oscurecida, es menester esté mas clara en la prelada, para que no comience el demonio á sujetar aquel alma, tomando por medio este mal. Porque es cosa peligrosa, que como es á tiempos el apretar este humor tanto, que sujeta la razon (y entonces no será culpa, como no lo es á los locos, por desatinos que hagan) mas á los que no lo están, sino enferma la razon, todavía hay alguna; y otros tiempos están buenos: es menester que no comiencen en los tiempos que están malos á tomar libertad, para que cuando están buenos no sean señores de sí, que es terrible ardid del demonio, y así, si lo miramos, en lo que mas dan es en salir con lo que quieren, y decir todo

lo que se les viene á la boca, y mirar faltas en los otros, con que encubrir las suyas, y holgarse en lo que les da gusto; en fin, como el que no tiene en sí quien la resista. Pues las pasiones no mortificadas, y que cada una de ella querria salir con lo que quiere, que será, si no hay quien las resista?

Torno á decir, como quien ha visto y tratado muchas personas de este mal, que no hay otro remedio para él, sino es sujetarlas por todas las vias y maneras que pudieren: si no bastaren palabras, sean castigos: si no bastaren pequeños, sean grandes; si no bastare un mes de tenerlas encarceladas, sean cuatro, que no pueden hacer mayor bien á sus almas. Porque, como queda dicho y lo torno á decir, porque importa para las mismas entenderlo, aunque alguna vez, ó veces, no puedan mas consigo, como no es locura confirmada, de suerte que disculpe para la culpa (aunque algunas veces lo sea, no es siempre) y queda el alma en mucho peligro, sino es estando, como digo, la razon tan quitada, que la haga fuerza á hacer lo que, cuando no podia mas, hacia ó decia. Gran misericordia es de Dios á los que da este mal, sujetarse á quien los gobierne, porque aquí está todo su bien, por este peligro que he dicho. Y por amor de Dios, si alguna leyere esto, mire que le importa por ventura la salvacion.

Yo conozco algunas personas, que no les falta casi nada para del todo perder el juicio, mas tienen

almas humildes y tan temerosas de ofender á Dios, que aunque se están deshaciendo en lágrimas entre sí mismas, no hacen mas de lo que les mandan, y pasan su enfermedad como otros hacen: aunque esto es mayor martirio, y así tendrán mayor gloria, y acá el purgatorio, para no le tener allá. Mas torno á decir, que las que no hicieren esto de grado, que sean apremiadas de las preladas, y no se engañen con piedades indiscretas, para que se vengan á alborotar todas con sus desconciertos.

Porque hay otro daño grandísimo, dejado el peligro que queda dicho de la misma; que como la ven, á su parecer, buena, como no entienden la fuerza que le hace el alma en lo interior, es tan miserable nuestro natural, que cada una le parecerá es melancolía, para que la sufran, y aun en hecho de verdad se lo hará entender el demonio así, y vendrá á hacer el demonio un estrago, que cuando se venga á entender, sea dificultoso de remediar. Y importa tanto esto, que en ninguna manera se sufre haya en ello descuido, sino que si la que es melancólica resistiere al prelado, que lo pague como la sana, y ninguna cosa se le perdone: si dijere mala palabra á su hermana, lo mismo; y así en todas las cosas semejantes á estas.

Parece sin justicia, que si no puede mas, castiguen á la enferma como á la sana: luego tambien lo seria atar á los locos y azotarlos, sino dejarlos matar á todos. Créanme: que lo he probado, y que, á mi

parecer, intentado hartos remedios, y que no hallo otro. Y la priora que por piedad dejare comenzar á tener libertad á las tales, en fin, en fin, no se podrá sufrir; y cuando se venga á remediar, será habiendo hecho mucho daño á las otras. Y si porque no maten los locos los atan y castigan, y es bien, aunque parece hace gran piedad, pues ellos no pueden mas, ¿cuánto mas se ha de mirar que no hagan daño á las almas con sus libertades?

Y verdaderamente creo, que muchas veces es, como digo, de condiciones libres y poco humildes y mal domadas, y que no les hace tanta fuerza el humor como esto: digo en algunas, porque he visto, que cuando hay á quien temer se van á la mano y pueden; pues por qué no podrán por Dios? Yo hé miedo, que el demonio debajo de color de este humor, como he dicho, quiere ganar muchas almas. Porque ahora se usa mas que suele, y es, que toda la propia voluntad y libertad llaman ya melancolía; y es así que he pensado que en estas casas, y en todas las de religion, no se habia de tomar este nombre en la boca, porque parece que trae consigo libertad, sino que se llame enfermedad grave y cuánto lo es? y que se cure como tal, que á tiempos es muy necesario adelgazar el humor con alguna cosa de medicina, para poderse sufrir, y estése en la enfermería, y entienda, que cuando saliere á andar en comunidad, que ha de ser humilde como todas; y cuando no lo hiciere, que no le val-

drá el humor, porque, por las razones que tengo dichas, conviene, y mas se pudieran decir. Las prioras hán menester, sin que las mismas lo entiendan, llevarlas con mucha piedad, así como verdadera madre, y buscar los medios que pudieren para su remedio.

Parece que me contradigo, porque hasta aquí he dicho, que se lleven con rigor: así lo torno á decir, que no entiendan, que han de salir con lo que quieren ni salgan, puesto en término de que hayan de obedecer, que en sentir que tienen esta libertad está el daño; mas puede la priora no las mandar lo que vé han de resistir, pues no tienen en sí fuerza para hacerse fuerza, sino llevarlas por maña y amor todo lo que fuere menester, para que, si fuese posible, por amor se sujetasen, que seria muy mejor; y suele acaecer, mostrando que las ama mucho, y dárselo á entender por obras y palabras.

Y han de advertir, que el mayor remedio que tienen es, ocuparlas mucho en oficios, para que no tengan lugar de estar imaginando; que aquí está todo su mal, y aunque no los hagan tan bien, súfranlas algunas faltas, por no las sufrir otras mayores estando perdidas: porque entiendo que es el mas suficiente remedio que se les puede dar, y procurar que no tengan muchos ratos de oracion, aun de lo ordinario, que por la mayor parte tienen la imaginacion flaca, y haráles mucho daño, y sin esto se les antojarán cosas, que ellas ni quien las oyere, no lo acaben de entender.

Téngase cuenta con que no coman pescado, sino pocas veces; y tambien en los ayunos es menester no ser tan continuos como las demas. Demasía parece dar tanto aviso prra este mal, y no para otro ninguno, habiéndolos tan graves en nuestra miserable vida, en especial en la flaqueza de las mujeres. Es por dos cosas: la una, que parece están buenas, porque ellas no quieren conocer tienen este mal; y como no las fuerza á estar en cama, porque no tienen calentura, ni á llamar médico, es menester lo sea la priora, pues es mas perjudicial mal para toda la perfeccion, que las que están con peligro de la vida en la cama. La otra es, porque con otras enfermedades ó sanan ó se mueren: de esta por maravilla sanan, ni de ella se mueren, sino vienen á perder del todo el juicio, que es morir para matar á todas.

Ellas pasan harta muerte consigo mismas de aflicciones, imaginaciones y escrúpulos, y así tendrán harto gran mérito, aunque ellas siempre las llaman tentaciones, que si acabasen de entender es del mismo mal, tendrian gran alivio, si no hiciesen caso de ello. Por cierto yo las tengo gran piedad, y así es razon todas se la tengan las que están con ellas, mirando que se le podrá dar el Señor, y sobrellevándolas, sin que ellas lo entiendan, como tengo dicho. Plega al Señor, que haya atinado á lo que conviene hacer para tan gran enfermedad.

CAPÍTULO VIII.

Trata de algunos avisos para revelaciones y visiones.

Parece hace espanto á algunas personas, solo el oir nombrar visiones ó revelaciones: no entiendo la causa por qué tienen por camino tan peligroso el llevar Dios un alma por aquí, ni de donde ha procedido este pasmo. No quiero ahora tratar cuáles son buenas ó malas, ni las señales que he oido á personas muy doctas para conocer esto, sino de lo que será bien que haga quien se viere en semejante ocasion; porque á pocos confesores irá, que no la dejen atemorizada. Que cierto no espanta tanto decir, que les representa el demonio muchos géneros de tentaciones, de espíritu de blasfemia y disparatadas y deshonestas cosas, cuanto se escandalizará de decirle, que ha visto ó habládola algun ángel, ó que se le ha representado Jesucristo crucificado Señor nuestro.

Tampoco quiero ahora tratar de cuando las revelaciones son de Dios, que esto está entendido ya, los grandes bienes que hacen al alma: mas que son representaciones que hace el demonio para engañar y que se aprovecha de la imágen de Cristo nuestro Señor, ó de sus santos. Para esto tengo para mí, que no permitirá su Majestad, ni le dará poder para que con semejantes figuras engañe á nadie, sino es por su culpa, sino que él quedará engañado: digo que no se engañará, si hay humildad, y así no hay para qué quedar asombradas, sino fiar del Señor, y hacer poco caso de estas cosas, sino es para alabarle mas.

Yo sé de una persona, que la trajeron harto apretada los confesores por cosas semejantes, que despues, á lo que se pudo entender, por los grandes efectos y buenas obras que de esto procedieron, era Dios; y harto tenia, cuando veia su imágen en alguna vision, que santiguarse y dar higas, porque se lo mandaban así (1). Despues tratando con un gran letrado dominico, el maestro fray Domingo Bañez, le dijo, que era mal hecho que ninguna persona hiciese esto: porque adonde quiera que veamos la imágen de nues-

(1) Era la misma Santa Teresa de Jesus, segun deja referido en el cap. XXIX de su vida. No solamente el maestro Bañez, sino tambien el venerable maestro Juan de Avila, reprobaron esto, segun queda consignado en su aprobacion, página 88.

tro Señor, es bien reverenciarla, aunque el demonio la haya pintado, porque él es gran pintor, y antes nos hace buena obra, queriéndonos hacer mal, si nos pinta un crucifijo ú otra imágen, tan al vivo, que la deje esculpida en nuestro corazon.

Cuadróme mucho esta razon, porque cuando vemos una imágen muy buena, aunque supiésemos la ha pintado un mal hombre, no dejaríamos de estimar la imágen, ni haríamos caso del pintor para quitarnos la devocion; porque el bien ó el mal no está en la vision, sino en quien la vé, y no se aprovecha con humildad de ella, que si esta hay, ningun daño podrá hacer, aunque sea demonio, y si no la hay, aunque sea de Dios, no hará provecho: porque si lo que ha de ser para humillarse, viendo que no merece aquella merced, la ensoberbece, será como la araña, que todo lo que come, lo convierte en ponzoña, ó la abeja, que lo convierte en miel.

Quiérome declarar mas: si nuestro Señor por su bondad quiere representarse á un alma, para que mas le conozca y ame, ó mostrarla algun secreto suyo, ó hacerla algunos particulares regalos y mercedes, y ella, como he dicho, con esto que habia de confundirse y conocer cuán poco lo merece su bajeza, se tiene luego por santa, y le parece, por algun servicio que ha hecho, le viene esta merced, claro está que el bien grande, que de aquí la podía venir, convierte en mal, como la araña.

Pues digamos ahora que el demonio, por incitar á soberbia, hace estas apariciones: si entonces, pensando que son de Dios, se humilla, y conoce no ser merecedora de tan gran merced, y se esfuerza á servir mas, porque viéndose rica, mereciendo aun no comer las migajas que caen de las personas que ha oido hacer Dios estas mercedes, quiero decir, ni ser sierva de ninguna, humíllase, y comienza á esforzarse á hacer penitencia y á tener mas oracion, y á tener más cuenta con no ofender á este Señor, que piensa es el que la hace esta merced, y á obedecer con mas perfeccion, yo aseguro, que no torne el demonio, sino que se vaya corrido, y que ningun daño deje en el alma.

Cuando dice algunas cosas que haga ó por venir, aquí es menester tratarlo con confesor discreto y letrado, y no hacer ni creer cosa, sino lo que aquel la dijere. Puédelo comunicar con la priora, para que le dé confesor que sea tal; y téngase este aviso, que si no obedeciere á lo que el confesor le dijere, y se dejare guiar por él, que es mal espíritu ó terrible melancolía. Porque, puesto que el confesor no atinase, ella atinará más en no salir de lo que le dice, aunque sea ángel de Dios el que la habla; porque su Majestad le dará luz, ú ordenará cómo se cumpla, y es sin peligro hacer esto, y en hacer otra cosa, puede haber muchos peligros y muchos daños.

Téngase aviso, que la flaqueza natural es muy fla-

ca, en especial en las mujeres, y en este camino de oracion se muestra mas; y así es menester que á cada cosita que se nos antoje, no pensemos luego es cosa de vision; porque crean, que cuando lo es, que se da bien á entender. Adonde hay algo de melancolía es menester mucho mas aviso, porque cosas han venido á mí de estos antojos, que me han espantado, como es posible que tan verdaderamente les parezca, que ven lo que no ven. Una vez vino á mí un confesor muy admirado, que confesaba una persona, y decíale, que venia muchos dias nuestra Señora, y se sentaba sobre su cama, y estaba hablando mas de una hora, y diciendo cosas por venir y otras muchas: entre tantos desatinos acertaba alguno, y con esto teníase todo por cierto.

Yo entendí luego lo que era, aunque no lo osé decir, porque estamos en un mundo, que es menester pensar lo que pueden pensar de nosotros, para que hayan efecto nuestras palabras; y así dije, que se esperasen aquellas profecías si eran verdad, y preguntase otros efectos, y se informase de la vida de aquella persona: en fin, venido á entender, era todo desatino. Pudiera decir tantas cosas de estas, que hubiera bien en que probar el intento que llevo, á que no se crea luego un alma, sino que vaya esperando tiempo, y entendiéndose bien antes que lo comunique, para que no engañe al confesor, sin querer engañarle, porque si no tiene esperiencia de estas co-

sas, por letrado que sea, no bastará para entenderlo. No ha muchos años, sino harto poco tiempo, que un hombre desatinó harto á algunos bien letrados y espirituales con cosas semejantes, hasta que vino á tratar con quien tenia esta esperiencia de mercedes del Señor, y vió claro, que era locura junto con ilusion. Aunque no estaba entonces descubierto, sino muy disimulado, desde á poco le descubrió el Señor claramente, aunque pasó harto primero esta persona, que lo entendió, en no ser creida.

Por estas cosas y otras semejantes conviene mucho, que se trate con claridad de su oracion cada hermana con la priora, y ella tenga mucho aviso de mirar la complexion y perfeccion de aquella hermana, para que avise al confesor, porque mejor se entienda, y le escoja á propósito si el ordinario no fuere bastante para cosas semejantes.

Tenga mucha cuenta en que cosas como estas no se comuniquen (aunque sean muy de Dios y mercedes conocidas milagrosas) con los de fuera, ni con confesores que no tengan prudencia para callar, porque importa mucho esto, mas de lo que podrán entender; y que unas con otras no lo traten; y la priora con prudencia siempre las entienda, inclinada mas á loar á las que se señalan en cosas de humildad y mortificacion y obediencia, que á las que Dios llevare por este camino de oracion muy sobrenatural, aunque tengan todas estotras virtudes. Porque si es espí-

ritu del Señor, humildad trae consige para gustar de ser despreciada, y á ella no hará daño, y á las otras hace provecho: porque, como á esto no pueden llegar, que lo da Dios á quien quiere, desconsolarse han por tener estotras virtudes: aunque las da Dios, puédense mas procurar, y son de gran precio para la religion. Su Majestad nos las dé. Con ejercicio y cuidado y oracion no las negará á ninguna, que con confianza de su misericordia las procure.

CAPÍTULO IX.

Trata de cómo salió de Medina del Campo para la fundacion de San José de Malagon.

Qué fuera he salido del propósito! Y podrá ser hayan sido mas á propósito algunos de estos avisos, que quedan dichos, que el contar las fundaciones. Pues estando en San José de Medina del Campo, con harto consuelo de ver como aquellas hermanas iban por los mismos pasos que las de San José de Ávila, de toda religion, hermandad y espíritu; y como iba nuestro Señor proveyendo su casa, así para lo que era necesario en la iglesia, como para las hermanas, fueron entrando algunas, que parece las escogia el Señor, cuales convenian para cimiento de semejante edificio, que en estos principios entiendo está todo el bien para lo de adelante; porque como hallan el camino, por él se van las de despues.

Estaba una señora en Toledo, hermana del duque

de Medinaceli (1), en cuya casa yo habia estado por mandato de los prelados, como mas largamente dije en la fundacion de San José, adonde me cobró particular amor, que debia ser algun medio para despertarla á lo que hizo; que estos toma su Majestad muchas veces en cosas, que, á los que no lo sabemos lo porvenir, parecen de poco fruto. Como esta señora entendió que yo tenia licencia para fundar monasterios, comenzóme mucho á importunar, que hiciese una en una villa suya, llamada Malagon: yo no le queria admitir en ninguna manera, por ser lugar tan pequeño, que forzado habia de tener renta para poderse mantener, de lo cual yo estaba muy enemiga.

Tratado con letrados y confesor mio, me dijeron que hacia mal, pues el santo Concilio daba licencia de tenerla, que no se habia de dejar de hacer un monasterio, adonde se podia tanto el Señor servir, por mi opinion. Con esto se juntaron las muchas importunaciones de esta señora, por donde no pude hacer menos de admitirle. Dió bastante renta, porque siempre soy amiga de que sean los monasterios, ó del todo pobres, ó que tengan de manera, que no hayan menester las monjas importunar á nadie para todo lo que fuere menester.

Pusiéronse todas las fuerzas que pude, para que

(1) Doña Luisa de la Cerda, viuda de Arias Pardo y señora de Malagon.

ninguna poseyese nada, sino que guardasen las constituciones en todo, como en estotros monasterios de pobreza. Hechas todas las escrituras, envié por algunas hermanas para fundarle, y fuimos con aquella señora á Malagon, adonde aun no estaba la casa acomodada para entrar en ella; y así nos detuvimos mas de ocho dias en un aposento de la fortaleza.

Dia de Ramos, año de mil y quinientos y sesenta y ocho, yendo la procesion del lugar por nosotras, con los velos delante del rostro, y capas blancas, fuimos á la iglesia del lugar, adonde se predicó, y desde allí se llevó el Santísimo Sacramento á nuestro monasterio. Hizo mucha devocion á todos: allí me detuve algunos dias. Estando uno, despues de haber comulgado, en oracion, entendí de nuestro Señor que se habia de servir en aquella casa mucho. Paréceme que estaria allí aun no dos meses; porque mi espíritu daba priesa, para que fuese á fundar la casa de Valladolid, y la causa era lo que ahora diré.

CAPÍTULO X.

En que se trata de la fundacion de la casa de Valladolid: llámase este monasterio la Concepcion de nuestra Señora del Cármen.

Antes que se fundase este monasterio de San José en Malagon, cuatro ó cinco meses, tratando conmigo un caballero principal, mancebo, me dijo, que si queria hacer monasterio en Valladolid, que él daria una casa que tenia, con una huerta muy buena y grande, que tenia dentro una gran viña, de muy buena gana, y quiso dar luego la posesion: tenia harto valor. Yo la tomé, aunque no estaba muy determinada á fundarla allí, porque estaba casi un cuarto de legua del lugar, mas parecióme que se podia pasar á él, como allí se tomase la posesion: y como él lo hacia tan de gana, no quise dejar de admitir su buena obra, ni estorbar su devocion.

Desde á dos meses, poco mas ó menos, le dió un mal tan acelerado, que le quitó la habla, y no se pu-

do muy bien confesar, aunque tuvo muchas señales de pedir al Señor perdon: murió muy en breve, harto léjos de adonde yo estaba. Díjome el Señor, que habia estado su salvacion en harta aventura, y que habia habido misericordia de él, por aquel servicio que habia hecho á su Madre en aquella casa, que habia dado para hacer monasterio de su Orden, y que no saldria del purgatorio hasta la primera misa que allí se dijese, que entonces saldria. Yo traia tan presentes las graves penas de esta alma, que aunque en Toledo deseaba fundar, lo dejé por entonces, y me di toda la priesa que pude para fundar, como pudiese, en Valladolid.

No pudo ser presto como yo deseaba, porque forzado me hube de detener en San José de Avila, que estaba á mi cargo, hartos dias, y despues en San José de Medina del Campo, que fuí por allí; adonde estando un dia en oracion, me dijo el Señor, que me diese priesa, que padecia mucho aquel alma; y aunque no tenia mucho aparejo, lo puse por obra, y entré en Valladolid dia de san Lorenzo; y como vi la casa, dióme harta congoja, porque entendí era desatino estar allí monjas, sin muy mucha costa; y aunque era de gran recreacion, por ser la huerta tan deleitosa, no podia dejar de ser enfermo, que estaba cabe el rio.

Con ir cansada, hube de ir á misa á un monasterio de nuestra Orden, que estaba á la entrada del lu-

gar; y era tan léjos, que me dobló mas la pena. Con todo no lo decia á mis compañeras, por no las desanimar, que aunque flaca, tenia alguna fe, que el Señor, que me habia dicho lo pasado, lo remediaria. Hice muy secretamente venir oficiales, y comenzar á hacer tapias para lo que tocaba al recogimiento, y lo que era menester.

Estaba con nosotras el clérigo que he dicho, llamado Julian de Avila, y uno de los dos frailes, que queda dicho, que queria ser Descalzo, que se informaba de nuestra manera de proceder en estas cosas. Julian de Avila entendia en sacar la licencia del Ordinario, que ya habia dado buena esperanza, antes que yo fuese. No se pudo hacer tan presto, que no viniese un domingo antes que estuviese alcanzada la licencia, mas diéronnosla para decir misa adonde teníamos para iglesia, y así nos la dijeron.

Yo estaba bien descuidada de que entonces se habia de cumplir lo que se me habia dicho de aquel alma; porque, aunque se me dijo á la primera misa, pensé que habia de ser á la que se pusiese el Santísimo Sacramento. Viniendo el sacerdote adonde habiamos de comulgar con el Santísimo Sacramento en las manos, llegando yo á recibirle junto al sacerdote se me representó el caballero, que he dicho, con rostro resplandeciente y alegre, puestas las manos, y me agradeció lo que habia puesto por él, para que saliese del purgatorio y fuese aquel alma al cielo. Y cier-

to, que la primera vez que entendí estaba en carrera de salvacion, que yo estaba bien fuera de ello y con harta pena, pareciéndome, que era menester otra muerte para su manera de vida; que aunque tenia buenas cosas, estaba metida en las del mundo.

Verdad es, que habia dicho á mis compañeras, que traia muy delante la muerte. Gran cosa es lo que agrada á nuestro Señor cualquier servicio que se haga á su Madre, y grande es su misericordia. Sea por todo alabado y bendito, que así paga con eterna vida y gloria la bajeza de nuestras obras, y las hace grandes, siendo de pequeño valor.

Pues llegado el dia de nuestra Señora de la Asuncion, que es á quince de Agosto, año de mil y quinientos y sesenta y ocho, se tomó la posesion de este monasterio. Estuvimos allí poco, porque caimos casi todas muy malas. Viendo esto una señora de aquel lugar, llamada doña María de Mendoza, mujer del Comendador Cobos, madre del marqués de Camarasa, muy cristiana y de grandísima caridad (que sus limosnas en gran abundancia lo daban bien á entender) hacíame mucha caridad de antes que yo la habia tratado, porque es hermana del obispo de Avila, que en el primer monasterio nos favoreció mucho, y en todo lo que toca á la Orden. Como tiene tanta caridad, y vió que allí no se podia pasar sin gran trabajo, así por ser léjos para las limosnas, como por ser enfermo, díjonos, que le dejásemos aquella casa,

y que nos compraria otra: y así lo hizo, que valia mucho mas la que nos dió, con dar todo lo que era menester hasta ahora, y lo hará mientras viviere.

Dia de San Blas nos pasamos á ella, con gran procesion y devocion de el pueblo; y siempre la tiene, porque hace el Señor muchas misericordias en aquella casa, y ha llevado á ella almas, que á su tiempo se pondrá su santidad, para que sea alabado el Señor, que por tales medios quiere engrandecer sus obras, y hacer merced á sus criaturas. Porque entró allí una, que dió á entender lo que es el mundo en despreciarle, de muy poca edad, me ha parecido decirlo aquí, para que se confundan los que mucho le aman, y tomen ejemplo las doncellas, á quien el Señor diere buenos deseos y inspiraciones para ponerlos por obra.

Está en este lugar una señora, que llaman doña María de Acuña, hermana del conde de Buendía: fué casada con el Adelantado de Castilla. Muerto él, quedó con un hijo y dos hijas, y harto moza. Comenzó á hacer vida de tanta santidad, y á criar sus hijos en tanta virtud, que mereció que el Señor los quisiese para sí. No dije bien, que tres hijas la quedaron: la una fué luego monja: otra no se quiso casar, sino hacia vida con su madre de gran edificacion. El hijo de poca edad comenzó á entender lo que era el mundo, y á llamarle Dios para entrar en religion, de tal suerte, que no bastó nadie á estorbárselo, aunque

su madre holgaba tanto de ello, que con nuestro Señor le debia de ayudar mucho, aunque no lo mostraba por los deudos.

En fin, cuando el Señor quiere para sí un alma, tienen poca fuerza las criaturas para estorbarlo. Así acaeció aquí, que con detenerle tres años con hartas persuasiones, se entró en la Compañía de Jesus. Díjome un confesor de esta señora que le habia dicho, que en su vida habia llegado gozo á su corazon, como el dia que hizo profesion su hijo. Oh Señor! ¡Qué gran merced haceis á los que dais tales padres, que aman tan verdaderamente á sus hijos, que sus estados, mayorazgos y riquezas quieren que los tengan en aquella bienaventuranza, que no ha de tener fin! Cosa es de gran lástima, que está el mundo ya con tanta desventura y ceguedad, que les parece á los padres, que está su honra en que no se acabe la memoria de este estiércol de los bienes de este mundo, y que no la haya, de que tarde ó temprano se ha de acabar, y todo lo que tiene fin, aunque dure, se acaba, y hay que hacer poco caso de ello, y que á costa de los pobres hijos quieren sustentar sus vanidades, y quitar á Dios con mucho atrevimiento las almas que quiere para sí, y á ellas un tan gran bien, que aunque no hubiera el que ha de durar para siempre, que les convida Dios con él, es grandísimo verse libre de los cansancios y leyes del mundo, y mayores para los que mas tienen.

Abridles, Dios mio, los ojos, dadles á entender qué es el amor, que están obligados á tener á sus hijos, para que no les hagan tanto mal, y no se quejen delante de Dios en aquel juicio final de ellos, adonde, aunque no quieran, entenderán el valor de cada cosa. Pues como, por la misericordia de Dios, sacó á este caballero hijo de esta señora doña María de Acuña (él se llama Don Antonio de Padilla), de edad de diez y siete años, del mundo, poco mas ó menos quedaron los estados en la hija mayor, llamada doña Luisa de Padilla, porque el conde de Buendía no tuvo hijos, y heredaba Don Antonio este condado, y el ser Adelantado de Castilla. Porque no hace á mi propósito, no digo lo mucho que padeció con sus deudos hasta salir con su empresa: bien se entenderá á quien entendiere lo que precian los del mundo que haya sucesor de sus casas.

¡Oh Hijo del Padre Eterno Jesucristo Señor nuestro, Rey verdadero de todo! ¿qué dejaste en el mundo, que pudimos heredar de Vos vuestros descendientes? ¿Qué poseistes, Señor mio, sino trabajos y dolores y deshonras, y aun no tuvistes sino un madero en que pasar el trabajoso trago de la muerte? En fin, Dios mio, que los que quisiéremos ser vuestros hijos verdaderos, y no renunciar la herencia, no nos conviene huir del padecer. Vuestras armas son cinco llagas: ea pues, hijas mias, esta ha de ser nuestra divisa, si hemos de heredar su reino; no con descansos, no con

regalos, no con honras, no con riquezas se ha de ganar lo que él compró con tanta sangre.

Oh gente ilustre, abrid por amor de Dios los ojos! mirad que los verdaderos caballeros de Jesucristo, y los príncipes de su iglesia, un san Pedro y san Pablo no llevaban el camino que llevais. ¿Pensais por ventura que ha de haber nuevo camino para vosotros? no lo creais. Mirad que comienza el Señor á mostrárosle por personas de tan poca edad, como de los que ahora hablamos. Algunas veces he visto y hablado á este don Antonio: quisiera tener mucho más para dejarlo todo. Bienaventurado mancebo y bienaventurada doncella, que ha merecido tanto con Dios, que en la edad, que el mundo suele señorear á sus moradores, le repisasen ellos. Bendito sea el que los hizo tanto bien.

Pues como quedasen los estados en la hermana mayor, hizo el caso de ellos que su hermano; porque desde niña se habia dado tanto á la oracion, que es adonde el Señor da luz, para entender las verdades, que lo estimó tan poco como su hermano. ¡Oh válame Dios, á qué de trabajos y tormentos y pleitos y aun á aventurar las vidas y las honras se pusieran muchos por heredar esta herencia! No pasaron pocos en que se la consintiesen dejar. Así es este mundo, que él nos da bien á entender sus desvaríos, sino estuviésemos ciegos. Muy de buena gana, porque ya dejasen libre de esta herencia, la renunció en su hermana,

que ya no habia otra, que era de edad de diez ú once años.

Luego, porque no se perdiese la negra memoria, ordenaron los deudos de casar esta niña con un tio suyo, hermano de su padre, y trajeron del sumo Pontífice dispensaciones y desposáronlos.

No quiso el Señor, que hija de tal madre y hermana de tales hermanos quedase mas engañada que ellos, y así sucedió lo que ahora diré. Comenzando la niña á gozar de los trajes y atavíos del mundo, que conforme á la persona serian para aficionar en tan poca edad como ella, aun no habia dos meses que era desposada, cuando comenzó el Señor á darla luz, aunque ella entonces no lo entendia. Cuando habia estado el dia con mucho contento con su esposo, que le queria con mas estremo que pedia su edad, dábale una tristeza muy grande, viendo como se habia acabado aquel dia, y que así se habian de acabar todos.

¡Oh grandeza de Dios, que de el mismo contento que la daban los contentos de las cosas perecederas, le vino á aborrecer! Comenzóle á dar una tristeza tan grande, que no la podia encubrir á su esposo, ni ella sabia de qué, ni qué le decir, aunque él se lo preguntaba. En este tiempo ofreciósele un camino, adonde no pudo dejar de ir léjos del lugar, y ella lo sintió mucho, como le queria tanto. Mas luego le descubrió el Señor la causa de su pena, que era inclinarse su alma á lo que no se ha de acabar, y co-

menzó á considerar, como sus hermanos habian tomado lo mas seguro, y dejándola á ella en los peligros del mundo. Por una parte esto, por otra parecerle que no tenia remedio, porque no habia venido á su noticia, que siendo desposada podia ser monja, hasta que lo preguntó, traíala fatigada, y sobre todo el amor que tenia á su esposo, no la dejaba determinar, y asi pasaba con harta pena. Como el Señor la queria para sí, fuéla quitando este amor y creciendo el deseo de dejarlo todo.

En este tiempo solo la movia el deseo de salvarse, y de buscar los mejores medios, que le parecia, que metida más en las cosas del mundo, se olvidaria de procurar lo que es eterno, que esta sabiduría le infundió Dios en tan poca edad de buscar cómo ganar lo que no se acaba. ¡Dichosa alma, que tan presto salió de la ceguedad en que acababan muchos viejos! Como se vió libre la voluntad, determinóse del todo emplearla en Dios (que hasta esto habia callado) y comenzó á tratarlo con su hermana. Ella pareciéndola niñería, la desviaba de ello, y le decia algunas cosas para esto, que bien se podia salvar siendo casada. Ella le respondió, que ¿por qué lo habia dejado ella? y pasaron algunos dias que siempre iba creciendo su deseo, aunque su madre no osaba decir nada, y por ventura era ella la que la daba la guerra con sus santas oraciones.

CAPÍTULO XI.

Prosigue en la materia comenzada de la órden que tuvo doña Casilda de Padilla para conseguir sus santos deseos de entrar en religion.

En este tiempo ofrecióse dar un hábito á una freila (era la hermana Estefanía de los Apóstoles) en este monasterio de la Concepcion, cuyo llamamiento podrá ser que diga, porque aunque diferentes en calidad (porque es una labradorcita) en las mercedes grandes que la ha hecho Dios, la tiene de manera, que merece, para ser su Majestad alabado, que se haga de ella memoria. Y yendo doña Casilda (que así se llamaba esta amada del Señor) con una abuela suya á este hábito, que era madre de su esposo, aficionóse en extremo á este monasterio, pareciéndole, que por ser pocas y pobres podian servir mejor al Señor, aunque todavía no estaba determinada á dejar á su esposo, que como he dicho, era lo que mas la detenia.

Consideraba, que solia antes que se desposase tener ratos de oracion, porque la bondad y santidad de su madre las tenia, y á sus hijos criados en esto, que desde siete años los hacia entrar á tiempos en un oratorio, y los enseñaba cómo habian de considerar en la Pasion del Señor, y los hacia confesar á menudo, y así ha visto tan buen suceso de sus deseos, que eran quererlos para Dios, y así me ha dicho ella, que siempre se los ofrecia, y suplicaba los sacase del mundo, porque ya ella estaba desengañada de en lo poco que se ha de estimar. Considero yo algunas veces, cuando ellos se vean gozar de los gozos eternos, y que su madre fué el medio, las gracias que la darán, y el gozo accidental que ella tendrá de verlos, y cuán al contrario será los que, por no los criar sus padres como á hijos de Dios, (que lo son mas que no suyos) se vean los unos y los otros en el infierno, las maldiciones que se echarán y las desesperaciones que tendrán.

Pues tornando á lo que decia, como ella viese, que aun rezar ya el rosario hacia de mala gana, hubo gran temor que siempre sería peor, y parecíale que claro veia, que viniendo á esta casa, tenia asegurada su salvacion: así se determinó del todo, y viniendo una mañana su hermana y ella con su madre acá, ofrecióse que entraron en el monasterio dentro, bien sin cuidado que ella haria lo que hizo. Como se vió dentro, no bastaba nadie á echarla de casa. Sus lá-

grimas eran tantas, por que la dejasen, y las palabras que decia, que á todas tenia espantadas. Su madre, aunque en el interior se alegraba, temia los deudos, y no quisiera se quedara así, porque no dijesen habia sido persuadida de ella, y la priora tambien estaba en lo mismo, que le parecia era niña, yque era menester mas prueba.

Esto era por la mañana: hubiéronse de quedar hasta la tarde, y enviaron á llamar á su confesor, y al padre maestro fray Domingo, que lo era mio, de quien hice al principio mencion, aunque yo no estaba entónces aquí. Este padre entendió luego, que era espíritu del Señor, y la ayudó mucho, pasando harto con sus deudos (así habian de hacer todos los que le pretenden servir, cuando ven un alma llamada de Dios, no mirar tanto las prudencias humanas) prometiéndola de ayudarla, para que tornase otro dia.

Con hartas persuasiones, porque no echasen la culpa á su madre, se fué esta vez, ella iba siempre mas adelante en sus deseos. Comenzó secretamente su madre á dar parte á sus deudos: porque no lo supiese el esposo se traia este secreto. Decian que era niñería, y que esperase hasta tener edad, que no tenia cumplidos doce años. Ella decia, que, como la hallaron con edad para casarla y dejarla al mundo, cómo no se la hallaban para darse á Dios? Decia cosas, que se parecia bien no era ella la que hablaba en esto. No pudo ser tan secreto, que no se avisase á

su esposo: como ella lo supo, parecióle no se sufria aguardarle; y un dia de la Concepcion, estando en casa de su abuela, que tambien era su suegra, que no sabia nada de esto, rogóla mucho que la dejase ir al campo con su aya á holgar un poco: ella lo hizo para hacerla placer, en un carro con sus criados. Ella dió á uno dinero, y rogóle la esperase á la puerta de este monasterio con unos manojos ó sarmientos, y ella hizo rodear de manera, que la trajeron por esta casa. Como llegó á la puerta, dijo, que pidiesen al torno un jarro de agua, que no dijesen para quien, y apeóse muy apriesa: dijeron que allí se la darian, ella no quiso.

Ya los manojos, estaban allí: dijo, que dijesen viniesen á la puerta, á tomar aquellos manojos, y ella juntóse allí, y en abriendo entróse dentro, y fuése á abrazar con nuestra Señora, llorando y rogando á la priora no la echase. Las voces de los criados eran grandes, y los golpes que daban á la puerta: ella los fué á hablar á la red, y les dijo, que por ninguna manera saldria, que lo fuesen á decir á su madre. Las mujeres que iban con ella hacian grandes lástimas, á ella se le daba poco de todo. Como dieron la nueva á su abuela, quiso ir luego allá.

En fin, ni ella, ni su tio, ni su esposo, que venido procuró mucho de hablarla por la red, hacian mas de darle tormento cuando estaba con ella, y despues quedar con mayor firmeza. Decíale el esposo des-

pues de muchas lástimas, que podria mas servir á Dios haciendo limosnas; y ella le respondia, que las hiciese él, y á las demas cosas le decia, que mas obligada estaba á su salvacion, y que veia que era flaca, y que en las ocasiones del mundo no se salvaria, y que no tenia de que se quejar de ella, pues no le habia dejado sino por Dios, que en eso no le hacia agravio. De que vió que no se satisfacia con nada, levantóse y dejóle. Ninguna impresion le hizo, antes del todo quedó disgustada con él; porque al alma á quien Dios da luz de la verdad, las tentaciones y estorbos, que pone el demonio, la ayudan mas; porque es su Majestad el que pelea por ella, y así se veia claro aquí, que no parecia era ella la que hablaba. Como su esposo y deudos vieron lo poco que aprovechaba quererla sacar de grado, procuraron fuese por fuerza; y así trajeron una provision real para sacarla fuera del monasterio, y que la pusiesen en libertad.

En todo este tiempo, que fué desde la Concepcion hasta el dia de los Inocentes, que la sacaron, se estuvo sin darle el hábito en el monasterio, haciendo todas las cosas de la religion, como si le tuviera, y con grandísimo contento. Este dia la llevaron en casa de un caballero, viniendo la justicia por ella. Lleváronla con hartas lágrimas, diciendo, que para qué la atormentaban, pues no les habia de aprovechar nada. Aquí fué harto persuadida, así de religiosos, como de otras personas; porque á unos les parecia que

era niñería, otros deseaban gozase su estado. Seria alargarme mucho, si dijese las disputas que tuvo, y de la manera que se libraba de todas. Dejábalos espantados de las cosas que decia.

Ya que vieron no aprovechaba, pusiéronla en casa de su madre para detenerla algun tiempo, la cual estaba ya cansada de ver tanto desasosiego, y no la ayudaba en nada, antes, á lo que parecia, era contra ella. Podrá ser que fuese para probarla mas; al menos así me lo ha dicho despues, que es tan santa, que no se ha de creer sino lo que dice: mas la niña no lo entendia. Y tambien un confesor que la confesaba, le era en extremo contrario, de manera que no tenia sino á Dios, y á una doncella de su madre, que era con quien descansaba.

Así pasó con harto trabajo y fatiga hasta cumplir los doce años, que entendió que se trataba de llevarla á ser monja al monasterio que estaba su hermana, ya que no la podian quitar de que lo fuese, por no haber en él tanta aspereza. Ella, como entendió esto, determinó de procurar por cualquier medio que pudiese llevar adelante su propósito; y así un dia, yendo á misa con su madre, estando en la iglesia, entróse su madre á confesar en un confesonario, y ella rogó á su aya, que fuese á uno de los padres á pedir que le dijesen una misa, y en viéndola ida, metió sus chapines en la manga, y alzó la saya, y vase con la mayor prisa que pudo á este monasterio, que era harto

lejos. Su aya, como no la halló, fuese tras ella, y ya que llegaba cerca, rogó á un hombre que se la tuviese, él dijo despues, que no habia podido menearse, y así la dejó. Ella como entró á la puerta del monasterio primera, y cerró la puerta, y comenzó á llamar, cuando llegó la aya, ya estaba dentro en el monasterio, y diéronle luego el hábito, y así dió fin á tan buenos principios como el Señor habia puesto en ella.

Su Majestad la comenzó luego bien en breve á pagar con mercedes espirituales, y ella á servirle con grandísimo contento y grandísima humildad y desasimiento de todo. Sea bendito por siempre, que así da gusto con los vestidos pobres de sayal, á la que tan aficionada estaba á los muy curiosos y ricos, aunque no eran parte para encubrir su hermosura, que estas gracias naturales repartió el Señor con ella, como las espirituales, de condicion y entendimiento tan agradable, que á todas es despertador para alabar á su Majestad. Plegue á Él haya muchas que así respondan á su llamamiento (1).

---

(1) Acerca de esta monja escribió Santa Teresa algunas cartas muy interesantes, que se publicarán en su Epistolario. La mas interesante es una al Padre Bañes desde Salamanca en 1574, estando para ir á la fundacion de Segovia (carta 14 del tomo IV de las *Obras de Santa Teresa*, ó sea II de sus cartas). Hablando de la detencion forzada que le hacian

CAPÍTULO XII.

En que trata de la vida, y muerte de una religiosa, que trajo nuestro Señor á esta misma casa, llamada Beatriz de la Encarnacion, que fué su vida de tanta perfeccion, y su muerte tal, que es justo se haga de ella memoria.

Entró en este monasterio por monja una doncella llamada doña Beatriz Oñez, algo deuda de doña Casilda. Entró algunos años antes, cuya alma tenia á todas espantadas, por ver lo que el Señor obraba en ella de grandes virtudes, y afirman las monjas y priora, que en todo cuanto vivió, jamás entendieron

---

sufrir en su casa, decia: «Medios humanos y cumplir con el »mundo, me parece detenerla y darla mas tormento; que en »treinta dias está claro, que, aunque se arrepintiese, no lo »ha de decir.» Y con todo, algunos años despues esta religiosa, ó bien por haber decaido de su vocacion, ó cediendo á las porfiadas instancias de sus parientes, dejó el hábito de carmelita y se trasladó á otro convento de franciscas en Búrgos, donde murió, no sin llorar esta traslacion.

en ella cosa que se pudiese tener por imperfeccion, ni jamás por cosa la vieron de diferente semblante, sino con una alegría modesta, que daba bien á entender el gozo interior que traia su ánima. Un callar sin pesadumbre, que con tener gran silencio, era de manera, que no se le podia notar por cosa particular: no se halla jamás haber hablado palabra, que hubiese en ella que reprender, ni en ella se vió porfía, ni una disculpa, aunque la priora, por probarla, la quisiese culpar de lo que no habia hecho, como en estas casas se acostumbra para mortificar.

Nunca jamás se quejó de cosa, ni de ninguna hermana, ni por semblante ni palabra dió disgusto á ninguno con oficio que tuviese, ni ocasion para que de ella se pensase ninguna imperfeccion, ni se hallaba por qué acusarla ninguna falta en Capítulo, con ser cosas bien menudas las que allí las celadoras dicen que han nótado. En todas las cosas era estraño su concierto interior y esteriormente: esto nacia de traer muy presente la eternidad, y para lo que Dios nos habia criado. Siempre traia en la boca alabanzas de Dios, y un agradecimiento grandísimo, en fin una perpetua oracion.

En lo de la obediencia jamás tuvo falta, sino con una prontitud, perfeccion y alegría á todo lo que se la mandaba: grandísima caridad con los prójimos, de manera que decia, que por cada uno se dejaria hacer mil pedazos, á trueco de que no perdiesen el alma,

y gozasen de su hermano Jesucristo, que así llamaba á nuestro Señor. En sus trabajos, los cuales con ser grandísimos, de terribles enfermedades (como adelante diré) y de gravísimos dolores, los padecia con tan grandísima voluntad y contento, como si fueran grandes regalos y deleites. Debíasele nuestro Señor de dar en el espíritu, porque no es posible menos, segun con el alegría que los llevaba.

Acaeció, que en este lugar de Valladolid llevaban á quemar á unos por grandes delitos: ella debia saber que no iban á la muerte con tan buen aparejo como convenia, y dióle tan grandísima afliccion, que con gran fatiga se fué á nuestro Señor, y le suplicó muy ahincadamente por la salvacion de aquellas almas, y que á trueco de lo que ellos merecian, ó por que ella mereciese alcanzar esto (que las palabras puntualmente no me acuerdo) le diese toda su vida todos los trabajos y penas que ella pudiese llevar. Aquella misma noche le dió la primera calentura, y hasta que murió siempre fué padeciendo. Ellos murieron bien, por donde parece oyó Dios su oracion.

Dióle luego una postema dentro de las tripas con tan gravísimos dolores, que era bien menester para sufrirlos con paciencia lo que el Señor habia puesto en su alma. Esta postema era por la parte de adentro, adonde cosa de las medicinas que le hacian no la aprovechaba, hasta que el Señor quiso se le viniese á abrir, y echar la materia, y así mejoró algo de este

mal. Con aquella gana que le daba de padecer, no se contentaba con poco, y así, oyendo un sermon un dia de la Cruz, creció tanto este deseo, que como acabaron con un ímpetu de lágrimas se fué sobre su cama, y preguntándole qué habia, dijo que rogasen á Dios la diese muchos trabajos, y que con esto estaria contenta.

Con la priora trataba ella de todas las cosas interiores, y se consolaba con esto. En toda la enfermedad jamás dió la menor pesadumbre del mundo, ni hacia mas de lo que queria la enfermera, aunque fuese beber un poco de agua. Desear trabajos almas que tienen oracion es muy ordinario, estando sin ellos; mas estando en los mismos trabajos alegrarse de padecerlos no es de muchos. Y así, ya que estaba tan apretada, que duró poco, y con dolores muy escesivos, y una postema que le dió dentro de la garganta, que no la dejaba tragar, estaban algunas de las hermanas, y dijo á la priora (cómo la debia consolar, y animar á llevar tanto mal), que ninguna pena tenia, ni se trocaria por ninguna de las hermanas, que estaban muy buenas. Tenia tan presente aquel Señor por quien padecia, que todo lo más que ella podia rodeaba, porque no entendiesen lo mucho que padecia; y así, sino era cuando el dolor la apretaba mucho, se quejaba muy poco. Parecíale, que no habia en la tierra cosa mas ruin que ella, y así, en todo lo que se podia entender, era grande su humildad.

En tratando de virtudes de otras personas, se alegraba muy mucho: en cosas de mortificacion era estremada: con una disimulacion se apartaba de cualquier cosa que fuese de recreacion, que, sino era quien andaba con aviso, no la entendian. No parecia que vivia, ni trataba con las criaturas, segun se le daba poco de todo, que de cualquiera manera que fuesen las cosas las llevaba con una paz, que siempre la veian estar en un ser; tanto, que le dijo una vez una hermana, que parecia de unas personas, que hay muy honradas, que aunque mueran de hambre, lo quieren mas, que no que lo sientan los de fuera, porque no podian creer que ella dejaba de sentir algunas cosas, aunque tampoco se le parecia.

Todo lo que hacia de labor y de oficios, era con un fin, que no dejaba perder el mérito, y así decia á las hermanas «No tiene precio la cosa mas pequeña que se hace, si va por amor de Dios. No habíamos de menear los ojos, hermanas, sino fuese por este fin, y por agradarle.» Jamás se entremetia en cosa que no estuviese á su cargo, así no veia falta de nadie, sino de sí. Sentia tanto que de ella se dijese ningun bien, que así traia cuenta con no lo decir de nadie en su presencia, por no las dar pena.

Nunca procuraba consuelo, ni en irse á la huerta, ni en cosa criada; porque segun ella dijo, grosería era buscar alivio de los dolores que nuestro Señor le daba, y así nunca pedia cosa, sino lo que le daban

con esto pasaba. Tambien decia, que antes le seria cruz tomar consuelo en cosa que no fuese Dios. El caso es, que informándome yo de las de casa, no hubo ninguna que hubiese visto en ella cosa que pareciese sino de alma de gran perfeccion.

Pues venido el tiempo en que nuestro Señor la quiso llevar de esta vida, crecieron los dolores, y tantos males juntos, que, para alabar á nuestro Señor de ver el contento que lo llevaba, la iban á ver algunas veces. En especial tuvo gran deseo de hallarse á su muerte el capellan que confiesa en aquel monasterio, que es harto siervo de Dios, que, como él la confesaba, teníala por santa. Fué Dios servido que se le cumplió este deseo, que como estaba con tanto sentido, y ya oleada, llamáronle, para que, si hubiese menester aquella noche, reconciliarla y ayudarla á morir.

Un poco antes de las nueve, estando todas con ella, y él lo mismo, como un cuarto de hora antes que muriese, se le quitaron todos los dolores, y con una paz muy grande levantó los ojos, y se le puso una alegría de manera en el rostro, que pareció como un resplandor, y ella estaba como quien mira alguna cosa que la da gran alegría, porque así se sonrió por dos veces. Todas las que estaban allí, y el mismo sacerdote, fué tan grande el gozo espiritual y alegría que recibieron, que no saben decir mas de que les parecia que estaban en el cielo. Y con esta

alegría que digo, los ojos en el cielo, espiró, quedando como un ángel, que así lo podemos creer, segun nuestra fe, y segun su vida, que la llevó Dios á descanso, en pago de lo mucho que habia deseado padecer por Él.

Afirma el capellan, y así lo dijo á muchas personas, que al tiempo de echar el cuerpo en la sepultura, sintió en él grandísimo y muy suave olor. Tambien afirma la sacristana, que de toda la cera que en su enterramiento y honras ardió, no halló cosa disminuida de la cera. Todo se puede creer de la misericordia de Dios. Tratando estas cosas con un confesor suyo de la Compañía de Jesus, con quien habia muchos años confesado y tratado su alma, dijo, que no era mucho, ni él se espantaba, porque sabia que tenia nuestro Señor mucha comunicacion con ella. Plega á su Majestad, hijas mias, que nos sepamos aprovechar de tan buena compañía como esta y otras muchas, que nuestro Señor nos da en estas casas. Podrá ser que diga alguna cosa de ellas, para que se esfuercen á imitar las que van con alguna tibieza, y para que alabemos todas al Señor, que así resplandece su grandeza en unas flacas mujercitas.

CAPÍTULO XIII.

En que trata cómo se comenzó la primera casa de la regla primitiva, y por quién, de los Descalzos carmelitas. Año de MDLXVIII.

Antes que yo fuese á esta fundacion de Valladolid, como ya tenia concertado con el padre fray Antonio de Jesus, que era entonces prior en Medina, en Santa Ana, que es de la Orden del Cármen, y con fray Juan de la Cruz, como ya tengo dicho, de que serian los primeros que entrasen, si se hiciese monasterio de la primera regla de descalzos, y como yo no tuviese remedio para tener casa, no hacia sino encomendarlo á nuestro Señor, porque, como he dicho, ya estaba satisfecha de estos padres. Porque al padre fray Antonio de Jesus habia el Señor bien ejercitado, un año que habia que yo lo habia tratado con él, en trabajos, y llevádolos con mucha perfeccion: del padre fray Juan de la Cruz ninguna prueba era menes-

ter, porque aunque estaba entre los del Paño Calzados, siempre habia hecho vida de mucha perfeccion y religion (1).

Fué nuestro Señor servido, que como me dió lo principal, que eran frailes, que comenzasen, ordenó lo demas. Un caballero de Avila, llamado don Rafael, con quien yo jamás habia tratado, no sé cómo, que no me acuerdo, vino á entender que se queria hacer un monasterio de descalzos, y vínome á ofrecer, que me daria una casa que tenia en un lugarcillo de hartos pocos vecinos, que me parece no serian veinte; que no me acuerdo ahora, que la tenia allí para un rentero, que recogia el pan de renta que tenia allí. Yo, aunque ví cual debia ser, alabé á nuestro Señor, y agradecíselo mucho. Díjome que era camino de Medina del Campo, que iba yo por allí á la fundacion de Valladolid, que es camino derecho, y que la veria. Yo dije que lo haría, y aun así lo hice, que partí de Avila, por Junio, con una compañera y con el padre Julian de Avila, que era el sacerdote que he dicho, que me ayudaba en estos caminos, capellan de San José de Avila.

Aunque partimos de mañana, como no sabíamos

(1) Llamaban *del paño* á los calzados; porque sus capas y hábitos solian ser de paño, á diferencia de los que usaban los descalzos, que eran de jerga ó sayal.

el camino, errámosle; y como el lugar es poco nombrado, no se hallaba mucha relacion de él. Así anduvimos aquel dia con harto trabajo, porque hacia muy recio sol: cuando pensábamos estábamos cerca, habia otro tanto que andar. Siempre se me acuerda del cansancio y desvarío, que traiamos en aquel camino. Así llegamos poco antes del anochecer: como entramos en la casa, estaba de tal suerte, que no nos atrevimos á quedar allí aquella noche, por causa de la demasiada poca limpieza que tenia, y mucha gente del Agosto.

Tenia un portal razonable, y una cámara doblada con su desvan, y una cocinilla: este edificio todo tenia nuestro monasterio. Yo consideré que el portal se podia hacer iglesia, y el desvan coro, que venia bien, y dormir en la cámara. Mi compañera, aunque era harto mejor que yo, y muy amiga de penitencia, no podia sufrir que yo pensase hacer allí un monasterio, y así me dijo:—«Cierto, madre, que no haya espíritu, por bueno que sea, que lo pueda sufrir; vos no trateis de esto.»

El padre que iba conmigo, aunque le pareció lo que á mi compañera, como le dije mis intentos, no me contradijo. Fuímonos á tener la noche en la iglesia, que para el cansancio grande que llevábamos, no quisiéramos tenerla en vela. Llegados á Medina, hablé luégo con el padre fray Antonio, y díjele lo que pasaba, y que si tendria corazon para estar allí algun

tiempo, que tuviese cierto, que Dios lo remediaria presto, que todo era comenzar.

Paréceme tenia tan delante lo que el Señor ha hecho, y tan cierto, á manera de decir, como ahora que lo veo, y aun mucho mas de lo que hasta ahora he visto; que al tiempo que esto escribo hay diez monasterios de Descalzos, por la bondad de Dios; y que creyese, que no nos daria la licencia el provincial pasado, ni el presente (que habia de ser con su consentimiento, segun dije al principio) si nos viese en casa muy medrada: dejado que no teníamos remedio de ello, y que en aquel lugarcillo y casa, que no harian caso de ellos. A él le habia puesto Dios más ánimo que á mí; y así dijo, que no solo allí, mas que estaria en una pocilga. Fray Juan de la Cruz estaba en lo mismo; ahora nos quedaba alcanzar la voluntad de los dos padres que tengo dichos, porque con esa condicion habia dado la licencia nuestro padre general.

Yo esperaba en nuestro Señor de alcanzarla, y así dije al padre fray Antonio, que tuviese cuidado de hacer todo lo que pudiese en allegar algo para la casa, y yo me fuí con fray Juan de la Cruz á la fundacion, que queda escrita, de Valladolid; y como estuvimos algunos dias con oficiales, para recoger la casa, sin clausura, habia lugar para informar al padre fray Juan de la Cruz de toda nuestra manera de proceder, para que llevase bien entendidas todas las cosas, así de mortificacion, como del estilo de her-

mandad y recreacion que tenemos juntas; que todo es con tanta moderacion, que solo sirven de entender allí las faltas de las hermanas, y tomar un poco de alivio, para llevar el rigor de la regla. Él era tan bueno, que al menos yo podia mucho mas aprender de él, que él de mí: mas esto no era lo que yo hacia, sino el estilo del proceder de las hermanas.

Fué Dios servido que estaba allí el provincial de nuestra Orden, de quien yo habia de tomar el beneplácito, llamado Fray Alonso Gonzalez: era viejo, y harto buena cosa y sin malicia. Yo le dije tantas cosas, y de la cuenta que daria á Dios, si tan buena obra estorbaba, cuando se la pedí, y su Majestad que le dispuso, como queria que se hiciese, que se ablandó mucho.

Venida la señora doña María de Mendoza, y el obispo de Avila su hermano, que es quien siempre nos ha favorecido, y amparado, lo acabaron con él, y con el padre Fray Angel de Salazar, que era el provincial pasado, de quien yo temia toda la dificultad. Mas ofrecióse entonces cierta necesidad, que tuvo menester el favor de la señora doña María de Mendoza, y esto creo ayudó mucho, dejado, que aunque no hubiera esta ocasion, se lo pusiera nuestro Señor en corazon, como al padre general, que estaba bien fuera de ello.

¡Oh válame Dios, qué de cosas he visto en estos negocios, que parecian imposibles, y cuán fácil ha

sido á su Majestad allanarlas! Y qué confusion mia es, viendo lo que he visto, no ser mejor de lo que soy, que ahora que lo voy escribiendo, me voy espantando, y deseando que nuestro Señor dé á entender á todos como en estas fundaciones no es casi nada lo que hemos hecho las criaturas, todo lo ha ordenado el Señor por unos principios tan bajos, que solo su Majestad lo podia levantar en lo que ahora está. Sea por siempre bendito.

CAPÍTULO XIV.

Prosigue en la fundacion de la primera casa de los Descalzos carmelitas. Dice algo de la vida que allí hacian, y del provecho que comenzó á hacer nuestro Señor en aquellos lugares, á honra y gloria de Dios.

Como yo tuve estas dos voluntades, ya me parecia no me faltaba nada. Ordenamos, que el padre fray Juan de la Cruz fuese á la casa, y lo acomodase de manera, que como quiera pudiesen entrar en ella, que toda mi prisa era hasta que comenzasen, porque tenia gran temor no nos viniese algun estorbo; y así se hizo. El Padre Fray Antonio ya tenia algo allegado de lo que era menester: ayudábamosle lo que podíamos, aunque era poco. Vino allí á Valladolid á hablarme con gran contento, y díjome lo que tenia allegado, que era harto poco: solo de relojes iba proveido, que llevaba cinco, que me cayó en harta gracia. Dí-

jome, que para tener las horas concertadas, que no queria ir desapercibido: creo aun no tenia en qué dormir.

Tardóse poco en aderezar la casa, porque no habia dinero, aunque quisieran hacer mucho. Acabado, el Padre Fray Antonio renunció su priorazgo, y prometió la primera regla; que aunque le decian lo probase primero, no quiso. Ibase á su casita con el mayor contento del mundo: ya Fray Juan estaba allá.

Dicho me há el Padre Fray Antonio, que cuando llegó á vista del lugarcillo, le dió un gozo interior muy grande, y le pareció que habia ya acabado con el mundo, en dejarlo todo, y meterse en aquella soledad, adonde al uno y al otro no se le hizo la casa mala, sino que les parecia estaban en grandes deleites. Oh, válame Dios! ¡qué poco hacen estos edificios y regalos esteriores para lo interior! Por su amor os pido, hermanas y padres mios, que nunca dejeis de ir muy moderados en esto de casas grandes y suntuosas; tengamos delante á nuestros fundadores verdaderos, que son aquellos santos padres, de donde descendimos; que sabemos, que por aquel camino de pobreza y humildad gozan de Dios.

Verdaderamente he visto haber mas espíritu, y aun alegría interior, cuando parece que no tienen los cuerpos como estar acomodados, que despues ya tienen mucha casa, y lo están. Por grande que sea, qué provecho nos trae? pues solo de una celda es lo

que gozamos continuo, ¿qué ésta sea muy grande y bien labrada, qué nos va? Sí, que no hemos de andar mirando las paredes.

Considerando que no es la casa que nos ha de durar para siempre, sino tan breve tiempo, como es el de la vida, por larga que sea se nos hará todo suave, viendo, que mientras ménos tuviéremos acá, mas gozaremos en aquella eternidad, á donde son las moradas conforme al amor, con que hemos imitado la vida de nuestro buen Jesus.

Si decimos que son estos principios para renovar la regla de la Vírgen su Madre, señora y patrona nuestra, no la hagamos tanto agravio, ni á nuestros santos padres pasados, que dejemos de conformarnos con ellos; y aunque por nuestra flaqueza en todo no podamos, en las cosas que no hace ni deshace para sustentar la vida, habíamos de andar con gran aviso, pues todo es un poquito de trabajo sabroso, como lo tenian estos dos padres; y en determinándonos de pasarlo, es acabada la dificultad, que toda es la pena un poquito al principio.

Primero, ó segundo domingo de Adviento de este año de MDLXVIII (que no me acuerdo cual de estos domingos fué) se dijo la primera misa en aquel portalico de Belen, que no me parece era mejor. La Cuaresma adelante, viniendo á la fundacion de Toledo, me vine por allí. Llegué una mañana: estaba el padre fray Antonio de Jesus barriendo la puerta de

la iglesia, con un rostro de alegría, que él tiene siempre. Yo le dije «qué es esto, mi padre? ¿qué se ha hecho la honra?» Díjome estas palabras, diciéndome el gran contento que tenia—«yo maldigo el tiempo que la tuve.»

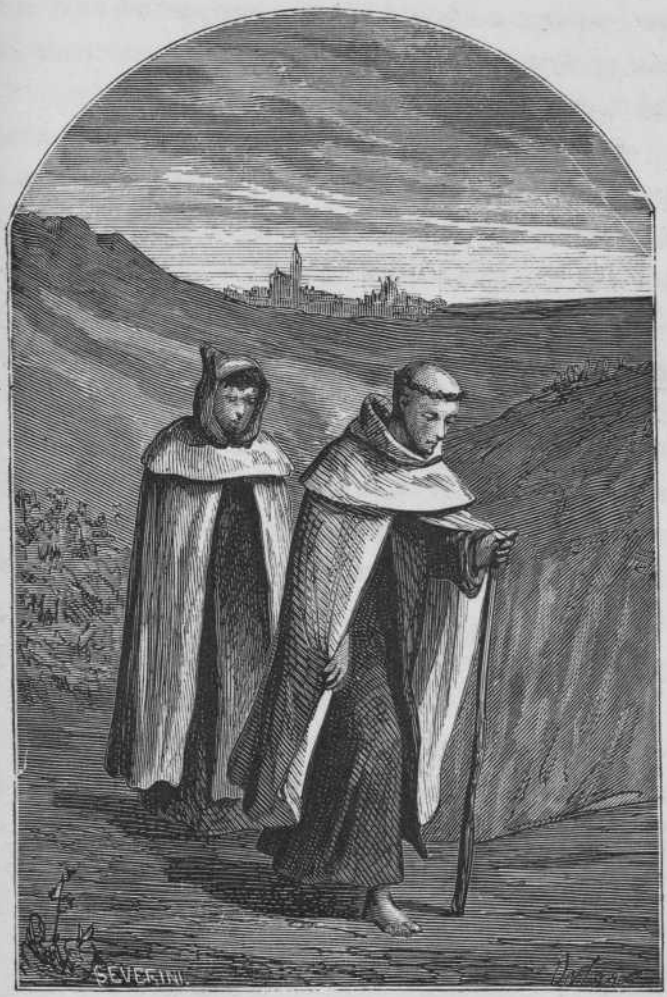
Como entré en la iglesia, quedéme espantada de ver el espíritu que el Señor habia puesto allí: y no era yo sola, que dos mercaderes que habian venido de Medina hasta allí conmigo, que eran mis amigos, no hacian otra cosa sino llorar. Tenia tantas cruces! ¡tantas calaveras!

Nunca se me olvida una cruz pequeña de palo que tenia, para el agua bendita, que tenia en ella pegada una imágen de papel con un Cristo, que parecia ponia mas devocion, que si fuera de cosa muy bien labrada. El coro era el desván, que por mitad estaba alto, que podian decir las Horas, mas habíanse de abajar mucho para entrar, y para oir misa: tenian á los dos rincones hácia la iglesia dos ermitillas, adonde no podian estar sino echados ó sentados, llenas de heno, porque el lugar era muy frio, y el tejado casi les daba sobre las cabezas, con dos ventanillas hácia el altar, y dos piedras por cabeceras, y allí sus cruces y calaveras. Supe, que despues que acababan Maitines, hasta Prima, no se tornaban á ir, sino allí se quedaban en oracion, que la tenian tan grande, que les acaecia ir con harta nieve los hábitos, cuando iban á Prima, y no lo haber sentido. Decian sus Horas con

otro padre de los del Paño, que se fué con ellos á estar, aunque no mudó hábito, porque era muy enfermo, y otro fraile mancebo, que no era ordenado, que tambien estaba allí.

Iban á predicar á muchos lugares, que estaban por allí comarcanos, sin ninguna doctrina, que por esto tambien me holgué se hiciese allí la casa; que me dijeron, que ni habia cerca monasterio, ni de donde le tener, que era gran lástima. En tan poco tiempo era tanto el crédito que tenian, que á mí me hizo grandísimo consuelo cuando lo supe. Iban, como digo, á predicar legua y media y dos leguas, descalzos, que entonces no traian alpargatas, que despues se las mandaron poner, y con harta nieve y frio; y despues que habian predicado y confesado, se tornaban bien tarde á comer á su casa: con el contento todo se les hacia poco.

De esto de comer tenian muy bastante, porque de los lugares comarcanos los provcian mas de lo que habian menester; y venian allí á confesar algunos caballeros, que estaban en aquellos lugares, adonde les ofrecian ya mejores casas y sitios. Entre estos fué uno Don Luis, señor de las Cinco-villas. Este caballero habia hecho una iglesia para una imágen de nuestra Señora, cierto bien digna de poner en veneracion. Su padre la envió desde Flandes á su abuela ó madre (que no me acuerdo cual) con un mercader: él se aficionó tanto á ella, que la tuvo muchos años, y des-



Iban á predicar á muchos lugares, que estaban por allí comarcanos.

pues á la hora de la muerte mandó se la llevasen en un retablo grande, que yo no he visto en mi vida (y otras muchas personas dicen lo mismo) cosa mejor.

El padre fray Antonio de Jesus, como fué á aquel lugar á peticion de este caballero, y vió la imágen, aficionóse tanto á ella, y con mucha razon, que acertó el pasar allí el monasterio: llamábase este lugar Mancora. Aunque no tenia ninguna agua de pozo, ni de ninguna manera parecia le podian tener allí, labróles este caballero un monasterio, conforme á su profesion, pequeño, y dió ornamentos: hízolo muy bien.

No quiero dejar de decir, como el Señor les dió agua, que se tuvo por cosa de milagro. Estando un dia despues de cenar el padre fray Antonio, que era prior, en la claustra con sus frailes, hablando de la necesidad de agua que tenian, levantóse el prior, y tomó un bordon que traia en las manos, hizo en una parte de él señal de la cruz á lo que me parece, que aun no me acuerdo bien si hizo cruz, mas en fin, señaló con el palo y dijo:—«Ahora cava aquí.» A muy poco que cavaron, salió tanta agua, que aun para limpiarle es dificultoso de limpiar y de agotar, y agua de beber muy buena, que toda la obra han gastado de allí, y nunca, como digo, se agota. Despues que cercaron una huerta, han procurado tener agua en ella, y hecho noria y gastado harto; hasta ahora cosa que sea nada, no la han podido hallar.

Pues como yo vi aquella casita, que poco antes

no se podia estar en ella, con un espíritu, que á cada parte que miraba, hallaba con qué me edificar, y entendí de la manera que vivian, y con la mortificacion y oracion y el buen ejemplo que daban, porque allí me vino á ver un caballero, y su mujer que yo conocia, que estaba en un lugar cerca, y no me acababan de decir de su santidad y el gran bien que hacian en aquellos pueblos, no me hartaba de dar gracias á nuestro Señor, con un gozo interior grandísimo, por parecerme, que veia comenzado un principio, para gran aprovechamiento de nuestra Orden, y servicio de nuestro Señor. Plega á su Majestad, que lo lleve adelante, como ahora van, que mi pensamiento será bien verdadero. Los mercaderes que habian ido conmigo me decian, que por todo el mundo no quisieran haber dejado de venir allí. ¡Qué cosa es la virtud, que mas les agradó aquella pobreza, que todas las riquezas que ellos tenian, y les hartó y consoló su alma!

Despues que tratamos aquellos padres y yo algunas cosas, en especial, como soy flaca y ruin, les rogué mucho no fuesen en las cosas de penitencia con tanto rigor, que le llevaban muy grande; y como me habia costado tanto deseo y oracion, que me diese el Señor quien lo comenzase, y veia tan buen principio, temia no buscase el demonio cómo los acabar, antes que se efectuase lo que yo esperaba. Como imperfecta y de poca fe, no miraba que era obra de Dios, y su Majestad la habia de llevar adelante. Ellos, como

tenian estas cosas que á mí me faltaban, hicieron poco caso de mis palabras para dejar sus obras; y así me fuí con harto grandísimo consuelo, aunque no daba á Dios las alabanzas que merecia tan gran merced. Plega á su majestad, por su bondad, sea yo digna de servir en algo, lo muy mucho que le debo, amen; que bien entendia era esta muy mayor merced, que la que me hacia en fundar casas de monjas.

CAPITULO XV.

En que se trata de la fundacion del monasterio del glorioso San José en la ciudad de Toledo, que fué año de MDLXVIII.

Estaba en la ciudad de Toledo un hombre honrado y siervo de Dios, mercader, el cual nunca se quiso casar, sino hacia una vida como muy católico, hombre de gran verdad y honestidad: con trato lícito allegaba su hacienda, con intento de hacer de ella una obra, que fuese muy agradable al Señor. Dióle el mal de la muerte: llamábase Martin Ramirez.

Sabiendo un padre de la Compañía de Jesus, llamado Pablo Hernandez, con quien yo estando en este lugar me habia confesado, cuando estaba concertando la fundacion de Malagon, el cual tenia mucho deseo, de que se hiciese un monasterio de estos en este lugar; fuéle á hablar, y díjole el servicio que seria de nuestro Señor tan grande, y como los capellanes y capellanías, que queria hacer, las podia dejar

en este monasterio, y que se harian en él ciertas fiestas, y todo lo demas, que él estaba determinado de dejar en una parroquia de este lugar. El estaba ya tan malo, que para concertar esto, vió no habia tiempo, y dejólo todo en las manos de un hermano que tenia llamado Alonso Alvarez Ramirez, y con esto le llevó Dios. Acertó bien; porque es este Alonso Alvarez hombre harto discreto y temeroso de Dios, y limosnero, y llegado á toda razon, que de él (que le he tratado mucho) como testigo de vista puedo decir esto con gran verdad.

Cuando murió Martin Ramirez, aun me estaba yo en la fundacion de Valladolid, á donde me escribió el padre Pablo Hernandez de la Compañía, y el mismo Alonso Alvarez, dándome cuenta de lo que pasaba, y que si queria aceptar esta fundacion, me diese prisa á venir; y así me partí poco despues que se acabó de acomodar la casa. Llegué á Toledo víspera de nuestra Señora de la Encarnacion, y fuíme en casa de la señora doña Luisa, que es á donde habia estado otras veces, y la fundadora de Malagon. Fuí recibida con gran alegría, porque es mucho lo que me quiere. Llevaba dos compañeras de San José de Avila, harto siervas de Dios: diéronnos luego un aposento, como solia, á donde estábamos con el recogimiento, que en un monasterio. Comencé luego á tratar de los negocios con Alonso Alvarez, y un yerno suyo, llamado Diego Ortiz, que era, aunque muy bueno y teó-

logo, mas entero en su parecer que Alonso Alvarez: no se ponia tan presto en la razon. Comenzáronme á pedir muchas condiciones, que yo no me parecia convenia otorgar.

Andando en los conciertos y buscando una casa alquilada, para tomar la posesion, nunca la pudieron hallar, aunque se buscó mucho, que conviniese, ni yo tampoco podia acabar con el gobernador, que me diese la licencia, que en este tiempe no habia arzobispo (1); aunque esta señora á donde estaba lo procuraba mucho, y un caballero, que era canónigo en esta iglesia, llamado don Pedro Manrique, hijo del adelantado de Castilla, que era muy siervo de Dios, y lo es, que aun es vivo, y con tener bien poca salud, unos años despues que se fundó esta casa, se entró en la Compañía de Jesus, á donde está ahora. Era mucha cosa en este lugar, porque tiene mucho entendimiento y valor. Con todo no podia acabar que me diesen esta licencia; porque cuando tenian un poco blando el gobernador, no lo estaban los del consejo (2). Por otra parte no nos acabábamos de concer-

(1) Era arzobispo el célebre don Bartolomé Carranza, fraile dominico, pero se hallaba la sede impedida, por estar él en las cárceles del Santo Oficio en Valladolid, desde 1557. De allí salió para Roma, donde murió en 1576. En este concepto dice Santa Teresa que no habia arzobispo en 1569, pues era como si no lo hubiese.

(2) El Consejo de la Gobernacion de Toledo, que habien-

tar Alonso Alvarez y yo, á causa de su yerno, á quien él daba mucha mano: en fin, venimos á desconcertarnos del todo.

Yo no sabia que me hacer, porque no habia venido á otra cosa; y veia, que habia de ser mucha nota irme sin fundar. Con todo tenia mas pena de no me dar la licencia, que de lo demas; porque entendia que, tomada la posesion, nuestro Señor lo proveeria, como lo habia hecho en otras partes, y así me determiné de hablar al gobernador, y fuime á una iglesia, que está junto con su casa, y enviéle á suplicar, que tuviese por bien de hablarme. Habia ya más de dos meses que se andaba en procurarlo, y cada dia era peor. Como me vi con él, díjele «Que era recia cosa, que hubiese mujeres, que querian vivir en tanto rigor y perfeccion y encerramiento, y que los que no pasaban nada de esto, sino que se estaban en regalos, quisiesen estorbar obras de tanto servicio de nuestro Señor.»

Estas y otras hartas cosas le dije, con una determinacion grande que me daba el Señor. De manera

---

do sido instituido para los asuntos políticos y feudales, en que tenian que entender los arzobispos de Toledo por razon del Primado y de los señores temporales que poseian, pasó despues á ser tribunal eclesiástico en asuntos administrativos y contenciosos. No solamente los arzobispos de Toledo, sino tambien el duque de Alba y otros grandes tenian consejos de gobernacion para el buen régimen de sus vastos dominios.

le movió el corazon, que antes que me quitase de con él me dió la licencia. Yo me fuí muy contenta, que me parecia ya lo tenia todo, sin tener nada; porque debian ser hasta tres ó cuatro ducados los que tenia, con que compré dos lienzos, porque ninguna cosa tenia de imágen para poner en el altar, y dos jergones, y una manta. De casa no habia memoria: con Alonso Alvarez ya estaba desconcertada.

Un mercader amigo mio, del mismo lugar, que nunca se ha querido casar, ni entiende sino en hacer buenas obras con los presos de la cárcel, y otras muchas obras buenas que hace, y me habia dicho que no tuviese pena, que él me buscaria casa (llámase Alonso de Avila) cayóme malo. Algunos dias antes habia venido á aquel lugar un fraile francisco, llamado Fray Martin de la Cruz, muy santo: estuvo algunos dias, y, cuando se fué, envióme un mancebo que el confesaba, llamado Andrada, no nada rico, sino harto pobre, á quien él rogó hiciese todo lo que yo le dijese. El, estando un dia en una iglesia en misa, me fué á hablar, y á decir lo que le habia dicho aquel bendito, que estuviese cierta, que en todo lo que él podia, que lo haria por mí, aunque solo con su persona podia ayudarnos. Yo se lo agradecí, y me cayó harto en gracia, y á mis compañeras mas, ver el ayuda que el santo nos enviaba, porque su traje no era para tratar con Descalzas.

Pues como yo me vi con la licencia, y sin ningu-

na persona que me ayudase, no sabia qué hacer, ni á quien encomendar que me buscase una casa alquilada. Acordóseme del mancebo que me habia enviado fray Martin de la Cruz, y díjelo á mis compañeras: ellas se rieron mucho de mí, y dijeron, que no hiciese tal, que no serviria de mas de descubrirlo. Yo no las quise oir, que por ser enviado de aquel siervo de Dios, confiaba habia de hacer algo, y que no habia sido sin misterio: y así le envié á llamar, y le conté, con todo el secreto que yo le pude encargar, lo que pasaba, y para este fin le rogaba me buscase una casa, que yo daria fiador para el alquiler. Este era el buen Alonso de Avila, que he dicho que me cayó malo. A él se le hizo muy fácil, y me dijo que la buscaria.

Luego otro dia de mañana, estando en misa en la Compañía de Jesus, me vino á hablar, y dijo, que ya tenia la casa, que allí traia las llaves, que cerca estaba, y que la fuésemos á ver, y así lo hicimos; y era tan buena, que estuvimos en ella un año casi. Muchas veces, cuando considero en esta fundacion, me espantan las trazas de Dios; que habia casi tres meses (al menos mas de dos, que no me acuerdo bien) que habian andado dando vuelta á Toledo para buscarla, personas tan ricas, y como si no hubiera casas en él, nunca la pudieron hallar: y vino luego este mancebo, que no lo era sino harto pobre, y quiere el Señor que luego la halla, y que pudiéndose fun-

dar sin trabajo, estando concertado con Alonso Alvarez, que no lo estuviese, sino bien fuera de serlo, para que fuese la fundacion con pobreza y trabajo.

Pues como nos contentó la casa, luego dí órden para que se tomase la posesion, antes que en ella se hiciese ninguna cosa, porque no hubiese algun estorbo; y bien en breve me vino á decir el dicho Andrada, que aquel dia se desembarazaba la casa, que llevásemos nuestro ajuar: yo le dije, que poco habia que hacer, que ninguna cosa teniamos, sino dos jergones y una manta. El se debia de espantar: á mis compañeros les pesó de que se lo dije, y me dijeron, que como lo habia dicho, que de que nos viese tan pobres, no nos querria ayudar. Yo no advertí en eso, y á él le hizo poco al caso; porque quien le daba aquella voluntad, habia de llevarla adelante hasta hacer su obra, y es así, que con la que él anduvo en acomodar la casa, y traer oficiales, no me parece le hacíamos ventaja.

Buscamos prestado aderezo para decir misa, y con un oficial nos fuimos á boca de noche con una campanilla, para tomar la posesion, de las que se tañen para alzar, que no teniamos otra, y con harto miedo mio anduvimos toda la noche aliñándonos, y no hubo á donde hacer la iglesia, sino en una pieza, que la entrada era por otra casilla, que estaba junto, que tenian unas mujeres, y su dueña tambien nos la habia alquilado.

Ya que lo tuvimos todo á punto que queria amanecer y no habiamos osado decir nada á las mujeres, porque no nos descubriesen, comenzamos á abrir la puerta, que era de un tabique, y salia á un patiecillo bien pequeño; como ellas oyeron golpes, que estaban en la cama, levantáronse despavoridas: harto tuvimos que hacer en halagarlas, mas ya era hora que luégo se dijo la misa; y aunque estuvieran recias, no nos hicieran daño, y como vieron para lo que era, el Señor las aplacó.

Despues veia yo cuán mal lo habiamos hecho, que entónces con el embebecimiento que Dios pone para que se haga la obra, no se advierten los inconvenientes. Pues cuando la dueña de la casa supo que estaba hecha iglesia, fué el trabajo, que era mujer de un mayorazgo: era mucho lo que hacia. Con parecerla que se la comprariamos bien, si nos contentaba, quiso el Señor que se aplacó.

Pues cuando los del Consejo supieron que estaba hecho el monasterio, que ellos nunca habian querido dar licencia, estaban muy bravos, y fueron en casa de un señor de la iglesia, á quien yo habia dado parte en secreto, diciendo que querian hacer y acontecer. Porque al gobernador habíasele ofrecido un camino despues que me dió la licencia, y no estaba en el lugar, fuéronlo á contar á este que digo, espantados de tal atrevimiento, que una mujercilla, contra su voluntad, les hiciese un monasterio. Él hizo que

no sabia nada, y aplacólos lo mejor que pudo, diciendo que en otros cabos lo habia hecho, y que no seria sin bastantes recaudos.

Ellos, desde no sé á cuantos dias, nos enviaron una descomunion para que no se dijese misa, hasta que mostrase los recaudos con que se habia hecho. Yo les respondí muy mansamente, que haria lo que mandaban, aunque no estaba obligada á obedecer en aquello; y pedí á don Pedro Manrique, el caballero que he dicho, que les fuese á hablar y á mostrar los recaudos. El los allanó como ya estaba hecho, que si no tuviéramos trabajo.

Estuvimos algunos dias con los jergones y la manta, sin mas ropa, y aun aquel dia ni una seroja de leña no teníamos para asar una sardina, y no sé á quien movió el Señor, que nos pusieron en la iglesia un hacecito de leña con que nos remediamos. A las noches se pasaba algun frio, que le hacia; aunque con la manta, y las capas de sayal que traemos encima, nos abrigábamos, que muchas veces nos aprovechan. Parecerá imposible, estando en casa de aquella señora, que me queria tanto, entrar con tanta pobreza: no sé la causa, sino que quiso Dios que esperimentásemos el bien de esta virtud. Yo no se lo pedí, que soy enemiga de dar pesadumbre, y ella no advirtió por ventura; que mas que lo que nos podia dar le soy á cargo.

Ello fué harto bien para nosotras, porque era

tanto el consuelo interior que traíamos, y el alegría, que muchas veces se me acuerda lo que el Señor tiene encerrado en las virtudes. Como una contemplacion suave me parece causaba esta falta que teníamos, aunque duró poco, que luego nos fueron proveyendo, mas de lo que quisiéramos, el mismo Alonso Alvarez y otros; que es cierto que era tanta mi tristeza, que no me parecia sino como si tuviera muchas joyas de oro, y me las llevaran y dejaran pobre, así sentia pena de que se nos iba acabando la pobreza, y mis compañeras lo mismo, que como las ví mustias, les pregunté qué habian, y me dijeron— «Qué hemos de haber, madre, que ya no parece somos pobres.»

Desde entonces me creció el deseo de serlo mucho, y me quedó señorío para tener en poco las cosas de bienes temporales, pues su falta hace crecer el bien interior, que cierto trae consigo otra hartura y quietud. En los dias que habia tratado de la fundacion con Alonso Alvarez, eran muchas las personas á quien parecia mal, y me lo decian, por parecerles que no eran ilustres y caballeros, aunque harto buenos eran en su estado, como he dicho, y que en un lugar tan principal como este de Toledo que no me faltaria comodidad. Yo no reparaba mucho en esto, porque, gloria sea á Dios, siempre he estimado en mas la virtud, que el linaje; mas habian ido tantos dichos al gobernador, que me dió la licencia con

esta condicion, que fundase yo como en otras partes. Yo no sabia que hacer, porque hecho el monasterio, tornaron á tratar del negocio, mas como ya estaba fundado, tomé este medio de darles la capilla mayor, y que en lo que toca al monasterio no tuviesen ninguna cosa, como ahora está. Ya habia quien quisiese la capilla mayor, persona principal, y habia hartos pareceres, no sabiendo á qué me determinar. Nuestro Señor me quiso dar luz en este caso, y así me dijo una vez—«Cuán poco al caso harian delante del juicio de Dios estos linajes y estados,» y me hizo una reprension grande, porque daba oidos á los que me hablaban en esto, que no eran cosas para los que ya tenian despreciado el mundo (1).

Con estas y otras muchas razones yo me confundí harto, y determiné concertar lo que estaba comenzado de darles la capilla, y nunca me ha pesado, porque hemos visto claro el mal remedio que tuviéramos para comprar casa, porque con su ayuda compramos en la que ahora están, que es de las buenas de Toledo, que costó doce mil ducados; y, como hay tantas misas y fiestas, está muy á consuelo de las monjas, y hácele á los del pueblo. Si hubiera mirado á las opiniones vanas del mundo, á lo que podemos entender, era imposible tener tan buena comodidad,

(1) Véase esto mismo en el párrafo 1.° de la Relacion 3.ª, que es el párrafo 18 en las Adiciones de fray Luis de Leon.

y hacíase agravio á quien con tanta voluntad nos hizo esta caridad (1).

---

(1) La casa donde se trasladaron estaba en el barrio de San Nicolás, frente á la casa de la moneda. Pasaron á ella en 1570. Para su arreglo, dieron Alonso Ramirez y su yerno 12,000 escudos de la testamentaría de Martin Ramirez. Fundáronse en la iglesia unas capellanías para hacer várias fiestas y cumplir las cargas de la fundacion, prévia la vénia del padre general Rossi.

Las vejaciones que sufrian las monjas con motivo de estas cargas y fiestas les obligaron á dejar aquella capilla, quedando esta con el título de *Oratorio de San José* ó de los capellanes de Martin Ramirez. Las monjas pasaron á la casa de Alonso Franco, en la plaza de Sancho Minaya, junto á la casa de la Misericordia, año de 1594. Tampoco allí lograron establecerse, por ser local muy reducido y de poco recogimiento. Finalmente, en 1607 Beatriz de Jesus, sobrina de Santa Teresa, siendo priora, compró una casa en la parroquia de Santa Leocadia, junto á la puerta del *Cambron*, donde subsiste el monasterio.

CAPÍTULO XVI.

En que se tratan algunas cosas sucedidas en este convento de San José de Toledo, para honra y gloria de Dios.

Háme parecido decir algunas cosas de lo que en servicio de nuestro Señor algunas monjas se ejercitaban, para que las que vinieren procuren siempre imitar estos buenos principios. Antes que se comprase la casa entró aquí una monja llamada Ana de la Madre de Dios, de edad de cuarenta años, y toda su vida habia gastado en servir á su Majestad; y aunque en su trato y casa no le faltaba regalo, porque era sola y tenia bien, quiso mas escoger la pobreza y sujecion de la Orden, y así me vino á hablar. Tenia harto poca salud; mas como yo vi alma tan buena y determinada parecióme buen principio para fundacion, y así la admití. Fué Dios servido de darla mucha mas salud en la aspereza y sujecion, que la que tenia con la libertad y regalo.

Lo que me hizo devocion, y por lo que la pongo aquí, es, que antes que hiciese profesion, hizo donacion de todo lo que tenia, que era muy rica, y lo dió en limosna para la casa. A mí me pesó de esto, y no se lo queria consentir, diciéndole, que por ventura, ó ella se arrepentiria, ó nosotras no la querríamos dar profesion, y que era recia cosa hacer aquello, puesto que cuando esto fuera no la habiamos de dejar sin lo que nos daba, mas quise yo agravárselo mucho; lo uno, porque no fuese ocasion de alguna tentacion, lo otro, por probar mas su espíritu. Ella me respondió, que cuando eso fuese lo pediria por amor de Dios y nunca con ella pude acabar otra cosa. Vivió muy contenta y con mucha mas salud.

Era mucho lo que en este monasterio se ejercitaban en mortificacion y obediencia; de manera, que algun tiempo que estuve en él, en veces habia de mirar lo que hablaba la prelada, que, aunque fuese con descuido, ellas lo ponian luego por obra. Estaban una vez mirando una balsa de agua que habia en el huerto, y dijo—«Mas qué seria si dijese» (á una monja que estaba allí junto) «que se echase aquí». No se lo hubo dicho, cuando ya la monja estaba dentro, que segun se paró, fué menester vestirse de nuevo. Otra vez, estando yo presente, estábanse confesando, y la que esperaba á otra, que estaba allá, llegó á hablar con la prelada, y díjole—«¿Que cómo hacia aquello? Si era buena manera de recogerse: que me-

tiese la cabeza en un pozo que estaba allí, y pensase allí sus pecados.» La otra entendió que se echase en el pozo, y fué con tanta prisa á hacerlo, que si no acudieran presto, se echara, pensando hacia á Dios el mayor servicio del mundo; y otras cosas semejantes y de gran mortificacion, tanto que ha sido menester que las declaren las cosas en que han de obedecer algunas personas de letras, y irlas á la mano, porque hacian algunas bien recias, que si su intencion no las salvara, fuera desmerecer mas que merecer: y esto no en solo este monasterio (sino que se me ofreció decirlo aquí), sino en todos hay tantas cosas, que quisiera yo no ser parte para decir algunas, para que se alabe á nuestro Señor en sus siervas.

Acaeció, estando yo aquí, darle el mal de muerte á una hermana: recibidos los Sacramentos, y despues de dada la Estremauncion, era tanta su alegría y contento, que así se le podia hablar, en como nos encomendase en el cielo á Dios y á los santos que tenemos devocion, como si fuera á otra tierra. Poco antes que espirase entré yo á estar allí, que me habia ido delante del Santísimo Sacramento, á suplicar al Señor la diese buena muerte; y así como entré, ví á su Majestad á su cabecera, en mitad de la cabecera de la cama: tenia algo abiertos los brazos, como que la estaba amparando, y díjome—«Que tuviese por cierto, que á todas las monjas que muriesen en estos monasterios, que Él las ampararia así, y que no hubiesen

miedo de tentaciones á la hora de la muerte.» Yo quedé harto consolada y recogida. Dende á un poquito lleguéla á hablar, y díjome—«¡Oh madre, y qué grandes cosas tengo de ver!»

Así murió como un ángel; y algunas que mueren despues acá he advertido, que es con una quietud y sosiego, como si las diese un arrobamiento ó quietud de oracion, sin haber habido muestra de tentacion ninguna (1). Así espero en la bondad de Dios, que nos ha de hacer en esto merced, por los méritos de su Hijo, y de la gloriosa madre suya, cuyo hábito traemos. Por eso, hijas mias, esforcémonos á ser verdaderas Carmelitas, que presto se acabará la jornada: y si entendiésemos la afliccion que muchos tienen en aquel tiempo, y las sutilezas y engaños con que los tienta el demonio, tendriamos en mucho esta merced.

Una cosa se me ofrece ahora, que os quiero decir, pues conocí á la persona, que era casi deudo de deudos mios. Era gran jugador, y habia aprendido algunas letras que por estas le quiso el demonio comenzar á engañar con hacerle creer, que la enmienda á la hora de la muerte no valia nada. Tenia esto tan fijo, que en ninguna manera podian con él que se confesase, ni bastaba cosa, y estaba el pobre en ex-

(1) Desde aquí principia la copia del *Libro de las Fundaciones* que existe en la Biblioteca Nacional, á la cual faltan, por desgracia, las 128 páginas primeras.

tremo afligido y arrepentido de su mala vida: mas decia, que para qué se habia de confesar, que él veia que estaba condenado. Un fraile dominico, que era su confesor y letrado, no hacia sino argüirle, mas el demonio le enseñaba tantas sutilezas, que no bastaba. Estuvo así algunos dias, que el confesor no sabia qué se hacer, y debíale de encomendar harto al Señor él y otros, pues tuvo misericordia de él.

Apretándole ya el mal mucho, que era dolor de costado, tornó allá el confesor, y debia llevar pensadas mas cosas con que le argüir, y aprovechara poco, si el Señor no hubiera piedad de él para ablandarle el corazon; y como le comenzó á hablar y á darle razones, sentóse sobre la cama, como si no tuviera mal, y díjole «¿Qué en fin decis que me puede aprovechar mi confesion? Pues yo la quiero hacer;» é hizo llamar un escribano ó notario, que de esto no me acuerdo, é hizo un juramento muy solemne de no jugar mas, y de enmendar su vida, y que lo tomasen por testimonio, y confesóse muy bien, y recibió los Sacramentos con tal devocion, que, á lo que se puede entender segun nuestra fe, se salvó. Plega á nuestro Señor, hermanas, que nosotras hagamos la vida como verdaderas hijas de la Vírgen, y guardemos nuestra profesion, para que nuestro Señor nos haga la merced que nos ha prometido, amen.

CAPÍTULO XVII.

Que trata de la fundacion de los monasterios de Pastrana, así de frailes, como de monjas. Fué el mismo año de MDLXX, digo MDLXIX.

Pues habiendo, luego que se fundó la casa de Toledo, desde á quince dias, víspera de pascua de Espíritu Santo, de acomodar la iglesia y poner redes y cosas, que habia habido harto que hacer, porque, como he dicho, casi un año estuvimos en esta casa, y cansada aquellos dias de andar con oficiales, habíase acabado todo. Aquella mañana, sentándonos en refectorio á comer, me dió tan grande consuelo de ver que ya no tenia que hacer, y que aquella pascua podia gozarme con nuestro Señor algun rato, que casi no podia comer, segun se sentia mi alma regalada.

No merecí mucho este consuelo, porque estando en esto me vienen á decir, que está allí un criado de la princesa de Ebuli, mujer de Ruy Gomez de Silva: yo fuí allá, y era que enviaba por mí, porque habia

mucho que estaba tratado entre ella y mí, de fundar un monasterio en Pastrana: yo no pensé que fuera tan presto. A mí me dió pena, porque tan recien fundado el monasterio, y con contradicion, era mucho peligro dejarle; y así me determiné luego á no ir, y se lo dije. El díjome que no se sufria, porque la princesa estaba ya allá, y no iba á otra cosa; que era hacerla afrenta. Con todo eso no me pasaba por el pensamiento de ir, y así le dije, que se fuese á comer, y que yo escribiria á la princesa, y se iria. El era hombre muy honrado, y aunque se le hacia de mal, como yo le dije las razones que habia, pasaba por ello.

Las monjas, que para estar en el monasterio acababan de venir, en ninguna manera veian cómo se poder dejar tan presto aquella casa. Fuíme delante del santísimo Sacramento, para pedir al Señor que escribiese de suerte que no se enojase, porque nos estaba muy mal, á causa de comenzar entonces los frailes, y para todo era bueno tener el favor de Ruy Gomez, que tanta cabida tenia con el rey y con todos, aunque esto no me acuerdo si se me acordaba, mas bien sé que no la queria disgustar. Estando en esto, fueme dicho de parte de nuestro Señor—«Que no dejase de ir, que á más iba que á aquella fundacion, y que llevase la regla y constituciones (1).»

(1) En las ediciones anteriores: «y las constituciones.»

Yo, como esto entendí, aunque veia grandes razones para no ir, no osé sino hacer lo que solia en semejantes cosas, que era regirme por el consejo del confesor: y así le envié á llamar, sin decirle lo que habia entendido en la oracion, porque con esto quedo mas satisfecha siempre, sino suplicando al Señor les dé luz, conforme á lo que naturalmente pueden conocer, y su Majestad, cuando quiere se haga una cosa, se lo pone en corazon.

Esto me ha acaecido muchas veces: así fué en esto, que mirándolo todo, le pareció fuese, y con eso me determiné á ir. Salí de Toledo segundo dia de pascua de Espíritu Santo: era el camino por Madrid, y fuímonos á posar mis compañeras y yo á un monasterio de Franciscas (1) con una señora, que le hizo, y estaba en él, llamada doña Leonor Mascareñas, aya que fué del rey, muy sierva de nuestro Señor, adonde yo habia posado otras veces, por algunas ocasiones que se habia ofrecido pasar por allí, y siempre me hacia mucha merced.

Esta señora me dijo, que se holgaba viniese á tal tiempo, porque estaba allí un ermitaño, que me deseaba mucho conocer, y que le parecia, que la vida que hacian él y sus compañeros conformaba mucho con nuestra regla. Yo, como tenia solos dos frailes, vínome al pensamiento, que si pudiese que este lo fue-

(1) El convento de las Descalzas Reales.

se, que seria gran cosa; y así la supliqué procurase que nos hablásemos. El posaba en un aposento, que esta señora le tenia dado, con otro hermano mancebo, llamado Fray Juan de la Miseria, gran siervo de Dios, y muy simple en las cosas del mundo. Pues comunicándonos entramos, me vino á decir, que queria ir á Roma. Y antes que pase adelante, quiero decir lo que sé de este padre, llamado Mariano de San Benito. Era de nacion italiana, doctor, y de muy gran ingenio y habilidad.

Estando con la reina de Polonia, que era el gobierno de toda su casa, nunca se habiendo inclinado á casar, sino tenia una encomienda de San Juan, llamole nuestro Señor á dejarlo todo, para mejor procurar su salvacion. Despues de haber pasado algunos trabajos, que le levantaron habia sido en una muerte de un hombre, y le tuvieron dos años en la cárcel, adonde no quiso letrado, ni que nadie volviese por él, sino Dios y su justicia, habiendo testigos que decian, que él los habia llamado para que le matasen, casi como á los viejos de Santa Susana, acaeció, que preguntando á cada uno, adonde estaba entonces, el uno dijo, que sentado sobre una cama, el otro dijo, que á una ventana: en fin vinieron á confesar como lo levantaban, y él me certificaba, que le habian costado hartos dineros librarlos, para que no los castigasen, y que el mismo que le hacia la guerra habia venido á sus manos, que hiciese cierta informacion contra él,

y que por el mismo caso habia puesto cuanto habia podido por no le hacer daño.

Estas y otras virtudes, que es hombre limpio y casto, enemigo de tratar con mujeres, debia de merecer con nuestro Señor, que le diese luz de lo que era el mundo, para procurar apartarse de él, y así comenzó á pensar en que Orden tomaria, é intentando las unas y las otras, en todas debia de hallar inconvenientes para su condicion, segun me dijo. Supo, que cerca de Sevilla estaban juntos unos ermitaños en un desierto, que llamaban el Tardon, teniendo un hombre muy santo por mayor, que llamaban el padre Mateo (1): tenia á parte cada uno su celda, sin decir oficio divino; sino un oratorio, á donde se juntaban á misa, ni tenian renta, ni querian recibir limosna ni la recibian, sino de la labor de sus manos se man-

(1) El venerable padre Mateo de la Fuente, restaurador de la Orden de san Basilio en España. Nació hácia el año 1524 en Alminuete, cerca de Toledo. Estudió en Salamanca. Hizo vida de ermitaño cerca de Córdoba; pero viéndose aplaudido, se metió en lo mas intrincado de Sierra Morena. Por mandato del maestro Juan de Avila, su director, hubo de tomar algunos compañeros, con los cuales pobló un yermo lleno de cardos silvestres, al que por eso llamaron el *Cardon*, y despues el Tardon. Trabajaban la tierra, teniendo por máxima: —*El que no trabaja, no coma.* Cuando san Pio V mandó que los ermitaños se redujeran á monjes, tomaron la regla de San Basilio.

tenian, y cada uno comia de por sí, harto pobremente. Parecióme, cuando lo oí, el retrato de nuestros santos padres. En esta manera de vivir estuvo ocho años.

Como vino el santo Concilio de Trento, y como mandaron reducir á las Ordenes los ermitaños, él queria ir á Roma á pedir licencia para que los dejasen estar así, y este intento tenia cuando yo le hablé. Pues como me dijo la manera de su vida, yo le mostré nuestra regla primitiva, y le dije, que sin tanto trabajo podia guardar todo aquello, pues era lo mismo, en especial del vivir de la labor de sus manos, que era á lo que él mucho se inclinaba, diciéndome, que estaba el mundo perdido de codicia, y que esto hacia el no tener en nada á los religiosos. Como yo estaba en lo mismo, en esto presto nos concertamos, y áun en todo; que, dándole yo razones de lo mucho que podia servir á Dios en este hábito, me dijo, que pensaria en ello aquella noche. Ya yo le ví casi determinado, y entendí, que lo que yo habia entendido en la oracion, que iba á mas que al monasterio de las monjas, era aquello. Dióme grandísimo contento, pareciendo se habia mucho de servir el Señor, si él entraba en la Orden.

Su Majestad que lo queria, le movió de manera aquella noche, que otro dia me llamó ya muy determinado, y aun espantado de verse mudado tan presto, en especial por una mujer (que aun ahora algunas ve-

ces me lo dice) como si fuera eso la causa, sino el Señor, que puede mudar los corazones. Grandes son sus juicios, que habiendo andado tantos años sin saber á qué se determinar de estado (porque el que entonces tenia, no lo era, que no hacian votos, ni cosa que les obligase sino estarse allí retirados) y que tan presto le moviese Dios, y le diese á entender lo mucho que le habia de servir en este estado, y que su Majestad le habia menester para llevar adelante lo que estaba comenzado, que ha ayudado mucho, y hasta ahora le cuesta muchos trabajos, y costará mas hasta que se asiente, segun se puede entender de las contradiciones que ahora tiene esta primera regla: porque, por su habilidad, ingenio y buena vida, tiene cabida con muchas personas, que nos favorecen y amparan.

Pues, díjome como Ruy Gomez en Pastrana (que es el mismo lugar adonde yo iba) le habia dado una buena ermita, y sitio para hacer allí asiento de ermitaños, y que él queria hacerla de esta Orden, y tomar el hábito. Yo se lo agradecí, y alabé mucho á nuestro Señor, porque de las dos licencias que me habia enviado nuestro padre general reverendísimo para dos monasterios, no estaba hecho mas del uno. Y desde allí hice mensajero á los dos padres que quedan dichos, el que era provincial, y al que lo habia sido, pidiéndoles mucho me diesen licencia, porque no se podia hacer sin su consentimiento; y escribí al

obispo de Avila, que era Don Alvaro de Mendoza, que nos favorecia mucho, para que lo acabase con ellos.

Fué Dios servido que lo tuvieron por bien. Parecerles habia que en lugar tan apartado les podia hacer poco perjuicio. Dióme la palabra de ir allá en siendo venida la licencia: con esto fuí en estremo contenta. Hallé allá á la princesa y al príncipe Ruiz Gomez, que me hicieron muy buen acogimiento: diéronnos un aposento apartado, adonde estuvimos mas de lo que yo pensé: porque la casa estaba tan chica, que la princesa la habia mandado derrocar mucho de ella, y tornar á hacer de nuevo, aunque no las paredes, mas hartas cosas.

Estaria allí tres meses, adonde se pasaron hartos trabajos, por pedirme algunas cosas la princesa, que no convenian á nuestra religion; así me determiné á venir de allí sin fundar, antes que hacerlo: mas el príncipe Ruiz Gomez con su cordura (que lo era mucho, y llegado á la razon) hizo á su mujer que se allanase, y yo llevaba algunas cosas, porque tenia mas deseo de que se hiciese el monasterio de los frailes, que el de las monjas, por entender lo mucho que importaba, como despues se ha visto.

En este tiempo vino Mariano y su compañero (los ermitaños que quedan dichos) y traida la licencia, aquellos señores tuvieron por bien que se hiciese la ermita que le habian dado, para ermitaños de frailes

Descalzos, enviando yo á llamar al padre fray Antonio de Jesus, que fué el primero que estaba en Mancera, para que comenzase á fundar el monasterio. Yo les aderecé hábitos y capas, y hacia todo lo que podia para que ellos tomasen luego el hábito. En esta sazon habia yo enviado por mas monjas al monasterio de Medina del Campo, que no llevaba mas de dos conmigo, y estaba allí un padre, ya de dias, que aunque no era muy viejo, no era mozo, mas era muy buen predicador, llamado fray Baltasar de Jesus, que como supo que se hacia aquel monasterio, vínose con las monjas, con intento de tornarse Descalzo; y así lo hizo cuando vino, que como me lo dijo, yo alabé á Dios. Él dió el hábito al padre Mariano, y á su compañero, para legos entrambos, que tampoco el padre Mariano quiso ser de misa, sino entrar para ser el menor de todos, ni yo lo pude acabar con él. Despues por mandado de nuestro reverendísimo padre general se ordenó de misa.

Pues fundados entrambos monasterios, y venido el padre fray Antonio de Jesus, comenzaron á entrar novicios, tales cuales adelante se dirá de algunos, y á servir á nuestro Señor tan de veras, como (si él es servido) escribirá quien lo sepa decir mejor que yo, que en este caso cierto quedo corta. En lo que toca á las monjas, estuvo el monasterio allí de ellas en mucha gracia de estos señores, y con gran cuidado de la princesa en regalarlas y tratarlas bien, hasta que

murió el príncipe Ruiz Gomez, que el demonio, ó por ventura porque el Señor lo permitió (su Majestad sabe por qué) que con la acelerada pasion de su muerte entró la princesa allí monja (1). Con la pena que tenia no le podian caer en mucho gusto las cosas á que no estaba usada de encerramiento, y por el santo Concilio la priora no podia darle las libertades que queria (2). Vínose á disgustar con ella, y con todas, de

---

(1) Véase sobre este particular lo que se dijo en el prólogo del *Libro de la Vida*, página 3, y del modo con que en tres dias se encendieron, mitigaron y apagaron los furiosos accesos de dolor y devocion de la altanera y liviana viuda, cuyos devaneos vinieron á influir hasta en la política de aquel tiempo. La Providencia quiso que se rompiera toda comunicacion entre la pura y casta vírgen de Avila y la viuda de Ruiz Gomez antes que esta se lanzara en el camino de perdicion, que escandalizó á la Córte y obligó á ponerla presa. Al saber la Madre Isabel de Santo Domingo que la princesa se habia metido monja, exclamó al punto: *La princesa monja! Se acabó el convento.* Y así fué.

(2) En una carta que escribió por entonces Santa Teresa al Padre Bañez, y es la 14 del tomo IV del Epistolario, tal cual hasta aquí se ha publicado, dice así: «Las de Pastrana, »aunque se ha ido á su casa la Princesa, están como cauti»vas, cosa que fué ahora el Prior de Atocha allá, y no las »osó ver. Ya está tambien mal con los frailes: no hallo yo »porque se ha de sufrir aquella servidumbre.» Las monjas antes de salir para Segovia entregaron por inventario al alcalde de Pastrana todo lo que habian recibido de la princesa.

tal manera, que aun despues que dejó el hábito, estando ya en su casa, le daban enojo, y las pobres monjas andaban con tanta inquietud, que yo procuré por cuantas vias pude, suplicando á los prelados que quitasen de allí el monasterio, fundándose uno en Segovia, como adelante se dirá, adonde se pasaron, dejando cuanto les habia dado la princesa, y llevando consigo algunas monjas, que ella habia mandado tomar sin ninguna cosa. Las camas y cosillas, que las mismas monjas habian traido, llevaron consigo, dejando bien lastimados á los del lugar. Yo con el mayor contento del mundo en verlas en quietud, porque estaba muy bien informada, que ellas ninguna culpa habian tenido en el disgusto de la princesa, antes lo que estuvo con hábito la servian, como antes que lo tuviese: solo en lo que tengo dicho fué la ocasion, y la misma pena que esta señora tenia, y una criada que llevó consigo, que, á lo que se entiende, tuvo toda la culpa. En fin, el Señor que lo permitió debia de ver que no convenia allí aquel monasterio, que sus juicios son grandes, y contra todos nuestros entendimientos. Yo por solo el mio no me atreviera, sino por el parecer de personas de letras y santidad.

CAPÍTULO XVIII.

Trata de la fundacion del monasterio de San José de Salamanca, que fué año de MDLXX. Trata de algunos avisos para las prioras, importantes.

Acabadas estas dos fundaciones, torné á la ciudad de Toledo, á donde estuve algunos meses, hasta comprar la casa que queda dicha y dejarlo todo en órden. Estando entendiendo en esto, me escribió un Rector de la Compañía de Jesus de Salamanca, diciéndome, que estaria allí muy bien un monasterio de estos, dándome de ello razones; aunque por ser muy pobre el lugar (1), me habia detenido de hacer allí fundacion

(1) Es muy chocante la observacion de santa Teresa al decir que Salamanca *era lugar muy pobre*. En la bula del papa Alejandro IV aprobando su universidad, se la califica muy al contrario, segun los informes dados á la Santa Sede. La multitud de conventos, colegios, hospitales, parroquias, vinculaciones y capellanías allí fundados habian hecho que

de pobreza. Mas considerando que lo es tanto Avila, y nunca le falta, ni creo le faltará Dios á quien le sirviere, puestas las cosas tan en razon como se ponen, siendo tan pocas, y ayudándose del trabajo de sus manos, determinéme á hacerle; y yéndome desde Toledo á Avila, procuré desde allí la licencia del obispo que era entonces (1), el cual lo hizo tan bien, que como el padre Rector le informó de esta Orden, y que seria servicio de Dios, la dió luego.

Parecíame á mí, que en teniendo la licencia del Ordinario, tenia hecho el monasterio, segun se me hacia fácil. Y así luego procuré alquilar una casa, que me hizo haber una señora que yo conocia, y era dificultoso, por no ser tiempo en que se alquilan, y

---

no quedase apenas un palmo de terreno de propiedad particular. La agricultura y la industria habian desaparecido, los vecinos se mantenian del pupilaje, y las costumbres eran muy estragadas. Santa Teresa, como hija de Avila, distante apenas veinte leguas de Salamanca, no podia ignorar la dificultad y estrechez que principiaban ya á experimentar varios conventos, pues por muchas que fueran las limosnas, tocaban á muy poco. Por lo demás, la ciudad y el país no solamente no son pobres, sino antes bien de los mas ricos de España.

(1) Era obispo de Salamanca don Pedro Gonzalez de Mendoza, hijo de los duques del Infantado. Fué presentado por Felipe II, y consagrado en 1560. Asistió al Concilio de Trento. Fué obispo de Salamanca catorce años. En su tiempo se fundaron otros tres conventos además del de Santa Teresa.

tenerla unos estudiantes, con los cuales acabaron de darla, cuando estuviese allí quien habia de entrar en ella. Ellos no sabian para lo que era, que de esto traia yo grandísimo cuidado, que hasta tomar la posesion no se entendiese nada, porque ya tengo esperiencia de lo que el demonio pone por estorbar uno de estos monasterios. Y aunque en este no le dió Dios licencia para ponerlo á los principios, porque quiso que se fundase, despues han sido tantos los trabajos y contradiciones, que se han pasado, que aun no está del todo acabado de allanar, con haber algunos años que está fundado cuando esto escribo, y así creo se sirve Dios en él mucho, pues el demonio no le puede sufrir.

Pues habida la licencia, y teniendo cierta la casa, confiada de la misericordia de Dios (porque allí ninguna persona habia que me pudiese ayudar con nada, para lo mucho que era menester para acomodar la casa) me partí para allá, llevando solo una compañera, por ir mas secreta, que hallaba por mejor esto, que no llevar las monjas, hasta tomar la posesion; que estaba escarmentada de lo que me habia acaecido en Medina del Campo, que me ví allí en mucho trabajo; porque, si hubiese estorbo, le pasase yo sola el trabajo, con no mas de la que no podia escusar. Llegamos víspera de Todos los Santos, habiendo andado harto del camino la noche antes con harto frio, y dormido en un lugar, estando yo bien mala.

No pongo en estas fundaciones los grandes trabajos de los caminos, con frios, con soles, con nieves, que venia una vez no cesarnos en todo el dia de nevar, otras perder el camino, otras con hartos males y calenturas, porque, gloria á Dios, de ordinario es tener yo poca salud, sino que veia claro, que nuestro Señor me daba esfuerzo. Porque me acaecia algunas veces, que se trataba de fundacion, hallarme con tantos males y dolores que yo me acongojaba mucho; porque me parecia, que aun para estar en la celda sin acostarme no estaba, y tornarme á nuestro Señor, quejándome á su Majestad, y diciéndole, que como queria hiciese lo que no podia; y despues, aunque con trabajo, su Majestad daba fuerzas, y con el hervor que me ponia y el cuidado, parece que me olvidaba de mí.

A lo que ahora me acuerdo, nunca dejé fundacion por miedo del trabajo, aunque de los caminos, en especial largos, sentia gran contradicion; mas en comenzándolos á andar, me parecia poco, viendo en servicio de quien se hacia, y considerando que en aquella casa se habia de alabar el Señor, y haber santísimo Sacramento. Esto es particular consuelo para mí, ver una iglesia mas, cuando me acuerdo de las muchas que quitan los luteranos. No sé qué trabajos por grandes que fuesen, se habian de temer, á trueco de tan gran bien para la cristiandad; que aunque muchos no lo advertimos estar Jesucristo verdadero Dios

y verdadero hombre, como está en el Santísimo Sacramento en muchas partes, gran consuelo nos habia de ser. Por cierto así me le da á mí muchas veces en el coro, cuando veo estas almas tan limpias en alabanzas de Dios, que esto no se deja entender en muchas cosas, así de obediencia, como de ver el contento que les da tanto encerramiento y soledad, y la alegría cuando se ofrecen algunas cosas de mortificacion. Adonde el Señor dá mas gracia á la priora para ejercitarlas en esto, veo mayor contento; y es así, que las prioras se cansan mas de ejercitarlas, que ellas de obedecer, que nunca en este caso acaban de tener deseos.

Aunque vaya fuera de la fundacion, que se ha comenzado á tratar, se me ofrecen aquí ahora algunas cosas sobre esto de la mortificacion, y quizá, hijas, hará al caso á las prioras, y porque no se me olvide lo diré ahora. Porque como hay diferentes talentos y virtudes en las preladas, por aquel camino quieren llevar á sus monjas. La que está muy mortificada, parécele fácil cualquiera cosa que mande, para doblar la voluntad, como lo seria para ella, y aun por ventura se le harian muy de mal. Esto hemos de mirar mucho, que lo que á nosotras se nos haria áspero, no lo hemos de mandar. La discrecion es gran cosa para el gobierno, y en estas casas muy necesaria (estoy por decir mucho mas que en otras) porque es mayor la cuenta que se tiene con las súbditas, así de

lo interior como de lo esterior. Otras prioras, que tienen mucho espíritu, todo gustarian que fuese rezar: en fin lleva el Señor por diferentes caminos: mas las preladas han de mirar que no las ponen allí, para que escojan el camino á su gusto, sino para que lleven á las súbditas por el camino de su regla y constitucion, aunque ellas se esfuercen, y querrian hacer otra cosa.

Estuve una vez en una de estas casas con una priora, que era amiga de penitencia: por aquí llevaba á todas. Acaecíale darse de una vez disciplina todo el convento siete salmos penitenciales con oraciones y cosas de esta manera. Así les acaece, si la priora se embebe en oracion (aunque no sea en la hora de oracion, sino despues de Maitines) allí tiene todo el convento, cuando seria muy mejor que se fuesen á dormir. Si como digo es amiga de mortificacion, todo ha de ser bullir, y estas ovejitas de la Vírgen callando, como unos corderitos, que á mi cierto me hace gran devocion y confusion, y á las veces harta tentacion; porque las hermanas no lo entienden, como andan todas embebidas en Dios, mas yo temo su salud, y querria cumpliesen la regla, que hay harto que hacer, y lo demas fuese con suavidad. En especial esto de la mortificacion importa mucho, y por amor de nuestro Señor, que adviertan en ello las preladas, que es cosa muy importante la discrecion en estas casas, y conocer los talentos; y si en esto no van muy

advertidas, en lugar de aprovecharlas, las hará gran daño, y traerán en desasosiego.

Han de considerar, que esto de mortificacion no es de obligacion: esto es lo primero que han de mirar. Aunque es muy necesario para ganar el alma libertad y subida perfeccion, no se hace esto en breve tiempo, sino que poco á poco vayan ayudando á cada una, segun el talento, que le dá Dios, de entendimiento y de espíritu. Parecerles há, que para esto no es menester entendimiento: engáñanse, que los habrá, que primero que vengan á entender la perfecion, y aun el espíritu de nuestra regla, pasen harto, y quizá serán estas despues las mas santas; porque ni sabrán cuando es bien disculparse, ni cuando no, y otras menudencias, que entendidas, quizá harianlas con facilidad, y no las acaban de entender, ni aun les parece que son perfeccion, que es lo peor.

Una está en estas casas, que es de las mas siervas de Dios que hay en ellas, á cuanto yo puedo alcanzar, de gran espíritu y mercedes, que le hace su Majestad, y penitencia y humildad, y no acaba de entender algunas cosas de las constituciones: el acusar las culpas en Capítulo le parece poca caridad, y dice, que como ha de decir nada de las hermanas, y cosas semejantes de estas, que podria decir algunas de algunas hermanas harto siervas de Dios, y que en otras cosas veo yo que hacen ventaja á las que mucho lo entienden. Y no ha de pensar la priora que conoce

luego las almas: deje esto para Dios, que es solo quien puede entenderlo, sino procure llevar á cada una por donde su Majestad la lleva, presupuesto que no falta en la obediencia, ni en las cosas de la regla y constitucion mas esenciales. No dejó de ser santa y mártir aquella vírgen, que se escondió de las once mil vírgenes, antes por ventura padeció mas que las demas vírgenes, en venirse despues sola á ofrecerse al martirio.

Ahora pues, tornando á la mortificacion, manda la priora una cosa á una monja, que aunque sea pequeña, para ella es grave, para mortificarla; y puesto que lo hace, queda tan inquieta y tentada, que seria mejor que no se lo mandaran. Luego se entiende esté advertida la priora á no la perfeccionar á fuerza de brazos; sino disimule, y vaya poco á poco, hasta que obre en ella el Señor, porque lo que se hace por aprovecharla, que sin aquella perfeccion seria muy buena monja, no sea causa de inquietarla y traerle afligido el espíritu, que es muy terrible cosa; y viendo á las otras, poco á poco hará lo que ellas, como lo hemos visto: y cuando no, sin esta virtud se salvará, que yo conozco una de ellas, que toda la vida la ha tenido grande, y hay ya hartos años, y de muchas maneras servido á nuestro Señor, y tiene unas imperfecciones y sentimientos muchas veces, que no puede mas consigo, y ella se aflige conmigo y lo conoce.

Pienso que Dios la deja caer en estas faltas sin pecado (que en ellas no le hay), para que se humille,

y tenga por donde ver que no está del todo perfecta. Así que unas sufrirán grandes mortificaciones, y mientras mayores se las mandaren, gustarán mas porque ya les ha dado el Señor fuerzas en el alma para rendir su voluntad: otras no las sufrirán aun pequeñas, y será como si á un niño cargan dos fanegas de trigo, no solo no las llevará, mas quebrantarse ha, y caeráse en el suelo. Así que, hijas mias, (con las prioras hablo) perdonadme, que las cosas que he visto en algunas, me hace alargarme tanto en esto.

Otra cosa os aviso, y es muy importante, que aunque sea por probar la obediencia, no mandeis cosa, que pueda ser, haciéndola, pecado ni venial, que algunas he sabido que fuera mortal, si las hicieran: al menos ellas quizá se salvarán con inocencia, mas no la priora, que ninguna les dice, que no la ponen luego por obra. Que como oyen y leen de los santos del yermo las cosas que hacian, todo les parece bien hecho cuanto les mandan, al menos hacerlo ellas. Y tambien estén avisadas las súbditas, que cosa que seria pecado mortal hacerla sin mandársela, que no la pueden hacer mandándosela, salvo si no fuese dejar misa ó ayunos de la Iglesia, ó cosas así, que podia la priora tener causas, mas como echarse en el pozo y cosas de esta suerte, es mal hecho, porque no ha de pensar ninguna, que ha de hacer Dios milagro, como lo hacia con los santos. Hartas cosas hay en que ejercite la perfecta obediencia: todo

lo que no fuere con estos peligros, yo lo alabo.

Como una vez una hermana en Malagon, pidió licencia para tomar una disciplina, y la priora (debia haberle pedido otras) dijo—Déjeme. Como la importunó, dijo—Váyase á pasear, déjeme. La otra con gran sencillez se anduvo paseando algunas horas, hasta que una hermana le dijo,—¿qué cómo se paseaba tanto? ó así una palabra; y ella dijo: que se lo habian mandado. En esto tañeron á Maitines, y como preguntase la priora, cómo no iba allá, díjole la otra lo que pasaba.

Así que es menester, como otra vez he dicho, estar avisadas las prioras con almas, que ya tienen visto ser tan obedientes, y mirar lo que hacen. Que otra fuéle á mostrar una monja uno de estos gusanos muy grandes, diciéndole, que mirase cuán lindo era, díjole la priora burlando—pues cómasele ella. Fué y frióle muy bien. La cocinera díjole—¿que para qué le freia? Ella le dijo, que para comerle, y así lo queria hacer, y la priora muy descuidada, y pudiérale hacer mucho daño. Yo mas me huelgo que tengan en esto de obediencia demasía, porque tengo particular devocion á esta virtud, y así he puesto todo lo que he podido, para que la tengan; mas poco me aprovechara, si el Señor no hubiera por su grandísima misericordia dado gracia para que todas en general se inclinasen á esto. Plegue á su Majestad lo lleve muy adelante.

CAPITULO XIX.

Prosigue en la fundacion del monasterio de San José de la ciudad de Salamanca.

Mucho me he divertido, porque cuando se me ofrece alguna cosa, que con la esperiencia quiere el Señor que haya entendido, háceseme de mal no la advertir: podrá ser que lo que yo piense lo es, sea bueno. Siempre os informad, hijas, de quien tenga letras, que en estas hallareis el camino de la perfeccion con discrecion y verdad. Esto han menester mucho las preladas, si quieren hacer bien su oficio, confesarse con letrados, y si no harán hartos borrones, pensando que es santidad, y aun procurar que sus monjas se confiesen con quien tenga letras.

Pues una víspera de Todos Santos, el año que queda dicho, á medio dia, llegamos á la ciudad de Salamanca. Desde una posada procuré saber de un buen hombre allí, á quien tenia encomendado me tu-

viese desembarazada la casa, llamado Nicolás Gutierrez, harto siervo de Dios, que habia ganado de su Majestad con su buena vida una paz y contento en los trabajos grande, que habia tenido muchos, y vístose en gran prosperidad, y habia quedado muy pobre, y llevábalo con tanta alegría como la riqueza. Este trabajó mucho en aquella fundacion con harta devocion y voluntad.

Como vino, díjome, que la casa no estaba desembarazada, que no habia podido acabar con los estudiantes que saliesen de ella. Yo le dije lo que importaba que luego nos la diesen, antes que se entendiese que yo estaba en el lugar, que siempre andaba con miedo no hubiese algun estorbo, como tengo dicho. El fué á cuya era la casa, y tanto trabajó, que se la desembarazaron aquella tarde: ya casi noche entramos en ella. Fué la primera que fundé sin poner el Santísimo Sacramento, porque yo no pensaba era tomar la posesion, sino se ponia; y habia ya sabido que no importaba, que fué harto consuelo para mí, segun habia mal aparejo de los estudiantes: como no deben de tener esa curiosidad, estaba de suerte toda la casa, que no se trabajó poco aquella noche (1).

(1) Uno de aquellos estudiantes era nada menos que un futuro obispo. En efecto, en el tomo v del *Año Teresiano*, página 74, hay una carta muy curiosa de un obispo de Bar-

Otro dia por la mañana se dijo la primera misa, y procuré que fuesen por mas monjas, que habian de venir de Medina del Campo. Quedamos la noche de Todos Santos mi compañera, y yo solas. Yo os digo, hermanas, que cuando se me acuerda el miedo de mi compañera, que era María del Sacramento, una monja de mas edad que yo, harto sierva de Dios, que me da gana de reir. La casa era muy grande y desbaratada (1) y con muchos desvanes, y mi compañera no habia de quitársele del pensamiento los estudiantes, pareciéndole, que como se habian enojado tanto de que salieron de la casa, que alguno se habia escondido en ella: ellos lo pudieran muy bien hacer, segun habia adonde. Cerrámonos en una pieza donde estaba paja, que era lo primero que yo proveia para fundar la casa; porque teniéndolo, no nos faltaba cama: en

---

bastro, en que pidiendo la beatificacion de Santa Teresa, dice lo siguiente: «Porque ha cuarenta años, que estudiando yo »en la Universidad de Salamanca, salí de la casa en que vi»via, para que entrase en ella á fundar un monasterio de »monjas.»

Llamábase aquel obispo D. Juan Moriz.

(1) Esta casa, que aun en el dia se llama de Santa Teresa, está entre las parroquias de San Juan de Barbalos y la demolida de Santo Tomé. Esta aun mas sucia y desbaratada que en tiempo de Santa Teresa: para entrar en ella, hay que atravesar una de las *albercas* ó cloacas públicas al aire libre, que infestan aquella poblacion.

ella dormimos esa noche con unas dos mantas que nos prestaron.

Otro dia unas monjas que estaban junto, que pensamos les pesara mucho, nos prestaron ropa para las compañeras que habian de venir, y nos enviaron limosna: llamábase Santa Isabel, y todo el tiempo que estuvimos en aquella casa nos hicieron harto buenas obras y limosnas (1). Como mi compañera se vió cerrada en aquella pieza, parece se sosegó algo cuanto á los estudiantes, aunque no hacia sino mirar á una parte y á otra, todavía con temores, y el demonio que la debia ayudar con representarla pensamientos de peligro para turbarme á mí, que con la flaqueza de corazon que tengo, poco me solia bastar. Yo la dije, qué miraba, pues allí no podia entrar nadie? Díjome—Madre, estoy pensando, si ahora me muriese yo aquí, qué harías vos sola?

Aquello, si fuera, me parecia recia cosa: hízome pensar un poco en ello, y aun haber miedo, porque siempre los cuerpos muertos, aunque yo no lo hé,

(1) Este monasterio de religiosas terceras de San Francisco fué suprimido el año 1857 por estar muy ruinoso, y tener solamente cuatro monjas. Las habia de este instituto en Béjar y en otros puntos del obispado, y subsisten aun en Alba de Tormes, en cuyo convento se conserva todavía la celda donde se hospedó Santa Teresa cuando fué á fundar allá. Su traje es morado, en recuerdo de la púrpura de la reina Santa Isabel.

me enflaquecen el corazon, aunque no esté sola. Y como el doblar de las campanas ayudaba, que como he dicho, era noche de las Animas, buen principio llevaba el demonio para hacernos perder el pensamiento con niñerías: cuando entiende que de él no se ha miedo, busca otros rodeos. Yo la dije—Hermana, de que eso sea, pensaré lo que he de hacer; ahora déjeme dormir. Como habiamos tenido dos noches malas, presto quitó el sueño los miedos. Otro dia vinieron mas monjas, con que se nos quitaron.

Estuvo el monasterio en esta casa cerca de tres años, y aun no me acuerdo si cuatro, que habia poca memoria de él; porque me mandaron ir á la Encarnacion de Avila, que nunca, hasta dejar casa propia recogida y acomodada á mi querer, dejara ningun monasterio, ni le he dejado, que en esto me hacia Dios mucha merced, que en el trabajo gustaba ser la primera, y todas las cosas para su descanso y acomodamiento procuraba hasta las muy menudas, como si toda mi vida hubiera de vivir en aquella casa; y así me daba gran alegría cuando quedaban muy bien.

Sentia harto ver lo que estas hermanas padecieron aquí, aunque no de falta de mantenimiento, que de esto yo tenia cuidado, desde donde estaba, porque estaba muy desviada la casa para las limosnas, sino de poca salud, porque era húmeda y muy fria, que como era tan grande, no se podia reparar; y lo peor, que no tenian santísimo Sacramento, que para tanto

encerramiento es harto desconsuelo. Este no tuvieron ellas, sino que todo lo llevaban con un contento, que era para alabar al Señor; y me decian algunas, que les parecia imperfeccion desear casa, que ellas estaban allí muy contentas, como tuvieran santísimo Sacramento.

Pues visto el prelado su perfeccion, y el trabajo que pasaban, movido de lástima me mandó venir de la Encarnacion: ellas se habian ya concertado con un caballero de allí, que les diese una, sino que era tal, que fué menester gastar mas de mil ducados para entrar en ella. Era de mayorazgo, y él quedó que nos dejaria para pasar en ella, aunque no fuese traida la licencia del rey, y que bien podiamos subir paredes. Yo procuré que el padre Julian de Avila, que es el que he dicho andaba conmigo en estas fundaciones, y habia ido conmigo, me acompañase, y vimos la casa, para decir lo que se habia de hacer, que la esperiencia hacia que entendiese yo bien de estas cosas.

Fuimos por agosto, y con darse toda la priesa posible, se estuvieron hasta san Miguel, que es cuando allí se alquilan las casas, y aun no estaba bien acabada con mucho; mas como no habiamos alquilado en la que estábamos para otro año, teníala ya otro morador, y dábanos gran priesa. La iglesia estaba ya casi acabada de enlucir. Aquel caballero que nos la habia vendido, no estaba allí: algunas perso-

nas que nos querian bien, decian, que haciamos mal en irnos tan presto; mas adonde hay necesidad, puédense mal tomar los consejos, sino dan remedio. Pasámonos víspera de san Miguel, un poco antes que amaneciese: ya estaba publicado, que habia de ser el dia de san Miguel el que se pusiese el santísimo Sacramento, y el sermon que habia de haber. Fué nuestro Señor servido, que el dia que nos pasamos por la tarde hizo una agua tan recia, que para traer las cosas que eran menester, se hacia con dificultad. La capilla habíase hecho nueva, y estaba tan mal tejada, que lo mas de ella se llovia. Yo os digo, hijas, que me ví harto imperfecta aquel dia: por estar ya divulgado, yo no sabia que hacer, sino que me estaba deshaciendo, y dije á nuestro Señor, casi quejándome—«Que ó no me mandase entender en estas obras, ó remediase aquella necesidad.» El buen hombre de Nicolás Gutierrez, con su igualdad, como si no hubiera nada, me decia muy mansamente, que no tuviese pena, que Dios lo remediaria. Y así fué, que el dia de san Miguel, al tiempo de venir la gente, comenzó á hacer sol, que me hizo harta devocion, y ví cuán mejor habia hecho aquel bendito en confiar de nuestro Señor, que no yo con mi pena.

Hubo mucha gente y música, y púsose el santísimo Sacramento con gran solemnidad; y como en esta casa está en buen puesto, comenzaron á conocerla y tener devocion, en especial nos favoreció

mucho la condesa de Monterey, doña María Pimentel (1) y una señora, cuyo marido era el corregidor de allí, llamada doña Mariana. Luego otro dia, porque se nos templase el contento de tener el santísimo Sacramento, viene el caballero, cuya era la casa, tan bravo, que yo no sabia que hacer con él, y el demonio hacia que no se llegase á razon, porque todo lo que estaba concertado con él cumplimos: hacia poco al caso querérselo decir.

Hablándole algunas personas, se aplacó un poco, mas despues tornaba á mudar parecer. Yo ya me determinaba á dejarle la casa, tampoco queria esto, porque él queria que se le diese luego el dinero. Su mujer, que era suya la casa, habíala querido vender para remediar dos hijas, y con este título se pedia la licencia, y estaba depositado el dinero en quien él quiso. El caso es, que con haber esto mas de tres años, no está acabada la compra, ni sé si quedará allí el monasterio, que á este fin he dicho esto, digo en aquella casa, ó en qué parará (2). Lo que sé es,

(1) La casa adonde entonces se trasladó santa Teresa estaba frente al convento de la Madre de Dios, y por tanto cerca del lindísimo y hoy en dia desmantelado palacio de Monterey. En este palacio vivió tambien algun tiempo santa Teresa, y obró en él un gran milagro. La casa donde puso entonces el convento fué demolida al construir el conde de Fuentes el grandioso convento de agustinas recoletas.

(2) En efecto, no pararon mucho en aquella casa; y tanto

que en ningun monasterio de los que el Señor ahora ha fundado de esta primera regla, no han pasado las monjas, con mucha parte, tan grandes trabajos. Háylas allí tan buenas, por la misericordia de Dios, que todo lo llevan con alegría.

Plegue á su Majestad esto les lleve adelante, que en tener buena casa, ú no la tener, va poco: antes es gran placer cuando nos vemos en casa que nos pueden echar de ella, acordándonos como el Señor del mundo no tuvo ninguna. Esto de estar en casa no propia, como en estas fundaciones se ve, nos ha acaecido algunas veces, y es verdad, que jamás he visto á monja con pena de ello. Plegue á la divina Majestad, que no nos falten las moradas eternas, por su infinita bondad y misericordia, amen, amen.

---

por las cartas que escribió santa Teresa en los últimos años de su vida, como por las crónicas de la órden se ven los apuros que pasaron para encontrar casa, hasta que edificaron el convento que hoy tienen extramuros de la poblacion. Aun este fué arruinado en parte por los portugueses en el siglo pasado durante las guerras de sucesion, juntamente con el resto del arrabal de Villamayor.

CAPÍTULO XX.

En que se trata la fundacion del monasterio de nuestra Señora de la Anunciacion, que está en Alba de Tormes. Fué año de MDLXXI.

No habia dos meses que se habia tomado la posesion el dia de Todos Santos en la casa de Salamanca, cuando de parte del contador del duque de Alba y de su mujer fuí importunada, que en aquella villa hiciese una fundacion y monasterio, y no lo habia mucha gana á causa que, por ser lugar pequeño, era menester que tuviese renta, que mi inclinacion era á que ninguna tuviese. El padre maestro fray Domingo Bañes (1), que era mi confesor, de quien traté al principio de las fundaciones, y acertó á estar en Salamanca, me riñó, y dijo, que pues el Concilio daba

(1) En las ediciones anteriores dice *Bañez*: santa Teresa escribió *Vañes*.

licencia para tener renta, que no seria bien dejarse de hacer un monasterio por eso: que yo no lo entendia, que ninguna cosa hacia para ser las monjas pobres y muy perfectas. Antes que mas diga, diré quién era la fundadora, y cómo el Señor la hizo fundarle (1).

JHS (2).

Fué hija Teresa de Layz, la fundadora del monasterio de la Anunciacion de nuestra Señora de Alba de Tormes, de padres nobles, muy hijos de algo (3), y de limpia sangre. Tenia su asiento por no ser tan ricos como pedia la nobleza de sus padres, en un lugar llamado Tordillos, que es dos leguas de la dicha villa de Alba. Es harta lástima, que por estar las cosas del mundo puestas en tanta vanidad, quieren mas pasar la soledad, que hay en estos lugares pequeños, de doctrina y otras muchas cosas, que son medios para dar luz á las almas, que caer un punto de los puntos, que esto que ellos llaman honra trae

(1) En el original hay aquí párrafo aparte y va precedido del monograma de Jesus, como solia ponerlo á la cabeza de las cartas y de todos sus escritos. En las ediciones anteriores el párrafo principia con la cláusula anterior.

(2) Así está en el original, aunque en las ediciones anteriores se ha omitido.

(3) *Ijos de algo*, escribe santa Teresa, en vez de *Hijosdalgo*.

consigo. Pues habiendo ya tenido cuatro hijas, cuando vino á nacer Teresa de Layz, dió mucha pena á sus padres de ver que tambien era hija.

Cosa cierto mucho para llorar, que sin entender los mortales lo que les está mejor, como los que del todo ignoran los juicios de Dios, no sabiendo los grandes bienes que pueden venir de las hijas, ni los grandes males de los hijos, no parece que quieren dejar al que todo lo entiende y lo cria, sino que se matan por lo que se habian de alegrar. Como gente que tiene dormida la fe, no van adelante con la consideracion, ni se acuerdan que es Dios el que así lo ordena, para dejarlo todo en sus manos: y ya que están tan ciegos que no hagan esto, es gran ignorancia no entender lo poco que les aprovecha estas penas.

Oh válame Dios! ¡Cuán diferente entenderemos estas ignorancias en el dia adonde se entenderá la verdad de todas las cosas! Y ¡cuántos padres se verán ir al infierno, por haber tenido hijos, y cuántas madres tambien se verán en el cielo por medio de sus hijas!

Pues, tornando á lo que decia, vienen las cosas á términos, que como cosa que les importaba poco la vida de la niña, al tercer dia de su nacimiento se la dejaron sola, y sin acordarse nadie de ella desde la mañana hasta la noche. Una cosa habian hecho bien, que la habian hecho bautizar á un clérigo luego en naciendo. Cuando á la noche vino una mujer, que te-

nia cuenta con ella, y supo lo que pasaba, fué corriendo á ver si era muerta, y con ella otras algunas personas, que habian ido á visitar á la madre, que fueron testigos de lo que ahora diré.

La mujer la tomó llorando en los brazos, y le dijo—«Cómo mi hija, vos no sois cristiana?» á manera de que habia sido crueldad. Alzó la cabeza la niña, y dijo—*Sí soy*; y no habló mas hasta la edad que suelen hablar todos. Los que la oyeron, quedaron espantados, y su madre la comenzó á querer y regalar desde entonces, y así decia muchas veces, que quisiera vivir hasta ver lo que Dios hacia de esta niña. Criábalas muy honestamente, enseñándolas todas las cosas de virtud.

Venido el tiempo que la querian casar, ella no queria, ni lo tenia deseo; acertó á saber como la pedia Francisco Velazquez, que es el fundador tambien de esta casa, marido suyo, y en nombrándosele se determinó de casarse, si la casaban con él, no le habiendo visto en su vida; mas veia el Señor que convenia esto para que se hiciese la buena obra que entrambos han hecho para servir á su Majestad. Porque dejado de ser hombre virtuoso y rico, quiere tanto á su mujer, que la hace placer en todo; y con mucha razon, porque todo lo que se puede pedir en una mujer casada, se lo dió el Señor muy cumplidamente: que junto con el gran cuidado que tiene de su casa, es tanta su bondad, que como su marido

la llevase á Alba, donde era natural, y acertasen á aposentar en su casa los aposentadores del duque á un caballero mancebo, sintiólo tanto, que comenzó á aborrecer el pueblo, porque ella, siendo moza y de muy buen parecer, á no ser tan buena, segun el demonio comenzó á poner en él malos pensamientos, podria suceder algun mal.

Ella, en entendiéndolo, sin decir nada á su marido, le rogó la sacase de allí, y él hízolo así, y llevóla á Salamanca, adonde estaban con gran contento, y muchos bienes del mundo, por tener un cargo, que todos le deseaban mucho contentar y regalaban. Solo tenian una pena, que era, no les dar nuestro Señor hijos, y para que se los diese, eran grandes las devociones y oraciones, que ella hacia, y nunca suplicaba al Señor otra cosa, sino que le diese generacion, para que, acabada ella, alabase á su Majestad, que le parecia recia cosa que se acabase en ella, y no tuviese quien despues de sus dias alabase á su Majestad. Y díjome ella á mí, que jamás otra cosa se le ponia delante para desearlo, y es mujer de gran verdad, y tanta cristiandad y virtud, como tengo dicho, que muchas veces me hace alabar á nuestro Señor ver sus obras, y alma tan deseosa de siempre contentarle, y nunca dejar de emplear bien el tiempo.

Pues andando muchos años con este deseo, y encomendándolo á san Andrés (1), que le dijeron era

(1) En el original, *San T andrés*.

abogado para esto, despues de otras muchas devociones que habia hecho, dijéronle una noche, estando acostada — «No quieras tener hijos, que te condenarás.» Ella quedó muy espantada y temerosa, mas no por eso se le quitó el deseo, pareciéndole, que pues su fin era tan bueno, que ¿por qué se habia de condenar? Y así iba adelante con pedirlo á nuestro Señor, en especial hacia particular oracion á san Andrés.

Una vez estando en este mismo deseo, ni sabe si despierta ó dormida, (de cualquier manera que sea, sabe fué vision buena, por lo que sucedió) parecióle que se hallaba en una casa, á donde en el patio, debajo del corredor, estaba un pozo, y vió en aquel lugar un prado y verdura, con unas flores blancas por él, de tanta hermosura, que no sabe ella encarecer de la manera que lo vió. Cerca del pozo se le apareció san Andrés, de forma de una persona muy venerable y hermosa, que le dió gran recreacion mirarle, y díjole — «Otros hijos son estos que los que tú quieres.»

Ella no quisiera que se acabara el consuelo grande, que tenia en aquel lugar, mas no duró mas. Y ella entendió claro que era aquel san Andrés, sin decírselo nadie; y tambien, que era la voluntad de nuestro Señor que hiciese monasterio: por donde se da á entender, que tambien fué vision intelectual, como imaginaria, y que ni pudo ser antojo, ni ilusion del demonio.

Lo primero, no fué antojo, por el gran efecto que hizo, que desde aquel punto nunca mas deseó hijos, sino que quedó tan asentado en su corazon, que era aquella la voluntad de Dios, que ni se los pidió mas ni los deseó. No ser demonio tambien se entiende, así por el efecto que hizo, porque cosa suya no puede hacer bien, como por estar hecho ya el monasterio, á donde se sirve mucho nuestro Señor: y tambien porque era esto mas de seis años antes que se fundase el monasterio, y él no puede saber lo por venir.

Quedando ella muy espantada de esta vision, dijo á su marido, que pues Dios no era servido de darles hijos, que hiciesen un monasterio de monjas. Él, como es tan bueno, y la queria tanto, holgó de ello, y comenzaron á tratar á donde le harian. Ella queria en el lugar que habia nacido; él le puso justos impedimentos para que entendiese no estaba bien allí.

Andando tratando esto, envió la duquesa de Alba á llamarle, y como fué, mandóle se tornase á Alba á tener un cargo y oficio, que le dió en su casa. El, como fué á ver lo que le mandaba, y se lo dijo, aceptólo, aunque era de muy menos interés que el que él tenia en Salamanca. Su mujer, de que lo supo, afligióse mucho, porque, como he dicho, tenia aborrecido aquel lugar, y con asegurarla él que no la daria mas huéspedes, se aplacó algo, aunque todavía estaba muy fatigada, por estar mas á su gusto en Salamanca.

El compró una casa, y envió por ella: vino con gran fatiga, y mas la tuvo cuando vió la casa, porque aunque era en muy buen puesto, y de anchura, no tenia edificios, y así estuvo aquella noche muy fatigada.

Otro dia en la mañana, como entró en el patio, vió al mismo lado el pozo, á donde habia visto á san Andrés, y todo ni mas ni menos, que lo habia visto se le representó, digo el lugar, que no el santo, ni prado, ni flores, aunque ella lo tenia y tiene bien en la imaginacion. Ella como vió aquello, quedó turbada, y determinada á hacer allí el monasterio, y con gran consuelo y sosiego ya, para no querer ir á otra parte; y comenzaron á comprar mas casas juntas, hasta que tuvieron sitio muy bastante. Ella andaba muy cuidadosa de qué Orden le haria, porque queria fuesen pocas, y muy encerradas, y tratándolo con dos religiosos de diferentes Ordenes muy buenos y letrados, entrambos la dijeron seria mejor hacer otras obras; porque las monjas, las mas estaban descontentas, y otras cosas hartas, que, como al demonio le pesaba, queríalo estorbar, y así les hacia parecer era gran razon las razones que le decian.

Y como pusieron tanto en que no era bien, y el demonio que ponia mas en estorbarlo, hízola temer y turbar, y determinar de no hacerlo, y así lo dijo á su marido, pareciéndoles, que pues personas tales les decian que no era bien, y su intento era de servir á nuestro Señor, de dejarlo. Y así concertaron de casar

un sobrino, que ella tenia, hijo de una hermana suya, que queria mucho, con una sobrina de su marido, y darles mucha parte de su hacienda, y lo demas hacer bien por sus ánimas; porque el sobrino era muy virtuoso, y mancebo de poca edad.

En este parecer quedaron entrambos resueltos, y ya muy asentados. Mas como nuestro Señor tenia ordenada otra cosa, aprovechó poco su concierto, que antes de quince dias le dió un mal tan recio, que en muy pocos dias le llevó consigo nuestro Señor. A ella se la asentó en tanto estremo, que habia sido la causa de su muerte la determinacion que tenia de dejar lo que Dios queria que hiciese, por dárselo á él, que hubo gran temor: acordábasele de Jonás profeta lo que le habia sucedido, por no querer obedecer á Dios: y aun le parecia la habia castigado á ella quitándole aquel sobrino, que tanto queria.

Desde este dia se determinó de no dejar por ninguna cosa de hacer el monasterio, y su marido lo mismo, aunque no sabian cómo ponerlo por obra: porque á ella parece le ponia Dios en el corazon lo que ahora está hecho, y á los que ella lo decia, y les figuraba como queria el monasterio, reíanse de ello, pareciéndoles no hallaria las cosas que ella pedia, en especial un confesor que ella tenia, fraile de San Francisco, hombre de letras y calidad: ella se desconsolaba mucho.

En este tiempo acertó á ir este fraile á cierto lu-

gar, adonde le dieron noticia de estos monasterios de Nuestra Señora del Cármen, que ahora se fundaban. Informado él muy bien, tornó á ella, y díjole, que ya habia hallado que podia hacer el monasterio, y cómo queria: díjole lo que pasaba, y que procurase tratarlo conmigo. Así se hizo. Harto trabajo se pasó en concertarnos, porque yo siempre he pretendido, que los monasterios que fundaba con renta, la tuviesen tan bastante, que no hayan menester las monjas á sus deudos, ni á ninguno; sino que de comer y de vestir les dén todo lo necesario en la casa, y las enfermas muy bien curadas; porque de faltarles lo necesario vienen muchos inconvenientes. Y para hacer muchos monasterios de pobreza sin renta, nunca me falta corazon y confianza, con certidumbre que no les há Dios de faltar: y para hacerlos de renta, y con poca todo me falta: por mejor tengo que no se funden.

En fin, vinieron á ponerse en razon, y dar bastante renta para el número: y lo que les tuve en mucho, que dejaron su propia casa para darnos, y se fueron á otra harto ruin. Púsose el Santísimo Sacramento, y hízose la fundacion dia de la Conversion de San Pablo, año de MDLXXI, para honra y gloria de Dios, adonde, á mi parecer, es su Majestad muy servido. Plegue á Él lo lleve siempre adelante.

Comencé á decir algunas cosas particulares de algunas hermanas de estos monasterios, pareciéndome cuando esto viniesen á leer, no estarian vivas las que

ahora son, y para que las que vinieren se animen á llevar adelante tan buenos principios. Despues me ha parecido, que habrá quien lo diga mejor, y mas por menudo, y sin ir con el miedo que yo he llevado, pareciéndome les parecerá ser parte, y así he dejado hartas cosas, que quien las ha visto y sabido no las pueden dejar de tener por milagrosas, porque son sobrenaturales: de estas no he querido decir ningunas, y de las que conocidamente se ha visto hacerlas nuestro Señor por sus oraciones.

En la cuenta de los años en que se fundaron, tengo alguna sospecha si yerro alguno, aunque pongo la diligencia que puedo porque se me acuerde. Como no importa mucho, que se puede enmendar despues, dígolo conforme á lo que puedo advertir con la memoria: poca será la diferencia si hay algun yerro.

CAPÍTULO XXI.

En que se trata la fundacion del glorioso san José del Cármen de Segovia. Fundóse el mismo dia de San José, año de MDLXXIV.

Ya he dicho, como despues de haber fundado el monasterio de Salamanca y el de Alba, y antes que quedase con casa propia el de Salamanca, me mandó el padre maestro fray Pedro Fernandez, que era comisario apostólico entonces, ir por tres años á la Encarnacion de Avila, y como, viendo la necesidad de la casa de Salamanca, me mandó ir allá, para que se pasasen á casa propia. Estando allí un dia en oracion, me fué dicho de nuestro Señor, que fuese á fundar á Segovia. A mí me pareció cosa imposible, porque yo no habia de ir, sin que me lo mandasen, y tenia entendido del padre comisario apostólico el maestro fray Pedro Fernandez, que no habia gana que fundase mas: y tambien veia, que no siendo acabados

los tres años que habia de estar en la Encarnacion, que tenian gran razon de no lo querer.

Estando pensando esto, díjome el Señor, que se lo dijese, que Él lo haria. A la sazon estaba en Salamanca, y escribíle, que ya sabia como yo tenia precepto de nuestro reverendísimo General, de que cuando viese cómodo en alguna parte para fundar, que no lo dejase. Que en Segovia estaba admitido un monasterio de estos, de la ciudad y del obispo; que si mandaba su paternidad que le fundaria: que se lo significaba, por cumplir con mi conciencia, y con lo que mandase quedaria segura ó contenta.

Creo estas eran las palabras, poco mas ó menos, y que me parecia seria servicio de Dios. Bien parece que lo queria su Majestad, porque luego dijo que se fundase, y me dió licencia, que yo me espanté harto, segun lo que habia entendido de él en este caso; y desde Salamanca procuré me alquilasen una casa, porque despues de la de Toledo y Valladolid habia entendido era mejor buscársela propia, despues de haber tomado la posesion, por muchas causas. La principal, porque yo no tenia blanca para comprarlas, y estando ya hecho el monasterio, luego lo proveia el Señor, y tambien escogíase sitio mas á propósito.

Estaba allí una señora, mujer que habia sido de un mayorazgo, llamada doña Ana de Jimena. Esta me habia ido una vez á ver á Avila, y era muy sierva de Dios, y siempre su llamamiento habia sido para

monja. Así en haciéndose el monasterio, entró ella y una hija suya de harto buena vida, y el descontento que habia tenido de casada y viuda, le dió el Señor de doblado contento en viéndose en la religion. Siempre habian sido madre é hija muy recogidas y siervas de Dios. Esta bendita señora tomó la casa, y de todo lo que vió habiamos menester, así para la iglesia como para nosotras, lo proveyó, que para eso tuve poco trabajo. Mas porque no hubiese fundacion sin alguno, dejado de ir yo allí con harta calentura y hastío y males interiores de sequedad y oscuridad en el alma grandísima, y males de muchas maneras corporales que lo recio me durarian tres meses, y medio año que estuve allí, siempre fué mala.

El dia de San José, que pusimos el Santísimo Sacramento, que aunque habia del obispo licencia y de la ciudad, no quise sino entrar la víspera secretamente de noche. Habia mucho tiempo que estaba dada la licencia, y como estaba en la Encarnacion, y habia otro prelado, que el generalísimo nuestro padre, no habia podido fundarla, y tenia la licencia del obispo (que estaba entonces cuando lo quiso el lugar) de palabra, que lo dijo á un caballero que lo procuraba por nosotras, llamado Andres de Jimena, y no se le dió nada tenerla por escrito, ni á mí me pareció que importaba; y engañéme, que como vino á noticia del provisor que estaba hecho el monasterio, vino luego muy enojado, y no consintió decir mas misa, y que-

ria llevar preso á quien le habia dicho que era un fraile Descalzo, que iba con el padre Julian de Avila, y otro siervo de Dios, que andaba conmigo, llamado Antonio Gaytan.

Este era un caballero de Alba, y habíale llamado nuestro Señor, andando muy metido en el mundo, algunos años habia. Teníale tan debajo de los piés, que solo entendia en cómo le hacer mas servicio: porque en las fundaciones de adelante se ha de hacer mencion de él, que me ha ayudado mucho y trabajado mucho, he dicho quien es; y si hubiese de decir sus virtudes, no acabara tan presto. La que mas nos hacia al caso es, estar tan mortificado, que no habia criado de los que iban con nosotras, que así hiciese cuanto era menester. Tiene gran oracion, y hále hecho Dios tantas mercedes, que todo lo que á otros seria contradicion, le daba contento y se le hacia fácil; y así le es todo lo que trabaja en estas fundaciones, que parece bien, que á él y al padre Julian de Avila los llamaba Dios para esto, aunque el Padre Julian de Avila fué desde el primer monasterio. Por tal compañía debia nuestro Señor querer que me sucediese todo bien. Su trato por los caminos era tratar de Dios, y enseñar á los que iban con nosotras, y encontraban, y así de todas maneras iban sirviendo á su Majestad.

Bien es, hijas mias, las que leyéreis estas fundaciones, sepais lo que se les debe, para que, pues sin

ningun interés trabajaban tanto en este bien, que vosotras gozais, de estar en estos monasterios, los encomendeis á nuestro Señor, y tengan algun provecho de vuestras oraciones, que si entendiéseis las malas noches y dias que pasaron, y los trabajos en los caminos, lo haríais de muy buena gana. No quiso ir el provisor de nuestra iglesia sin dejar un aguacil (1) á la puerta, yo no sé para qué. Sirvió de espantar un poco á los que allí estaban, y á mí nunca se me daba mucho de cosa que acaeciese, despues de tomada la posesion: antes eran todos mis miedos.

Envié á llamar á algunas personas, deudos de una compañera que llevaba de mis hermanas, que eran principales del lugar, para que hablasen al provisor, y le dijesen como tenia licencia del obispo. Él lo sabia muy bien, segun dijo despues, sino que quisiera le diéramos parte, y creo yo que fuera muy peor. En fin acabaron con él, que nos dejase el monasterio, y quitó el santísimo Sacramento. De esto no se nos dió nada: estuvimos así algunos meses, hasta que se compró una casa, y con ella hartos pleitos. Harto le habiamos tenido con los frailes franciscos por otra que se compraba cerca: con estotra le hubo con los de la Merced, y con el cabildo, porque tenia un censo la casa suyo. ¡Oh Jesus, qué trabajo es contender con muchos pareceres! Cuando ya parecia que estaba

(1) En las ediciones anteriores *alguacil*.

acabado, comenzaba de nuevo, porque no bastaba darles lo que pedian, que luego habia otro inconveniente: dicho así no parece nada, y el pasarlo fué mucho.

Un sobrino del obispo hacia todo lo que podia por nosotras, que era prior y canónigo de aquella iglesia, y un licenciado Herrera, muy gran siervo de Dios. En fin, con dar hartos dineros se vino á acabar aquello. Quedamos con el pleito de los Mercenarios, que para pasarnos á la casa nueva fué menester harto secreto. En viéndonos allá, que nos pasamos uno ó dos dias antes de san Miguel, tuvieron por bien de concertarse con nosotras por dineros. La mayor pena que estos embarazos me daban, era, que no faltaban ya sino siete ú ocho dias para acabarse los tres años de la Encarnacion, y habia de estar allá por fuerza á fin de ellos.

Fué nuestro Señor servido, que se acabó todo tan bien, que no quedó ninguna contienda, y desde á dos ó tres dias me fuí á la Encarnacion. Sea su nombre por siempre bendito, que tantas mercedes me ha hecho siempre, y alábenle todas sus criaturas. Amen.

CAPÍTULO XXII.

En que se trata de la fundacion del glorioso san José del Salvador en el lugar de Veas, año de MDLXXV, dia de san Matías.

En el tiempo que tengo dicho, que me mandaron ir á Salamanca desde la Encarnacion, estando allí vino un mensajero de la villa de Veas con cartas para mí de una señora de aquel lugar, y del beneficiado de él, y de otras personas pidiéndome fuese á fundar un monasterio, porque ya tenian casa para él, que no faltaba sino irle á fundar.

Yo me informé del hombre. Díjome grandes bienes de la tierra, y con razon, que es muy deleitosa, y de buen temple: mas mirando las muchas leguas que habia desde allí allá, parecióme desatino; en especial habiendo de ser con mandado del comisario apostólico, que, como he dicho, era enemigo, ó al menos no amigo, de que fundase; y así quise res-

ponder, que no podia sin decirle nada. Despues me pareció, que pues estaba á la sazon en Salamanca, que no era bien hacerlo sin su parecer, por el precepto que me tenia puesto nuestro reverendísimo padre General de que no dejase fundacion.

Como él vió las cartas envióme á decir, que no le parecia cosa desconsolarlas: que se habia edificado de su devocion, que les escribiese, que como tuviesen la licencia de su Orden, que se proveeria para fundar. Que estuviese segura, que no se la darian, que él sabia de otras partes de los comendadores, que en muchos años no la habian podido alcanzar, y que no las respondiese mal. Algunas veces pienso en esto; y como lo que nuestro Señor quiere, aunque nosotros no queramos, se viene á que, sin entenderlo, seamos el instrumento, como aquí fué el padre maestro fray Pedro Fernandez, que era el comisario: y así cuando tuvieron la licencia, no la pudo él negar, sino que se fundó de esta suerte.

JHS (1).

Fundóse este monasterio del bienaventurado San José, de la villa de Veas, dia de San Matías, año de MDLXXV. Fué su principio de la manera que sigue, para honra y gloria de Dios. Habia en esta villa un caballero, que se llamaba Sancho Rodriguez de San-

(1) Quiere decir *Jesus*.

doval, de noble linaje, con hartos bienes temporales. Fué casado con una señora llamada doña Catalina Godinez. Entre otros hijos que nuestro Señor les dió, fueron dos hijas, que son las que han fundado el dicho monasterio, llamadas la mayor doña Catalina Godinez, y la menor doña María de Sandoval. Habria la mayor catorce años, cuando nuestro Señor la llamó para sí: hasta esta edad estaba muy fuera de dejar el mundo, antes tenia una estima de sí, de manera que le parecia que todo era poco lo que su padre pretendia en casamientos que la traian.

Estando un dia en una pieza, que estaba despues de la en que su padre estaba, aun no siendo levantado, acaso llegó á leer en un Crucifijo, que allí estaba, el título que se pone sobre la cruz, y súbitamente en leyéndole, la mudó toda el Señor, porque ella habia estado pensando en un casamiento que la traian, que le estaba demasiado de bien, y diciendo entre sí—¡Con qué poco se contenta mi padre, con que tenga un mayorazgo, y pienso yo que ha de comenzar mi linaje en mí!

No era inclinada á casarse, que le parecia era cosa baja estar sujeta á nadie, ni entendia por donde le venia esta soberbia. Entendió el Señor por donde la habia de remediar: bendita sea su misericordia. Así como leyó el título, le pareció habia venido una luz á su alma, para entender la verdad, como si en una pieza oscura entrara el sol; y con esta luz puso los

ojos en el Señor, que estaba en la cruz corriendo sangre, y pensó cuan maltratado estaba, y en su gran humildad, y cuan diferente camino llevaba ella yendo por soberbia. En esto debia de estar algun espacio, que la suspendió el Señor.

Allí le dió su Magestad un propio conocimiento grande de su miseria, y quisiera que todos lo entendieran: dióle un deseo de padecer por Dios tan grande, que todo lo que pasaron los mártires quisiera ella padecer, junto con una humillacion tan profunda de humildad y aborrecimiento de sí, que, si no fuera por no haber ofendido á Dios, quisiera ser una mujer muy perdida, para que todos la aborrecieran, y así se comenzó á aborrecer con grandes deseos de penitencia, que despues puso por obra. Luégo prometió allí castidad y pobreza, y quisiera verse tan sujeta, que á tierra de moros se holgara entonces la llevaran por estarlo.

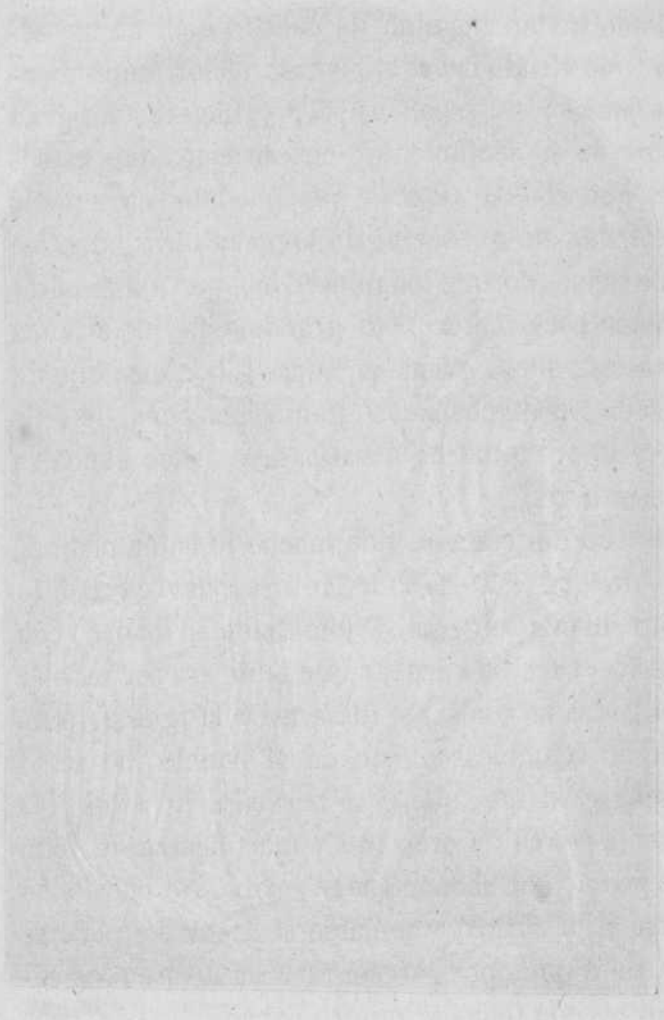
Todas estas virtudes le han durado de manera, que se vió bien ser merced sobrenatural de nuestro Señor, como adelante se dirá para que todos le alaben. Seais Vos bendito, mi Dios, por siempre jamás, que en un momento deshaceis un alma, y la tornais á hacer. Qué es esto, Señor? Querria yo preguntar aquí lo que los Apóstoles, cuando sanásteis al ciego os preguntaron, diciendo ¿si lo habian pecado sus padres? Yo digo, ¿que quién habia merecido tan soberana merced? Ella no, porque ya está dicho de los

pensamientos que la sacastes, cuando se la hicistes.

Oh, grandes son vuestros juicios, Señor! Vos sabeis lo que haceis, y yo no sé lo que me digo, pues son incomprensibles vuestras obras y juicios. Seais por siempre glorificado, que teneis poder para mas: qué fuera de mí, si esto no fuera? Mas, si fué alguna parte su madre, que era tanta su cristiandad, que seria posible quisiese vuestra bondad, como piadoso, que viese en su vida tan gran virtud en las hijas. Algunas veces pienso haceis semejantes mercedes á los que os aman, y Vos les haceis tanto bien, como es darles con que os sirvan.

Estando en esto, vino un ruido tan grande encima en la pieza, que parecia toda se venia abajo. Pareció que por un rincon bajaba todo aquel ruido á donde ella estaba, y oyó unos grandes bramidos, que duraron algun espacio; de manera, que á su padre (que aun como he dicho no era levantado) le dió tan gran temor, que comenzó á temblar, y como desatinado, tomó una ropa y su espada, y entró allá, y muy demudado le preguntó ¿qué era aquello? Ella le dijo, que no habia visto nada. El miró otra pieza mas adentro, y como no vió nada, díjola, que se fuese con su madre, y á ella le dijo, que no la dejase estar sola y le contó lo que habia oido. Bien se da á entender de aquí lo que el demonio debe sentir, cuando ve perder un alma de su poder, qu él tiene ya por ganada.

Ella le dijo que no habia visto nada.



Como es tan enemigo de nuestro bien no me espanto, que viendo hacer al piadoso Señor tantas mercedes juntas, se espantase él, y hiciese tan gran muestra de su sentimiento; en especial, que entenderia, que con la riqueza que quedaba en aquella alma, habia de quedar él sin algunas otras, que tenia por suyas. Porque tengo para mí, que nunca nuestro Señor hace merced tan grande, sin que alcance parte á mas que la misma persona. Ella nunca dijo de esto nada, mas quedó con grandísima gana de religion, y lo pidió mucho á sus padres: ellos nunca se lo consintieron.

Al cabo de tres años que mucho lo habia pedido, como vió que esto no querian, se puso en hábito honesto, dia de san José. Díjolo á sola su madre, con la cual fuera fácil de acabar que la dejara ser monja: por su padre no osaba, y fuese así á la iglesia, porque como la hubiesen visto en el pueblo, no se lo quitasen; y así fué, que pasó por ello. En estos tres años tenia horas de oracion, y mortificarse en todo lo que podia, que el Señor la enseñaba. No hacia sino entrarse á un corral, y mojarse el rostro, y ponerse al sol, para que, por parecer mal, la dejasen los casamientos, que todavía importunaban.

Quedó de manera en no querer mandar á nadie, que como tenia cuenta con la casa de sus padres le acaecia de ver que habia mandado á las mujeres, que no podia menos, de aguardar á que estuviesen dor-

midas, y besarlas los piés, fatigándose, porque siendo mejores que ella la servian. Como de dia andaba ocupada con sus padres, cuando habia de dormir, era toda la noche gastarla en oracion, tanto, que mucho tiempo se pasaba con tan poco sueño, que parecia imposible, si no fuera sobrenatural. Las penitencias y disciplinas eran muchas, porque no tenia quien la gobernase, ni lo trataba con nadie. Entre otras, le duró una Cuaresma traer una cota de malla de su padre á raiz de las carnes. Iba á una parte á rezar desviada, á donde le hacia el demonio notables burlas. Muchas veces comenzaba á las diez de la noche la oracion, y no se sentia hasta que era de dia.

En estos ejercicios pasó cerca de cuatro años, que comenzó el Señor á que sirviese en otros mayores, dándole grandísimas enfermedades, y muy penosas, así de estar con calentura contínua, y con hidropesia y mal de corazon; y un zaratan que le sacaron: en fin duraron estas enfermedades casi diez y siete años, que pocos dias estaba buena. Despues de cinco años, que Dios la hizo esta merced, murió su padre; y su hermana, en habiendo catorce años (que fué uno despues que su hermana hizo esta mudanza), se puso tambien en hábito honesto, con ser muy amiga de galas, y comenzó tambien á tener oracion, y su madre ayudaba á todos los buenos ejercicios y deseos: y así tuvo por bien que ellas se ocupasen en uno harto virtuoso, y bien fuera de quien eran, que fué enseñar

niñas á labrar (1) y á leer, sin llevarles nada, sino solo por enseñarlas á rezar y la doctrina. Hacíase mucho provecho, porque acudian muchas, que aun ahora se ve en ellas las buenas costumbres que aprendieron cuando pequeñas. No duró mucho, porque el demonio, como le pesaba de la buena obra, hizo que sus padres tuviesen por poquedad, que les enseñasen las hijas de balde (2). Esto, junto con que la comenzaron á apretar las enfermedades, hizo que cesase.

Cinco años despues que murió su padre de estas señoras, murió su madre, y como el llamamiento de la doña Catalina habia sido siempre para monja, sino que no lo habia podido acabar con ellos, luego se quiso ir á ser monja. Porque allí no habia monasterio

---

(1) A *labrar*, esto es, á coser y bordar, pues de la palabra *labrar* se llamó *labores* á los trabajos de aguja, que hacen las mujeres, cuya significacion todavia se conserva en aquella palabra.

(2) Este rasgo de santa Teresa es muy significativo y caracteriza perfectamente el carácter estúpidamente *quijotesco* de España en aquel tiempo. Probablemente no habria maestra de niñas en el lugar. Dos jóvenes principales se dedican á enseñar á las niñas gratis y por caridad. Pero los hidalgos *gutibambas* comprenden que sus hijas no deben alternar con las de los pobres, ni educarse gratis, como estas, y prefieren que sean ignorantes. Se ha querido culpar á la Religion del atraso de nuestra patria. ¿No seria mejor culpar á la *vanidad* y á la *holgazaneria*, vicios endémicos del pais?

en Veas, sus parientes la aconsejaron, que pues ellas tenian para fundar monasterio razonablemente, que procurase fundarle en su pueblo, que seria mas servicio de nuestro Señor.

Como es lugar de la encomienda de Santiago, era menester licencia del Consejo de las Ordenes, y así comenzó á poner diligencia en pedirla. Fué tan dificultoso de alcanzar, que pasaron cuatro años, adonde pasaron hartos trabajos y gastos, y hasta que se dió una peticion, suplicándolo al mismo rey, ninguna cosa les habia aprovechado: y fué de esta manera, que como era la dificultad tanta, sus deudos la decian que era desatino, que se dejase de ello; y como estaba casi siempre en la cama, con tan grandes enfermedades, como está dicho, decian, que en ningun monasterio la admitirian para monja. Ella dijo, que si en un mes la daba nuestro Señor salud, que entenderian era servido de ello, y que ella misma iria á la Corte á procurarlo. Cuando esto dijo, habia mas de medio año que no se levantaba de la cama, y habia casi ocho, que casi no se podia menear de ella.

En este tiempo tenia calentura contínua ocho años habia, ética y tísica, hidrópica (1), con un fuego en el hígado que se abrasaba; de suerte, que aun sobre la ropa era el fuego de suerte, que se sentia, y le quemaba la camisa, cosa que parece no creyera, y

(1) Ethica, thisica, ydropesia. *(A Mor.)*

yo misma me informé del médico, de estas enfermedades que á la sazon tenia, que estaba harto espantado. Tenia tambien gota artética y ceática.

Una víspera de san Sebastian, que era sábado, la dió nuestro Señor tan entera salud, que ella no sabia cómo encubrirlo, para que no se entendiese el milagro. Dice, que cuando nuestro Señor la quiso sanar, la dió un temblor interior, que pensó iba ya á acabar la vida su hermana; y ella vió en sí grandísima mudanza, y en el alma dice que se sintió otra, segun quedó aprovechada: y mucho mas contento le daba la salud por poder procurar el negocio del monasterio, que de padecer ninguna cosa se le daba; porque desde el principio que Dios la llamó, le dió un aborrecimiento consigo, que todo se le hacia poco. Dice, que le quedó un deseo de padecer tan poderoso, que suplicaba á Dios muy de corazon, que de todas maneras la ejercitase en esto.

No dejó su Majestad de cumplirle este deseo, que en estos ocho años la sangraron mas de quinientas veces, sin tantas ventosas sajadas, que tiene el cuerpo de suerte que lo da á entender: algunas le echaban sal en ellas, que dijo un médico era bueno para sacar la ponzoña de un dolor de costado, que estos tuvo mas de veinte veces.

Lo que es mas de maravillar, que así como le decia un remedio de estos el médico, estaba con gran deseo de que viniese la hora en que le habian de eje-

cutar, sin ningun temor, y ella animaba á los médicos para los cauterios, que fueron muchos por el zaratan, y otras ocasiones que hubo para dárselos. Dice, que lo que la hacia desearlo, era para probar si los deseos que tenia de ser mártir eran ciertos.

Como ella se vió súbitamente buena, trató con su confesor y con el médico, que la llevasen á otro pueblo, para que pudiesen decir la mudanza de la tierra lo habia hecho. Ellos no quisieron; antes los médicos lo publicaron, porque ya la tenian por incurable, á causa que echaba sangre por la boca tan podrida, que decian eran ya los pulmones. Ella se estuvo tres dias en la cama, que no se osaba levantar, porque no se entendiese su salud: mas como tampoco se puede encubrir como la enfermedad, aprovechó poco.

Díjome, que el Agosto antes, suplicando un dia á nuestro Señor, ó que le quitase aquel deseo tan grande que tenia de ser monja, y hacer el monasterio, ó le diese medios para hacerle, con mucha certidumbre le fué asegurado, que estaria buena á tiempo que pudiese ir á la Cuaresma, por procurar la licencia. Y así dice, que en aquel tiempo, aunque las enfermedades cargaron mucho mas, nunca perdió la esperanza, que le habia el Señor de hacer esta merced. Y aunque la olearon dos veces, tan al cabo la una, que decia el médico, que no habia para que ir por el óleo, que antes moriria, nunca dejaba de confiar del Señor que habia de morir monja.

No digo que en este tiempo la olearon las dos veces (1), que hay de Agosto á San Sebastian, sino antes. Sus hermanos y deudos como vieron la merced, y el milagro que el Señor habia hecho en darla tan súpita salud, no osaron estorbarle la ida, aunque parecia desatino. Estuvo tres meses en la corte, y al fin no se la daban. Como dió esta peticion al rey, y supo que era de descalzas del Cármen, mandóla luego dar.

Al venir á fundar el monasterio, se pareció bien que lo tenia negociado con Dios, en quererlo aceptar los prelados, siendo tan léjos, y la renta muy poca. Lo que su Majestad quiere no se puede dejar de hacer. Así vinieron las monjas al principio de Cuaresma año de MDLXXV. Recibiólas el pueblo con gran solemnidad y alegría y procesion. En lo general fué grande el contento: hasta los niños mostraban ser obra de que se servia nuestro Señor. Fundóse el monasterio llamado San José del Salvador esta misma Cuaresma, dia de San Matías (2).

---

(1) En las ediciones anteriores decia: «No digo que en este tiempo que hay desde Agosto hasta San Sebastian la olearon dos veces, sino antes.»

(2) Este monasterio no existe ya. La comunidad se dispersó durante la guerra civil, pasando varias religiosas al convento de Jaen, donde aun hay algunas hoy en dia. La iglesia está abierta para el culto, y sirve de parroquia.

En el mismo tomaron hábito las dos hermanas con gran contento: iba adelante la salud de doña Catalina. Su humildad, obediencia y deseo de que la desprecien, da bien á entender haber sido sus deseos verdaderos, para servicio de nuestro Señor. Sea glorificado por siempre jamás.

Díjome esta hermana entre otras cosas, que habrá casi veinte años, que se acostó una noche deseando hallar la mas perfecta religion que hubiese en la tierra, para ser en ella monja, y que comenzó á su parecer á soñar que iba por un camino muy estrecho y angosto, y muy peligroso para caer en unos grandes barrancos que parecian, y vió un fraile Descalzo, que en viendo á fray Juan de la Miseria (un frailecico lego de la Orden, que fué á Veas estando yo allí) dice que le pareció el mismo que habia visto, le dijo—Ven conmigo, hermana: y la llevó á una casa de gran número de monjas, y no habia en ella otra luz, sino de unas velas encendidas, que traian en las manos.

Ella preguntó qué Orden era, y todas callaron, y alzaron los velos, y los rostros alegres y riendo. Y certifica, que vió los rostros de las hermanas mismas que ahora ha visto, y que la priora la tomó de la mano, y la dijo—«Hija, para aquí os quiero yo,» y mostróle las constituciones y reglas; y cuando despertó de este sueño, fué con un contento, que le parecia haber estado en el cielo, y escribió lo que se le acordó de la regla, y pasó mucho tiempo que no lo dijo á

confesor, ni á ninguna persona, y nadie no le sabia decir de esta religion.

Vino allí un padre de la Compañía, que sabia sus deseos, y mostróle el papel, y díjole—«Que si ella hallase aquella religion, que estaria contenta, porque entraria luego en ella. El tenia noticia de estos monasterios, y díjole, como era aquella regla de la Orden de nuestra Señora del Cármen, aunque no dió (para dársela á entender) esta claridad, sino de los monasterios que fundaba yo; y así procuró hacerme mensajero, como está dicho.

Cuando trajeron la respuesta, estaba ya tan mala, que le dijo su confesor, que se sosegase, que aunque estuviera en el monasterio, la echaran, cuanto mas tomarla ahora. Ella se afligió mucho, y volvióse á nuestro Señor con grandes ansias, y díjole—«Señor mio, y Dios mio, yo sé por la fe, que Vos sois el que todo lo podeis; pues vida de mi alma, ó haced que se me quiten estos deseos, ó dad medios para cumplirlos.»

Esto decia con una confianza muy grande, suplicando á nuestra Señora, por el dolor que tuvo cuando á su Hijo vió muerto en sus brazos, le fuese intercesora. Oyó una voz en lo interior, que le dijo—«Cree y espera, que Yo soy el que todo lo puede, tu tendrás salud; porque el que tuvo poder para que de tantas enfermedades, todas mortales de suyo, no murieses, y les mandó que no hiciesen su efecto, mas fá-

cil le será quitarlas.» Dice, que fueron con tanta fuerza y certidumbre estas palabras, qae no podia dudar de que no se habia de cumplir su deseo, aunque cargaron muchas mas enfermedades, hasta que el Señor le dió la salud que hemos dicho. Cierto parece cosa increible lo que ha pasado: á no me informar yo del médico, y de las que estaban en su casa, y de otras personas, segun soy ruin, no fuera mucho pensar, que era alguna cosa encarecimiento.

Aunque está flaca, tiene ya salud para guardar la regla, y buen sugeto; una alegría grande, y en todo (como tengo dicho) una humildad, que á todas nos hacia alabar á nuestro Señor. Dieron lo que tenian de hacienda entrambas, sin ninguna condicion á la Orden; que sino las quisieran recibir por monjas, no pusieron ningun premio. Es un desasimiento grande el que tiene de sus deudos y tierra; y siempre gran deseo de irse léjos de allí, y así importuna harto á los prelados, aunque la obediencia que tiene es tan grande, que así está allí con algun contento; y por lo mismo tomó velo, que no habia remedio con ella fuese del coro, sino freila, hasta que yo la escribí, diciéndola muchas cosas, y riñéndola porque queria otra cosa de lo que era voluntad del padre provincial, que aquello no era merecer mas, y otras cosas, tratándola ásperamente. Y este es su mayor contento cuando así la hablan: con esto se pudo acabar con ella, harto contra su voluntad. Ninguna cosa entiendo

de esta alma, que no sea para ser agradable á Dios, y así lo es con todas. Plegue á su Magestad la tenga de su mano, y la aumente las virtudes, y gracia que le ha dado para mayor servicio y honra suya, amen.

CAPÍTULO XXIII.

En que se trata de la fundacion del monasterio del glorioso San José del Cármen en la ciudad de Sevilla. Dijose la primera misa dia de la Santísima Trinidad, año de MDLXXV.

Pues estando en esta villa de Veas, esperando licencia del Consejo de las Ordenes para la fundacion de Caravaca, vino á verme allí un padre de nuestra Orden, de los Descalzos, llamado el maestro fray Gerónimo de la Madre de Dios Gracian, que habia pocos años que tomó nuestro hábito estando en Alcalá, hombre de muchas letras, entendimiento y modestia, acompañado de grandes virtudes toda su vida, que parece nuestra Señora le escogió para bien de esta Orden primitiva, estando en Alcalá, muy fuera de tomar nuestro hábito, aunqué no de ser religioso; porque aunque sus padres tenian otros intentos por tener mucho favor con el rey y su gran habilidad, él estaba muy fuera de eso.

Desde que comenzó á estudiar le queria su padre poner á que estudiase leyes, él con ser de harto poca edad sentia tanto, que á poder de lágrimas acabó con él que le dejase oir teología. Ya que estaba graduado de maestro, trató de entrar en la Compañía de Jesus (1), y ellos le tenian recibido, y por cierta ocasion, dijeron que se esperase unos dias. Díceme él á mí, que todo el regalo que tenia le daba tormento, pareciéndole que no era aquel buen camino para el cielo, y siempre tenia horas de oracion, y su recogimiento y honestidad en gran extremo.

En este tiempo entróse un gran amigo suyo por fraile en nuestra Orden en el monasterio de Pastrana,

(1) Y en efecto el caracter del padre Gracian era mas de Jesuita que de carmelita descalzo. Su gran aficion al púlpito y al confesonario, su erudicion, ingenio y otras cualidades para la vida activa, parecen mas de Jesuita, que no de religioso dado á la vida contemplativa casi exclusivamente. Con todo, la reforma del Cármen necesitaba un hombre activo, inteligente y de mucho despejo, y la Providencia se lo deparó á santa Teresa en la persona del padre Gracian. Por otra parte, acostumbrada santa Teresa á la direccion de los jesuitas, halló en su órden un sujeto con las cualidades de aquellos, y le prestó voto de obediencia. Cuando ya estaba terminada la reforma y muerta santa Teresa, pareció Gracian fuera de su centro, y fué expulsado de la Orden. Quiso retirarse á la Compañía; pero los jesuitas no tuvieron por conveniente admitirle. Véase la *Relacion sexta* sobre el voto de obediencia al padre Gracian.

llamado fray Juan de Jesus, tambien maestro. No sé si por ocasion de una carta que le escribió de la grandeza y antigüedad de nuestra Orden, ó qué fué el principio; porque le daba tan grande gusto leer todas las cosas de ella, y probarlo con grandes autores, que dice, que muchas veces tenia escrúpulo de dejar de estudiar otras cosas, por no poder salir de estas; y las horas que tenia recreacion, era ocuparse en esto.

Oh sabiduría de Dios y poder! ¡Cómo no podemos nosotros huir de lo que es su voluntad! Bien veia nuestro Señor la gran necesidad que habia en esta obra, que su Majestad habia comenzado, de persona semejante. Yo le alabo muchas veces por la merced que en esto nos hizo, que si yo mucho quisiera pedir á su Majestad una persona, para que pusiera en órden todas las cosas de la Orden en estos principios, no acertara á pedir tanto, como su Majestad en esto nos dió. Sea bendito por siempre.

Pues teniendo él bien apartado de su pensamiento tomar este hábito, rogáronle que fuese á tratar á Pastrana con la priora del monasterio de nuestra Orden, que aun no era quitado de allí, para que recibiese una monja. ¡Qué medios toma la divina Magestad! que para determinarse á ir de allí á tomar el hábito tuviera por ventura tantas personas que se lo contradijeran, que nunca lo hiciera.

Mas la Vírgen nuestra Señora, cuyo devoto es en gran extremo, le quiso pagar con darle su hábito

y así pienso que fué la medianera para que Dios le hiciese esta merced; y aun la causa de tomarle él, y haberse aficionado tanto á la Orden, era esta gloriosa Vírgen, que no quiso, que á quien tanto la deseaba servir, le faltase ocasion para ponerlo por obra; porque es su costumbre favorecer á los que de ella se quieren amparar.

Estando muchacho en Madrid, iba muchas veces á una imágen de nuestra Señora, que él tenia gran devocion, no me acuerdo donde era: llamábala su enamorada, y era muy ordinario lo que la visitaba. Ella le debia de alcanzar de su Hijo la limpieza con que siempre ha vivido. Dice, que algunas veces le parecia que tenia hinchados los ojos de llorar, por las muchas ofensas que se hacian á su Hijo. De aquí le nacia un ímpetu grande y deseo del remedio de las almas, y un sentimiento, cuando veia ofensas de Dios muy grande.

A este deseo del bien de las almas tiene tan gran inclinacion, que cualquier trabajo se le hace pequeño si piensa hacer con él algun fruto. Esto he visto yo por experiencia en hartos que ha pasado.

Pues llevándole la Vírgen á Pastrana, como engañado, pensando él que iba á procurar el hábito de la monja, y llevábale Dios para dársele á él. ¡Oh secretos de Dios! y cómo, sin que lo queramos, nos va disponiendo para hacernos mercedes, y para pagar á esta alma las buenas obras que habia hecho, y el

buen ejemplo que siempre habia dado, y lo mucho que deseaba servir á su gloriosa Madre; que siempre debe su Majestad de pagar esto con grandes premios. Pues llegado á Pastrana, fué á hablar á la priora para que tomase aquella monja, y parece que habló para que procurase con nuestro Señor que entrase él.

Como ella le vió, que es agradable su trato, de manera que, por la mayor parte, los que le tratan le aman (es gracia de nuestro Señor y así de todos sus súbditos y súbditas es en extremo amado); porque aunque no perdona ninguna falta, que en esto tiene extremo, el mirar el aumento de la religion es con una suavidad tan agradable, que no se ha de poder quejar ninguno de él.

Pues acaeciéndole á esta priora lo que á los demás, dióle grandísima gana de que entrase en la Orden: díjolo á las hermanas, que mirasen lo que les importaba, porque entonces habia muy pocos ó casi ninguno semejante, y que todas pidiesen á nuestro Señor, que no le dejase ir; sino que tomase el hábito. Es esta priora grandísima sierva de Dios, que aun su oracion sola pienso seria oida de su Majestad, cuanto mas las de almas tan buenas como allí estaban.

Todas lo tomaron muy á su cargo, y con ayuno, disciplina y oracion lo pedian contínuo á su Magestad; y así fué servido de hacernos esta merced, que

como el padre Gracian fué al monasterio de los frailes, y vió tanta religion y aparejo para servir á nuestro Señor, y sobre todo ser Orden de su gloriosa Madre, que él tanto deseaba servir, comenzó á moverse su corazon para no tornar al mundo. Y aunque el demonio le ponia hartas dificultades, en especial de la pena que habia de ser para sus padres, que le amaban mucho y tenian gran confianza habia de ayudar á remediar sus hijos (1), (que tenia hartas hijas é hijos) él, dejando este cuidado á Dios, por quien lo dejaba todo, se determinó á ser súbdito de la Vírgen y tomar su hábito; y así se le dieron con gran alegría de todos, en especial de las monjas y priora que daban grandes alabanzas á nuestro Señor, pareciéndoles que las habia Dios hecho esta merced por sus oraciones.

Estuvo el año de probacion con la humildad que uno de los mas pequeños novicios. En especial se probó su virtud en un tiempo, que faltando de allí el prior, quedó por mayor un fraile harto mozo y sin letras, y de poquísimo talento ni prudencia para gobernar: esperiencia no la tenia, porque habia poco

(1) A pesar de ser el padre de Gracian secretario de Felipe II, y muy querido de aquel rey, no vivia muy sobrado. Varias de sus hijas, y hermanas del padre Gracian hubieron de entrar monjas sin dote, y de limosna, por falta de bienes de fortuna. *¡Quantum mutatus ab illo!*

que habia entrado. Era cosa excesiva de la manera que los llevaba, y las mortificaciones que les hacia hacer; que cada vez me espanto, como lo podian sufrir, en especial semejantes personas, que era menester el espíritu que le daba Dios para sufrirlo: y háse visto bien despues que tenia mucha melancolía, y en cualquier parte, aun por súbdito, hay trabajo con él, cuanto mas para gobernar; porque le sujeta mucho el humor, que él buen religioso es, y Dios permite algunas veces que se haga este yerro de poner personas semejantes, para perfeccionar la virtud de la obediencia en los que ama.

Así debió de ser aquí, que un mérito de esto ha dado Dios al padre fray Gerónimo de la Madre de Dios grandísima luz en las cosas de obediencia, para enseñar á sus súbditos, como quien tan buen principio tuvo en ejercitarse en ella. Y para que no le faltase esperiencia en todo lo que hemos menester, tuvo tres meses antes de la profesion grandísimas tentaciones; mas él, como buen capitan que habia de ser de los hijos de la Vírgen, se defendia bien de ellas, que cuando el demonio mas le apretaba para que dejase el hábito, con prometer de no le dejar y prometer los votos, se defendia. Dióme cierta obra, que escribió con aquellas grandes tentaciones, que me puso harta devocion, y se ve bien la fortaleza que le daba el Señor.

Parecerá cosa impertinente haberme comunicado

él tantas particularidades de su alma: quizá lo quiso el Señor, para que yo lo pusiese aquí, porque sea Él alabado en sus criaturas; porque sé yo que con confesor ni con ninguna persona se ha declarado tanto. Algunas veces habia ocasion, por parecerle que con los muchos años, y lo que oia de mí, tendria yo alguna esperiencia. A vueltas de otras cosas que hablábamos, decíame estas, y otras que no son para escribir, que harto mas me alargara: ídome hé cierto mucho á la mano, porque si viniese en algun tiempo á las suyas, no le dar pena (1).

No he podido mas, ni me ha parecido, pues esto, si se hubiere de ver, será á muy largos tiempos que se deje de hacer memoria de quien tanto bien ha hecho á esta renovacion de la regla primera. Porque, aunque no fué él el primero que la comenzó, vino á tiempo, que algunas veces me pesara de que se habia comenzado, si no tuviera tan gran confianza de la misericordia de Dios. Digo las casas de los frailes, que las de las monjas, por su bondad, siempre hasta ahora

(1) Este elogio del padre Gracian, y esto mismo que aquí dice Santa Teresa, corroboran lo que ya se dijo en las *Relaciones* y en el prólogo de este libro, á saber: que por estos elogios de Gracian quizá no se atrevió fray Luis de Leon á imprimir los pasajes y libros que á él se referian, y que respecto á este libro no queria Santa Teresa se divulgara pronto, ni oonvenia; y en efecto, tardó mas de medio siglo en divulgarse.

han ido bien: y las de los frailes no iban mal, mas llevaban principio de caer muy presto, porque, como no tenian provincia por sí, eran gobernados por los Calzados.

A los que pudieran gobernar, que era el padre fray Antonio de Jesus el que lo comenzó, no le daban esa mano, ni tampoco tenian constituciones dadas por nuestro reverendísimo padre general. En cada casa hacian como les parecia. Hasta que vinieran, ó se gobernaran de ellos mismos, hubiera harto trabajo, porque á unos les parecia uno y á otros otro. Harto fatigada me tenia algunas veces. Remedióla nuestro Señor por el padre maestro fray Gerónimo de la Madre de Dios, porque le hicieron Comisario Apostólico, y le dieron autoridad y gobierno sobre los descalzos y descalzas, y hizo constituciones para los frailes, que nosotras ya las teniamos de nuestro reverendísimo padre general, y así no las hizo para nosotras, sino para ellos, con el poder apostólico que tenia, y con las buenas partes que le ha dado el Señor, como tengo dicho. La primera vez que los visitó, lo puso todo en tanta razon y concierto, que se parecia bien ser ayudado de la divina Majestad, y que nuestra Señora le habia escogido para remedio de su Orden, á quien suplico yo mucho acabe con su Hijo siempre le favorezca, y dé gracia para ir muy adelante en su servicio. Amen.

CAPÍTULO XXIV.

Prosigue en la fundacion de San José del Cármen en la ciudad de Sevilla.

Cuando he dicho que el padre maestro fray Gerónimo Gracian me fué á ver á Veas, jamás nos habiamos visto, aunque yo lo deseaba harto: escrito sí algunas veces. Holguéme en extremo, cuando supe que estaba allí, porque lo deseaba mucho, por las buenas nuevas que de él me habian dado, mas muy mucho mas me alegré cuando le comencé á tratar; porque, segun me contentó, no me parecia le habian conocido los que me le habian loado: y como yo estaba con tanta fatiga, en viéndole parece que me representó el Señor el bien que por él nos habia de venir; y así andaba aquellos dias con tan excesivo consuelo y contento, que es verdad que yo misma me espantaba de mí. Entonces aun no tenia comision mas de para al Andalucía, que estando en Veas, le envió á mandar

el Nuncio que le viese, y entonces se la dió para descalzos y descalzas de la provincia de Castilla. Era tanto el gozo que tenia mi espíritu, que no me hartaba de dar gracias á nuestro Señor aquellos dias, ni quisiera hacer otra cosa.

En este tiempo trajeron la licencia para fundar en Caravaca, diferente de lo que era menester para mi propósito; y así fué menester que tornasen á enviar á la córte, porque yo escribí á las fundadoras, que en ninguna manera se fundaria, si no se pedia cierta particularidad que faltaba, y así fué menester tornar á la córte. A mí se me hacia mucho esperar allí tanto, y queríame tornar á Castilla; mas como estaba allí el padre fray Gerónimo, á quien estaba ya sujeto aquel monasterio, por ser comisario de toda la provincia de Castilla, no podia hacer nada sin su voluntad, y así lo comuniqué con él.

Parecióle que ida una vez, se quedaba la fundacion de Caravaca; y tambien que seria un gran servicio de Dios fundar en Sevilla, que le parecia muy fácil, porque se lo habian pedido algunas personas que podian, y tenian muy bien para dar luego casa: y el arzobispo de Sevilla favorecia tanto á la Orden, que tuvo creido se le haria gran servicio; y así se concertó, que la priora y monjas, que llevaba para Caravaca, fuese para Sevilla. Yo, aunque siempre habia rehusado mucho hacer monasterio de estos en Andalucia, por algunas causas (que cuando fuí á Veas, si enten-

diera que era provincia de Andalucía, en ninguna manera fuera; y fué el engaño, que la tierra aun no es de la Andalucía, creo de cuatro á cinco leguas adelante comienza, mas la provincia sí) como ví ser aquella la determinacion del prelado, luego me rendí, que esta merced me hace nuestro Señor de parecerme que en todo aciertan; aunque yo estaba determinada á otra fundacion, y aun tenia algunas causas bien graves para no ir á Sevilla.

Luego se comenzó á aparejar para el camino, porque la calor entraba mucho, y el padre Comisario apostólico Gracian se fué á él llamado del Nuncio, y nosotras á Sevilla con mis buenos compañeros, el padre Julian de Avila y Antonio Gaytan y un fraile Descalzo. Ibamos en carros muy cubiertas, que siempre era esta nuestra manera de caminar; y entradas en la posada tomábamos un aposento bueno ó malo, como le habia, y á la puerta tomaba una hermana lo que habiamos menester, que aun los que iban con nosotras no entraban.

Por priesa que nos dimos, llegamos á Sevilla el jueves antes de la santísima Trinidad, habiendo pasado grandísimo calor en el camino; porque aunque no se caminaba las fiestas, yo os digo, hermanas, que como habia dado todo el sol á los carros, que era entrar en ellos como en un purgatorio. Unas veces con pensar en el infierno, otras pareciendo se hacia algo y padecia por Dios, iban aquellas hermanas con

gran contento y alegria; porque seis que iban conmigo, eran tales almas, que me parece me atreviera á ir con ellas á tierra de turcos, y que tuvieran fortaleza, ó por mejor decir, se la diera nuestro Señor para padecer por Él, porque estos eran sus deseos, y pláticas, muy ejercitadas en oracion y mortificacion, que como habian de quedar tan léjos, procuré que fuesen de las que me parecian mas á propósito; y todo fué menester, segun se pasó de trabajos, que algunos, y los mayores, no los diré, porque podrian tocar en alguna persona.

Un dia antes de pascua de Espíritu Santo les dió Dios un trabajo harto grande, que fué darme á mí una muy recia calentura: yo creo que sus clamores á Dios fueron bastantes para que no fuese adelante el mal, que jamás de tal manera en mi vida me ha dado calentura, que no pase muy mas adelante. Fué de tal suerte que parecia tenia modorra, segun iba enagenada. Ellas á echarme agua en el rostro, tan caliente del sol, que daba poco refrigerio.

No os dejaré de decir la mala posada que hubo para esta necesidad, que fué darnos una camarilla á teja vana: ella no tenia ventana, y si se abria la puerta, toda se henchia de sol. Habeis de mirar que no es como el de Castilla por allá, sino muy mas importuno. Hiciéronme echar en una cama, que yo tuviera por mejor echarme en el suelo; porque era de unas partes tan alta, y de otras tan baja, que no sabia

cómo poder estar, porque parecia de piedras agudas. ¡Qué cosa es la enfermedad! que con salud todo es fácil de sufrir. En fin tuve por mejor levantarme, y que nos fuésemos, que mejor me parecia sufrir el sol del campo, que no de aquella camarilla. ¡Qué será de los pobres que están en el infierno, que no se han de mudar para siempre, que aunque sea de trabajo á trabajo parece de algun alivio! A mí me ha acaecido tener un dolor en una parte muy recio, y aunque me diese en otra otro tan penoso, me parece era alivio mudarse: así fué aquí. A mí ninguna pena, que me acuerde, me daba en verme mala; las hermanas lo padecian harto mas que yo. Fué el Señor servido que no duró mas de aquel dia lo muy recio.

Poco antes, no sé si dos dias, nos acaeció otra cosa, que nos puso en un poco de aprieto pasando por un barco á Guadalquivir, que al tiempo de pasar los carros, no era posible por donde estaba la maroma, sino que habian de torcer el rio, aunque algo ayudaba la maroma torciéndola tambien; mas acertó á que la dejasen los que la tenian, ó no sé como fué que la barca iba sin maroma ni remos con el carro. El barquero me hacia mucha mas lástima verle tan fatigado, que no el peligro: nosotras á rezar, todos voces grandes.

Estaba un caballero mirándonos en un castillo, que estaba cerca, y movido de lástima envió quien ayudase, que aun entonces no estaba sin maroma, y

tenian de ella nuestros hermanos, poniendo todas sus fuerzas; mas la fuerza del agua los llevaba á todos, de manera que daba con algunos en el suelo. Por cierto que me puso gran devocion un hijo del barquero, que nunca se me olvida: paréceme debia haber como diez, ú once años, que lo que aquel trabajaba de ver á su padre con pena, me hacia alabar á nuestro Señor.

Mas como su Majestad da siempre los trabajos con piedad, así fué aquí, que acertó á detenerse la barca en un arenal, y estaba hácia una parte el agua poca, y así pudo haber remedio. Tuviéramosle malo de saber salir al camino, por ser ya noche, si no nos guiaran quien vino del castillo. No pensé tratar de estas cosas, que son de poca importancia, que hubiera dicho hartas de malos sucesos de caminos: he sido importunada para alargarme mas en este.

Harto mayor trabajo fué para mí que los dichos, lo que nos acaeció el postrero dia de pascua de Espíritu Santo. Dímonos mucha priesa por llegar de mañana á Córdoba, para oir misa sin que nos viese nadie: guiábannos á una iglesia, que está pasada la puente, por mas soledad. Ya que íbamos á pasar, no habia licencia para pasar por allí carros, que la ha de dar el corregidor: de quia (1) que se trajo pasa-

(1) En todas las ediciones anteriores dice: *de aquí á que se trajo*. El modo con que lo escribe santa Teresa, es el que

ron mas de dos horas, por no estar levantados, y mucha gente que se llegaba á procurar saber quien iba allí. De esto no se nos daba mucho, porque no podian, que iban muy cubiertos. Cuando ya vino la licencia, no cabian los carros por la puerta de la puente: fué menester aserrarlos, ó no sé en qué se pasó otro rato (1).

En fin, cuando llegamos á la iglesia, que habia de decir misa el padre Julian de Avila, estaba llena de gente, porque era la vocacion del Espíritu Santo, lo que no habíamos sabido, y habia gran fiesta y sermon. Cuando yo esto vi, dióme mucha pena, y á mi parecer era mejor irnos sin oir misa, que entrar entre tanta barahunda. Al padre Julian de Avila no le pareció; y como era teólogo, hubímonos todas de llegar á su parecer, que los demas compañeros, quizá, siguieran el mio; y fuera mas mal acertado, aunque no sé si yo me fiara de solo mi parecer. Apeámonos cerca de la iglesia, que aunque no nos podia ver nadie los rostros, porque siempre llevábamos delante de ellos velos grandes, bastaba vernos con ellos, y capas blancas de sayal, como traemos, y alpargatas, para alterar á todos; y así lo fué. Aquel sobresalto

---

aun se usa en algunos puntos de Castilla la Vieja y en otras partes de España.

(1) Fué preciso asserrarlos no sé qué, se pasó otro rato. *(M Dob).*

me debia de quitar la calentura del todo, que cierto lo fué grande para mí y para todos.

Al principio de entrar por la iglesia, se llegó á mí un hombre de bien á apartar la gente. Yo le rogué mucho nos llevase á alguna capilla: hízolo así, y cerróla, y no nos dejó hasta tornarnos á sacar de la iglesia. Despues de pocos dias vino á Sevilla, y dijo á un padre de nuestra Orden, que por aquella buena obra que habia hecho, pensaba que habia Dios héchole merced, que le habian proveido de una grande hacienda, ó dado, de que él estaba descuidado. Yo os digo, hijas, que aunque esto no os parecerá quizá nada, que fué para mí uno de los malos ratos que he pasado; porque el alboroto de la gente era como si entraran toros. Así no vi la hora de salir de aquel lugar: aunque no le habia para pasar la fiesta cerca, tuvímosla debajo de una puente.

Llegadas á Sevilla á una casa que nos tenia alquilada el padre fray Mariano, que estaba avisado de ello, yo pensé que estaba todo hecho; porque, como digo, era mucho lo que favorecia el arzobispo á los Descalzos, y habíame escrito algunas veces á mí, mostrándome mucho amor: no bastó para dejarme de dar harto trabajo, porque lo queria Dios así. Él es muy enemigo de monasterios de monjas con pobreza, y tiene razon.

Fué el daño, ó por mejor decir, el provecho, para que se hiciese aquella obra; porque si ántes que

yo estuviera en el camino se lo dijeran, tengo por cierto no viniera en ello: mas teniendo por ciertísimo el padre Comisario, y el padre Mariano, que tambien fué mi ida de grandísimo contento para él, que le hacian grandísimo servicio en mi ida, no se lo dijeron antes; y como digo, pudiera ser mucho yerro, pensando que acertaban. Porque en los demas monasterios, lo primero que yo procuraba, era la licencia del Ordinario, como manda el santo Concilio: acá no solo la teníamos por dada, sino como digo, porque se le hacia gran servicio, como á la verdad lo era, y así lo entendió despues; sino que ninguna fundacion ha querido el Señor que se haga sin mucho trabajo mio, unos de una manera, otros de otra.

Pues llegadas á la casa, que, como digo, nos tenian de alquiler, yo pensé luego tomar la posesion, como lo solia hacer, para que dijésemos Oficio divino; y comenzóme á poner dilaciones el padre Mariano, que era el que estaba allí, que, por no me dar pena, no me lo queria decir del todo. Mas no siendo razones bastantes, yo entendí en qué estaba la dificultad, que era en no dar licencia; y así me dijo, que tuviese por bien que fuese al monasterio de renta, ú otra cosa así, que no me acuerdo. En fin me dijo, que no gustaba hacer monasterios de monjas por su licencia, ni desde que era arzobispo jamás la habia dado para ninguno, que lo habia sido hartos años allí y en Córdoba, y es harto siervo de

Dios (1): en especial de pobreza, que no la daria. Esto era decir, que no se hiciese el monasterio.

Lo uno ser en la ciudad de Sevilla, á mí se me hiciera muy de mal, aunque lo pudiera hacer, porque en las partes que he fundado con renta, es en lugares pequeños, que, ó no se ha de hacer, ó ha de ser así, porque no hay cómo se pueda sustentar. Lo otro, porque solo una blanca nos habia sobrado del gasto del camino, sin traer cosa ninguna con nosotras, sino lo que traiamos vestido, y alguna túnica y toca, y lo que venia para venir cubiertas y bien en los carros; que para haberse de tornar los que venian con nosotras, se hubo de buscar prestado. Un amigo, que tenia allí Antonio Gaytan, le prestó de ello, y para acomodar la casa el padre Mariano lo buscó: ni casa propia habia, así que era cosa imposible.

Con mucha importunidad debia ser del padre dicho, nos dejó decir misa para el dia de la santísima Trinidad, que fué la primera, y envió á decir, que ni se tañese campana, ni se pusiese (decia) sino que estaba ya puesta: y así estuve mas de quince dias, que

---

(1) Era entonces arzobispo de Sevilla el célebre D. Cristóbal de Rojas y Sandoval, obispo que habia sido de Oviedo y Córdoba. Fué presentado para la iglesia metropolitana de Sevilla en 1571, y vivió hasta el año de 1580. Asistió al Concilio de Trento, y era tan celoso en puntos de jurisdiccion y disciplina, como caritativo con los pobres.

yo sé de mi determinacion, que si no fuera por el padre comisario, y el padre Mariano, que yo me tornára con mis monjas, con harto poca pesadumbre, á Veas, para la fundacion de Caravaca. Harta mas tuve aquellos dias, que como tengo mala memoria no me acuerdo, mas creo fué mas de un mes; porque ya sufríase peor la ida que luego, luego, por publicarse ya el monasterio. Nunca me dejó el padre Mariano escribirle, sino poco á poco le iba ablandando, y con cartas de Madrid del padre comisario.

A mí una cosa me sosegaba para no tener mucho escrúpulo, y era, haberse dicho misa con su licencia; y siempre decíamos en el coro el Oficio divino. No dejaba de enviarme á visitar, y á decirme me veria presto, y un criado suyo envió á que dijese la primera misa; por donde veia yo claro, que no me parecia servia de mas aquello, que de tenerme con pena; aunque la causa de tenerla yo, no era por mí, ni por mis monjas, sino por la que tenia el padre comisario, que, como él me habia mandado ir, estaba con mucha pena, y diérasela grandísima si hubiera algun desman, y tenia hartas causas para ello.

En este tiempo vinieron tambien los padres Calzados á saber por donde se habia fundado. Yo les mostré las patentes que tenia de nuestro reverendísimo padre general; y con esto se sosegaron, que si supieran lo que hacia el arzobispo, no creo bastára, mas esto no se entendia, sino todos creian que era muy

á su gusto y contento. Ya fué Dios servido que nos fuese á ver (1): yo le dije el agravio que nos hacia. En fin me dijo que fuese lo que quisiese, y como lo quisiese; y desde allí adelante siempre nos hacia merced en todo lo que se nos ofrecia, y favor.

(1) Que nos fué á ver. *(M. Dob.)*

CAPÍTULO XXV.

Prosigue en la fundacion del glorioso san José de Sevilla, y lo que se pasó en tener casa propia.

Nadie pudiera juzgar, que en una ciudad tan caudalosa como Sevilla, y de gente tan rica, habia de haber menos aparejo de fundar, que en todas las partes que habia estado: húbole tan menos, que pensé algunas veces no nos era bien tener monasterio en aquel lugar. No sé si el mismo clima de la tierra, que he oido siempre decir los demonios tienen mas mano allí para tentar, que se la debe dar Dios, y en esto me apretaron á mí, que nunca me ví mas pusilánime y cobarde en mi vida, que allí me hallé: yo cierto á mí misma no me conocia. Bien que la confianza que suelo tener en nuestro Señor, no se me quitaba; mas el natural estaba tan diferente del que yo suelo tener despues que ando en estas cosas, que entendia apartaba en parte el Señor su mano, para que él se que-

dase en su ser, y viese yo que si habia tenido ánimo, no era mio.

Pues habiendo estado allí desde este tiempo que digo, hasta poco antes de Cuaresma, que ni habia memoria de comprar casa, ni con qué, ni tampoco quien nos fiase como en otras partes; que las que mucho habian dicho al padre visitador apostólico, que entrarian, y rogádole llevase allí monjas, despues les debia parecer mucho el rigor, y que no lo podrian llevar (solo una, que diré adelante, entró) ya era tiempo de mandarme á mí, venir del Andalucía, porque se ofrecian otros negocios por acá. A mí dábame grandísima pena, dejar las monjas sin casa, aunque bien veia que yo no hacia nada allí, porque la merced que Dios me hace por acá, de haber quien ayude á estas obras, allí no la tenia.

Fué Dios servido que viniese entonces de las Indias un hermano mio, que habia mas de treinta y cuatro años que estaba allá, llamado Lorencio de Cepeda, que aun tomaba peor que yo, en que las monjas quedasen sin casa propia. Él nos ayudó mucho, en especial en procurar que se tomase en la que ahora están. Ya yo entonces ponia mucho mas con nuestro Señor, suplicándole que no me fuese sin dejarlas casa y hacia á las hermanas se lo pidiesen, y al glorioso san José, y hacíamos muchas procesiones y oraciones á nuestra Señora: y con esto, y con ver á mi hermano determinado á ayudarnos, comencé á tratar de

comprar algunas casas, y aunque parecia se iba á concertar, todo se deshacia.

Estando un dia en oracion, pidiendo á Dios, pues eran sus esposas y le tenian tanto deseo de contentar, les diese casa, me dijo—«Ya os he oido, déjame á Mí.» Yo quedé muy contenta, pareciéndome la tenia ya, y así fué, y librónos su Majestad de comprar una, que contentaba á todos por estar en buen puesto, y era tan vieja y malo lo que tenia, que se compraba solo el sitio en poco menos que la que ahora tienen. Y estando ya concertada, que no faltaba sino hacer las escrituras, yo no estaba nada contenta: parecíame que no venia esto con la postrera palabra, que habia entendido en la oracion; porque era aquella palabra, á lo que me pareció, señal de darnos buena casa; y así fué servido, que el mismo que la vendia, con ganar mucho en ello, puso inconveniente cuando habia de hacer las escrituras, cuando habia quedado. Y pudimos, sin hacer ninguna falta, salirnos del concierto, que fué harta merced de nuestro Señor, porque en toda la vida de las que estaban se acabára de labrar la casa, y tuvieran harto trabajo y poco con qué.

Mucha parte fué un siervo de Dios, que casi desde luego que fuimos allí, como supo que no teníamos misa, cada dia nos la iba á decir, con tener harto lejos su casa, y hacer grandísimos soles: llámase Garci Alvarez, persona muy de bien, y tenida en la ciudad por sus buenas obras, que siempre no entiende en

otra cosa; y á tener él mucho, no nos faltara nada. Él como sabia bien la casa, parecíale gran desatino dar tanto por ella, y así cada dia nos lo decia, y procuró no se hablase mas en ella; y fueron él y mi hermano á ver en la que ahora están: vinieron tan aficionados, y con razon, y nuestro Señor que lo queria, que en dos ó tres dias se hicieron las escrituras.

No se pasó poco en pasarnos á ella, porque quien la tenia no la queria dejar, y los frailes Franciscos, como estaban junto, vinieron luego á requerirnos, que en ninguna manera nos pasásemos á ella; que á no estar hechas con tanta firmeza las escrituras, alabára yo á Dios que se pudieran deshacer, porque nos vimos á peligro de pagar seis mil ducados que costaba la casa, sin poder entrar en ella. Esto no quisiera la priora (1), sino que alababa á Dios de que no se pudiese deshacer, que la daba su Majestad mucha mas fe y ánimo que á mí, en lo que tocaba á aquella casa, y en todo le debe tener, que es harto mejor que yo. Estuvimos mas de un mes con esta pena: ya fué Dios servido, que nos pasamos la priora y yo y otras dos monjas, una noche, porque no lo entendiesen los frailes, hasta tomar la posesion, con harto miedo. Decian

(1) Era priora la madre María de San José, una de las predilectas de Santa Teresa, con la que sostuvo una muy larga correspondencia desde aquel año en adelante, como se verá en el Epistolario.

los que iban con nosotras, que cuantas sombras veian les parecian frailes.

En amaneciendo, dijo el buen Garci Alvarez, que iba con nosotras, la primera misa en ella, y así quedamos sin temor. Oh Jesus! ¡Qué de ellos he pasado al tomar de las posesiones! Considero yo, si yendo á no hacer mal, sino en servicio de Dios, se siente tanto miedo, ¿qué será de las personas que le van á hacer, siendo contra Dios y contra el prójimo? No sé que ganancia pueden tener ni que gusto pueden buscar con tal contrapeso. Mi hermano aun no estaba allí, que estaba retraido (1), por cierto yerro que se hizo en la escritura, como fué tan apriesa, y era en mucho daño del monasterio, y como era fiador, queríanle prender; y como era estranjero, diéranos harto trabajo, y aun así nos le dió, que hasta que dió hacienda en que tomaron seguridad, hubo trabajo: despues se negoció bien, aunque no faltó algun tiempo de pleito, porque hubiese mas trabajo.

Estábamos encerradas en unos cuartos bajos, y él estaba allí todo el dia con los oficiales, y nos daba de comer, y aun muchos dias antes; porque como aun no se entendia de todos ser monasterio, por estar en una casa particular, habia poca limosna, sino era de un santo viejo prior de las Cuevas, que es de los Car-

(1) Quiere decir *acogido á sagrado*, pues en efecto hubo de tomar asilo para que no le pusieran preso.

tujos, grande siervo de Dios. Era de Avila, de los Pantojas: púsole Dios tan grande amor con nosotras, que desde que fuimos, y creo le durará hasta que se le acabe la vida el hacernos bien de todas maneras. Porque es razon, hermanas, que encomendeis á Dios á quien tan bien nos ha ayudado, si leyereis esto, sean vivos ó muertos, lo pongo aquí: á este santo debemos mucho.

Estúvose mas de un mes, á lo que creo, que en esto de los dias tengo mala memoria, y así podria errar: siempre entended poco mas ó menos, pues en ello no va nada. Este mes trabajó mi hermano harto en hacer la iglesia de algunas piezas, y en acomodarlo todo, que no teniamos nosotras que hacer.

Despues de acabado, yo quisiera no hacer ruido en poner el Santísimo Sacramento, porque soy muy enemiga en dar pesadumbre en lo que se puede escusar, y así lo dije al padre Garci Alvarez, y él lo trató con el padre prior de las Cuevas, que si fueran cosas propias suyas, no lo miráran mas que las nuestras; y parecióles, que para que fuese conocido el monasterio en Sevilla, no se sufria, sino ponerse con solemnidad, y fuéronse al arzobispo. Entre todos concertaron que se trajese de una parroquia el Santísimo Sacramento con mucha solemnidad, y mandó el arzobispo se juntasen los clérigos, y algunas cofradías, y se aderezasen las calles.

El buen Garci Alvarez aderezó nuestra claustra,

que como he dicho servia entonces de calle, y la iglesia estremadísimamente, y con muy buenos altares é invenciones. Entre ellas tenia una fuente, que el agua era de azahar, sin procurarlo nosotras ni aun quererlo, aunque despues mucha devocion nos hizo: y nos consolamos se ordenase nuestra fiesta con tanta solemnidad, y las calles tan aderezadas y con tanta música y menestriles, que me dijo el santo prior de las Cuevas, que nunca tal habia visto en Sevilla, que conocidamente se vió ser obra de Dios. Fué él en la procesion, que no lo acostumbraba: el arzobispo puso el Santísimo Sacramento. Veis aquí, hijas, las pobres Descalzas honradas de todos, que no parecia aquel tiempo antes que habia de haber agua para ellas, aunque hay harto en aquel rio: la gente que vino fué cosa excesiva.

Acaeció una cosa de notar á dicho de todos los que la vieron. Como hubo tantos tiros de artillería y cohetes despues de acabada la procesion, que era casi noche, antojóseles de tirar mas, y no sé como se aprende un poco de pólvora (1), que tienen á gran maravilla no matar al que lo tenia. Subió gran llama hasta lo alto de la claustra, que tenia los arcos cubiertos con unos tafetanes, que pensaron se habian hecho

(1) Así dice en la copia de la Biblioteca Nacional. En las ediciones anteriores: «y no sé cómo sea, prende un poco de pólvora.»

polvo, y no les hizo daño poco ni mucho, con ser amarillos y de carmesí: y lo que digo que es de espantar es, que la piedra que estaba en los arcos, debajo del tafetan, quedó negra del humo, y el tafetan que estaba encima, sin ninguna cosa, mas que si no hubiera llegado allí el fuego. Todos se espantaron cuando lo vieron: las monjas alabaron al Señor, por no tener que pagar otros tafetanes. El demonio debia estar tan enojado de la solemnidad que se habia hecho, y ver ya otra casa de Dios, que se quiso vengar en algo, y su Majestad no le dió lugar. Sea bendito por siempre jamás. Amen.

CAPÍTULO XXVI.

Prosigue en la misma fundacion del monasterio de San José de la ciudad de Sevilla. Trata de algunas cosas de la primera monja que entró en él, que son harto de notar.

Bien podeis considerar, hijas mias, el consuelo que teníamos aquel dia. De mí os sé decir, que fué muy grande: en especial me le dió ver que dejaba á las hermanas en casa tan buena, y en buen puesto, y conocido el monasterio, y en casa monjas, que tenian para pagar la mas parte de la casa; de manera, que con las que faltaban del número, por poco que trajesen, podian quedar sin deuda. Y sobre todo me dió alegría haber gozado de los trabajos, y cuando habia de tener algun descanso, me iba, porque esta fiesta fué el domingo antes de pascua del Espíritu Santo, año de MDLXXVI; y luego el lunes siguiente me partí yo, porque el calor entraba grande, y por si pudiese ser, no caminar la pascua, y tenerla en Mala-

gon, que bien quisiera detenerme algun dia, y por esto me habia dado harta priesa.

No fué el Señor servido, que siquiera oyese un dia misa en la iglesia. Harto se les aguó el contento á las monjas con mi partida, que sintieron mucho: como habíamos estado aquel año juntas, y pasado tantos trabajos, que como he dicho, los mas graves no pongo aquí; que á lo que me parece dejada la primera fundacion de Avila, que aquí no hay comparacion, ninguna me ha costado tanto como esta, por ser trabajos, los mas interiores. Plegue á la divina Majestad que sea siempre servido en ella, que con esto es todo poco, como yo espero que será; que comenzó su Majestad á traer buenas almas á aquella casa, que las que quedaron de las que llevé conmigo, que fueron cinco ya os he dicho cuán buenas eran, algo de lo que se puede decir, que lo menos es.

De la primera que aquí entró quiero tratar, por ser cosa que os dará gusto. Es una doncella hija de padres muy cristianos, montañés el padre. Esta, siendo de muy pequeña edad, como de siete años, pidióla á su madre una tia suya para tenerla consigo, que no tenia hijos: llevada á su casa, como la debia regalar y mostrar el amor que era razon, unas sus mujeres debian tener esperanza que les habia de dar su hacienda, antes que la niña fuese á su casa, y estaba claro, que tomándola amor, lo habia de querer mas para ella. Acordaron quitar aquella ocasion con

un hecho del demonio, que fué levantar á la niña, que queria matar á su tia, y que para esto habia dado á la una no sé qué maravedís, que la trajese de solimán. Dicho á tia como todas tres decian una cosa, luego las creyó, y la madre de la niña tambien, que es una mujer harto virtuosa.

Tomó la niña y llevóla á su casa, pareciéndole se criaba en ella una muy mala mujer. Díceme la Beatriz de la Madre de Dios, que así se llama, que pasó mas de un año, que cada dia la azotaba y atormentaba, y haciala dormir en el suelo, porque le habia de decir tan gran mal. Como la muchacha decia que no lo habia hecho, ni sabia que cosa era solimán, parecíale muy peor, viendo que tenia ánimo para encubrirlo. Afligíase la pobre madre de verla tan recia en encubrirlo, pareciéndole nunca se habia de enmendar. Harto fué no se lo levantar la muchacha, para librarse de tanto tormento, mas Dios la tuvo, como era inocente, para decir siempre verdad: y como su Magestad torna por los que están sin culpa, dió tan gran mal á las dos de aquellas mujeres que parecia tenian rabia, y secretamente enviaron por la niña á la tia, y la pidieron perdon, y viéndose á punto de muerte, se desdijeron; y la otra hizo otro tanto, que murió de parto.

En fin, todas tres murieron con tormento, en pago del que habian hecho pasar aquella inocente. Esto no lo sé de sola ella, que su madre, fatigada despues que

la vió monja de los malos tratamientos que la habia hecho, me lo contó con otras cosas, que fueron hartos sus martirios; y no teniendo su madre mas y siendo harto buena cristiana, permitia Dios, que ella fuese el verdugo de su hija, queriéndola muy mucho. Es mujer de mucha verdad y cristiandad.

Habiendo la niña como poco mas de doce años, leyendo en un libro que trata de la vida de santa Ana, tomó gran devocion con los santos del Monte Carmelo, que dice allí, que su madre de santa Ana iba á tratar con ellos muchas veces (creo se llama Merenciana) y de aquí fué tanta la devocion que tomó con esta Orden de nuestra Señora, que luego prometió ser monja de ella y castidad. Tenia muchos ratos de soledad, cuando ella podia y oracion. En especial le hacia Dios grandes mercedes, y nuestra Señora y muy particulares. Ella quisiera luego ser monja, no osaba por sus padres, ni tampoco sabia á donde hallar esta Orden, que fué cosa para notar, que con haber en Sevilla monasterio de ella de la regla mitigada, jamás vino á su noticia, hasta que supo de estos monasterios que fué despues de muchos años.

Como ella llegó á la edad para poderla casar, concertaron sus padres con quien casarla, siendo harto muchacha; mas como no tenian mas de aquella, que aunque tuvo otros hermanos, muriéronse todos, y esta, que era la menos querida, les quedó: que cuando le acaeció lo que he dicho, un hermano tenia, que

este tornaba por ella, diciendo no lo creyesen. Muy concertado ya el casamiento, pensando ella no hiciera otra cosa, cuando se lo vinieron á decir, dijo el voto que tenia hecho de no se casar, que por ningun arte, aunque la matasen, no lo haria.

El demonio que los cegaba, ó Dios que lo permitia, para que esta fuese mártir (que ellos pensaron que tenia hecho algun mal recaudo, y por eso no se queria casar) como ya habian dado la palabra, y ver afrentado al otro, diéronla tantos azotes, y hicieron en ella tantas justicias, hasta quererla colgar, que la ahogaban, que fué ventura no la matar. Dios que la queria para mas, le dió la vida. Díceme ella á mí, que ya á la postre casi ninguna cosa sentia, porque se acordaba de lo que habia padecido santa Inés, que se lo trajo el Señor á la memoria, y que se holgaba de padecer algo por Él, y no hacia sino ofrecérselo. Pensaron que muriera, que tres meses estuvo en la cama, que no se podia menear.

Parece cosa muy para notar, una doncella que no se quitaba de par de su madre, con un padre harto recatado, segun yo supe, como podian pensar de ella tanto mal; porque siempre fué santa y honesta, y tan limosnera, que cuanto ella podia alcanzar era para dar limosna. A quien nuestro Señor quiere hacer merced de que padezca, tiene muchos medios, aunque desde algunos años les fué descubriendo la virtud de su hija, de manera, que cuanto queria dar de limos-

na la daban, y las persecuciones se tornaron en regalos. Aunque con la gana que ella tenia de ser monja, todo se le hacia trabajoso, y así andaba harto desabrida y penada, segun me contaba.

Acaeció trece ó catorce años antes que el padre Gracian fuese á Sevilla, que no habia memoria de Descalzos carmelitas, estando ella con su padre y con su madre y otras dos vecinas, entró un fraile de nuestra Orden vestido de sayal, como ahora andan, descalzo. Dicen, que tenia un rostro fresco y venerable, aunque tan viejo que parecia la barba como hilos de plata, y era larga, y púsose cabe ella, y comenzóla á hablar un poco en lengua, que ni ella, ni ninguno lo entendió; y acabando de hablar, santiguóla tres veces, diciéndole—«Beatriz Dios te haga fuerte,» y fuese.

Todos no se meneaban mientras estuvo allí, sino como espantados. El padre la preguntó que quién era. Ella pensó que él le conocia. Levantáronse muy presto para buscarle, y no pareció mas. Ella quedó muy consolada, y todos espantados, que vieron era cosa de Dios, y así ya la tenian en mucho, como está dicho. Pasaron todos estos años, que creo fueron catorce, despues de esto, sirviendo ella siempre á nuestro Señor, pidiéndole que cumpliese su deseo.

Estaba harto fatigada, cuando fué allá el padre maestro fray Gerónimo Gracian: yendo un dia á oir un sermon en una iglesia de Triana, á donde su padre vivia, sin saber ella quien predicaba, que era el

padre maestro Gracian, vióle salir á tomar la bendicion. Como ella le vió el hábito y descalzo, luego se le representó el que ella habia visto, que era así el hábito, aunque el rostro y edad era diferente, que no habia el padre Gracian aun treinta años. Díceme ella, que de grandísimo contento se quedó como desmayada; que aunque habia oido que habian allí hecho monasterio en Triana, no entendia era de ellos.

Desde aquel dia fué luego á procurar confesarse con el padre Gracian, y aun esto quiso Dios que le costase mucho, que fué mas ó al menos, tantas doce veces, que nunca la quiso confesar. Como era moza y de buen parecer, que no debia de haber entonces veinte y siete años, él apartábase de comunicar con personas semejantes, que es muy recatado. Ya un dia estando ella llorando en la iglesia, que tambien era muy encogida, díjole una mujer, que ¿qué habia? Ella le dijo, que habia tanto que procuraba hablar á aquel padre, y que no tenia remedio, que estaba á la sazon confesando. Ella llevóla allá, y rogóle que oyese aquella doncella, y así se vino á confesar generalmente con él. El como vió alma tan rica, consolóse mucho, y consolóla con decirla, que podria ser fuesen monjas Descalzas, y que él haria que la tomasen luego; y así fué, que lo primero que me mandó fué, que fuese ella la primera que recibiese, porque él estaba satisfecho de su alma, y así se le dijo á ella.

Cuando íbamos, puso mucho en que no lo supie-

sen sus padres, porque no tuviera remedio de entrar. Y así el mismo dia de la santísima Trinidad dejó unas mujeres que iban con ella, que para confesarse no iba su madre, y era lejos el monasterio de los Descalzos, adonde siempre se confesaba, y hacia mucha limosna, y sus padres por ella. Tenia concertado con una muy sierva de Dios, que la llevase, y dice á las mujeres que iban con ella que era muy conocida aquella mujer por sierva de Dios en Sevilla, que hacia grandes obras, que luego vendria, y así la dejaron tomar su hábito y manto de jerga, que yo no sé como se pudo menear, sino con el contento que llevaba todo se le hizo poco. Solo temia, si la habian de estorbar, y conocer como iba cargada, que era muy fuera de como ella andaba.

Qué hace el amor de Dios! Como ya ni tenia honra, ni se acordaba sino de que no impidiesen su deseo, luego la abrimos la puerta. Yo lo envié á decir á su madre: ella vino como fuera de sí, mas dijo, que ya veia la merced que Dios hacia á su hija; y aunque con fatiga lo pasó, no con extremos de no hablarla, como otras hacen, antes en un ser nos hacia grandes limosnas.

Comenzó á gozar de su contento tan deseado la esposa de Jesucristo, tan humilde y amiga de hacer cuanto habia, que teníamos harto que hacer en quitarle la escoba: estando en su casa tan regalada, todo su descanso era trabajar. Con el contento grande

fué mucho lo que luego engordó. Esto se le dió á sus padres de manera, que ya se holgaban de verla allí.

Al tiempo que hubo de profesar dos ó tres meses antes, porque no gozase tanto bien sin padecer, tuvo grandísimas tentaciones, no porque ella se determinase á no la hacer, mas parecíale cosa muy recia: olvidados todos los años que habia padecido por el bien que tenia, la traia el demonio tan atormentada, que no se podia valer. Con todo, haciéndose grandísima fuerza, le venció de manera, que en mitad de los tormentos concertó su profesion. Nuestro Señor, que no debia de aguardar á mas de probar su fortaleza, tres dias antes de la profesion la visitó, y consoló muy particularmente, é hizo huir al demonio.

Quedó tan consolada, que parecia aquellos tres dias que estaba fuera de sí de contenta, y con mucha razon, porque la merced habia sido grande. Desde á pocos dias que entró en el monasterio, murió su padre, y su madre tomó el hábito en el mismo monasterio, y le dió todo lo que tenia en limosna, y está con grandísimo contento madre é hija, y edificacion de todas las monjas, sirviendo á quien tan gran merced las hizo. Aun no pasó un año, cuando se vino otra doncella harto sin voluntad de sus padres, y así va el Señor poblando esta su casa de almas tan deseosas de servirle, que ningun rigor se les pone delante, ni encerramiento. Sea por siempre jamás bendito y alabado por siempre jamás: amen.

CAPÍTULO XXVII.

En que trata de la fundacion de la villa de Caravaca: púsose el Santísimo Sacramento dia de año nuevo del mismo año de MDLXXVI. Es la vocacion del glorioso San José.

Estando en San José de Avila, para partirme á la fundacion que queda dicha de Veas, que no faltaba sino aderezar en lo que habíamos de ir, llega un mensajero propio, que le enviaba una señora de allí, llamada doña Catalina, porque se habian ido á su casa, desde un sermon que oyeron á un padre de la Compañía de Jesus, tres doncellas, con determinacion de no salir, hasta que se fundase un monasterio en el mismo lugar. Debia de ser cosa que tenian tratada con esta señora, que es la que les ayudó para la fundacion. Eran de los mas principales caballeros de aquella villa. La una tenia padre, llamado Rodrigo de Moya, muy gran siervo de Dios, y de mucha pru-

dencia (1). Entre todas tenian bien para pretender semejante obra. Tenian noticia de esta que ha hecho nuestro Señor, en fundar estos monasterios, que se la habian dado padres de la Compañía de Jesus, que siempre han favorecido y ayudado á ella.

Yo como vi el deseo y hervor de aquellas almas, y que de tan lejos iban á buscar la Orden de nuestra Señora, hízome devocion, y púsome deseo de ayudar á su buen intento, é informada que era cerca de Veas, llevé mas compañía de monjas de la que llevaba; porque, segun las cartas, me pareció que no se dejaria de concertar, con intento de, en acabando la fundacion de Veas, ir allá.

Mas como el Señor tenia determinado otra cosa, aprovecharon poco mis trazas, como queda dicho en la fundacion de Sevilla; que trajeron la licencia del Consejo de las Ordenes, de manera, que aunque ya estaba determinada á ir, se dejó. Verdad es, que como yo me informé en Veas de adonde era, y vi ser tan á tras mano, y de allí allá tan mal camino, que habian de pasar trabajos los que fuesen á visitar las

(1) A este caballero va dirigida la carta 47 del tomo v de las *Obras de Santa Teresa*, que es muy interesante, y en que trata de algunas visicitudes de este convento en el mismo año de la fundacion. La hija de este caballero se llamaba doña Francisca de Cuellar, y despues la hermana Francisca de la Cruz. Las hijas no siempre llevaban el apellido paterno.

monjas, y que á los prelados se les haria de mal, tenia bien poca gana de ir á fundarle. Mas, porque habia dado buenas esperanzas, pedí al padre Julian de Avila, y á Antonio Gaytan, que fuesen allá, para ver que cosa era, y si les pareciese, lo deshiciesen. Hallaron el negocio muy tibio, no de parte de las que habian de ser monjas, sino de la doña Catalina, que era el todo del negocio, y las tenia en un cuarto por sí, ya como cosa de recogimiento.

Las monjas estaban tan firmes, en especial las dos, (digo las que lo habian de ser) que supieron tan bien granjear al padre Julian de Avila, y á Antonio Gaytan, que antes que se vinieron, dejaron hechas las escrituras y se vinieron, dejándolas muy contentas, y ellos lo vinieron tanto de ellas y de la tierra, que no acababan de decirlo, tambien como del mal camino. Yo, como lo ví ya concertado, y que la licencia tardaba, torné á enviar allá al buen Antonio Gaytan, que por amor de mí todo el trabajo pasaba de buena gana, y ellos tenian aficion á que la fundacion se hiciese; porque á la verdad, se les puede á ellos agradecer esta fundacion, porque sino fueran allá y lo concertaran, yo pusiera poco en ella. Díjele que fuese, para que pusiese torno y redes, á donde se habia de tomar la posesion, y estar las monjas hasta buscar casa á propósito. Así estuvo allá muchos dias, que en la de Rodrigo de Moya, que como he dicho era padre de la una de estas doncellas, le dió parte de su casa, de

muy buena gana estuvo allí muchos dias haciendo esto.

Cuando trajeron la licencia, y yo estaba ya para partirme allá, supe que venia en ella que fuese la casa sujeta á los comendadores, y las monjas les diesen la obediencia; lo que yo no podia hacer, por ser la Orden de nuestra Señora del Cármen; y así tornaron de nuevo á pedir la licencia, que en esta, y en la de Veas no hubiera remedio. Mas hízome tanta merced el rey, que en escribiéndole yo, mandó que se diese, que es al presente don Felipe (1), tan amigo de favorecer los religiosos, que entiende que guardan su profesion, que como hubiese sabido la manera del proceder de estos monasterios, y ser de la primera regla, en todo nos ha favorecido: y así, hijas, os ruego yo mucho, que siempre se haga particular oracion por su Majestad, como ahora la hacemos.

Pues como se hubo de tornar por la licencia, partíme yo para Sevilla por mandado del padre provincial, que era entonces, y es ahora, el padre maestro fray Gerónimo Gracian de la Madre de Dios, como queda dicho, y estuviéronse las pobres doncellas encerradas hasta el dia de año nuevo adelante; y cuando ellas enviaron á Avila era por febrero. La licencia luego se trajo con brevedad: más como yo estaba tan lejos, y con tantos trabajos, no podia remediarlas, y

(1) En las ediciones anteriores *Don Felipe Segundo.*

habíalas harta lástima; porque me escribian muchas veces con mucha pena, y así ya no se sufria detenerlas mas.

Como ir yo era imposible, así por estar lejos, como por no estar acabada aquella fundacion, acordó el padre maestro fray Gerónimo Gracian, que era visitador apostólico como está dicho, que fuesen las monjas que allí habian de fundar (aunque no fuese yo) que se habian quedado en San José de Malagon.

Procuré que fuese priora de quien yo confiaba lo haria muy bien, (porque es harto mejor que yo) y llevando todo recaudo, se partieron con dos padres Descalzos de los nuestros, que ya el padre Julian de Avila, y Antonio Gaytan, habia dias que se habian tornado á sus tierras; y por ser tan lejos no quise viniesen, y tan mal tiempo, que era en fin de diciembre. Llegadas allá, fueron recibidas con gran contento del pueblo, en especial de las que estaban encerradas. Fundaron el monasterio, poniendo el santísimo Sacramento, dia del nombre de Jesus, año de MDLXXVI. Luego tomaron las dos hábito; la otra tenia mucho humor de melancolía, y debíale de hacer mal estar encerrada, cuanto mas tanta estrechura y penitencia: acordó de tornarse á su casa con una hermana suya. Mirad, mis hijas, los juicios de Dios, y la obligacion que tenemos de servirle las que nos ha dejado perseverar hasta hacer profesion, y quedar para siempre en la casa de Dios, y por hijas

de la Vírgen, que se aprovechó su Majestad de la voluntad de esta doncella, y de su hacienda, y al tiempo que habia de gozar de lo que tanto habia deseado, faltóle la fortaleza, y sujetóla el humor, á quien muchas veces, hijas, echamos la culpa de nuestras imperfecciones y mudanzas.

Plegue á su Majestad que nos dé abundantemente su gracia, que con esto no habrá cosa que nos ataje los pasos, para ir siempre adelante en su servicio, y que á todas nos ampare y favorezca, para que no se pierda por nuestra flaqueza un tan gran principio, como ha sido servido que comience en unas mujeres tan miserables como nosotras. En su nombre os pido, hermanas é hijas mias, que siempre lo pidais á nuestro Señor, y que cada una haga cuenta de las que vinieren, que en ella torna á comenzar esta primera regla de la Orden de la Vírgen nuestra Señora; y en ninguna manera se consienta en nada relajacion. Mirá que de muy pocas cosas se abre puerta para muy grandes, y que sin sentirlo se os irá entrando el mundo.

Acordáos con la pobreza y trabajo que se ha hecho lo que vosotras gozais con descanso; y si bien lo advertís, vereis que estas casas en parte no las han fundado hombres las mas de ellas, sino la mano poderosa de Dios, y que es muy amigo su Majestad de llevar adelante las obras que Él hace, si no queda por nosotras. ¿De dónde pensais que tuviera poder una

mujercilla como yo, para tan grandes obras, sujeta, sin solo un maravedí, ni quien con nada me favoreciese? Que este mi hermano, que ayudó en la fundacion de Sevilla, que tenia algo y ánimo y buena alma para ayudar algo, estaba en las Indias. Mirad, mirad, mis hijas, la mano de Dios. Pues no seria por ser de sangre ilustre el hacerme honra: de todas cuantas maneras lo querais mirar, entendereis ser obra suya.

No es razon que nosotras la disminuyamos en nada, aunque nos costase la vida, la honra y el descanso, cuanto mas, que todo lo que tenemos aquí junto; porque vida es vivir de manera, que no se tema la muerte ni todos los sucesos de la vida, y estar con esta ordinaria alegría, que ahora todas traeis, y esta prosperidad que no puede ser mayor, que es no temer la pobreza, antes desearla. ¿Pues á qué se puede comparar la paz interior y esterior, con que siempre andais? En vuestra mano está vivir y morir con ella, como veis que mueren las que hemos visto morir en estas casas. Porque, si siempre pedís á Dios lo lleve adelante, y no fiais nada de vosotras, no os negará su misericordia, si teneis confianza en Él, y ánimos animosos, que es muy amigo su Majestad de esto.

No hayais miedo que os falte nada: nunca dejeis de recibir las que vinieren á ser monjas, como os contenten sus deseos y talentos, y que no sea por solo remediarse, sino por servir á Dios con mas perfeccion, porque no tenga bienes de fortuna, si los tiene

de virtudes; que por otra parte remediará Dios lo que por esta habíades de remediar con el doblo. Gran esperiencia tengo de ello: bien sabe su Majestad que, á cuanto me puedo acordar, jamás he dejado de recibir ninguna por esta falta, como me contentase lo demas. Testigos son las muchas que están recibidas solo por Dios, como vosotras sabeis. Y puédoos certificar, que no me daba tan gran contento cuando recibia á la que traia mucho, como las que tomaba solo por Dios; antes las habia miedo, y las pobres me dilataban el espíritu, y daba un gozo tan grande, que me hacia llorar de alegría: esto es verdad.

Pues si cuando estaban las casas por comprar y por hacer, nos ayudó tambien con esto, despues de tener adonde vivir, por qué no se ha de hacer? Creedme, hijas, que por donde pensais acrecentar perdereis. Cuando la que viene lo tuviere, no teniendo otras obligaciones, como lo ha de dar á otros, que no lo han por ventura menester, bien es que os lo dé en limosna; que yo confieso, que me pareciera desamor si esto no hicieran. Mas siempre tened delante á que la que entrare, haga de lo que tuviere conforme á lo que la aconsejaren letrados, que es mas servicio de Dios; porque harto mal seria, que pretendiésemos bien de ninguna que entra, sino yendo por este fin. Mucho mas ganamos en que ella haga lo que debe á Dios, digo con mas perfeccion, que en cuanto puede traer, pues no pretendemos todas otra cosa, ni Dios nos dé

tal lugar, sino que sea su Majestad servido en todo, y por todo.

Y aunque yo soy miserable y ruin, para honra y gloria suya lo digo, y para que os holgueis de cómo se han fundado estas casas suyas; que nunca en negocios de ellas, ni en cosa que se me ofreciese para esto, si pensára no salir con ninguna, si no era torciendo en algo este intento, en ninguna manera hiciera cosa, ni la he hecho (digo en estas fundaciones) que yo entendiese torcia de la voluntad del Señor un punto, conforme á lo que me aconsejaban mis confesores, que siempre han sido, despues que ando en esto, grandes letrados y siervos de Dios, como sabeis, ni que me acuerde llegó jamás á mi pensamiento otra cosa.

Quizá me engaño, y habré hecho muchas que no me entienda, é imperfecciones serán sin cuento. Esto sabe nuestro Señor, que es verdadero juez (á cuanto yo he podido entender de mí digo) y tambien veo muy bien, que no venia esto de mí, sino de querer Dios se hiciese esta obra, y como cosa suya me favorecia, y hacia esta merced; que para este propósito lo digo, hijas mias, de que entendais estar mas obligadas, y sepais que no se han hecho con agraviar á ninguno hasta ahora. Bendito sea el que todo lo ha hecho, y despertado la caridad de las personas que nos han ayudado. Plegue á su Majestad que siempre nos ampare y dé gracia, para que no seamos ingratas á tantas mercedes, amen.

Ya habeis visto, hijas, que se han pasado algunos trabajos, aunque creo son los menos los que he escrito, porque si se hubieran de decir por menudo era gran cansancio, así de los caminos, como con aguas y nieves, y con perderlos, y sobre todo muchas veces con tan poca salud, que alguna me acaeció (no sé si lo he dicho) (1) que era en la primera jornada que salimos de Malagon para Veas, que iba con calentura; y tantos males juntos, que me pareció, mirando lo que tenia por andar, y viéndome así, acordarme de nuestro padre Elías, cuando iba huyendo de Jezabél, y decir—Señor, ¿cómo tengo yo de poder sufrir esto? Miradlo Vos. Verdad es, que como su Majestad me vió tan flaca, repentinamente me quitó la calentura y el mal; tanto que hasta despues, que he caido en ello, pensé que era porque habia entrado allí un siervo de Dios clérigo: y quizá seria ello, al menos fué repentinamente quitarme el mal esterior é interior.

En teniendo salud con alegría pasaba los trabajos corporales. Pues el llevar condiciones de muchas personas, que era menester en cada pueblo, no se trabaja poco; y en dejar las hijas y hermanas mias, cuando me iba de una parte á otra, yo os digo, que co-

(1) En el capítulo 22, donde correspondia decirlo, habíalo omitido. Echase de ver en esto la rapidez y naturalidad con que escribia Santa Teresa, pues no quiso detenerse á repasar lo escrito.

mo yo las amo tanto, que no ha sido la mas pequeña cruz. En especial cuando pensaba que no las habia de tornar á ver, y veia su gran sentimiento y lágrimas, que aunque están de otras cosas desasidas, esta no se lo ha dado Dios, por ventura para que me fuese á mí mas tormento, que tampoco lo estoy de ellas, aunque me esforzaba todo lo que podia para no se lo mostrar, y las reñia; mas poco me aprovechaba, que es grande el amor que me tienen, y bien se ve en muchas cosas ser verdadero.

Tambien habeis oido como era, no solo con licencia de nuestro reverendísimo padre general, sino dada debajo de precepto ó mandamiento despues; y no solo esto, sino que cada casa que se fundaba, me escribia recibir grandísimo contento, habiendo fundado las dichas: que cierto el mayor alivio que yo tenia en los trabajos, era ver el contento que á él le daba, por parecerme que en dársele servia á nuestro Señor, por ser mi prelado, y dejado de eso yo le amo mucho.

O es que su Majestad fué servido de darme ya algun descanso, ó que al demonio le pesó, porque se hacian tantas casas á donde se servia nuestro Señor (bien se ha entendido no fué por voluntad de nuestro padre general; porque me habia escrito, suplicándole yo no me mandase ya fundar mas casas, que no lo haria porque deseaba fundase tantas como tengo cabellos en la cabeza, y esto no habia muchos años) antes que me viniese de Sevilla de un capítulo gene-

ral que se hizo, adonde parece se habia de tener en servicio lo que se habia acrecentado la Orden, tráenme un mandamiento dado en el definitorio, no solo para que no fundase mas, sino para que por ninguna via saliese de la casa que eligiese para estar, que es como manera de cárcel.

Porque no hay monjas que para cosas necesarias al bien de la Orden no las pueda mandar ir el provincial de una parte á otra, digo de un monasterio á otro, y lo peor era, estar disgustado conmigo nuestro padre general, que era lo que á mí me daba pena, harto sin causa, sino con informaciones de personas apasionadas. Con esto me dijeron otras dos cosas de testimonios bien graves, que me levantaban.

Yo os digo, hermanas, para que veais la misericordia de nuestro Señor, y como no desampara su Magestad á quien desea servirle, que no solo no me dió pena, sino un gozo tan accidental, que no cabia en mí, de manera, que no me espanto de lo que hacia el rey David, cuando iba delante del arca del Señor; porque no quisiera yo entonces hacer otra cosa, segun el gozo, que no sabia como le encubrir. No sé la causa, porque en otras grandes murmuraciones y contradicciones en que me he visto no me acaeció tal, mas al menos la una cosa de estas, que me dijeron era gravísima (1). Que esto de no fundar, si no era

(1) Una de las cosas de que la acusaban era de la forma

por el disgusto del reverendísimo general, era gran descanso para mí, y cosa que yo deseaba muchas veces acabar la vida en sosiego; aunque no pensaban esto los que lo procuraban, sino que me hacian el mayor pesar del mundo, y otros buenos intentos tenian quizá.

Tambien algunas veces me daban contento las grandes contradiciones y dichos, que en este andar á fundar ha habido, con buena intencion unos, otros por otros fines: mas tan gran alegria como de esto sentí, no me acuerdo por trabajo que me venga haberla sentido; que yo confieso, que en otro tiempo, cualquiera cosa de las tres que me vinieron juntas, fuera harto trabajo para mí. Creo fué mi gozo principal parecerme, que pues las criaturas me pagaban así, que tenia contento al Criador.

Porque tengo entendido, que el que le tomare por cosas de la tierra, ó dichos de alabanzas de los hombres, está muy engañado, dejado de la poca ganancia que en esto hay: una cosa les parece hoy, otra mañana; de lo que una vez dicen bien, presto tornan á decir mal. Bendito seais Vos, Dios y Señor mio, que sois inmutable por siempre jamás, amen. Quien

---

en que habia hecho su viaje al regreso de Sevilla, en compañía de su hermano D. Lorenzo, haciendo culpable á santa Teresa de la generosidad y esplendidez de aquel.

os sirviere hasta la fin vivirá sin fin en vuestra eternidad.

Comencé á escribir estas fundaciones por mandado del padre maestro Ripalda de la Compañía de Jesus, como dije al principio, que era entonces rector del colegio de Salamanca, con quien yo entonces me confesaba. Estando en el monasterio del glorioso San José, que está allí, año MDLXXIII escribí algunas de ellas, y con las muchas ocupaciones habíalas dejado, y no queria pasar adelante, por no me confesar ya con el dicho, á causa de estar en diferentes partes, y tambien por el gran trabajo y trabajos, que me cuesta lo que he escrito, aunque como ha sido siempre mandado por obediencia, yo los doy por bien empleados: estando muy determinada á esto, me mandó el padre comisario apostólico (que es ahora el maestro fray Gerónimo Gracian de la Madre de Dios) que las acabase.

Diciéndole yo el poco lugar que tenia, y otras cosas que se me ofrecieron, (que como ruin obediente le dije) porque tambien se me hacia gran cansancio sobre otros que tenia, con todo me mandó que, poco á poco, ó como pudiese, las acabase: así lo he hecho, sujetándome en todo á que quiten los que entienden, lo que es mal dicho. Que por ventura lo que á mí me parece mejor irá mal. Háse acabado hoy, víspera de San Eugenio, á catorce dias del mes de

Noviembre, año de MDLXXVI, en el monasterio de San José de Toledo, adonde ahora estoy por mandado del padre comisario apostólico el maestro fray Gerónimo Gracian de la Madre de Dios, á quien ahora tenemos por prelado de Descalzos y Descalzas de la primitiva regla, siendo tambien visitador de los de la mitigada de la Andalucía, á gloria y honra de nuestro Señor Jesucristo, que reina y reinará para siempre, amen.

Por amor de nuestro Señor pido á las hermanas y hermanos, que esto leyeren, me encomienden á nuestro Señor, para que haya misericordia de mí, y me libre de las penas del purgatorio, y me deje gozar de sí, si hubiere merecido estar en él: pues mientras fuere viva no lo habeis de ver, séame alguna ganancia para despues de muerta lo que me he cansado en escribir esto, y el gran deseo con que lo he escrito de acertar á decir algo que os dé consuelo, si tuvieren por bien que lo leais.

CAPÍTULO XXVIII.

JESUS.

La fundacion de Villanueva de la Jara.

Acabada la fundacion de Sevilla, cesaron las fundaciones por mas de cuatro años: la causa fué, que comenzaron grandes persecuciones, muy de golpe, á los Descalzos y Descalzas, que aunque ya habia habido hartas, no en tanto extremo, que estuvo á punto de acabarse todo. Mostróse bien lo que sentia el demonio este santo principio, que nuestro Señor habia comenzado, y ser obra suya, pues fué adelante. Padecieron mucho los Descalzos, en especial las cabezas, de graves testimonios, y contradiciones de casi todos los padres Calzados. Estos informaron á nuestro reverendísimo padre general, de manera, que, con ser muy santo, y el que habia dado la licencia para que se fundasen todos los monasterios, fuera de

San José de Avila, que fué el primero, que este se hizo con licencia del Papa, le pusieron de suerte, que ponia mucho porque no pasasen adelante los Descalzos, que con los monasterios de las monjas siempre estaba bien.

Y porque yo ayudaba á esto le pusieron desabrido conmigo, que fué el mayor trabajo que yo he pasado en estas fundaciones, aunque he pasado hartos; porque dejar de ayudar á que fuese adelante obra, adonde yo claramente veia servirse nuestro Señor, y acrecentarse nuestra Orden, no me lo consentian muy grandes letrados, con quien yo me confesaba, y aconsejaba: y ir contra lo que veia queria mi prelado, érame una muerte; porque, dejada la obligacion que le tenia por serlo, amábale muy tiernamente, y debíaselo bien debido. Verdad es, que aunque yo quisiera en esto darle contento, no podia, por haber visitadores apostólicos, á quien forzado habia de obedecer.

Murió un Nuncio santo, que favorecia mucho la vrtud, y así estimaba los Descalzos (1). Vino otro,

(1) Monseñor Nicolás Ormaneto, uno de los prelados mas celosos que tuvo la Iglesia en el siglo XVI. Estuvo en Inglaterra con el cardenal Polo, y despues en el concilio de Trento. San Cárlos Borromeo le tuvo de vicario general, y despues fué obispo de Pádua. Vino de nuncio á España en 1572, y murió en Junio de 1577, en tal pobreza, por efecto de su caridad, que hubo de costearle sus funerales Felipe II.

que parecia le habia enviado Dios para ejercitarnos en padecer (1): era algo deudo del Papa, y debe ser siervo de Dios, sino que comenzó á tomar muy á pechos favorecer á los Calzados; y conforme á la informacion que le hacian de nosotros, enteróse mucho en que era bien no fuesen adelante estos principios, y así comenzó á ponerlo por obra con grandísimo rigor, condenando á los que le pareció le podrian resistir, encarcelándolos, desterrándolos.

Los que mas padecieron, fué el padre fray Antonio de Jesus, que es el que comenzó el primer monasterio de Descalzos, y el padre fray Gerónimo Gracian, á quien habia hecho el Nuncio pasado visitador apostólico de los del Paño, con el cual fué grande el disgusto que tuvo, y con el padre Mariano de San Benito. De estos padres he dicho ya quienes son en las fundaciones pasadas: otros de los mas graves penitenció, aunque no tanto. A estos ponia muchas censuras, que no tratasen de ningun negocio; bien se entendia venir todo de Dios, y que lo permitia su Ma-

(1) Monseñor Filipo Sega: habia estado con don Juan de Austria en Bélgica, y desde allí vino á España. Antes de que saliera de Italia para Bélgica, procuraron los carmelitas italianos congraciarse con él, como lo consiguieron, por medio de su pariente el cardenal Boncompagni, protector de los calzados, y sobrino del papa Gregorio XIII. De aquí la prevencion del nuncio contra santa Teresa y su instituto.

jestad para mayor bien, y para que fuese mas entendida la virtud de estos padres, como lo ha sido. Puso prelado del Paño, para que visitase nuestros monasterios de monjas y de los frailes, que á haber lo que él pensaba, fuera harto trabajo, y así se pasó grandísimo, como se escribirá de quien lo sepa mejor decir que yo.

No hago sino tocar en ello, para que entiendan las monjas que vinieren, cuán obligadas están á llevar adelante la perfeccion, pues hallan llano lo que tanto ha costado á las de ahora, que algunas de ellas han padecido muy mucho en estos tiempos, de grandes testimonios, que me lastimaba á mí muy mucho mas de lo que yo pasaba, que esto antes me era gran gnsto. Parecíame ser yo la causa de toda esta tormenta, y que si me echasen en la mar, como á Jonás, cesaria la tempestad. Sea Dios alabado, que favorece la verdad. Y así sucedió en esto, que como nuestro católico rey don Felipe supo lo que pasaba, y estaba informado de la vida y religion de los Descalzos, tomó la mano á favorecernos, de manera, que no quiso juzgase solo el Nuncio nuestra causa, sino dióle cuatro acompañados, personas graves, y las tres religiosos, para que se mirase bien nuestra justicia. Era el uno de ellos el padre maestro fray Pedro Fernandez, persona de muy santa vida y grandes letras y entendimiento. Habia sido comisario apostólico, y visitador de los del Paño de la provincia de Castilla, á quien

los Descalzos estuvimos tambien sujetos, y sabia bien la verdad de cómo vivian los unos y los otros, que no deseábamos todos otra cosa, sino que esto se entendiese (1). Y así, en viendo yo que el rey le habia nombrado, dí el negocio por acabado, como por la misericordia de Dios lo está. Plegue á su Majestad sea para honra y gloria suya. Aunque eran muchos los señores del reino y obispos, que se daban priesa á informar de la verdad al Nuncio, todo aprovechaba poco, si Dios no tomara por medio al rey.

Estamos todas, hermanas, muy obligadas á siempre en nuestras oraciones encomendarle á nuestro Señor, y á los que han favorecido su causa, y de la Vírgen nuestra Señora: así os lo encomiendo mucho. Ya vereis, hermanas, el lugar que habia para fundar: todas nos ocupábamos en oraciones y penitencias, sin cesar, para que lo fundado llevase Dios adelante, si se habia de servir de ello.

---

(1) Fué nombrado por san Pio V, á peticion de Felipe II, que no quedó del todo satisfecho con la visita del padre Rossi. El padre Fernandez hizo la visita á pié, con un compañero, llamando la atencion este rasgo de austeridad. Mientras estuvo en Pastrana vivió como los descalzos, y seguia en todo su regla. Por eso no es de extrañar que santa Teresa confiara tanto en él.

En el tomo de *Cartas* de santa Teresa se verán mas circunstanciadamente, y paso á paso, las vicisitudes de esta persecucion.

En el principio de estos grandes trabajos, que dichos tan en breve, os parecerán poco, y padecidos tanto tiempo, ha sido muy mucho, estando yo en Toledo, que venia de la fundacion de Sevilla, año de MDLXXVI me llevó cartas un clérigo de Villanueva de la Jara, del ayuntamiento de este lugar, que iba á negociar conmigo admitiese para monasterio nueve mujeres que se habian entrado juntas, en una ermita de la gloriosa santa Ana, que habia en aquel pueblo, con una casa pequeña cabe ella, algunos años habia, y vivian con tanto recogimiento y santidad, que convidaba á todo el pueblo á procurar cumplir sus deseos, que eran ser monjas. Escribióme tambien un doctor, cura que es de este lugar, llamado Agustin de Ervias, hombre docto y de mucha virtud. Esta le hacia ayudar cuanto podia á esta santa obra. A mí mepareció cosa que en ninguna manera convenia admitirle por estas razones.

La primera, por ser tantas, y parecíame ser cosa muy dificultosa, mostradas á su manera de vivir, acomodarse á la nuestra. La segunda, porque no tenian casi nada para poderse sustentar, y el lugar no es poco mas de mil vecinos, que para vivir de limosna, es poca ayuda: aunque el ayuntamiento se ofrecia á sustentarlas, no me parecia cosa durable. La tercera, que no tenian casa. La cuarta, estar léjos de estotros monasterios. Y aunque me decian eran muy buenas, como no las habia visto, no podia entender si tenian

los talentos que pretendemos en estos monasterios: y asíme determiné á despedirlo del todo. Para esto quise primero hablar á mi confesor, que era el doctor Velazquez, canónigo, y catedrático de Toledo, hombre muy letrado, y virtuoso, que ahora es obispo de Osma; porque siempre tengo de costumbre no hacer cosa por mi parecer, sino de personas semejantes. Como vió las cartas y entendió el negoció, díjome que no le despidiese, sino que respondiese bien; porque cuando tantos corazones juntaba Dios en una cosa, se entendia se habia de servir de ella. Yo lo hice así, que ni lo admití del todo, ni lo despedí. En importunar por ello, y procurar personas por quien yo lo hiciese, se pasó hasta este año de LXXX, con parecerme siempre que era desatino admitirlo. Cuando respondia, nunca podia responder del todo mal.

Acertó á venir á cumplir su destierro el padre fray Antonio de Jesus al monasterio de nuestra Señora del Socorro, que está tres leguas de este lugar de Villanueva, y viniendo á predicar á él, y el prior de este monasterio, que al presente es el padre fray Gabriel de la Asuncion, persona muy avisada y siervo de Dios, venia tambien mucho á el mismo lugar, que eran amigos del doctor Ervias, y comenzaron á tratar con estas santas hermanas; y aficionados de su virtud, y persuadidos del pueblo y del doctor, tomaron este negocio por propio, y comenzaron á persuadirme con mucha fuerza con cartas; y estando yo en San José

de Malagon (que es 26 leguas, y mas, de Villanueva) fué el mismo padre prior á hablarme sobre ello, dándome cuenta de lo que se podia hacer, y como despues de hecho daria el doctor Ervias trescientos ducados de renta, sobre la que él tiene de su beneficio: que se procurase de Roma.

Esto se me hizo muy incierto, pareciéndome habria flojedad despues de hecho, que con lo poco que ellas tenian bien bastaba; y así dije muchas razones al padre prior, para que viese no convenia hacerse, y á mi parecer bastantes, y dije, qne lo mirase mucho él, y el padre fray Antonio, que yo lo dejaba sobre su conciencia, pareciéndome que lo que yo les decia bastaba para no hacerse. Despues de ido, consideré cuán aficionado estaba á ello, y que habia de persuadir al prelado que ahora tenemos, que es el maestro fray Angel de Salazar, para que lo admitiese, y dime mucha priesa á escribirle, suplicándole que no diese esta licencia, diciéndole las causas, y segun él despues me escribió, no la habia querido dar, sino era pareciéndome á mí bien.

Pasaron como mes y medio, no sé si algo más: cuando ya pensé lo tenia estorbado, envíanme un mensajero con cartas del ayuntamiento, donde se obligaban, que no les faltaria lo que hubiesen menester, y el doctor Ervias, á lo que tengo dicho, y cartas de estos dos reverendos padres con mucho encarecimiento. Era tanto lo que yo temia el admitir tantas her-

manas, pareciéndome habia de haber algun bando contra las que fuesen, como suele acaecer, y tambien en no ver cosa segura para su mantenimiento; porque lo que ofrecian no era cosa que hacia fuerza, que me vi en harta confusion. Despues entendí era el demonio, que con haberme el Señor dado ánimo, me tenia con tanta pusilanimidad entonces, que no parece confiaba nada de Dios. Mas las oraciones de aquellas benditas almas en fin pudieron mas.

Acabando un dia de comulgar, y estándolo encomendando á Dios, como hacia muchas veces, que lo que me hacia responderlos antes bien, era temer si estorbaba algun aprovechamiento de algunas almas (que siempre mi deseo es ser algun medio para que se alabase nuestro Señor, y hubiese mas quien le sirviese) me hizo su Majestad una gran reprension, diciéndome—«¿Que con qué tesoros se habia hecho lo que estaba hecho hasta aquí?: que no dudase de admitir esta casa, que seria para mucho servicio suyo, y aprovechamiento de las almas.

Como son tan poderosas estas palabras de Dios, que no solo las entiende el entendimiento, sino que le alumbra para entender la verdad, y dispone la voluntad para querer obrarlo, así me acaeció á mí, que no solo gusté de admitirlo, sino que me pareció habia sido culpa tanto detenerme, y estar tan asida á razones humanas, pues tan sobre razon he visto lo que su Majestad ha obrado por esta sagrada religion. Deter-

minada en admitir esta fundacion me pareció ir yo con las monjas, que en ella habian de quedar, por muchas cosas que se me representaron, aunque el natural sentia mucho, por haber venido bien mala hasta Malagon, y andarlo siempre.

Mas pareciéndome se serviria nuestro Señor, lo escribí al prelado, para que me mandase lo que mejor le pareciese, el cual envió la licencia para la fundacion, y precepto para que me hallase presente, y llevase las monjas que me pareciese, que me puso en harto cuidado, por haber de estar con las que allá estaban. Encomendándolo mucho á nuestro Señor, saqué dos del monasterio de San José de Toledo, la una para priora; y dos del de Malagon, y la una para supriora: y como tanto se habia pedido á su Majestad, acertóse muy bien, que no lo tuve en poco; porque en las fundaciones que de solas nosotras comienzan, todo se acomoda bien.

Vinieron por nosotras el padre fray Antonio de Jesus y el padre prior fray Gabriel de la Asuncion. Dado todo recaudo del pueblo, partimos de Malagon, sábado antes de Cuaresma, á trece dias de Febrero, año de MDLXXX. Fué Dios servido de hacer tan buen tiempo, y darme tanta salud, que parecia nunca haber tenido mal; que yo me espantaba, y consideraba lo mucho que importa no mirar nuestra flaca disposicion, cuando entendemos se sirve el Señor, por contradicion que se nos ponga delante, pues es poderoso

de hacer de los flacos fuertes, y de los enfermos sanos; y cuando esto no hiciere, será lo mejor padecer por nuestra alma, y puestos los ojos en su honra y gloria, olvidarnos á nosotros.

¿Para qué es la vida y la salud, sino para perderla por tan gran Rey y Señor? Creedme, hermanas; que jamás os irá mal en ir por aquí. Yo confieso, que mi ruindad y flaqueza muchas veces me ha hecho temer y dudar; mas no me acuerdo ninguna, despues que el Señor me dió hábito de Descalza, ni algunos años antes, que no me hiciese merced, por su sola misericordia, de vencer estas tentaciones, y arrojarme á lo que entendia era mayor servicio suyo, por dificultoso que fuese. Bien claro entiendo que era poco lo que hacia de mi parte, mas no quiere mas Dios de esta determinacion, para hacerlo todo de la suya. Sea por siempre bendito y alabado, amen.

Habiamos de ir al monasterio de nuestra Señora del Socorro, que ya queda dicho que está tres leguas de Villanueva, y detenernos allí para avisar como íbamos, que lo tenian así concertado, y yo era razon obedeciese á estos padres, con quien íbamos, en todo. Está esta casa en un desierto y soledad harto sabrosa, y como llegamos cerca, salieron los frailes á recibir á su prior con mucho concierto: como iban descalzos, y con sus capas pobres de sayal, hiciéronnos á todos devocion, y á mí me enterneció mucho, pareciéndome estar en aquel florido tiempo de nuestros santos padres.

Parecian en aquel campo unas flores blancas olorosas, y así creo yo lo son á Dios, porque á mi parecer es allí servido muy á las veras. Entraron en la iglesia con un *Te Deum*, y voces muy mortificadas. La entrada de ella es debajo de tierra, como por una cueva, que representaba la de nuestro padre Elías. Cierto yo iba con tanto gozo interior, que diera por muy bien empleado mas largo camino, aunque me hizo harta lástima ser ya muerta la santa, por quien nuestro Señor fundó esta casa, que no merecí verla, aunque lo deseé mucho.

Paréceme no será cosa ociosa tratar aquí algo de su vida, y por los términos que nuestro Señor quiso se fundase allí este monasterio, que tanto provecho ha sido para muchas almas de los lugares de alrededor, segun soy informada; y para que viendo la penitencia de esta santa, veais, mis hermanas, cuan atras quedamos nosotras, y os esforceis para de nuevo servir á nuestro Señor, pues no hay porque seamos para menos, pues no venimos de gente tan delicada y noble; que aunque esto no importe, dígolo porque habia tenido vida regalada, conforme á quien era, que venia de los duques de Cardona, y así se llamaba ella doña Catalina de Cardona. Despues de algunas veces que me escribió, solo firmaba *la Pecadora*. De su vida, antes que el Señor la hiciese tan grandes mercedes, dirán los que escribieren su vida, y mas particularmente lo mucho que hay que decir de ella:

por si no llegare á vuestra noticia, diré aquí lo que me han dicho algunas personas que la trataban, y dignas de creer.

Estando esta santa entre personas y señoras de mucha calidad, siempre tenia mucha cuenta con su alma y hacia penitencia. Creció tanto el deseo de ella, y de irse adonde sola pudiese gozar de Dios y emplearse en hacer penitencia, sin que ninguno la estorbase. Esto trataba con sus confesores, y no se lo consentian, que, como está ya el mundo tan puesto en discusion, y casi olvidadas las grandes mercedes que hizo Dios á los santos y santas, que en los desiertos le sirvieron, no me espanto les pareciese desatino; mas como no deja su Majestad de favorecer á los verdaderos deseos, para que se pongan en obra, ordenó que se viniese á confesar con un padre francisco, que llaman fray Francisco de Torres, á quien yo conocí muy bien, y le tengo por santo, y con grande fervor de penitencia y oracion há muchos años que vive, y con hartas persecuciones. Debe bien saber la merced que Dios hace á los que se esfuerzan á recibirla, y así le dijo, que no se detuviese, sino que siguiese el llamamiento que su Majestad le hacia; no sé si lo fueron estas las palabras, mas entiéndese, pues luego lo puso por obra.

Descubrióse á un ermitaño, que estaba en Alcalá, y rogóle se fuese con ella, sin que jamás lo dijese á ninguna persona: y aportaron adonde está este mo-

nasterio, donde halló una covezuela, que apenas cabia, aquí la dejó. Mas ¡qué amor debia llevar! pues ni tenia cuidado de lo que habia de comer, ni los peligros que le podian suceder, ni la infamia que podia haber, cuando no pareciese. ¡Qué borracha debia ir esta santa alma, embebida en que ninguno la estorbase gozar de su Esposo, y determinada de no querer mas mundo, pues así huia de todas sus contentos! Consideremos esto bien, hermanas, y miremos como de un golpe lo venció todo; porque aunque no sea menos lo que vosotras haceis en entraros en esta sagrada religion, y ofrecer á Dios vuestra voluntad, y profesar tan contínuo encerramiento, no sé si se pasan estos fervores del principio en algunas, y tornamos á sujetarnos en algunas cosas de nuestro amor propio. Plegue á la divina Majestad que no sea así, sino que ya que remedamos á esta santa en querer huir del mundo, estemos en todo muy fuera de él en lo interior.

Muchas cosas he oido de la grande aspereza de su vida, y débese de saber lo menos; porque en tantos años como estuvo en aquella soledad con tan grandes deseos de hacerla, no habiendo quien á ello le fuese á la mano, terriblemente debia de tratar su cuerpo. Diré lo que á ella misma oyeron algunas personas, y las monjas de San José de Toledo, adonde ella entró á verlas, y como con hermanas hablaba con llaneza, y así lo hacia con otras personas, porque era grande

su sencillez, y debíalo de ser la humildad. Y como quien tenia entendido, que no tenia ninguna cosa de sí, estaba muy léjos de vanagloria, y gozábase de decir las mercedes que Dios le hacia, para que por ellas fuese alabado y glorificado su nombre. Cosa peligrosa para los que no han llegado á este estado; que por lo menos les parece alabanza propia. Aquella llaneza y santa simplicidad la debió librar de esto, porque nunca oí ponerle esta falta.

Dijo que habia estado ocho años en aquella cueva, y muchos dias pasándose con las yerbas del campo y raíces; porque como se le acabaron tres panes que la dejó el que fué con ella, no lo tenia, hasta que fué por allí un pastorcico: este la proveia despues de pan y harina, que era lo que ella comia, unas tortillas (1) cocidas en la lumbre, y no otra cosa: esto á tercer dia. Y es muy cierto, qué aun los frailes que están allí, son testigos, y era ya despues que ella estaba muy gastada, algunas veces la hacian comer una sardina, ú otras cosas, cuando ella fué á procurar como hacer monasterio; y antes sentia daño que provecho.

(1) *Tortillas* por tortas pequeñas, ó la masa de harina cocida en la lumbre, ó sobre una piedra. El uso de este diminutivo parece indicar que aun no se aplicaba entonces para designar la pasta del huevo batido y frito, á la que se dió este nombre por su semejanza con la masa, que santa Teresa llama aquí *tortilla*, ó torta pequeña.

Vino nunca lo bebió que yo haya sabido: las disciplinas eran con una gran cadena, y duraban muchas veces dos horas, y hora y media.

Los cilicios tan asperísimos, que me dijo una persona, mujer, que viniendo de romería, se habia quedado á dormir con ella una noche, y héchose dormida, y que la vió quitar los cilicios llenos de sangre, y limpiarlos. Y mas era lo que pasaba (segun ella decia á estas monjas que he dicho) con los demonios, que le aparecian como unos alanos grandes, y se le subian por los hombros; otras veces como culebras: ella no les habia ningun miedo. Despues que hizo el monasterio, todavía se iba, y estaba y dormia, á su cueva, si no era ir á los oficios divinos. Y antes que se hiciese, iba á misa á un monasterio de Mercenarios, que está un cuarto de legua, y algunas veces de rodillas. Su vestido era buriel, y túnica de sayal, y de manera hecho, que pensaban que era hombre. Despues de estos años, que aquí estuvo tan á solas, quiso el Señor se divulgase, y comenzaron á tener tanta devocion con ella, que no se podia valer de la gente. A todos hablaba con mucha caridad y amor.

Mientras mas iba el tiempo, mayor concurso de gente acudia; y quien la podia hablar, no pensaba tenia poco: ella estaba tan cansada de esto, que decia la tenian muerta. Venia dia de estar todo el campo lleno de carros: casi despues que estuvieron allí los frailes, no tenian otro remedio, sino levantarlo en

... y otras veces como culebras: ella no les habia ningun miedo.

alto, para que les echase la bendicion, y con eso se libraban. Despues de los ocho años que estuvo en la cueva (que ya era mayor, porque se la habian hecho los que allí iban (dióle una enfermedad muy grande, de que pensó morirse, y todo lo pasaba en aquella cueva.

Comenzó á tener deseos de que hubiese allí un monasterio de frailes, y con este estuvo algun tiempo, no sabiendo de qué Orden la haria; y estando una vez rezando á un crucifijo, que siempre traia consigo, le mostró nuestro Señor una capa blanca, y entendió que fuese de los Descalzos carmelitas, y nunca habia venido á su noticia, que los habia en el mundo, y entonces estaban hechos solo dos monasterios, el de Mancera y Pastrana: debíase despues de esto de informar; y como supo que le habia en Pastrana, y ella tenia mucha amistad con la princesa de Ebuli, de tiempos pasados, mujer del príncipe Ruy Gomez, cuya era Pastrana, partióse para allá á procurar como hacer este monasterio, que ella tanto deseaba. Allí en el monasterio de Pastrana, en la iglesia de San Pedro, que así se llama, tomó el hábito de nuestra Señora; aunque no con intento de ser monja y profesar, que nunca á ser monja se inclinó, como el Señor la llevaba por otro camino: parecíale le quitarian por obediencia sus intentos de asperezas y soledad. Estando presentes todos los frailes, recibió el hábito de nuestra Señora del Cármen: hallóse allí el padre

Mariano, de quien ya he hecho mencion en estas fundaciones, el cual me dijo á mí misma, que le habia dado una suspension ó arrobamiento, que del todo le enagenó. Y que estando así, vió muchos frailes y monjas muertos, unos descabezados, otros cortados las piernas y brazos, como que los martirizaban, que esto se da á entender en esta vision: y no es hombre que dirá sino lo que viere, ni tampoco está acostumbrado su espíritu á estas suspensiones, que no le lleva Dios por este camino. Rogad á Dios, hermanas, que sea verdad, y que en nuestros tiempos merezcamos ver tan gran bien, y ser nosotras de ellas.

De aquí de Pastrana comenzó á procurar la santa Cardona, para hacer su monasterio, y para esto tornó á la corte, de donde con tanta gana habia salido, que no le seria pequeño tormento, adonde no le faltaron hartas murmuraciones y trabajo; porque cuando salia de casa, no se podia valer de gente: esto en todas las partes que fué. Unos le cortaban del hábito, otros de la capa. Entonces fué á Toledo, adonde estuvo con nuestras monjas. Todas me han afirmado, que era tan grande el olor que tenia de reliquias, que hasta el hábito, y la cinta, despues que le dejó, porque le dieron otro, y se le quitaron, era para alabar á nuestro Señor el olor: y mientras mas á ella se llegaban, era mayor, con ser los vestidos de suerte, con la calor, que hacia mucha, que antes le habian de tener malo. Sé que no dirán sino toda verdad, y así

quedaron con mucha devocion. En la corte y otras partes le dieron para poder hacer su monasterio, y llevando licencia se fundó.

Hízose la iglesia adonde era su cueva, y á ella le hicieron otra desviada, adonde tenia un sepulcro de bulto, y se estaba noche y dia lo mas del tiempo. Duróle poco, que no vivió sino cerca de cinco años y medio, despues que tuvo allí el monasterio, que, con la vida tan áspera que hacia, aun lo que habia vivido parecia sobrenatural. Su muerte fué año de M y D y LXXVII, á lo que ahora me parece. Hiciéronle las honras con grandísima solemnidad, porque un caballero que llaman Fray Juan de Leon, tenia gran devocion con ella, y puso en esto mucho. Está ahora enterrada en depósito, en una capilla de nuestra Señora, de quien ella era en extremo devota, hasta hacer mayor iglesia de la que tienen para poner su bendito cuerpo, como es razon. Es grande la devocion que tienen en este monasterio por su causa, y así parece quedó en él, y en todo aquel término, en especial mirando aquella soledad y cueva, donde estuvo antes que determinase de hacer el monasterio.

Hanme certificado, que estaba tan cansada y afligida de ver la mucha gente, que la venia á ver, que se quiso ir á otra parte, donde nadie supiese de ella; y envió á llamar al ermitaño que la habia traido allí, para que la llevase, y era ya muerto. Y nuestro Señor, que tenia determinado se hiciese allí esta casa de nuestra

Señora, no la dió lugar á que se fuese; porque, como he dicho, entiendo se sirve mucho allí. Tienen gran aparejo, y vése bien en ellos, que gustan de estar apartados de gente; en especial el prior, que tambien le sacó Dios, para tomar este hábito, de harto regalo, y así le ha pagado bien con hacérselos espirituales. Hízome allí mucha caridad; diéronnos de lo que tenian en la iglesia, para la que íbamos á fundar, que como esta santa era querida de tantas personas principales, estaba bien proveida de ornamentos.

Yo me consolé muy mucho lo que allí estuve, aunque con harta confusion, y me dura; porque veia que la que habia hecho allí la penitencia tan áspera, era mujer como yo, y mas delicada, por ser quien era y no tan gran pecadora como yo soy, y que en esto de la una á la otra no se sufre comparacion, y he recibido muy mayores mercedes de nuestro Señor de muchas maneras, y no me tener ya en el infierno, segun mis grandes pecados, es grandísima. Solo el de remedarla, si pudiera, me consolaba, mas no mucho; porque toda mi vida se me ha ido en deseos, y las obras no las hago. Válame la misericordia de Dios, en quien yo he confiado siempre por su Hijo sacratísimo, y la Vírgen nuestra Señora, cuyo hábito por la bondad del Señor trayo.

Acabando de comulgar un dia en aquella santa iglesia, me dió un recogimiento muy grande, con una suspension que me enagenó. En ella se me repre-

sentó esta santa mujer, por vision intelectual, como cuerpo glorificado, y algunos ángeles con ella, díjome—«Que no me cansase, sino que procurase ir adelante en estas fundaciones.» Entiendo yo, aunque no lo señaló, que ella me ayudaba delante de Dios. Tambien me dijo otra cosa, que no hay para qué la escribir.

Yo quedé harto consolada, y con deseo de trabajar; y espero en la bondad del Señor, que con tan buena ayuda como estas oraciones, podré servirle en algo. Veis aquí, hermanas mias, como ya acabaron estos trabajos, y la gloria que tiene será sin fin. Esforcémonos ahora, por amor de nuestro Señor, á seguir esta hermana nuestra: aborreciéndonos á nosotras mismas, como ella se aborreció, acabaremos nuestra jornada, pues se anda con tanta brevedad, y se acaba todo.

Llegamos el domingo primero de Cuaresma, que era víspera de la Cátedra de San Pedro, dia de San Barbacian, año de MDLXXX, á Villanueva de la Jara. Este mismo dia se puso el santísimo Sacramento en la iglesia de la gloriosa Santa Aua, á la hora de misa mayor. Saliéronnos á recibir todo el ayuntamiento, y otros algunos con el doctor Ervias, y fuímonos á apear á la iglesia del pueblo, que estaba bien léjos de la de santa Ana.

Era tanta la alegría de todo el pueblo, que me hizo harta consolacion ver con el contento que reci-

bian la Orden de la sacratísima Vírgen Señora nuestra. Desde léjos oíamos el repicar de las campanas: entradas en la iglesia comenzaron el *Te Deum*, un verso la capilla de canto de órgano, y otro el órgano. Acabado, tenian puesto el santísimo Sacramento en unas andas, y nuestra Señora en otras, con cruces y pendones.

Iba la procesion con harta autoridad: nosotras con nuestras capas blancas, y velos delante del rostro, íbamos en mitad cabe el santísimo Sacramento, y junto á nosotras nuestros frailes Descalzos, que fueron hartos del monasterio, y los Franciscos (que hay monasterio en el lugar de san Francisco) iban allí, y un fraile dominico, que se halló en el lugar, que aunque era solo, me dió contento ver allí aquel hábito.

Como era léjos, habia muchos altares: detenían-se algunas veces, diciendo letras de nuestra Orden, que nos hacia harta devocion, y ver que todas iban alabando al gran Dios, que llevábamos presente, y que por Él se hacia tanto caso de siete pobrecillas Descalzas, que íbamos allí. Con todo esto que yo consideraba me hacia harta confusion, acordándome iba entre ellas, y como si se hubiera de hacer como yo merecia, fuera volverse todos contra mí. Héos dado tan larga cuenta de esta honra, que se hizo al hábito de la Vírgen, para que alabeis á nuestro Señor, y le supliqueis se sirva de esta fundacion; porque con más contento estoy cuando es con mucha perse-

cucion y trabajos, y con mas gana os los cuento.

Verdad es, que estas hermanas, que estaban aquí, los han pasado casi seis años, al menos mas de cinco y medio, que ha que entraron en esta casa de la gloriosa santa Ana; dejada la mucha pobreza y trabajo, que tenian en ganar de comer, porque nunca quisieron pedir limosna: la causa era, porque no les pareciese estaban allí, para que les diesen de comer, y la gran penitencia que hacian, así en ayunar mucho, comer poco, y malas camas, y muy poquita casa, que, para tanto encerramiento, como siempre tuvieron, era harto trabajo.

El mayor que me dijeron habian tenido, era el grandísimo deseo de verse con el hábito, que este de noche y de dia las atormentaba grandísimamente, pareciéndoles nunca lo habian de ver; y así toda su oracion era, porque Dios les hiciese esta merced, con lágrimas muy ordinarias. Y en viendo que habia algun desvío, se afligian en extremo, y crecia la penitencia. De lo que ganaban dejaban de comer, para pagar los mensajeros que iban á mí, y mostrar la gracia que ellas podian, con su pobreza, á los que las podian ayudar en algo. Bien entiendo yo, despues que las traté y ví su santidad, que sus oraciones y lágrimas habian negociado para que la Orden las admitiese; y así he tenido por muy mayor tesoro, que estén en ella tales almas, que si tuvieran mucha renta; y espero irá la casa muy adelante.

Pues como entramos en la casa estaban todas á la puerta de adentro, cada una de su librea; porque como entraron se estaban, que nunca habian querido tomar traje de beatas, esperando esto, aunque el que tenian era harto honesto, que bien parecia en él, el tener poco cuidado de sí, segun estaban mal aliñadas, y casi todas tan flacas, que se mostraba haber tenido vida de harta penitencia. Recibiéronnos con hartas lágrimas del gran contento, y hase parecido no ser fingidas, y su mucha virtud en la alegría que tienen, y la humildad, y obediencia á la priora y á todas las que vinieron á fundar, no saben placeres que les hacer. Todo su miedo era si se habian de tornar á ir, viendo su pobreza y poca casa. Ninguna habia mandado, sino, con gran hermandad, cada una trabajaba lo mas que podia.

Dos, que eran de mas edad, negociaban cuando era menester: las otras jamás hablaban con ninguna persona, ni querian. Nunca tuvieron llave á la puerta, sino una aldaba; y ninguna osaba llegar á ella, sino la mas vieja respondia. Dormian muy poco por ganar de comer, y por no perder la oracion, que tenian hartas horas, los dias de fiesta todo el dia. Por los libros de fray Luis de Granada y de fray Pedro de Alcántara se gobernaban: el mas tiempo rezaban el Oficio divino con un poco que sabian leer, que sola una lee bien, y no con breviarios conformes: unos les habian dado de lo viejo Romano algunos clérigos

como no se aprovechaban de ellos (1), otros como podian; y como no sabian leer, estábanse muchas horas. Esto no lo rezaban donde de fuera las oyesen: Dios tomaria su intencion y trabajo, que pocas verdades debian decir (2).

Como el padre fray Antonio de Jesus les comenzó á tratar, hizo qne no rezasen sino el Oficio de nuestra Señora. Tenian su horno en que cocian el pan, y todo con un concierto, como si tuvieran quien las mandara. A mí me hizo alabar á nuestro Señor, y mientras mas las trataba, mas contento me daba haber venido. Paréceme, que por muchos trabajos que hubiera de pasar, no quisiera haber dejado de consolar estas almas: las que quedan de mis compañeras me decian, que luego á los primeros dias les hizo alguna contradicion, mas que como las fueron conociendo, y entendiendo su virtud, estaban alegrísimas de quedar con ellas, y las tenian mucho amor.

Gran cosa puede la santidad y virtud. Verdad es,

(1) Como por entonces se andaba haciendo la reforma de misales y breviarios, á consecuencia de lo dispuesto en el concilio de Trento, los clérigos desechaban los Breviarios antiguos. Por eso los llama santa Teresa de lo viejo romano, porque eran ya del rezo antiguo, y no de los de alguna órden religiosa, sino del clero secular.

(2) Es uno de los dichos mas agudos y epigramáticos que tiene santa Teresa en este libro.

que eran tales, que aunque hallaran muchas dificultades y trabajos, lo llevaran bien con el favor del Señor, porque desean padecer en su servicio: y la hermana que no sintiere en sí este deseo, no se tenga por verdadera Descalza, pues no han de ser nuestros deseos descansar, sino padecer, por imitar en algo á nuestro verdadero Esposo. Plegue á su majestad nos dé gracia para ello, amen.

De donde comenzó esta ermita de Santa Ana, fué de esta manera. Vivia aquí en este dicho lugar de Villanueva de la Jara un clérigo natural de Zamora, que habia sido fraile de nuestra Señora del Cármen. Era devoto de la gloriosa santa Ana: llamábase Diego de Guadalajara, y así hizo cabe su casa esta ermita, y tenia por donde oir misa, y con la gran devocion que tenia fué á Roma, y trajo una bula con muchos perdones para esta iglesia ó ermita. Era hombre virtuoso y recogido. Cuando murió, mandó en su testamento, que esta casa y todo lo que tenia, fuese para un monasterio de monjas de nuestra Señora del Cármen; y si esto no hubiese efecto, que lo tuviese un capellan que dijese algunas misas cada semana, y que cada y cuando que fuese monasterio, no se tuviese obligacion de decir las misas.

Estuvo así, con un capellan mas de veinte años, que tenia la hacienda bien desmedrada, porque aunque estas doncellas entraron en la casa, sola la casa tenían. El capellan estaba en otra casa de la misma

capellanía, que dejará ahora con lo demás, que es bien poco; mas la misericordia de Dios es tan grande, que no dejará de favorecer la casa de su gloriosa abuela. Plegue á su Majestad, que sea siempre servido en ella, y le alaben todas las criaturas por siempre jamás, amen.

CAPÍTULO XXIX.

Trátase de la fundacion de san José de Nuestra Señora de la Calle en Palencia, que fué año de MDLXXX, dia del rey David.

Habiendo venido de la fundacion de Villanueva de la Jara, mandóme el prelado ir á Valladolid, á peticion del obispo de Palencia, que es don Alvaro de Mendoza, que el primer monasterio, que fué san José de Avila, admitió y favoreció siempre, y siempre en lo que toca á esta Orden favorece; y como habia dejado el obispado de Avila, y pasádose á Palencia, púsole nuestro Señor en voluntad, que allí hiciese otro de esta sagrada Orden. Llegada á Valladolid, dióme una enfermedad tan grande, que pensaron muriera. Quedé tan desganada, y tan fuera de parecerme podria hacer nada, que aunque la priora de nuestro monasterio de Valladolid, que deseaba mucho esta fundacion, me importunaba, no podia persuadirme, ni

hallaba principio; porque el monasterio habia de ser de pobreza, y decíanme no se podrian sustentar, que era lugar muy pobre.

Habia casi un año que se trataba hacerle, junto con el de Búrgos, y antes no estaba yo tan fuera de ello; mas entonces eran muchos los inconvenientes que hallaba, no habiendo venido á otra casa á Valladolid. No sé si era el mucho mal y flaqueza, que me habia quedado, ó el demonio, que queria estorbar el bien que se ha hecho despues. Verdad es, que á mí me tiene espantada y lastimada (que hartas veces me quejo á nuestro Señor) lo mucho que participa la pobre alma de la enfermedad del cuerpo, que no parece sino que ha de guardar sus leyes, segun las necesidades y cosas que le hacen padecer. Uno de los grandes trabajos y miserias de la vida me parece este, cuando no hay espíritu grande que lo sujete; porque tener mal, y padecer grandes dolores, aunque es trabajo, si el alma está despierta, no lo tengo en nada, porque está alabando á Dios, y considera viene de su mano: mas por una parte padeciendo, y por otra no obrando, es terrible cosa, en especial si es alma que se ha visto en grandes deseos de no descansar interior y exteriormente, sino emplearse toda en servicio de su gran Dios: ningun otro remedio tiene aquí sino paciencia, y conocer su miseria, y dejarse en la voluntad de Dios, que se sirva de ella en lo que quisiere, y como quisiere. De esta manera estaba yo entonces,

aunque ya en convalecencia, mas la flaqueza era tanta, que aun la confianza que me solia dar Dios en haber de comenzar estas fundaciones, tenia perdida. Todo se me hacia imposible, y si entonces acertara con alguna persona que me animara, hiciérame mucho provecho; mas unos me ayudaban á temer, otros, aunque me daban algunas esperanzas, no bastaban para mi pusilanimidad.

Acertó á venir por allí un padre de la Compañía, llamado el maestro Ripalda, con quien yo me habia confesado un tiempo, gran siervo de Dios: yo le dije cual estaba, y que á él le queria tomar en lugar de Dios, que me dijere lo que le parecia. El comenzóme á animar mucho, y díjome, que de vieja tenia ya esta cobardía: mas bien veia yo que no era eso, que mas vieja soy ahora y no la tengo; y aun él tambien lo debia entender, sino para reñirme, que no pensase era de Dios. Andaba entonces esta fundacion de Palencia, y la de Búrgos juntamente, y para la una ni la otra yo no tenia nada; mas no era esto, que con menos suelo comenzar. Él me dijo que en ninguna manera lo dejase: lo mismo me habia dicho poco habia en Toledo un provincial de la Compañía, llamado Baltasar Alvarez, mas entonces estaba yo buena. Aquello me bastó para determinarme, y aunque me hizo harto al caso, no acabé del todo de determinarme; porque, ó el demonio, ó, como he dicho, la enfermedad me tenia atada, mas quedé muy mejor. La

priora de Valladolid ayudaba cuanto podia, porque tenia gran deseo de la fundacion de Palencia; mas, como me veia tan tibia, tambien temia. Ahora venga al verdadero calor, pues no bastan las gentes ni los siervos de Dios, adonde se entenderá muchas veces no ser yo quien hace nada en estas fundaciones, sino quien es poderoso para todo.

Estando yo un dia acabando de comulgar, puesta en estas dudas, y no determinada de hacer ninguna fundacion, habia suplicado á nuestro Señor me diese luz, para que en todo hiciese yo su voluntad; y la tibieza no era de suerte, que jamás un punto me faltaba este deseo: díjome nuestro Señor con una manera de reprension—«Qué temes? ¿Cuándo te he yo faltado? El mismo que he sido soy ahora, no dejes de hacer estas dos fundaciones.» Oh gran Dios! ¡Y cómo son diferentes vuestras palabras de las de los hombres! Así quedé determinada y animada, que todo el mundo no bastara á ponerme contradicion, y comencé luego á tratar de ello, y comenzó nuestro Señor á darme medios. Tomé dos monjas para comprar la casa, y aunque me decian no era posible el vivir de limosna en Palencia, era como no me lo decir, porque haciéndola de renta, ya veia yo que por entonces no podia ser; y pues Dios decia que se hiciese, su Majestad lo proveeria. Y así, aunque no estaba del todo tornada en mí, me determiné á ir, con ser el tiempo recio; porque partí de Valladolid el dia de los Ino-

centes, en el año que he dicho, que por aquel año que entraba hasta San Juan un caballero de allí nos habia dado una casa, que él tenia alquilada, que se habia ido á vivir allí. Yo escribí á un canónigo de la misma ciudad, aunque no le conocia; mas un amigo suyo me dijo, que era siervo de Dios, y á mí se me asentó que nos habia de ayudar mucho, porque el mismo Señor, como se ha visto en las demas fundaciones, toma en cada parte quien ayude, que ya ve su Majestad lo poco que yo puedo. Yo le envié á suplicar, que lo mas secretamente que pudiese me desembarazase la casa, porque estaba allí un morador, y que no le dijese para lo que era; porque aunque habian mostrado algunas personas principales voluntad, y el obispo la tenia tan grande, yo veia era lo mas seguro, que no se supiese.

El canónigo Reinoso (que así se llamaba á quien escribí) lo hizo tan bien, que no solo la desembarazó, mas teniamos camas, y muchos regalos harto cumplidamente; y habíamoslo menester, porque el frio era mucho, y el dia de antes habia sido trabajoso con una gran niebla, que casi no nos veiamos. A la verdad, poco descansamos, hasta tener acomodado donde decir otro dia misa; porque antes que nadie supiese que estábamos allí, que esto he hallado ser lo que conviene en estas fundaciones, porque si comienza á andar en parèceres, el demonio lo turba todo: aunque él no puede salir con nada, mas inquieta. Así

se hizo, que luego de mañana, casi en amaneciendo, dijo misa un clérigo que iba con nosotras, llamado Porras, harto siervo de Dios, y otro amigo de las monjas de Valladolid, llamado Agustin de Vitoria, que me habia prestado dineros para acomodar la casa, y regalado harto por el camino.

Ibamos, conmigo, cinco monjas, y una compañera que ha dias que iba conmigo, freila, mas tan gran sierva de Dios y discreta, que me puede ayudar mas que otras (1). Aquella noche poco dormimos, aunque como digo, habia sido trabajoso el camino, por las aguas que habia habido. Yo gusté mucho se fundase aquel dia, por ser el rezado del rey David, de quien yo soy devota. Luego esta mañana lo envié á decir al ilustrísimo obispo, que aun no sabia iba aquel dia. El fué luego allá con una caridad grande, que siempre la ha tenido con nosotras: dijo nos daria todo el pan que fuese menester, y mandó al provisor nos proveyese de muchas cosas. Es tanto lo que esta Orden le debe, que quien leyere estas fundaciones, está obligado á encomendarle á nuestro Señor,

(1) La venerable Ana de San Bartolomé, que la acompañó hasta su muerte, y le servia de secretaria. Cuéntase que no sabia escribir, y diciéndole santa Teresa que si supiera escribir podia ayudarla, pidió á la santa le diese unos renglones escritos de su mano, y repasándolos, se habilitó en una noche para escribir. Ello es que se conservan varias cartas suyas firmadas por santa Teresa.

vivo ó muerto, y así se lo pido por caridad. Fué tanto el contento que mostró el pueblo, y tan general, que fué cosa muy particular; porque ninguna persona hubo que le pareciese mal. Mucho ayudó saber que lo queria el obispo, por ser allí muy amado: mas toda la gente es de la mejor masa y nobleza que yo he visto; y así cada dia me alegro mas de haber fundado allí.

Como la casa no era nuestra, luego comenzamos á tratar de comprar otra, que aunque aquella se vendia, estaba en muy mal puesto, y con la ayuda que yo llevaba de las monjas que habian de ir, parece podíamos hablar con algo, que aunque era poco, para allí era mucho; aunque si Dios no diera los buenos amigos que nos dió, todo no era nada, que el buen canónigo Reinoso trajo otro amigo suyo, llamado el canónigo Salinas, de gran caridad de entendimiento, y entre entrambos tomaron el cuidado, como si fuera para ellos propios, y aun creo mas, y le han tenido siempre de aquella casa.

Está en el pueblo una casa de mucha devocion de nuestra Señora, como ermita, llamada nuestra Señora de la Calle: en toda la comarca y ciudad es grande la devocion que se le tiene, y la gente que acude allí. Parecióle á su señoría, y á todos, que allí estaríamos bien cerca de aquella iglesia. Ella no tenia casa, mas estaban dos juntas, que comprándolas, eran bastantes para nosotras, junto con la iglesia. Esta nos

habia de dar el cabildo, y unos cofrades de ella, y así se comenzó á procurar. El cabildo luego nos hizo merced de ella, y aunque tuvo harto en que entender con los cofrades, tambien lo hicieron bien, que, como he dicho, es gente virtuosa la de aquel lugar, si yo la he visto en mi vida. Como los dueños de las casas vieron que las habíamos gana, comienzan á estimarlas mas, y con razon: yo las quise ir á ver, y pareciéronme tan mal, que en ninguna manera las quisiera, y á los que iban con nosotras. Despues se ha visto claro, que el demonio hizo mucho de su parte, porque le pesaba de que fuésemos allí. Los dos canónigos que andaban en ello, parecíales lejos de la iglesia mayor, como lo estábamos, mas es adonde hay mas gente de la ciudad. En fin nos determinamos todos de que no convenia aquella casa, que se buscase otra.

Esto comenzaron á hacer aquellos dos señores canónigos con tanto cuidado y diligencia, que me hacia alabar á nuestro Señor, sin dejar cosa que les pareciese podia convenir: vinieron á contentarse de una, que era de uno que llaman Tamayo. Estaba con algunas partes muy aparejadas para venirnos bien, y cerca de la casa de un caballero principal, llamado Suero de Vega, que nos favorece mucho, y tenia gran gana de que fuésemos allí, y otras personas del barrio. Aquella casa no era bastante, mas dábanos con ella otra, aunque no estaba de manera que nos pudiésemos una con otra bien acomodar.

En fin, por las nuevas que de ella me daban, yo lo deseaba que se efectuase, mas no quisieron aquellos señores, sino que la viese primero. Yo siento tanto salir por el pueblo, y fiaba tanto de ellos, que no habia remedio. En fin fuí, y tambien á las de nuestra Señora, aunque no con intento de tomarlas, sino porque al de la otra no le pareciese, no teniamos remedio sino la suya, y parecióme tan mal como he dicho, y á las que iban allí, que ahora nos espantamos, como nos pudo parecer tan mal. Y con aquello fuimos á la otra, ya con determinacion que no habia de ser otra; y aunque hallábamos hartas dificultades, pasábamos por ellas, aunque se podian harto mal remediar, que para hacer la iglesia, y aun no buena, se quitaba todo lo que habia bueno para vivir. Cosa estraña es, ir ya determinada á una cosa: á la verdad dióme la vida para fiar poco de mí, aunque entonces no era yo sola la engañada. En fin nos fuimos ya determinadas de que no fuese otra, y de dar lo que habia pedido, que era harto, y escribirle, porque no estaba en la ciudad, mas cerca estaba.

Parecerá cosa impertineute, haberme detenido tanto en el comprar de la casa, hasta que se vea el fin que debia de llevar el demonio, para que no fuésemos á la de nuestra Señora, que cada vez que se me acuerda, me hace temer. Idos todos determinados, como he dicho, á no tomar otra, otro dia en misa comiénzame un cuidado grande, de si hacia bien, y con

desasosiego, que casi no me dejó estar quieta en toda la misa: fuí á recibir el santísimo Sacramento, y luego en tomándole entendí estas palabras de tal manera, que me hizo determinar del todo á no tomar la que pensaba, sino la de nuestra Señora—«Esta te conviene.» Yo comencé á parecerme cosa recia en negocio tan tratado, y que tanto querian los que lo miraban con tanto cuidado: respondióme el Señor—«No entienden ellos lo mucho que soy ofendido allí, y esto será gran remedio.»

Pasóme por pensamiento no fuese engaño, aunque no para creerlo, que bien conocia en la operacion que hizo en mí, que era espíritu de Dios. Díjome luego—«Yo soy.» Quedé muy sosegada, y quitada la turbacion que antes tenia, aunque no sabia como remediar lo que estaba hecho, y el mucho mal que habia dicho de aquella casa, y á mis hermanas, que las habia encarecido cuán mala era, y que no quisiera hubiéramos ido allí, sin verla, por nada; aunque de esto no se me daba tanto, que ya sabia tendrian por bueno lo que yo hiciese, sino de los demás que lo deseaban. Parecia me tendrian por vana y movible, pues tan presto mudaba, cosa que yo aborrezco mucho. No eran todos estos pensamientos para que me moviesen poco ni mucho en dejar de ir á la casa de nuestra Señora; ni me acordaba ya que no era buena, porque á trueco de estorbar las monjas un pecado venial, era cosa de poco momento todo lo demás, y cualquie-

ra de ellas, que supiera lo que yo, estuviera en esto á mi parecer.

Tomé este remedio: yo me confesaba con el canónigo Reinoso, que era uno de estos dos que me ayudaban, aunque no le habia dado parte de cosas de espíritu de esta suerte, porque no se habia ofrecido ocasion adonde hubiese sido menester; y como he acostumbrado siempre en estas cosas hacer lo que el confesor me aconsejare, por ir camino mas seguro, determiné de decírselo debajo de mucho secreto, aunque no me hallaba yo determinada en dejar de hacer lo que habia entendido, sin darme harta pesadumbre. Mas en fin lo hiciera, que yo fiaba de nuestro Señor lo que otras veces he visto, que su Majestad muda al confesor, aunque esté de otra opinion, para que haga lo que él quiere. Díjele primero las muchas veces que nuestro Señor acostumbraba enseñarme así, y que hasta entonces se habian visto muchas cosas, en que se entendia ser espíritu suyo, y contéle lo que pasaba; mas que yo haria lo que á él le pareciese, aunque me seria pena.

El es muy cuerdo y santo, y de buen consejo en cualquiera cosa, aunque es mozo; y aunque vió habia de ser nota, no se determinó á que se dejase de hacer lo que se habia entendido. Yo le dije, que esperásemos al mensajero, y así le pareció, que ya yo confiaba en Dios que Él lo remediaria; y así fué, que con haberle dado lo que queria y habia pedido, tornó á

pedir otros trescientos ducados mas, que parecia desatino, porque se le pagaba demasiado. Con esto vimos lo hacia Dios, porque á él le estaba muy bien vender, y, estando concertado, pedir mas no llevaba camino.

Con esto se remedió harto, que dijimos que nunca acabariamos con él, mas no del todo; porque estaba claro, que por trescientos ducados no se habia de dejar casa que parecia convenir á un monasterio. Yo dije á mi confesor, que de mi crédito no se le diese nada, pues á él le parecia se hiciese; sino que dijese á su compañero, que yo estaba determinada, á que cara ó barata, ruin ó buena, se comprase la de nuestra Señora. El tiene un ingenio en estremo vivo, y aunque no se le dijo nada, de ver mudanza tan presto, creo lo imaginó; y así no me apretó mas en ello.

Bien hemos visto todos despues el gran yerro que haciamos en comprar la otra, porque ahora nos espantamos de ver las grandes ventajas que la hace; dejado lo principal, que se echa bien de ver, se sirve nuestro Señor y su gloriosa Madre allí, y que se quitan hartas ocasiones; porque eran muchas las velas de noche, adonde, como no era sino solo ermita, podian hacer muchas cosas que al demonio le pesaba se quitasen, y nosotras nos alegramos de poder en algo servir á nuestra Madre y Señora y Patrona: y era harto mal hecho no lo haber hecho antes, porque no habíamos de mirar mas. Ello se ve claro ponia en

muchas cosas ceguedad el demonio, porque hay allí muchas comodidades, que no se hallarán en otras partes, y grandísimo contento de todo pueblo, que lo deseaban, y aun á los que querian fuésemos á la otra, les parecia despues muy bien. Bendito sea el que me dió luz en esto para siempre jamás; y así me la da si en alguna cosa acierto hacer bien, que cada dia me espanta mas el poco talento que tengo en todo.

Y esto no se entienda que es humildad, sino que cada dia lo voy viendo mas, que parece quiere nuestro Señor, que conozca yo y todos, que solo es su Majestad el que hace estas obras, y que, como dió vista al ciego con lodo, quiere que á cosa tan ciega como yo haga cosa que no lo sea. Por cierto en esto habia cosas, como he dicho, de harta ceguedad, y cada vez que se me acuerda, querria alabar á nuestro Señor de nuevo por ello; sino que aun para esto no soy, ni sé como me sufre. Bendita sea su misericordia, amen.

Pues luego se dieron priesa estos santos amigos de la Vírgen á concertar las casas, y á mi parecer las dieron baratas: trabajaron harto, que en cada una quiere Dios haya que merecer en estas fundaciones á los que nos ayudan, y yo soy la que no hago nada, como otras veces he dicho, y nunca lo querria dejar de decir, porque es verdad. Pues lo que ellos trabajaron en acomodar la casa, y dando tambien dineros para ello, porque yo no los tenia, fué muy mucho,

junto con fiarla, que primero que en otras partes hallo un fiador, no de tanta cantidad, me veo afligida; y tienen razon, porque sino lo fiasen de nuestro Señor, yo no tengo blanca: mas su Majestad me ha hecho siempre tanta merced, que nunca por hacérmela perdieron nada, ni se dejó de pagar muy bien, que la tengo por grandísima.

Como no se contentaron los de las casas con ellos dos por fiadores, fuéronse á buscar al Provisor que habia nombre Prudencio; y aun no sé si me acuerdo bien, así me lo dicen ahora, que como le llamábamos Provisor, no lo sabia. Es de tanta caridad con nosotras, que era mucho lo que le debiamos y debemos. Preguntóles, que á donde iban, dijeron que á buscarle, para que firmase aquella fianza. El se rió, y dijo—pues á fianza de tantos dineros me decís de esa manera? Y luego desde la mula la firmó, que para los tiempos de ahora es de ponderar. Yo no queria dejar de decir muchos loores de la caridad que hallé en Palencia, en particular y en general. Es verdad que me parecia cosa de la primitiva Iglesia (al menos no muy usada ahora en el mundo) ver que no llevábamos renta, y que nos habian de dar de comer, y no solo no defenderlo, sino decir que les hacia Dios merced grandísima: y si se mirase con luz, decian verdad; porque aunque no sea sino haber otra iglesia á donde está el santísimo Sacramento mas, es mucha.

Sea por siempre bendito, amen, que bien se va

entendiendo se ha servido de que esté allí, y que debia de haber algunas cosas de impertinencias, que ahora no se hacen; porque como velaba allí mucha gente, y la ermita estaba sola, no todos iban por devocion: ello se va remediando (1). La imágen de nuestra Señora estaba puesta muy indecentemente. Hále hecho capilla por sí el obispo don Alvaro de Mendoza, y poco á poco se van haciendo cosas en honra y gloria de esta gloriosa Vírgen y de su Hijo. Sea por siempre alabado, amen, amen.

Pues acabada de aderezar la casa, para el tiempo de pasar allá las monjas, quiso el obispo fuese con gran solemnidad; y así fué un dia de la Octava del santísimo Sacramento, que el mismo vino de Valladolid, y se juntó con el cabildo, con las Ordenes, y casi todo el lugar y mucha música. Fuimos desde la casa, á donde estábamos, todas en procesion, con nuestras capas blancas, y velos delante del rostro, á una parroquia que estaba cerca de la casa de nuestra Señora, que la misma imágen vino tambien por nosotras, y de allí tomamos el santísimo Sacramento, y se puso en la iglesia con mucha solemnidad y concierto: hizo harta devocion. Iban mas monjas, que

(1) Sin duda no se remediaron por completo los abusos, pues diez años despues hubieron de marcharse de allí las monjas, segun refiere la *Crónica del Cármen Descalzo*, libro v, capítulo 7.°

habian ido allí para la fundacion de Soria, y con candelas en las manos. Yo creo que fué el Señor harto alabado aquel dia en aquel lugar: plegue á Él para siempre lo sea de todas las criaturas, amen.

Estando en Palencia, fué Dios servido se hizo el apartamiento de los Descalzos y Calzados, haciendo provincia por sí, que era todo lo que deseábamos para nuestra paz y sosiego. Trájose (por peticion de nuestro católico rey don Felipe) de Roma un Breve muy copioso para esto, y su Majestad nos favoreció mucho en estremo, como lo habia comenzado. Hízose capítulo en Alcalá por mandado de un reverendo padre, llamado fray Juan de las Cuevas, que era entonces prior en Talavera; es de la Orden de Santo Domingo; que vino nombrado de Roma, y señalado por su Majestad, persona muy santa y cuerda, como era menester para cosa semejante (1). Allí les hizo la costa el rey, y por su mandado los favoreció toda la universidad.

Hízose en el colegio de Descalzos, que hay allí nuestro, de San Cirilo, con mucha paz y concordia. Eligieron por provincial al padre maestro fray Geró-

(1) Apellidábase fray Juan Velazquez de las Cuevas, aunque generalmente se le llamaba fray Juan de las Cuevas, con su apellido materno. Era natural de Coca, y fraile del convento de San Estéban de Salamanca. En 1596 fué nombrado obispo de Avila, y murió dos años despues.

nimo Gracian de la Madre de Dios. Porque esto escribirán estos padres en otra parte como pasó, no habia para qué tratar yo de ello. Hélo dicho, porque estando en esta fundacion acabó nuestro Señor cosa tan importante á la honra y gloria de su gloriosa Madre, pues es de su Orden, como Señora, y Patrona que es nuestra; y me dió á mí uno de los grandes gozos y contentos, que podia recibir en esta vida, que mas habia de XXV años, que los trabajos y persecuciones y aflicciones, que habia pasado, seria largo de contar; y solo nuestro Señor lo puede entender. Y verlo ya acabado, sino es quien sabe los trabajos que se ha padecido, no puede entender el gozo que vino á mi corazon, y el deseo que yo tenia que todo el mundo alabase á nuestro Señor, y le ofreciésemos á este nuestro santo rey don Felipe, por cuyo medio lo habia Dios traido á tan buen fin; que el demonio se habia dado tal maña, que ya iba todo por el suelo, sino fuera por él.

Ahora estamos todos en paz, Calzados y Descalzos: no nos estorba nadie á servir á nuestro Señor. Por eso, hermanos y hermanas mias, pues tan bien ha oido sus oraciones, priesa á servir á su Majestad. Miren los presentes, que son testigos de vista, las mercedes que nos ha hecho, y de los trabajos y desasosiegos que nos ha librado; y los que están por venir, pues que lo hallan llano todo, no dejen caer ninguna cosa de perfeccion, por amor de nuestro Se-

ñor. No se diga por ellos lo que de algunas Ordenes, que loan sus principios, que ahora comenzamos, y procuren ir comenzando siempre de bien en mejor. Miren que por muy pequeñas cosas va el demonio barrenando agujeros, por donde entren las muy grandes. No les acaezca decir en esto no va nada, que son estremos.

¡Oh hijas mias, que en todo va mucho, como no sea ir adelante! Por amor de nuestro Señor les pido se acuerden cuán presto se acaba todo, y la merced que nos ha hecho nuestro Señor en traernos á esta Orden, y la gran pena que tendrá quien comenzare alguna relajacion; sino que ponga siempre los ojos en la casta de donde venimos de aquellos santos profetas: ¡qué de santos tenemos en el cielo que trajeron este hábito! Tomemos una santa presuncion, con el favor de Dios, de ser nosotros como ellos. Poco durará la batalla, hermanas mias: el fin es eterno. Dejemos estas cosas, que en fin no son, sino es las que nos allegan á este fin, para mas amarle y servirle, pues ha de vivir para siempre jamás. Amen. Amen.

A Dios sean dadas gracias.

JESUS.

CAPÍTULO XXX.

Comienza la fundacion del monasterio de la Santísima Trinidad en la ciudad de Soria. Fundóse el año de MDLXXXI. Díjose la primera misa dia de nuestro padre san Eliseo.

Estando yo en Palencia, en la fundacion que queda dicha, allí me trajeron una carta del obispo de Osma, llamado el doctor Velazquez, á quien, siendo él canónigo y catedrático en la iglesia mayor de Toledo, y andando yo todavía con algunos temores, procuré tratar, porque sabia era muy gran letrado y siervo de Dios; y así le importuné mucho tomase cuenta con mi alma, y me confesase. Con ser muy ocupado, como se lo pedí por amor de nuestro Señor, y vió mi necesidad, lo hizo de tan buena gana, que yo me espanté, y me confesó y trató todo el tiempo, que yo estuve en Toledo, que fué harto. Yo le traté con harta llaneza mi alma, coom tengo de costumbre:

hízome tan grandísimo provecho, que desde entonces comencé á andar sin tantos temores. Verdad es, que hubo otra ocasion, que no es para aquí. Mas en efecto me hizo gran provecho, porque me aseguraba con cosas de la sagrada Escritura, que es lo que mas á mí me hace al caso, cuando tengo la certidumbre de que lo sabe bien, que la tenia de él, junto con su buena vida. Esta carta me escribia desde Soria, adonde estaba á el presente. Decíame, como una señora, que allí confesaba le habia tratado de una fundacion de monasterio de monjas nuestras, que le parecia bien; que él habia dicho acabaria conmigo que fuese allá á fundarla: que no le echase en falta, y que, como me pareciese era cosa que convenia, se lo hiciese saber, que él enviaria por mí. Yo me holgué harto, porque, dejado de ser buena la fundacion, tenia deseo de comunicar con él algunas cosas de mi alma, y de verle, que, del gran provecho que la hizo, le habia yo cobrado mucho amor.

Llámase esta señora fundadora doña Beatriz de Veamonte y Navarra, porque viene de los reyes de Navarra, hija de don Francés de Veamonte, de claro linaje y muy principal. Fué casada algunos años, y no tuvo hijos, y quedóle mucha hacienda, y habia mucho que tenia por sí de hacer un monasterio de monjas. Como lo trató con el obispo, y él le dió noticia de esta Orden de nuestra Señora de Descalzas, cuadróle tanto, que le dió gran priesa para que se

pusiese en efecto. Es una persona de blanda condicion, generosa, penitente, en fin muy sierva de Dios. Tenia en Soria una casa buena, fuerte, y en harto buen puesto, y dijo nos daria aquella con todo lo que fuese menester para fundar, y esta dió con quinientos ducados de juro de á XX M (1) el millar. El obispo se ofreció á dar una iglesia harto buena toda de bóveda, que era de una parroquia que estaba cerca, que con un pasadizo nos ha podido aprovechar, y púdolo hacer bien, porque era pobre, y allí hay muchas iglesias, y así la pasó á otra parte. De todo esto me dió relacion en su carta. Yo lo traté con el padre provincial, que fué entonces allí, y á él, y á todos los amigos les pareció que escribiesen con un propio viniesen por mí, porque ya estaba la fundacion de Palencia acabada, y yo me holgué harto de ello, por lo dicho.

Comencé á traer las monjas que habia de llevar allá conmigo, que fueron siete (porque aquella Señora antes quisiera mas que menos) y una freila, y mi compañera y yo. Vino persona por nosotras, bien para el propósito, en diligencia, porque yo le dije habia de llevar dos padres conmigo, Descalzos; y así llevé al padre fray Nicolao de Jesus Maria; hombre de mucha perfeccion y discrecion, natural de Génova (2). Tomó

(1) Así está escrita en el original la cifra: en las ediciones anteriores se ponia en letra *veinte mil*.

(2) El célebre padre Doria, que despues fué primer general de la órden en España.

el hábito ya de mas de cuarenta años, á mi parecer (al menos los ha ahora, y há pocos que le tomó) mas ha aprovechado tanto en poco tiempo, que bien parece le escogió nuestro Señor, para que en estos tan trabajosos de persecuciones ayudase á la Orden, que ha hecho mucho; porque los demás que podian ayudar, unos estaban desterrados, otros encarcelados. De él, como no tenia oficio, que habia poco, como digo, que estaba en la Orden, no hacian tanto caso, y lo hizo Dios, para que me quedase tal ayuda. Es tan discreto, que se estaba en Madrid en el monasterio de los Calzados, como para otros negocios, con tanta disimulacion, que nunca le entendieron trataba de estos, y así le dejaban estar. Escribíamonos á menudo, que estaba yo en el monasterio de San José de Avila, y tratábamos lo que convenia, que esto le daba consuelo. Aquí se verá la necesidad en que estaba la Orden, pues de mí se hacia tanto caso, á falta, como dicen, de hombres buenos (1). En todos estos tiempos esperimenté su perfeccion y discreccion; y así es de los que yo amo mucho en el Señor, y tengo en mucho de esta Orden.

Pues él y un compañero luego fueron con nosotras. Tuvo poco trabajo en este camino; porque el que envió el obispo, nos llevaba con harto regalo, y

(1) Alude aquí santa Teresa al refran antiguo que dice: *á falta de buenos, mi marido alcalde.*

ayudó á poder dar buenas posadas, que, en entrando en el obispado de Osma, querian tanto al obispo, que, en decir que era cosa suya, nos las daban buenas. El tiempo lo hacia bueno, las jornadas no eran grandes, y así poco trabajo se pasó en este camino, sino contento; porque en oir yo los bienes que decian de la santidad del obispo, me le daba grandísimo. Llegamos á el Burgo antes del dia octavo del santísimo Sacramento. Comulgamos allí el jueves que era la Octava, otro dia como llegamos, y comimos allí, porque no se podia llegar á Soria otro dia. Aquella noche tuvimos en una iglesia, que no hubo otra posada, y no se nos hizo mala. Otro dia oimos allí misa, y llegamos á Soria como á las cinco de la tarde. Estaba el santo obispo en una ventana de su casa, que pasamos por allí, de donde nos echó su bendicion, que no me consoló poco, porque de prelado y santo tiénese en mucho.

Estaba aquella señora nuestra fundadora esperándonos á la puerta de su casa, que era adonde se habia de fundar el monasterio; no vimos la hora que entrar en ella, porque era mucha la gente. Esto no era cosa nueva, que en cada parte que vamos, como el mundo es tan amigo de novedades, hay tanto, que á no llevar velos delante del rostro, seria trabajo grande: con esto se puede sufrir. Tenia aquella señora aderezada una sala muy grande, y muy bien, adonde se habia de decir la misa, porque se habia de ha-

cer pasadizo para la que nos daba el obispo: y luego otro dia, que era de nuestro padre san Eliseo, se dijo. Todo lo que habíamos menester tenia muy cumplido aquella señora, y dejónos en aquel cuarto, adonde estuvimos recogidas, hasta que se hizo el pasadizo, que duró hasta la Transfiguracion.

Aquel dia se dijo la primera misa en la iglesia con harta solemnidad y gente. Predicó un padre de la Compañía, que el obispo era ya ido al Burgo, porque no pierde dia ni hora sin trabajar, aunque no estaba bueno, que le habia faltado la vista de un ojo; que esta pena tuve allí, que se me hacia gran lástima, que vista, que tanto aprovechaba en el servicio de nuestro Señor, se perdiese. Juicios son suyos. Para dar mas que ganar á su siervo debia de ser, porque él no dejaba de trabajar como antes, y para probar la conformidad que tenia con su voluntad. Decíame que no le daba mas pena, que si lo tuviera su vecino, que algunas veces pensaba, que no le parecia le pesaria si se le perdia la vista del otro, porque se estaria en una ermita sirviendo á Dios, sin mas obligacion. Siempre fué este su llamamiento antes que fuese obispo, y me lo decia algunas veces, y estuvo casi determinado á dejarlo todo é irse. Yo no lo podia llevar, por parecerme que seria de gran provecho en la Iglesia de Dios, y así deseaba lo que ahora tiene, aunque el dia que le dieron el obispado, como me lo envió á decir luego, me dió un alboroto muy grande,

pareciéndome le veia con una grandísima carga, y no me podia valer ni sosegar, y fuíle á encomendar al coro á nuestro Señor, y su Majestad me sosegó luego, que me dijo, que seria muy en servicio suyo, y váse pareciendo bien.

Con el mal del ojo que tiene, y otros algunos bien penosos, y el trabajo que es ordinario, ayuna cuatro dias en la semana, y otras penitencias: su comer es de bien poco regalo. Cuando anda á visitar, es á pié, que sus criados no lo pueden llevar, y se me quejaban: estos han de ser virtuosos ó no estar en su casa. Fia poco de que negocios graves pasen por provisores (y aun pienso todos) sino que pasen por su mano. Tuvo dos años allí al principio las mas bravas persecuciones de testimonios, que yo me espantaba, porque en caso de hacer justicia, es entero y recto. Ya estas iban cesando, y aunque han ido á Córte, y á donde pensaban le podian hacer mal, mas como se va ya entendiendo el bien en todo el obispado, tienen poca fuerza, y él lo ha llevado todo con tanta perfeccion, que los ha confundido, haciendo bien á los que sabia le hacian mal. Por mucho que tenga que hacer, no deja de procurar tiempo para tener oracion (1).

(1) Al fin cumpliéronsele sus deseos al señor Velazquez. Habiendo sido promovido á la metropolitana de Santiago en 1583, y viéndose allí muy enfermo, consiguió que se le admitiera la renuncia. El rey queria consignarle 12,000 du-

Parece que me voy embebiendo en decir bien de este santo, y he dicho poco; mas para que se entienda quien es el principio de la fundacion de la santísima Trinidad de Soria, y se consuelen las que hubiere de haber en él, no se ha perdido nada, que las de ahora bien entendido lo tienen. Aunque él no dió la renta, dió la iglesia, y fué como digo, quien puso á esta señora en ello, á quien, como he dicho, no le falta mucha cristiandad y virtud y penitencia.

Pues acabadas de pasarnos á la iglesia, y de aderezar lo que era menester para la clausura, habia necesidad que yo fuese al monasterio de san José de Avila, y así me partí luego con harto gran calor, y el camino que habia era muy malo para carro. Fué conmigo un racionero de Palencia, llamado Ribera, que fué en estremo lo que me ayudó en la labor del pasadizo y en todo, porque el padre Nicolao de Jesus Maria fuese luego en haciéndose las escrituras de la fundacion, que era mucho menester en otra parte. Este Ribera tenia cierto negocio en Soria cuando fuimos y fué con nosotras. De allí le dió Dios tanta voluntad de hacernos bien, que se puede encomendar á su Majestad con los bienhechores de la Orden. Yo no quise viniese otro conmigo y mi compañera, porque es tan

---

cados de pension, pero á duras penas aceptó 6,000. Murió en 1587, y su cadáver fué llevado á Tudela de Duero, de donde era natural.

cuidadoso, que me bastaba, y mientras menos ruido, mejor me hallo por los caminos.

En este pagué lo bien que me habia ido en la ida: porque, aunque quien iba con nosotras sabia el camino hasta Segovia, no sabia el camino de los carros, y así nos llevaba este mozo por partes que veníamos á apearnos muchas veces, y llevaba el carro casi en peso por unos despeñaderos grandes: si tomábamos guias, llevábannos hasta donde sabian habia buen camino, y un poco antes que viniese el malo, dejábannos, que decian tenian que hacer. Primero que llegásemos á una posada, como no habia certidumbre, habíamos pasado mucho sol, y aventura de trastornarse el carro muchas veces. Yo tenia pena por el que iba con nosotras, porque ya que nos habian dicho que íbamos bien, era menester tornar á desandar lo andado: mas él tenia la virtud tan de raíz, que nunca me parece le ví enojado, que me hizo espantar mucho, y alabar á nuestro Señor; que adonde hay virtud de raíz, hacen poco las ocasiones. Yo le alabo de como fué servido sacarnos de aquel camino.

Llegamos á San José de Segovia víspera de san Bartolomé, adonde estaban nuestras monjas penadas por lo que tardaba, que como el camino era tal, fué mucho. Allí nos regalaron, que nunca Dios me da trabajo, que no le pague luego. Descansé ocho y mas dias, mas esta fundacion fué tan sin ningun trabajo, que de este no hay que hacer caso, porque no es na-

da. Vine contenta, por parecerme tierra adonde espero en la misericordia de Dios, se ha de servir de que esté allí, como ya se va viendo. Sea para siempre bendito y alabado por todos los siglos de los siglos. Amen. Deo gracias.

CAPÍTULO XXXI.

Comiénzase á tratar en este capítulo de la fundacion del glorioso san José de santa Ana en la ciudad de Burgos. Díjose la primera misa á 19 dias del mes de abril, octava de pascua de Resurreccion, año de MDLXXXII.

Habia mas de seis años, que algunas personas de mucha religion de la Compañía de Jesus, antiguas, y de letras y espíritu, me decian, que se serviria mucho nuestro Señor, de que una casa de esta sagrada religion estuviese en Burgos; dándome algunas razones para ello, que me movian á desearlo. Con los muchos trabajos de la Orden y otras fundaciones, no habia habido lugar de procurarlo. El año MDLXXX, estando yo en Valladolid, pasó por allí el arzobispo de Burgos, que habian dádole entonces el arzobispado, que lo era antes de Canaria, y venia entonces (1).

(1) Era el arzobispo don Cristóbal Vela.

Supliqué al obispo de Palencia don Alvaro de Mendoza (de quien ya he dicho lo mucho que favorece esta Orden, porque fué el primero que admitió el monasterio de san José de Avila, siendo allí obispo, y siempre despues nos ha hecho mucha merced, y toma las cosas de esta Orden como propias, en especial las que yo le suplico) le pidiese licencia para fundar en Burgos, y muy de buena gana dijo se la pediria; porque como le parece se sirve nuestro Señor en estas casas, gusta mucho cuando alguna se funda. No quiso el arzobispo entrar en Valladolid, sino posó en el monasterio de san Gerónimo, adonde le hizo mucha fiesta el obispo de Palencia, y se fué á comer con él, y darle un cinto, ó no sé qué ceremonia, que lo habia de hacer obispo. Allí le pidió la licencia para que yo fundase el monasterio. Él dijo la daria muy de buena gana, porque aun habia querido en Canaria, y deseado procurar tener un monasterio de estos, porque él conocia lo que se servia en ellos á nuestro Señor, porque era de donde habia uno de ellos, y á mí me conocia mucho. Así me dijo el obispo, que por la licencia no quedase, que él se habia holgado mucho de ello; y como no trata el Concilio que sea por escrito, sino que sea con su voluntad, esta se podia tener por dada.

En la fundacion pasada de Palencia dejo dicho la gran contradicion que tenia de fundar por este tiempo, por haber estado con una gran enfermedad, que

pensaron no viviera, y aun no estaba convalecida: aunque esto no me suele á mí caer tanto en lo que veo que es servicio de Dios, y así no entiendo la causa de tanta desgana, como yo entonces tenia. Porque si es por poca posibilidad, menos habia tenido en otras fundaciones: á mí paréceme era el demonio, despues que he visto lo que ha sucedido, y así ha sido ordinario, que cada vez que ha de haber trabajo en una fundacion, como nuestro Señor me conoce por tan miserable, siempre me ayuda con palabras y con obras.

He pensado algunas veces, como en algunas fundaciones, que no los ha habido, no me advierte su Majestad de nada. Así ha sido en esta, que como sabia lo que se habia de pasar, desde luego me comenzó á dar aliento. Sea por todo alabado. Así fué aquí, como dejo ya dicho en la fundacion de Palencia, que juntamente se trataba, que con una manera de reprension, me dijo—«¿Que de qué temia? ¿Que cuándo me habia faltado? El mismo soy, no dejes de hacer estas dos fundaciones.» Porque queda dicha en la pasada el ánimo con que me dejaron estas palabras, no hay para que tornarlo á decir aquí, porque luego se me quitó toda la pereza, por donde parece no era la causa la enfermedad ni la vejez, y así comencé á tratar de lo uno y de lo otro, como queda dicho. Pareció que era mejor hacer primero la de Palencia, como estaba mas cerca, y por ser el tiempo tan recio,

y Burgos tan frio, y por dar contento al buen obispo de Palencia, y así se hizo como queda dicho.

Y como estando allí se ofreció la fundacion de Soria, pareció (pues allí se estaba todo hecho) que era mejor ir primero, y desde allí á Burgos. Parecióle al obispo de Palencia, y yo le supliqué, que era bien dar cuenta al arzobispo de lo que pasaba, y envió desde allí, despues de ida yo á Soria, á un canónigo al arzobispo, no á otra cosa, llamado Juan Alonso, y escribióme á mí lo que deseaba mi ida con mucho amor, y trató con el canónigo, y escribió á su señoría, remitiéndose á él, y que lo que hacia, era porque conocia á Burgos, que era menester entrar con su consentimiento; en fin la resolucion fué, que yo fuese allá: y se tratase primero con la ciudad, y que si no diese licencia, que no le habian de tener las manos, para que él no me la diese, y que él se habia hallado en el primer monasterio de Avila, que se acordaba del gran alboroto y contradicion que habia habido; y que así habia querido prevenir acá: que no convenia hacerse monasterio, sino era de renta ó con consentimiento de la ciudad, que no me estaba bien, que por esto lo decia.

El obispo túvolo por hecho y con razon, en decir que yo fuese allá, y envióme á decir que fuésemos. Mas á mí me pareció alguna falta de ánimo en el arzobispo, y escribíle agradeciéndole la merced que me hacia; mas que me parecia ser peor, no lo

queriendo la ciudad, que hacerlo sin decírselo, y poner á su señoría en mas contienda. Parece adiviné lo poco que tuviera en él, si hubiera alguna contradicion, que yo la procuraria, y aun túvelo por dificultoso, por las contrarias opiniones que suele haber en cosas semejantes; y escribí al obispo de Palencia, suplicándole, que pues ya habia tan poco de verano, y mis enfermedades eran tantas para estar en tierra tan fria, que se quedase por entonces. No puse duda en cosa del arzobispo, porque él estaba ya desabrido de que ponia inconvenientes, habiéndole mostrado tanta voluntad, y por no poner alguna discordia, que son amigos; y así me fuí desde Soria á Avila, bien descuidada por entonces de venir tan presto, y fué harto necesaria mi ida á aquella casa de San José de Avila, para algunas cosas.

Habia en la ciudad de Burgos una santa viuda, llamada Catalina de Tolosa, natural de Vizcaya, que en decir sus virtudes me pudiera alargar mucho, así de penitencia, como de oracion, de grandes limosnas y caridad, de muy buen entendimiento y valor. Habia metido dos hijas monjas en el monasterio de nuestra Señora de la Concepcion, que está en Valladolid (creo habia cuatro años), y en Palencia metió otras dos, que estuvo aguardando á que se fundase, y antes que yo me fuese de aquella fundacion las llevó.

Todas cuatro han salido como criadas de tal ma-

dre, que no parecen sino ángeles. Dábales buenos dotes, y todas las cosas muy cumplidas, porque lo es ella mucho, y todo lo que hace muy cabal, y puédelo hacer que es rica. Cuando fué á Palencia, tuvimos por tan cierta la licencia del arzobispo, que no parecia habia en qué reparar: y así la rogué me buscase una casa alquilada, para tomar la posesion, y hiciese unas rejas y torno, y lo pusiese á mi cuenta, no pasándome por pensamiento que ella gastase nada, sino que me lo prestase. Ella lo deseaba tanto, que sintió en gran manera, que se quedase por entonces; y así despues de ida yo á Avila, como he dicho, bien descuidada de tratar de ello por entonces, ella no lo quedó, sino pareciéndole no estaba en mas de tener licencia de la ciudad, sin decirme nada comenzó á procurarla.

Tenia ella dos vecinas, personas principales, y muy siervas de Dios, que lo deseaban mucho, madre é hija. La madre se llamaba doña Maria Manrique: tenia un hijo regidor (1), llamado don Alonso de santo Domingo Manrique, la hija se llamaba doña Catalina: entrambas lo trataron con él para que lo pidiese en el ayuntamiento, el cual habló á Catalina de Tolosa, diciendo—¿que qué fundamento diria que teníamos? porque no la darian sin ninguno: ella dijo,

(1) En las ediciones anteriores «madre y hija: la madre se llamaba doña Maria Manrique, *que* tenia un hijo regidor.»

que se obligaria (y así lo hizo) de darnos casa, si nos faltase, y de comer; y con esto dió una peticion firmada de su nombre. Don Alonso se dió tan buena maña, que la alcanzó de todos los regidores, y fué al arzobispo, y llevóle la licencia por escrito. Ella luego despues de comenzado á tratar, me escribió que lo andaba negociando. Yo lo tuve por cosa de burla, porque sé cuán mal admiten monasterios pobres, y como no sabia, ni me pasaba por pensamiento, que ella se obligaba á lo que hizo, parecióme era mucho mas menester.

Con todo, estando un dia de la Octava de San Martin, encomendándolo á nuestro Señor, pensé, que se podia hacer si la diese: porque ir yo á Burgos con tantas enfermedades (que les son los frios muy contrarios siendo tan fria) parecióme que no se sufria, que era temeridad andar tan largo camino, acabada casi de venir de tan áspero, como he dicho en la venida de Soria; ni el padre provincial me dejaria. Consideraba que iria bien la priora de Palencia, que estando todo llano, no habria que hacer. Estando pensando esto, y muy determinada de no ir, díceme el Señor estas palabras, por donde ví que era ya dada la licencia.—No hagas caso de esos frios que Yo soy la verdadera calor. El demonio pone todas sus fuerzas para impedir aquella fundacion: pónlas tú de mi parte, porque se haga, y no dejes de ir en persona, que se hará gran provecho.

Con esto torné á mudar parecer, aunque el natural en cosas de trabajo algunas veces repugna, mas no la determinacion de padecer por este gran Dios; y así le digo, que no haga caso de estos sentimientos de mi flaqueza, para mandarme lo que fuere servido, que con su favor no lo dejaré de hacer. Hacia entonces nieves: lo que me acobardaba mas, es la poca salud, que, á tenerla, todo me parece que se me haria nada. Esta me ha fatigado en esta fundacion muy ordinario: el frio ha sido tan poco, al menos lo que yo he sentido, que con verdad me parecia sentia tanto cuando estaba en Toledo. Bien ha cumplido el Señor su palabra de lo que en esto dijo.

Pocos dias tardaron en traerme la licencia con cartas de Catalina de Tolosa, y de su amiga doña Catalina, dando gran priesa; porque temia no viniese algun desmán, porque habia á la sazon venido allí á fundar la Orden de los Vitorinos (1) y la de los Calzados del Cármen habia mucho que estaban allí procurando fundar. Despues vinieron los Basilios, que era harto impedimento, y cosa para considerar habernos juntado tantos en un tiempo, y tambien por alabar á nuestro Señor de la gran caridad de este lugar, que les dió licencia la ciudad muy de buena gana, con

(1) Los mínimos de san Francisco de Paula, que comunmente se llamaban en España *Frailes Vitorios*, ó *de la Victoria*. En las ediciones anteriores decia *Vitorianos*.

no estar con la prosperidad que solia. Siempre habia yo oido loar la caridad de esta ciudad, mas no pensé llegaba á tanto. Unos favorecian á unos, otros á otros: mas el arzobispo miraba por todos los inconvenientes que podia haber, y lo defendia, pareciéndole era hacer agravio á las Ordenes de pobreza, que no se podian mantener (1); y quizá acudian á él los mismos, ó lo inventaba el demonio para quitar el gran bien que hace Dios á donde trae muchos monasterios, porque poderoso es para mantener los muchos, como los pocos.

Pues con esta ocasion era tanta la priesa que me daban estas santas mujeres, que, á mi querer, luego me partiera, sino tuviera negocios que hacer: porque miraba yo cuán mas obligada estaba á que no se perdiese coyuntura por mí, que á los que veia poner tanta diligencia. En las palabras que habia entendido, daban á entender contradicion mucha, yo no podia saber de quien, ni por donde, porque ya Catalina de Tolosa me habia escrito, que tenia cierta la casa en que vivia para tomar la posesion, la ciudad llana, el arzobispo tambien: no podia pensar de quien habia de ser esta contradicion, que los demonios habian de

(1) Impedia ó ponia dificultades. El derecho canónico prescribe que no se funden monasterios de pobreza sin consultar á los mendicantes y demás regulares de la poblacion, para saber si se les seguirá perjuicio.

poner, porque aunque eran de Dios las palabras que habia entendido, no dudaba.

En fin da su Majestad á los prelados mas luz, que como lo escribí al padre provincial en que fuese, por lo que habia entendido, no me lo estorbó; mas dijo—que si habia licencia por escrito del arzobispo? Yo le escribí que de Burgos me lo habian escrito, que con él se habia tratado; y como se pedia á la ciudad la licencia, y lo habia tenido por bien, esto, y todas las palabras que habia dicho en el caso, parece no habia que dudar.

Quiso el padre provincial ir con nosotras á esta fundacion: parte debia ser estar entonces desocupado, que habia predicado el Adviento ya, y habia de ir á visitar á Soria, que despues que se fundó no le habia visto, y era poco rodeo; y parte por mirar por mi salud en los caminos por ser el tiempo tan recio, y yo tan vieja y enferma, y parecerles importa algo mi vida. Y fué cierto ordenacion de Dios, porque los caminos estaban tales, que eran las aguas muchas, que fué bien necesario ir él y sus compañeros, para mirar por donde se iba, y ayudar á sacar los carros de los trampales, en especial desde Palencia á Burgos, que fué harto atrevimiento salir de allí cuando salimos.

Verdad es, que nuestro Señor me dijo—«Que bien podíamos ir, que no temiese, que Él seria con nosotros:» aunque esto no lo dije yo al padre provin-

cial por entonces, mas consolábame á mí en los grandes trabajos y peligros en que nos vimos, en especial en un paso que hay cerca de Burgos, que llaman unos pontones, y el agua habia sido tanta, y lo era muchos ratos, que ni se veia, ni parecia por donde ir, sino todo agua, y de una parte y de otra está muy hondo. En fin, es gran temeridad pasar por allí, en especial con carros, que, á trastornarse un poco, va todo perdido, y así el uno de ellos se vió en peligro.

Tomamos una guia en una venta que está antes; que sabia aquel paso, mas cierto él es bien peligroso, pues las posadas, como no se podian andar jornadas á causa de los malos caminos, que era muy ordinario anegarse los carros en el cieno, y habian de pasar de unos las bestias á el otro para sacarlos, gran cosa pasaron los padres que iban allí, porque acertamos á llevar unos carreteros mozos y de poco cuidado. Ir con el padre provincial lo aliviaba mucho, porque le tenia de todo, y una condicion tan apacible, que no parece se le pega trabajo de nada, y así lo que era mucho lo facilitaba, que parecia poco, aunque no los pontones, que no se dejó de temer harto. Porque verse entrar en un mundo de agua, sin camino ni barco, con cuanto nuestro Señor me habia esforzado, aun no dejé de temer: qué harian mis compañeras? Ibamos ocho, dos que han de tornar conmigo, y cinco que han de quedar en Burgos, cuatro de coro, y una freila.

Aun no creo he dicho cómo se llama el padre provincial: es fray Gerónimo Gracian de la Madre de Dios, de quien ya otras veces he hecho mencion. Yo iba con un mal de garganta bien apretado, que me dió en el camino llegando á Valladolid, y sin quitárseme calentura: como era con dolor tan grande, esto me hizo no gozar tanto del gusto de los sucesos de este camino. Este mal me duró hasta ahora, que es á fin de junio, aunque no tan apretado con mucho, mas harto penoso. Todas venian contentas, porque en pasando el peligro, era recreacion hablar en él. Es gran cosa padecer por obediencia, para quien tan ordinario la tiene, como estas monjas.

Con este mal camino llegamos á Burgos, por harta agua que hay antes de entrar en él. Quiso nuestro padre fuésemos lo primero á ver el santo Crucifijo, para encomendarle el negocio, y porque anocheciese, que era temprano. Cuando llegamos era viernes, un dia despues de la Conversion de san Pablo, 26 dias de enero. Traíase determinado de fundar luego, y yo traia muchas cartas del canónigo Salinas (el que queda dicho en la fundacion de Palencia, que no menos le cuesta esta de aquí) y de personas principales, para que sus deudos favoreciesen este negocio, y para otros amigos muy encarecidamente; y así lo hicieron, que luego otro dia me vinieron á ver, y en ciudad, que ellos no estaban arrepentidos de lo que habian dicho, sino que se holgaban que fuese venida, que

viese en qué me podian hacer merced. Como si algun miedo traíamos era de la ciudad, tuvímoslo todo por llano, y aun sin que lo supiera nadie (á no llegar con agua grandísima á la casa de la buena Catalina de Tolosa) pensamos hacerlo saber al arzobispo, para decir la primera misa luego, como lo hago en casi las mas partes, mas por esto se quedó.

Descansamos aquella noche con mucho regalo, que nos hizo esta santa mujer, aunque me costó á mí trabajo, porque tenía gran lumbre para enjugar el agua, y aunque era en chimenea, me hizo tanto mal, que otro dia no podia levantar la cabeza, que echada hablaba á los que venian por una ventana de reja, que pusimos un velo; que por ser dia que por fuerza habia de negociar, se me hizo muy penoso. Luego de mañana fué el padre provincial á pedir la bendicion al ilustrísimo, que no pensamos habia mas que hacer. Hallóle tan alterado y enojado, de que me habia venido sin su licencia, como sino me lo hubiera él mandado, ni tratádose cosa en el negocio, y así habló al padre provincial enojadísimo de mí.

Ya que concedió que él habia mandado que yo viniese, dijo que yo sola á negociarlo, mas venir con tantas monjas, Dios nos libre de la pena que le dió. Decirle que estaba negociado ya con la ciudad, como él pidió, que no habia mas que fundar, y que el obispo de Palencia me habia dicho, habiéndole yo preguntado, si seria bien que viniese sin hacerlo saber á su

señoría, que no habia para qué, que ya él decia que lo deseaba, todo aprovechaba poco. Ello habia pasado así, y fué querer Dios se fundase la casa; y él mismo lo dice despues, porque á hacérselo saber llanamente, dijera que no viniéramos. Con que despidió al padre provincial, con que si no habia renta y casa propia, que en ninguna manera daria la licencia, que bien nos podíamos tornar. ¡Pues bonitos estaban los caminos, y hacia el tiempo! ¡Oh señor mio, qué cierto es á quien os hace algun servicio, pagar luego con un gran trabajo! ¡Y qué precio tan precioso para los que de veras os aman, si luego se nos diese á entender su valor!

Mas entonces no quisiéramos esta ganancia, porque parece lo imposibilitaba todo, que decia mas que lo que se habia de tener de renta y comprar la casa, que no habia de ser de lo que trajesen las monjas. Pues á donde no se traia pensamiento de esto en los tiempos de ahora, bien se daba á entender no habia de haber remedio; aunque no á mí, que siempre estaba cierta que era todo para mejor, y enredos que ponia el demonio para que no se hiciese, y que Dios habia de salir con su obra. Vino con esto el provincial muy alegre, que entonces no se turbó. Dios lo proveyó, y para que no se enojase conmigo, porque no habia tenido la licencia por escrito, como él decia.

Habian estado ahí conmigo, de los amigos que habian escrito el canónigo Salinas, como he dicho,

y de ellos vinieron luego, y sus deudos les pareció se pidiese licencia al arzobispo, para que nos dijesen misa en casa, por no ir por las calles, que hacia grandes lodos, y descalzas parecia inconveniente: y en la casa estaba una pieza decente, que habia sido iglesia de la Compañía de Jesus; luego que vinieron á Burgos, adonde estuvieron mas de diez años; y con esto nos parecia no habia inconveniente de tomar allí la posesion hasta tener casa. Nunca se pudo acabar con él que nos dejase en ella oir misa, aunque fueron dos canónigos á suplicárselo. Lo que se acabó con él es, que, tenida la renta, se fundase allí hasta comprar casa, y que para esto diésemos fiadores, que se compraria, y que no saldríamos de allí.

Estos hallamos luego, que los amigos del canónigo Salinas se ofrecieron á ello, y Catalina de Tolosa á dar renta con que se fundase. En qué tanto y como y de donde, se debian de pasar mas de tres semanas, y nosotras no oyendo misa sino las fiestas muy de mañana, y yo con calentura y harto mala. Mas hízolo tan bien Catalina de Tolosa, que yo era tan regalada, y con tanta voluntad nos dió á todas un mes de comer, como si fuera madre de cada una, en un cuarto que estábamos apartadas. El padre provincial y sus compañeros posaban en casa de un su amigo, que habian sido colegiales juntos, llamado el doctor Manso, que era canónigo de púlpito (1) en la iglesia mayor, har-

(1) Canónigo magistral.

to deshecho de ver que se detenia tanto allí, y no sabia como nos dejar.

Pues concertados los fiadores y la renta, dijo el arzobispo se diese al provisor, que luego se despacharia. El demonio no debia dejar de acudir á él, porque despues de muy mirado, que ya no pensábamos habia en que se detener, y pasado casi un mes en acabar con el arzobispo se contentase con lo que se hacia, envíame el provisor una memoria, y dice que la licencia no se dará hasta que tengamos casa propia, que ya no queria el arzobispo que fundásemos en la que estábamos, porque era húmeda, y habia mucho ruido en aquella calle: y para la seguridad de la hacienda, no sé que enredos, y otras cosas, como si entonces se comenzara el negocio, y que en esto no habia mas que hablar, y que la casa habia de ser á contento del arzobispo.

Mucha fué la alteracion del padre provincial cuando esto vió, y de todas; porque para comprar sitio para un monasterio, ya se ve lo que es menester de tiempo, y él andaba deshecho de vernos salir á misa, qne, aunque la iglesia no estaba lejos, y la oiamos en una capilla, sin vernos nadie, para su reverencia y nosotras era grandísima pena lo que se habia estado: ya entonces, creo, estuvo en que nos tornásemos. Yo no lo podia llevar, cuando me acordaba que me habia dicho el Señor, que yo lo procurase de su parte, y teníalo por tan cierto que se habia de hacer, que no

me daba ninguna cosa casi pena, solo la tenía de la del padre provincial, y pesábame harto de que hubiese venido con nosotras, como quien no sabia lo que nos habian de aprovechar sus amigos, como despues diré. Estando en esta afliccion, y mis compañeras la tenian mucha (mas désto no se me daba nada, sino del provincial) sin estar en oracion, me dijo el Señor estas palabras—«Ahora, Teresa, ten fuerte.» Con esto procuré con mas ánimo con el padre provincial (y su Majestad se lo debia poner á él), que se fuese y nos dejase, porque era ya cerca de Cuaresma, y habia forzado de ir á predicar.

Él y los amigos dieron órden de que nos diesen unas piezas del hospital de la Concepcion, que habia santísimo Sacramento allí, y misa cada dia. Con esto le dió algun contento, mas no se pasó poco en dárnoslo; porque un aposento que habia bueno, habíale alquilado una viuda de aquí, y ella no solo nó nos le quiso prestar, (con que no habia de ir en medio año á él), mas pesóle que nos diesen unas piezas en lo mas alto, á teja vana, y pasaba una á su cuarto. Y no se contentó con que tenia llave por de fuera, sino echar aldabas por de dentro. Sin esto, los cofrades pensaron nos habíamos de alzar con el hospital, cosa bien sin camino, sino que queria Dios mereciésemos mas: hácennos delante de un escribano prometer al padre provincial y á mí, que, en diciéndonos que nos saliésemos de allí, luego lo habiamos de hacer.

Esto se me hacia lo mas dificultoso, porque temia la viuda, que era rica, y tenia parientes, que cuando le diese el antojo nos habia de hacer ir. Mas el padre provincial, como mas avisado, quiso se hiciese cuanto querian, porque nos fuésemos presto: no nos daban sino dos piezas y una cocina. Mas tenia cargo del hospital un gran siervo de Dios, llamado Hernando de Matanza, que nos dió otras dos para locutorio, y nos hacia mucha caridad, y él la tenia con todos, que hace mucho por los pobres. Tambien nos la hacia Francisco de Cuevas, que tenia mucha cuenta con este hospital, que es correo mayor de aquí: él ha hecho siempre por nosotras en cuanto se ha ofrecido.

Nombré á los bienhechores de estos principios, porque las monjas de ahora, y las de por venir, es razon se acuerden de ello en sus oraciones: esto se debe mas á los fundadores; y aunque el primer intento mio no fué lo fuese Catalina de Tolosa, ni me pasó por pensamiento, mereciólo su buena vida con nuestro Señor, que ordenó las cosas de suerte, que no se puede negar que lo es: porque dejado el pagar la casa, que no tuviéramos remedio, no se puede decir lo que todos estos desvíos del arzobispo le costaban, porque en pensar si no se habia de hacer, era su aficcion grandísima, y jamás se cansaba de hacernos bien. Estaba este hospital muy lejos de su casa, y casi cada dia nos veia con gran voluntad, y enviar todo lo

que era menester, con que nunca cesaban de decirle dichos, que á no tener el ánimo que tiene, bastaba para dejarlo todo.

Ver yo lo que ella pasaba me daba á mí harta pena, porque, aunque las mas veces lo encubria, otras no lo podia disimular; en especial, cuando la tocaban en la conciencia, porque ella la tiene tan buena, que por grandes ocasiones, que algunas personas la dieron, nunca la oí palabra que fuese ofensa de Dios. Decíanla, que se iba al infierno, ¿que cómo podia hacer lo que hacia, teniendo hijos? Ella lo hacia todo con parecer de letrados; porque, aunque ella quisiera otra cosa, por ninguna de la tierra no consintiera yo hiciera cosa que no pudiera, aunque se dejaran de hacer mil monasterios, cuanto mas uno. Mas como el medio que se trataba era secreto, no me espanto se pensase mas. Ella respondia con una cordura, que la tiene mucha, y lo llevaba, que bien parecia la enseñaba Dios á tener industria, para contentar á unos y sufrir á otros, y la daba ánimo para llevarlo todo. ¡Cuanto mas le tienen para grandes cosas los siervos de Dios, que los de grandes linajes, si les falta esto! aunque á ella no le falta mucha limpieza en el suyo, que es muy hija de algo.

Pues tornando á lo que trataba, como el padre provincial nos tuvo adonde oíamos misa, y con clausura, tuvo corazon para irse á Valladolid, adonde habia de predicar; aunque con harta pena de no ver en

el arzobispo cosa para tener esperanza habia de dar la licencia, y aunque yo siempre se la ponia, no lo podia creer: y cierto habia grandes ocasiones para pensarlo, que no hay para qué las decir; y si él tenia poca, los amigos tenian menos, y le ponian mas mal corazon. Yo quedé mas aliviada de verlo ido, porque, como he dicho, la mayor pena que tenia era la suya. Dejónos mandado se procurase casa, porque se tuviese propia, lo que era bien dificultoso; porque hasta entonces ninguna se habia hallado que se pudiese comprar. Quedaron los amigos mas encargados de nosotras, en especial los del padre provincial, y concertados todos de no hablar palabra al arzobispo, hasta que tuviésemos casa, el cual siempre decia, que deseaba esta fundacion mas que nadie; y créolo, porque es tan buen cristiano, que no diria sino verdad. En las obras no se parecia, porque pedia cosas al parecer imposibles para lo que nosotras podíamos: esta era la traza que traia el demonio para que no se hiciese. Mas, oh Señor, ¡cómo se conoce que sois poderoso! que de lo mismo que él buscaba para estorbarlo, sacastes Vos como se hiciese mejor. Seais por siempre bendito.

Estuvimos desde la víspera de San Matias, que entramos en el hospital, hasta la víspera de san José, tratando de unas y de otras casas: habia tantos inconvenientes, que ninguna era para comprarse de las que querian vender. Habíanme hablado de una de un ca-

ballero: esta habia dias que la vendian, y con andar tantas Ordenes buscando casa, fué Dios servido que no les pareciese bien, que ahora se espantan todos, y aun están bien arrepentidos algunos. A mí me habian dicho de ella una de las dos personas, mas eran tantas las que decian mal, que ya, como cosa que no convenia, estaba descuidada de ella.

Estando un dia con el licenciado Aguiar, que he dicho era amigo de nuestro padre, que andaba buscando casa para nosotras con gran cuidado, diciendo como habia visto algunas, y que no se hallaba en todo el lugar, ni parecia posible hallarse, á lo que me decian, me acordé de esta, que digo que teniamos ya dejada, y pensé, aunque sea tan mala como dicen, socorrámonos en esta necesidad, que despues se puede vender: y díjelo al licenciado Aguiar, que si queria hacerme merced de verla. A él no le pareció mala traza: la casa no la habia visto, y, con hacer un dia bien tempestuoso y áspero, quiso luego ir allá.

Estaba un morador en ella, que habia poca gana que se vendiese, y no quiso mostrársela, mas en el asiento, y lo que pudo ver, le contentó mucho, y así nos determinamos de tratar de comprarla. El caballero, cuya era, no estaba aquí, mas tenia dado poder para venderla á un clérigo siervo de Dios, á quien su Majestad puso deseo de vendérnosla, y tratar con mucha llaneza con nosotras. Concertóse que la fuese yo á ver: contentóme en tanto estremo, que si pidie-

ran dos tanto mas de lo que entendia nos la darian, se me hiciera barata: y no hacia mucho, porque dos años antes lo daban á su dueño, y no la quiso dar. Luego otro dia vino allí el clérigo, y el licenciado, á el cual, como vió con lo que se contentaba, quisiera se atara luego. Yo habia dado parte á unos amigos, y habíanme dicho, que si lo daba, que daba quinientos ducados mas.

Díjeselo, y él parecióle que era barata, aunque diese lo que pedia, y á mí lo mismo, que yo no me detuviera, que me parecia de balde: mas como eran dineros de la Orden hacíaseme escrúpulo. Esta junta era víspera del glorioso san José antes de misa: yo les dije, que despues de misa nos tornásemos á juntar, y se determinaria. El licenciado es de muy buen entendimiento, y veia claro, que si se comenzaba á divulgar, que nos habia de costar mucho mas, ó no comprarla, y así puso mucha diligencia, y tomó la palabra á el clérigo tornase allí despues de misa.

Nosotras nos fuimos á encomendarlo á Dios, el cual me dijo—«¿En dineros te detienes?» dando á entender nos estaba bien. Las hermanas habian pedido mucho á san José, que para su dia tuviesen casa, y con no haber pensamiento de que la habria tan presto, se lo cumplió. Todos me importunaron se concluyese, y así se hizo, que el licenciado se halló un escribano á la puerta, que pareció ordenacion del Señor, y vino con él, y me dijo, que convenia con-

cluirse, y trajo testigo, y cerrada la puerta de la sala, porque no se supiese (que este era su miedo) se concluyó la venta con toda firmeza, víspera, como he dicho, del glorioso san José, por la buena diligencia y entendimiento de este buen amigo.

Nadie pensó que se diera tan barata, y así, en comenzándose á publicar, comenzaron á salir compradores, y á decir que la habia quemado el clérigo que la concertó, y á decir, que se deshiciese la venta, porque era grande el engaño: harto pasó el buen clérigo. Avisaron luego á los señores de la casa, que, como he dicho, era un caballero principal, y su mujer lo mismo, y holgáronse tanto que su casa se hiciese monasterio, que por eso lo dieron por bueno, aunque ya no podian hacer otra cosa. Luego otro dia se hicieron escrituras y se pagó el tercio de la casa, todo como lo pidió el clérigo, que en algunas cosas nos agraviaban del concierto, y por él pasábamos por todo.

Parece cosa impertinente ponerme en detenerme tanto en contar la compra de esta casa, y verdaderamente á los que miraban las cosas por menudo, no les parecia menos que milagro, así en el precio tan de balde, como en haberse cegado todas las personas de religion, que la habian mirado, para no la tomar; y como si no hubiera estado en Búrgos, se espantaban los que la veian, y los culpaban y llamaban desatinados. Y un monasterio de monjas que andaban

buscando casa, y aun dos de ellos, el uno habia poco que se habia hecho, el otro venídose de fuera de aquí, que se les habia quemado la casa, y otra persona rica, que anda para hacer un monasterio, y habia poco que la habia mirado, y la dejó, todos están harto arrepentidos. Era el rumor de la ciudad de manera, que vimos claro la gran razon que habia tenido el buen licenciado de que fuese secreto, y de la diligencia que puso, que con verdad podemos decir, que despues de Dios, él nos dió la casa. Gran cosa hace un buen entendimiento para todo: como él le tiene tan grande, y le puso Dios la voluntad, acabó con él esta obra. Estuvo mas de un mes ayudando, y dando traza á que se acomodase bien, y á poca costa.

Parecia bien habia guardado nuestro Señor esta casa para sí, que casi todo parecia se hallaba hecho. Es verdad, que luego que la ví, y todo como si se hiciera para nosotras, que me pareció cosa de sueño verlo tan presto hecho. Bien nos pagó nuestro Señor lo que se habia pasado, en traernos á un deleite, porque de huerta, vistas y agua, no parece otra cosa. Sea por siempre bendito. Amen.

Luego lo supo el arzobispo, y se holgó mucho se hubiese acertado tan bien, pareciéndole que su porfia habia sido la causa, y tenia gran razon. Yo le escribí, que me habia alegrado le hubiese contentado, que yo me daria priesa á acomodarla, para que del todo me hiciese merced. Con esto que le dige, me dí priesa á

pasarme, porque me avisaron que hasta acabar no sé qué escrituras nos querian tener allí. Y así, aunque no era ido un morador, que estaba en la casa, que tambien se pasó algo en echarle de allí, nos fuimos á un cuarto. Luego me dijeron estaba muy enojado de ello: yo le aplaqué todo lo que pude, que como es bueno, aunque se enoja, pásasele presto. Tambien se enojó, de que supo teniamos rejas y torno, que le parecia lo queria hacer absolutamente: yo le escribí, que tal no queria, que en casa de personas recogidas habia esto, que aun una cruz no habia osado poner, porque no pareciese esto, y así era la verdad. Con toda la buena voluntad que nos mostraba no habia remedio de querer dar la licencia.

Vino á ver la casa, y contentóle mucho, y mostrónos mucha gracia, mas no para darnos la licencia, aunque dió mas esperanzas, y que se habian de hacer no sé que escrituras con Catalina de Tolosa. Harto miedo tenian de que no la habia de dar, mas el doctor Manso, que es el otro amigo que he dicho del padre provincial, era mucho suyo, para aguardar los tiempos en acordárselo y importunarle, que le costaba mucha pena vernos andar como andábamos, que aun en esta casa, con tener capilla, que no servia sino para decir misa á los señores de ella, nunca quiso que nos la dijesen en casa, sino que saliamos dias de fiesta y domingos á oirla á una iglesia, que fué harto bien tenerla cerca, aunque despues de pasadas á

ella, hasta que se fundó, que pasó un mes, poco mas ó ménos, todos los letrados decian era causa suficiente. El arzobispo lo es harto, que lo veia tambien, y así no parecia era otra la causa, sino querer nuestro Señor que padeciésemos, aunque yo mejor lo llevaba: mas habia monja, que en viéndose en la calle temblaba de la pena que tenia (1).

Para hacer las escrituras no se pasó poco, porque ya se contentaban con fiadores, ya querian el dinero, y otras muchas importunidades. En esto no tenia tanta culpa el arzobispo, sino un provisor, que nos hizo harta guerra, que si á la sazon no le llevara Dios un camino, que quedó en otro, nunca parece se acabara. ¡Oh lo que pasó en esto Catalina de Tolosa! No se puede decir: todo lo llevaba con una paciencia, que me espantaba, y no se cansaba de proveernos.

Dió todo el ajuar que tuvimos menester, para sentar casa, de camas y otras muchas cosas, que ella tenia casa proveida, y de todo lo que habíamos menes-

(1) Véase la carta que escribió en 18 de Marzo de 1582 desde Búrgos al padre fray Ambrosio Mariano, que es la 37 del tomo VI de las *Obras de Santa Teresa*. No hallando ya otra cosa con que apurar á santa Teresa, le exigia que trajese permiso del nuncio para decir misa en la capilla. Catorce años habian tenido los jesuitas el Santísimo Sacramento en la casa donde primero estuvo santa Teresa, y con todo no dejó que dijeran allí misa.

ter, no parecia que, aunque faltase en la suya, nos habia de faltar nada. Otras de las que han fundado monasterios nuestros mucha mas hacienda han dado, mas que las cueste de diez partes la una de trabajo, ninguna; y, á no tener hijos, diera todo lo que pudiera; y deseaba tanto verlo acabado, que le parecia todo poco lo que hacia para este fin.

Yo de que vi tanta tardanza, escribí al obispo de Palencia, suplicándole tornase á escribir al arzobispo, que estaba desabridísimo con él; porque todo lo que hacia con nosotras, lo tomaba por cosa propia: y lo que nos espantaba, que nunca el arzobispo le pareció nos hacia agravio en nada. Yo le supliqué le tornase á escribir, diciéndole, que pues teniamos casa, y se hacia lo que él queria, que acabase. Envióme una carta abierta para él, de tal manera, que, á dársela, lo echáramos todo á perder: y así el doctor Manso, con quien yo me confesaba y aconsejaba, no quiso se la diese; porque, aunque venia muy comedida, decia algunas verdades, que para la condicion del arzobispo bastaba á desabrirle; que ya él lo estaba de algunas cosas que le habia enviado á decir, y eran muy amigos. Y decíame á mí, que como por la muerte de nuestro Señor se habian hecho amigos los que no lo eran, que por mí los habia hecho á entrambos enemigos: yo le dije—que ahí veria lo que yo era.

Habia yo andado con particular cuidado, á mi parecer, para que no se desabriesen: torné á suplicar al

obispo por las mejores razones que pude, que le escribiese otra con mucha amistad, poniéndole delante el servicio que era de Dios. El hizo lo que pedí, que no fué poco: mas como vió era servicio de Dios, y hacerme merced, que tan en un ser me las ha hecho siempre, en fin se forzó y me escribió, que todo lo que habia hecho por la Orden, no era nada en comparacion de esta carta. En fin, ella vino de suerte, junto con la diligencia del doctor Manso, que nos la dió, y envió con ella al buen Hernando de Matanza, qne no venia poco alegre. Este dia estaban las hermanas harto mas fatigadas, que nunca habian estado, y la buena Catalina de Tolosa de manera, que no la podian consolar, que parece quiso el Señor, al tiempo que nos habia de dar el contento, apretar mas; que yo, que no habia estado desconfiada, lo estuve la noche antes. Sea para sin fin bendito su nombre, y alabado por siempre jamás, amen.

Dió licencia al doctor Manso para que dijese otro dia la misa, y pusiese el santísimo Sacramento. Dijo él la primera, y el padre prior de san Pablo (que es de los Dominicos, á quien siempre esta Orden ha debido mucho, y á los de la Compañía tambien), él dijo la misa mayor: el padre prior, con mucha solemnidad de ministriles, que sin llamarlos se vinieron. Estaban todos los amigos muy contentos; y casi se le dió á toda la ciudad, que nos habian mucha lástima de vernos andar así, y parecíales tan malo lo que

hacia el arzobispo, que algunas veces sentia yo mas lo que oia de él, que no lo que yo pasaba. La alegría de la buena Catalina de Tolosa y de las hermanas, era tan grande, que á mí me hacia devocion, y decia á Dios—«Señor, ¿qué pretenden estas vuestras siervas, mas que serviros, y verse encerradas por Vos, adonde nunca han de salir?»

Si no es por quien pasa, no se creerá el contento que se recibe en estas fundaciones, cuando nos vemos ya con clausura, donde no puede entrar persona seglar, que por mucho que los queramos, no basta para dejar de tener este gran consuelo de vernos á solas. Paréceme que es, como cuando en una red se sacan muchos peces del rio, que no pueden vivir si no los tornan al agua; así son las almas mostradas á estar en las corrientes de las aguas de su Esposo, que sacadas de allí á ver las redes de las cosas del mundo, verdaderamente no se vive hasta verse tornar allí. Esto veo en todas estas hermanas siempre, esto entiendo de experiencia, que las monjas que vieren en sí deseo de salir fuera entre seglares, ó de tratarlos mucho, teman que no han topado con el agua viva, que dijo el Señor á la Samaritana, y que se les ha escondido el Esposo; y con razon, pues ellas no se contentan de estarse con Él.

Miedo hé que nace de dos cosas, ó que ellas no tomaron este estado por solo Él, ó que despues de tomado no conocen la gran merced, que Dios las ha

hecho en escogerlas para Sí, y librarlas de estar sujetas á un hombre, que muchas veces las acaba la vida, y plegue á Dios no sea tambien el alma. ¡Oh verdadero hombre y Dios, Esposo mio! ¿En poco se debe tener esta merced? Alabémosle, hermanas mias, porque nos la ha hecho, y no nos cansemos de alabar á tan gran Rey y Señor, que nos tiene aparejado un reino, que no tiene fin, por un trabajillo envuelto en mil contentos, que se acabarán mañana. Sea por siempre bendito, amen, amen.

Unos dias despues que se fundó la casa, pareció al padre provincial y á mí, que en la renta que habia mandado Catalina de Tolosa á esta casa, habia ciertos inconvenientes, en que pudiera haber algun pleito, y á ella venir algun desasosiego: y quisimos mas fiar de Dios, que no quedar con ocasion de darle pena en nada: y por esto, y por otras algunas razones, dimos por ningunas, delante de escribano, todas, con licencia del padre provincial, la hacienda que nos habia dado, y le tornamos todas las escrituras.

Esto se hizo con mucho secreto, porque no lo supiera el arzobispo, que lo tuviera por agravio, aunque lo es para esta casa; porque cuando se sabe que es de pobreza no hay que temer, que todos ayudan; mas teniéndola por de renta, parece es peligro, y que se ha de quedar sin tener que comer por ahora, que para despues de los dias de Catalina de Tolosa, hizo un remedio, que dos hijas suyas, que aquel año habian

de profesar en nuestro monasterio de Palencia, hicieron que habian renunciado en ella cuando profesaron, hizo dar por ninguno aquello, y renunciar en esta casa; y otra hija que tenia, que quiso tomar hábito aquí, la deja su legítima de su padre y de ella, que es tanto como la renta que daba: sino que es el inconveniente, que no lo gozan luego. Mas yo siempre he tenido que no les ha de faltar, porque el Señor, que hace en otros monasterios que son de limosna que se la dén, despertará que lo hagan aquí, ó dará medios con que se mantengan. Aunque como no se ha hecho ninguno de esta suerte, algunas veces le suplicaba, pues habia querido se hiciese, diese órden como se remediasen, y tuviesen lo necesario, y no me habia gana de ir de aquí, hasta ver si entraba alguna monja.

Y estando pensando en esto una vez, despues de comulgar, me dijo el Señor—«En qué dudas, que ya está esto acabado; bien te puedes ir;» dándome á entender, que no les faltaria lo necesario. Porque fué de manera, que como si las dejara muy buena renta, nunca mas me dió cuidado; y luego traté de mi partida, porque me parecia que ya no hacia nada aquí mas de holgarme en esta casa, que es muy á mi propósito, y en otras partes, aunque con mas trabajo, podia aprovechar mas. El arzobispo y obispo de Palencia se quedaron muy amigos, porque luego el arzobispo nos mostró mucha gracia, y dió el hábito á

su hija de Catalina de Tolosa, y á otra monja que entró luego aquí, y hasta ahora no nos dejan de regalar algunas personas, ni dejará nuestro Señor padecer á sus esposas, si ellas le sirven como están obligadas. Para esto las dé su Majestad gracia, por su gran misericordia y bondad.

JESUS.

Hame parecido poner aquí, como las monjas de San José de Avila, que fué el primer monasterio que se fundó, cuya fundacion está en otra parte escrita y no en este libro, siendo fundacion á la obediencia del Ordinario, se pasó á la de la Orden.

Cuando él se fundó era obispo don Alvaro de Mendoza, el que lo es ahora de Palencia, y todo lo que estuvo en Avila, fueron en extremo favorecidas las monjas. Y cuando se le dió la obediencia, entendí yo de nuestro Señor, que convenia dársela, y parecióse bien despues, porque en todas las diferencias de la Orden tuvimos gran favor en él, y otras muchas cosas que se ofrecieron, adonde se vió claro; y nunca él consintió fuesen visitadas de clérigo, ni hacian en aquel monasterio mas de lo que yo le suplicaba. De esta manera pasó diecisiete años, poco mas ó menos, que no me acuerdo, ni yo pretendia se mudase obediencia. Pasados estos, dióse el obispado de Palencia á el obispo de Avila.

En este tiempo yo estaba en el monasterio de Toledo, y díjome nuestro Señor, que convenia que las monjas de San José diesen la obediencia á la Orden: que lo procurase, porque á no hacer esto, presto vendria en relajamiento aquella casa. Yo, como habia entendido era bien darla á el Ordinario, parecia se contradecia: no sabia qué me hacer. Díjelo á mi confesor, que era el que es ahora obispo de Osma, muy gran letrado: díjome, que eso no hacia al caso, que para entonces debia ser menester aquello, y para ahora estotro, (ya se ha visto muy claro ser verdad en muy muchas cosas) y que él veia estaria mejor aquel monasterio junto con estotros, que no solo. Hízome ir á Avila á tratar de ello. Hallé al obispo de bien diferente parecer, que en ninguna manera estaba en ello: mas como le dije algunas razones del daño que las podia venir, y él las queria muy mucho, y fué pensando en ellas, y como tiene muy buen entendimiento, y Dios que ayudó, pensó otras razones mas pesadas, que yo le habia dicho, y resolvióse á hacerlo: aunque algunos clérigos le iban á decir no convenia, no aprovechó.

Eran menester los votos de las monjas: á algunas se les hacia muy grave, mas como me querian bien, llegáronse las razones que les decia, en especial el ver, que faltado el obispo, á quien la Orden debia tanto, y yo queria, que no me habian de tener mas consigo. Esto les hizo mucha fuerza, y así se concluyó

cosa tan importante, que todas y todos han visto cuán perdida quedaba la casa en hacer lo contrario. ¡Oh, bendito sea el Señor que con tanto cuidado mira lo que toca á sus siervas! Sea por siempre bendito. Amen.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

cosa tan importante, que todas y todos han visto cuán perdida quedaba la casa en hacer lo contrario. ¡Oh, bendito sea el Señor que con tanto cuidado mira lo que toca á sus siervas! Sea por siempre bendito. Amen.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO PRIMERO.

Capítulos.		Páginas.
	Prólogo.	I
	A las madres priora Ana de Jesus y religiosas Carmelitas Descalzas del monasterio de Madrid, el maestro Fray Luis de Leon, salud en Jesucristo.	IV
	Tabla cronológica de la vida de santa Teresa de Jesús.	XVII
I.	En que trata cómo comenzó el Señor á despertar esta alma en su niñez á cosas virtuosas, y la ayuda que es para esto serlo los padres..	3
II.	Trata cómo fué perdiendo estas virtudes, y lo que importa en la niñez tratar con personas virtuosas..	8
III.	En que trata cómo fué parte la buena compañía para tornar á despertar sus deseos, y por qué manera comenzó el Señor á darle alguna luz del engaño que habia traido.	15
IV.	Dice cómo la ayudó el Señor para forzarse á sí misma para tomar hábito, y las	

Capítulos. Páginas.

muchas enfermedades que su Majestad la comenzó á dar. 20

V. Prosigue en las grandes enfermedades que tuvo, y la paciencia que el Señor le dió en ellas, y cómo saca de los males bienes, segun se verá en una cosa que le acaeció en este lugar que se fué á curar. 29

VI. Trata de lo mucho que debió al Señor en darle conformidad con tan grandes trabajos; y cómo tomó por medianero y abogado al glorioso San Josef, y lo mucho que le aprovechó. 38

VII. Trata por los términos que fué perdiendo las mercedes que el Señor le habia hecho, y cuán perdida vida comenzó á tener: dice los daños que hay en no ser muy encerrados los monasterios de monjas. 47

VIII. Trata del gran bien que le hizo no se apartar del todo de la oracion, para no perder el alma; y cuán excelente remedio es para ganar lo perdido. Persuade á que todos la tengan. Dice cómo es tan gran ganancia, y que aunque la tornen á dejar, es gran bien usar algun tiempo de tan gran bien. 64

IX. Trata por qué términos comenzó el Señor á despertar su alma y darle luz en tan grandes tinieblas, y á fortalecer sus virtudes para no ofenderle. 73

X. Comienza á declarar las mercedes que el

Capítulos. Páginas.

Señor la hacía en la oracion y en lo que nos podemos nosotros ayudar, y lo mucho que importa que entendamos las mercedes que el Señor nos hace. Pide á quien esto envia, que de aquí adelante sea secreto lo que escribiere, pues la mandan diga tan particularmente las mercedes que la hace el Señor. . . . 80

XI. Dice en qué está la falta de no amar á Dios con perfeccion en breve tiempo; comienza á declarar, por una comparacion que pone, cuatro grados de oracion: va tratando aquí del primero: es muy provechoso para los que comienzan, y para los que no tienen gustos en la oracion. 88

XII. Prosigue en este primer estado: dice hasta dónde podemos llegar con el favor de Dios por nosotros mismos, y el daño que es querer, hasta que el Señor haga subir el espíritu á cosas sobrenaturales y extraordinarias. 101

XIII. Prosigue en este primer estado y pone avisos para algunas tentaciones que el demonio suele poner algunas veces, y da avisos para ellas; es muy provechoso. 107

XIV. Comienza á declarar el segundo grado de oracion, que es ya dar el Señor á el alma á sentir gustos más particulares: decláralo para dar á entender cómo son ya sobrenaturales. Es harto de notar. 122

XV. Prosigue en la misma materia, y dá al-

gunos avisos de cómo se han de haber en esta oracion de quietud. Trata de cómo hay muchas almas que llegan á tener esta oracion, y pocas que pasen adelante. Son muy necesarias y provechosas las cosas que aquí se tocan. . 131

XVI. Trata del tercer grado de oracion, y va declarando cosas muy subidas, y lo que puede el alma que llega aquí, y los efectos que hacen esas mercedes tan grandes del Señor. Es muy para levantarse el espíritu en alabanzas de Dios, y para gran consuelo de quien llegare aquí. 143

XVII. Prosigue en la misma materia de declarar este tercer grado de oracion; acaba de declarar los efectos que hace; dice el impedimento que aquí hace la imaginacion y memoria. 150

XVIII. En que trata del cuarto grado de oracion; comienza á declarar por excelente manera la gran dignidad que el Señor pone á el alma que está en este estado: es para animar mucho á los que tratan oracion, para que se esfuercen de llegar á tan alto estado, pues se puede alcanzar en la tierra; aunque no por merecerlo, sino por la bondad del Señor. Léase con advertencia; porque se declara por muy delicado modo, y tiene cosas mucho de notar. 157

XIX. Prosigue en la misma materia, comienza

á declarar los efectos que hace en el alma este grado de oracion. Persuade mucho á que no tornen atras, aunque despues de esta merced tornen á caer, ni dejen la oracion. Dice los daños que vendrán de no hacer esto; es mucho de notar, y de gran consolacion para los flacos y pecadores. 168

XX. En que trata la diferencia que hay de union á arrobamiento; declara qué cosa es arrobamiento, y dice algo del bien que tiene el alma, que el Señor por su bondad llega á él; dice los efectos que hace. 181

XXI. Prosigue y acaba este postrer grado de oracion; dice lo que siente el alma que está en él de tornar á vivir en el mundo, y de la luz que da el Señor de los engaños de él: tiene buena doctrina. . 199

XXII. En que trata cuán seguro camino es para los contemplativos no levantar el espíritu á cosas altas, si el Señor no le levanta; y cómo ha de ser el medio para la más subida contemplacion la humanidad de Cristo. Dice de un engaño en que ella estuvo un tiempo. Es muy provechoso este capítulo. 208

XXIII. En que torna á tratar del discurso de su vida, y cómo comenzó á tratar de más perfeccion, y por qué medios: es provechoso para las personas, que tratan de gobernar almas que tienen oracion, 120

saber cómo se han de haber en los principios, y el provecho que le hizo saberla llevar. 222

XXIV. Prosigue lo comenzado, y dice cómo fué aprovechándose su alma, despues que comenzó á obedecer, y lo poco que le aprovechaba el resistir las mercedes de Dios, y cómo su Majestad se las iba dando más cumplidas. 235

XXV. En que trata del modo y manera como se entienden estas hablas, que hace Dios al alma sin oirse, y de algunos engaños que puede haber en ello; y en qué se conocerá cuando lo es. Es de mucho provecho para quien se viere en este grado de oracion porque se declara muy bien, y de harta doctrina. 241

XXVI. Prosigue en la misma materia, va declarando y diciendo cosas que le han acaecido, que le hacian perder el temor, y afirmar que era buen espíritu el que la hablaba. 257

XXVII. En que trata otro modo, con que enseña el Señor al alma y sin hablarla, la da á entender su voluntad por una manera admirable. Trata tambien de declarar una vision y gran merced, que le hizo el Señor, no imaginaria. Es mucho de notar este capítulo. 262

XXVIII. En que trata las grandes mercedes que la hizo el Señor, y cómo le apareció la primera vez: declara que es vision ima-

ginaria: dice los grandes efectos y señales que deja, cuando es de Dios. Es muy provechoso capítulo, y mucho de notar. 276

XXIX. Prosigue en lo comenzado, y dice algunas mercedes grandes que la hizo el Señor, y las cosas que su Magestad la decia para asegurarla, y para que respondiese á los que la contradecian. . 290

XXX. Torna á contar el de su vida, y cómo remedió el Señor muchos de sus trabajos con traer á el lugar donde estaba el santo varon Fray Pedro de Alcántara, de la orden del glorioso san Francisco. Trata de grandes tentaciones y trabajos interiores, que pasaba algunas veces. 302

XXXI. Trata de algunas tentaciones exteriores, y representaciones que la hacia el demonio, y tormentos que la daba. Trata tambien algunas cosas harto buenas, para aviso de personas, que van camino de perfeccion. 318

XXXII. En que trata cómo quiso el Señor ponerla en espíritu en un lugar del infierno, que tenia por sus pecados merecido. Cuenta una cifra de lo que allí se le representó, para lo que fué. Comienza á tratar la manera y modo cómo se fundó el monasterio, adonde ahora está, de San José. 336

XXXIII. Procede en la misma materia de la fundacion del glorioso San José. Dice cómo

Capítulos. Páginas.

le mandaron que no entendiese en ella, y el tiempo que lo dejó, y algunos trabajos que tuvo, y cómo la consolaba en ellos el Señor. 350

XXXIV. Trata cómo en este tiempo convino que se ausentase de este lugar: dice la causa y cómo la mandó ir su prelado para consuelo de una señora muy principal, que estaba muy afligida. Comienza á tratar lo que allá le sucedió, y la gran merced que el Señor la hizo de ser medio, para que su Majestad despertase á una persona muy principal para servirle muy de veras, y que ella tuviese favor y amparo despues en El. Es mucho de notar. 363

XXXV. Prosigue en la misma materia de la fundacion de esta casa de nuestro glorioso padre San José. Dice por los términos que ordenó el Señor viniese á guardarse en ella la santa pobreza, y la causa por qué se vino de con aquella señora que estaba, y otras algunas cosas que le sucedieron. 378

XXXVI. Prosigue en la materia comenzada, y dice cómo se acabó de concluir, y se fundó este monasterio del glorioso san José, y las grandes contradiciones y persecuciones, que, despues de tomar hábito las religiosas, hubo, y los grandes trabajos y tentaciones que ella pasó, y cómo de todo la sacó el Señor con vic-

Capítulos. Páginas.

toria, y en gloria y alabanza suya. 388

XXXVII. Trata de los efectos que le quedaban, cuando el Señor le habia hecho alguna merced: junta con esto harto buena doctrina. Dice cómo se ha de procurar, y tener en mucho ganar algun grado mas de gloria, y que por ningun trabajo dejemos bienes que son perpétuos. 409

XXXVIII. En que trata de algunas grandes mercedes que el Señor la hizo, así en mostrarle algunos secretos del cielo, como otras grandes visiones y revelaciones, que su Majestad tuvo por bien viese; dice los efectos con que la dejaban, y el gran aprovechamiento que quedaba en su alma. 419

XXXIX. Prosigue en la misma materia de decir las grandes mercedes, que le ha hecho el Señor: trata de cómo le prometió de hacer por las personas que ella le pidiese. Dice algunas cosas señaladas, en que la ha hecho su Majestad este favor. 438

XL. Prosigue en la misma materia de decir las grandes mercedes, que el Señor la ha hecho. De algunas se puede tomar harto buena doctrina, que este ha sido, segun ha dicho, su principal intento, despues de obedecer, poner las que son para provecho de las almas. Con este capítulo se acaba el discurso de su vida que escribió. Sea para gloria de el Señor: amen. 456

LIBRO

DE LAS

RELACIONES.

Páginas.

RELACION I.

Al glorioso San Pedro de Alcántara, fundador de los descalzos del glorioso padre San Francisco, comunicándole su espíritu, y modo de proceder en la oracion, desde el convento de la Encarnacion de Avila, año de 1560.—Jesus. 475

RELACION II.

A uno de los confesores, comunicándole tambien el estado de su alma, desde el convento de la Encarnacion, año 1561 al 1562.—Jesus. . . . 489

RELACION III.

De varias mercedes que hizo Dios á Santa Teresa desde el año 1568 al 1571 inclusive.. 497

Páginas.

RELACION IV.

De las mercedes que recibió del Señor en Salamanca al concluir la Cuaresma del año de 1571.. . 509

RELACION V.

Apuntes acerca de varios asuntos espirituales.—Sobre el temor de pensar si no están en gracia. . . 515

RELACION VI.

Acerca del voto de obediencia al Padre Gracian, que hizo el año de 1575. 523

RELACION VII.

Qué hizo la Santa Madre Teresa de Jesus, de con quién ha tratado y comunicado su espíritu. Va dirigida al padre Rodrigo Alvarez, de la Compañía de Jesus, dándole cuenta de muchos sucesos de su vida.—Jesus. 529

RELACION VIII.

Al mismo padre Rodrigo Alvarez.—Jesus. . . . 543

RELACION IX.

De algunos favores espirituales que recibió en Toledo y Avila durante los años 1576 y 1577. . 555

RELACION X.

Sobre la revelacion que tuvo en Avila el año 1579, y avisos acerca del gobierno de la órden.. . . 567

LIBRO

DE LAS

FUNDACIONES.

Páginas.

Sobre el libro de las fundaciones de las hermanas descalzas carmelitas, que escribió la santa madre fundadora Teresa de Jesus. 571

CAPITULO PRIMERO.

De los medios por donde se comenzó á tratar de esta fundacion, y de las demas. 581

CAPÍTULO II.

Cómo nuestro padre general vino á Avila y de lo que de su venida sucedió. 587

CAPÍTULO III.

Por qué medios se comenzó á tratar de hacer el monasterio de San José de Medina del Campo. . 592

CAPÍTULO IV.

En que trata de algunas mercedes que el Señor hace á las monjas de estos monasterios, y dase aviso á las prioras de cómo se han de haber en ellas. 604

CAPÍTULO V.

En que se dicen algunos avisos para cosas de oracion, y revelaciones. Es muy provechoso para los que andan en cosas activas. 609

CAPÍTULO VI.

Avisa los daños que puede causar á gente espiritual, no entender cuándo han de resistir al espíritu. Trata de los deseos que tiene el alma de comulgar, y de el engaño que puede haber en esto. Hay cosas importantes para las que gobiernan estas casas. 621

CAPITULO VII.

De cómo se han de haber con las que tienen melancolía. Es necesario para las preladas. . . . 636

CAPÍTULO VIII.

Trata de algunos avisos para revelaciones y visiones. 644

CAPÍTULO IX.

Trata de cómo salió de Medina del Campo para la fundacion de San José de Malagon. 651

CAPÍTULO X.

En que se trata de la fundacion de la casa de Valladolid: llámase este monasterio la Concepcion de nuestra Señora del Cármen. 654

CAPÍTULO XI.

Prosigue en la materia comenzada de la órden que tuvo doña Casilda de Padilla para conseguir sus santos deseos de entrar en religion. 664

CAPÍTULO XII.

En que trata de la vida, y muerte de una religiosa, que trajo nuestro Señor á esta misma casa, llamada Beatriz de la Encarnacion, que fué su vida de tanta perfeccion, y su muerte tal, que es justo se haga de ella memoria. 671

CAPÍTULO XIII.

En que trata cómo se comenzó la primera casa de la regla primitiva, y por quién de los Descalzos carmelitas, Año de MDLXVIII. 678

CAPÍTULO XIV.

Prosigue en la fundacion de la primera casa de los Descalzos carmelitas. Dice algo de la vida que allí hacian, y del provecho que comenzó á hacer nuestro Señor en aquellos lugares, á honra y gloria de Dios. 684

CAPÍTULO XV.

En que se trata de la fundacion del monasterio del glorioso San José en la ciudad de Toledo, que fué año de MDLXVIII. 692

CAPÍTULO XVI.

En que se tratan algunas cosas sucedidas en este convento de San José de Toledo, para honra y gloria de Dios. 704

CAPÍTULO XVII.

Que trata de la fundacion de los monasterios de Pastrana, así de frailes, como de monjas. Fué el mismo año de MDLXX, digo MDLXIX. 709

CAPÍTULO XVIII.

Trata de la fundacion del monasterio de San José de Salamanca, que fué año de MDLXX. Trata de algunos avisos para las prioras, importantes. . . 720

CAPÍTULO XIX.

Prosigue en la fundacion del monasterio de San José de la ciudad de Salamanca. 730

CAPÍTULO XX.

En que se trata de la fundacion del monasterio de nuestra Señora de la Anunciacion, que está en Alba de Tormes. Fué año de MDLXXI. 739

CAPÍTULO XXI.

En que se trata la fundacion del glorioso san José del Cármen de Segovia. Fundóse el mismo dia de San José, año de MDLXXIV. 750

CAPÍTULO XXII.

En que se trata de la fundacion del glorioso san José del Salvador en el lugar de Veas, año de MDLXXV, dia de San Matías. 756

CAPÍTULO XXIII.

En que se trata de la fundacion del monasterio del glorioso San José del Cármen en la ciudad de Sevilla. Díjose la primera misa dia de la Santísima Trinidad, año de MDLXXV. 772

Páginas.

CAPÍTULO XXIV.

Prosigue en la fundacion de San José del Cármen en la ciudad de Sevilla. 781

CAPÍTULO XXV.

Prosigue en la fundacion del glorioso San José de Sevilla, y lo que se pasó en tener casa propia. . 793

CAPÍTULO XXVI.

Prosigue en la misma fundacion del monasterio de san José de la ciudad de Sevilla. Trata de algunas cosas de la primera monja que entró en él, que son harto de notar. 801

CAPÍTULO XXVII.

En que trata de la fundacion de la villa de Caravaca: púsose el Santísimo Sacramento dia de año nuevo del mismo año de MDLXXVI. Es la vocacion del glorioso San José.. 810

CAPÍTULO XXVIII.

La fundacion de Villanueva de la Jara.—Jesus.. . 825

CAPÍTULO XXIX.

Trátase de la fundacion de San José de Nuestra

Señora de la Calle en Palencia, que fué año de MDLXXX, dia del rey David.. 852

CAPÍTULO XXX.

Comienza la fundacion del monasterio de la Santísima Trinidad en la ciudad de Soria. Fundóse el año de MDLXXXI. Díjose la primera misa dia de nuestro padre san Eliseo. 870

CAPÍTULO XXXI.

Comiénzase á tratar en este capítulo de la fundacion del glorioso san José de santa Ana en la ciudad de Burgos. Díjose la primera misa á 19 dias del mes de abril, octava de pascua de Resurreccion, año de MDLXXXII. 880

MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN II

Obras de Santa Teresa de Jesús

Número..... 78	Precio de la obra..... Ptas.
Estante..... 1	Precio de adquisición. »
Tabla..... 3	Valoración actual..... »

78.

OBRAS DE SANTA TERESA

1